UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 01456973 5

SHOUT
SHARE
IT

EL PATRIARCA DEL VALLE.

EL PATRIARCA DEL VALLE.

EL

PATRIARCA DEL VALLE,

NOVELA ORIGINAL

POR DON PATRICIO DE LA ESCOSURA.

TOMO I.

219765
16 1, 25

MADRID: 1846.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE D. F. DE P. MELLADO, GABINETE LITERARIO CALLE DEL PRINCIPE N. 25.

E748p

EL PATRIARCA DEL VALLE.

BIBLIOTECA UNIVERSAL

TOMO I.

Ptc. 11 Sa
Sig. 1923

MADRID: 1880.

IMP. DE E. DE S. MARTIN. | CALLE DEL PRINCIPE, 49.
DIRECCION Y ADMINISTRACION | CALLE DEL PRINCIPE, 49.

EL PATRIARCA DEL VALLE.

PROLOGO.

Era una tarde apacible del mes de abril: los últimos dorados rayos del astro del dia, que entre tornasoladas nubes se ocultaba al occidente, prestaban sus mágicos variados colores al cielo en que la luz y las tinieblas comenzaban á confundirse, á la tierra donde las sombras ya se proyectaban indistintas.

Aquel momento en que el dia se vá y la noche se acerca era llegado: la naturaleza se entregaba al descanso y al silencio, como en el tránsito del justo pasa el alma inmortal desde este valle de lágrimas á la vida sin término: serena, suave, tranquila, sosegadamente.

¡Oh cuán grande, cuán bello y variado es el espectáculo de la naturaleza!

La diáfana claridad de la bóveda celeste, el manso murmurio del arroyuelo que se desliza entre las guijas y las flores; el estremecimiento de las hojas al blando soplo de embalsamada brisa; el reposo del tronco y la colina; el sosiego del valle; la sublimidad de la montaña; los ópticos efectos de la luz que aquí se refleja en las cristalinas aguas, y allá como que se engolfa en la flotante verde masa de las copas de los árboles; y el raudo vuelo de las aves, y la rastrera marcha de los insectos; y aquel movimiento, en fin, incesante y silencioso que un invisible y poderoso agente imprime en cuanto tiene vida, detal ma

nera cautivaban la atencion y embelesaban el ánimo de un hombre ya en edad madura, que en cierto retirado y delicioso valle, á la puerta de una casa de rústica apariencia se veia, que á no advertirse cierto movimiento casi imperceptible en sus lábios, pudiera tomársele por una estátua.

El lugar de la escena es, como dejamos dicho, un retirado delicioso valle, y ahora añadiremos que situado en el corazon de la Sierra Morena.

Las altas montañas que dividen á las Andalucias de Castilla, forman con sus diversas ramificaciones, entre otros muchos, un profundo seno que rodeado de agrestes naturales muros, parece ser un breve espacio que la tierra intentó sustraer á la codicia del hombre, á la incesante accion del genio civilizador.

Apenas tiene una legua de circunferencia, tres partes de ella formadas por las casi verticales pendientes de elevadísimos montes, cuya superficie, á trechos cubierta de frondosos bosques, en otros de espinosos matorrales, yen no poco espacio ostentando desnudas imponentes masas, ya de granito, ya de veteados mármoles, apenas parece que acaba de reponerse de alguno de los inmensos cataclismos que, segun las recientes especulaciones de la geología, trastornaron en diversas épocas la faz del Globo terráqueo.

En vano buscáran allí los ojos, no ya el ancho camino ó al menos la trillada senda, pero ni siquiera la angostísima vereda ó el rastro de la carrera del caballo, ó la imperceptible huella de la planta del gamo. Jamás el hombre, muy pocas veces las fieras montaraces penetraron en aquel intrincado laberinto. Solamente el águila, al remontar su vuelo á lo mas alto de la esfera, penetró tal vez con ojo audaz el riscoso denso manto que allí cubre la tierra, y asombrada acaso de su agreste magestad, volvió ansiosa la vista en busca de los fulgentes rayos del planeta que á ella sola tambien es dado contemplar derechamente.

Pero hay una parte de aquel recinto donde la belleza, sin ser menos natural y magestuosa, es mas plácida, está mas al alcance del hombre.

Allí, si bien no se interrumpe la barrera erizada de altos picos y desnudas rocas, que separa aquel valle del resto de la tierra, por la

parte interior, va como en anfiteatro, degradándose sucesivamente su eminencia; y la série que comienza en montañas, termina en ondulantes colinas, cuyos suaves declives matizan esmaltadas flores y olorosos arbustos.

Al pie de ellas se levanta un rústico edificio construido con la solidez que la abundancia de materiales consintió, aunque sin arquitectónicos primores. Cuadrilongo en su espaciosa planta y ventilado por numerosas ventanas, una sola aunque grande puerta de dos hojas de dura encina, y orientada á levante, le sirve de ingreso. Delante de ella forman dosel las ya robustas ramas de una vid flexible, enlazándose primero á los troncos de dos corpulentos naranjos, despues en lo alto á un armazon de delgadas cañas. La yedra entapiza los tres frentes restantes del vasto retángulo; el jazmin y la murta se enlazan con ella; y á corta distancia quien sin estar advertido de la existencia de aquel edificio le mirase, sin duda le confundiera con las diversas sinuosidades del valle.

En torno de la casa, la tierra cuidadosa é inteligentemente cultivada, hace notable contraste con el resto de aquel salvage recinto. Mas no hay medio de negarse á la evidencia: la mano del hombre ha penetrado en aquel reducto de la naturaleza.

Aquí los cereales, allá el viñedo; de una parte el olivar, á otra la huerta y los árboles frutales; la corriente de un arroyo que sin nota de orgullo pudiera llamarse rio, encajonada en un cáuce artificial, para que mueva una gran rueda hidráulica; la presencia de un enorme mastin custodiando él solo algunas reses vacunas: los balidos no lejanos de algunas obejas, y sobre todo el anciano de que ya hicimos mencion, acreditan que nuestro valle no se ha exceptuado del comun destino de la tierra toda: sustentar al hombre, ser destrozada por sus manos.

¿Quién es aquel hombre? ¿Cómo, cuando, por donde penetró en aquel recinto?

Hemos dicho que era anciano: la blancura de sus cabellos mas bien plateados que canos, y la de su pobladísima barba, son, en efecto claros indicios de una edad avanzada. Pero si en su rostro venerable las arrugas, huellas del tiempo; si en sus miradas serenas la tranquilidad incompatible con las pasiones, tambien dan testimonio de

una larga vida, la atlética constitucion de su cuerpo, la nervuda contestura de sus miembros todos, la ausencia de aquel temblor continuo que anuncia la ruina de las fuerzas vitales, y que parece efecto del miedo á la muerte en los decrépitos, son otros tantos síntomas que al parecer dán un mentís á las canas.

Aquel hombre habia vivido mucho sin envejecer, ó al menos sin que se degradase su naturaleza.

Su trage no es menos curioso que su persona.

Una estrecha túnica de lana blanca como la nieve, con mangas hasta la mitad del antebrazo, y ceñida al cuerpo por medio de una correa, le llega poco mas abajo de la rodilla, y su cenefa tambien de lana parda, se confunde con las ligaduras de las sandalias de cuero que le calzan. El escote superior de aquella vestidura tiene curbatura bastante á dejar ver la parte superior del pecho del anciano, trigueño de color y vigorosamente constituido. Un rosario de gruesas cuentas de negro azabache, del cual pende una cruz de madera ennegrecida por los años, rodea su garganta.

Pende de sus hombros un manto, tambien de lana parda, idéntico en la forma á la clámide romana; y un báculo de madera blanca le sirve mas bien de signo de autoridad que de necesario apoyo.

En el momento en que le vemos, sentado en una piedra á la puerta de la casa, apoyando su mano izquierda en un libro, ó mejor dicho códice de pergamino, y la derecha en el báculo, contempla, como en éxtasis, el magnífico espectáculo que la naturaleza ofrece á su vista.

La corriente del arroyo, y el canto dulcísimo del ruiseñor en un vecino bosque de naranjos y limoneros, interrumpen solos el magestuoso silencio del valle; y todavia el disco del sol está sobre el orionte.

—Oh! Señor! esclamó súbitamente el anciano cayendo al mismo tiempo de rodillas é inundándose sus ojos en lágrimas de inefable ternura ¡Oh Señor! tú solo eres grande, porque tú solo eres inmutable; tú solo no cambias, porque tú solo eres la perfeccion misma.

Y á estas palabras, pronunciadas en voz alta, sonora é inteligible, sucedió, á juzgar por el movimiento de los lábios, una fervorosa secreta oracion. Concluida esta y besada devotamente la cruz de su rosario, volvió á sentarse el anciano, y advirtiendo que ya apenas se

dejaba contemplar el astro del dia, dirigió su vista con espresion de resignada melancolía á la parte del recinto del valle que hemos dicho ser menos agreste que las otras.

—¡Aun nó! dijo á media voz, despues de haber mirado algunos instantes; aun no; mas será; porque ha de ser; porque no puede menos de ser!

Suspiró en esto hondamente; abrió el libro y púsose á leer en él con grande atencion.

La luz disminuia rápidamente, la noche se acercaba á mas andar, crecia el silencio, estendíanse las sombras, refrescaba el viento: pero no se advertia novedad en el valle.

Dejó de leer el anciano, y levantóse en ademan de caminar hácia las colinas; mas contúvose antes de mover la planta y esclamó:

—¿Qué voy á hacer? ¿A qué salirles al encuentro á las penas? Ellas vendrán á mí. ¡El Señor me fortalezca para recibirlas! Y sentóse; y oró de nuevo.

La luna habia reemplazado al sol; el mastin, con admirable instinto, reuniendo las vacas puestas á su cuidado, las obligaba á entrar en la casa; los balidos de las ovejas se iban aproximando; pero ni en las colinas se divisaba viviente alguno, ni el anciano se movia de su asiento.

Aquel hombre esperaba, mas sin impaciencia; aquel hombre temia, pero valerosamente. La confianza en Dios le alentaba y fortalecia. ¡Bienaventurados los creyentes!

¡Oh! Cuando el incrédulo aguarda y teme:

¿Quién, qué cosa le consuela? ¿Quién, qué cosa le dá fuerzas? ¡La desesperacion que solo sirve para hacer mas horribles sus tormentos!

La noche volaba; la luna ya no lucia; el ganado y su pastor, un niño de corta edad, se habian recogido; y nadie en las colinas; y el anciano siempre sentado en la misma piedra con la serenidad pintada en el rostro, con la oracion palpitante en los lábios.

En fin, poco antes de la hora del crepúsculo, en la boca de una profunda sima abierta en la pendiente de la mas áspera montaña de cuantas guarnecian el valle, que era precisamente la que á espaldas de las colinas se miraba; dejáronse ver primero un hombre, luego

dos mugeres, que silenciosamente y con mesurado paso se encaminaron al edificio.

Una de aquellas mugeres, la mas jóven, apoyándose en el hombro de su anciana compañera, caminaba con planta incierta, y de cuando en cuando lanzaba del pecho profundísimos suspiros.

La otra con entrañable amor la sostenia y guiaba, y á los suspiros de la doliente contestaba:

—¡María: espera en Dios que es grande y misericordioso!

El hombre que delante de ellas iba, caminaba silencioso, atento solo, al parecer, á no errar el camino.

Por mas que andaban sin estrépito, el silencio del valle era tan profundo, que los ecos de sus pisadas resonaron bien pronto en los oidos del anciano.

Su corazon latió entonces con insólita violencia: hubo un instante en que la sangre agolpándose al cerebro, enrojeció sus facciones; y sus ojos quisieron ansiosos penetrar en las tinieblas; y sus lábios trémulos pronunciaron cien veces con ánsia el nombre de María; y un movimiento indeliberado le apartó algunos pasos de su asiento. Mas todo aquello fué como el fulgor del relámpago, que apenas nace cuando ya ha muerto: la razon recobró muy luego su imperio, y el anciano con ella su habitual serenidad.

—¡Oh! (dijo entonces con profunda humildad;) la carne siempre indomable, siempre rebelde. ¿Sin tu divina gracia, Dios mio, qué seria de este orgulloso insecto?

Y volvió á su asiento, y púsose á orar de nuevo.

Los caminantes, en tanto, íbanse acercando al edificio, y á medida que adelantaban en su marcha, las fuerzas de la doliente se disminuian, sus sollozos eran mas amargos, y su compañera ya solo á llorar con ella acertaba. El hombre, siempre silencioso, las guiaba impasible.

No permitia la oscuridad de la noche distinguir de formas ni de colores: sin embargo, las diferencias entre los tres viageros eran de tal bulto, que aun en medio de las tinieblas se echaban de ver.

La elevada estatura y anchas espaldas, un tanto arqueadas, del hombre; su cabeza voluminosa, apoyada en un cuello grueso y corto y siempre inclinada sobre el pecho; sus vigorosas piernas, moviéndose

con tanta agilidad y fuerza como poca gracia; y el balanceo compasado de sus brazos en la marcha, con cierto aire indefinible de rusticidad y sumision que se advertia en todo su porte, revelaban desde luego al siervo, ó por lo menos al doméstico. Una túnica de lana parda con mangas cortas, ceñida sobre las caderas por medio de una cuerda de cáñamo; y unas sandalias de piel de buey, componian exclusivamente el trage y calzado de aquel hombre.

Por lo que hace á las dos mugeres, el contraste aunque de intento se buscára, no pudiera ser mas notable.

La mas anciana, vestida con la modesta túnica y el oriental turbante de Raquel y de Rebeca, de complexion nervuda y robusta, y dando apoyo á la jóven, pudiera compararse á una secular encina en torno de cuyo tronco se enlaza flexible y frágil la parásita hiedra.

En efecto, la estatura de la jóven, aunque aventajada entre las mugeres de nuestros dias, era muy corta comparada á la de su compañera; su talle esbelto y gracioso, su andar lánguido y como de enfermizo, sus largos rizos que ondeaban lascivos sobre un seno de alabastro, sus delicadas manos, y sus pequeños pies, que se dolian cada vez que pisaban la escabrosa tierra del valle, nada tenian de comun con las formas viriles y un tanto rústicas de la anciana.

Y en los trages era todavia mayor la desemejanza, porque la jóven vestia una larga, ancha y plegada túnica negra, y un gran velo de igual color cubria su rostro y cuerpo hasta mas abajo de la cintura.

Con tales diferencias, sin embargo, el mas entrañable amor enlazaba á aquellas dos mugeres, que juzgando por las apariencias, representaban épocas distintas y remotas una de otra de la civilizacion del mundo.

Ellas y su guia andaban hácia el edificio en cuyos umbrales, sentado el anciano, las aguardaba orando.

La senda que seguian, para evitar una pendiente sobradamente rápida, variaba de direccion á algunos centenares de pies de la puerta, y faldeando el declive de cierta colina paralelamente á uno de los lados mayores del rectángulo del edificio, se dirigia al oeste: luego, doblando al sud hasta el ángulo de la casa misma, en él se dirigia al oriente, por manera que en el último periodo de la marcha, el anciano, atendida su situacion, no podia ver á los viageros.

No dejó por eso de orar, no se movió tampoco de su asiento: pero su respiracion era mas agitada, los latidos de su corazon mas frecuentes. En fin, el guia dobló la esquina, y postrándose silencioso ante el venerable viejo, besó humilde su mano.

—La gracia del Señor sea contigo, Pablo; le dijo sosegada y afablemente el anciano.

—Y con tu espíritu; contestó Pablo, dando á su voz ronca toda la espresion de afecto y sumision de que ella era capaz; y levantóse del suelo.

En esto aparecieron las dos mugeres y la mas anciana esclamó:

—Aquí la tenemos, Simon, ya vino. Y la jóven, con voz anegada en llanto, mas bien gimió que dijo:

—Perdon, padre mio, misericordia y perdon!

—¡María! ¡María! prorumpió el anciano, incapaz ya de contenerse; y abriendo sus brazos recibió en ellos cariñosamente á la desconsolada.

La otra muger cayó de rodillas diciendo: Señor, yo te bendigo, tú eres el padre de las misericordias, tus brazos están siempre abiertos para el pecador arrepentido!

—Si, prosiguió Simon; si, Marta, bendigamos al padre de las misericordias. María, póstrate y oremos.

María, Pablo, Marta y Simon, están de rodillas: en el oriente luce ya en blancos vislumbres la rosada aurora; las mugeres lloran, el siervo reza, el anciano levanta sus brazos al cielo, y en su rostro resplandecen á un tiempo la fé, la gratitud, el dolor y la resignacion.

—Señor, esclama, tú nos envias las tinieblas solo para que aprendamos lo que la luz vale; Señor, tú nos envias las aflicciones tambien, para depurar nuestro espíritu y desprenderle de las cosas del mundo. ¡Gloria á tí, Señor de las alturas, Gloria á tí, padre de los afligidos!

La oveja descarriada ha vuelto al redil; la pecadora se arrepiente ya de sus culpas.

Señor, haz que el manantial de sus lágrimas sea inagotable; haz que el dolor de su corazon espie la enormidad de sus delitos.

Castiga, Señor, mas no en tu inmensa ira; redima el suplicio de los remordimientos, los errores del ciego espíritu; padezca, Señor,

padezca en gloria tuya, mas perdónala tú en el cielo, como tu humilde siervo la perdona en la tierra!

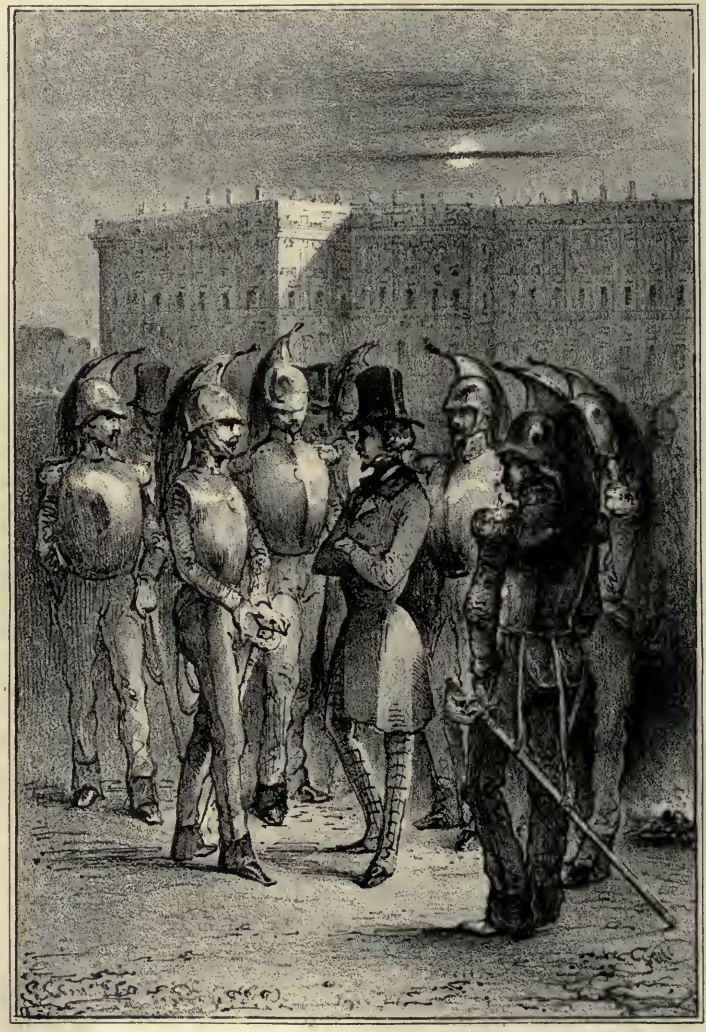
—¡Así sea! respondió con vehemencia la anciana.

—¡Así sea! con amarga afliccion la jóven.

—¡Así sea! con áspera confianza el siervo.

Y levantáronse todos, y en pos de Simon entraron en el rústico edificio.

El silencio reinó de nuevo en el valle, y el sol comenzó á dorar con sus primeros rayos los altos riscos que coronan y cierran aquel ignorado recinto.



Lit. de los Artistas.

„Toda la oficialidad y no pocos Soldados habian acudido en torno del preso y del Coronel.....“

LIBRO PRIMERO.

LA NOCHE DEL 29 DE SETIEMBRE DE 1833.

CAPÍTULO. I.

La cita.

Una de las primeras cosas que anhela ver y en efecto visita, apenas se sacude el polvo del camino, todo viajante, ya sea español forastero, ya de estraños paises que á Madrid llega, es nuestra célebre Puerta del Sol, que cuando menos tiene positivamente el mérito de la originalidad.

Ella, en primer lugar, no es puerta, aunque dicen lo ha sido: allí no queda el menor rastro de ingreso á ninguna parte, como al templo de la holgazanería no sea; plaza ni plazuela tampoco podemos en conciencia llamarla, pues su forma de caprichosa irregularidad no lo permite; centro del pueblo tampoco, porque es evidente que dista algo menos de la Puerta de Alcalá que de la de Toledo, es decir, unas dos ó tres veces mas de aquella que de esta; y que si desde la plazuela de Anton Martin se va á ella, andando despacio, en diez minutos, partiendo del barrio del Conde-Duque á paso de fuga, se emplea en el camino por lo menos media hora.

Por otra parte no es bella, y lo era menos en la época de que vamos á tratar; porque entonces existia cierta fuente, cuya célebre estátua, poéticamente llamada Mariblanca por los robustos descendientes de Pelayo consagrados á su culto, gozaba del privilegio de ser lo mas horrendamente ingrato que la escultura ha producido; no existian las anchas aceras que debe Madrid al marqués difunto de Pontejos; la Iglesia y convento de la Victoria afeaban la entrada de la carrera de San Gerónimo; y en una palabra, no era aun llegado el instante de los embellecimientos de la capital, merced á los cuales vivimos hace años en mezquinas y muy caras jaulas, respiramos de continuo en la calle un aire delicioso impregnado de cal y arena, corremos riesgo evidente de que alguna piedra lanzada por los picapedreros nos salte por lo menos un ojo, y en todo caso volvemos

del paseo á nuestras casas llenos de polvo y lodo, asi en junio como en diciembre.

Los progresos de la civilizacion son de lo mas cómodo que se conoce.

Pero ello es que en el año del Señor de 1833, no solo estaba la Puerta del Sol casi en su primitivo estado, sino que ademas existia el famoso convento de San Felipe el Real, con sus mas famosas gradas, mentidero de Madrid en la época de atraso y barbárie en que vivieron tantos ignorantes como Cervantes, Quevedo, Lope, Calderon y otros de su estofa.

¡Las gradas de San Felipe! Cuando el cetro español se tendia poderoso sobre dos mundos, los madrileños se dignaban ir á solazarse en las gradas de San Felipe: ellos que tenian entre sí á gran número de notables artistas y familiarmente conversaban con Velazquez y Murillo, no se escandalizaron nunca de la fealdad de las covachuelas! Verdad es que tampoco tuvieron la peregrina ocurrencia de darles por el pié á los arcos sábiamente trazados por Herrera, para erigir en su lugar esa especie de vasto meson, con mas nidos que un palomar y no menos agujeros que una salvadera, que debemos al buen gusto de un magnífico maragato.

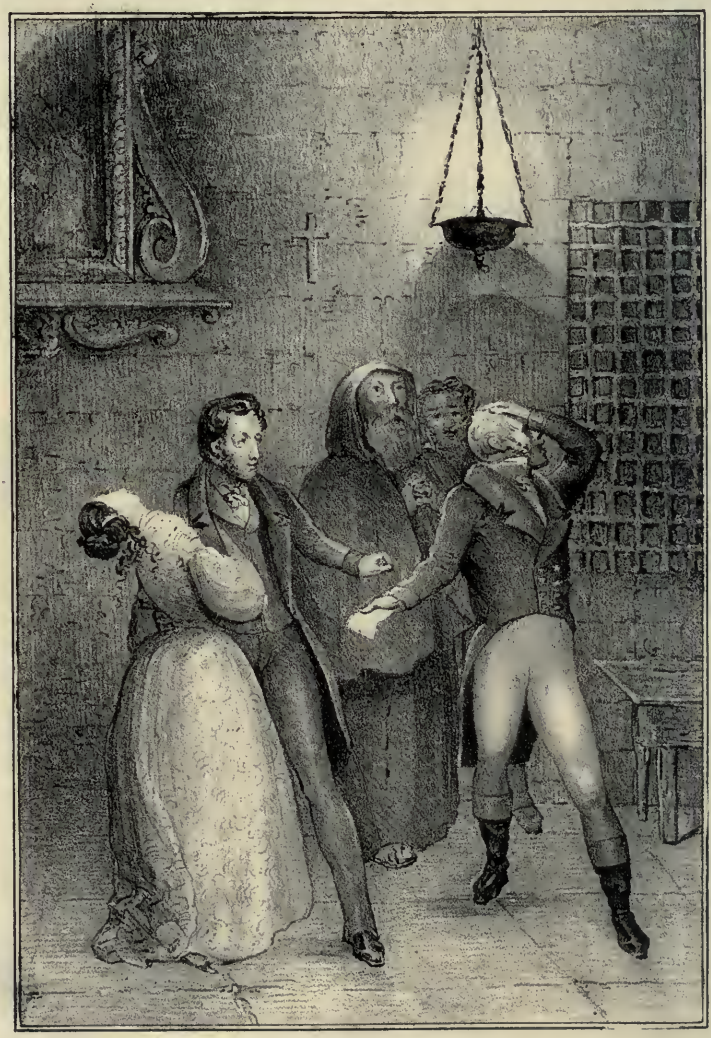
¡Pobre gente! (la antigua se entiende) ¡Pobre gente! ¡Qué atraso! ¡qué mal gusto!

En fin, vuelvo á decir, la Puerta del Sol era en 1833 casi la misma que el año de 1600; sus casas altas, angostas, apiñadas unas sobre otras; sus tiendas pequeñas, oscuras, modestas: sus balcones salientes y espaciosos; sus cortinas de lona; su Mariblanca; la Victoria á un costado: San Felipe con gradas y covachuelas al otro; el Buen Suceso, ostentando orgulloso sus gloriosas cicatrices del dos de Mayo, en el centro; la calle de Carretas y la de la Montera, emporio del comercio de frivolidades; la Mayor, aun entonces con muchos de los *portales* donde los galanes de capa y espada iban á arruinarse en las tiendas de los Milaneses, en obsequio de sus damas; la de Alcalá con su orgulloso aspecto y pintoresco desnivel: y presidiendo aquel conjunto, el clásico edificio de la casa de Correos, cuyos severos lineamentos y simétrica construccion simbolizan maravillosamente un dichoso reinado, conservaban todavia el carácter peculiar á la monarquía española, esa mezcla continua de pompa y desaliño; esa combinacion de orgullo y simplicidad; esos hábitos del rico que satisfecho con serlo, no cuida de gozarlo, defectos ó dotes que en vano se buscarán fuera de la Península.

En pocos años la Puerta del Sol ha variado notablemente de aspecto, y si no nos engañamos tambien en su esencia.

Pero no debian de ser esas consideraciones las que, entrada ya la noche del 29 de setiembre (de 1833, no lo olvidemos,) ocupaban el ánimo de una persona que vamos á poner en relacion con nuestros lectores.

Era este un hombre de edad, al parecer, de treinta á treinta y cinco años. Nada en su figura repugnaba, nada tampoco la hacia notable. Mediana estatura y mediana corpulencia; color entre blanco y tri-



Lit de los Artistas.

¡ Oye, Leoncio de Montefiorito, tu eres mi hijo.....!

gueño; ojos ni bien azules, ni bien negros, pero rasgados, ardientes, y penetrantes; trage de buena calidad, aunque sencillo y sin pretensiones; y porte desembarazado y resuelto: tal era su aspecto en conjunto. Mas si á estudiarle se detuviera un observador inteligente, desde luego echará de ver, y no solo en su poblado y largo bigote, sino en su aire, en lo pronunciado y anguloso de sus maneras, y hasta en la de llevar la cabeza, siempre alta, siempre con la vista al frente, que aquel hombre era ó habia sido muchos años militar, y que las vias de hecho debian ser muy de su agrado para terminar una discusion prolija.

Ciertas arrugas de su frente, que un movimiento nervioso contraia, juntándosele entonces las dos arqueadas cejas, revelaban la irascibilidad de su carácter; y una sonrisa impregnada de indefinible amargura, era síntoma inequívoco de que, por lo menos, estaba predispuesto para la misantropía.

Un pantalon gris-azul, con trabillas, muy estirado; bota con espolin; chaleco de piqué amarillo abotonado casi hasta el cuello; una corbata de raso negro alta, y negligentemente enlazada; y una levita negra, eran su trage y calzado. En la mano llevaba un látigo de montar, con el cual y como maquinalmente iba haciendo la primera division del manejo del sable, mientras impaciente y apresurado se paseaba entre la Victoria y la calle de Carretas.

Era ya muy de noche y la afluencia de gentes grande. La guardia del Principal, reforzada y rodeada de centinelas, se limitaba á observar á los paseantes; de vez en cuando ya un ordenanza, ya un oficial á caballo, cruzaban la Puerta del Sol en distintas direcciones; los coches de los personages notables de la época iban unos en pos de otros á Palacio; los corrillos eran muchos, numerosos y animados; y á todos preocupaba una misma idea.

Fernando VII habia espirado á las tres menos cuarto de aquella tarde; y no hubo un solo español que no comprendiese la inmensa trascendencia de tal suceso.

Los que eran y tenian temblaron por sí y por lo suyo; los oprimidos esperaron; los ambiciosos ardieron; los turbulentos entrevieron su elemento; los prudentes se estremecieron; los cobardes quisieran morirse porque no los matáran; en fin, con el eterno reposo del monarca comenzó el desasosiego de la monarquía.

¡Qué de esperanzas, qué de ilusiones, qué de temores, qué de ensueños en aquella noche, que luego han terminado en amargos desengaños ó en sangrientas catástrofes!

Entonces, empero, no habia aun estallado la tormenta: mas ya la mar rugia sordamente, ya abrigaba en su seno el gérmen de las tempestades.

¿Era ese mal estar general que precede siempre á los grandes trastórnos, el que agitaba á nuestro desconocido?—Quizá, ó mejor dicho sin duda, en gran parte: mas su preocupacion era tan honda, que debia tener algo ó mucho tal vez de puramente personal.

Andaba rápidamente unas veces, y otras súbito se quedaba inmóvil. Ya atropellaba sin misericordia á los paseantes, ya pedia cor-

tesmente *perdon* á la señora á quien por inadvertencia quitó la acera.

Ora se sonreia con aire triunfante, ora el abatimiento y la tristeza se pintaban en su rostro. No tiene duda: ademas del asunto que á todos ocupaba, sobre aquel hombre pesaban penas suyas particulares.

Una hora duraron su impaciencia y suplicio; la campana del Buen Suceso daba las nueve y media, cuando la llegada de otro hombre, vino al parecer, á sacarle de aquella situacion.

—¡A Dios gracias! esclamó al verlo. ¡Qué tardar!

—Vamos, le replicó el otro sin darse por entendido de sus esclamaciones; y asiéndole del brazo, le arrastró, por decirlo asi, en direccion á la calle de Carretas, por la cual se entraron á paso largo y compasado.

El nuevo interlocutor era un hombre alto, flaco, moreno, enjuto y nervioso, en cuyas facciones muy pronunciadas, y en cuyo mirar sombrío se advertian desde luego las dos cualidades dominantes de su carácter: la dureza y la exaltacion fanática.

Tambien militar, en la apariencia, como su compañero, pero vestido con notable desaliño, se mostraba mas familiarizado con el cuerpo de guardia que con los salones. La naturaleza habia puesto entre ambos una inmensa distancia; podian quizá estimarse, mas era difícil de concebir que se amasen.

Al verlos reunidos á nadie se le ocurriera que eran amigos; el que mas los creyera aliados. Sin embargo, en el momento en que los vemos, la mas estrecha union los enlazaba. Todo en este mundo depende de las circunstancias.

Sigámoslos y oigamos su conversacion, que entabló el primero de nuestros personages que hemos presentado en escena.

—¿Qué tenemos?

—Todo vá bien.

—¿Pero se ha muerto de veras?

—¡Oh! por esta vez no tiene duda. Murió.

—No vuelva á resucitar y diga....

—No lo tema vd., yo mismo he visto su cadáver hace algunos minutos.

—¿Pero la reina?...

—La reina es nuestra por inclinacion, y porque nos necesita.....

—Sin embargo, los ministros...

—Si no nos sirven caerán. A eso vamos.

Un momento de silencio interrumpió la conversacion. El del pantalon gris deseaba entablar otra y no se atrevia á hacerlo; dos veces movió ya el lábio para hacer una pregunta, y otras tantas se detuvo como avergonzado: mas su compañero no decia palabra, y la impaciencia le consumia.

Así llegaron hasta la puerta de la imprenta, entonces Real, hoy Nacional, siempre la del gobierno; y allí no pudiendo ya contenerse el curioso dijo:

—¿Y ha visto vd?...

—¿A quién? preguntó el otro con cierta espresion de burla y des-

precio que hizo salir los colores al rostro del impaciente, y contraerse las arrugas de su ceño.

—A Laura, contestó entonces con firmeza, y clavando sus airados ojos en los de su interlocutor.

El tono y el ademan con que fueron dichas aquellas dos palabras, y la actitud de dignidad ofendida que tomó el que las pronunciaba, produjeron al pronto un movimiento de cólera en el que las oia, que á no ser reprimido instantáneamente y con tal rapidez que no dió lugar á la observacion, es indudable que promoviera una pendencia entre aquellos dos hombres. Mas el áspero, dominando sus ímpetus, contestó sosegada y hasta amistosamente:—Si, amigo mio, la he visto y hablaremos de ella.—Y el otro se tranquilizó con tanta facilidad como se habia irritado.

—¿Y bien? prosiguió entonces—Y bien, el camino que andamos, ó mejor dicho en que vd. vá á entrar, es el único para llegar á Laura.

—Yo llegaré, si, yo llegaré.

—Poco tiempo hace que ella misma me lo decia.

—¿Qué es lo que ha dicho?

—Si es cierto que el coronel Ribera me ama, un solo medio tiene de probármelo.

—¡Y se atreve á dudar de que la idolatro!

—Que contribuya tan poderosamente como puede á la regeneracion de su pátria, de la cual depende mi bien estar; y entonces, *pero solo entonces*, podré escucharle.

—¡Ah! ¿Y por qué no he de oir yo de sus lábios esas mismas palabras?

—Ribera ¿Duda vd. de mí?

—No, Mendoza, no, amigo mio: pero... pero vd. no ama; vd. no ha amado nunca... Vd. que se burla de mi flaqueza, no puede comprender lo que pasa en mi corazon. Hablar á Laura, jurarla á sus pies que la adoro, que consagraré mi existencia á su amor; y oir de sus lábios una sola palabra de esperanza, ver tal vez en sus ojos un relámpago de ternura y de felicidad.... ¿Sabe vd., Mendoza, lo que eso significa para un amante?

—Supongo que significará, poco mas ó menos, lo que para mí la esperanza que tengo de humillar á mis enemigos; pero sea lo que quiera, ni vd. puede todavia presentarse en casa de Laura, ni ella verle á vd. en otra parte.

—¿Y hemos de estar así eternamente?

—No; de vd. depende todo.

—¿De mí, santos cielos? ¿De mí?

—De vd. y de nadie mas.

—Por lo que vd. mas ame en este mundo, termínese esta pesada burla.

—Aquí no hay burla, Ribera; ni el asunto las sufre, ni está en mi humor el gastarlas; pero hemos llegado á nuestro destino. De vd. depende, vuelvo á decir, de vd. solo que esta noche le acerque al objeto que ama, ó le aleje acaso para siempre de Laura. Entremos.

Mendoza y Ribera habian llegado al portal de cierta casa de muy

buena apariencia en una de las mejores calles de Madrid. Algunos coches estaban parados á su inmediacion; varias personas entraban cuando comenzaron ellos á subir las escaleras; y la prudencia obligó al enamorado á no pedir mas esplicaciones á su compañero.

Llamaron en el piso principal, abriéronles la puerta y entraron.

CAPITULO II.

Mina y contramina.

La misma noche del 29 de setiembre de 1833, mientras don Luis de Ribera, que tal era el nombre del coronel, se paseaba impaciente en la Puerta del Sol, dos airosas manolas con su corto, fabulosamente corto, mal llamado guardapies, puesto que apenas pasaba de ser guarda rodillas, su rica media de seda de *pátén*, su zapato de raso negro, inverosímil por lo pequeño, su alta y calada peineta de concha, y su original elegantísima mantilla de tira; estableciéronse de crucero delante del atrio de la Victoria, con no poco escándalo de los fieles, que á rezar cierta novena acudian á aquel templo.

Una de las dos llevaba un pañuelo de seda de la India puesto en la cara, como acostumbran á usarlo los que tienen dolor de muelas, y á mayor abundamiento cruzada la mantilla de tal suerte que ni las muchas mugeres curiosas, ni los infinitos galanes de fácil gusto que en el transcurso de una hora transitaron por aquel parage, pudieron distinguirle las facciones.

Sorda á los repetidos y tan espresivos como poco delicados requiebros que por su buen talle la dijeron; impasible á los sarcasmos de las desdichadas que creian ver en ella una rival que pudiera disputarles con ventaja el vil precio de su infame comercio; y asida continuamente del brazo de su compañera, aquella muger que por el trage, el lugar en que paseaba, y la hora que para visitarlo habia elegido, estaba como diciendo á voces que era del público, fué sin embargo un misterio para todos.

Su compañera podria tener como cuarenta años, y era lo que se llama una madrileña legítima; no precisamente bonita, pero buena moza á toda ley, y hecha como dicen *á torno*. En cuanto á sus aires, dicho se está que serian mas resueltos que pudorosos, pero aquel descoco no era el de la prostitucion, sino el de la ruda popular franqueza. Tampoco estaba en su sitio, paseándose en la Puerta del Sol á tales horas.

Como quiera que sea, ella llevaba la palabra. Si un almivarado barberillo les decia: «salud á los cuerpos buenos, ella replicaba:» Cuidiao con quebrarse, seo alfeñique. Si un libertino camastron, acercándosele mas de lo que permite el ritual, murmuraba un: «Vamos,»

brutalmente lúbrico; ella, arrojándole de un codazo al medio del arroyo, contestaba; «Váyase vd. á la gloria, tio pelele!» Al que la llamaba hermosa, le solia apodar *cara de mico*; al que estaba pesado, se le ponia en jarras, preguntándole; ¿Se vá vd. ó le envio? Y en fin, con la lengua y con las manos se dió tan buena maña, que tuvo á razonable distancia de sí y de su compañera á todo curioso impertinente.

Entre tanto la del pañuelo, siempre callada y estrechándose con su resuelta compañera, á juzgar por el continuo alternado movimiento de la parte alta de su elegante jubon, y por cierta trepidacion nerviosa que en toda ella se advertia, sin duda alguna estaba grandemente acongojada, tanto que no pudo menos la valerosa Manola de advertirlo y de exclamar á media voz:

—Vámonos, que vd. se me va á poner mala. ¡Caramba! Vámonos.

—No, Manuela, no debemos irnos, contestó la interpelada en voz baja y temblorosa, mas en tono que anunciaba una determinacion irrevocable.

Manuela solo dijo: «Por mí como vd. quiera! Y ambas volvieron á su paseo.

El coronel Ribera, que en tanto iba y venia sin cesár, pasó repetidas veces al lado de las dos manolas, y alguna llegó á tropezarse con ellas: mas era tal su preocupacion que las miraba sin verlas. No reparó, pues, en tales mugeres, como lo hicieron cuantos por allí transitaban, mientras que ellas, por el contrario, solo en él fijaron la consideracion, prescindiendo de todos los demás concurrentes.

Manuela, como persona de esperiencia y de aplomo, nunca le miró fijamente, sino de soslayo, siguiendo con tal constancia sus movimientos, que pudiera sin temor de omitir alguno, referirlos todos minuciosamente. La embozada, por el contrario, siempre que se hallaba de frente con el Coronel, bajaba los ojos, y cuando este volvia la espalda le contemplaba con indecible ansiedad. Si las oleadas de los transeuntes iban á ponerlos en contacto, la desconocida, como temerosa, se estrechaba á su compañera; y un estremecimiento general la conmovia cuando casualmente su brazo se rozaba con el de Ribera. ¿Sucedia que un grupo, interponiéndose entre este y ella, le ocultaba á su vista? Entonces nuestra incógnita, apartando á unos y sorteando á otros, no sosegaba hasta que de nuevo descubria al Coronel, y se aseguraba de su presencia en aquel sitio.

Así, pues, el observador menos perspicaz hubiera conocido desde luego que ambas manolas, sea que á eso solo fueran á la Puerta del Sol, sea que el ningun caso que de ellas hizo don Luis las picára, miraban á este con empeño y tenian ya por objeto exclusivo seguir sus pasos cuando Mendoza llegó á la cita.

Este, que tenia por nombre don Pedro, era un capitan de caballeria, no indefinido, sino tres veces impurificado en razon á sus opiniones democráticas y á los hechos inequivocos con que las acreditó durante los tres años del 20 al 23 de este siglo. Pasaba ya de los cuarenta, pero conservaba todo el vigor de la edad juvenil, en el cuerpo por lo menos, pues en cuanto al espíritu nos abstendrémos

por ahora de entrar en pormenores que en el transcurso de esta relacion irá conociendo el lector. Basta lo dicho para la inteligencia de los sucesos del momento.

Mendoza llegó por la carrera de San Gerónimo, y como la noche no estaba óscura, al emparejar con la puerta del edificio en que hoy se encuentra el establecimiento de librería de Monier y era entonces café y fonda con el título de la Fontana de Oro, la luz de un gran farol que allí habia bastó para que Manuela, que á la cuenta le conocia, pudiese distinguirle perfectamente.

—Ya viene, dijo inmediatamente á la embozada.

—¿Quién? preguntó esta sin apartar la vista de Ribera.

—¿Quién ha de ser? El! Vamos por la vírgen de Atocha. Y sin esperar respuesta, arrastró en pos de sí á la distraida, entrándose precipitadamente en el atrio de la Victoria.

Hízolo á tiempo, porque apenas lo habia verificado cuando llegaba Mendoza que aun pudo verlas, aunque por la espalda.

Iba, sin embargo, tan de prisa, y por otra parte halló tan natural que allí hubiese manolas á tales horas, que no hizo alto en aquel incidente y prosiguió su camino hasta encontrar á Ribera.

Mientras los dos amigos entablaban su diálogo, las manolas, cruzando con viveza la calle, fueron á situarse en la esquina del Buen Suceso; y luego, cuando ellos echaron á andar hácia la calle de Carretas, ellas por la diagonal tomaron el mismo rumbo.

Mendoza y Ribera, iban por la acera del Correo: Manuela y la tapada por la opuesta, un tanto detras de ellos; y asi prosiguieron su marcha paralelamente, hasta que aquellos llegaron al punto donde los dejamos al fin de nuestro primer capítulo.

—¡Dios mio! esclamó la embozada viéndolos entrar en la casa; no me engañaban mis presentimientos!—¿Y ahora que hacemos nosotras? le interrumpió Manuela. ¿Qué ha sacado vd. en limpio?—Cerciorarme. —¡Y estamos frescas! Vámonos á casa, no salga ese hombre de repente y nos haga bailar sin música.—Espera... yo no puedo consentir...—¡Toma! ¿Y qué remedio? —¿Qué remedio? ¡Dios mio, Dios mio, inspiradme!

Durante algunos instantes permanecieron silenciosas aquellas dos mugeres: la una baja la cabeza, caidos los brazos, cruzadas las manos, inclinado el cuerpo; la otra, por el contrario, mantilla y cabeza echada atrás, mordiéndose los lábios, adelantada la pierna derecha, y batiendo con el pie izquierdo un compás de toque á fuego.

Dejémoslas estar así, y penetremos en busca de Ribera y Mendoza en el cuarto principal cuya puerta se cerraba cuando de ellos nos separamos.

Lo interior del edificio correspondia perfectamente á lo bello de su apariencia. Una espaciosa antesala, á cuya derecha estaban las piezas de recibo suntuosamente alhajadas y, en el momento á que nos referimos, llenas de cuanto Madrid tenia de mas elegante en ambos sexos, daba tambien paso por la izquierda á las habitaciones interiores, y por el lienzo fronterizo á la puerta de entrada á un tercer cuerpo de aquel piso, que fué á donde entraron Ribera y Mendoza,

conducidos por el ayuda de cámara del dueño, que era un acaudalado banquero.

La muerte de Fernando VII, conocida ya entonces de todo el mundo, no se habia aun publicado oficialmente: por tanto el banquero no se creyó obligado en manera alguna á suspender el gran baile que para aquella noche tenia dispuesto, con el doble objeto de hacer ostentacion de su riqueza, y de entablar ó concluir mas de un negocio lucrativo, amen de servirle de pretesto y pantalla á cuya sombra se ocultase la reunion de que á tratar vamos.

Así los violines daban ya la señal para la primera contradanza cuando nuestros militares, precedidos por el ayuda de cámara que llevaba en la mano para alumbrarles un candelero de plata con su bujía de esperma, atravesaron un largo corredor á cuyo estremo, por una puerta pequeña, entraron en el despacho del dueño de la casa.

El lugar de la escena era una sala de mediana capacidad, pintada al temple de colores claros; una araña de cristal de roca la iluminaba. Al testero el retrato del Creso madrileño, vestido con el uniforme de no recordamos que Consejo, ostentando en su pecho profusion de cruces, y no escaso de mérito artístico, tenia por colaterales á la derecha una tarifa de cambios, y á la izquierda la noticia impresa de la entrada y salida de correos en la capital. Una mesa de despacho, grande y cómoda, de caoba maciza con embutidos de ébano y adornos de bronce, y cargada de innumerables papeles; en uno de los ángulos del cuarto una estanteria con cajas de carton á la francesa; una silleria antigua cuyos dorados y damasco amarillo acababan de renovarse, y un lindo velador, encima del cual estaba abierto un cajon de cigarros de la vuelta de abajo, flanqueado por cuatro candeleros de plata con sus correspondientes bujías, completan el cuadro.

Cuando los dos amigos entraron casi todos los sillones estaban ocupados; la mayor parte de los concurrentes fumaban, y á pesar de los ventiladores que en las vidrieras habia, y cuyo rápido monótono movimiento sonaba como pudiera un molino, la atmósfera del despacho era realmente palpable.

Ribera ofuscado por aquella densa nube de humo de tabaco, al principio nada vió mas que bultos; pero mientras el banquero, vestido de rigurosa etiqueta con pantalon *collant*, media de seda calada, zapato escarpin, camisa con chorrera y vuelos de magnífico encage, chaleco de tisú de plata, frac negro y guante amarillo, exalando un aroma almizclado un tanto excesivo, y sin dejar de la mano la opulenta cadena de su reló, hablaba con Mendoza algunas palabras en secreto, tuvo tiempo bastante para habituar sus ojos al humo y comenzó á divisar y conocer las personas.

Junto á la mesa del Banquero, fumando con delicia su cigarro, cruzadas una sobre otra las piernas, y sencillamente vestido con una levita azul abrochada hasta el cuello, vió Ribera, no sin sorpresa, á un General conocido por la templanza de sus opiniones, que en el fondo eran y pasaban, sin embargo, por monárquicas.

A su lado, gravemente apoyado en una caña de indias con su puño de oro cincelado y su cordon y borlas de seda negra, habia un personage sério y barrigudo, en cuya fisonomia benigna y risueña á primera vista, se traslucia cierto aire de perpétua desconfianza y constante amor á su propia persona. Era un togado que asi firmaba una sentencia de muerte como una esquela de dar pascuas.

Seguíanle inmediatamente un anciano venerable en su aspecto, y un jóven de 24 á 25 años, con la cabeza mas bella que imaginarse puede. Ancha la frente, aguileña la nariz, pequeña la boca, algo pronunciada la barba; negros, rasgados, ardientes los ojos, cuyo fuego velaban pobladas pestañas, y cuya órbita coronaban dos arqueadas magníficas cejas; y rizada en fin su abundante negra cabellera, parecia que la naturaleza se habia complacido en hacerle un perfecto modelo de la belleza varonil. Mas aquellos ojos tan hermosos comenzaban á hundirse en sus órbitas, bajo las cuales una sombra parda y tenaz era funesto síntoma de padecimientos físicos y morales; aquellas miradas tan expresivas tenian algo mas de violencia que de entusiasmo; aquella boca se mostraba contraida por la mas amarga sonrisa; y por último, aquel rostro originariamente bello, grande, poético, expansivo, llevaba ya en tan temprana edad, impreso el sello de las enfermedades, de las pasiones violentas, del escepticismo, de la postracion del alma.

A la otra parte de la mesa un clérigo de rígido aspecto y aire distinguido, dos gefes que habian sido en el ramo de hacienda, tres ó cuatro oficiales indefinidos, y un personage de quien hablaremos á su tiempo en párrafo aparte, completaban la reunion.

El Banquero, así que concluyó de hablar con Mendoza, se dirigió á Ribera, y tomándole afectuosamente de la mano, dió uno ó dos pasos hácia los concurrentes, diciendo:

—Señores: tengo el honor de presentar á vds. *á mi amigo*, (el Coronel miró sorprendido al Banquero, á quien veia entonces por primera vez en su vida) *á mi amigo*, repitió el Anfitrion sin desconcertarse, el coronel don Luis de Ribera, que como vds. saben manda dignamente uno de los regimientos de caballería de la guarnicion.»

Levantáronse todos y saludaron profundamente, á excepcion del General y del jóven de quien hace poco hablábamos.

—Bien venido, Ribera, dijo el General sin moverse, pero tendiendo afectuosamente la mano al coronel, que alargó la suya con la misma cordialidad, contestando:

—Mi General, siempre á las órdenes de V.

—A mi lado (prosiguió el gefe acercando un sillon), á mi lado.

—Bien, exclamó el Banquero jovialmente: la *masoneria* de los militares, en todas partes se conoce.»

Mendoza, saludando altaneramente al General que apenas se dignó bajar la cabeza en respuesta, y estrechando al paso la mano del jóven, fué á colocarse á la izquierda de Ribera, y sentados todos, quedó la reunion en ese estado de embarazoso silencio que ordinariamente tiene lugar cuando se vá á tratar algun asunto de gravedad y de importancia. Cada cual aguarda á que otro salte la valla, y en pe-

nosa ansiedad se observan todos recíprocamente, sin que nadie se resuelva á romper el silencio.

Mientras callan todos, *Tirios y Troyanos*, acerquémonos nosotros al mas oscuro de los rincones del despacho del Banquero, donde no en un sillon, sino en una humilde silla de paja, está sentado con no menos modestia y compostura que pudiera un pobre novicio, uno de los circunstantes de quien no hemos hecho mas que anunciar la presencia.

Era un hombre en la flor de la edad, bajo, medianamente fornido, de aspecto jovial, y penetrantes miradas, aunque sus ojos, sobre redondos, pequeños: su trage limpio, pero, mas que sencillo, pobre y atrasado en tres ó cuatro modas; sus maneras encogidas, si bien no tímidas; su porte insignificante.

Aquel hombre podia estar en todas partes y no llamar la atencion en ninguna: en la iglesia parecia un devoto; en la calle un paseante; en el teatro un aficionado de buena fé; en la tertulia un jugador de Báciga; y en las antesalas de un ministro pudiera pasar por un empleado subalterno de loterías. La naturaleza le habia dado una de esas figuras que sirven de pasaporte y salvo conducto en todas circunstancias al que tiene la dicha de poseerlas.

Muy pocas personas le conocian de trato, de vista muchas, pero él sí conocia á todo el mundo en Madrid. No era comerciante, ni tenia oficio, ni disfrutaba empleo: pero carecia de acreedores, vivia con modesta decencia y concurria á todas las diversiones, si bien á ninguna en los asientos mas caros. No se supo nunca que tuviera tierras, casas, capital ni trato de cuyo producto se mantuviese, mas como á nadie pedia, nadie tampoco le preguntaba de qué ó cómo se sustentaba.

Donde quiera que estuviese se colocaba en el último sitio; hasta de la luna buscaba la sombra, pero desde ella miraba derechamente á la luz aunque fuese la del sol.

La sencillez de su trage, la simplicidad de sus maneras, y la feliz insignificancia de su aspecto desvanecian toda idea de misterio en su persona y vida. Pocos se paraban á pensar en él; de los que lo hacian cada cual le suponia lo que primero le ocurria, y como pudiera ser aquello lo mismo que otra cosa, las hipótesis terminaban muy presto. Tal era en la apariencia *don Angel*, que don Angel y don Angel á secas le llamaba todo el mundo.

—Señores, dijo el Banquero, rompiendo al fin el silencio, todos vds. saben que el Rey ha muerto.....

—¡Ah! exclamó cándidamente don Angel como sorprendido; y los mas de los presentes se sonrieron.

—Que el Rey ha muerto, prosiguió el dueño de la casa, y su viuda vá á ser Gobernadora del reino.

—Adelante, dijo el General; hasta ahí ya estamos.

—La necesidad de una reforma en nuestras instituciones es evidente; replicó el Banquero, y respiró como si le hubieran quitado un gran peso de encima.

—Es decir, exclamó levántandose el jóven, la necesidad de una *revolucion*....

—¡Ola! profirió con tono de alarma el magistrado.

—Si señor, de una revolucion, insistió el jóven resueltamente.

—¡Bien, amigo mio, bien! le dijo Mendoza en voz baja; y el otro volvió á tenderse en su sillon.

—Entendámonos, interpuso entonces el General; no estamos bien como estamos; es preciso regularizar el gobierno, ponernos hasta cierto punto al nivel de la Francia y de la Inglaterra; que haya garantías de órden y de seguridad....

—Y libertad para el pensamiento, para la imprenta; interrumpió el jóven.

—Bien, poeta, bien; prosiguió el General.

—Y que se dé la importancia que debe tenerá la magistratura, añadió el togado.

—Y que desaparezcan los frailes, esos ambiciosos y opulentos proletarios del clero, que usurpan sus funciones y tiranizan á los verdaderos ministros del altar, añadió gravemente el clérigo.

—Que los destinos no sean patrimonio exclusivo de los realistas, prorumpieron simultáneamente los hacendistas.

—Que vuelvan á las filas los oficiales beneméritos, gritó uno de los impurificados.

—Que haya libertad de comercio, concluyó el Banquero.

—¡Egoismo, miseria,! murmuró el jóven al oido de Mendoza.

—Prudencia: le contestó este.

El General, luego que asi hubieron desahogado todos sus pensamientos, volvió á tomar la palabra diciendo:

—En una palabra, esas ú otras reformas, todas las que emanen del trono, y sobre todo aquellas que no menoscaben las prerogativas del Ejército, por mi parte estoy pronto á apoyarlas. Si de otra cosa se trata...

El jóven, ardiendo en ira, iba á levantarse y á interrumpir bruscamente al orador: pero Mendoza que no le perdia de vista, le asió á tiempo del brazo y con algunas palabras que con vehemencia le dijo, logró que renunciase á su propósito,

Entre tanto el Banquero, comprendiendo que la discusion iba á tomar un giro peligroso, se apresuró á decir:

—General, perdone vd. que le interrumpa; dos palabras que yo diré pueden ahorrarnos muchas inútiles.

—Bien, diga vd.; replicó el interrumpido, que notoriamente se habia propuesto no perder aquella noche los estribos.

Recogióse el Banquero un instante como á meditar; y los demas circunstantes pusiéronse á hablar en voz baja cada cual con su vecino. El Clérigo, don Angel, el General y Ribera solos permanecieron silenciosos. El último que hasta entonces jamás se habia ocupado en asuntos políticos, estaba como absorto: no comprendia que se reuniesen personas que al parecer no estaban de acuerdo ni sobre el fin que se proponian, ni en cuanto á los medios para llegar á él conducentes; no acertaba á explicarse la amalgama de hetereogéneos personages que ante su vista figuraban; y habia instantes en que se juzgaba oprimido por alguna tenaz pesadilla.

Entre tanto Mendoza y el jóven poeta estaban empeñadísimos en su diálogo; el clérigo parecia absorto en no muy gratas reflexiones; don Angel se contaba los botones del chaleco, y el General, seguro de que nadie le observaba, tocó en el hombro á Ribera y le dijo en voz muy baja:

—No se comprometa vd. á nada esta noche, y véame mañana á las doce en punto en mi casa. ¿Entiende vd.?

—Sí, mi General.

—Mañana á las doce en mi casa.

—Iré!

En esto el Banquero movia ya el lábio para tomar de nuevo la palabra, pero dos golpes sonaron en la puerta pequeña que dió entrada á nuestros dos militares.

—¿Quién diablos vendrá á interrumpirnos? Dijo el hombre furioso de perder el discurso que tenia preparado; y acudió sin embargo á la puerta.

—¿Qué hay, Andrés?

—Para el señor coronel Ribera, contestó el criado presentando una esquela.

—¡Para mí! exclamó asombrado don Luis.

—¿Ha encargado vd. que le buscasen en mi casa? preguntó con visible recelo el Banquero.

—¡Cómo! (interrumpió Mendoza), si yo no le he dicho á donde le traia!

Y asi era la verdad.

Ribera tomó el billete y leyendo en el sobrescrito: «Al Coronel don Luis de Ribera.—Urgente y reservado»; abriólo y se enteró, no sin muestras de sorpresa y agitacion, de su contenido. Terminada la lectura comenzó á buscar su sombrero.

En ese tiempo habia el Banquero interrogado á su ayuda de cámara, en cuya fidelidad tenia y debia tener la mas completa confianza. Cuanto pudo saber fué que un mozo fué portador de la esquela, y que apenas la hubo entregado volvió á marcharse.

Ribera habia encontrado su sombrero y dicho algunas palabras al oido del General, quien tomando tambien el suyo y encaminándose á la puerta con el Coronel, se despidió, diciendo con desembarazo y resolucion:

—Caballeros á mas ver: por ahora es preciso separarnos» y diciendo y haciendo salieron ambos á paso largo del despacho y estaban bajando la escalera antes de que ninguno de los presentes se recobrase de la sorpresa que aquel incidente causó en todos.

—Voy á seguirlos, dijo Mendoza.

—Yo te acompañaré, añadió el jóven: acabemos con ellos: esos hombres nos venden.

—Prudencia, señores, no lo echemos todo á perder arrebatándonos; interrumpió el Banquero; don Angel, no pierda vd. tiempo.

Don Angel no lo habia perdido, en efecto: ya estaba en la puerta cuando el Banquero le dirigió la palabra, y saludando á la concurrencia con un melifluo: «Beso á vds. las manos,» echó á andar con mas soltura y agilidad de la que pudiera esperarse de él.

Cuando llegó al portal de la casa, sin embargo, Ribera y el General que habian tomado el coche de este, se hallaban fuera del alcance de todas sus pesquisas.

CAPITULO III.

Un cuerpo de guardia.

Desde que amaneció el dia 29 de Setiembre de 1833 comenzó á correr la voz entre las personas *bien informadas*, como dicen los periodistas, de que el Rey se acercaba rápidamente al término de su existencia: mas el público que en el espacio de un año habia oido infinitas veces decir: «Fernando VII está en la agonía, Fernando VII ha espirado;» y sin embargo á poco veia á Fernando VII vivo ó galvanizado, pasearse en coche, acogió aquella noticia con frialdad y desconfianza. Con todo eso, al mediodia cundió la alarma: los grandes intereses que el término de la vida del Monarca comprometia; las esperanzas que en la Reina Gobernadora tenia el partido liberal, y los consiguientes fundados temores del bando *apostólico*, subieron de punto, como era natural, al acercarse el solemne temido instante de la crísis; y los directores, fautores, cómplices, y ciegos instrumentos de las diferentes intrigas políticas que entonces se tramaban, se pusieron desde luego en movimiento.

El ejército era entonces, como ha sido despues, como es hoy, y como siempre lo será, el blanco de todas las miras, la presa que codiciaban todas las ambiciones. A corromper su fidelidad, á cautivar su devocion, se encaminaban todos los esfuerzos de los conspiradores; y el deseo en unos de fundar un nuevo sistema de gobierno, en otros de asegurar el existente, á estos y á aquellos los conducia á intentar el medio de que todo gobierno sea imposible, es decir, á inocular en la fuerza armada la funesta mania de las discusiones políticas.

Como quiera que sea, los militares en la época á que se refiere esta narracion, se veian asaltados de continuo, desde el mas elevado en la carrera hasta el simple sargento, por un enjambre molesto, tenaz y pernicioso de agentes políticos, que con obstinado encarnizamiento se empeñaban en afiliarlos en uno ú otro partido, y particularmente en destruir el principio fundamental de la carrera: la ciega subordinacion del soldado á las órdenes del Gobierno.

En tales circunstancias claro está que don Luis de Ribera, coronel de un regimiento de caballería de la guarnicion de Madrid, y militar que gozaba de muy buen crédito entre sus gefes, compañeros y subalternos, debió desde el principio de aquel periodo preliminar de la revolucion española, llamar la atencion de los caudillos de ambos partidos. Asi sucedió, en efecto, pero Ribera tenia un carácter poco á propósito para facilitar las tentativas de aquellos ilustres intrigantes.

Ultimo vástago de una familia de rancia nobleza y mediano caudal, perdió á su madre al nacer, que fué en el segundo ó tercer año de este siglo: y á su padre, que era mariscal de campo, en la gloriosa guerra de la independencia.

Por los méritos del padre y el valimiento de uno de los ministros que habia sido su compañero de armas, concedió el rey á Ribera una compañía de dragones en la isla de Cuba, cuando apenas tenia el agraciado catorce años de edad, y estaba educándose en el seminario de Vergara. Saliendo de aquel establecimiento á los diez y seis años, embarcóse para su destino, desde el cual, á solicitud suya, pasó á unirse con el ejército de Nueva España, y en él, dando muestras repetidas y brillantes de valor y de inteligencia, no solo justificó la gracia del Monarca, sino que obtuvo en el campo de batalla y sucesivamente, los grados y ascensos hasta el de coronel efectivo inclusive.

Terminada aquella guerra, ó mejor dicho, perdida la Nueva España, Ribera cuya salud habian quebrantado honrosas heridas, regresó á la Habana con real licencia, y permaneció allí algunos años aun despues de su completo restablecimiento. Un compañero de colegio, natural de aquella isla, le puso en relacion con cierta respetabilísima casa de comercio, cuyo gefe, encargándose de la gestion de sus intereses, le duplicó en breve su capital. Regresó don Luis á Europa el año de 27; y el mismo se le confirió el mando de un regimiento.

Ribera sin ser un santo, ni excusarse de pagar el ordinario tributo á la irreflexion y ardor propios de la edad juvenil, tuvo siempre, sin embargo, esa especie de cordura algo parecida á la desconfianza que caracteriza generalmente á los hombres que, como él, se ven aislados desde que comienzan á vivir.

Privado de las caricias maternales, la ternura en que su corazon abundaba, por falta de aquel benéfico influjo que á amar nos enseña en los primeros años de la vida, estaba como reconcentrada en lo íntimo de su pecho, era como el calórico latente, que no se muestra sin la intervencion de determinado y poderoso agente.

Cuanto era se lo debia al Rey; su padre y sus abuelos le habian (decia él) servido con las armas, él mismo vistió al dejar los arreos femeniles de la infancia el uniforme militar; y por tanto en sus ideas el Rey y la milicia, eran la autoridad soberana, la institucion mas importante de la sociedad.

Persuadido íntimamente de que al Monarca y sus ministros tocaba gobernar, y á los militares obedecer solo, hablarle de política era tiempo tan perdido, como lo fuera querer discutir con él la teología escolástica.

Tampoco gustaba del juego: sus diversiones favoritas eran la equitacion, la esgrima y el teatro: los libros que estudiaba, los de su profesion; de recreo le servian los de amena literatura.

Severo en materias de servicio consigo mismo y con los demás, era, sin embargo, tan querido como respetado de sus inferiores, por la equidad de sus providencias y por la bondad intrínseca de su carácter, aparentemente reservado, aunque en realidad ardiente.

Los conspiradores, pues, no se atrevian á habérselas con él en derechura; y cuantas tentativas hicieron para corromper á los individuos de su regimiento, fueron hasta la noche del 29 de Setiembre, totalmente inútiles.

A su tiempo explicaremos que concurso fatal de circunstancias fué necesario para conducir al coronel á la reunion celebrada en casa del Banquero, de la cual salió de resultas de la lectura del billete misterioso.

La letra de aquel escrito era completamente desconocida para Ribera; clara, correcta y rasgueada á manera de muestra de pendolista de oficio. Su contenido el que sigue:

«Las tropas están sobre las armas en sus respectivos cuarteles. «¿Lo sabe el coronel Ribera? ¿Falta así y de propósito deliberado á «su obligacion? Creémos hacerle un servicio importante dándole este «aviso. —M. no tiene amigos: los hombres que trata son sus víctimas «ó sus instrumentos.»

Antes de hablar de los efectos que tan singular escrito produjo en don Luis explicaremos rápidamente como ignoraba lo que antes que nadie debiera saber.

El 28, desempeñando el cargo de Gefe de dia, pasó Ribera la noche á caballo para visitar los puestos y retenes con la escrupulosidad que él acostumbraba, y por otra parte exigian entonces imperiosamente las circunstancias. No se acostó, pues, hasta muy entrado el 29, y levantóse por consiguiente á medio dia, hora de la órden. No ocurria entonces novedad, y reservó el Coronel su diaria visita á su regimiento para la lista de la tarde.

Su amor á Laura, amor cuyos antecedentes no ha llegado aun el momento oportuno de referir, pero que sí diremos era una pasion desde que nació violenta, irritada además con todo género de obstáculos y misteriosas circunstancias, le ocupaba incesantemente.

Si antes tuvo amoríos fueron siempre de esas relaciones de sociedad, galantes, fáciles, arregladas á una pauta invariable, que nacen de una contradanza, y mueren acaso de alguna mazowrca; por eso podemos decir que Ribera tuvo su primera pasion á la edad de treinta años, es decir, cuando suelen ser volcanes los fuegos que en la juventud llamas efímeras.

Pensando en su Laura y arreglando algunos de sus negocios, pasó hasta las tres y cuarto de la tarde, hora en que recibió una carta de Mendoza que debemos copiar, y decia:

«Amigo mio: un asunto que no consiente dilacion, me obliga en «este mismo instante á montar á caballo, y marchar á Carabanchel. «Tengo, sin embargo, que decir á vd. cosas importantes sobre el ne«gocio que tanto le interesa, cosas que conviene á vd. saber luego, «luego. ¿Quiere vd. dar una trotada y esperarme en la fonda de Ca«rabanchel? Si en efecto tiene vd. la calentura tan fuerte como pa«rece, el paseo no le asustará. En todo caso es de vd. como siempre «su afectísimo &c.—Mendoza.»

Acabó Ribera de leer la carta, pidió el caballo, y un cuarto de hora despues galopaba hácia el parage de la cita.

Allí esperó nada menos que dos horas á Mendoza, el cual con un artificio de seguro éxito obtuvo del coronel la promesa de acompañarle aquella noche á casa del Banquero.

Juntos volvieron á Madrid y separáronse en las puertas, donde echaron pié á tierra, entregando los caballos á un criado de Mendoza. Este se encaminó, segun dijo, á ver á Laura; don Luis á la Puerta del Sol, á esperarle. Lo demás lo saben ya los lectores, y comprenderán por tanto, como el Coronel ignoraba que su regimiento estuviese sobre las armas; que lo estaba, en efecto, desde las cinco de aquella tarde.

En cuanto al General, á la misma hora que Ribera recibió la carta de Mendoza, se halló con la visita del Banquero que iba, le dijo, á rogarle le acompañase á ver un tronco de yeguas Meklembourguesas que estaban de venta en la del Espíritu Santo, y que se proponía comprar.

Gran caballista y relacionado con el comerciante muchos años hacía, no extrañó el General ni la visita, ni la proposicion. Aceptó pues; fué á la Venta, vió, examinó, hizo probar y chalaneó á su sabor las yeguas, concluyendo un ajuste ventajoso; y en esto eran las seis de la tarde, y fuése á comer con el Banquero, quien á los postres y solo á los postres le dijo; que aguardaba á varios amigos para tratar de los asuntos del dia. Sorprendióse un tanto el convidado, pero como era hombre á quien no podia ocultársele la proximidad de un gran trastorno político, no le pesó del todo de que se le presentase la ocasion de asir uno de los hilos de la trama que se urdia.

Mendoza dió noticia en Carabanchel á Ribera de la muerte del Rey: don Luis la esperaba por una parte, y por otra estaba en aquel momento harto alucinado para fijar la consideracion en las inmediatas consecuencias de aquel suceso. No así el General que lo supo por el Banquero; mas no pareciéndole prudente aventurar demostracion alguna en aquellos primeros momentos, se estuvo quedo *á ver venir*, como se dice entre jugadores de tresillo. No fué grande por lo mismo su sorpresa cuando Ribera le dijo al oido en casa del Banquero lo que en el misterioso billete se le anunciaba; pero una vez sabida la noticia no le era lícito permanecer tranquilo. Por eso salió de allí juntamente con el Coronel y tomándole en su coche, se encaminó éste rápidamente á Palacio, que era entonces el Cuartel general, por decirlo así, de la guarnicion.

Don Luis prefiriera irse á su cuartel directamente, mas el General le hizo observar que el regimiento estaria ya, segun todas las probabilidades, cubriendo algun punto de la poblacion, y que lo urgente para entrambos, ya que tenian la desgracia de llegar tarde, era presentarse á la autoridad superior militar, que en aquel momento era casi seguro que se hallaria en Palacio. No tuvo nuestro coronel que replicar, y se hizo como el General lo dijo.

Al atravesar la Plaza Mayor encontraron en ella un batallon y un escuadron de reten; en las Platerías un piquete; en los Consejos una gran guardia; y en la plaza de la Armería una avanzada de la de Palacio. Allí echaron pié á tierra, y despues de reconocidos pasaron

el arco y se encaminaron á los pabellones de la derecha, donde en aquella época estaba el del Gefe de parada.

La reducida y modesta habitacion de aquel Gefe encerraba en su recinto, cuando en él entraron nuestros dos militares, gran número de personages con explendentes uniformes, bandas y cruces. El comandante general de la Guardia de cuartel, el de Brigada de servicio, el Gobernador, y hasta una media docena mas de Generales, con algun Grande y otros personages políticos, sentados unos, paseándose otros, silenciosos todos, manifestaban en su actitud y semblantes la mas profunda preocupacion. Nada mas natural: se terminaba un reinado é iba á inaugurarse una revolucion.

En la plaza el aparato militar mas anunciaba una fortaleza que un palacio. La tropa reunida á la inmediacion de sus armas puestas en pabellon; los oficiales en distintos corrillos, y ya divididos en bandos; los caballos relinchando impacientes; y el *¿quién vive?* con frecuencia repetido de los centinelas, hacian como presentir la guerra civil que nos amenazaba; y los coches de palaciegos y de intrigantes que iban y venian incesantemente, bien pudieran compararse á esas bandadas de aves de rapiña que un cruel instinto lleva, con anticipacion á la matanza, á los campos de batalla.

Comenzábase el prólogo del sangriento drama político que quisiéramos poder dar por terminado, cuando aparecieron en la escena el General y Ribera.

Al verlos entrar á los dos vestidos de paisano y con tal atraso, frunció las cejas el veterano vencedor de San Marcial que mandaba entonces en gefe la Guardia Real de caballeria y el distrito militar de Madrid: mas el compañero de Ribera que en otro tiempo habia servido á las órdenes de aquel antiguo General, y á quien su alta graduacion daba ademas cierto desembarazo, llegándosele con respetuosa franqueza, le dijo algunas palabras que desde luego le desarmaron. Sin embargo, no dejo de decir en voz que todos pudieron oir: «En dias como estos, General, es preciso estar siempre alerta; en fin pase por esta vez.—Señor Coronel, su regimiento de vd. está en la Plaza de Oriente; mande vd. por su uniforme y póngase á su cabeza, donde por primera, y espero que por última vez, llega hoy tarde. »

Saliéronle los colores á la cara á don Luis, pero conociendo que á pesar de su inocencia las apariencias le condenaban, saludó respetuosamente al General en gefe, y salió sin proferir una sola palabra.

Un ayudante de campo le siguió para poner á su disposicion un ordenanza que, en efecto, salió en el acto á galope á casa del coronel, con dos letras que este puso para su ayuda de cámara.

Mientras que volvia aquel soldado con sus arreos militares, no queriendo presentarse como estaba delante de sus soldados, entró don Luis en el pabellon de uno de los oficiales de guardia, desocupado en aquel momento como lo estaban todos; y pesaroso ademas, púsose á cabilar sentado á la inmediacion de una mesa y con el codo apoyado en ella. A pocos instantes oyó, sin quererlo, el siguiente diálogo, que delante de la ventana del pabellon, cuyas vidrieras estaban entornadas, tenia lugar.

—¡Con que esta noche no se hace nada!

—Nada, las cosas no están todavía dispuestas.

—¿No tenemos manos?

—La Guardia no es nuestra; es preciso echar primero á la mayor parte de los oficiales.

—Pero el ejército.....

—Hay de todo. Ese regimiento de*** (el que mandaba Ribera,) por ejemplo, no hay quien le meta el diente.

—¿No ha prometido Mendoza...?

—Prometer es muy fácil, cumplir es lo difícil. Luego, falta metálico.

—¡Bah! Minarica (el Banquero) nos dá letra abierta.

—O la pide que es lo mismo. Por ahora es preciso tener paciencia: Cea se resiste a toda innovacion, y él es el alma del Ministerio; basta que vayamos debilitando á los realistas; una vez eliminados estos, ¿Quién queda mas que nosotros?

—¿Qué hemos de hacer, pues?

—Esperar, aprovechando cuantas ocasiones se presenten de adelantar terreno..... Silencio, y vámonos que alguien se acerca.»

No era don Luis curioso, mas aquella conversacion le interesaba bajo todos aspectos tan directamente, que no pudo resistirse al deseo de conocer á los que la tuvieron. Acercóse, pues, rápida y silenciosamente á la ventana: mas solo alcanzó á divisar á los interlocutores por la espalda y con la confusion propia de la oscuridad de la noche. Sin embargo, parecióle que uno de los dos interlocutores era militar, llevaba dos charreteras, y pertenecia á uno de los cuerpos de servicio en Palacio; el otro iba embozado en una capa y con sombrero de paisano.

Todo lo observó Ribera de una sola mirada, y viendo acercarse al parage mismo que los del diálogo anterior desocupaban, otro oficial de servicio, con una persona cuyo trage le daba á conocer como individuo de la real servidumbre, retirose apresuradamente de la ventana, y doblando sus puertas, se quedó, acaso sin saber lo que hacia, á la inmediacion de la reja.

Apenas se habia retirado, emparejaban con la misma ventana los dos nuevos personages, y asegurándose de que por estar delante de ellos los pabellones de armas custodiados por un centinela, y los corrillos de los oficiales en medio de la plaza, nadie, á su entender, podia escucharlos, paráronse allí tambien y comenzaron á hablar de esta manera.

—No tenga vd. duda de que los liberales tienen tramada una espantosa. Los amigos de S. A. lo saben de positivo y cuentan con que vds. los protegerán.

—Si S. A. no se hubiera marchado, podia estar seguro de que moriríamos en su defensa.

—Sí, vd. y algunos oficiales fieles: pero hay otros...

—Muy pocos; ¡y pobre de ellos si levantan la voz! No hay que temer por la Guardia.

—Pero ¿y esa tropa del ejército que está en la plaza de Oriente?

—¡Hum! ¡hum! No sé.

—Dicen que la infantería está en muy mal sentido.

—Podrá ser: acaban de colocar en ella una porcion de indefinidos.

—A todos los negros de Guinea colocarán estas gentes, si las dejan.

—¿Y de la caballería que se dice?

—Tenemos nuestras dudas. El regimiento que está ahí es el que manda Ribera; ni él ni sus oficiales entran nunca en materia sobre estas cosas. Se dice que han recibido muy mal á los agentes de los liberales: podrá ser cierto, pero la misma suerte les ha cabido á los amigos de S. A.

—Ese coronel, es sospechoso.

—Y esta noche mas que nunca: se le ha visto irse á caballo, apenas espiró el Rey, á Carabanchel, donde los masones han tenido una gran logia.

—¡Ola!

—Ha vuelto á Madrid en compañía del hombre mas malo que hay en España.

—¿Quién es? ¿Cómo se llama?

—Un tal Mendoza, indefinido, impurificado y emigrado, que debiera ya estar veinte veces ahorcado.

—Ya le llegará su San Martin á él, y tambien si Dios quiere al coronel Ribera que me va oliendo á negro de mil leguas.

—Lo mas singular es que todavia no se ha presentado en su regimiento, y hay quien dice que vendrá al frente de las turbas de liberales....

—Los señores oficiales al cuarto del gefe de parada

Dijo en esto y en alta voz un ayudante; y los dos políticos se separaron apresuradamente.

La situacion de espíritu en que ambas conversaciones pusieron al coronel Ribera, se comprende fácilmente. Su lealtad acrisolada, su conducta pundonorosa, su prudente reserva en materias políticas, lejos de ser apreciadas en su justo valor, le habian hecho sospechoso á entrambos partidos; y para colmo de penas, Mendoza que en realidad le habia puesto en tan amargo compromiso, era, sin embargo, el único medio de comunicacion que con Laura, con la muger á quien adoraba, tenia. ¡Pobre Coronel!

Mientras entregado á las mas amargas reflexiones espera impaciente su uniforme, caballo y armas, vamos nosotros á otra parte donde nos llaman sucesos íntimamente enlazados con los referidos, aunque al parecer independientes de ellos.

CAPITULO IV.

Otro cuerpo de guardia.

Frente á la calle de la Concepcion Gerónima, inmediatamente despues de la embocadura comun á la Plazuela del Angel y á la calle de Carretas, hay una callejuela corta y no muy ancha que pare-

ce callejon sin salida, en cuyo fondo existe aun el edificio que era en la época de esta narracion cuartel de Voluntarios Realistas. Aquel cuerpo hijo de la reaccion anti-revolucionaria, democrático instituto creado en apoyo de la monarquía absoluta, y en realidad guardia pretoriana del partido apostólico, sentia instintivamente que la muerte de Fernando VII era precursora de la suya; y compuesto en gran parte de personas que libraban los medios de sostenerse en los empleos que á su posicion en él debian, claro y natural es que se hallase en gran fermentacion la noche del 29 de Setiembre.

En efecto, desde el anochecer habian comenzado á reunirse en el cuarto de banderas los gefes y oficiales de sus batallones. Las noticias mas absurdas y mas contradictorias se daban, oian y comentaban: los prudentes hubieron de ausentarse, porque los exaltados iban desenfrenándose cada vez mas: y por fin á las diez ó diez y media, quedaban únicamente con el oficial de guardia hasta seis ú ocho de los mas resueltos á sostener á todo trance sus principios; es decir, la supremacía en el Estado de los Voluntarios Realistas.

La conversacion tomó entonces un giro mas grave, su tendencia por lo mismo fué mas trascendental. Enumerábanse con calma las fuerzas de uno y otro partido; designábanse por sus nombres los gefes y personages esplícita ó implícitamente afiliados en el ultra-realista; calculábanse los azares; preveíanse los lances; y en una palabra se conspiraba, si conspirar puede llamarse á defender la forma y esencia del gobierno en aquel momento aun existente.

Pero aquellos hombres sabian que el golpe que iba á caer sobre sus cabezas partia del trono mismo; y por tanto, ya que no en derecho, al menos en el hecho, su conciencia les decia que eran verdaderos conspiradores.

Por eso tomaban las precauciones oportunas, entre las cuales fué una la de mandar á varios de los de guardia que disimuladamente rondasen en torno del cuartel, y prendiesen á cualquiera persona que les pareciera sospechosa de espionage, pues era voz comun entre los voluntarios que la policía estaba con respecto á ellos en continuo acecho.

Esa medida podia justificarse fácilmente á los ojos de las autoridades, alegando las circunstancias mismas que al gobierno determinaban á tener la Guarnicion sobre las armas.

En su virtud, salió de ronda uno de los Cabos de guardia, á quien el centinela de la puerta dió parte de haber observado que dos mugeres habian pasado y vuelto á pasar tres ó cuatro veces en el discurso de una media hora, por delante de la puerta del cuartel, parándose unas veces en la esquina de la casa de los Gremios correspondiente á la calle de Atocha, y otras en la de la plazuela de la Leña, donde á la sazon se las veia. Con tales antecedentes el Cabo, pensando que la policía pudiera muy bien valerse de agentes femeninos, y cediendo por otra parte á la sed de prender que generalmente aqueja á toda ronda, con pasos silenciosos y gatuna astucia, cayó de improviso sobre las mugeres, á quienes *motu propio* habia él declarado *in pectore* sospechosas, y con la mayor cortesía (era de profesion

aprendiz de cirujano romancista) las compelió á que le siguiesen al cuerpo de guardia,

Aquellas dos mugeres eran las mismísimas manolas de la Puerta del Sol, que dejamos pensativas y dudosas en las inmediaciones de la casa del banquero Minarica.

La Manuela empezó por recibir de *uñas* al beligerante discípulo de Esculapio, y aun tal era de suave y dócil la tal hembra, que tuvo sus impulsos de explicarse con él á mogicones; pantomima, á su entender, preferible al mejor razonado discurso: pero su compañera que, aunque apenada con tan desagradable incidente, se mantuvo en él muy serena, no sabemos que palabras le dijo al oido, que trocándola de tigre en cordero, la decidieron á someterse sin mas réplica á la voluntád soberana del cabo voluntario.

Este, gozoso con su triunfo, entró en el cuartel precedido de sus prisioneras, á quienes el centinela saludó con el dictado de *princesas*; y á poco, apareciendo en la puerta del cuarto de Banderas, dijo con el aire mas militar que á él se le alcanzaba:

—«Mi teniente, con permiso de los señores.

—¿Qué hay cabo Visturí? Preguntó el oficial de guardia alarmado, y acercándose á su subalterno.

—Dos espías, mi teniente.

—¿Dónde estaban?

—En la plazuela,

—¿Y ahora?

—En el cuerpo de guardia.

—Bien; traigame vd. á esos hombres.

—Si no son hombres, mi teniente,

—¡Cómo!

—Por que son mugeres.

—¡Cabo Visturí! exclamó un comandante que habia escuchado con mucha atencion aquel diálogo; apostemos á que son dos Vestales! En todo caso veámoslas.

—Veámoslas; prorumpieron unánimes los presentes, que á fuer de españoles dieron de mano á todo negocio así que de faldas se les habló.

Mientras el Cabo daba cuenta á sus gefes de las causas que le habian determinado á prender á las dos mugeres, ellas, depositadas provisionalmente en el cuerpo de guardia de los Voluntarios, habian tenido que aguantar un espeso nublado de pullas picantes, requiebros obscenos, y alusiones de pésimo gusto, que la Manuela escuchó cruzada de brazos y escupiendo de cuando en cuando, como si tuviera asco, y la otra cada vez mas embozada en su mantilla y siempre con la cabeza baja.

Si la escena se prolongara algunos minutos parece probable que mediaran en ella mas que palabras, por que á Manuela se le iba á toda prisa acabando la paciencia: pero dichosamente antes de que á tal estremidad se llegase, se presentó el cabo *Visturí* gritando: «Paso, Voluntarios; el teniente llama á las prisioneras». Obedecieron los soldados, y las dos víctimas siguieron humildemente á su vencedor,

que las condujo al cuarto de Banderas, retirándose despues á continuar su ronda.

Los oficiales, personas de buena crianza en general, recibieron á las dos manolas con la prevencion poco favorable que su trage y la hora en que se las habia encontrado corriendo las calles debia inspirarles: pero sus chanzas no pasaron de los límites racionales, y aun desde luego echaron de ver los mas de ellos que la embozada padecia un suplicio insoportable hallándose en tal situacion.

La frente de aquella muger era lo único que del rostro se la veia, pero su marmórea palidez, indicaba suficientemente cuanta era su angustia; y un temblor convulsivo y continuo era, además, claro síntoma de un mal estar espantoso.

El Comandante de que hace poco hicimos mencion, antiguo militar á quien miras puramente políticas y de personal ambicion habian llevado al cuerpo en que era gefe, con aquel tino, que solo se adquiere con el continuo trato y observacion constante de las gentes, adivinó, por decirlo así, que entre aquellas dos mugeres idénticas en trage, y colocadas en la misma posicion aparente, habia sin embargo una inmensa distancia social y moral.

Y en efecto, hay ciertos carácteres que, como las formas de algunos animales, no se perciben sino por personas familiarizadas con ellos, y que distinguen esencialmente á los individuos de la especie humana entre sí.

La nobleza de los ademanes, la compostura de los movimientos, la medida de los pasos, las actitudes todas del cuerpo, son resultados de una combinacion de circunstancias de posicion, estado y fortuna, que fuera acaso imposible apreciar todas, como lo es positivamente enumerarlas ahora, mas que no por eso dejan de producir resultados positivos.

Así como en vano el hombre mal educado á quien caprichos de fortuna encumbraron á las mas altas posiciones sociales, se atilda almidona y atormenta, para remedar las maneras fáciles, elegantes y naturales de los que desde la niñez respiraron la atmósfera del gran mundo; así tambien es difícil, sino imposible, que dejen de transpirar esa buena educacion y esa elegancia cualquiera que sea el disfraz que se vista quien las tiene.

En verdad y sea dicho en honor del bello sexo, algunas mugeres tienen por instinto la finura y buenos modales, aunque nacidas y educadas en clase que de suyo no las produzca: pero esas son excepciones, y el Comandante á quien aludimos, hombre de gran mundo, creyó por tanto que la embozada podria en efecto ser mas de lo que parecia.

Así, tomando una silla y acercándosela á la desconocida, se la ofreció con ademan de cortés rendimiento, saludándola al mismo tiempo con elegancia y desembarazo, mas sin pronunciar una sola palabra.

La embozada aceptó aquel obsequio sin sorpresa, y acaso involuntariamente, lo agradeció con una cortesía tan á la moda, que convirtió en evidencia las sospechas del comandante.

—¡Pues no está poco rendido el hombre con esa.... buena muger!

dijo un Capitan, escribano de oficio, al oido de otro de su clase, médico sin enfermos.

El Comandante, entre tanto, señalando á Manuela una silla que ésta tomó sin hacerse de rogar, y diciéndola con cierta autoridad: «Siéntese vd. señora;» ocupó á su vez un asiento, y comenzó el siguiente interrogatorio, dirigiéndose exclusivamente á la misma Manuela.

—¿Cómo se llama vd. señora?

—Manuela Fernandez, pá servir á vd. y á Dios.

—Su oficio ó profesion de vd.

—Prendera.

—¿Con tienda?

—Sin tienda.

—Bien: ¿Donde vive vd?

—En las Vistillas.

—¿Qué hacia vd. á estas horas en la calle?

—Tomar el fresco.

—¿Por qué la han preso á vd?

—Porque á ese monigote de cabo se *lantojao*; Misté que Dios!»

Sonrióse el Comandante al oir la última respuesta pronunciada por Manuela con saladísimo desparpajo; pero el escribano, el médico, el teniente y los demas oficiales, mostráronse nó poco escandalizados de la irreverencia con que la prendera hablaba de un individuo del benemérito cuerpo de Voluntarios Realistas. Conociólo el Gefe que sin darse cuenta á sí mismo de la razon, estaba interesado en favor de la embozada, la cual inmóvil atendia á lo que pasaba, y apresuróse á neutralizar el mal efecto de las palabras de Manuela, diciendo:

—El Cabo, señora, ha cumplido con su obligacion: á vd. le toca probar que sus idas y venidas al rededor de nuestro cuartel en una noche como esta no son.....

—¿Qué quié vd. que sean?

—¡Criminales! exclamó furibundo el escribano, no pudiendo ya contenerse.

—Tenga vd. presente, señor Capitan, que hay aquí un Gefe (replicó severamente el Comandante); y un Gefe que no sufre que nadie le interrumpa.

En efecto, el tal Comandante era con los voluntarios, tanto ó mas severo que si ellos fueran individuos del ejército permanente; y asi el Capitan escribano como todos los allí presentes se dieron por avisados con aquella amonestacion.

—En fin, señora, es preciso que vd. explique su presencia en este sitio á tales horas.

—¿Y si no me acomoda explicarla?

—Entonces, con gran sentimiento mio, (esto se dijo lentamente, recalcando las palabras y dirigiendo el discurso mas á la embozada que á Manuela,) me veré en la dolorosa precision de detener á vds. en este cuartel hasta mañana.

Suspiró hondamente la desconocida.

—¡Caramba! ¡Caramba! exclamó Manuela dando una patada en el suelo.

—¡No hay medio! insistió el Comandante.

—Muy bien, muy bien, dijeron los circunstantes.

—¡Estamos frescas! dijo Manuela despues de una breve pausa. ¡Miste que Dios se le importará á los señores de que dos probes mugeres se paseen por donde les dá la realisima gana? ¡Caramba con ellos y que curiosos!

—No se sofoque vd. señora, contestó el Comandante, siempre mirando á la desconocida, aunque á la otra dirigia la palabra: las circunstancias nos obligan á tomar estas precauciones.

—¡Bonita precaucion! ¡Soplarnos á nosotras en chirona!

—¿Y qué le cuesta á vd. explicarnos que hacia; por qué habia venido á rondar el cuartel?

—¡Pues yá! No tenemos otro que hacer que rondarles el cuartel á los Voluntarios!

—Ello es que hace rato, segun dice el centinela, que no se apartan vds. de sus inmediaciones.

—¿Y qué tenemos con eso?

—Que es preciso explicar por qué.

—Ya baja que está en la cueva!

—Señora.....!!!

Toda la buena voluntad del Comandante iba á estrellarse en la desenvuelta firmeza de las respuestas de la prendera. Poner en libertad á aquellas mugeres, sin que de cualquier manera diesen satisfaccion á las sospechas de sus subordinados, era desacreditarse con estos; y aunque se sentia inclinado á favorecer á las presas, estimaba en mucho su influencia en el cuerpo para debilitarla en tan críticos momentos, solo por favorecer á dos desconocidas.

Quiso, empero, antes de pronunciar una providencia, tentar el último recurso que para salvarlas se le ofrecia, y dirigióse entonces clara y derechamente á la embozada, diciendo: «Usted, acaso, señora, se hará mas cargo de la razon que su...su...compañera. Las apariencias, tal vez injustamente, acusan á vds. de espiar nuestro cuartel: mientras no nos dén vds. una explicacion *cualquiera* ¿cómo las hemos de poner en libertad?»

Un movimiento de cabeza de la desconocida expresó que comprendia perfectamente toda la fuerza del argumento: mas no por eso rompió su obstinado silencio.

Manuela, entre tanto, estaba como pensativa: decir la verdad era imposible; callar el medio seguro de que ocurriese una catástrofe; no quedaba, pues, otro recurso que el de inventar una fábula, pero una fábula verosímil, y tan bien preparada, que no se destruyese por sí misma, como en virtud de la mas leve contradiccion habia de suceder infaliblemente.

El buen sentido natural de aquella muger sin educacion alguna, la habia sugerido la idea de dar largas al asunto, mientras forjaba su novela, y asi vió con placer que dirigiéndose el Comandante á su compañera, le quedaban libres á ella algunos instantes para madurar el plan que mientras contestaba al primer interrogatorio, habia ido formando.

El gefe de los Voluntarios esperó en vano algunos momentos la respuesta de la embozada; y viendo que esta insistia en no hablar, iba de nuevo á dirigirse á Manuela, con ánimo de no interponerse ya entre aquellas mugeres y el destino que ellas mismas, al parecer, provocaban, cuando la prendera se le anticipó tomando resueltamente la palabra.

—Conque diga vd, preguntó, mi Comendante, ó mi Sargento, ó lo *custé* sea, ¿Sino nos confesamos aqui como con un flaire, hemos de pasar la noche en chirona?

—Sin remedio.

—¡Pá los Pavos! ¿Y si cantamos de plano nos pondrán ustés de patitas en la del Rey?

—Al instante.

—Pues chica (á la embozada) ¡Cómo ha de ser! Tampoco es monea falsa la que haciamos. Caá uno tiene su aquel; y estos señores no se han de escandalizar porque una probe tenga su cacho de querio.

—¡Manuela! exclamó entonces aterrada la desconocida, con la voz mas dulce y sonora que el Comandante habia jamás oido.

Pero Manuela, prescindiendo de aquella interrupcion y terciándose la mantilla, prosiguió con inalterable resolucion y volubilidad portentosa:

—La verdad por delante y muérase la muerte, ¡caramba! ¡Yo una noche entera en chirona! Ni por la levita de mi casero. Señor Comendante, aunque yo no soy nenguna real moza, vamos al decir, tengo mi alma en mi armario, y hay en este mundo un endino dun arrastrao, que me ha echo tilin, como quien dice, y me cuesta un ojo de la cara. Naide tiene que decir palabra: de lo mio gasto, y á nenguno tengo que dar cuenta. Con que, como decia, mi... vamos, mi majo es tambien Voluntario: ma dicho que esta noche estaba de reten, que no volveria hasta mañana. Yo que no me mamo el deo, mi Comendante, no le he creido ni una jota; y le dije á mi sobrina, aunque la proecilla está enferma: «Vente Juana, que se mántojao á mí ver á Paco de reten» Esta es la historia ni mas ni menos.»

Tampoco el Comandante se *mamaba el dedo*, ni por consiguiente creia *una jota* de la novela inventada en el acto por la resuelta Manola; antes bien de ella deducia la confirmacion de todas sus sospechas con respecto á la embozada.

—Si vd. me permite, mi Comandante... dijo entonces el escribano que durante toda aquella escena estuvo en la situacion de un gato encadenado, á cuya vista un chiquillo travieso jugára con algun raton, sin acertar á cogerlo: si vd. me permite...

—Diga vd., contestó el Gefe, no pesándole de que le dieran tiempo para meditar antes de resolver.

—¿Porqué no nos dice esa muger cómo se llama y á que batallon y compañía pertenece ese Voluntario de quien habla? Preguntó entonces el escribano, tomando una actitud magistral y encarándose con Manuela.

—¡Pues ya! replicó ella; lo primero que yo lé pedió es la fé de bautismo y la filiacion. Se llama Paco, es matachin, y Voluntario, no sé mas ni me hace falta saberlo.

—¡Embustes, embustes! esclamó el escribano.

—¡El embustero será usté y toa su alma, seo barrigon! contestó furiosa la Manola que no concebia la oposicion, ni sospechaba que hubiese quien pudiera sufrirla teniendo puños.

Acaso hubiera acabado mal para ella aquel incidente, pero antes que el indignado escribano pudiese replicar, el cabo Visturi se apareció en la puerta, cuadrado y con la mano en la gorra diciendo:

—Mi Comandante, á la puerta pregunta por vd. un hombre que dice llamarse don Angel.

—Qué entre al instante, respondió el Gefe.

—¡Misericordia!!! exclamó la desconocida, cayendo desmayada en los brazos de Manuela que apenas tuvo tiempo de recibirla en ellos, aunque acudió pronta como el rayo, echando un taco redondo.

Apresuróse el Comandante á socorrer tambien á la doliente, mas al mismo tiempo, como súbitamente inspirado, dijo en tono imperioso:

—Señores: sírvanse vds. retirarse por un momento.

Los oficiales de Voluntarios Realistas obedecian la órden de su gefe, saliendo del cuarto de banderas, cuando en él entraba don Angel, él mismo y con la misma benévola, apacible, insignificante presencia que ya hemos visto en casa del Banquero Minarica.

CAPITULO V.

Don Angel, la Desconocida, y el Comandante.

Apenas se vió don Angel en la puerta de la casa del Banquero preguntó á uno de los lacayos que en el portal esperaban á sus amos, si habian visto salir en el momento á dos caballeros de tales señas expresando las del General y las del Coronel, tan minuciosamente que no parecia sino que á entrambos los habia retratado. Un lacayo respondió afirmativamente, añadiendo que habian partido juntos en coche, circunstancia de que dedujo el preguntante que seria locura intentar darles alcance.

Parecia natural que entonces diera la vuelta al despacho de Minarica, pero despues de haberlo meditado algunos momentos y de haber visto en su reloj que eran cerca de las diez y media, echó á andar sosegadamente por la calle arriba, y un paso tras otro encaminóse en derechura al cuartel de Voluntarios Realistas, donde despues de haber pasado por la aduana del inflexible cabo Visturi, le hemos visto introducirse en el cuarto de Banderas.

Manuela, de espaldas á la puerta, dando visibles muestras de una sensibilidad que, sino exquisita era por lo menos tan profunda como sincera, sostenia en sus brazos el cuerpo inerte de la embozada, cuya respiracion apenas perceptible, mas parecia último resto, que prueba de vida.

El Comandante, tambien notablemente afectado, dando frente á la misma puerta, acababa de desprender, no sin torpeza, la mantilla de la desmayada, y desataba el pañuelo que su rostro cubria, precisamente en el momento en que don Angel puso el pié en la habitacion teatro de los acontecimientos que refiriendo vamos.

La primera ojeada bastó al estóico personage para comprender que su presencia podria no ser muy oportuna en aquel instante; y como no tenia razones para desear enterarse de lo que pasaba, se dispuso á retirarse, diciendo:

—«Si estorbo, Sr. don Rafael...» y al mismo tiempo se encaminó á la puerta por donde habia entrado.

Pero el Comandante que, al quitarle el embozo á la desconocida, vió un rostro mas de *serafin* que de muger, y que no podia haber olvidado que el nombre y anuncio de la llegada de aquel hombre fueron causa del desmayo de tan hermosa criatura, prometiéndose que de él alcanzaria á saber quien era, se apresuró á responderle:

—Nada de eso, don Angel; entre vd., y cierre esa puerta;... Nó: antes llame vd. al ordenanza y mándele traer agua;... ¡Oiga vd., don Angel! Tome vd. el vaso cuando la traiga; que no entre ese hombre.

A otra persona le hubieran sorprendido tales órdenes, á nuestro don Angel nada le sorprendia, nada le alteraba, la impasibilidad de su alma y de su fisonomia eran perfectas. Hizo lo que se le mandaba: tomó el agua de manos del ordenanza, cerró la puerta y, sin dar un paso á delante, preguntó:

—¿Y ahora?

—Acá con el agua, respondió el Comandante.

Manuela con un brazo sostenia á su compañera, con el otro le soltaba los corchetes del ju! on; el comandante con unos papeles que de la mesa tomó, abanicaba á la doliente; don Angel con su vaso de agua en la mano, vino á colocarse al lado del último, y cuando fijó la vista en la desmayada, no pudo retener un ¡Ay! de sorpresa, que acaso no contaba otros dos anteriores en su vida.

«La conoce» dijo para si el Comandante, «sabré quien es». Levantó entonces la cabeza Manuela, que de antemano habia tomado la resolucion de *Hacer á mal tiempo buena cara*; y, como si en efecto se alegrase de la llegada de don Angel, le dijo: ¡Ola vecino! Dios nos le ha enviao á vd. pa que le diga al señor si *mi sobrina Juana* y yo somos espias, y si no es verdad *cámi* me quiere un hombre que se llama Paco y es Voluntario.

—¡Yá! replicó el interpelado, sin conceder ni negar, manifestar admiracion, ni darse por entendido.

Entre tanto el Comandante habia rociado con agua el bellísimo rostro de cuya contemplacion no acertaba á separar la vista; y la desmayada, merced tanto á las aspersiones, cuanto al desahogo que la soltura del trage dió á su comprimida respiracion, comenzaba á dar muestras de recobrar el sentido.

La sangre, en efecto, fué sucesivamente inyectándose en las venas y arterias de sus megillas, que un cútis blanco y de cristalina transparencia velaba apenas; las órbitas en que dos bellísimos, negros

y lánguidos ojos parecian, no ha mucho, para siempre cerrados, se animaban, y entreabriéndose dos lábios que, sin poesía, pudieran llamarse de coral, dejaban ver una dentadura cuya igualdad y brillante esmalte eran de perfeccion rarísima.

Difícil nos fuera, no yá con la pluma, sino con el pincel mismo de Apeles, pintar la regularidad armónica de todas las facciones de aquel rostro, no solo hermoso mas allá de todo encarecimiento, y notable por la singularidad de ser blanco á par de la nieve, al paso que negro como el ébano el cabello de la desconocida; no solo bello por sus proporciones y por la felicísima combinacion de sus diferentes rasgos, sino á mayor abundamiento dotado de una expresion tan simpática, tan encantadora, que ni la edad ni el sexo parecian poderosos á contrarrestar su mágica influencia.

No era posible mirar á aquella muger y permanecer ateo; tanto tenia de angélico y celestial.

No se concebia respecto á ella la indiferencia: amarla ú odiarla era la alternativa forzosa en que se encontraban los que la habian visto.

El amor lo inspiraba su belleza: su indiferencia, posible era que engendrase el odio; porque codiciar un tesoro inestimable y no alcanzarlo, bien puede envenenar un alma.

Desmayada como se hallaba en el momento en que la consideramos, todavía en su semblante se traslucian altas dotes de la inteligencia, generosos afectos del alma, sentimientos de inefable ternura en el corazon; y, como en tributo á la flaqueza humana, en la frente una gruesa vena, síntoma de cierto orgullo noble sí, pero tal vez excesivo.

Manuela la observaba con ansiedad; el Comandante en éxtasis; don Angel, como pudiera mirar á otra muger, á una estatua, ó á una silla vieja.

—Don Angel, le dijo el Comandante conociendo que se aproximaba el momento en que iba la desmayada á volver en sí; póngase vd. á un lado... Mas allá... Ahí está vd. bien.»

Estaba bien, porque se colocó de manera que al abrir los ojos no podia verle la desconocida.

Don Rafael de Villaparda era lo que se llama un caballero por su nacimiento, por su educacion, y por sus naturales dotes.

Desde que fijó los ojos en aquella belleza, al sentimiento de curiosidad mezclado, quizás, con alguno menos honesto, que la desconocida le habia inspirado, sucedió otro de respeto, de lástima, de amor naciente, que como era natural trastornó sus primeros planes.

Habíase propuesto aprovecharse de la circunstancia de conocer don Angel á aquellas mugeres para saber quienes fuesen, para introducirse con ellas, para intentar la conquista de la desconocida: mas al aspecto de esta, su delicadeza le aconsejó renunciar á tal proyecto.

Manuela que, aunque sin educacion, era al cabo muger, comprendió la delicada atencion del Comandante en hacer separarse á don Angel; y este, que en otras cosas tenia penetracion sobrada, no vió en aquello mas que un capricho.

En fin, la desconocida recobró sus sentidos, y reclinándose en el seno de Manuela desahogó su corazon en copioso llanto.

Villaparda llevó la delicadeza hasta el punto de apartarse tambien, y trabando del brazo á don Angel fuese con él al mas distante rincon del cuarto, donde le enteró de cuanto habia hasta entonces ocurrido con las dos mugeres.

Escuchó don Angel atentamente la relacion del Gefe de los Voluntarios, y despues de haber meditado algunos instantes respondió:

—Me parece que ha de haber en todo esto mas que amoríos. Para que *ella* se haya determinado á tanto deben mediar motivos muy poderosos; sin embargo de que las mugeres... En fin yo lo sabré.

—¿Por qué razon, replicó el Comandante, penetrar un misterio que á esa señora ó á esa muger le importa acaso reservar; y á *nosotros* no nos interesa saber?

—Tal vez sí nos interesa, señor don Rafael: la coincidencia de este lance con otro que acabo de presenciar, me llama la atencion.

—Haga vd. lo que *deba* en cuanto al *negocio convenga*; pero ni un ápice mas. Por mi parte, á lo menos, me pareceria villano abusar de la posicion de esas desdichadas.»

Don Angel que habia escuchado con escéptica sonrisa las generosas palabras de Villaparda, iba á replicar no sabemos qué, cuando la desconocida despues de un breve y animado diálogo con su compañera, levantándose de improviso y dirigiéndose hácia el Comandante, le dijo con tanta dulzura como dignidad, estas palabras:

—Señor Comandante, ni creo que ya me aprovecharia, ni consiente mi carácter engañar á vd. por mas tiempo. Yo no soy lo que parezco.

—¡Oh señora, se apresuró á decir Villaparda, hágame vd. la justicia de creer que ya lo habia yo eso adivinado: pero sírvase vd. tambien no añadir una palabra mas á lo que ha dicho. No señora, ni una palabra mas. Cualquiera que sea su secreto de vd., mi obligacion de caballero es respetarlo; y por gran pesar que me cause el que vd. me haya conocido en ocasion tan desagradable; y haber de renunciar, acaso para siempre, á la esperanza de volverla á ver, vd. saldrá de aquí, como vino, con su secreto.

—¡Digno proceder de un caballero! exclamó la desconocida tendiendo al Comandante su mano que aquel besó respetuosamente. Pero, prosiguió la dama, mi secreto!... y en esto miró á don Angel.

—Está seguro, señora: yo juro por mi honra no preguntar nada en ese punto al señor, no oirlo aunque el quisiera decírmelo.

—¡Ah, que ni aun eso basta!

—¡Pues cómo!

—El señor puede, con una palabra sola, perderme para siempre.

—No la dirá, exclamó el Comandante en tono y ademan amenazadores.

—¡No lo dirá, interpuso Manuela, sino quiere que le arranque la lengua!

Don Angel se sonrió tan plácidamente como si le requebraran: mas no profirió una sola palabra.

La desconocida, haciendo seña á Manuela y al Comandante de que se apartaran un tanto, llegóse entonces á don Angel y fijando en los de aquel hombre sus bellísimos ojos, en voz que de él solo pudo ser oida le dijo:

—Los momentos son preciosos, cada uno que pasa puede poner en peligro mi vida que me importa poco, y ademas mi honra que me importa mucho; vd lo sabe, don Angel.

—Sí señora, respondió este respetuosamente.

—Pues bien; abreviemos. Si vd. dice á... ¿Para qué nombrar personas?... donde y cuando me ha visto las consecuencias serán funestas.

—¡Funestas! repitió con frialdad el inalterable.

—Pero vd. no lo dirá por no perderse conmigo.

—¡Ah! interpuso don Angel con gran serenidad.

—Recuerde vd., prosiguió la desconocida, creciendo siempre de punto la altivez de su tono y maneras; recuerde vd. que no ha vivido siempre en Madrid; que se ha llamado alguna vez don Anselmo..... ¡Señora! Señora! exclamó al llegar á este punto el benigno personage, perdiendo su calma: mas la desconocida continuó diciendo: Que en Granada... ¿prosigo?

—Es inútil: callaré.

—¿Qué garantias me dá vd?

—Mi palabra de honor.

—¡Bah! No me basta.

—Un juramento.

—Menos.

—¿Cuál pues?

—La cartera que lleva vd. en el bolsillo.

—Imposible.

—Sea: dentro de pocas horas será público el contenido de ciertos papeles hallados en otra cartera verde que se perdió en Granada.

—¡Dios mio! ¿Será posible?

—La tengo depositada en manos seguras, con instruciones escritas por si muero ó desaparezco: con que elija vd.»

Don Angel sacó del bolsillo la cartera que se le pedia y lleno de espanto y tribulacion, la puso en mano de la desconocida, quien, examinado que hubo, aunque por encima, los papeles que contenia, se la guardó diciendo. «No importa la cifra, porque sé la *clave*, como sé «la historia de Granada, como sé *la de Paris*! Así pues, silencio y «callaré: hable vd. y, aunque yo muera sin hablar, no evitará su ruina.»

—¡Oh! Callaré, callaré! dijo don Angel con tan dolorido iracundo acento que parecia estár hablando en el potro.

Mientras tenia lugar el diálogo que dejamos escrito, el Comandante, saliendo del cuerpo de guardia, habia dado sus órdenes para que del alquilador mas inmediato se trajera un coche, el cual, merced á la militar eficacia con que el ordenanza desempeñó su comision, tardó poco en llegar á la puerta del cuartel.

Entonces Villaparda, anunciando á la desconocida que aquel car-

ruage estaba á sus órdenes, y que podia retirarse cuando lo tuviese por conveniente, añadió:

—Puede vd. señora, despedirlo antes de llegar á su casa, y de esa manera no tendrá temor de que sepamos donde vive: pero ¿me será lícito implorar de vd. una gracia antes de que nos separemos?

—Proporcióneme vd. ocasion de manifestarle cuan sensible soy á su noble y delicado proceder; y me tendré por dichosa.

—Pues bien, señora; respondió el Comandante, sacando de un elegante targetero, una targeta con el blason de sus armas, en la cual con lápiz escribió las señas de su casa. Dígnese vd. recibir y conservar esta targeta; y si en alguna circunstancia de su vida, que temo no sea tan feliz como vd. merece y yo deseo, há menester el consejo ó el brazo de un amigo, prométame que no seré yo el último de quien se acuerde.

—¿Y cómo pudiera yo olvidar á quien con tanto acierto distingue á las gentes, y con tanta delicadeza se conduce? Esta targeta me acompañará siempre, aunque no la habré menester para recordar á quien me tendrá eternamente agradecida.»

Saludó el Comandante profundamente á la desconocida: ofrecióle su brazo que ella aceptó; y seguidos de Manuela, salieron los tres, primero del cuarto de Banderas, luego del cuartel.

Cuando las dos mugeres estuvieron dentro del coche, la desconocida tendió por segunda vez la mano á Villaparda, que por segunda vez tambien volvió á besarla, si bien la última mas apasionadamente que la primera; y exhalando un profundo suspiro entróse precipitadamente en el cuartel cuya puerta cerró con estrépito. El coche partió en seguida, pero el Comandante no se apartó del dintel hasta que el sonar de las ruedas dejó enteramente de oírse.

Entre tanto don Angel, pálido, desencajado, trémulo, dejando ver en su rostro simultáneamente las señales de un miedo asqueroso, y los indicios de una cólera de víbora, se habia dejado caer sobre una silla, murmurando entre dientes:

«La cartera de Granada... La historia de París... Y ahora la cartera de Madrid... maldita muger... maldita muger.!!!»

La apacibilidad, pues, de aquel hombre era una máscara ó mas bien una armadura que el ponzoñoso reptil se vestia para luchar contra la especie humana: y aquella armadura, impenetrable hasta entonces asi para el sagaz Banquero, como para el político astuto, una muger flaca y desdichada la habia falseado.

Don Angel, de quien en aquel instante dependian acaso centenares de vidas, millares de ambiciones y de fortunas, se hallaba, y no le era posible ni dudarlo, se hallaba á merced de nuestra desconocida.

Su tormento durante algunos instantes fué horrible, y si por dicha suya no se detuviera Villaparda en la puerta, quizás aquella noche destruyera instantáneamente la máquina por él combinada y construida á fuerza de tiempo, laboriosidad, constancia é hipocresia.

Cuando el Comandante entró de nuevo en el cuerpo de guardia, habia ya don Angel recobrado su habitual dominio sobre sí mismo, y

era el hombre que hemos visto en casa del Banquero. El fué quien sin esperar á que le preguntasen, entabló la conversacion diciendo:

—¡Vamos! Parece que le ha gustado á vd. esa dama.

—Es una deidad, es...

—¡Ola! ¡Ola! ¡Qué fuego!

—¿Soy yo, como vd. de piedra berroqueña?

—Bueno; cada uno tiene su alma...

—¡Alma vd., don Angel! Bolsillo y entendimiento sí, pero ¿alma? ¿corazon? Ni sabe vd. que cosa sean.

—Como vd. quiera: por eso no reñirémos ¿Qué daria vd. por saber quien es?

—¡Qué daria! Lo que me pidiesen: todo lo que tengo y mas; pero consintiéndolo ella.

—¡Bah, Bah!

—Señor mio, cuando don Rafael de Villaparda, dá una vez su palabra jamás falta á ella, ni tolera que se sospeche que puede quebrantarla.

—Norabuena: hablemos de negocios.

—Hable vd. que ya le escucho.»

Prolijo fuera repetir aquí palabra por palabra el político diálogo que siguió á las frases que estampadas dejamos. Nuestros lectores habrán pues de permitirnos que nos limitemos á un breve estracto de aquella conversacion.

Villaparda estaba en correspondencia directa con los que entonces componian en Portugal el consejo de don Cárlos. Este príncipe que se habia opuesto tenazmente á que sus partidarios tomasen las armas en vida del rey don Fernando, no ocultaba tampoco su firme resolucion de proceder como heredero del trono de su hermano así que aquel muriese, pues consideraba ilegítima y por lo tanto nula la abolicion de la ley sálica. De aquí la cuestion dinástica, sin la cual la de principios é instituciones quedára sin duda alguna para mucho mas adelante: mas el bando realista se halló desde luego dividido en dos fracciones: una que reconociendo el testamento del difunto Monarca, proclamaba á Isabel II; otra que negando obediencia á esta, se declaraba por don Cárlos. Los liberales inclinándose, como era natural y justo además, á la parte de la real huérfana, recobraron por una parte su perdida existencia política, y por otra hicieron posible la lucha que acaso de otro modo no lo fuera.

De tal manera, en efecto, se hallaban los ánimos preparados por los sucesos del último año del reinado de Fernando VII, que del partido realista solo habian permanecido fieles á la Reina madre y á su augusta hija las personas moderadas que, si repugnaban las formas del gobierno representativo, no era por aversion que ellas les inspirasen, sino por no creerlas á propósito para el grado de civilizacion que entonces alcanzaba España. Entre los realistas de Isabel II y los liberales juiciosos no se debatía verdaderamente la bondad intrínseca de las innovaciones, sino la oportunidad del momento para verificarlas; y el resultado no podia ser dudoso, por que estando de acuerdo en la esencia, poco podian tardar en estarlo en cuanto á las formas.

Por eso las personas que, como nuestro Comandante tenian ligada su posicion social al sistema entonces vigente, no pudiendo hacerse ilusiones, hubieron de arrojarse en el partido carlista aunque en realidad no desearan llevar las cosas al punto que los apostólicos pretendian.

Villaparda no era ni fanático, ni perseguidor, ni preocupado, ni ignorante, ni enemigo de las luces, ni siquiera devoto. Dejando aparte la política, rayaba en ilustracion tan alto y acaso mas que muchos corifeos de los liberales; pero las ideas que en su infancia adquirió, compromisos de familia, sacrificios hechos, intereses amenazados, y acaso esperanzas ambiciosas frustradas, eran otros tantos vínculos que estrechamente le enlazaban con la antigua monarquia, la cual, á su entender, iba á dejar de existir con el cambio entonces inminente.

Estaba, pues, como dijimos, en correspodencia con la corte del Pretendiente, y fiel á las instrucciones que de ella recibia, su objeto era promover en Madrid un movimiento sedicioso que arrojase del trono de su padre á la hija de Fernando VII. Combinada la sediccion de la capital con el alzamiento simultáneo de los Voluntarios Realistas en casi todas las provincias, y singularmente en Castilla la Vieja, cuyos batallones debia capitanear el cura Merino; contándose con la adhesion de una gran parte de la Guardia Real, y de no pequeña del ejército, no les faltaba entonces á los partidarios de don Cárlos mas que un gefe hábil y arrojado que, dándoles unidad á tan poderosos elementos y usando en tiempo oportuno de la fuerza que indudablemente tenian, impidiera que los valedores del trono legítimo se uniesen y organizaran. Pero el Pretendiente ni dirigia, ni daba lugar á que otros lo hiciesen; la anarquia se introdujo desde luego en sus huestes; y á mayor abundamiento el fanatismo de los apostólicos sus favorecidos, arredró á infinitos que en otro caso quizá le siguieran.

Perdónesenos lo prolijo de esta política digresion en gracia de ser necesaria absolutamente para la inteligencia de los sucesos que estamos recopilando; y ahora volvamos de hecho á nuestra narracion.

Don Angel y el Comandante conferenciaron sobre los negocios del momento; el primero como agente encargado de penetrar en las reuniones de los liberales, para averiguar y descubrir el secreto de sus planes; y el segundo como uno de los gefes que era de su partido en Madrid.

La presencia del coronel Ribera en la reunion habida aquella misma noche en casa del Banquero, sorprendió desagradablemente á Villaparda; porque conociendo y tratando á don Luis, no acertaba á comprender que razones podian haberle determinado á tomar parte en un complot revolucionario. Don Angel sabia la verdad, mas se abstuvo de declarárselo por entonces al Comandante hasta calcular la utilidad que de todo aquello podia resultarle.

Como una hora duró la conversacion que se terminó conviniendo los dos conspiradores en un plan de operaciones expectantes hasta que se recibiesen órdenes de Portugal; y entre tanto la desconocida y Manuela que habian mandado al cochero que las conducia se en-

caminase á la plazuela de Afiijidos, se apeaban en medio de ella y despedian allí el carruage.

CAPITULO VI.

La plazuela de Oriente.

Grande era la impaciencia del Banquero, de Mendoza y del jóven á quien llamó el General poeta, esperando en vano el regreso de don Angel. Alarmados con el incidente de la esquela, habíanse ido retirando sucesivamente, bajo diversos pretextos, todos los demas concurrentes á la reunion, dejando solo al dueño de la casa en que se celebraba con las dos personas que hemos nombrado; las cuales hasta la media noche aguardaron inútil é impacientemente la vuelta de su emisario.

Mendoza y el jóven, cuyo nombre era Eduardo de la Flor, estaban afiliados en una sociedad secreta que afectando las formas masónicas para fraternizar con las logias extrangeras, en la realidad pertenecia al carbonarismo italiano. Con mas ó menos actividad, aquella asociacion trabajó asiduamente para alcanzar sus fines revolucionarios aun en los tiempos en que mas exquisita fué la vigilancia de la policía realista; y relajado el rigor de esta desde la publicacion de la famosa amnistía en 1832, puso en juego todos sus multiplicados y poderosos resortes.

Sin embargo, los Comuneros y los Masones de 1823 habian dejado harto tristes recuerdos en la memoria de los contemporáneos para que fuese grande el proselitismo de sus sucesores en 1833; y en efecto, no correspondió el número de los adeptos á las esperanzas de los gefes del movimiento. Mas todo lo que por falta de gente perdian en fuerza física, lo ganaban en poder moral, merced á la concentracion, secreto y energía que la misma escasez del número de sus afiliados producia.

Los iniciados, todos llenos de fé ó de ambicion, todos entusiastas ó violentos, todos, en fin, consagrados exclusivamente á la obra de la revolucion, se multiplicaban, por decirlo así, para influir en las diferentes clases de la sociedad en el sentido que á sus fines convenia: para dirigir las acciones, y encaminar los espíritus á su objeto.

Unos hábiles, pacientes é inflexibles; otros ardorosos, locuaces é incansables; aquel intrigante, este audaz; todos de acuerdo, ya en los salones, ya en los cafés; ora en la tienda del mercader, ora en los paseos; hablando con la muger elegante, ó en conversacion con el empleado ambicioso, jamás perdian de vista el blanco de sus tiros, nunca dejaban de proseguir su marcha.

Mendoza y Eduardo, á quienes el Banquero, hombre hábil en sus cálculos, habia buscado para ponerse por su medio en comunica-

cion con los que preveia serian pronto influyentes en los destinos públicos, se proponian á su vez, como delegados de la sociedad secreta, esplotar al ambicioso Creso, en beneficio de la causa que ellos llamaban de la humanidad: pero hasta el momento en que nos hallamos, siendo comunes los intereses, la mas perfecta union reinaba entre ellos, al menos en la apariencia.

Asi es que juntos discurrieron sobre la singular aventura de la esquela, no acertando á esplicarse quien y como podia haber averiguado que el Coronel estuviese en casa de Minarica, hasta que dando el reló la media noche, se decidieron Eduardo y Mendoza á dejar al Banquero.

El jóven salió con ánimo de retirarse á su casa, mas apenas estuvieron en la calle le dijo su consocio:

—Las tropas están sobre las armas y sin duda de ello le daban aviso á Ribera en ese maldito billete. Si otra cosa fuera, no le hubiera seguido el General.

—¿Y bien?

—Y bien... ¿No me comprendes?

—No por cierto.

—Me esplicaré. Si mi conjetura es acertada, el incidente de esta noche no tiene la menor importancia.

—¡Mendoza!

—Te digo que no tiene la menor importancia. ¿Se quejará el Coronel de que no le dije lo que ocurria? Le contestaré que lo ignoraba; y vuelvo á decírtelo, mientras de mí no desconfie, Ribera es nuestro.

—¿Y qué importa que no lo sea?

—Importa un hombre que una vez comprometido será nuestro mejor soldado; importa una inteligencia elevada, una voluntad enérgica, un corazon magnánimo, y sin ambicion; y ademas importa un regimiento de la guarnicion.

—¡Fuego de Dios! y como le encareces! ¿Estás enamorado de ese hombre?

—Eduardo, yo no estoy enamorado mas que de la *Libertad*, yo no tengo ya mas pasiones que las de patriota. ¿Quiéres que te diga mas? Pues, no sé porque, pero hay algo en ese hombre de quien te hago tantos elogios, que me inspira un sentimiento de aversion casi invencible.

—Déjalo pues de una vez: nos sobran brazos.

—Eres un niño: brazos como el suyo siempre hay pocos.

—¿Y no me dirás, al menos, que poderoso talisman te sirve para disponer como te place de ese mortal privilegiado?

—Eso, poeta mio, seria largo de contar; pero creeme: de los hombres que tienen mucho corazon se dispone fácilmente.

—Dios lo haga. ¿Y qué hacemos nosotros ahora?

—A Palacio.

—¿Que se nos ha perdido en Palacio?

—Siempre es bueno ver lo que pasa, y si creo á mis presentimientos allí hemos de encontrar á Ribera.

—Pues á Palacio. ¡Noche toledana!»

Y diciendo y haciendo los dos amigos trabados del brazo, llegaron en pocos minutos a la Plazuela de Oriente, donde segun apuntamos, estaba de servicio aquella noche el cuerpo mandado por el amante de Laura.

Ya don Luis habia recibido su uniforme, armas y caballo y puéstose al frente de los escuadrones, sin que ni sus oficiales se atreviesen á preguntarle la causa de su retardo, ni él creyera tampoco oportuno entrar en esplicaciones sobre la materia.

En realidad el regimiento entero estrañó la tardanza de su coronel, pero el respeto y estimacion que á todas las clases inspiraba este, hicieron que lejos de creerle culpable, imaginasen la mayor parte, que se le habria confiado aquella noche alguna otra comision de importancia.

Pero si sus subordinados le miraban con el mismo aprecio que siempre, Ribera, pundonoroso hasta el extremo, y no pudiendo olvidar ni las palabras del General en gefe, ni las dos conversaciones que en la plaza de Palacio habia oido sobre su persona, se hallaba cruelmente atormentado por sus propias reflexiones.

La noche habia refrescado hasta rayar en verdaderamente fria, y algunos soldados: añadiendo, con su habitual profusion, materiales á la modesta lumbre del guarda de cierta obra, habian hecho de ella una magnifica hoguera, en torno de la cual reian y fumaban alegremente. A unos cien pasos, se paseaba don Luis, (su regimiento estaba pie á tierra) en una especie de pequeña esplanada, que el respeto de sus oficiales le dejó enteramente libre, y en la sombra de aquel cuadro, un trompeta tenia de las riendas el caballo de su gefe.

Tal era la situacion de las cosas, cuando llegaron Mendoza y Eduardo que, encaminándose naturalmente al punto mas claro de la plaza, descubrieron desde luego á la persona que buscaban.

Entonces Mendoza, que tenia sus razones para desear que la Flor no se enterase de los medios de que se valia para disponer de la voluntad de Ribera, rogó á su compañero que se aguardase á cierta distancia y él se encaminó derecho á buscar al Coronel.

Este al verle sintió un impulso de arrebatada cólera, que la consideracion, para él omnipotente, de hallarse en aquel momento de servicio pudo sola contener: mas al cabo reprimiéndose y haciendo alto en su paseo, aguardó á que Mendoza rompiese el silencio.

—¿Qué es esto, señor don Luis? dijo, en efecto, el capitan impurificado; ¿qué es esto? ¿qué significa ese silencio, ese ademan, ese ceño? ¿seria vd. por ventura el quejoso?

—Sr. don Pedro de Mendoza, respondió Ribera articulando con dificultad las palabras, tanta era su ira; si vd. me hace la honra de visitarme mañana, ó se sirve esperar mi visita en su casa, no solo verá que deseo, sino que anhelo darle cuantas esplicaciones quiera.

—¿Y por qué no ahora? replicó Mendoza, dominando no sin trabajo su orgullo ofendido.

—Por que ahora, *aunque tarde*, estoy en mi puesto y de servicio.

—Vamos, esclamó el Capitan, ocultando bajo el velo de su forzada

risa, toda la cólera que sentia. Ya lo entiendo, por fin. Vd. se ha figurado que yo queria impedirle que acudiese á su puesto.

—Me lo he figurado y sigo figurándomelo.

—Pues se engañó vd., y sigue engañándose.

—¡Mendoza!

—¡Ribera! Le digo á vd. que ignoraba esta alarma; y esto debe bastarle.

—He dicho á vd. que ahora estoy de servicio.

—Y yo le digo á vd. que ahora y siempre sostengo.... Pero no: una y mil veces nó; por mas que vd. haga no reñiremos. Descenderé hasta justificarme ya que mi palabra no basta. A las tres he salido de Madrid, hemos vuelto á la Corte juntos; en pocos instantes he visto, y por vd. solamente, he visto á Laura. ¿Cuándo he podido saber que las tropas estaban sobre las armas?»

El argumento era en verdad poderoso, y el nombre de Laura, pronunciado como por incidente, habia sin embargo, resonado hondamente en el corazon del Coronel.

Mendoza lo habia previsto; Mendoza leyó en el semblante de Ribera que estaba luchando entre la desconfianza y el deseo de una reconciliacion; y Mendoza estaba seguro de que el éxito de la lucha no podia menos de serle favorable.

Mas si para conseguirlo le fué necesario evitar á toda costa el lance que Ribera parecia resuelto á provocar, una vez logrado que en este recobrase la voz de la pasion su primitiva fuerza, le era conveniente proceder y procedió en efecto de otra manera.

Así, pocos instantes despues de proferidas las últimas palabras que de él hemos escrito, prosiguió diciendo:

—Y ahora que he cumplido con la amistad, llevando acaso la deferencia á sus leyes mas allá de lo que debiera: diré al Sr. coronel Ribera, que si mañana al medio dia no está de servicio, usaré del permiso que sin solicitarlo me ha concedido, presentándome en su casa, no ya como otras veces á oir confidencias, ó dar cuenta de mensages que sola una amistad indestructible pudiera ennoblecer, sino á dar y pedir satisfacciones que.... Satisfacciones, añadió en seguida, que si de mí depende, serán amistosas.» Diciéndo así saludó y marchóse.

Ribera abismado en sus reflexiones permanecia inmovil, apoyando ambas manos sobre el puño del sable, cuando á pocos instantes oyó hácia la calle del Arenal cierto rumor de voces, y antes de que pudiera informarse de la causa, vió que hácia él se encaminaban algunos soldados de su regimiento que preso traian un paisano.

Era este el jóven Eduardo de la Flor que esperando á Mendoza en la boca calle indicada y encontrándose allí un oficial á quien conocia, trabó conversacion con él, sobre los sucesos del momento. El oficial, que no entendia de otra cosa mas que de la Ordenanza, rebatió vigorosamente los raciocinios del poeta conspirador, harto claramente encaminados á provocar la insubordinacion: de argumento en argumento la discusion fué acalorándose sucesivamente hasta llamar la atencion del segundo de Ribera; y luego que aquel gefe, prestando atencion al diálogo, se enteró del asunto, pareciéndole que una predicacion política á tales

horas y á sus oficiales no era de lo mas oportuno ni conveniente, dió la orden de prender al *paisano* que fué en el acto ejecutada.

Cuando Mendoza se apartaba de Ribera, la Flor era conducido á la presencia del mismo; y el capitan impurificado que le vió preso, figurándose desde luego que habria cometido alguna de sus imprudencias, juzgó oportuno conservarse por el momento fuera de escena.

—Mi coronel, dijo el segundo de don Luis al llegar con el preso ante su gefe y señalando al jóven que, cruzados los brazos y en actitud teatral, figuraba entre dos batidores armados de sus tercerolas; mi coronel, ese caballero estaba predicando ahora mismo al teniente Jimenez no sé qué máximas de política, y me ha parecido conveniente mandarlo prender. Ahora vd. resolverá.

—¡Teniente Jimenez! Dijo entonces el Coronel en voz alta.

—¡Mande vd. mi coronel, respondió el interpelado, saludando militarmente.

—¿Qué conversacion tenia vd. con el señor?

—Mi coronel: ese caballero es un conocido que pasaba casualmente por ahí; se paró á hablarme, pero yo no recuerdo...

—¡Cómo! dijo colérico el Teniente coronel; ¿señor oficial vd. me desmiente!.

—Mi Teniente coronel, no señor: pero yo no me acuerdo nunca en juicio de las conversaciones particulares.

—Bien, interpuso Ribera; bien Jimenez; puede vd.retirarse.

Eduardo que hasta entonces habia guardado un desdeñoso silencio exclamó.

—Señor de Jimenez, gracias; se ha portado vd. como quien es; como un caballero: pero es inútil su silencio, yo diré....

—¿Alguna locura? exclamó Mendoza presentándose entonces inopinadamente.

Señor Coronel, prosiguió sin dar tiempo á la Flor para que le interrumpiese: el señor *á quien ha visto vd. esta noche misma en mi compañia*, me esperaba en la calle del Arenal. Si ha cometido algun aturdimiento ¿es justo que se le convierta en delito?

—No es mal aturdimiento, pese á mi vida, dijo mohino el Teniente coronel, decir á voces en medio de la tropa, que el soldado no sirve al Rey sino á la nacion.

—Y lo repito, le contestó el poeta; si señor, lo repito: el soldado no debe ser instrumento de la tirania.

—¡Silencio! gritó Ribera en voz de trueno. ¡Silencio señores!

Toda la oficialidad y no pocos soldados habian acudido en torno del preso y del Coronel; Mendoza al lado de este procuraba en vano reducirle á la moderacion que el lance requeria; Ribera no acertaba á salir de aquel amargo compromiso.

—Seguramente ese jóven está loco, exclamó al fin.

—El loco por la pena es cuerdo, replicó el Teniente coronel.—Ribera, interpuso afectuosamente y en voz muy baja Mendoza, es preciso salvar á ese muchacho.

—¡Cómo; si él mismo se ha perdido!

—Poniéndole en libertad en el acto.

—¿Y los oficiales? ¿Y la tropa que le ha oido?
—Es preciso ponerle en libertad.
—Imposible.
—O renunciar á Laura...
—¡Mendoza!
—Lo dicho.
—Pues bien, mi obligacion antes que todo.

Diciendo con firmeza estas palabras, Ribera se apartó de Mendoza y en alta voz prosiguió, dirigiéndose á un ayudante

—Conduzca vd. al señor, con todo género de miramientos pero con seguridad, ante el general en gefe, y dele vd. parte á S. E. de lo ocurrido. No permita vd. que en el tránsito hable con nadie. S. E. dispondrá lo que tenga por conveniente.»

Partió el ayudante con el preso, desapareció Mendoza; y don Luis volvió á pasearse silenciosamente delante de la hoguera, cuya roja luz, comenzaban á eclipsar los albores del crepúsculo matutino del dia 30 de Setiembre de 1833.

LIBRO SEGUNDO.

DON SIMON DE VALLEIGNOTO.

CAPITULO I.

El Indiano.

Quien no ha visto en un claro y sereno dia de la primavera, cuando el Océano atlántico, dejando mecer pacífico sus gigantescas olas por el fresco aliento de la brisa, parece invitar á los navegantes á cruzar sus vastos límites; quien no ha visto, decimos, en semejante dia y despues de una dilatada navegacion, blanquear al horizonte la mágica perspectiva de una ciudad cercada de fortísimas murallas y artillados bástiones, trás de los cuales parece el conjunto de sus elegantes edificios como pudiera la mas delicada hermosura en brazos de un terrible guerrero, es decir, lo que Vénus en los de Marte; sentimos decírselo, pero desconoce una de las mas hondas y gratas sensaciones que al corazon del hombre pueden afectar.

Si, en verdad; el viagero que procedente de las regiones occidentales del globo, despues de largos años de ausencia de la madre patria, años consagrados á la activa laboriosidad del comercio, años vividos en la continua zozobra del especulador aventurado, años, en fin, de voluntaria servidumbre al Becerro de oro, y en que cada peso duro depositado en el arca solo significó la millonésima parte del camino que era forzoso andar para volver á España y volver rico; ese hombre consagrado exclusivamente á prepararse para la vejez un porvenir de opulencia; ese hombre que inmoló sin misericordia las poéticas ilusiones de la fantasia, los goces inefables del corazon, y los poderosos estímulos del apetito, á su único objeto: la riqueza, ese mismo hombre que ya tal vez ha trocado el sentimiento en cálculo, al divisar el caro suelo de la patria, se encuentra con un corazon que hondamente conmovido, late en su pecho y deja de ser la encarnacion del espíritu mercantil para recobrar, por un instante al menos, la sensibilidad natural del hombre.

Aunque las playas donde arribe sean las mas áridas de la Península, la sensacion es siempre grande para el viagero: mas llegar á Cadiz, á esa ciudad tan poéticamente bella, tan eternamente jóven, es

acaso el mayor de los placeres que un hombre, en las circunstancias supuestas, puede experimentar; y ese precisamente le cupo en suerte á cierto Indiano, que al cabo de treinta ó mas años de ausencia regresaba á España desde la Habana, á bordo de la Corbeta *Fenix*, al comenzar la primavera del año de 1815.

Llamábase don Simon de Valleignoto; su edad seria entonces medio siglo, aunque una vejez anticipada por los viages y el trabajo habia ya encanecido sus cabellos; y su presencia altiva y bella imponia respeto en cuantos le miraban.

El buque en que navegaba, suyo propio como otros muchos y que era entre los mercantes una joya, si la tripulacion se exceptua, solo á él y á su familia y servidumbre conducia; por manera que un soberano no acertará á viajar por los mares con mayor ostentacion ni comodidad.

La cámara de popa, convertida, gracias á la opulencia de don Simon, en un gabinete entapizado de sedas artísticamente labradas en la China, y encajonadas, permítasenos la frase, entre medias cañas de maciza plata ofrecia á la vista un conjunto maravilloso de riqueza y buen gusto que rara vez suele encontrarse en el mundo, donde en general los que tienen no saben y los que saben no tienen.

Pero Valleignoto tenia y sabia gozar.

Muelles divanes de pluma unos y de cerda otros, forrados estos y aquellos con ricas telas, rodeaban la cámara; una lámpara de alabastro con adorno y cadenas de oro afiligranado pendia en su centro; una mesa de caoba cubierta con un tapete de grana, donde bordados de realce con oro, plata y sedas flojas, se ostentaban los blasones de la familia de Valleignoto, tenia encima libros, mapas, instrumentos astronómicos, pebeteros orientales, y una pequeña cantina con frascos de cristal de roca, cuyos tapones cincelados eran de oro finísimo; las compuertas de las lucernas tenian todas cortinas semejantes á la tapicería; y hasta en la escalera y pasamanos, se veía el mismo fabuloso lujo que en el resto de aquella náutica mansion, pues los peldaños estaban llenos de embutidos de las mas preciosas maderas del nuevo mundo, y las barandillas incrustadas de plata y oro.

Allí durante la navegacion habitó el Indiano, mas no solo.

En la parte de popa de la cámara habíase, en efecto, practicado por medio de tablas y cortinas, un pequeño gabinete, que en lujo, comodidad y elegancia superaba, si tal era posible, á lo que sucintamente hemos ya descrito. El piso del entre puente se ocultaba bajo el velo de una alfombra turca ó mas bien persiana; la sedería con que estaban cubiertas las paredes habíase acolchado con algodon en rama; una hamaca, tegida de cordones de seda azul y canutillo de oro, pendia de cuatro asas de plata; los divanes ó banquetas eran muy bajos; y multitud de juguetes de excesivo precio, esparcidos por aquel gabinete ó santuario de la cámara, decian á voces que todo aquel lujo, toda aquella elegancia se habian allí hacinado solo para uso y comodidad de una criatura.

Y era ciertamente así: el Indiano, viudo, y que habiendo tenido numerosa prole, habia tambien visto morir uno tras otro á todos sus

hijos, agostados como tempranas flores por las enfermedades naturales en la infancia, por la esquivez de abrasados climas, ó por las fatigas de peligrosos viages, conservaba únicamente una hija que iba á cumplir siete años de edad cuando su padre acertó desde la proa del Fenix á divisar la tierra española.

Llamábase aquella niña Laura, y si algo en este valle de lágrimas puede dar idea de los tesoros de belleza de la mansion del Criador, sin duda aquel rostro infantil era fiel trasunto de algun individuo del coro angélico. Su madre habia exhalado el último suspiro sin tener tiempo apenas para estampar en su frente el primer beso de su amor innato: don Simon, que adoraba á su esposa, recibió de los brazos de la moribunda á su recien nacida hija, y oyó, con terror, de sus lábios estas palabras:

«Simon, yo me muero amándote como siempre te he amado: «nuestra hija vivirá mas que tú; un presentimiento, seguro en este «último trance, me lo dice. Vivirá, Simon, vivirá: pero ¡ay! que la «esperan penas muy amargas.... Protégela tú.... A Dios, mi Simon, «mi esposo.... A Dios....» Y la desdichada madre no volvió á proferir mas palabra: cinco minutos despues habia comparecido ante el Juez supremo.

Don Simon de Valleignoto se presentó en la corte de España, teniendo de 16 á 17 años de edad, unos diez y nueve antes de terminarse el pasado siglo. Su padre, á la sazon alto empleado en Nueva España, le envió á servir en la compañía americana de los caballeros guardias de la Real Persona, á quien con un galicismo insoportable aunque ya por el uso consagrado, llamábamos no hace mucho Guardias de Corps.

Buen mozo, noble por todos cuatro costados, rico, y con relaciones, obtuvo sin dificultad la bandolera, y sirvió bien, dándose muy pronto á conocer por su lujo, prodigalidad, y aventuras galantes.

Ninguna de esas prendas era muy del gusto del Sr. don Cárlos III, monarca entonces reinante: mas Valleignoto, en medio de sus desvarios, guardaba tan bien las apariencias del decoro, que pocas veces quedaba en descubierto; y por otra parte la fortuna se empeñó en favorecerle.

Desde luego el jóven Guardia, puntualísimo en el servicio, afectaba en sus maneras, trage y hábitos la severidad prusiana de moda entonces en toda Europa, y que el Rey, entusiasta del gran Federico, apreciaba mas que nadie. Era ademas gran caballista: circunstancia que Cárlos III en sus tan rápidos como continuos viages á los Sitios, pudo observar mas de una vez, cuando le acontecia llegar á una parada sin un solo Guardia á excepcion de Valleignoto para quien no habia caballo rebelde, aire violento, ni paso peligroso.

En fin, nuestro don Simon, cazador consumado y tirador infalible, tuvo la dicha de dar muestras de su pericia en aquel arte ó diversion favorita del Rey y en presencia de este.

A los dos años de guardia era Garzon. Diez y ocho años de edad y capitan de caballería en tiempo de Cárlos III; buen mozo, rico, atronado, y ¡galan sobre todo eso....! Las madres encerraban á sus hi-

jas al verle entrar por la calle en que vivian; los maridos se tocaban horripilados la frente en oyéndole nombrar.

De tanta dicha, de tan alta reputacion nació su ruina ¡*Tantum in rebus inane*!

La severidad de las costumbres en la época á que nos referimos era grande; el Rey, sabio y poderoso monarca, y ademas como hombre modelo de virtudes, no solo proscribia la disolucion, sino que con las pasiones mismas era inflexible. En su espíritu eminentemente lógico, en sus ideas tal vez exageradamente abstractas, dominaba la máxima de que los hechos habian de ajustarse á las teorías. Una vez demostrada la bondad de estas, lo demas á sus ojos importaba poco. Cárlos III era tan enciclopedista como Diderot mismo; y sin embargo buen cristiano!

Véase sino al Infante don Luis tratado con la última dureza ¿y por qué?—Porque, escuchando mas la voz del amor que la de las leyes aristocráticas, elevó á su tálamo á una señora particular.

Véase, si no se nos cree, esa Pragmática Sancion sobre desafíos, ley hecha para una nacion de caballeros, (nadie en España tolera aun hoy que se dude de que lo es) y en la cual, sin embargo, se impone la pena de muerte, al que se arriesga á morir en un duelo; la pena de infamia al que por no sufrir una afrenta provoca ó acepta el desafío.

Las teorías buenas eran: pero con los hechos incompatibles.

Mas, volviendo á nuestra relacion, Valleignoto que tan de cerca sirvia á tal monarca, no vacilaba sin embargo en acometer las mas peligrosas aventuras. Tenia diez y ocho años, edad feliz de la imprevision y de las ilusiones.

Su desventura quiso que un Grande napolitano, el duque de Montefiorito, Gentilhombre de cámara, tuviese por consorte á una linda dama, cuya edad duplicaba el marido. A fines del año 83 ó principios del siguiente, Montefiorito, embajador hasta entonces en cierta corte de la Europa austral, obtuvo del Rey su relevo, y vino á fijarse en Madrid con su muger. La noche que esta se presentó por vez primera en Palacio, estaba nuestro Garzon de servicio: verla, enamorarse de ella, y resolver intentar su conquista, ó lo que es lo mismo perderse, todo fué obra de un instante.

Desde aquel momento ya no pensó Valleignoto mas que en alcanzar lo que se habia propuesto: en paseo, en la iglesia, en los saraos, en la corte, en todas partes en fin donde la duquesa estaba, allí tambien el Garzon, y allí rendido, galante, apasionado con ella.

A la verdad la lucha entre un marido sesenton, impertinente, enfermizo, y por añadidura celoso, y un amante jóven, buen mozo, amable, lozano y mas tierno que un Amadis, era ya sobradamente desigual: mas la Duquesa, á mayor abundamiento, no era precisamente una Lucrecia, ni mucho menos.

Pronto, pues, se pusieron de acuerdo ella y el Guardia: tanto mas pronto cuanto que la diestra beldad sabia que hasta llegar á ese punto es cuando se cometen las mayores imprudencias. Pusiéronse, decimos, de acuerdo, y durante algunos meses, si los ob-

servadores, en verdad, no ignoraban el percance matrimonial del Duque, por lo menos no hubo el menor escándalo.

Es de advertir que la constancia no era la virtud favorita de don Simon: *Per troppo variar natura é bella* es un proverbio italiano que en concepto de nuestro Galan podia pasar por axioma; y cuando el mundo se hundiese, no acertára él á sufrir seis meses seguidos la misma muger.

Malísima propiedad, sin duda: pero estaba en su naturaleza.

Cinco meses y dias lban transcurridos desde que comenzaron sus relaciones con la Duquesa, cuando en cierto besamanos la belleza de las formas juveniles del seductor, llamó tan particularmente la atencion de una gran Señora, que no le fué lícito dudar al interesado de que se le miraba con buenos ojos.

¡Adios Duquesa infeliz! Si con aquel Teseo navegáras, muy de temer es que te abandonase en alguna isla desierta.

A otro menos inconstante y no tan ambicioso, debemos confesar que la ocasion le hubiera precipitado: ¿qué habia de hacer Valleignoto? Exclamar, si en su tiempo hubiera ya escrito Breton de los Herreros,

«¿Qué haré yo, desventurado,
«Yo que soy tan combustible?»

Y cerrar los ojos, y lanzarse en cuerpo y alma á donde su destino le llamaba.

Así lo hizo: la Duquesa intentó en vano luchar con su poderosa rival; y la victoria quedó por esta.

Cambiar de amante, para una Dama cortesana no es ciertamente una gran calamidad; pero perder el amante, si es la mayor de las desdichas; por que el amor propio padece. La muger que se dá no comprende que la dejen; y hasta cuando varia de capricho, deplora que el desairado se rinda á otros encantos. ¿Qué será cuando sin motivo la abandonan?

Así la Duquesa de Montefiorito trocó súbitamente en odio implacable el amor que hasta entonces tuvo á Valleignoto, amor mas profundo de lo que ella misma imaginaba; amor que, aun con ser sensual en su orígen, habia echado en su corazon hondas raices.

Una muger de treinta años que tiene un amante de diez y ocho, le mira con cierto afecto maternal independiente de los lazos que con él la ligan; por que en tal caso la experiencia, la superioridad moral están enteramente de su parte. Ella le aconseja y le guia: ella termina y perfecciona su educacion. El es de ella y no ella de él: la diferencia es inmensa, y la Duquesa la sentia; por eso odió con la misma vehemencia que antes amaba.

La venganza directa era imposible: el poder de su rival Egida que al infiel guarecia: pero ¿qué no intentará una muger rencorosa por vengar su amor propio ofendido?

Su marido fué el primer instrumento que la Duquesa eligió: entre sus amantes desairados, un oficial de Guardias Walonas, el segundo.

Por medio del Duque á quien, con grandes apariencias de estar es-

candalizada, llamó la atencion sobre las nuevas pretensiones de don Simon, hizo cundir la alarma en Palacio, y fué preparando el ánimo del Rey como á sus intentos convenia. Veamos ahora como se sirvió del Walon.

Era este un francés, segundon de una familia esclarecida, y por consiguiente tan escaso de riquezas como lleno de blasones. Aturdido como nunca los hubo, fátuo con exceso, y ambicioso por demás, dejó su patria donde no podia medrar, y vínose á la tierra de Cucaña donde tanto se estima lo de fuera, como lo de casa se desprecia. *Monsieur de Crevecœurs*, que así se llamaba, era primer teniente de Guardias en el momento en que le presentamos; y no mucho antes habia sido por la Duquesa cortesmente deshauciado en sus galantes pretensiones.

Cuatro coqueterias, algunos aires sentimentales, y una sonrisa á tiempo, le volvieron así que ella quiso á encadenar á los pies de la ingrata, y esa vez mas apasionado que nunca.

Atacaba el hombre intrépidamente: la plaza se defendia con habilidad suma, pretextando desconfianza. Crevecœurs hacinaba protesta sobre juramento, juramento sobre protesta, mas ni por eso adelantaba terreno; hasta que cierto dia, afectando la Duquesa hallarse en una de aquellas situaciones en que el corazon se sobrepone á todo, le dijo:

—Crevecœurs, amigo mio, no insista vd.: no abuse de mi debilidad.

—Heloisa, exclamó el francés arrebatado al quinto cielo, ¿qué es preciso hacer para probar la firmeza, la inmensidad de este amor que me devora?

—¿Qué es preciso hacer?.... Es preciso.... Nada, nada....

—¡Oh ¿Conque hay algo que pudiera probar?.... Señora, si vd. no me lo dice al punto.... Basta.... Pronto habré dejado de padecer,

—¡Crevecœurs! ¿Qué está vd. diciendo?

—Que la vida me es insoportable.

—¡Ingrato!

—¡Heloisa, mi bien!

El francés creyó su triunfo seguro; mas engañóse. La Duquesa, conteniéndole oportunamente, replicó en tono solemne:

—Oígame vd. ya que así lo quiere. Mi altivez no consiente rendirse á ningun hombre que no pueda, con verdad, decir que antes ha triunfado de la única muger que puede creerse superior á mí (aquí dijo el nombre de la gran Señora).

—¡Divinos cielos! exclamó el francés aterrado; y la Duquesa, dejando ver en su rostro la expresion del mas alto desprecio, prosiguió:

—Valleignoto, por conseguir de mí una mirada, intenta ahora ese.... imposible. Si lo consigue seré suya. Un favor de esa muger, recibido y desairado.... Sin eso jamás!

La Duquesa pronunciando tales palabras, dejó á solas al asombrado amante.

Un solo grano de juicio que en la cabeza del Walon hubiera sobraba para apartarle del precipicio á cuyo borde le arrastrára la ven-

gativa beldad: pero no existia ni ese grano de sensatez en su hueca mollera: la pasion y el orgullo se pusieron de acuerdo, y el aventurero acometió la empresa.

Toda la maquinacion de la Duquesa fué obra de tan pocos dias, que cuando *Crevecœurs* se declaró pretendiente de la gran Señora, con tan poco recato como pudiera si de una labandera se tratase, Valleignoto apenas podia llamarse favorito, de ningun modo amante. Sin embargo las pretensiones del petulante extrangero encendieron en su pecho la llama de la ira y de los celos.

La rivalidad de aquellos dos hombres divertia á la gran Señora, hasta entonces sino intachable, por lo menos solo culpable de ligereza; entretuvo, pues, con maligno placer la lucha, inclinando la balanza, ya al uno ya al otro lado alternativamente.

Cerraban los ojos los cortesanos previsores: otros empero no quisieron hacerlo, y aun el Monarca mismo, si bien indirectamente, dió á entender su disgusto: pero ni eso fué de provecho, para evitar la catástrofe, que aconteció como á referir vamos.

Atravesaba la dama cuyo nombre no hemos dicho, una galería de Palacio, hallándose en ella á un lado el Garzon, á otro el primer Teniente de Guardias, ambos aguardándola con la esperanza de obtener siquiera una mirada; sonriose ella al verlos y para gozar mas a su sabor de aquel expectáculo, dejó caer, como por acaso, el abanico que en la mano llevaba.

A un tiempo se lanzaron los dos rivales, á un tiempo sus manos asieron del abanico, y ninguno de ellos quiso ceder la presa.

Dos leones que el hambre fuerza á luchar, no se miran con mas encarnizados ojos: la presencia misma de la dama no basta á contenerlos; y la sangre española hierve en las venas de Valleignoto con tanta fuerza como la francesa en las del aventurero.

Crevecœurs, empero, habia nacido cortesano, y conteníase mas que el Guardia, quien vista la pasiva resistencia de su rival, tiró con fuerza del abanico, dando al mismo tiempo al francés un empujon, y ofreciendo despues la conquistada prenda á su dueño, con la rodilla en tierra.

Habíase quedado el Walon inmóvil cual si le hiriera un rayo, pálido como la muerte, desencajados los ojos, convulsivamente apretada la mano en el puño de la espada.

La gran Señora, no menos asombrada, recobró su abanico, y perdida la color, prosiguió su camino sin proferir palabra.

Valleignoto con esa serenidad aterradora que tiene la ira cuando llega á su apogeo, llegóse al francés que no acertaba á volver en sí, y le dijo:

—Sé lo que vd. espera: vamos.

—¡Vamos! murmuró el ofendido á quien la sangre agolpada al cerebro sofocaba; ¡vamos! Dos soldados nos servirán de padrinos.

Bajaron en efecto á la plaza de Palacio: el Walon que estaba de servicio, llamó á dos soldados de su compañía, y juntos los cuatro se encaminaron al Campo del Moro.

Era de noche, la luna velada por blanquecinas nubes iluminaba

débilmente la escena; los soldados impasibles y sable en mano, seguian atentamente los movimientos de los dos rivales; y estos, en cuerpo de camisa, uno frente á otro, mudos ambos, ambos sedientos de sangre, tenian cruzados los aceros.

Crugian las espadas en contacto; la respiracion trabajosa de los combatientes daba testimonio de su ira: los padrinos decian magistralmente de cuando en cuando: ¡*Bien messieurs, c' est tres bien*!

Ni el combate podia ser largo, ni lo fué; el hierro de Crevecœurs se clavó una vez en el hombro derecho de su contrario; mas al mismo tiempo la espada de Valleignoto atravesó el corazon del aventurero.

Retiró el arma sangrienta el vencedor, mientras los padrinos acudian, no al moribundo, sino al muerto, pues expiró sin proferir ni un ¡ay! siquiera.

Il est mort, dijo luego uno de los soldados, *¿mais c' est bien en regle que vous l' avez tué, mon Capitaine.*

—¿Con qué están vds. satisfechos? Preguntó en español el Garzon.

—Oui mon Capitaine, respondieron los dos soldados saludándole.

—¡Pues buenas noches! Y diciendo así encaminóse tranquilo á Palacio, donde declarando su delito, se constituyó voluntariamente preso.

Las consecuencias de lo referido se comprenden fácilmente: el Rey queria que á toda costa se ejecutase lo dispuesto en su pragmática. Quince dias despues don Simon estaba condenado á muerte, y el décimo sexto era el señalado para notificarle la sentencia.

En tan amargo trance, solo se le oyó exclamar repetidas veces: «¡Ay! ¡Yo no he querido ser feliz; yo he buscado mi ruina! El Señor «tenga misericordia de mi alma!» Por lo demas su valor no se desmintió un solo instante.

La alta Señora, causa casi inocente de aquella desdicha, interpuso en vano su valimiento entre el fallo de la justicia y la cabeza del culpable: lo único que el Rey concedió fué indulto de la parte infamante de la sentencia, es decir, que no precediese degradacion y que muriese arcabuceado don Simon.

Todo Madrid se dolia de él y esperaba con amarga ansiedad el tremendo instante de la ejecucion de la sentencia, cuando súbitamente se esparció la voz de que se habia fugado de la torre del cuartel de Guardias, recien construido, que era su prision.

Esa noticia era cierta: antes de amanecer el dia de la notificacion de la sentencia, las puertas del calabozo se abrieron; un hombre embozado entró en él: mandó al reo vestirse con un trage de paisano que al intento llevaba; sacóle de la prision, del cuartel y de Madrid; diòle un caballo, pasaporte y dinero; y desapareció.

Los centinelas, interrogados, al siguiente dia, nada habian visto; al cabo de algunos meses de arresto fueron puestos en libertad.

¡Cuántas conjeturas! ¡qué variadas y distintas versiones se hicieron de aquel lance! Nadie supo la verdad: cada cual creyó haberla adivinado.

El fugitivo en tanto pasó el Atlántico: corrió despues todos los

mares; enlazose en Méjico con una muger honrada y bella; y, rico mas allá de toda ponderacion, desembarcó en Cádiz á principios del año 1815, como ya lo dijimos al empezar este largo capítulo.

CAPITULO II.

Genealogía.

Nuestro indiano al llegar á Cádiz encontró dispuesta, segun sus instrucciones, una grande, magnífica y cómoda habitacion en el Barrio nuevo de S. Cárlos. Su corresponsal, ó mas bien su apoderado, salió á recibirle á la Bahia, y le instaló en su alojamiento. El Procurador gaditano habia apurado todos los medios de gastar dinero posibles cuando se trata de amueblar una casa, y se habia prometido sino sorprender, por lo menos agradar á su opulento principal; mas sin embargo de que en realidad adornos, muebles, cortinas, péndolas, candelabros y todos los demas adherentes, eran de lo mas rico que en Europa se usa, Valleignoto que habia pasado muchos años de su vida en la India oriental y habituádose allí á un lujo casi fabuloso, recorrió con indiferencia la casa, diciendo: «No está mal» — Para poco tiempo puede pasar»; y otras frases de la misma especie que fueron otros tantos dardos clavados en el corazon del Andaluz.

Pero cuando el asombro y la mortificacion de este llegaron á su límite fué precisamente en el momento mismo en que, segun sus cálculos, debiera haber sido completo su triunfo.

«Quiero (le habia escrito don Simon) que toda mi casa esté bien, «pero ha de haber en ella un cuarto, ó mas bien un templo para mi «Laura. *Quiero* que gaste vd. y que gaste mucho, que gaste sin me«dida, pero que mi hija tenga la mas cómoda, suntuosa y bella habi«tacion de toda Europa.»

Y como á esta carta acompañaba un crédito ilimitado, tuvo el Procurador, como suele decirse, barro á mano.

Gastó, pues, en efecto sin medida, y en Cádiz, donde las gentes saben gastar y aun derrochar el dinero; en Cádiz, donde se conoce el verdadero lujo, donde, se está en esa materia á la altura de las cortes mas florecientes: pero como el buen curial no habia leido las Mil y una noches, ni estado en las Indias, hizo una cosa puramente humana, cuando lo que se le pedia era una creacion fantástica.

«¡Qué miseria! Exclamó don Simon saliendo del cuarto destinado á Laura: y al Procurador casi casi se le saltaron las lágrimas.

Laura, sin embargo, no parecia opinar como su padre. Cansada de la esclavitud de la navegacion, y del continuo movimiento del buque, reclinóse con delicia en los muelles almohadones de un elegante sofá, mientras que una esclava negra, de rodillas á sus pies, la descalzaba; otra con un abanico de plumas de brillantes matices, le daba aire; y otras dos le preparaban dulces y refrescos. Su padre,

despues de contemplar un instante aquel rostro angélico, besóla con indecible ternura, y retiróse á su aposento.

Siete años no cumplidos en una niña de la Península, son poca cosa; algo mas en las americanas que á los doce suelen ser madres. Laura parecia una muchacha europea de diez ú once años, y quizá el retraimiento en que se habia criado, el cariño excesivo de su padre, y la servil obediencia de las esclavas que componian su servidumbre, quizá, decimos, esas circunstancias, mas aun que sus naturales instintos, la habian dado ya una tendencia á la vanidad, unos hábitos de orgullo, que desdecian de su edad, y hasta de su carácter.

Aquella niña, en efecto, dotada de claro ingenio, sensibilidad exquisita, nobles inclinaciones, y corazon generoso, educada por una madre digna de tan santo nombre, pudiera ser tambien un modelo de mansedumbre, un dechado de amabilidad y de moderacion. Si no lo era, su crianza tuvo la culpa.

Así dejábase, á su edad, servir como si para aquello solo hubiese nacido: no consentia la mas leve familiaridad á sus esclavas; sabia aterrarlas de una sola mirada; y aunque era con ellas generosa hasta la munificencia, y pocas veces injusta, á los siete años ya ninguna de aquellas mugeres se atrevia á llamarla *la niña*, sino siempre, aun no estando ella delante, la *Señorita ó el Ama*.

Laura vivia aislada: su padre la idolatraba, pero entre el hombre de cincuenta años, y la niña de siete ¿qué intimidad podria mediar? Amigas ó compañeras jamás las tuvo: maestros hasta entonces no se le habian dado; y las esclavas, como hemos dicho, no eran admitidas mas que á su servicio.

En tal situacion, las sensaciones siempre profundas de la infancia, esas sensaciones que influyen de una manera decisiva en el resto de la vida, en vez de sucederse unas á otras con rapidez, y de modificarse por medio de la expansion, quedábanse en la fantasia ó en el corazon de Laura, clavadas como flechas en derredor de un blanco, vibrando largo tiempo, haciendo á cada instante mas honda su huella.

Indudablemente el aislamiento y la meditacion su inevitable consecuencia, son de gran provecho al hombre, mas es en determinadas circunstancias, y solo cuando con la experiencia adquirió ya un caudal considerable de nociones exactas, bastantes á preservarle de las peligrosas ilusiones que en la soledad engendra la fantasía.

Un niño criado en las condiciones de Laura, á buen librar, será un ente excepcional en llegando á edad madura; tendrá que hacer entonces á duras penas un aprendizage que comenzado á tiempo no le fuera molesto.

Mas ello es que la niña de quien hablamos era ya al llegar á Cádiz melancólicamente poética, originalmente precóz, bondadosamente altanera.

Su padre adoraba hasta las imperfecciones de Laura. ¿Cómo habia de corregirlas?

Dijimos que la niña iba á cumplir siete años cuando don Simon divisó la tierra española desde la proa del Fenix; rigorosamente hablan-

do debiéramos haber dicho que le faltaban entonces unas treinta y seis horas para cumplirlos.

El dia 9 de Abril á las seis de la mañana, descubrió á Cádiz el Fenix, y el 10 á las 6 de la tarde era el aniversario del nacimiento de Laura.

Don Simon contaba con ánsia los minutos que hasta el indicado faltaban.—¿Por qué?—Por que en él debia tener lugar una crísis importante en la vida de su idolatrada hija y en la suya propia. Si regresó á España, mas fué en cumplimiento de una obligacion sagrada que por deseo de ver de nuevo un pais en que podia llamarse extrangero. Su padre, de quien fué hijo único, habia salido de Méjico el año mismo que él de España; y tambien en Cádiz habia desembarcado ya viudo. En aquél puerto, por medio de una *Donacion inter vivos*, hizo dueño á don Simon de su caudal, consistente todo él en fondos colocados en diversos bancos y casas de comercio; luego fué á establecerse solo y modestamente en un lugar miserable de la Sierra Morena, donde la caza era su ocupacion exclusiva. Salió al monte una madrugada; no se le volvió á ver nunca; y los serranos presumieron que ó habia sido víctima de alguna fiera, ó perecido en el fondo de algunos de los infinitos precipicios que en aquella montaña se encuentran. No teniendo la familia de Valleignoto rama alguna colateral que don Simon conociese, ni él mismo propiedades en la Peninsula, aunque apenas entró á reinar Carlos IV, la gran Señora que causó su emigracion le alcanzó completo indulto, no quiso nuestro Indiano regresar á España, creyendo que la opulencia sola podia conducirle á la felicidad que en vano habia buscado en la disipacion, y persuadido de que en donde estaba podria hacerse fácilmente rico. Si regresó, pues, en 1815 á su patria, fué solo por que tenia obligacion sagrada de hallarse en ella cuando su hija cumpliese los siete años. Todos sus anteriores hijos habian muerto mucho antes de llegar á esa edad.

Dejando, pues, á la niña en su habitacion pasó con don Justo, el procurador, á su despacho de antemano preparado, y al que ya sus esclavos habian llevado el arca de ébano con cerradura, goznes y adornos de plata, que encerraba los mas importantes de sus papeles.

Sentóse don Simon, invitó al Procurador á que hiciese otro tanto, y á puerta cerrada entabló la conversacion de esta manera:

—Supongo que todo estará pronto.

—Si señor, lo está: ¿pero no seria mejor que ahora descansara vd. y mañana?...

—No amigo mio: ahora ha de ser.

—Como vd. guste.

Diciendo así el Procurador, sacó de un cartapacio varios papeles de antigua fecha, mientras que don Simon otros de su caja.

Don Justo ordenando sus mamotretos y, al paso, deteniéndose en algunos de ellos, no puedo menos de exclamar:

—¡Cosa mas rara! ¡Parece un cuento!

—¿Qué es lo que parece un cuento? preguntó el Indiano preocupado con la lectura de uno de sus papeles.

—Lo que pasa entre su familia de vd. y la mia. Vamos, repito que

parece cuento; y si no, escuche vd. esta nota escrita de puño de mi padre el Procurador Rufino Herrero:

«A 24 de Junio de 1772, testamento de don Simon de Valleignoto, «Intendente de Mégico, legando todos sus bienes á su hijo don Simon, «nacido en 25 de Junio de 1765.—Mañana cumple 7 años.»

—Pues aquí hay otra en cuarenta años anterior, tambien de letra de mi padre:

—«Dia 10 de Diciembre de 739. Testamento de don Simon de Va-«lleignoto Regente de la Audiencia de Lima:

«Lega todos sus bienes á su hijo don Simon que nació el 11 de Di-«ciembre de 1732»—Otra: esta ya de mi abuelo: «el Teniente General «don Simon de Valleignoto, hace testamento en favor de su hijo don «Simon nacido en 3 de Enero de 684. Tambien la víspera de que «cumpliese 7 años.

—No se canse vd. don Justo; lo mismo han hecho todos mis antepasados.

—Ya lo sé: pero hay mas; y es que todos ellos han transferido sus bienes á pocos años de haber testado. y por medio de donaciones *inter vivos*, á sus respectivos herederos, que hasta el presente fueron siempre varones.»

—¿Está vd. seguro?

—Segurísimo: el año antes de morir mi padre (q. e. e. g.) me cedió su oficio; y, entre otros negocios reservados de que me enteró, fué el principal el de su familia de vd. cuya archivo custodiamos. Entonces ví el arbol genealógico; pocas familias podrán en Europa presentar otro igual. Llega por filiacion directa, y sin un solo vacío, hasta los tiempos de Augusto. Un Senador Romano es tronco del Linage de los Valleignotos.

—¡Bah! Exclamó don Simon, perdiendo el color; ¿un hombre como vd. cree en esas cosas?

—Señor don Simon, acá ya sabemos como se hacen las Genealogías, como se forjan las ejecutorias: pero en cuanto á la de la familia de Valleignoto, no es porque esté vd. delante, pero le aseguro que es moneda de buena ley.

—No seré yo quien lo niegue.

—Ni vd. ni nadie puede hacerlo; jamás familia alguna conservó tal copia de curiosos documentos en justificacion de su genealogía. Papeles que, por pertenecer á los tiempos de la monarquía goda, debieran haberse perdido en la invasion de los moros, existen sin embargo en el archivo de la casa. Uno de sus ascendientes de vd. siguió á Pelayo, despues todos han ocupado altas posiciones en la monarquía, todos han brillado por una ú otra prenda.

—¡Ninguno ha sido feliz!

—Eso dice un apéndice á la genealogía, en que cada cincuenta años viene un personage misterioso á estampar algunas lineas.

—¿Ninguno?

—Ninguno hasta ahora: pero vd....

—Yo, don Justo, ¡yo!

—Vamos, señor, que un hombre tan rico, tan estimado!...

—Doblemos la hoja.

—Bien. ¿A que no sabe vd. tal vez, otras dos circunstancias singulares que se observan en su genealogía?

—Dígalas vd. y veremos.

—La primera, que ningun Valleignoto ha dejado nunca mas de un hijo, y que vd. será el primero que deje hembra.

—Ya de eso hemos hablado.

—Pues vamos á la segunda que es aun mas notable. Las fées de bautismo, las partidas de casamiento, y los testamentos están completos y llegan á tiempos muy antiguos: pero no hay ni una sola partida de defuncion: no consta, no se sospecha siquiera, como, de qué, ni cuando murió ninguno de los Valleignotos que á vd. han precedido.

Púsose pálido don Simon, más no acertó á proferir una sola palabra; y el procurador prosiguió.

—Es cosa singular, y de la cual al parecer todos han tenido aviso ó presentimiento; porque á poco de hacer donacion de sus bienes al que les sucedia, desaparecieron sin que como digo, se sepa cómo ni cuando. ¡Es singular!

Despues de algunos minutos de penosa meditacion, dijo el indiano:

—Vamos á nuestro negocio: ¿está hecho el testamento?

—Si señor: cerrado como los anteriores.

—A ver... esto es: á 9 de Abril de 1815... Todos mis bienes á mi hija Laura de Valleignoto nacida en 10 de Abril de 1808... Mañana cumple 7 años.» Bien está.

—Mañana se llenarán las formalidades de la ley y á las once lo tendrá vd. en su poder.

—Que no falte.

—Ni un minuto.

—Tome vd. y agregue esta nota expresiva de los fondos de que soy dueño en este momento. Los títulos de pertenencia y demas documentos, están en esta caja que cerrada y sellada pondré á su tiempo en manos de vd.—Hay duplicados en otra parte segura, á mayor abundamiento.

—Lo mismo han hecho todos sus ascendientes de vd.

—Sí, me parece que lo mismo haré yo que todos ellos.

CAPITULO III.

El cumpleaños.

Amaneció el 10 de Abril, radiante, puro y casi caluroso: la superficie de la Bahía de Cádiz semejaba á una ancha tela de tornasolado color verde y cristalina transparencia, ligeramente rizada por un viento N. E. que hinchando la vela latina de cierto ligerísimo falucho procedente del Puerto, le impelia con rapidez en direccion á la ciudad de Hércules.

Tres hombres tripulaban el pequeño buque lleno de pasageros de diversas edades, sexos y condiciones, pero todos gente alegre y regocijada, á excepcion de uno que con el trage de los ermitaños de Córdoba, especie de prematura mortaja, ocupaba el asiento mas inmediato al Timonero. Su presencia no imponia gran respeto á los navegantes: uno cantaba, otro reia, este requebraba de palabra mucho y algo de obra á su linda vecina; aquel soltaba cada pulla picante como una guindilla; y todos prescindian del reverendo, como el reverendo parecia prescindir de todos.

Notable por su robustez y atlética estatura, tenia el buen padre una de esas fisonomías toscas que parecen bocetos modelados apenas por la naturaleza, y cuya primera impresion es siempre poco favorable al sugeto. La vista se aparta involuntariamente de ellas: su conjunto, entre feroz y estúpido, rechaza toda simpatía: y vistas, en fin, una vez sola dejan en la memoria una huella comparable á las cicatrices que en el cuerpo las picaduras de los insectos. Pero vénzase esa instintiva repugnancia; estúdiense esos rostros desgraciados, y tal vez se les encuentre algo de noble y generoso, tal vez acabe el observador inteligente por hallarlos hasta muy bellos.

Tal era el caso en que se encontraba nuestro ermitaño: su fisonomía, como la de una estátua colosal vista de cerca, repugnaba á todos, y aterraba á muchos; pero buscado el punto de vista conveniente, y observada con atencion, encontrábase en ella la expresion de la fuerza en su mas alto grado, del desprendimiento de sí mismo que solo nace de la fé, y de la sumision mas resignada que imaginar es posible.

Durante la travesía ni levantó los ojos del suelo, ni dejó de rezar repasando las cuentas de su rosario; al desembarcar, y rehusando el patron cobrarle el pasage, diciéndole: «Naá, Padre, encomiéndeme su mercé á Dios, que bien lo necesito. »

—Solo replicó: El Señor sea contigo.

Y encaminándose en derechura á la Iglesia de San Agustin, allí se mantuvo de rodillas y en oracion, hasta que dió el relox los tres cuartos para las doce.

Pocos minutos antes habia entrado en la misma Iglesia, pálido, trémulo, desatentado como el criminal que marcha al suplicio, don Simon de Valleignoto. Sus ojos recorrieron inquietos el ámbito del templo, y al fijarlos en la sombría figura del ermitaño, extremecióse de manera que á no apoyarse contra un pilar, cayera al suelo sin duda.

Oida la hora levantóse el Ermitaño, y escudriñada la iglesia con una sola ojeada, se dirigió en seguida al Indiano, diciéndole:

—Simon, la paz del Señor sea contigo.

No acertó á contestar Valleignoto, y obedeciendo á un ademan del ermitaño, siguióle saliendo con él de la Iglesia.

El aire libre tranquilizó algo al opulento viagero que haciendo un esfuerzo heróico para dominar su profunda emocion, se adelantó al cenobita y le guió á su propia casa. Sin proferir una palabra anduvieron el camino; y sin proferir una palabra entraron en el gabinete del

rico, que este cerró inmediatamente con llave, dejándose en seguida caer,

«Como cuerpo muerto cae»

encima de un sofá. El Ermitaño permaneció de pie con los ojos fijos en el pavimento.

Cerca de un cuarto de hora permanecieron así: mas al repetir el eco el último sonido de la campana de la Catedral, que señala el medio del dia, dijo el Ermitaño:

—¡Simon, es la hora!

—Aquí me tienes, Pablo, respondió el Indiano con dificultad extrema; aquí me tienes; no he faltado á la cita.

—No faltó tampoco tu padre; ni faltó el padre de tu padre, no ha faltado ninguno todavia. ¿Serás tu mas cuerdo que lo fueron tu padre y el padre de tu padre, y tus ascendientes á ellos anteriores? La Misericordia del Señor lo quiera!

Levantóse el Indiano y púsose á pasear por el cuarto con todas las señales de desesperacion: el cenobita le contemplaba sin admirarse, mas con pena.

—El espíritu del mal te agita, le dijo: Simon, la carne es flaca: «orad y velad» decia el Salvador á sus discípulos: oremos ahora nosotros: la oracion fortalecerá tu alma contra las tentaciones.

El Ermitaño, arrodillándose, profirió en voz alta la oracion dominical: Valleignoto intentó en vano seguirle: ni su imaginacion se fijaba, ni sus labios acertaban á pronunciar las santas palabras.

—¡Ah! exclamó Pablo levantándose, ¡ah que te has pervertido, Simon!

—Pablo nó; pero el sacrificio que se me pide es superior á mis fuerzas.

—¡Abraham, ofreció á Isaac en holocausto, porque tal era la voluntad del Señor; el Eterno envió á su divino hijo á morir por nosotros; ¿y tú vacilas ante una separacion de algunos años? Simon, Simon: ¿Por qué has abandonado el valle de la bienaventuranza y del sosiego? Por trepar á la cumbre de los montes de la ambicion; por penetrar en la sima de las riquezas que en el instante supremo de nada han de aprovecharte. Simon ¿y qué has alcanzado? Fatigarte en vano corriendo en pos de un fantasma. ¿Tu alma ha estado satisfecha un solo instante? ¿Has considerado una vez sola el porvenir sin espanto? Tú te has perdido: no quieras perder al que es tu carne y tu sangre, no precipites á tu hijo.

—¡Yo no tengo hijo, Pablo, yo no tengo hijo!! exclamó el Indiano, como si un rayo de esperanza iluminára súbitamente las tinieblas de su desesperacion.

—¡No tienes hijo! ¿Luego es llegado el momento? ¿Luego sonó la hora del descanso? ¿En ti concluye la raza? Responde, Simon.

—¡Pablo!

—El que penetra en lo mas recóndito de los corazones, te escucha ahora como siempre: responde ¿No tienes descendencia?

—¡Tengo una hija!

—Simon: dame á tu hija.

—¡Jamás, jamás!!! respondió Simon, y en sus ojos, en sus ademanes, en sus lábios, habia mas ira, mas desesperacion que nunca mostró hambrienta y acosada la tigre hircana.

—¡Mi hija! nunca, Pablo, nunca: ¡Mi hija, es mas que mi vida; es mi esperanza, es mi porvenir. Vuélvete; vuélvete. Mi hija no te la llevarás. Mira, Pablo: en solo un dia se desvanecieron para mí las ilusiones de los placeres y de la grandeza, y en aquel mismo dia tambien perdí mi carrera, me ví proscripto, tuve que abandonar mi patria: mis ojos no derramaron una lágrima. A los veinte años dejé de serjóven, porque lo quise. Ni la afeminada voluptuosidad del Asia, ni los rigores del clima africano, ni la inmensidad de los desiertos del nuevo mundo han podido corromperme, enervarme, ni arredrarme. Cinco hijos varones he tenido que todos pasaron de la cuna al sepulcro: tuve tambien una compañera, mi Angel de la guarda en el mundo, bella, amante, virtuosa, discreta, y tambien me la arrebató la muerte. Sin embargo vivo: mi corazon en mil partes hondamente lacerado, se ha sobrepuesto á todo. ¿Y sabes por qué Pablo?

«Por que tengo una hija, un serafin, un don del cielo; una hija en satisfaccion de cuyo mas leve capricho estoy pronto á arriesgar mil veces la existencia, una hija por cuya felicidad presumo, Dios me perdone, que comprometería mi salvacion.

—¡Blasfemo, blasfemo! calla.

—Pablo: algunas veces yo mismo me digo que este amor á mi Laura es ya un delirio, quizá un delirio criminal: pero no me es dado sofocarlo, ni lo quiero, ni comprendo que posible sea.

«Tú no lo has visto, á mi Laura; y aun viéndola quizá no apreciáras toda la frágil delicadeza de su beldad. Es una flor, Pablo, una flor bella como ninguna, fragante, olorosa, lozana: pero una flor de estufa, una flor de esas que el sol abrasa, el hielo quema, el viento desoja, y la lluvia abate. ¿Y ahora quereis trasplantarla desde el jardin en que siete años hace la contemplo y cultivo, al mas áspero seno de las mas agrias montañas de la península? Pablo, eso no será ni ahora, ni nunca. Si ahora te la diese, seria entregarla á una muerte segura, sería indudablemente separarme de ella para siempre; y eso no será.

—Simon: no porque tú te hayas perdido, quieras perder á tu hija igualmente.

—¡Me he perdido! ¿Qué sabes tú, Pablo? ¿Parécete que en mi larga vida de trabajos y padecimientos no habré, en compensacion de mis flaquezas y extravios, hecho algun bien, sufrido resignadamente mil dolores, que el Juez supremo, en su dia, me tomará en cuenta?

—No quiera Dios que yo dude ni de su infinita misericordia, ni de tu salvacion: pero ¿el que voluntariamente se mantiene siempre á orillas del precipicio, no tendrá culpa si en él cae?

—¿Y crees tú, Pablo, que Laura evitaria, por irse contigo, lo que tú llamas el precipicio? ¿No me llevasteis á mí? ¿Y qué sucedió? ¿Apenas hubo en mí voluntad, vuestro valle solitario, vuestra vida

monótona, vuestro régimen ascético, se me hicieron insoportables. Sino me hublerais enseñado el camino de la sima, á los quince años de edad me hubiera suicidado indudablemente.

—¡Simon! ¡Simon!

—Te estoy hablando á pecho abierto: la juventud necesita movimiento, agitacion, pábulo á sus pasiones, y sino lo encuentra ella misma se devora, la soledad y la meditacion son para mas tarde. Lo he resuelto: no me separo de Laura: si al cumplir los quince años, sabiendo por mí la fatalidad que sobre su familia pesa, quiere probar vuestra vida, por mi honra te juro no oponerme á su resolucion ni de palabra ni de obra. Vuelve entonces.

—¿Estás resuelto?

—Invariablemente.

—Reflexiona...

—Te cansas en vano: te juro...

—Basta: no infrinjas mas los preceptos del Señor. Conserva en tu poder á esa niña infeliz; mas oye lo que te digo en nombre del anciano de quien procedes, en nombre de aquel á quien visita el espíritu del Señor: Tú no has sido feliz hasta ahora y tienes en voluntario riesgo tu eterna felicidad, por seguir la senda en que te guia el Demonio del mundo y del orgullo: tú no quieres que tu hija se ponga en el puerto á salvo de las tempestades; y tu hija llorará por ello lágrimas de sangre y fuego; y las lágrimas de tu hija caerán gota á gota sobre tu corazon, abrasándolo en llama inextinguible; y cada lágrima de tu hija será para tí un remordimiento, cada remordimiento un buitre que destrozará tus entrañas. Simon: el arrepentimiento mismo podrá salvar tu alma en la vida eterna, pero no consolar tu corazon en esta. Adios.

Acabando de hablar el Ermitaño, salió del gabinete y de la casa; y nadie volvió á verle en Cádiz.

Don Simon cayó sin sentido y un ataque cerebral que puso en peligro su vida señaló el séptimo aniversario de la vida de su amada Laura.

CAPITULO IV.

Una heredera millonaria.

Siete años eran transcurridos desde los acontecimientos que dejamos escritos en los tres capítulos primeros de este segundo libro de nuestra relacion; Laura tenia catorce cumplidos, y era una Vénus en la hermosura, un asombro en la discrecion, un pajarillo en la alegria, un cordero en la inocencia.

Trasladándose á Madrid así que de su enfermedad se restableció en Cádiz, compró don Simon un palacio, mas bien que casa, en una calle no distante de la Plazuela de Afligidos, y embellecióle con cuantos adornos, comodidades, y refinamientos alcanzaba entonces el lujo, y su inmensa riqueza pudo pagar.

Tres pisos tenia aquel edificio: bajo, principal y segundo; un espacioso jardin á su espalda, y un patio interior á uno de los costados.

En los dos pisos principal y bajo estaban las habitaciones, de invierno y verano respectivamente, del padre y de la hija: situada al medio dia en el piso alto, y sobre el jardin en el bajo la de Laura. El aya de la señorita, y el ayuda de cámara del señor eran los únicos criados que en sus habitaciones dormian; el mayordomo, las doncellas y demas criados de escalera arriba tenian sus cuartos en el piso segundo, y el resto de la servidumbre se alojaba en un edificio adyacente, que era el que formaba tres de las cuatro frentes dal patio.

Bien montadas la caballeriza y cochera; expléndidamente vestida la gente de librea; suculenta y exquisita la mesa; metódico y ceremonioso el servicio; y puntualmente pagadas todas las obligaciones, la casa de don Simon de Valleignoto, pudiera pasar por el palacio de un Príncipe, sin el retraimiento en que á pesar de su opulencia vivia.

Del año de 85 del siglo pasado al XV del corriente, la córte de España se habia radical y completamente renovado. Pocas personas quedaban contemporáneas del Indiano, menos de las que como cortesano y galan le conocieron, y aun en esas la memoria del ruidoso lance que de su patria le expulsara, naturalmente se borró con la huella de sucesos mas recientes y de mayor importancia. Hallóse, pues, mucho mas estrangero en Madrid que un Ruso ó un Austriaco, que al cabo en aquella época hubieran encontrado en el nuestro un representante de su pais.

Mas si él abriera la mano, como suele decirse, en esto de las visitas, sobráranle en verdad relaciones; porque á personas de su dinero ¿quién con gusto no las trata?

Llenóse con efecto de targetas su porteria; pero muy pocas personas subieron la magnífica escalera de su casa, porque la respuesta invariable del robusto asturiano, cancerbero con media y calzon de aquel encantado asilo, era esta: «El amo no está en casa: la señorita no recibe.» Don Simon devolvió targeta por targeta, mas solo hizo realmente una media docena de visitas: por manera que permaneció aislado.

—Es un oso decian unos.

—Hombre sin educacion, otros.

—¡Estos ricachos se hinchan de vanidad! exclamaba este.

—La culpa tiene quien se toma la molestia de ir á visitarle, contestaba otro.

Mas todos se engañaban: el Indiano no era un oso, ni un hombre vano, ni grosero, ni desagradecido á las atenciones que con él se tenian.

Su corazon ya profundamente ulcerado, habia recibido una herida aun mas honda que todas las anteriores en su conferencia con el ermitaño: su amor á Laura, su paternal solicitud por ella crecieron de punto con la funesta prediccion del cenobita.

No podia ocultarse don Simon á sí mismo que en el mero hecho de haber sustraido á su hija á la accion de una ley hasta entonces, aunque sin fruto, observada religiosamente en su familia, habia tomado sobre sí una inmensa responsabilidad, contrayendo la obligacion de hacer á Laura feliz y virtuosa.

Aquel hombre conocia por propia y dolorosa experiencia los inconvenientes del aislamiento y los peligros de la sociedad para los jóvenes. Aquel hombre sabia que á una muger hermosa le declara el mundo la guerra desde el dia que en él se presenta: las mugeres por rivalidad, los hombres por hacerla suya.

Aquel hombre no podia ignorar que la riqueza de su hija era un poderoso aliciente para la codicia y la seduccion; y con tales premisas, con tan graves preocupaciones, nada mas natural que verle retraerse del trato de las gentes.

Maestros escrupulosamente elegidos por él, y un aya de buena familia y egemplar conducta, á quien reveses de fortuna redujeron á utilizar sus conocimientos, dirigian, bajo la inmediata vigilancia de don Simon, la educacion de Laura; y ella con la perspicacia de su claro ingenio hacia en todo notables adelantos.

La soledad de su vida, imprimiendo en su carácter un sello de gravedad melancólica, abrevió en consecuencia la edad de la infancia. Queria bien á su aya, mas aquella señora era poco expansiva: no trataba mal á sus criadas y esclavas, pero la altivez de su carácter la alejaba de ellas; á sus maestros los respetaba y nada mas; pero á su padre lo idolatraba.

Don Simon y Laura eran dos amigos: el anciano trataba á la niña como si fuera muger; la niña al anciano como si fuera jóven; y con todo eso Laura sentia en su corazon á los catorce años un inmenso vacío.

«¡Si tuviera yo una hermana! solia exclamar muchas veces á solas en su magnífico jardin donde vejetaban lozanas las mas bellas y delicadas plantas del mundo entero.

—«¡Si tuviera yo una amiga!

Con mas experiencia hubiera dicho: ¡Si me viviera mi madre!

La sensibilidad exquisita de la rica heredera, por razones análogas á las que indicamos hablando del Coronel Ribera, se concentró en su corazon durante largos años, y condensándose allí por falta de natural y fácil desahogo, iba, como el fuego subterráneo, preparándose á ser con el tiempo volcan incendiario.

Ribera, hombre en primer lugar, y puesto en contacto con el mundo desde sus primeros años, tuvo al menos amigos, conocidos, galanteos, emociones variadas: mas Laura, para quien desear y conseguir eran sinónimos; Laura, sin mas cariño que el de su padre, sentimiento aunque grande y sincero, tan natural, tan de siempre, tan sin prestigios de ilusion, que era mas bien una parte esencial que un accidente de su existencia; Laura se encontraba en condiciones mucho mas desventajosas que el Coronel, y por tanto, aunque en apariencia pacífica, en realidad devorada interiormente por un indefinible mal estar, apenas cumplidos los catorce años.

Hemos indicado ya que su padre habia hecho en persona hasta media docena de visitas al llegar á Madrid: una entre ellas fué al Marqués de San Juan del Rio, por las razones que á explicar vamos.

Tenia el Marqués, hombre de unos treinta y siete años de edad en 1822, de hermosa presencia, y viudo á la sazon, un pariente Oidor en la Habana, que en cierto pleito mercantil que en aquel tribunal tuvo nuestro Indiano, le habia favorecido singularmente. Don Simon agradeció el servicio *more habanero*, y el oidor á la vez le recomendó mucho al separarse de él, que cultivase la amistad de su primo el Marqués, escribiendo á este al propio tiempo para que por su parte se mostrase obsequioso con el expléndido millonario.

Segundo de la casa de un Grande, el Marqués sirvió durante sus primeros años en caballeria, acabó de Coronel la guerra de la Independencia, y retiróse el año catorce, para casarse con la Marquesa de San Juan del Rio, ex-beldad que entonces tenia sus cincuenta años muy cumplidos, una renta razonable, y una cabeza que lo era muy poco.

Novia vieja y no juiciosa, la buena Señora con el afán de lucir el marido, dió en no perder baile ninguno, y ademas en la deplorable mania de lucir en todos ellos sin misericordia del público, y sin gran respeto á las leyes del pudor, un busto que al comenzar el reinado de Cárlos IV era regular y nada mas, y cuando Fernando VII salió de su cautiverio, un asqueroso expectáculo.

Su marido, ya fuese por indiferencia, ya con mas siniestras miras, lejos de oponerse á la extravagancia de la Marquesa quizá la fomentaba; y el resultado fué que en el invierno de 1814 á 1815 una pulmonia madrileña le dejó viudo.

Así cuando don Simon llegó á la Corte, el Marqués viudo de San Juan del Rio, aunque Grande de España, tenia cuando mas unos cuatro mil duros de renta, que la Marquesa difunta pudo dejarle como viudedad y procedente de bienes libres. Sin embargo, su buena figura, excelentes modales, tacto cortesano y la llave de Gentilhombre, le bastaban para hacer en Madrid y en Palacio un papel distinguido.

¿Qué pudo moverle á intimar, como consiguió hacerlo á pesar de mil dificultades, sus relaciones con Valleignoto? ¿Qué se proponia renunciando con frecuencia á bulliciosas diversiones, y alguna vez á galantes citas, para ir á encerrarse mano á mano con don Simon, y hacerle al ajedrez la partida?

Al principio un presentimiento mas poderoso que distinto de que sus escasas rentas le habian de hacer útil la amistad de un hombre tan rico; luego la necesidad efectiva de acudir á él; últimamente otro proyecto de mas trascendencia.

Pero Valleignoto ¿Porqué le admitió en su trato familiar? El mismo no pudiera decirlo.

Primeramente le vió por urbanidad, le recibió por gratitud á su primo: luego una de aquellas simpatías que no se explican le atrajo á aquel hombre, y en fin vino la costumbre.

San Juan del Rio hubo menester mas de una vez sumas de importancia, que recibió de don Simon y pagó puntualmente al principio:

pero en el año á que con esta historia hemos llegado, la deuda era considerable, y la restitucion imposible.

Precisamente en el mismo año Laura, enteramente formada, muger precoz y en el estado de inquieta melancolía en que la hemos descrito, huyendo de la soledad de su cuarto, tomó la costumbre de pasar las veladas en el de su padre, donde pocas eran las que al Marqués no veía.

Conocíanse ambos de mucho atrás, y habia ella infinitas veces jugado en las rodillas del amigo de su padre, pero con los años aquella familiaridad cesó, como era natural; y el Marqués no pudo menos de notar que Laura era una bellísima jóven, amen de una heredera millonaria.

Ocurriósele esa sencilla reflexion una mañana en su tocador; y mirándose al espejo exclamó:

«¡Que diablos! No soy tan viejo ni estoy tan estropeado que sea temerario acometer la empresa!» Y desde entonces, fijos los ojos en la meta, caminó á ella sin perder un instante, sin apartarse una sola pulgada del camino derecho.

Ocultando á los ojos del padre y de la hija sus proyectos, afectó con respecto á esta una deferencia, un respeto, que alhagaron desde luego sus pretensiones de muger formal; y que don Simon, miró como una muestra de delicadeza por parte de su tertulio.

Pero cuando con Laura se hallaba á solas, en el jardin por ejemplo, las miradas lánguidamente expresivas, las palabras hábilmente calculadas para exaltar una fantasía harto propensa de suyo á la exaltacion; fueron sucesivamente dando á entender que el Marqués amaba, fueron lentamente despertando aquel corazon virginal del profundo letargo de su nativa inocencia.

El Marqués seguia paso á paso los progresos de la enfermedad de su víctima; pues aunque en realidad la amaba, el amor en él no era ciego, ni mucho menos. Jamas llegó por entonces á declararse, mas cuando ya por las miradas llenas de amor de Laura, por la turbacion que en ella causaba su presencia, por la constancia en fin con que vestia el traje, ó se prendia en el cabello la flor que su galan alabara como al descuido, conoció el Marqués que su triunfo era completo, se resolvió á dar y dió en efecto el paso decisivo.

Eran las nueve de la noche: Laura á quien atormentaba una jaqueca, habíase recogido: don Simon y el Marqués jugaban silenciosos al Ajedrez, cuando el último interrumpiendo el silencio inopinadamente, y con mas sincera emocion de la que él mismo presumió experimentar, dijo de esta manera:

—«Vallelgnoto: ¿Somos amigos de veras?

—Marqués, repuso el Indiano sorprendido ¡Qué pregunta!

—Aunque á vd. le parezca estraña, hágame el favor de responderme.

—Sea: yo estimo a vd. de veras y me creo su amigo.

—Bien pudiera vd. añadir que de ello me ha dado pruebas inequívocas.

—No hablemos de eso.

—Vd. puede olvidar los servicios que hace; yo nunca olvido los que

recibo: mas no es eso de lo que se trata. Yo necesito amigo mio saber si ocupo en sn corazon de vd. el lugar de un verdadero amigo, si mi carácter, si mi moralidad, en fin, inspiran á vd. completa y absoluta confianza.

—¡Singular interrogatorio! Pero en fin, si Marqués, si: es vd. uno de los hombres á quienes mas aprecio y estimo: tengo completa confianza en su probidad, en su moralidad de vd.

—Pues bien señor don Simon, en ese caso, no supondrá vd. en ninguna de mis acciones sórdidas miradas de vil interés.

—Nunca, Marqués.

—Gracias, amigo mio, gracias; ahora oígame con tranquilidad hasta que concluya. Yo estoy enamorado, perdido de Laura...

—¿De mi hija?

—De su hija de vd. sé la diferencia, que hay en nuestras edades; y sin embargo, aspiro á enlazarme con ella, si Laura consiente, si vd. quiere hacerme dichoso.

—Pero Marqués, Laura es una niña.

—Laura es un Angel.

—¿Y quiere vd. ya privarme de ella?

—Jamás. Si este enlace se verifica, yo me comprometo solemnemente á que nunca Laura se aparte del lado de su padre. Tendrá vd. un hijo mas en mí: esto es todo.

—¡Oh Marqués, Marqués! ¿Qué me pide vd?

—Un tesoro: lo que no merezco: pero la fortuna es ciega, consulte vd. con Laura, medítelo, y respóndame, no ahora, mañana. El título que llevo no es mio, como vd. sabe: pero mi alcurnia, gracias al cielo, es ilustre. Soy el hijo segundo del duque de Montefiorito.

—¡Misericordia, Señor! exclamó don Simon, levantándose horripilado y acercándose al Marqués, que á su vez sorprendido, retrocedió algunos pasos.

Valleignoto despues de mirarle de hito en hito con desencajados ojos le preguntó.

—¿Y qué edad tiene vd?

—Treinta y siete años: nací el de 85.

—Mañana contestaré á vd.; déjeme ahora solo, sino quiere verme espirar demente.

Salióse el Marqués atónito: y el Indiano exclamó: «Mi suplicio comienza. ¡Oh Pablo, Pablo, tus predicciones se realizan!»

CAPITULO V.

Antecedentes.—Crisis.

Por no interrumpir en los anteriores capítulos la relacion de las aventuras de don Simon de Valleignoto, y de los sucesos de la infancia y primera juventud de su hija, hemos hecho abstraccion com-

pleta de circunstancias é incidentes que sin embargo debe tomar en cuenta el que tenga curiosidad y deseo de enterarse á fondo de la historia que refiriendo vamos.

Primeramente es de advertir que el Indiano, educado en los mas severos principios de la moral cristiana, practicó en su infancia, obligado por sus directores, los actos externos del culto Católico, con puntualidad nimia y frecuencia tal que, familiarizándose con ellos, llegaron á perder á sus ojos lo que tienen de santamente simbólico y misterioso, y fueron por último en su imaginacion, ritos mas ó menos solemnes y no otra cosa.

La disipacion de los primeros años de su juventud contribuyó no poco á *despreocuparle*, y si cuando se vió de cerca amenazado por el suplicio hubo en su alma una saludable reaccion religiosa, despues sus continuos viages, el trato con personas de distintas y opuestas creencias y la lectura de los libros de los Volterianos, acabaron la obra de su incredulidad.

Valleignoto, pues, al llegar á España no era precisamente uno de esos fanfarrones de la impiedad que tienen continuamente la blasfemia en los labios, al mismo tiempo que la supersticion tal vez en el alma; sino un hombre que de todo dudaba, que nada creia, pero nada tampoco osaba negar resueltamente.

En punto á ideas políticas tampoco fuera fácil hallar en su espíritu rastro alguno del Guardia de Corps de Cárlos III. Las teorias de la revolucion francesa habian echado en su alma hondas raices, porque conocia la corrupcion de los cortesanos, y los excesos de la plebe no eran á su entender mas que consecuencias forzosas de aquella.

En efecto, es de advertir que la atmósfera de los Palacios suele inspirar mucho mas las ideas democráticas á las almas generosas que las declamaciones de los tribunos.

En una palabra, Valleignoto era en 1815 uno de tantos liberales visionarios de buena fé, desinteresadamente novadores, bondadosamente implacables, de los que componian la secta conocida hoy con el nombre de *doceañistas*.

Su edad y retraimiento le preservaron desde su llegada á España hasta que estalló la rebelion de las Cabezas de San Juan en 1820, de tomar parte personal y directa en la conspiracion que precedió á aquel tan célebre acontecimiento, mas no por eso dejó de contribuir á él con su dinero,

Afiliado en la masonería de muchos años atrás, por exigirlo así su vida errante, al regresar á la Península no pudo, ni acaso quiso rehusar el trato, de las cuatro ó cinco personas que enteradas de aquella circunstancia en virtud de avisos recibidos de los hermanos del nuevo mundo, fueron á verle en calidad de tales; por medio de estos sugetos supo lo que se preparaba, y sin comprometerse, repetimos, facilitó cuantiosas sumas para el logro de la empresa.

Nada le fuera mas fácil que figurar en primera línea, una vez proclamada la constitucion de Cádiz: pero habíase jurado á sí mismo no atender á otra cosa mas que á la educacion y bienestar de su hija, y fiel á su promesa rehusó con firmeza cuantas proposiciones se

le hicieron, ya para desempeñar altos empleos, ya para representar una provincia en las Córtes.

Hasta su opinion era para el público un secreto: conocíanla y explotábanla solo los iniciados, y satisfecho Valleignoto con dar su dinero, entendia en tanto asíduamente en el exclusivo objeto de su vida.

Supuestos los referidos antecedentes hablemos ahora de otros personages que yá el lector conoce, á unos mas y á otros menos.

Aunque Grande de España y Gentilhombre de Cámara, el Marqués de San Juan del Rio se declaró desde luego resuelto partidario de la revolucion, fenómeno político harto frecuente entre nosotros, donde el Pueblo, verdaderamente Pueblo, ha sido el último á tomar parte en las reformas, dado caso que sea cierto que en efecto esté por ellas.

Mas sea de esto lo que fuere, el pretendiente á la mano de Laura se alistó desde los principios en las filas de la Milicia nacional, entusiasta, sincera y compuesta de lo mas selecto de la juventud madrileña en el año 20. Eligiéronle sus camaradas comandante de un batallon, y Fernando VII le felicitó con efusion aparente la primera vez que en Palacio se presentó con el uniforme y divisas de su cuerpo y grado.

Ya en el siguiente año comenzaron á dividirse los liberales: San Juan del Rio se unió á los exaltados. Subdividiéronse estos en Comuneros y Masones; y el Marqués se afilió en los últimos. Otro lazo mas que con don Simon le unia; mas ahora conviene que digamos de otra amistad que la política le hizo contraer ó mas bien estrechar.

Don Pedro de Mendoza á quien ya conocemos, era cadete en el mismo regimiento en que el Marqués capitan (procedente de la casa de Pages) el año de 1808. Juntos, pues, hicieron la guerra de la Independencia que concluyeron de Capitan el primero y el segundo de Coronel.

Pero la diferencia de graduaciones y la circunstancia de haber tomado el gefe su retiro apenas hecha la paz, apartaron á aquellos dos hombres uno de otro hasta que el recinto de una Logia volvió á unirlos.

En la sociedad secreta las posiciones relativas fueron precisamente lo contrario de lo que en el Ejército habian sido.

Mendoza liberal ardiente, revolucionario por esencia, fanático innovador, inflexible tribuno, con el poder de la palabra, con la eficacia del ejemplo y con la severidad de sus doctrinas, avasallaba, dirigia, atemorizaba á sus compañeros todos.

Oráculo de la sociedad, elevado en ella al mas eminente grado, alma de todos sus proyectos, fácil le fuera aprovecharse del poder inmenso de que disponia en provecho propio: mas su ambicion no era de esas vulgares que una magistratura, una distincion, ó la riqueza contentan y satisfacen. No: Mendoza aspiraba á mas altos fines; Mendoza despreciaba á los que mas avanzados se creian en ideas revolucionarias: porque él solo acaso, habia entonces puesto los ojos en el verdadero blanco: la revolucion social.

—«¿Qué me importa, solia decirse á sí mismo, ser ahora Coronel, General, Ministro, Diputado, ú hombre opulento? Goces efímeros, pueriles satisfacciones de la vanidad, reformas incompletas, transacciones meticulosas ¿Qué es todo eso?—Nó, Mendoza, nó; permanece oscuro trabajando los ánimos, resígnate á que los pigmeos se imaginen gigantes; deja que los ciegos crean haber visto la luz; que el dia de la revolucion verdadera ha de llegar, y ese dia en que el nivel de la igualdad eche por tierra los tronos, borre del universo las huellas de la aristocracia, y humille la altivez del clero, ese dia será el de tu gloria, será el de tu poder?»

Así discurria aquel hombre á los 33 años (1822); así habia discurrido á los veinte; así le hallaremos discurriendo cumplidos los cuarenta.

San Juan del Rio y él renovaron, pues, su pasado conocimiento, que pasó á ser una amistad, sincera aun que con visos de vasallage por parte del Marqués demócrata, encaminada á su objeto por la de Mendoza.

Mas no solo con el amante de Laura estrechó allí relaciones Mendoza, sino que además, aun que en verdad no muy íntimas, las entabló tambien con Valleignoto.

El Venerable (Presidente) de la Logia en que nuestro capitan no quiso pasar nunca de orador, era un rico Banquero, que se contaba en el escaso número de las visitas del Indiano. Por eso tuvo Mendoza noticia de la opulencia de don Simon, y de que además pertenecia á los Masones; por medio del mismo tambien se introdujo en su casa, y tuvo con aquel algunas conferencias procurando reducirle á tomar parte activa y personal en los negocios políticos, mas toda su fanática elocuencia, toda la sutileza de sus argumentos se estrellaron contra la inflexible resolucion del antiguo Guardia.

Dos palabras mas y anudamos el hilo de la interrumpida narracion. Don Angel, á quien el lector ha visto en casa del Banquero Minarica y en el cuartel de los voluntarios realistas, pertenecia á la Logia del Marqués y de Mendoza, y pasaba por ser además una cosa así como page de bolsa, mandadero y escribiente del Capitan. Sus *hermanos* se burlaban grandemente de él por la torpeza y timidez de sus maneras, por la insignificancia de su persona, por lo modesto de su porte. Don Angel no se daba por entendido, contento con verlo, oirlo, y muchas veces adivinarlo todo.

Ahora basta de política y tomemos las cosas en el punto donde las hemos dejado al concluir el capítulo anterior.

San Juan del Rio que, por las palabras de Valleignoto al comenzar la conversacion, se creyó seguro de conseguir lo que deseaba, vió con indecible asombro el tan rápido como inmotivado cambio que terminó aquella escena.

—¿Háse vuelto demente, decia para sí, ó he soñado yo? La verdad es que le era imposible á él y se lo fuera á cualquiera otro adivinar la causa del trastorno de don Simon, trastorno que lejos de terminarse con la salida del Marqués, se prolongó durante toda aquella noche con síntomas cada vez mas alarmantes.

Al presentarse en su cuarto el Ayuda de Cámara, á la hora en que tenia costumbre de acostarse, le halló, en efecto, desencajados los ojos, lívido el semblante, y paseándose aceleradamente.

—«¿Qué tiene V. S? exclamó, azorado el fiel servidor.

—Nada, Juan, nada: déjame.

—Señor, V. S. está enfermo; yo no puedo dejarle ahora.

—Juan, me ahoga la sangre; dijo entonces don Simon, casi sofocado en efecto; y Juan mandó inmediatamente llamar á un facultativo.

Llegó el médico, y hallando que una congestion cerebral era inminente, sin esperar al cirujano hizo él mismo una sangría al paciente con su cortaplumas. La evacuacion de sangre produjo su efecto en el acto; acostóse el enfermo, tomó una bebida calmante, y recomendando á Juan que bajo ningun pretexto se diese cuenta á su hija de lo que pasaba, ni se permitiese pasar de la puerta de la calle á nadie que por él mismo ó por Laura preguntase, se dispuso á buscar en el descanso algun alivio á la enfermedad que le atormentaba.

La disciplina doméstica era habitualmente tan severa en aquella casa, que las órdenes del Marqués fueron puntualmente obedecidas. A la mañana siguiente se dijo á Laura que su padre habia pasado la noche trabajando, como alguna vez lo hacia, y que deseaba descansar por el momento: ella, dando crédito á la noticia, pasó el dia como siempre, con sus maestros y criadas, y esperando las dos de la tarde, hora en que el Marqués iba diariamente á visitar al Indiano.

A la una y media Laura, *por casualidad*, se halló delante del espejo, colocando entre los negros rizos de su cabello, una bellísima Dalia; á los tres cuartos estaba en el estrado, reclinada en un sofá y fijos los ojos en la esfera de una magnífica péndola inglesa que á su frente media solemnemente los instantes; al sonar el eco argentino de su campana las dos de la tarde, las megillas de la hermosa mejicana se tiñeron de rojo carmin; su corazon latia con dulce inquietud; y el movimiento continuo de uno de sus pies anunciaba su impaciencia.

Dos minutos despues, al oir el estrépito de las ruedas de un carruage que al galope entraba en la calle, levantándose de su asiento, se aproximó á uno de los balcones al abrigo de cuyas persianas diariamente veía, sin ser vista, la elegante carretela del mortal amado. El era; el mismo coche elegante; los mismos blasones en la portezuela; la misma librea.

Abre el lacayo: baja el amo vestido con la mas exquisita elegancia... ¿Estará enfermo? Laura ha reparado que viene pálido... Pero ya entró en el zaguan... Ya sube, se dice la casi niña; serenémonos... Y vuelve al sofá.

Pero á poco... ¡Cielos! Sí: el coche se vá... ¿Querrá volverse á pie?

El minutero ha señalado ya un minuto, otro despues, luego otro, hasta cinco, y el Marqués no parece.

—«¿Habrá entrado en el despacho de Papá? Imposible: Papá está recogido.»

Laura tira con fuerza del cordon de la campanilla, y al momento acuden por una parte el Portero de estrado, por otra la primera Doncella.

—¿Qué manda V. S? pregunta àquel, saludando respetuosamente.
—¿Quiere V. S. alguna cosa, señorita? dice la otra.
—¿Quien ha venido?
—Nadie, señorita, responden á un tiempo los dos criados.
—¡Cómo nadie! Yo acabo de.... de oir un coche á la puerta.
—Si V. S. quiere se preguntará.
—Al momento. Vete tú, añadió Laura dirigiéndose á la doncella que obedeció en el acto, nada necesito.

A poco el Portero de estrado volvió diciendo que habia, en efecto, llegado el Sr. Marqués de San Juan del Rio, mas que de órden de S. S. se le habia dicho que no habia nadie en casa.

El efecto que esta novedad produjo en Laura es casi imposible de explicar completamente, si no se considera que hasta entonces, no habiendo encontrado en el curso de su vida la mas leve oposicion á sus deseos, y ni aun á sus caprichos, desconocia el sentido de las palabras autoridad y privacion.

Sentia no ver al Marqués, lo sentia mucho, por que si no verdadero amor, sino pasion volcánica, habiale aquel hombre inspirado un afecto sincero y vigoroso, cuando por otra cosa no fuera, por ser el primero de su especie que aquel corazon virgen experimentaba: pero otra cosa en aquel lance la mortificaba, en verdad, con mas fuerza.

Los sucesos de esta vida suelen afectarnos mas que por su importancia intrínseca por la relacion en que están con nuestro carácter, por lo que alhagan ó contrarian nuestras naturales inclinaciones, y en fin por las circunstancias en que nos encuentran.

Hombre rico hay á quien la pérdida de una onza que se le cayó del bolsillo, afecta mas que la de veinte y cinco mil pesos fuertes en una especulacion desgraciada; tal que arriesga su vida serenamente, se desmaya viendo hacer una sangria. En una palabra, nada en la materia es absoluto, todo es relativo.

Que el Indiano hubiese dado órden aquel dia para que á nadie se recibiese en su casa, no era ciertamente ninguna cosa extraordinaria, mucho menos un acto de cruel tirania. Sin embargo Laura lo miró como capricho, como abuso de autoridad; y si el hecho en sí no era ni lo uno ni lo otro, la hija mimada tenia, allá en su lógica de puro sentimiento, razones con que sustentar su opinion.

—«Yo quiero ver á ese hombre; y yo hasta hoy he hecho todo lo que he querido. Sin embargo, él viene y yo no lo veo: esto me contradice, esto me tiraniza por consiguiente. ¿Y quién es el autor de esa mortificacion, inmotivada sin duda, cuando yo ignoro su causa?

«Mi padre: luego mi padre ha tenido un capricho; luego mi padre es un tirano; luego yo no soy mas que una esclava en grillos de oro.»

Tal fué el implícito raciocinio de Laura, que por primera vez lloró aquel dia con toda la amargura del despecho de una muger enamorada, con toda la hiel del orgullo mortificado. Aquel dia dejó de ser niña, aquel dia comenzó á ser muger; y aquel dia comenzó á luchar en fin con la sociedad.

A las doce, el médico á quien Juan introdujo por una puerta fal-

sa, examinado que hubo el estado del enfermo, le declaró fuera de peligro; y aunque no sin repugnancia, consintió que escribiese de su propio puño algunas cartas, y dictase otras á su mayordomo, quedándose á solas con él durante mas de dos horas.

Seguidamente tuvo el Indiano una conversacion, á solas tambien, con el médico, y llamando á Juan y al mayordomo al terminarla, les previno que en todo y por todo se conformasen á lo que el Doctor ordenase, guardando el mas profundo secreto, só pena de ser en el acto despedidos. Prometiéronlo los criado así, y don Simon, volvió á recogerse.

Entre tanto el Marqués mortificado hasta el extremo con la repulsa que en casa del Indiano recibiera; no atreviéndose á tomar un partido violento porque era deudor de aquel y no se encontraba con recursos para pagarle; y no acertando tampoco ni á renunciar á la mano de Laura, ni á devorar en silencio el desaire que se le hacia, agotaba en vano las fuerzas de su imaginacion para hallar un expediente que resolviese aquel problema en provecho de sus intereses, beneficio de su amor, y satisfaccion de su honra.

Todo amante necesita un confidente, pero el Marqués habia menester ademas un consejero de grandes recursos y no pequeña resolucion, que le ayudase á salir de aquel lance; Mendoza era el hombre apropósito: y á Mendoza fué á buscar, en mal hora para la infeliz Laura y su afligido padre.

Al principio escuchó el Capitan con grande indiferencia la relacion que del caso le hizo su antiguo Coronel, mas reflexionando despues que de este disponia y estaba seguro de disponer siempre á su arbitrio, y que por tanto, si casándose con Laura, entraba algun dia en posesion de las inmensas riquezas del Indiano, gran parte de estas pudiera emplearse en consumar la obra de la revolucion, aparentó enternecerse y prometió su auxilio.

—«Hasta ahora, dijo, ese hombre no ha contestado á la peticion de vd. Ha sido muchos años comerciante: estará calculando el tanto por ciento del negocio; y probablemente su agitacion extraordinaria al oir la declaracion de vd. procede solo del amor que profesa al dote de su hija. Quizá la rica es ella; quizá esa opulencia procede de la madre y no del padre de Laura. En todo caso dos son los partidos que hay que tomar; el primero muy fácil; renunciar á la empresa...

—Nunca, Mendoza; mi amor propio está ya interesado.

—Pues entonces el segundo: proponerse lograr la mano de esa niña á toda costa.

—Ese elijo.

—No cejar ante los obstáculos.

—Al contrario.

—No reparar en los medios.

—Todos son buenos si á mi fin me conducen.

—Bien: ahora lo primero es reconocer el campo enemigo.

—¿Y quién penetra en él?

—¿Ya retrocede vd?

—Nó: pero...

—Pero es vd. un pobre hombre; penetraré yo.

—¡Ah! ¿Y cómo?

—Cómo, lo veremos: sé que quiero penetrar, eso me basta: penetraré.

—¿Cuando?

—Esperemos hasta mañana; si segunda vez le rechazan á vd. entonces iré yo.»

Convenido así, citáronse los dos amigos para el medio dia siguiente en casa del Marqués, á quien Mendoza quiso dar instrucciones mas meditadas para el caso de que el Indiano le recibiese.

Llegada la hora acudió el Capitan á la cita; el Marqués terminaba su tocador, tan largo como el de una coqueta, y no se habia aun dignado abrir varias cartas que sobre su mesa estaban ya pasadas de dos horas.

Despedido el criado, y solos el amante y su confidente, para no interrumpir la conversacion, dijo el Marqués, si vd. me lo permite, voy á ver que dicen estas cartas.

—Lea vd. que tiempo tenemos, replicó Mendoza; y encendiendo un cigarro, tendióse en el canapé, mientras el otro abria su correspondencia.

—Matilde que me cita... No está el hierro para hacer obleas... Veamos otra, ¡Santa Tecla! Un acreedor; mi maestro de coches... Que espere á que me case... El Vizconde que me convida á una partida de caza... ¡para bromas estoy, pesia mi vida!..¿Qué es esto?... ¡Mendoza! ¡Mendoza!... letra y firma de Valleignoto.

—¡Ola! respondió el capitan que hasta entonces habia escuchado con la sonrisa en los lábios el monólogo del Marqués. ¡Ola! Veamos.

—Sí; lea vd. que yo no acierto, respondió el pretendiente, sentándose apresuradamente, porque le flaqueaban las piernas.

Mirôle con desprecio y lástima Mendoza, y tomando de sus manos la carta, leyó en voz alta.

«Señor Marqués; ningun hombre en este mundo puede estimar á «vd. digo mas, amarle como yo le amo...

—Eso es de buen agüero, interrumpió el interesado.

—Aguarde vd. hasta el fin, replicó el confidente, y prosiguió leyendo:

«Puede amarle como yo le amo. Cuanto soy, cuanto valgo, todo es de vd! de todo puede disponer como si fuera suyo....

—¡Pues señor, no hay duda, me dá á su hija! Laura será mia.

—Si vd. ha de interrumpirme á cada paso lo dejo.

—Nó: prosiga vd.; seré mudo.

—«Como si fuera suyo: pero la mano de Laura.... Jamás! Hay entre Laura y vd. un abismo: su union es imposible, y no se verificará.»

—¡Veremos! exclamó Mendoza al llegar aquí: el Marqués aterrado no acertó á proferir una palabra.

«Ni vd. volverá jamás á verla, ni ella á vd., quien á fuer de hombre de honor, y si no quiere atraer sobre su cabeza la maldicion de los hombres y la cólera del cielo, renunciará desde ahora y para siempre á todas sus pretensiones.

«Por mucho que estas palabras aflijan al amante, no desgarrarán su corazon, como desgarran el del padre infeliz que las escribe.

«Remito á vd. adjuntos los recibos de las pequeñas sumas que le he adelantado, y los títulos de diez mil duros de renta, procedentes de fondos depositados en el Banco de Londres. Puede vd. aceptar esa renta que no es un regalo, sino una simple restitucion. Su familia de vd. me favoreció singularmente en mi juventud.

«Cuando vd. se haya casado, se apresurará á buscarle para estrecharle cariñosamente en sus brazos su infeliz amigo.—Simon de Valleignoto!!

—¡Los recibos de seis mil duros y una renta de diez mil anuales! ¿Qué es esto Marqués?

—Un sueño, una burla.

—Nada de sueño: esto es una realidad, singular lo confieso; pero cuyo misterio debe vd. penetrar á toda costa.

—¡Yo! ¿Cómo?

—La pregunta eterna ¡Cómo! Sepa vd. primero lo que quiere, y el como las circunstancias lo dirán. ¿Está vd. resuelto á renunciar por diez mil duros de renta á los dos ó tres millones que, sin duda, tiene ese hombre cuando hace tal regalo; y á mas á la mano de Laura?

—Nó: de ningun modo.

—Pues no perdamos tiempo; vamos.

—¿A donde?

—A casa de Valleignoto. No perdamos tiempo.

Y sin dárselo al Marqués para replicar, le arrastró consigo.

Veinte minutos despues se apeaban del coche del Coronel á la puerta del Indiano.

Todas las ventanas de la casa estaban cerradas: la puerta principal solo un postigo tenia abierto.

Mendoza, entrando resueltamente por él, se dirigió al portero que sin librea estaba en su puesto.

—El señor don Simon de Velleignoto.

—Aquí es su casa.

—¿Está en ella?

—No señor.

—¿Y la Señorita?

—Tampoco.

—¿A qué hora se le podrá ver para hablarle de un negocio que le interesa?

—A ninguna.

—¡Insolente! ¿Qué quiere decir eso?

—Que su S. S. no está en Madrid.

—¡Ah! ¿Y cuándo se ha marchado?

—Al amanecer.

—¿A dónde ha ido?

—No lo sé.

Terminado este diálogo los dos amigos volvieron á entrar en su coche, y el portero entornó el postigo de la puerta principal de la casa del Indiano.

CAPITULO VI.

El Padre y la Hija. — El amante y su confidente.

Habíanse hecho con tal reserva y celeridad los preparativos del viage en casa de don Simon, que Laura hondamente preocupada con sus nuevos cuidados y primer dolor, nada sabia de ellos una hora antes de ponerse en camino. Entonces, llamada al cuarto de su padre, le halló ya vestido de viage, pálido, abatido, hundidos los ojos, en tan alarmante estado, finalmente, que la jóven no pudo menos de sobresaltarse y dar á entender su asombro con un *ay* lanzado de lo mas íntimo de su alma, arrojándose al mismo tiempo en los brazos del autor de sus dias.

Aquella expontánea y sincera demostracion fué como bálsamo consolador derramado sobre palpitantes ulceras: dilatóse el corazon de Valleignoto, una sonrisa de ventura brilló en sus lábios, disipáronse las arrugas de su ceño, y suspiró tambien hondamente como su hija, mas el suyo fué un suspiro de bienandanza y felicidad.

—Siéntate aquí, Laura, ángel mio; siéntate, sosiega tu espíritu, tranquilízate; nada tengo; estoy bueno; dijo don Simon sentando á su hija al lado suyo, y jugando mientras hablaba con sus magníficos búcles.

—Papá, tú me engañas, tú estás malo; exclamó la jóven entonces.

—No, Laura: he padecido, sí; pero ya estoy bueno ó á lo menos convaleciente.

—¡Oh, nó! Todavia estás enfermo. Yo quiero que te cuides. ¿Lo entiendes? Quiero que te cuides, y desde ahora hasta que estés curado no me separo de tu habitacion.

—Bien, señora, bien, las órdenes de mi despótica soberana serán cumplidas: me cuidaré y vd. será mi enfermera.

—No hay que reirse, rebelde vasallo; lo que he dicho será.

—Será, Laura mia, será, como lo es siempre: mas escúchame. Estoy, á juicio del facultativo, convaleciente, y en prueba de ello voy ahora mismo, quiero decir, Laura, vamos ahora mismo á emprender un viage.

—Papá, tú te burlas. ¡Viajar en el estado en que te encuentras! Imposible.

—Mi estado no se opone, y causas de primer orden exigen este viage. Mis negocios...

—La salud es primero que los negocios.

—¿Y si yo te dijese, loca de mi vida, que se trata del sosiego de tu padre, de tu propia felicidad, acaso? ¿Qué dirias?

—Que por semana de mas ó de menos, no se han de comprometer tu sosiego y mi felicidad.

—Pues te engañarias: una semana, ¡qué digo semana! un dia, un instante de más en Madrid, puede perdernos á entrambos

—¡Papá!

—Créeme Laura, es forzoso partir.

—¿Cuándo?

—Antes de una hora.

—¿Y porqué no me lo has dicho antes? Nada tengo dispuesto.

—Lo está todo.

—Mis vestidos, mis joyas....

—Todo empaquetado

—¡Cuándo! ¡Como!

—De ayer acá.

—¿Conque ayer tenias ya resuelto este viaje?

—Sí, Laura.

—¿Y no me lo has dicho?

—¡Para qué! Era inutil.

—¡Ah era inútil! Sí, yo no soy mas que una chiquilla sin consecuencia; no tengo voluntad... ¿para qué contar conmigo?

Laura pronunció las últimas palabras con tono tan amargo, contrajo de tal manera sus facciones, dejó ver en su fisonomía una expresion tan marcada de orgullo revelado, que su padre no pudo menos de estremecerse, y permanecer en silencio algunos instantes. La niña por su parte, tomando una actitud de dignidad ofendida; tambien se estuvo callada.

—Vamos, Laura, vamos, dijo al cabo Valleignoto; no te enojes sin causa.

—¡Enojarme! No por cierto: tú mandas y yo te obedezco.

—¡Ingrata! Pero en fin, Laura ¿crees tú que á no mediar motivos muy poderosos, hubiera yo dejado de prevenirte y de consultarte, como siempre? No seas niña....

—¡Oh! Quizá no lo soy tanto, como tú crees, acaso no es tan fácil *tiranizarme* sin que yo lo conozca....

—¡Laura! ¿Qué estás diciendo? ¿Tiranizarte yo?

—Con tu permiso; voy á prepararme para el camino.

—No te vayas: te lo prohibo.

—Obedezco.

—Laura: ¿en qué, cuando te ha tiranizado tu padre?

—En nada: he dicho mal.

—Responde, Laura responde, sea por cariño, sea por obediencia. Desde que naciste vivo solo por tí y para tí, y sin embargo me acusas de tiranía! Responde ¿En qué, cuando te ha tiranizado tu padre?

—Pues bien, Papá, te lo diré si quieres.

—Eso aguardo.

—¿No vivo siempre sola?

—Conmigo.

—¿Qué diversiones, qué placeres son los que conozco?

—Tu edad hasta ahora no los ha consentido.

—¡Mi edad! Mi edad, al menos, consentia tener alguna amiga, alguna compañera con quien.... Con quien jugar, ya que eternamente he de ser niña.

—¿Me la has pedido?

—¿Sabia yo acaso que existía la amistad? ¿Sabia que hay fuera del recinto de esta casa, riquezas, palacios, bailes donde la música, la iluminacion, los trages, las bellezas y el fausto deslumbran la vista y embriagan el alma?

—¿Y quién te ha dicho que todo eso existe?

—Un hombre, el único que aquí penetraba, y á quien, sin duda porque no meabra los ojos, has prohibido la entrada, tambien sin consultarme, tambien sin prevenírmelo; el Marqués de San Juan del Rio.

En los oidos del Indiano sonaban las palabras de su hija, como el ronco estrépito de un volcan en el instante de su erupcion.

Laura, incapaz en su inocencia de artificio alguno, y cediendo al natural impulso de su altivo carácter y arrebatada fantasía, acababa de revelar á su padre el secreto de su alma, secreto que apenas hacia veinte y cuatro horas habia ella misma descubierto, y cuyo fondo no le era acaso completamente conocido.

Vallelgnoto veia entonces, y ya tarde, el funesto resultado del sistema que con Laura habia seguido, olvidando lo que él mismo dijo á Pablo en Cádiz:

«La juventud necesita movimiento, agitacion, pávulo á sus pasiones; y si no lo encuentra ella misma se devora: la soledad y la meditacion son para despues.»

La teoría no pudo luchar con la meticulosa prevision del padre. Laura se crió en la soledad, pero en el lujo, en el aislamiento, y no en principios ascéticos. Las consecuencias fueron las que ser debian.

Ya era tarde, sin embargo; ya era tarde para acudir al remedio. Don Simon, queriendo apurar el cáliz hasta las heces, hizo un esfuerzo para dominarse, y afectando la mas fria impasibilidad, preguntó á Laura:

—¿Y por qué no me has dado hasta hoy esas quejas? Yo que siempre te he complacido, tal vez las disipára proporcionándote lo que deseabas.

Vaciló la jóven un instante, pero la rectitud de su alma triunfó del orgullo de su carácter y dijo:

—«Por que yo misma no sabia hasta ayer lo que deseaba.

—¿Querrás decirme como lo has sabido?

—¡Papá!

—Laura, yo soy mas que tu padre: soy un amigo que te idolatra, tengo derecho á que me hables con franqueza. Explícate, y piensa que el espíritu de tu malograda y virtuosa madre te escucha quizá en este momento: di la verdad, y la verdad entera!

La solemnidad del tono con que don Simon pronunció esas palabras; la evocacion que hizo del espíritu de su difunta esposa; y la ansiedad digna á par que inquieta con que tenia fijos los ojos en los de su hija, hicieron en ésta profunda impresion. Un sentimiento religioso, análogo al que mueve al pecador contrito á levantar el velo

que oculta sus flaquezas en el Tribunal de la penitencia, dominó su alma; y aunque perdiendo la color del rostro, y clavando los ojos avergonzada en el suelo, dijo con resolucion de esta manera:

—«Papá, ayer prohibiste que recibieran al Marqués; yo le esperaba impaciente.....

—¡Tú Laura! ¡Tú le esperabas impaciente!

—¡Sí, Papá, le esperaba impaciente, porque ese hombre produce en mí con su presencia una sensacion de placer indefinible; sus palabras resuenan en mi oido como el canto del ruiseñor! El adivina mi pensamiento y yo adivino el suyo...

—Dime, Laura, ¿Tú amas al Marqués?

—Lo creo; respondió levantando entonces los ojos la doncella, y mostrando su rostro enrojecido por el rubor, mas con toda la serenidad de la inocencia.

Su padre sin proferir una palabra, ocultóse el rostro con las manos, y permaneció en mudo estupor algunos minutos.

Laura, tranquila, resuelta, y satisfecha de sí misma, aguardó en silencio la determinacion del árbitro de su destino.

Por fin este, reuniendo todas sus fuerzas y levantándose súbitamente, con acento sepulcral dijo:

—Laura, el Marqués te ama tambien; tú me has dicho la verdad y yo te la debo decir igualmente. Te ama, repito, y me ha pedido tu mano, comprometiéndose solemnemente á no separarte jamás de mi lado, por que sabe que tú eres el alma de mi cuerpo.

El corazon de Laura latia agitado por los mas dulces presentimientos al escuchar las razones de su padre, que mirándola con lástima, prosiguió:

—Tú sabes que yo estimo al Marqués y ahora te diré que le creo digno de tí. Sin embargo le he negado lo que me pedia; sí, le he negado tu mano.

—¡Papá mio!

—Sí, Laura, se la he negado; porque... porque un obstáculo invencible se opone á vuestra union; y ese... es un secreto entre la tumba y yo. Mi corazon se desgarra cuando considero que mis palabras hieren el tuyo. Recuerda cuantos cuidados, cuanto amor, que de contemplaciones me debes, y no me acusarás de tiranía. Laura, tú no puedes ser la esposa de ese hombre: resígnate con los decretos de la suerte.

Dentro de diez minutos, añadió mirando su reloj, partiremos. Vé á prepararte.

Laura oyó con doloroso asombro las palabras de su padre, y no se atrevió á proferir un solo acento.

Diez minutos despues, en efecto, dos sillas de posta partian de la puerta del Indiano: en la una iba él con su médico y ayuda de cámara; en la otra Laura y una de sus doncellas.

Mientras ambos carruages, uno en pós del otro, se alejan rápidamente de Madrid, nosotros fijaremos un momento la consideracion en el amante de la millonaria heredera y en su confidente, que silenciosos y meditabundos regresaron á la casa del primero.

El Marqués, hombre que teniendo el valor del campo de batalla y el del duelo, carecia de esa firmeza de ánimo que hace frente á los reveses y quizá con ellos crece, daba en su interior por arruinadas sus esperanzas, y maldecia su destino, en vez de procurar vencerlo.

Mendoza, por el contrario, como la arcilla que con el fuego se endurece, si callaba y meditaba era solicitando penetrar á fuerza de conjeturas y de inducciones en el laberinto de aquel misterioso asunto.

A la verdad que adivinar las causas de la conducta, al parecer contradictoria, del Indiano, no le era posible; pero aun conociendo eso, esperaba el capitan atajarle los pasos y obligarle á ceder de su empeño ó á explicarse de una vez claramente. No se le ocultaba á Mendoza que aquel negocio iba á proporcionarle grandes contradicciones y no poco trabajo: mas precisamente por eso lo tomó con un empeño que el Marqués atribuia cándidamente al afecto que le profesaba.

Lo cierto es que su confidente, ademas de la mira política que en otro lugar indicamos, se propuso al embarcarse en aquella empresa satisfacer su natural invencible propension á las intrigas misteriosas.

Y en efecto, al apearse del coche Mendoza, que ya llevaba resuelto el plan de sus preliminares operaciones, sin decir palabra al Marqués, escribió apresuradamente un billete que él mismo entregó á un lacayo con recomendacion de llevarlo á su destino sin demora.

En tanto el deshauciado novio suspiraba, maldecia, daba vueltas en el cuarto, y nada que valiese hacia.

—Mendoza le dijo: Marqués, aquí no se trata de suspiros, ni de niñerias. Dentro de una ó dos horas sabremos en que direccion camina ese hombre y es preciso que vd. se disponga á salir en posta en su persecucion. En alcanzándolo, ocúltese vd. del padre y hágase ver de la hija. Billete sobre billete; el segundo mas tierno que el primero. No puede vd. vivir sin ella; sino corresponde á su pasion, va vd. á suicidarse; y de dia y de noche en su calle. Yo conozco á las mugeres; á la edad de Laura ninguna resiste á los extremos, á la exageracion, y sobre todo á la perseverancia. Prodigue vd el oro: corrompa á los criados. Lo primero es tener inteligencias en el campo enemigo.

«Yo entre tanto me encargo desde aquí del padre. Aunque no á la reformada, pertenece á la masoneria: voy á denunciarle á la Orden por su mal proceder con un *hermano*. Al mismo tiempo le haremos sospechoso al gobierno.

—¿Por qué? ¿para qué?

—¡Qué pobre hombre es vd! Porque huye cuando nos amenaza una invasion extrangera; para que no se le permita salir de España, en cuyo caso nos seria mas dificil darle alcance.

—Ahora lo entiendo.

—Lo celebro, pero lo indispensable es obrar: prepare vd. su equipage.

—¡Ya!

—¿Quiere vd. que esté Laura en la China cuando vd. se mueva de aquí?

Y sin esperar respuesta tiró de la campanilla con fuerza, hizo venir al ayuda de cámara, y al mayordomo: mandó preparar equipage y silla de Posta, envió por un pasaporte al gobierno político, y precisó al Marqués mismo á vestirse de camino.

Despues prosiguió diciendo; Marqués mio, vd. no es hombre que puede manejarse solo.

—¡Señor de Mendoza!

—Mi Coronel, cuando se trata de negocios, las ilusiones son funestas. Sin ofender á vd. sin negarle que es un hombre de talento, debo pues decirle que no tiene grande habilidad en cuanto á manejarse con las gentes...

—Ello es cierto que mi franqueza....

—Pues, la franqueza; pero el caso es que ni vd. puede ir solo á esta caballeresca expedicion, ni yo por el momento acompañarle.

—¿Y que harémos?

—Harémos que vaya con vd. una persona de toda mi confianza.

—¿El vizconde?

—Valiente fatuo.

—¿Será...?

—No se canse vd. en conjeturas. Don Angel.

—¿Quién dice vd?

—Don Angel: uno de los hermanos de nuestra logia.

—¿Aquel hombre pequeñuelo, regordete, tan ridículamente vestido, que ni habla ni pabla?

—El mismo.

—Pero hombre, si aquello es una patata.

—Aquello es un hombre con mas entendimiento, mas sangre fria, mas ingenio y mas habilidad que la mayor parte de los que brillan en el mundo por su elegancia y su finura. La naturaleza produce el oro envuelto en tierra.

—¿Con que ese mozo es el que...

—El que acompaña á vd. á menos de que el señor Marqués prefiera que yo desista de la empresa.

—Nada de eso; vendrá conmigo.

—No basta que vaya: es preciso ademas que vd. escuche y siga, pero ciegamente, sus consejos.

—Mendoza, eso ya...

—Pues no hablemos mas del asunto.

—De manera que si vd. me asegura....

—Que don Angel sabe mas durmiendo, que vd. despierto.... De esta clase de negocios, se entiende.

—Pues señor es una especie de perito, ó sea facultativo que llevo conmigo. Convengo en todo.»

A poco de terminada esa conversacion entró don Angel con su habitual benévolo aspecto; saludó con rendimiento, y esperó en pie á que le dirigiesen la palabra.

Tómese vd. la molestia de sentarse, le dijo el Marqués examinándole con curiosidad, pues hasta entonces apenas se habia dignado fijar en él la vista.

—Con permiso, respondió don Angel, y sentóse en el borde de una silla, poniéndose el sombrero entre las piernas.

—¿Qué tenemos? le preguntó entonces Mendoza.

—Lo que vd. queria; repuso modestamente.

—Bravo, don Angel: ¿Conque nuestro hombre...?

—Marchó anoche, y no hoy como vd. me ha escrito. Lleva dos sillas de posta. La dificultad de encontrar caballos no le permitirá ir muy de prisa.

—¿Qué direccion lleva?

—La de Ocaña.

—Por ahí puede ir lo mismo á Valencia que á Andalucía.

—Los postillones darán noticias.

—Es verdad. Con que, Marques; buen viage. Don Angel vd. se vá con el señor.

—¡Ah!

—Es indispensable. Oigame vd. antes dos palabras!

Mendoza con la claridad y concision habituales en él, enteró á don Angel de los antecedentes del asunto, y con no menos laconismo le dió instrucciones generales para que pudiese desempeñar dignamente el papel de Mentor al lado del Telémaco cortesano que le confiaba. Don Angel, como buen entendedor, comprendió á media palabra, y sentóse al vidrio de la silla de posta del Marqués, con la misma impasibilidad que si aquel viage no le cogiera de sorpresa.

—¡Camino de Ocaña, postillon! dijo Mendoza; crujió el látigo, voceó el mayoral, y partieron los caballos al galope.

El capitan cuando perdió el carruage de vista, dijo para sí: El número de los tontos es infinito. ¿Qué seria de ellos sin los pocos que tenemos entendimiento?»

CAPITULO VII.

Catástrofe.

Una plancha (carta circular) dirigida á todas las logias de Andalucía, y escrita por el grande Oriente (cuerpo director de la Masonería), encomendando á los *hijos de la viuda* (los masones), que fraternalmente auxiliasen al Marqués en su expedicion, é impidiesen por cuantos medios estuviesen á su alcance que Valleignoto saliera de España, se acordó y expidió la noche misma del dia en que tuvieron lugar los acontecimientos referidos en la última parte del capítulo anterior.

La misma noche y por el mismo correo dieron órden los Ministros de Marina y de la Gobernacion de la Península, á los Capitanes de los puertos y Gefes políticos de las Provincias así fronterizas como litorales, de oponerse al embarque ó emigracion por tierra de Valleignoto, y de vigilar en todo evento su conducta sospechosa.

Mendoza hizo acusar al Indiano, por medio de un amigo, de tiranía con respecto á su hija, cuya mano negaba á uno de los individuos mas solícitos y patriotas de la asociacion, y el grande Oriente acordó sin dificultad la medida que ya indicamos.

Por lo que respecta al gobierno, la influencia masónica por una parte, y por otra la consideracion de qué emigrar tan súbitamente un hombre millonario, pacífico y liberal, no podia menos de esparcir la alarma en el pais, le determinaron tambien facilmente á lo que el confidente del Marqués queria.

Sucedia esto en los primeros dias del mes de Marzo de 1823; es decir, cuando era ya inminente la invasion francesa, y estaba próxima la traslacion á Sevilla del Gobierno constitucional.

Así la actividad inteligente de Mendoza puso en pocas horas de parte del amante de Laura, al Gobierno de la nacion y á una poderosa sociedad secreta.

Mientras tanto el Marqués y don Angel, informados en Ocaña de que el Indiano y su hija seguian la ruta de las Andalucías, apresuraban cuanto les era dable su marcha, y al llegar á Córdoba ya solo una jornada los separaba de aquellos.

Quisiera el Marqués emparejar con su amada, pero don Angel le hizo notar que en tal caso, como el Padre no podria menos de verle, era de presumir que tomára tales precauciones que la empresa llegase á ser de casi imposible consecucion. Acordaron, por tanto, que el Mentor en un detestable carruage del maestro de Postas, se adelantase solo pues no era conocido; y que el amante, manteniéndose siempre á la misma distancia, siguiera la marcha, hasta el momento oportuno de presentarse en la escena.

En la Luisiana alcanzó don Angel á los viageros que, segun los cálculos de aquel, iban harto mas despacio de lo que el Indiano quisiera, por la escasez de caballos en las casas de Postas; escasez que en el pueblo en que por el momento se hallaba, era tal que no permitia la salida de los tres carruages á un tiempo. Don Angel derramando el oro á manos llenas habia conseguido llegar á la Luisiana diez minutos antes que don Simon, y así cuando las sillas de posta de este se presentaron, el carricoche de aquel estaba ya enganchado.

Bajose el Ayuda de Cámara del padre de Laura para activar el relevo, mas en vano prometió pagar doble la carrera; entre mulas y caballos quedaban solamente cuatro caballerías en la cuadra del maestro de postas, y las cuatro las necesitaba una sola silla.

¿Qué hacer?

Esperar á que volviesen las que llevar debian á don Angel; ó buscarlas en el pueblo. Lo primero suponía un atraso de cinco ó seis horas cuando menos, y tener al cabo caballerías cansadísimas; lo segundo, sobre ser de éxito dudoso y coste crecido, ademas atrasaba tambien y no poco la marcha; mas hubo Valleignoto de resolverse á intentarlo.

Dejando, pues, su carruage, llegóse al de Laura que envuelta en un gran *schall* y casi oculto el rostro en la capota de viage, apenas habia pronunciado media docena de palabras desde que de Madrid salió.

Friamente respetuosa con su padre cuando en las comidas ó paradas le veia, informándose lacónicamente del estado de su salud, y contestando con un—¡Buena! ¡Gracias!—á las solícitas preguntas de aquel con respecto á la suya: conducíase aquella niña como pudiera, ofendida con su esposo, una muger de treinta años.

Sangrábale el corazon á Valleignoto: mas el sentimiento de su deber le sostenia; y resuelto á llevar á cabo á toda costa el plan que formára, sufria con resignacion las consecuencias inevitables de antecedentes que ya no le era posible alterar.

Llegóse pues, á la silla de Laura, y explicándola cuanto pasaba, la invitó á que bajase.

—Como tú mandes; respondió la doncella, y bajando en efecto, asida del brazo de su Padre, encaminóse á la casa de Postas, á cuya puerta sentado en un poyo, y almorzando fiambre, se estaba muy sosegadamente el bueno de don Angel.

Al llegar el Indiano y su hija, se levantó cortesmente, ofrecióles asiento, y ponderándoles lo incómodo de lo interior de aquella casa, logró fácilmente persuadirles á que no entrasen en ella.

Sentóse en el poyo Valleignoto, á su derecha Laura, á la de esta don Angel; el Médico y el resto de la comitiva, ansiosos de *estirar las piernas*, son palabras sacramentales entre viageros, fuéronse á pasear por aquellos alrededores.

—Es horrible, decia el Indiano, no encontrar caballos por ningun dinero.

—Están muy mal servidas estas casas; respondió don Angel partiendo un enorme pedazo de tortilla.

—Dichoso vd. prosiguió don Simon, que se marcha en seguida.

—¡Bah! No tengo gran prisa.

—¿De veras?

—Positivamente: lo mismo se me dá llegar un dia antes que un dia despues: Mire vd. yo engordo en camino, porque á Dios gracias, como y bebo como vds. ven.

—Si realmente no le importa á vd. retardarse algunas horas, caballero, me atreveria á suplicarle que me cediese las caballerias que ya están enganchadas á su carruage.

—¡Jesus! con mil amores.

—Es vd. la amabilidad misma; y no sé como manifestarle mi gratitud.

—¡Qué diablos de gratitud! no hay por que tenerla.

Usted segun parece vá de prisa, yo no la tengo. Hoy por tí, y mañana por mí.

—Puede vd. contar con la recíproca, si la ocasion se presenta.

—Pues no pierda vd. tiempo y mande que desenganchen.

—Voy, voy al momento.

Don Simon en su deseo de acelerar la marcha, no quiso detenerse á llamar á su criado, que no estaba tampoco á la vista, y personalmente entró en la casa de postas á dar las órdenes conducentes á su partida.

De esa manera correspondian los sucesos á lo previsto por don Angel, quien apenas se vió solo con Laura, dijo sin preámbulos:

—«El Marqués de San Juan del Rio, sigue á vd. señorita y la seguirá hasta el fin del mundo si necesario fuere.

«No desmaye vd. y cuente con su amor en todo evento.»

Dichas esas palabras, y sin aguardar una respuesta que Laura en su asombro y rubor no acertara tampoco á darle; levantóse del poyo, y entró en pos del Indiano en la casa de postas.

Ya el giro de todas las ideas de la hija del Indiano, ya los sentimientos de su corazon contradichos, y los alientos de su orgullo excitados, la tenian sin saberlo ella misma clara y distintamente, en abierta hostilidad con su padre.

Aquel viage era un acto de inconcebible tiranía á sus ojos: la oposicion á su enlace con el Marqués un capricho sin mas fundamento que el deseo egoista de conservarla siempre á su inmediacion y bajo su yugo; oponer, pues, una resistencia pasiva, no tomar parte en nada de cuanto contra su voluntad sucedia, mortificar con la indiferencia al que á ella con el abuso de su autoridad la mortificaba: tal era el plan de Laura, plan mas sentido que formado, como ya dijimos.

Mas al oir inopinadamente á don Angel: al saber que el hombre preferido la seguia resuelto á todo, y al escuchar que el secreto de unos amores que nunca su labio revelara mas que á su propio padre, era sabido por un tercero, hízose una revolucion completa en Laura, pasando los sentimientos al estado de ideas fijas; los instintos á ser resoluciones; la inerte resistencia á rebelion abierta.

—«¡Ah! se decia, ya no estoy sola en el mundo! La autoridad que me abruma encontrará quien se le oponga. Me confiesan el mérito

del Marqués y me prohiben amarle, sin darme razon alguna.... ¡Veremos lo que consiguen!»

Sobre ese tema fué raciocinando ó mas bien desvariando todo el camino hasta llegar á Cádiz, término por entonces de su viage.

Don Angel esperó en la Luisiana al Marqués á quien enteró no solo de lo ocurrido, sino ademas del plan general que para en adelante habia formado; despues de lo cual prosiguieron juntos ambos su camino.

Una fragata se daba á la vela para Cuba el dia siguiente al de la llegada á Cádiz de nuestro Indiano, cuya resolucion era pasar otra vez al nuevo mundo; pero al solicitar el necesario pasaporte del Gobierno político, se le contestó que acudiese al Ministerio pues sin la autorizacion de este no podia salir de España. En vano alegó la libertad que como ciudadano tenia de trasladar su domicilio á donde le pareciese oportuno; en vano reclamó el comun beneficio de la legislacion entonces vigente; la autoridad civil, escudada con las órdenes del Gobierno, persistió tenazmente en su primera negativa.

Don Justo, el procurador, tan furioso como su principal con aquel inesperado obstáculo, acudió á los periódicos de la Plaza, ansiosos siempre de hallar pretextos para atacar violentamente al ministerio y á sus delegados en la provincia.—«El remedio es infalible, decia don Justo. Vd. verá como ponen al Gefe político como ropa de pascua, y *velis nolis* tendrá que dar el pasaporte, y tres mas que son cinco.»

Con tan buenos ánimos se fué en derechura á la redaccion del periódico menos exaltado. Su Director le contestó que el Gefe político era un buen liberal, una autoridad sensata, y que sin duda tendria sus motivos cuando tal resolucion tomaba.

Salió, pues, de allí don Justo amostazado, diciendo: Anilleros, pasteleros al fin: siempre adulando al que manda» y en un abrir y cerrar de ojos se plantó en la redaccion del periódico exaltado por excelencia.

—Vengo, dijo al entrar, á denunciar á vds. un abuso de autoridad espantoso, un acto de tiranía como no lo han visto los tiempos de Lozano de Torres.

—Pues sea vd. bien venido, respondió el redactor principal: ya sabe vd. que aquí defendemos los derechos del pueblo.

—Si señor que lo sé; si señor El de vds. es un periódico; y no el otro. ¡Servilon!

—Peor don Justo, mucho peor; porque es moderado.

—Tanto monta: pero vamos al caso.

¿Querrán vds. creer que el Gefe político se niega á dar á un hombre acaudalado el pasaporte que le pide para la Habana?

—¡Imposible!

—Lo parece, pero no lo es.

—¿Está vd. seguro de lo que dice?

—Tengo en mi poder los documentos que lo justifican.

—¿Pero ese hombre está encausado?

—En su vida ha tenido la justicia que hacer con él.

—¿Tiene deudas?

—Es millonario.
—¿Es sospechoso?
—Liberal neto.
—Pues entonces.....
—Es una infamia la que con él se hace.
—En efecto, don Justo, una infamia; y nos han de oir los sordos.
—Eso, eso pido.

El redactor tomó una pluma y púsose á escribir, leyendo al mismo tiempo en alta voz:

«Acaba de llegar á nuestra noticia el atentado mas horrible que «puede cometerse contra la libertad individual, uno de los mas caros «entre los imprescriptibles derechos del ciudadano que consigna el «código inmortal, decretado por la nacion soberana, código en cuya «defensa estamos siempre dispuestos á derramar hasta la última gota «de nuestra sangre!»

Constitucion ó muerte
Será nuestra divisa...»

Tarareó don Justo entre dientes, paladeando aquel parrafillo de prosa y restregándose las manos de puro gozo. El Periodista prosiguió:

«El Gefe político de esta provincia digno satélite de los apóstatas «que ocupan las sillas ministeriales....»

—Soberbio, exclamó el procurador....

—«El Bajá enviado á nuestra heróica ciudad, cuna dichosa de la li«bertad, para tiranizarla en nombre del poder ejecutivo, ha negado «pasaporte para la isla de Cuba á un hombre libre y liberal, á un pa«triota distinguido, á... ¿Cómo se llama?

—Don Simon de Valleignoto.

—¿Cómo dice vd? Preguntó de nuevo el escritor, dejando la pluma en el tintero y quedándose como quien procuraba recordar donde ó cuando habia antes oido aquel nombre.

—Don Simon de Valleignoto, volvió á decir el procurador, un indiano millonario, mi cliente, que acaba de llegar á Cádiz con su hija, y viene de Madrid, y quiere irse á la Habana en la fragata Santa Teresa que sale mañana.

Mientras don Justo hablaba, el periodista sacó su cartera, y consultado que hubo cierto papel que tomó de ella dijo:

—Amigo don Justo, lo siento, pero no podemos tomar cartas en este negocio.

—¡Cómo! ¿No decia vd. hace un momento...

—Hace un momento no lo habia reflexionado bien, y ahora sí; con que, servidor de vd. que estoy muy ocupado.

El Procurador lleno de asombro fuese á darle cuenta á su principal de lo que ocurria.

Don Simon habia vivido ya muchos años en el mundo para no conocer que era en aquel momento víctima de una trama hábilmente urdida, en su concepto por el Marqués mismo; así pues, aun-

que cruelmente contrariado, aparentando resignarse, contestó á su apoderado que acudiria en queja al Gobierno de la arbitrariedad del Gefe político.

Erale, sin embargo, urgentísimo poner á Laura á cubierto de las tentativas de su amante, y viéndose en la imposibilidad de salir, como queria, de Europa, acudió á un expediente violento en verdad pero indispensable en su situacion.

Para ello se vió con una de las autoridades eclesiásticas de la Diócesis, sacerdote venerable, de quien, diciéndole simplemente que su hija, niña aun de quince años, se habia enamorado y queria casarse con persona indigna de ella, obtuvo la autorizacion competente para depositarla en un convento de religiosas.

Conseguido el permiso salió de su casa con Laura el tercer dia de su llegada á Cádiz: llevóla al convento con pretexto de una visita y cuando estuvieron dentro, la dijo:

—Laura, mis negocios me fuerzan á emprender sin ti un viage que durará algunos dias; y es forzoso que aquí me esperes.

Temblaba el Indiano la respuesta de su hija, esperando que la indignacion y el dolor la dictaran: ni una cosa ni otra sucedió.

Inmutóse Laura, mas contestó sosegadamente:

—Tú mandas, Papá.

El Padre, cuyo corazon padecia los mas horribles tormentos, la estrechó entonces convulsivamente contra su pecho: ella impasible como una estatua, siguió á la religiosa que la esperaba en la Porteria.

Don Angel y el Marqués eran llegados á Cádiz con solas doce horas de atraso con respecto al Indiano; y la casa de este se hallaba rodeada de espias del Gobierno y del amante. Minutos despues de haber entrado Laura en su convento sabíanlo el Marqués y su Mentor.

Cádiz es la ciudad de los amoríos y galanteos por excelencia: la vida no se concibe allí sin eso, y por tanto, en ningun otro pueblo acaso, halla mas recursos un amante. Decímoslo porque conseguir de la demandadera del convento que llevara y entregase á Laura, burlando la vigilancia de las Madres, un billete del Marqués, se alcanzó por media onza de gratificacion, y si el Galán fuera pobre, quizá lo consiguiera grátis.

La encerrada doncella recibió el escrito de su amante, lleno de la expresion de un cariño en el fondo sincero, aunque en las formas exagerado hasta la hipérbole; más Laura era tan niña! Y por otra parte suena tan bien lo que nos alhaga, que leyó aquella misiva tantas veces que acabó por saberla de memoria. Sin embargo solo de palabra contestó á ella, aunque benignamente. Por donde habia entrado el primer billete, entró el segundo pidiendo siquiera una esperanza; y luego el tercero pidiendo dos renglones de respuesta; y en seguida el cuarto pidiendo un rizo; y acto continuo el quinto pidiendo el retrato; y por último el sexto pidiendo una cita. Tres cartas sin respuesta; tres con ella; total nueve cartas escritas en una semana, por las cuatro carillas se supone, para decir en todas ellas no más de esto: » ¿Me quieres?—Te quiero. »

Don Angel que á nadie queria y de nadie aspiraba tampoco á ser querido, empleó por su parte útilmente aquel tiempo.

Primeramente presentóse á don Simon, á pretexto de conocimiento de viage, pidiéndole algunas cartas de recomendacion para la Habana, adonde (le dijo) queria pasar, por cuyo medio se puso al corriente de las principales relaciones que en aquella isla tenia el Indiano; y á mayor abundamiento, haciéndose el pesado de puro necio, se convirtió en una especie de sombra suya.

Valleignoto cayó fácilmente en el lazo, porque el tal don Angel tenia en realidad bastante talento para fingirse tonto rematado, siempre que á sus intentos cuadraba. Su oficiosidad y obsequioso caracter, su tono afable y maneras humildes, inspiraban afecto ó lástima; y por otra parte no le pesaba mucho á don Simon de que aquel simple (tal le creia) le distrajese algunos instantes de sus hondas cavilaciones, mientras de Madrid llegaba la respuesta á la exposicion que al Gobierno habia hecho en solicitud de su pasaporte.

¿Pero que era eso para don Angel?

—Algo sí, mas no todo.

Por tanto tuvo con el Gefe político diversas y largas conferencias, de resultas de las cuales aquel funcionario redobló su vigilancia con el Indiano, y en derredor del convento en que Laura estaba; todo sin perjuicio ninguno del Marqués.

Avistose tambien don Angel con cierta autoridad eclesiástica, y tambien con ella conversó larga y reservadamente, preparándola como á sus intentos convenia; y en esos trabajos, sin perjuicio de los cuales recibia y contestaba su media docena de cartas por correo, le cogió la llegada á Cadiz del capitan Mendoza, que anticipándose pocos dias al Gobierno, creyó oportuna su presencia en el teatro de las operaciones.

Don Angel profesaba el mas alto y profundo desprecio á la humanidad en general y á sus individuos en particular: desprecio tan hondo, tan radical, que hacia en él imposible hasta el aborrecimiento; pero exceptuaba de esa regla á un solo hombre.

Ese hombre era Mendoza, cuya inteligencia superior, elevadas miras y voluntad inflexible, le imponian respeto, admiracion y espanto.

¿Le amaba?

Don Angel no podia amar; carecia absolutamente de corazon: mas le temia, y le estimaba.

Vióle pues llegar con gusto: le dió cuenta minuciosa de todo lo hecho, y oyó con orgullosa satisfaccion que le dijera:

—¡Bravo, don Angel! Es vd. el único mortal que me comprende, el solo hombre de talento que conozco en el mundo: pero reasumamos: El Marqués...

—Resuelto á todo.

—La muchacha...

—Enamorada del Marqués, resentida con su padre.

—El Indiano...

—Nada sospecha...

—Eso conviene: Dice vd. que el Gefe Politico, se muestra bien.

—Es nuestra hechura.

—¿Los Cuervos?

—Ese es otro cantar: como el Marqués es conocido por su liberalismo, no están muy propicios.

—En todo caso harán por fuerza lo que de grado no quieran.

—No me parece que será necesario llegar á un rompimiento.

—¿Dónde está el Marqués?

—Rondando el convento, disfrazado con trage Jerezano, y contentísimo de verse tan buen mozo.

—¡Majadero! En fin, sacaremos de él el partido que se pueda. Ya le traigo la real licencia; la dispensa de las amonestaciones, y una autorizacion de quien corresponde para que cualquiera eclesiástico pueda casarlos.

—¡Maravilloso!

—Actividad y no mas; hay está todo el prodigio. Un eclesiástico de alta categoria, perseguido muy de cerca por el Gobierno, me ha facilitado cuanto de la gente de su ropa necesitaba en cambio de mi proteccion. No se pierda tiempo, busque vd. al Marqués, que escriba á esa niña y se venga en seguida, porque esta noche se ha de hacer todo, y al amanecer de mañana hemos de estar en marcha.

Don Angel salió en busca de su alumno, Mendoza á casa del Gefe politico.

Mientras, don Simon estaba desde las doce en la iglesia de San Agustin, porque el dia de la llegada de Mendoza fué el 10 de abril, décimo quinto aniversario del nacimiento de Laura; y esperaba el Indiano que Pablo compareciese á la cita que ocho años antes le habia dado. Hasta la una esperó en vano: cerróse la Iglesia y Valle-ignoto, triste, desanimado, melancólico, hubo de retirarse.

Volvió, empero, al mismo sitio á la hora de vísperas, y por fin al anochecer vió entrar al Ermitaño con su acostumbrado trage y constante apostura. Con impaciencia contó los instantes que el cenobita postrado en el suelo tardó en hacer oracion; con impaciencia caminó despues hasta el mismo gabinete en que habia tenido con aquel misterioso personage su primera conferencia.

—¿Vengo ya tarde, Simon? Le preguntó el Ermitaño solemnemente.

—No sé, Pablo: lo temo.

—Ya mi voz te lo anunció.

—Las reconvenciones son inútiles, y los instantes preciosos. Laura está en el borde del abismo: yo no encuentro para ella otro medio de salvacion que entregársela al Patriarca del Valle.

—¿Dónde está pues? Que venga.

—Está en un monasterio: y las puertas de la ciudad ya cerradas.

—¿Por qué has venido tan tarde?

—Por falta de barco en el Puerto.

—Desdichas mias. En fin mañana te la entregaré.

—¿Mañana?

—Sin falta. Te lo juro.

Don Simon, visto que no podia luchar con todos los elementos contra él conjurados, habia en efecto resuelto entregar á su hija en manos del Ermitaño, con quien no le quedaba medio de dudar que estaria al abrigo de toda tentativa.

Pablo se quedó pensativo cuando el Indiano acabó de hablar, y notábasele cierto desasosiego en toda su persona. Observólo don Simon, y ya iba á preguntarle la causa, cuando su ayuda de cámara llamó aceleradamente á la puerta del Gabinete, y le anunció que un portero del Gobierno político, acababa de traer un oficio para él, en cuyo sobre se leia la palabra *urgentísimo*.

Tomó Valleignoto el pliego y abriéndolo, leyó en él lo siguiente: «Para un asunto de la mayor importancia que no sufre demora, se servirá vd. presentarse dentro de una hora en la oficina de mi cargo; en la inteligencia que de no verificarlo, le parará el perjuicio á que haya lugar.—Dios &c. — Sr. D. Simon de Valleignoto.»

Sorprendido y alarmado no sin fundamento don Simon, explicando á Pablo de lo que se trataba, y rogándole que le esperase en aquel mismo parage, salió inmediatamente á presentarse á la autoridad política.

Llamábale esta para preguntarle las causas de su *disenso* al matrimonio de Laura con el Marqués: don Simon persistió en su negativa con tenacidad, conviniendo empero en que Leoncio reunia cuantas dotes pudieran apetecerse para yerno: el magistrado civil, graduando de irracional aquel disenso, despidió por tanto al inflexible padre con estas palabras: «Está bien; si vd. falta á las obligaciones que por la naturaleza tiene, yo cumpliré con las que la ley me impone.»—Don Simon regresó apresuradamente á su casa á dar cuenta al Ermitaño de lo que pasaba.

A consecuencia, pues, de la conversacion de entrambos, convinieron de comun acuerdo en que al amanecer del siguiente dia, sacando á Laura del convento, partiria esta con el cenobita, fletándose para ello un falucho expresamente. Don Simon, quedándose algunos dias mas en Cádiz para el arreglo definitivo de sus negocios, debia salir en breve á reunirse con su hija y renunciar al mundo por siempre.

Don Justo fué llamado en el acto á casa del Indiano, y recibió las instrucciones convenientes para cooperar por su parte al éxito de la empresa, y cuando todos esos preparativos se terminaron, y volvieron á quedarse solos don Simon y Pablo, serian mas de las once de la noche.

El Ermitaño habia estado casi contínuamente orando, pero en medio de su devocion y recogimiento daba tan visibles muestras de inquietud, que no pudiendo menos de advertirlas Valleignoto le dijo:

—¿Qué tienes Pablo? ¿Dudas de mi promesa?

—No, Simon, veo que hablas con sinceridad: mas me siento impaciente de ver á tu hija. Oigo una voz misteriosa en mi oido que me dice de continuo: Laura peligra: el lobo penetra en el redil, los pastores huyen despavoridos!

—Por compasion, Pablo, nó prosigas.

—Simon: vamos á ver á tu hija; llévame al monasterio.

La expresion del Ermitaño al pronunciar aquellas palabras era aterradora: seguramente el presentimiento de alguna gran calamidad le oprimia; su conviccion era tan profunda, que el Indiano no pudo menos de participar de ella. Salieron, pues, juntos ambos y encamináronse al convento de Laura.

Al aproximarse á él advirtieron con sorpresa y sobresalto que le rodeaban los agentes del Gobierno político: en la portería se les detuvo, y como don Simon insistiese con violencia en pasar adelante alegando sus derechos de Padre, uno de los agentes se creyó obligado á dar parte á la autoridad de lo que ocurria.

En aquel momento un Sacerdote acababa de pronunciar, en el Locutorio principal, las palabras sacramentales, y de echar la bendicion que liga irrevocablemente á la muger y al hombre.

Laura era esposa del Marqués de S. Juan del Rio; Mendoza y don Angel testigos: un capellan de la guarnicion fué Ministro, y la autoridad civil presidió la ceremonia.

El Gobierno suplió el consentimiento paterno: la jurisdiccion castrense dió la autorizacion de que Mendoza hizo mencion y habiéndose alegado y probado con las declaraciones de la interesada, del Capitan y de don Angel, que don Simon condujo á Laura por sorpresa al convento y que abusando de su autoridad la tenia en él encerrada, el Gefe político, en cumplimiento de su deber, no tenia mas que hacer que lo que hizo.

Cuando el agente anunció la llegada de don Simon, su alucinada hija tembló como un reo ante su Juez; el Marqués pidió que no se le recibiese; y Mendoza guardó silencio. Por lo que hace á don Angel esquivose y no se le volvió á ver en el convento.

Perplejo estaba el magistrado, pero el Indiano le sacó de dudas, atropellando violentamente á cuantos á su paso se oponian, y penetrando en el locutorio. Pablo le seguia de cerca.

La ira, el temor, la ansiedad, la desesperacion, todas las pasiones, todas las penas de la humanidad se pintaban á un tiempo en el rostro desencajado de don Simon, que con los ojos saltándosele de las órbitas, contemplaba desde la puerta al Marqués y á su hija, aun enlazadas las manos, y al sacerdote que en las suyas conservaba abierto el sacro ritual.

—¡Laura! exclamó en fin sacando de lo mas hondo de su pecho un sonido áspero, cavernoso y aterrador. ¡Laura! ¿Qué significa esto?

—¡Padre mio, perdon! Fué la respuesta de Laura que al darla se refugió á espaldas de su marido no menos turbado que ella.

—Esto significa, respondió severamente el magistrado civil, que las leyes en España no consienten ya que los padres tiranicen á sus hijos; y que si vd. intentase contra esa señora la mas leve ofensa, seria ejemplarmente castigado.»

Diciendo esto salió del locutorio, sin que don Simon que parecia petrificado por el furor, le contestase palabra, ni tal vez se la oyera.

—Esto significa, dijo á su vez el sacerdote, que en nombre de Dios acabo de unir para siempre á Laura de Valleignoto, con el marqués de San Juan del Rio, Leoncio de Montefiorito.

—¡Mentira, mentira! clamó desesperado el indiano. ¡Tú mientes, sacerdote de Luzbel!

El capellan creyendo que aquel hombre estaba demente, se apresuró á retirarse.

Laura oculta en los brazos del Marqués; Mendoza no perdiendo de vista un momento á don Simon; este y Pablo, se quedaron solos.

—Simon, dijo Pablo, recobra tu razon: tu hija se ha casado; solo Dios en el cielo puede romper el nudo que en la tierra la enlaza á su marido. Perdona y serás perdonado.

—Pablo, contestó Simon, recobrando un tanto la calma, no es cierto que están casados, no puede serlo.

—Lo están, dijo Mendoza y esta escena se ha prolongado ya por demas. Vamos, señora, vamos Marqués.

—Detenéos, exclamó Simon, deteneos.

Oye, Leoncio de Montefiorito, tú eres mi hijo!

Al pronunciar estas palabras el infeliz padre, ciego ya, alargaba un papel, que Mendoza asió apresuradamente, y caia desplomado en el suelo á los pies de Laura, que en el acto perdió el sentido.

—¡Dios se apiade de tu alma! gimió Pablo horripilado.

—¡Misericordia y perdon! murmuró don Simon de Valleignoto y dejó de existir en aquel mismo instante.

Lit. de los Artistas.

¡Ah, Señor;.....Mi vida es desde hoy de V. M.!

LIBRO TERCERO.

LA EMIGRACION.

CAPITULO I.

La invasion francesa.

Siguiendo paso á paso á los personages principales de la historia que escribimos, nada hemos dicho de los sucesos políticos en España durante la época constitucional; y como aquellos acontecimientos, influyendo poderosamente en los destinos del pais, naturalmente lo hicieron no poco en la suerte de los actores de nuestro drama, preciso y hasta indispensable es que digamos de ellos siquiera dos palabras.

Y, en efecto, la revolucion española hecha por el ejército á impulso de las sociedades secretas, acepta solo á la clase, poco numerosa entonces, de las personas ilustradas segun las modernas teorías, indiferente ó antipática para las masas populares, y por tanto mas procaz que sangrienta, mas fanfarrona que audaz, se desbordó de pluma y lengua de una manera de que hoy no es fácil quizá formarse idea.

Si el régimen democrático puro estuviera de hecho establecido, no se expresáran los periódicos con mas virulenta irreverencia al hablar del trono, que lo hacian ya en 1822. Cuanto la antigua monarquía española veneró en un tiempo se conculcaba entonces; y no hubo teoría de la revolucion francesa que teóricamente no se exagerase entre nosotros.

En 1820 aceptaron con entusiasmo la Constitucion cuantos podian llamarse liberales; y realistas moderados hubo que se prometieron vivir tranquilos bajo su amparo: la ineptitud caprichosa, la débil tirania y el ciego favoritisimo habian allanado el camino á las innovaciones. Muchos de los mismos liberales, hasta aquel momento proscritos, pensaban en reformar la ley que, hecha en Cadiz en momentos de peligro y de exaltacion, se resentia naturalmente de la preocupacion de los ánimos de sus autores; y si tal llegára á verificarse, quizá no contára la historia contemporánea tantos dias de duelo y de trastornos. Mas no se hizo, ni pudo hacerse por dos causas poderosas que á indicar vamos.

Fué la primera la escision, inmediata al triunfo, del partido liberal en dos bandos con las denominaciones de exaltados y moderados; aquel queria exagerar las consecuencias de la revolucion, este atenuar sus efectos: el primero exterminar á sus enemigos, atraérselos el segundo. La fuerza era el agente de los exaltados, la pasion su móvil: la prudencia regia á los moderados, la templanza y la persuasion eran sus armas.

Por decontado que en uno y otro habia hombres de buena fé, y tambien ambiciosos de alta y baja esfera, y parásitos políticos de los que con sus principios solo tratan de asegurarse el Puchero; y especialmente en el partido mas violento, sectarios frenéticos, sedientos de sangre y robo; mientras que en cambio en el templado no pocos realistas entonces llamados *Serviles*, encubiertos con la máscara de la moderacion.

Pero si esa escision de los liberales fué realmente nociva á la reforma política, quiza esta hubiera al cabo triunfado de todo género de obstáculos, sino tuviese por encarnizado enemigo al Gefe del estado, al Rey don Fernando VII, á cuya capacidad absoluta, á cuyo hábil tacto para el mando creemos que no se ha hecho hasta hoy completa justicia.

Fernando era el tipo mas completo que imaginarse puede en su especie. Su ingenio claro y perspicaz, digan lo que quieran todos sus enemigos, le reveló desde luego el secreto de la debilidad de la revolucion, que consistia en no ser mas que una conspiracion afortunada; su sagacidad natural conocer que los españoles, de suyo enemigos de novedades, no estaban á mayor abundamiento preparados para las que entonces querian introducir los liberales; y por último su instinto del Gobierno, que el mayor enemigo de la revolucion en España era la revolucion misma.

Por eso, aparentando con la perfeccion de un actor consumado, entrar de buena fé en el nuevo sistema; llenando de honores á los corifeos del movimiento; prestándose á sentar en las sillas ministeriales á los que momentáneamente gozaban del aura popular; mandándose hacer uniformes de esta y de la otra Milicia Nacional voluntaria; al mismo tiempo incitaba á los realistas de Cataluña, Navarra y Castilla á que se sublevasen; fomentaba las esperanzas de los moderados, prometiendo una constitucion con dos cámaras; favorecia la insurreccion de su Guardia Real; y entretenia continua correspondencia con las córtes absolutistas de Europa. ¿Pero cómo hacia todo eso? Dejando siempre á salvo su persona; esquivando constantemente compromisos irrevocables, inmolando ó dejando inmolar á los vencidos.

En moral privada semejante conducta es horrible: tratándose de asuntos políticos, y reflexionado que aquel monarca debia considerarse como legítima y acaso última personificacion en España de la soberania por derecho divino, quizá la historia le juzgue de otra manera.

El hecho es que Fernando VII, ni podia ni debia ser amigo de la revolucion, y que esta en el ataque no se mostraba en verdad tan

escrupulosa, que tuviera derecho á exigir en la defensa un ascetismo rigoroso.

Pero, volviendo al relato, no satisfecho el Rey con las indicadas baterías, imaginó otra cuya invencion sola prueba hasta que punto conocia la índole del pueblo que gobernaba y su estado moral en la época á que nos referimos.

Desde luego se entiende que hablamos del *Zurriago*, periódico único en su especie, coleccion espantosa de las mas anárquicas doctrinas, de los mas groseros insultos á la persona del Rey mismo y á la de todo español de alguna valia; suma y compendio de todo cinismo; exageracion, en fin, de los escritos de los Maratistas franceses.

Si en el pueblo existiera entonces la mas mínima partícula del gérmen revolucionario, seguramente la cabeza de Fernando hubiera rodado del trono abajo, llevando consigo al cieno la corona de Castilla. Nunca se hizo tentativa mas temeraria que la de consentir y fomentar aquel periódico: pero se hizo, volvemos á decirlo, con pleno conocimiento de causa; y los resultados correspondieron por tanto á los cálculos del Rey.

El *Trágala* y el *Zurriago* son los verdaderos autores de la contra-revolucion.

Mas como quiera que eso sea, el hecho es que al principiarse el año de 1823, habia en España, guerra civil sangrienta, carnicera, espantosa entre liberales y serviles ó realistas; guerra sin armas pero virulenta, implacable, entre exaltados y moderados; guerra entre los comuneros y masones; escision en los comuneros y escision en los masones; zurriaguistas enemigos de todos y de todos odiados; un ejército poco numeroso, desunido, indisciplinado; Generales ambiciosos, sin partido, ó instrumentos de un bando cualquiera, salvas muy contadas y conocidas excepciones; un Gobierno sin poder ni prestigio; unas Cortes que imaginaban ser soberanas y á penas tenian influencia en el terreno que pisaban; un monarca gefe de todas las conjuraciones contra el régimen liberal; y en los Pirineos la vanguardia de la Santa Alianza, compuesta de cien mil franceses á las órdenes del Duque de Angulema, pronto á violar el mas sagrado de los derechos de un pueblo: su independencia.

Tal era el estado político del pais cuando acaecieron los sucesos referidos en los últimos capítulos de la segunda parte de nuestro libro.

Don Simon de Valleignoto, como dejamos dicho, no tomaba parte activa en los negocios públicos: sus servicios al partido liberal fueron tan secretos que en nada le comprometian: y por otra parte sus propios disgustos le ocupaban tanto que apenas se curó de lo que pasaba.

En cuanto á Leoncio de Montefiorito, marqués viudo de San Juan del Rio, aunque al comenzar la revolucion se afilió en la Masoneria reformada, y era por tanto del partido exaltado, ya por el destino que desempeñaba en Palacio, ya en fin por lo que le daban en que pensar sus amores, llegó á adquirir la reputacion de tibio y á perder

gran parte de su prestigio; quizá se le llamára apóstata á no protegerle la amistad de Mendoza.

Este no era por cierto zurriaguista, mas tampoco moderado, ni mucho menos. Tenia fé en sus doctrinas democráticas, anhelaba ponerlas en práctica, todas las acciones de su vida iban encaminadas á ese fin; pero al mismo tiempo á su claro entendimiento no podia ocultarse que no era llegado el momento de realizar sus proyectos.

Así Mendoza fué siempre exaltado con moderacion, inflexible sin terquedad, revolucionario sin escándalo.

Los Masones no quisieron nunca consentir que hombre de su temple dejase la lógia por el campo de batalla durante la guerra civil: pero una vez segura la invasion estrangera y decretada la traslacion á Sevilla del Rey y de las Cortes, Mendoza, sordo á todos los consejos, insensible á todos los ruegos, pidió y obtuvo que se le destinase al Estado mayor del Ejército de Cataluña que á la sazon mandaba el célebre general don Francisco Espoz y Mina.

Antes empero de marchar á su nuevo destino quiso dejar terminado el matrimonio del Marqués con Laura, y no por el afecto que á aquel profesaba, sino como parte de sus planes para lo sucesivo.

Mendoza no se hacia ilusiones en cuanto al éxito probable de la guerra, porque habia estudiado profundamente el pais y apreciaba en lo que ellas valian las bravatas del 11 de Enero y las proclamas, canciones y comidas subsiguientes. Sabia, pues, con evidencia que los pocos que se conservasen fieles á la causa de la revolucion tendrian que optar entre el cadalso y la emigracion al extrangero.

De aquí su obstinacion en cuanto al casamiento de Laura: Leoncio de Montefiorito, si aquel enlace no se verificaba, seria en resúmen uno de tantos y nada mas: dueño de las inmensas riquezas de Valleignoto, podria ser el paño de lágrimas de los proscritos, y el cajero de la revolucion, que mas tarde ó mas temprano habia de realizarse (segun Mendoza), no como quiera en España sino en la Europa entera.

Los acontecimientos entre tanto se precipitaban: el mismo dia del casamiento de Laura con Leoncio, y de la muerte del Padre de ambos, el Rey entraba en Sevilla, las Cortes estaban ya en camino para la misma ciudad y los franceses completaban la organizacion de su ejército en la frontera. Era por lo mismo indispensable apresurarse á disponerlo todo, y los obstáculos se multiplicaban hasta el infinito ante la actividad del capitan revolucionario.

Volvamos ahora á anudar el hilo de nuestra historia, que cortamos referida la muerte de Valleignoto.

Al pronunciar este sus últimas palabras Laura perdió el sentido, Leoncio quedóse como estátua de hielo; Mendoza mismo no acertó á conservarse sereno; y el ermitaño Pablo, de rodillas, y con lágrimas en los ojos, comenzó á recitar en voz profunda y conmovida las plegarias que la Iglesia consagra el rito funeral.

Difícil es dar una idea exacta de aquel lóbrego cuadro: el cadáver de don Simon, amoratado el rostro, hinchadas las venas, contraidas las facciones, cárdenos los labios, estaba tendido en medio del locutorio: á su lado en actitud devota la sombria rudísima figura de

Pablo; junto al quicio de la puerta el incrédulo Mendoza, mudada la color, palpitante el pecho, cruzados los brazos, fijos involuntariamente los ojos en los inanimados restos de su víctima, luchaba en vano por ahogar en el momento que nacia en su conciencia, á la hidra de los remordimientos; en el fondo, apoyándose contra la reja, Leoncio inmóvil, pálido, entristecido por el asombro y el horror, sostenia en fin, maquinalmente el cuerpo inerte de la bellísima Laura, que en aquel instante parecia blanca azucena tronchada por el huracan violento.

Las Religiosas estaban en coro: los graves armónicos sonidos del órgano, retumbando en las bóvedas del templo, llegaban hasta el locutorio, y con la melancolía de sus ecos daban cierta solemnidad inexplicable al suceso que referimos.

Mendoza fué quien, haciéndose al cabo superior á las penosas sensaciones que le atormentaban, rompió el silencio dirigiéndose á Leoncio y diciéndole:

«Marqués, Marqués, ¿Qué es esto?—No lo sé; respondió el interpelado, en cuyo cerebro se iba agolpando la sangre visiblemente.—Vamos, prosiguió el capitan: vuelva vd. en sí: lo esencial es que cuanto ha pasado quede secreto entre nosotros. Saquemos á Laura del locutorio. Si vuelve á ver el cadáver de su padre pudiera perder el juicio: vamos.»

Y diciendo y haciendo, tomó en sus brazos á la desdichada huérfana, é hizo caminar delante de sí al Marqués.

Laura fué depositada en la porteria, interin llegaba un facultativo á quien se mandó á llamar inmediatamente: su marido no lo habia menester menos que ella.

Ambos llevados despues á la casa que fué del Indiano, estuvieron muchos dias entre la vida y la muerte: Leoncio se restableció el primero; Laura salió de peligro tambien algo despues, mas sin recobrar el uso de la razon, que á impulso del dolor perdiera. Su locura fué silenciosa: no proferia una queja: no revelaba una sola circunstancia del tremendo lance; solo pronunciaba con frecuencia el nombre de su padre y el de Leoncio, y con frecuencia tambien era víctima de peligrosos parasismos.

Mendoza auxiliado eficazmente por don Angel, y con plenos poderes del Marqués, tomó en nombre de este y de Laura, posesion de la herencia de don Simon, consistente toda en dinero metálico, y cuya suma escedia en mucho á la calculada por el capitan. Soberanos hay y no pocos que ciertamente tienen menos capital que el que Valleignoto dejó á su hija.

Practicadas las diligencias necesarias con brevedad, gracias á la activa honradez de don Justo, que en medio de su disgusto no pudo menos de exclamar al saber la muerte de su cliente: «Por fin ya se sabe donde ha muerto un Valleignoto.»—Mendoza salió en posta para Cataluña, dejando á don Angel encargado del resto, y con instrucciones para todos los casos contingentes.

Don Angel, á quien convenia por todos conceptos permanecer en Cadiz, aceptó con gusto aquella comision, y la desempeñó tan

cumplidamente, que en poco tiempo puso á salvo en el extrangero la parte de las riquezas del difunto Indiano que existia en España, sin perjuicio de atender á sus propios negocios, al cuidado de los dos enfermos, y de cautivar la voluntad de Leoncio lisongeando sus inclinaciones.

De esa manera se halló de hecho y de derecho instalado en la casa de Leoncio y Laura, siendo á un tiempo apoderado general, consejero y Mentor de aquel.

Una circunstancia, sin embargo, ignoraba, que sabida por él fuera en sus manos un arma terrible; pero Mendoza no quiso confiársela, encargando ademas al Marqués que la ocultase cuidadosamente. Don Angel no supo por entonces que los esposos eran al mismo tiempo hermanos; y atribuyó la pena y enagenacion mental de Laura al trastorno producido en su espíritu por la súbita muerte de don Simon.

Entretanto corria el tiempo y acercábase el desenlace del drama político entonces pendiente: á mediados de Junio las Cortes trasladaron á Fernando VII á viva fuerza á la plaza de Cádiz, declarándole incapáz para reinar durante el viage, y rehabilitándole inmediatamente que á la isla gaditana llegaron.

Entonces Leoncio, ya restablecido, se presentó de nuevo en la Corte, y viendo los negocios con ojos de hombre rico, es decir, sin ilusiones, comprendió que á sus intereses convenia romper los lazos que con la revolucion le ligaban, y estrechar en compensacion los vínculos que como Grande y Gentil hombre le unian con el trono. ¡cosa singular! su compañero de Logia, el incansable agente de la masonería, el hombre de confianza de Mendoza, don Angel, en fin, fué quien le puso en la senda de la Apostasia, quien le alentó á consumarla, quien le facilitó los medios y le allanó los obstáculos.

Leoncio de Montefiorito era uno de tantos humanos como hay en el mundo que no tienen ideas fijas ni aun propias, y que por lo mismo carecen de carácter determinado, ceden siempre á las impresiones del momento, nunca ven mas que aquello que tienen delante; Mendoza le dominaba por el ascendiente de la fuerza moral, como el gigante al enano; don Angel por la astucia y la flexibilidad, como la serpiente al pájaro. Su destino era estar dominado.

Entró, pues, sin dificultad en su nuevo camino: hízose agente del Monarca, desempeñó en su obsequio comisiones peligrosas, y llegado el 30 de Setiembre, se creyó seguro de su porvenir, en lo cual se engañaba: porque algunos meses de vergonzante realismo no podian servir de compensacion á tres años de pública liberal exaltacion.

El Rey, sin embargo, agradecido á sus recientes servicios, le dió un buen consejo, que fué el de detenerse en Cadiz algunos dias, en vez de seguir la corte como Leoncio se habia propuesto.

Si tal hiciera, al llegar á Sevilla, indudablemente le alojáran en algun calabozo, pues que en su ausencia se le depuso del empleo de Gentil hombre, comprendiéndole ademas el Real Decreto que *para*

siempre desterraba á los ex-oficiales de la Milicia Nacional voluntaria de la Corte, sitios reales, y su radio hasta quince leguas.

En virtud de esos preliminares y prévia consulta con don Angel que tambien permaneció en Cádiz, juzgando Montefiorito que aun su vida peligraba en España, resolvióse á emigrar, aprovechando la oportunidad que para verificarlo le ofrecian, la inmediacion de Gibraltar por una parte, y por otra la tolerancia y hasta la proteccion que el ejército invasor dispensaba á los liberales proscritos.

La demencia de Laura que como se dijo ya, nunca fué violenta, habia ido sucesivamente degenerando en una profunda melancolía; y por lo demás su salud, aunque lentamente, mejoraba de dia en dia, merced al vigor de las fuerzas vitales en su temprana edad. Así el viage por mar, á juicio de los facultativos, no ofrecia riesgo alguno, y Leoncio pudo el 15 de Octubre embarcarse en un buque inglés que con su esposa y don Angel le condujo en pocas horas á Gibraltar, desde donde, pasado un mes, se trasladó á Londres.

Confiscáronle en España los pocos bienes que personalmente poseia: pero la inmensa riqueza del mal aventurado Vallecignoto, de antemano puesta á cubierto de todo peligro, hizo que mirase con desden aquella medida, y que la emigracion no tuviese para él mas inconveniente que el inevitable de no pisar el suelo patrio. Don Angel constituido ya en individuo de aquella familia, la siguió de Gibraltar á Londres.

CAPITULO II.

Cura de Laura.

El Gobierno Inglés habia dejado con estoica indiferencia consumarse el acto inicuo de la intervencion armada de la Santa Alianza en los negocios de España; su poderosa influencia no se empleó siquiera en amortiguar en algo la violencia de la reaccion absolutista; y su representante presenció, en fin, en Madrid los suplicios ordenados por un tribunal de verdugos. Sin embargo la revolucion española era popular en Inglaterra: los emigrados de la Peninsula fueron recibidos en las Islas Británicas á brazos abiertos; para socorrer su miseria se fundaron sociedades donde hasta el simple jornalero contribuia con las escasas economías de su salario, y aun el Gobierno señaló pension á ciertas categorías de proscritos. Si los emigrados á Inglaterra perdieron al cabo su popularidad, culpa fué de algunos de ellos, no de los ingleses.

En efecto, no emigró una clase sola, no emigró tampoco un partido político en masa, sino que emigraron individuos de todas categorías sociales, desde la mas alta hasta la mas baja, de todos los bandos liberales desde el moderado casi realista, hasta el exaltadísimo Zurriaguista. Con el General veterano, iba el Guerrillero asesino; con el Diputado concienzudo, el orador cínico de la sociedad

patriótica, y junto al honrado miliciano voluntario, el demagogo asalariado de los motines y de las asonadas.

De ese conjunto de seres diversos y heterogéneos se formó una masa, muy semejante al caos primitivo, que se llamó Emigracion, en la que todo entraba; así lo bueno como lo malo, pero lo último, como es inevitable, mas de relieve, mas visible y por tanto perjudicial á lo primero.

Los verdaderos emigrados políticos, buscando lugares baratos y retirados, donde unos con la pension, y con su trabajo otros, sustentaban parcamente sus familias y personas, figuraban poco.

La parte que mas bien tenia delitos que opiniones, siempre en movimiento, bullia por do quiera, aquí intrigando, estafando allá, en todas partes perjudicando el crédito español: por manera, que ademas de la proscricion y de las privaciones, afligian á los buenos la perversidad y escándalo de los indignos.

Mina y Torrijos, por ejemplo, tuvieron que retirarse de Londres por no ser testigos de mil acciones indecorosas; otros huyeron á Jersey; y los que no pudieron, alojándose en los barrios mas apartados del centro de la gran ciudad, redujéronse á vivir en el mas completo aislamiento.

A su llegada á Londres, Leoncio se estableció cómoda pero modestamente, por consejo de don Angel, en una casa de campo á cinco millas de aquella capital, y desde luego se suscribió por una razonable suma mensual para el socorro de sus compañeros de emigracion, entendiendo solo durante los primeros meses en la cura de Laura, que confió á uno de los Médicos mas afamados é inteligentes del pais.

La desdichada hija de don Simon, siempre silenciosa y melancólica, derramando con frecuencia abundantes lágrimas, é indiferente á cuanto la rodeaba, hizo todos sus viages, sin preguntar ni su causa, ni á donde iba y sin saber acaso que se movia.

Ni el solícito esmero y tierno fraternal cariño con que Leoncio la asistia, ni la insinuante habilidad de don Angel pudieron, hasta el momento á que hemos llegado con esta narracion, arrancarle una sola palabra: oíalos sin comprenderlos, dejábase cuidar sin gratitud y sin desden; no se quejaba, nada pedia, todo le era indiferente. En resúmen, el estado de Laura llegó á ser á los ojos de su marido y hermano como á los de don Angel, un verdadero idiotismo; pero el Médico Inglés, observada atentamente la enferma, declaró que la expresion de sus ojos, amen de otros síntomas, desmentia completamente semejante conjetura.

Sin embargo apuró aquel hombre científico todos los recursos de la ciencia, sin resultado visible durante largo tiempo, y ya por último declaró terminantemente á Leoncio, que la enfermedad estaba toda en el espíritu, y que no conociendo la causa le era imposible combatirla.

Leoncio habia jurado á Mendoza no revelar á nadie el funesto secreto de su parentesco con aquella, que para el público, para la Iglesia y para la ley civil, en fin, era su consorte; y por otra parte

tampoco comprendia las curaciones morales: por tanto, contentóse con rogar al facultativo que no abandonase á la enferma, añadiendo solo que la muerte repentina y á su vista de don Simon de Valleignoto era el origen de su dolencia.

Mientras acontecia lo referido, Mendoza en el ejército de Cataluña cumplia con su obligacion como valiente y honrado militar: pero la fortuna no secundó sus esfuerzos. Despues de una campaña tan corta como brillante, Mina se habia visto en la precision de encerrarse en Barcelona, plaza que defendió con vigor todo el tiempo y aun mas del que racionalmente pudiera exigírsele. Nuestro capitan desplegó en aquel sitio un valor y una actividad sin límites: para él no hubo tregua ni descanso; donde quiera que surgia un riesgo allí se le encontraba, y siempre en la primera fila. Mil veces el General en Gefe quiso recompensar sus hazañas con grados y ascensos: Mendoza se negó siempre á tales recompensas, aplazándolas, decia, para despues de la victoria, que él mismo no esperaba, y era en efecto imposible.

Por fin en una salida, mandando la vanguardia, fué herido y hecho prisionero por los franceses que le trataron con todas las consideraciones debidas al valor desgraciado, mandándole cuando convaleció de su herida que no fué grave, á un depósito de prisioneros en lo interior de Francia, bajo su palabra de honor, sin escolta alguna.

Allí permaneció hasta el fin de la Guerra y disolucion de los depósitos; y entonces pasó á Londres, á ruegos repetidísimos de Leoncio, y á vivir en su compañía.

A poco tiempo de su llegada, don Angel, bajo el nombre de don Anselmo Fernandez y con un pasaporte en regla de la embajada española en Londres, regresó á España, embarcándose precisamente el mismo dia que lo hicieron algunos desesperados con la loca idea de reconquistar por medio de una guerra civil, el pais de que poco antes fueron expulsados.

El primer asunto de que Leoncio y Mendoza trataron fué de la curacion de Laura. El ex-marqués, amaba de todo corazon á su hermana y al verla en tan lastimoso estado, no podia menos de acusarse de haber sido, aunque á la verdad por ignorancia, el origen de todos sus males. Mendoza tenia á su pesar un remordimiento implacable en la conciencia: cada vez que fijaba la vista en aquella fisonomía cándida, angélica, bellísima, pero ajada por el dolor; cada vez que consideraba inerte aquella inteligencia, agostadas antes de nacer las ilusiones de una rica fantasía, seco el germen de los afectos en un corazon vírgen; y todo por obra suya, el expectro de don Simon de Valleignoto surgiendo lívido y amenazador ante sus ojos, parecia pronosticarle los mas horrendos castigos.

Mendoza desde niño era incrédulo, desde niño estaba dotado de un valor á toda prueba. Sus nociones de lo bueno y de lo malo eran peculiares suyas, aunque fijas é invariables: en provecho exclusivamente propio, hasta entonces, sola una vez habia infringido los preceptos de la moral en beneficio y gloria de sus principios polí-

ticos; todo lo habia sacrificado sin escrúpulos y sin remordimientos. Y sin embargo, en presencia de Laura demente, temblaba y casi se arrepentia.

Así Luzbel que osó tender la mano al cetro del Altísimo, cayó luego despeñado al hondo seno del eterno fuego, bajo la planta angélica del primero de los Querubines. Así la Providencia para humillar el orgullo de los fuertes de la tierra, busca para instrumento de su divina justicia, á los mas débiles y desamparados.

En fin, Mendoza, olvidó por algun tiempo hasta que estaba proscrita su persona y vencida su bandera, para atender exclusivamente al restablecimiento de Laura con mas ardor aun que Leoncio; con toda la energia y actividad propias de su carácter.

Su primer paso fué naturalmente consultar á solas con el Doctor Edwards (así se llamaba el médico Inglés) enterándose minuciosamente de los progresos de la cura hasta aquel momento, y comprendiendo sin dificultad las explicaciones del facultativo, aunque entonces por vez primera trataba de asuntos de la medicina.

—En resumen, Doctor, (dijo nuestro capitan al cabo de una hora de conversacion): si yo no he comprendido á vd. mal, nuestra enferma padece del sistema nervioso?

—Así es; respondió Edwards. Tenemos una verdadera Nevralgía, enfermedad contra la cual la medicina es casi impotente. Podemos paliar, si se quiere, sus efectos hasta cierto punto; podemos aliviar á los que la padecen, curarlos nunca: la naturaleza sola lo alcanza.

—¿Para qué sirve pues la medicina?

—Para auxiliar á la naturaleza y nada mas; para remover los obstáculos que á su accion se oponen en el estado morboso. Cuando conocemos á fondo la índole de los órganos y sus funciones en el sistema vital: entonces, y no sin estudio inmenso, podemos tambien conocer sus enfermedades y combatirlas: pero cuando se trata de los nervios, cuya contextura y manera de ser son misterios para nosotros ¿qué quiere vd. que hagamos? Lo que ya le he dicho: paliar los efectos, combatir los síntomas de las enfermedades que la alteracion de su economía produce en otros órganos; pero el verdadero mal en pié se queda, porque no podemos atacarlo en su orígen. Aquí, por ejemplo, no hay demencia caracterizada, pues que la enferma no desvaria en modo alguno; no hay monomania, porque esa señora de nada habla; no hay idiotismo porque sus actos son todos racionales, porque en sus ojos se refleja la razon, porque sus lágrimas nos revelan una sensibilidad exquisita. Lo que hay es, indudablemente un gran dolor, una sensacion moral tan honda, tan cruel, que ha paralizado temporalmente mas bien la energía que el uso de ciertas facultades mentales. Por lo demas todos los órganos funcionan como deben, ninguno ofrece alteracion perceptible; y por lo que respecta al cuerpo, esa señora se encuentra en estado de perfecta salud.

—Es decir que el alma es la enferma.

—Precisamente.

—¿Y si vd. conociera á fondo la causa de esa enfermedad moral, podria curarla?

—Me hace vd. una pregunta á que me es imposible responder categóricamente. Sin conocer la causa, claro está que no puedo intentar la cura: pero una vez conocida ¿lograré mi objeto? No lo sé: de lo único que puedo responder es de procurarlo.

—¿Pero vd. cree ó no que las afecciones morales se curan?

—¿Pues no he de creerlo? Por de contado con el tiempo se curan la mayor parte de ellas ¿Porqué? Porque las sensaciones nuevas van sucesivamente neutralizando los efectos de las antiguas. ¿Sabe vd. lo que hacemos con los medicamentos que propinamos á nuestros enfermos? Unas veces apoderarnos, por decirlo asi, de las causas morbosas, por medio de combinaciones químicas, previstas en virtud del conocimiento de las afinidades recíprocas entre ciertas sustancias; otras producir sensaciones mas poderosas que las que causaron la enfermedad, para provocar una reaccion en la naturaleza; ¿me ha entendido vd?

—Perfectamente.

—¿Y no comprende vd. tambien que en el órden moral puede seguirse un método análogo?

—Sin duda; pero entónces el médico es inútil, lo que se requiere es simplemente un filósofo observador.

—Permítame vd. que le diga que se engaña. El hombre es un compuesto de espíritu y de materia; y mientras dura la vida esos dos grandes elementos son en él inseparables. ¿Padece una enfermedad en el cerebro? Su inteligencia se resiente de ella. ¿Atorméntale una idea fija? Su cerebro padece. Triste médico es aquel que no estudia tanto lo moral, como lo físico; pobre filósofo el que desconoce la fisiología.

—Estoy al cabo: es preciso curar á un tiempo el alma y el cuerpo.

—Así es.

A ese diálogo sucedieron algunos instantes de silencio, durante los cuales Mendoza se entregó á las mas hondas meditaciones. El doctor Edwards, entre tanto, consultaba su libro de memorias, para recordar sin duda las visitas del dia.

En fin el capitan, en tono que anunciaba haber tomado una resolucion definitiva, dijo:

—Doctor, me ha convencido vd. y voy á confiar á su honor un secreto....

—Entendámonos, replicó el Inglés, interrumpiéndole; yo no he pretendido saberlo.

—Lo confieso.

—Ignoro si aun despues de sabido podré curar á esa señora.

—Así me lo ha dicho vd.; y sin embargo, me resuelvo á revelar el secreto.

—¿Y tiene vd. derecho á hacerlo? preguntó el médico fijando sus ojos en los de Mendoza. ¿Lo que el marido de esa señora no me ha dicho, debo yo oirlo de boca de un extraño?

—Doctor, yo solo soy juez de la conveniencia de cuanto hago.

—Pero yo, caballero, soy tambien juez de la moralidad de mis acciones, y mi conciencia no me permite oir el secreto de que se trata, de otra boca que de la del señor don Leoncio de Montefiorito.

—Singular escrúpulo.

—Tengo el honor de saludar á vd.

—No, doctor; espéreme vd. aquí cinco minutos no mas.

Diciendo así salió Mendoza del Gabinete en que con el médico conversaba; y á poco rato regresó á él en compañia del marido de Laura.

Este, con el rubor en la frente, se dirigió al doctor Edwards y en mal formadas voces le dijo:

—Doctor; el capitan Mendoza es otro yo: cuanto él diga á vd. lo hace en mi nombre y con mi plena autorizacion.

Y en seguida dejó precipitadamente la estancia.

Tranquila ya la conciencia del honrado Inglés, sentóse á escuchar la relacion de Mendoza, que en breves palabras, y suprimiendo los incidentes que le pareció oportuno ocultar, le dió cuenta de la situacion en que se encontraba Laura y Leoncio.

—¡Son hermanos! exclamó horrorizado el médico.

—Y esposos, respondió Mendoza.

—¿Por qué no deshacen ese matrimonio impío?

—Porque es simplemente imposible, Leoncio tiene pruebas irrecusables de que es hijo de Valleignoto: pero su madre estaba casada, cuando le dió á luz, con otro hombre, y ese hombre es á los ojos de la ley su padre: por otra parte ¿ha de ser hijo el que á la faz del universo deshonre la memoria de su madre acusándola de adulterio?

—Lastimosa alternativa.

—Leoncio ha tomado el único partido racional en este desdichadísimo lance. Con Laura vive, como deben vivir dos hermanos; mas para el mundo es y será su marido.

—¡Infeliz señora!

—En su interés solo, doctor, sabe vd. este fatal secreto, conocido hasta el dia solamente de Leoncio, de Laura y de mí.

—Yo prometo á vd. bajo mi palabra de honor, que morirá conmigo.

—Lo creo, doctor, lo creo: pero veamos la cura.

—¿Han hablado vds. alguna vez á la enferma de lo que ha pasado?

—Nunca: no hemos querido renovar la llaga.

—¿Cómo está con su hermano?

—Recibe sus caricias en general con indiferencia, y siempre con los ojos fijos en el suelo.

—¿A qué hora tuvo lugar su casamiento?

—A media noche.

—¿Dónde?

—En un convento de monjas.

—¿Recuerda vd. alguna circunstancia particular?...

—La muerte de su padre.

—No me sirve; ha de ser alguno de esos incidentes que sin enlazarse precisamente con el suceso principal, le caracterizan sin embargo.

—No entiendo...

—Me explicaré. Va uno por la calle; dos mozos de cordel se traban de palabras y llegan á las manos; y en aquel mismo instante encuentra, por ejemplo, á un amigo de quien no sabia el paradero; y en adelante siempre que vé una quimera de mozos de cordel, recuerda involuntariamente el encuentro del amigo. ¿Me entiende vd. ahora?

—Muy bien.

—Pues veamos. Aguarde vd. si... recuerdo (la fisonomía de Mendoza tomó en este momento una expresion de amargura tan pronunciada, que llamó particularmente la atencion del doctor) recuerdo ahora... Los acentos de un canto religioso, acompañado por el órgano se olan á lo lejos.

—¡Perfectamente!

—¿Y bien?

—De aquí á mañana formaré mi plan; y hablaremos entonces.

Veinte y cuatro horas fueron las siguientes de penosa inquietud para Leoncio y Mendoza: Laura sola permanecia impasible, siempre en el mismo melancólico estado.

Edwards por su parte no estaba tranquilo: la cura era sobre difícil peligrosa, y el doctor que miraba su profesion como un santo ministerio, egerciéndolo por consiguiente no con miras de sórdido interés sino con otras mas altas y elevadas, temblaba comprometer en un dia su reputacion, y verse acusado de charlatanismo empírico.

Habiendo observado en su larga carrera que la mayor parte de las enfermedades que afligen á la especie humana proceden ó de los refinamientos de la civilizacion, ó de la consiguiente espantosa miseria en ciertas clases de la sociedad, cuando no de los vicios y depravacion de los individuos; nuestro doctor profesaba la doctrina de que por la salud de que los pueblos gozaban, podia en general deducirse su moralidad, y recíprocamente, salvas excepciones muy fáciles de explicar aun dentro de ese mismo sistema.

De ahí su principio de curar simultáneamente el cuerpo y el espíritu, y de ahí tambien su temor de que Laura sucumbiese tal vez á impulsos de la gran reaccion moral que en ella era preciso producir para que recobrase el uso de la inteligencia.

El alma de la enferma, á juicio del médico, no habia perdido ninguna de sus facultades, las tenia simplemente embotadas; padecia en resúmen una paralisis producida por el violentísimo natural efecto de la escena del locutorio en Cadiz. Para que la reaccion fuese proporcionada á la accion, era, pues, indispensable hacerla violenta; y como no habia medio de medir matemáticamente ambas fuerzas, los resultados eran tambien harto inciertos.

Por eso el doctor, antes de acudir al último remedio, quiso valerse de paliativos y llevar la curacion por trámites prudentes. Todo fué en vano.

Leoncio entabló con Laura una conversacion sobre el estado en que ambos se encontraban: insistió con vehemencia en la fatalidad de su destino; declamó, gesticuló, sin que Laura saliese de su apatia.

Mendoza despues, con fria severidad y hasta con afectada dureza, la habló largamente del asunto, sin que ella diese muestras de comprenderle.

A su vez el Doctor Edwards quiso ver si al oir en boca de un extraño el terrible secreto, se conmovia la paciente: pero lo intentó sin fruto.

Rodeáronla de infinidad de objetos que habian pertenecido á su padre, y á ella misma cuando soltera; vistiéronla el trage que llevaba la noche de su casamiento; colgaron en fin, en su estancia y frente al sofá en que pasaba sentada los dias, el retrato de don Simon de Valleignoto; y todo fué inútil.

Ni los muebles, ni el vestido, ni el retrato la sacaron de su letargo; y lo singular es que mientras su espíritu rebelde se resistia á tantas tentativas, el cuerpo de Laura crecia, se desarrollaba y cada vez era mas bello y robusto.

Leoncio llegó á creer imposible la cura: pero Mendoza, en virtud de sus frecuentes conversaciones con Edwards, vista por propia observacion la exactitud de las inducciones de aquel con respecto á la enferma, no perdia la esperanza.

Sin embargo, todos incluso el Doctor dudaban del éxito de sus esfuerzos: la enfermedad que á la sazon contaba cerca de dos años parecia haberse hecho crónica; y en tal estado su remedio, segun la opinion comun, era tan difícil que rayaba en lo imposible.

Con todo eso, el amor fraternal en Leoncio, los remordimientos, por lo menos, en Mendoza, y el punto de honra en el Doctor, hicieron que los tres se resolviesen á intentar cuanto de intentar fuese en la materia; y puestos de acuerdo, embarcóse Edwards para Cadiz; llevando una carta de Montefiorito á don Justo. El objeto de ese viage, que duro poco mas de un mes, se comprenderá por lo que á su tiempo referiremos.

Durante la ausencia de Edwards, que dejó á Mendoza particulares y minuciosas instrucciones, el capitan puede decirse que no se apartó un solo momento de Laura, tanto para renovar con oportunas variantes las pasadas tentativas, cuanto para espiar el menor signo de razon que la enferma diese, pues si tal ocurria el plan curativo debia en consecuencia alterarse.

Leoncio veia con frecuencia á su hermana, secundando de la mejor fé del mundo los esfuerzos de su amigo; mas, hombre de Corte y de placeres desde que nació, amante apasionado del lujo y de la ostentacion, y dueño de un capital enorme, y eso en Lóndres, no pudo resistir siempre á las tentaciones. En consecuencia, hoy no podia excusarse de asistir al banquete de lord A. y pasado mañana, le era indispensable aparecer siquiera en el Raout de lady B.

—Una noche á la semana á la ópera, no era ningun exceso; y otra al Jokeyclub, casi una obligacion; por manera que con eso y pagar las visitas, para nada le alcanzaba el tiempo.

Mendoza, pues, y Laura, estaban casi siempre sin mas compañía que la de alguna criada: el capitan por vez primera en su vida daba tregua á sus tareas políticas y aplicando toda la energía de su alma de fuego al objeto en que habia fijado las miras, en Laura sola y en su restablecimiento pensaba. Situacion mas peligrosa para un hombre de su temple es casi imposible imaginarla.

Encerrado desde por la mañana hasta la noche con una muger bellísima, y tanto mas interesante cuanto mas desgraciada; fijos siempre en ella los ojos; manejándola como á un niño, por exigirlo así su estado mental; y expuesto, sin la defensa siquiera del temor, á una influencia casi irresistible, hallóse Mendoza enamorado de aquella hermosa estátua, pero profunda, violentamente enamorado, y sin darse cuenta de ello á sí mismo. Una corriente eléctrica habia atravesado y henchido su corazon: pero faltaba el contacto de un cuerpo conductor para que la conmocion y la chispa le revelasen la existencia en su pecho de aquel fluido.

La fábula del Leon y la pastorcilla se habia realizado. Aquel tribuno inflexible, aquel incrédulo burlador, aquel hombre todo razon, todo cálculo, creia no tener bastante inteligencia y actividad, para adivinar y satisfacer los pueriles caprichos de una niña privada del uso de su razon. El mullia los almohadones en que Laura habia de sentarse, colocando uno para que pudiese reclinar la cabeza, otro en que apoyase el brazo; él acercaba la banqueta para sus pies y se los colocaba sobre ella, como la madre mas tierna pudiera hacerlo con su hijo. Expiando con sagacidad exquisita los movimientos de puro instinto en la fisonomía de la enferma, llegó á saber á que manjares daba la preferencia, que grado de luz la agradaba, en que postura se hallaba mas cómoda, que lumbre debia ponerse en la chimenea y otros pormenores que suponian tanta perseverancia y hasta tenacidad, como la que muestran algunos presos incomunicados en ciertas labores.

De todo aquel esmero resultó para Laura un bienestar, puramente físico en verdad, pero de que hasta entonces no habia gozado durante su mal, y de que se resintió con ventaja, aunque no muy aparente, su espíritu enfermo.

Mendoza creyó alguna vez distinguir en sus ojos, cuando le miraba, una expresion de contento y gratitud, que aunque fugaz como el relámpago, todavia le llenaba de orgullo y de placer.

Cuanto mas fuerte el hombre, tanto mas débil si se enamora.

En tal estado se encontraban las cosas cuando Edwards regresó de Cadiz dispuesto como á sus fines convenia, y Mendoza confesó que á pesar de todos sus esfuerzos, Laura en la esencia no habia hecho progreso alguno.

El doctor antes de dar el golpe decisivo, reunió á Mendoza y Leoncio y les dijo.

«Señores, todo está dispuesto, pero yo no quiero tomar sobre mí solo la inmensa responsabilidad de este negocio. Meditenlo vds. bien: consultemos...

—Es inútil, doctor, es inútil; respondió Mendoza. ¿No hemos teni-

do ya veinte consultas con los mas afamados médicos? Todos ellos han dicho que no hay cura posible mas que atacando el espíritu.

—¡Verdad! exclamó melancólicamente Leoncio.

—¡Verdad! repitió Edwards.

—¿Pues entonces, prosiguió el capitan, á que nuevas consultas?

—Pero capitan, replicó el doctor, ¿y si la reaccion vá mas allá de nuestros cálculos?

—¿Qué sucederia? preguntó alarmado Montefiorito.

—¡Qué sucederia! volvió á decir el médico; No es facil asegurarlo; mi esperanza es salvarla, pero si la naturaleza nos abandona, puede morir...

—Nunca, nunca, exclamó Leoncio ¡Pobre Laura! Que viva y sea como fuere.

—La cuestion no es esa, interpuso Mendoza con aire sombrío. ¿Llama vd. vivir á vegetar miserablemente como lo hace esa criatura? ¿Llama vd. vida á ese letargo en que yace, sin sentimientos, sin voluntad, sin placeres, y hasta sin penas? Eso no es vida; eso es una muerte lenta; eso es ser lo que un cadáver galvanizado.

—Sin embargo, replicó Leoncio, al cabo vive.

—Es cierto, prosiguió el capitan; Al cabo vive y vd. disfruta sus riquezas.

—Capitan Mendoza!! Exclamó furioso el Marqués.

—¡Coronel Montefiorito! Contestó con terrible altaneria el revolucionario.

—Me permitirán vds. que me retire, dijo el Doctor tomando su sombrero.

—No por cierto, Doctor, no por cierto: nosotros somos demasiado amigos para reñir por una palabra dura, diré mas, irreflexiva, que siento haber pronunciado y que retracto!

Al pronunciar Mendoza esas palabras era visible que hacia un esfuerzo sobre humano para dominarse: pero Leoncio, sometido yá por hábito á su antiguo subalterno, dióse por satisfecho y le tendió la mano diciéndole:

—«Está bien : olvidemos eso y volvamos al asunto. ¿Doctor, vd. cree ó nó posible la cura por otro medio?

—La creo imposible por cualquier otro, y peligrosa por este.

—Pues entre la imposibilidad de un camino, y el peligro del otro estoy por el ultimo, contestó Mendoza.

Montefiorito vacilando entre dos temores, uno el de arriesgar la vida de su hermana; otro el de que Mendoza y el Doctor creyesen que, en efecto, no queria que se intentase la cura de Laura, por gozar mas á sus anchas de la inmensa fortuna del Indiano, dudó todavia algunos instantes: mas al cabo exclamó:

—«Pues que no hay otro camino, vamos por él.» Y con esto, trató-se solo de poner manos á la obra.

Al efecto se compró una vasta casa de campo que un arquitecto dispuso, segun los planos traidos de Cadiz por el Doctor, de una manera en todo semejante al convento en que Laura estuvo depositada. Allí se le construyó una celda igual á la que de habitacion le

sirviera, alhajada con muebles idénticos, y con las mismas estampas que la verdadera, compradas por Edwards al monasterio.

Algunas mugeres é hijas de emigrados pobres se prestaron á desempeñar el papel de Monjas, y no faltaron hombres que consintiesen en hacer los restantes; por manera que, gracias á la inteligencia del Doctor, á la actividad de Mendoza, y al dinero que fué de Valleignoto, pudiera muy bien creer cualquiera persona cuerda que aquella casa era el convento Gaditano, por algun prodijio del arte trasladado íntegro á la capital de Inglaterra.

Dispuestas asi las cosas y propinado un ligero é inofensivo narcótico á la enferma, cierta noche, cuando ya el sueño se habia completamente apoderado de ella, trasladáronla en una cómoda silla de manos á la casa convento, y de nuevo desnuda, la metieron en la cama de su celda.

El Doctor y Mendoza cuidaron de disponer los registros y comunicaciones oportunas para observar cuanto pasaba, y acudir prontamente en auxilio de Laura, siempre que necesario fuese. Leoncio, lleno de temor, esperaba con sobresalto el desenlace de aquel drama.

La enferma no despertó hasta muy entrado el dia, y al tender la vista en su derredor, desconoció como era natural aquel sitio.

Incorporóse en la cama, y considerando con atencion la celda, hizo un ligero movimiento de sorpresa; despues restregóse los ojos y volvió á mirar; pero súbitamente, lanzando un ¡ay! de espanto y terror, echó en la almohada la cabeza tapándosela con la colcha.

Mendoza y el Doctor lo veian todo: el primero se estremeció al oir el grito de Laura; el segundo que observaba al trasluz del prisma de la ciencia, sonriose satisfecho, diciendo en voz baja: Vamos bien: mejor de lo que yo esperaba. Cree que sueña y no ha perdído enteramente la memoria.»

Mendoza, oyendo y entendiendo al sablo, tranquilizóse desde luego.

En efecto, Laura, al aspecto de aquella celda en que habia pasado tantas amargas vigilias, luchando entre el amor filial y el que á Leoncio profesaba, habia recobrado instantaneamente la conciencia de su ser; y creia soñar ó haber soñado, pero no acertaba á darse cuenta de si era lo uno ó lo otro, esto es, si hallarse en el convento era lo soñado, ó bien si haberse creido fuera de él fué ilusion de la fantasia.

Pocos minutos después, no dando la enferma muestras de volver en sí, sonó una campana llamando á coro á las religiosas, y oyéronse los pasos y las voces de estas en los claustros.

Entonces levantó de nuevo Laura la cabeza, volvió á reconocer la celda, aplicó el oido y, visto que aquel era en efecto su cuarto, y la campana y las voces realmente las del convento, persuadióse á que estaba todavia en Cádiz y depositada.

Hizo entonces un movimiento de esos que indican haber sacudido un gran peso, pasóse la mano por la frente, cubierta aun del sudor frio, producto del pánico terror que recientemente habia tenido, y

echando mano á la silla de la cabecera, tomó de ella sus vestidos, que ya vió sin extrañeza ser los mismos de Cádiz.

«Vá á vestirse: retirémonos;» dijo el doctor cerrando con gran tiento el registro por donde hasta entonces habia estado mirando con Mendoza.

No fué largo el tocador de Laura: un vestido de seda gris, un pañuelo rosa al cuello; los rizos detrás de la oreja componian su trage y tocado. Abrió de pronto la puerta de la celda; registró el claustro, y asegurándose de que nadie la veia, encaminóse, no al coro, sino al torno, de prisa pero sentando apenas la planta en el suelo por no hacer ruido.

La decision y rapidez de sus movimientos demostraban hasta la evidencia que la ilusion era completa. El doctor se bañaba en agua rosada; Mendoza estaba fuera de sí.

¡Oh! era verdaderamente tierno y lastimoso ver la profunda conviccion que aquella infeliz mostraba de estar todavía soltera, de tener padre, de que habia soñado sus desgracias, si es que las recordaba!

Llegóse al torno con la sonrisa en los labios, y el rubor en las megillas, y dió dos golpecitos en una de sus tablas.

—¡Señorita! dijo desde fuera la voz cascada de una vieja.

—¡Brígida! respondió Laura, y aquel nombre fué la primera palabra que despues de dos años de silencio pronunciaba.

—Ahí vá la carta (volvió á decir la vieja,) cuando las madres se vayan al refectorio vendré por la respuesta.

—Bien, Brígida, gracias.

El torno habia girado, un billete perfumado y con una cinta verde por nema venia en él; Laura lo toma, lo besa, se lo mete en el pecho, y ligera como una gacela, huye con su tesoro á la celda para leer allí á solas una y mil veces las líneas que trazó el amante de su corazon.

¿Porqué deshacer esa ilusion de felicidad? exclamó Mendoza, fascinado, por tanta hermosura, tanta inocencia, y tanta desgracia. Dejémosla estar así toda la vida.

—Porque la mentira es de suyo efímera, respondió gravemente el Inglés: que recobre su razon y con ella la fé; y sino feliz en este mundo, podrá al menos serlo en el otro.

Aquella vez no entendió Mendoza al doctor Edwards.

Laura contestó al billete en que Leoncio le anunciaba la obstinacion de su padre, y el permiso conseguido de la autoridad para que se uniesen aquella noche, como lo habia hecho en Cadiz, aviniéndose á todo con la esperanza de que, una vez casada, obtendria fácilmente el perdon del autor de sus dias.

Pareciale algunas veces, mientras iba escribiendo, que todo aquello habia ya pasado por ella anteriormente, pero como las monjas entraban y salian en su celda, y á las horas de costumbre sonaba la campana: y en una palabra, el drama se puso en escena con maravillosa exactitud, pronto se disipaban sus dudas, y entraba ella misma la primera en el espíritu de su papel.

La persona que desempeñaba el destino de Gefe político de Cádiz cuando los sucesos referidos en el último capítulo de la 2.ª parte tuvieron lugar, se hallaba tambien emigrado en Londres, y sin dificultad se prestó á repetir su papel: mas ni á él ni á ningun otro se le dijo la verdad del caso toda entera, teniéndose por bastante para explicar la enfermedad de Laura, el haber esta presenciado la muerte de su padre.

La figura de este era la difícil de reemplazar, pero se tenia un excelente retrato de cuerpo entero hecho por Lopez poco tiempo antes de la muerte de don Simon. Mendoza y Leoncio que le conocian mucho, estaban muy enterados de sus maneras, y como en realidad no se trataba mas de que apareciese un instante en la escena, un actor cómico emigrado, se encargó del papel que á fuerza de ensayos pudo desempeñar cumplidamente.

Repitióse, pues, punto por punto la escena del 10 de Abril en Cádiz, hasta la llegada de Valleignoto, á quien (en la representacion) no dió lugar el Gefe Político para proferir una palabra, sino que dirigiéndosela él con vehemencia, salio del locutorio en seguida.

Habló, sin intérvalo, el que hacia de Sacerdote, y marchóse tambien sin aguardar respuesta. Acto continuo el que figuraba á Pablo hizo su razonamiento; y Leoncio, tomando á Laura, que trémula, confusa, dudosa, observaba todo aquello, prestando al mismo tiempo el oido al órgano y al canto de las religiosas, llevóla hasta los piés del que parecia ser su padre. Alzó Laura los ojos, clavólos en el rostro desfigurado del actor, y retrocediendo dos ó tres pasos, exclamó:

¡No, no es él! ¡Mi padre no existe, y yo soy quien le dió muerte!

Con la última palabra cayó desmayada en brazos de su hermano y marido.

¡Todo se ha perdido! exclamaron á un tiempo Mendoza y Leoncio.

—Se ha salvado, dijo gozoso Edwards, abriendo con la lanceta una de las venas de la enferma: ha recobrado completamente la memoria y con ella la razon: lo demas lo han de hacer el tiempo, el arte, y sobre todo la naturaleza.

CAPITULO III.

El Conspirador amante.

A pesar del esmero con que Mendoza entendia en la asistencia de Laura, no por eso dejó de la mano los negocios políticos, ni aun que él dejarlos quisiera, acertara á conseguirlo, por que sus anteriores compromisos le tenian irrevocablemente ligado con la revolúcion.

Tuvo, pues, parte ó por lo menos conocimiento mas ó menos directo en cuanto los demas emigrados trataron; y es de advertir que por regla general, emigrado político y conspirador son palabras sinónimas.

Hay, en efecto, en el corazon de todos los hombres un sentimien-

to de amor al pais en que nacieron, tan hondo, tan incontrastable, que por sí solo basta á destruir cualesquiera otros goces que en lejanas tierras disfruten; agréguense á ese sentimiento los rigores de la proscripcion, los estímulos del ánimo ambicioso, y la irritabilidad de la miseria, y facilmente se comprenderá hasta que punto se hallan siempre los emigrados, no como quiera dispuestos á embarcarse en las mas peligrosas aventuras, sino además cada uno de por sí y todos juntos, fraguando castillos en el aire, que en definitivo resultado suelen reducirse á suplicios donde perecen víctimas de sus ilusiones, los que á ellas se entregan.

Y de ese vértigo nadie se exime en las emigraciones: los hombres mas cautos y experimentados dan crédito á noticias evidentemente absurdas, los mas familiarizados con los peligros desconocen el riesgo inminente que los amenaza.

Así como el viagero que, abrasado por la sed, atraviesa las inmensas llanuras del Oriente, creyendo ver en los grupos fantásticos por las nubes formados, ya la sombra del templo, ya el bosquecillo de la fuente, acelera el paso y redoblando sus esfuerzos redobla tambien su cansancio y fatiga: los emigrados, fijo siempre el pensamiento en su patria, no hay nubecilla de que no hagan puente para volver á ella, consiguiendo solo, en general, hacer mas insoportable su mala suerte de lo que antes lo era.

Apenas invadida la Península la expedicion á Tarifa; poco despues la que se hizo á Algeciras; otras luego á varios puntos; y algunos meses antes de la cura de Laura, la intentona hecha en las costas de Levante, costaron la vida á no pocos desdichados, cómplices unos de la conjuracion, inocentes otros, sacrificados todos tan sin necesidad como sin objeto. De paso recordaremos que don Angel bajo el nombre de don Anselmo, habia salido para España simultáneamente con los últimos citados expedicionarios.

Mendoza se opuso constantemente, y siempre en vano á tan temerarias empresas: sus ilusiones eran de mas alta esfera, y por tanto no daba en las vulgares.

—«Pensar, solia decir, que ciento ó doscientos hombres han de hacer que triunfe una causa vencida cuando tenia Ejército y Gobierno, es un delirio. El mal nos vino de fuera, de fuera tambien ha de venirnos el remedio.»

Y sin embargo el capitan no aspiraba á una nueva intervencion en la Península: era demasiado español para quererla: pero decia, y decia bien, que era preciso revolucionar toda la parte occidental de Europa, para que la revolucion echase raices en España.

Lo que la república francesa habia intentado y aun conseguido, bien que por muy poco de tiempo, en los últimos años del siglo pasado, por la fuerza de las armas, queria Mendoza realizarlo en virtud de una vasta insurreccion que, estallando á un tiempo en las orillas del Pó, del Rin, del Sena y del Guadalquivír, emancipase la Italia del yugo austriaco, anulara en Alemania la santa Alianza, en Francia diese al traste con la rama primogénita de la casa de Borbon, y en España destruyese las instituciones de su antigua monarquía. En cada

uno de esos paises la revolucion debia enarbolar distinto estandarte, ó mejor dicho, el mismo en todos, aunque con el color á cada cual correspondiente. La independencia y la unidad de su territorio figuraban en primer término entre los italianos; pero para llegar á ese fin habian de expulsar á los extrangeros de los límites Lombardo-Venetos, dar por el pie al trono napolitano, acabar con todas y cada una de las demas soberanías parciales de aquella Península, y reducir á lo puramente espiritual por el momento, mas tarde expulsar del Lacio al sucesor de San Pedro.

La sangrienta tiranía que los austriacos, apoyando al partido monacal, hacian entonces pesar sobre los desdichados italianos, y singularmente en Nápoles y el Piamonte, engendraba como es natural, una conjuracion en cada pueblo, hacia de cada hombre generosamente organizado un conspirador. Así, en medio de aquella opresion sin límites, á vista de los cadalsos nunca desarmados, nunca de víctimas desprovistos, el carbonarismo sombrío, feroz, implacable, respirando sangre y venganza, se organizaba y crecia ya entre las llamas del Vesubio, ya en los desfiladeros de la Calabria, en las cavernas de los montes sicilianos, ó en las márgenes del Tiber. La fantasía italiana que todo lo poetiza, dió á la permanente conspiracion, todo el aparato dramático, toda la fúnebre pompa del melodrama-patibulario; y la juventud ardiente del mediodía de la Europa, fascinada por las formas, atraida por el misterio, estimulada con el riesgo, no tardó mucho en alistarse en aquellas logias ó reuniones que en su lenguage simbólico, llamaban chozas los Carbonarii, ó sea Carboneros, que no Carbonarios, en nuestra lengua.

En Alemania, empero, si de derecho conservaban los reyes su autoridad soberana é ilimitada, en el hecho los progresos de la inteligencia y la índole flemática y especulativa de gobernantes y gobernados, hacia que los primeros no tuvieran necesidad ni deseo de oprimir á los segundos, así como estos, en consecuencia, no habian menester sublevarse para ser felices. Sin embargo, en aquellas universidades donde todas las teorías están siempre infinitamente mas adelantadas y aun exageradas que en el resto de Europa; en aquellas universidades en que una juventud platónicamente exaltada, caballerescamente turbulenta, á un tiempo estudiosa y duelista, á un tiempo meditabunda y atronada, es no obstante el plantel de donde salen los hombres mas morigerados y pacíficos del orbe civilizado, la masonería, el iluminismo; y hasta la secta de los Carbonarii, contaban gran número de celosos prosélitos.

Singularmente en las provincias y estados al Rhin limítrofes, la República y el Imperio de Francia habian dejado fecunda semilla de principios revolucionarios y del espíritu de glorias y conquistas.

Allí, pues, era donde los novadores contaban con mas adeptos; y desconociendo la índole alemana, que se abisma sin dificultad en las teorías, pero difícilmente se lanza á los trastornos de hecho, estuvieron, como están quizá todavía los gefes de las sectas, en el error de presumir que los descendientes de los antiguos Germanos pueden insurreccionarse como por acá lo hacemos.

En Alemania las ideas lo hacen todo: los gobiernos se plegan á su influencia, unos mas pronto, otros mas tarde; y así las revoluciones son innecesarias.

En la antigua Flandes, hoy Bélgica, pais de siglos atras sometido, cuando á los Españoles, cuando á los Franceses, y en los tiempos que exento estuvo de unos y otros á la Holanda su vecina, las simpatias con el Imperio de Napoleon eran vivísimas, las ideas, las costumbres, la historia contemporanea, todo comun con la Francia: por tanto los principios revolucionarios y las sociedades secretas caminaban al par que en el pais gobernado á la sazon por Cárlos X.

Este monarca era uno de esos hombres locos, incurables, que figurándose haber nacido dos ó tres siglos antes del instante en que al mundo vinieron, imaginan que con la fuerza podrán persuadir al género humano de la ilusion que los atormenta. El inmortal Cervantes nos ha dado en su don Quijote un tipo perfecto de tales personages.

Carlos X, pues, honrado, caballero y virtuoso, creia poder decir con Luis XIV. *l' etat c'est moi*; y la gran revolucion de Francia era á sus ojos un motin de colosales proporciones; Napoleon y su gloria, un rebelde afortunado, hazañas de un gran bandido: lo uno y lo otro un paréntesis en la historia contemporanea y no otra cosa. Así no trató, como quiera de volver á lo pasado, sino que dió por supuesto que á ello se habia vuelto, y obró en consecuencia, ni mas ni menos que don Quijote, tomando las ventas por encantados castillos.

No hay, por tanto, uno solo de los actos políticos de su reinado que no sea un despropósito; y desde el dia en que, sucediendo al sagaz Luis XVIII, puso la planta en el trono de los Capetos, comenzó en consecuencia á desquiciarse la antigua francesa monarquía.

Por un lado los Napoleonistas, andantes de nuestro siglo, soñando batallas, anhelando conquistas, hablando siempre al pueblo mas exaltado del mundo de triunfos y laureles; por otro los Volterianos, incrédulos, satíricos, burladores implacables, ridiculizando el poder con canciones, epigramas y parodias; la prensa con una censura incesante; la oposicion en las cámaras, mas fuerte cuanto mas oprimida, siempre con su elocuencia tribunicia socavando los cimientos del Gobierno; y las sociedades secretas, en fin, mejor organizadas, mas extendidas, que en cualquiera otro pais, trabajando sin descanso y por todos los medios imaginables en llegar á su fin; cuando despues de la invasion de España parecian los principios del absolutismo mas robustos que nunca, preparaban en Francia su ruina acaso definitiva.

En tal estado de cosas, que hemos creido no desagradaria á nuestros lectores conocer con alguna extension, Mendoza, atendiendo á su carácter y á la profundidad de sus miras, claro está que no podia ni debia limitarse á tomar parte en las empresas aisladas, temerarias, muchas veces absurdas, de sus compañeros de emigracion, ni permanecer en un pais donde siendo la libertad no una pasion, sino una costumbre, le era dificil ya que no imposible encontrar elementos para realizar sus planes.

La Francia le ofrecia un teatro mas á proposito, y á Francia se propuso trasladarse: pero no solo, por que entonces se apartaba de Laura, cuya presencia le era para vivir necesaria.

La hija de don Simon de Valleignoto, que en efecto recobró memoria y razon de resultas del procedimiento médico-moral del Doctor Edwars, padeció tambien á consecuencia de aquella tremenda reaccion, una enfermedad peligrosa, aun que en concepto del facultativo; y relativamente hablando, insignificante, pues que entraba en el número de aquellas que la medicina conoce y cura por sus ordinarios métodos.

Durante el periodo agudo de aquella dolencia ni Leoncio ni Mendoza se apartaron un instante de la cabecera de la bella enferma: pero una vez pasado el peligro, aquel fué volviendo insensiblemente á sus hábitos de hombre del gran mundo, y el capitan á sus privilegios y cuidados de exclusivo enfermero.

Apenas convaleciente Laura, quiso mas de una vez entablar conversacion con Mendoza sobre los pasados acontecimientos: este, contentándose con responderle: Mas tarde, señora, hablaremos de eso: por ahora está vd. demasiado débil, y el doctor no quiere que se agite en manera alguna;» ponia término á sus preguntas.

La posicion de ambos habia, sin embargo de ser aparentemente la misma, variado completamente.

Laura sin juicio, inerte, fué durante los primeros tiempos de la estancia de Mendeza en Londres, lo que un niño en brazos de su ama. Una vez cómodamente sentada y satisfecho su apetito, ya podia entregarse libremente el capitan á contemplarla en silencio, sin temor de que la expresion de su fisonomía revelase los sentimientos de su corazon; ya podia durante largas horas aspirar sin estorbo esa indefinible, magnética emanacion de la belleza, que penetrándonos hasta la médula de los huesos, nos embriaga á la manera que el opio á los que fumándole se envenenan.

Mas restablecida la huérfana del Indiano, y señora ya de su razon, Mendoza tenia que ocultar bajo la máscara de la amistad el amor que le abrasaba, y lo que para él era todavia mas penoso, seguir una conversacion, hallar pretestos que justificasen su frecuente presencia en la habitacion de Laura.

En su primera juventud, deciase que el capitan habia pagado al amor su tributo, y una aventura ruidosa, allá durante la guerra de la Independencia, pudo comprometer hasta su carrera: mas rotos, no se sabia como, lazos que se creyeron fuertes, desde entonces no se le habia conocido jamás otra pasion ó galanteo.

Tampoco frecuentaba los bailes ni los estrados, y así aunque persona por su nacimiento, educacion, y rentas, (tenia un mediano caudal), tanto como por su talento, muy capaz de figurar ventajosamente en la sociedad, rara vez se le vió en ella.

De esa manera se comprende que, no costándole esfuerzo alguno habérselas con los hombres, experimentase no poco embarazo hallándose en presencia de una muger hermosa.

Por dicha Laura conservaba todavia cierta melancólica taciturni-

dad, merced á la cual, no era menester hablar mucho para sostener la conversacion que ella no deseaba.

Con todo eso, ya un dia estando á solas con Mendoza, y sintiéndose fuerte, resolvió enterarse á fondo y de una vez de su verdadera posicion que solo en globo conocia.

—Señor don Pedro (le dijo pues) mi salud es ya robusta, y mi alma ha recobrado toda su firmeza; es preciso, por consiguiente, que yo sepa que es, que vá á ser de mí.

—Señora yo....

—Usted es el único que puede decírmelo. Leoncio repugna, tratar conmigo de esta materia; y siempre que le pregunto me responde: «Mendoza te lo dirá todo á su tiempo.» Ese tiempo ha llegado; y yo quiero saberlo todo.»

Laura pronunciando esas palabras con el talle erguido y los ojos fijos en el rostro de su interlocutor, tomó un ademan tan imponente y resuelto, que Mendoza mismo, sintiéndose subyugado, no pensó que le era posible desobedecerla.

—Será como vd, lo quiere, respondió; pero ¿y si su salud de vd. padece?

—No hay que temerlo.

—Laura, exclamó el capitan con involuntaria pero profunda expresion de ternura; ¡está vd. tan delicada, ha padecido tanto...!

—No tema vd.; respondió la hermosa conmovida con aquella muestra de sincero interés: no tema vd. nada, amigo mio; aun que muger tengo mi razon, y cuando ya no me he muerto, estoy á prueba de las penas.»

Estaba tan bella Laura con la melancolía, era su acento tan suave, tan penetrante al proferir las últimas frases, que el capitan, arrebatado, no pudo contenerse, y asiéndola una de las manos la llevó apasionado á sus ardientes labios.

La hija del Indiano la retiró sin cólera, pero con precipitacion; y ruborizándose, si bien ignorante del riesgo que corria, y que en su inocencia no le era dado preveer de ningun modo.

Mendoza, despues de algunos instantes de vértigo en que creyó perder el sentido, logrando no sin trabajo serenarse, rompió al fin el silencio diciendo:

—Pues que vd. lo exige, Laura, voy á renovar sus heridas con mis palabras. Armese vd. de fortaleza y resignacion; por que su desgracia es tan grande, que acaso no tiene ejemplo.

—Sea lo que fuere: nada es peor que la incertidumbre.

—Si, para las almas generosas, para los animos esforzados nada es peor que la incertidumbre.

—¿Y por qué mi animo no ha de ser esforzado? ¿No he visto yo expirar ante mis ojos, víctima de mi inobediencia, al hombre que me dió el ser y consagró sus últimos años esclusivamente á labrar mi ventura? Ya vd. vé que comprendo la estension de mi culpa, de mi delito.....

—Delito, no Laura.

—Delito si, Mendoza; delito, crímen atroz: ¡Laura es parricida!

—¡Oh! por piedad de vd. misma, por piedad del que..... del que es su mejor amigo, no vuelva vd. jamás á pronunciar esas palabras!

—¿Y que importa que no las pronuncie, si mi conciencia me repite incesantemente, ¡parricida, parricida!

—Señora: ¿De lo que el destino ordena cruel, hemos de responder sus victimas? Lo que á vd. le sucede es, sin duda, una gran desgracia; péro ni vd. ni nadie ha delinquido. La fatalidad es la sola culpable.

—Bien, amigo mio bien: pero vamos á lo que importa.

—¿Recuerda vd. Laura todo lo que pasó en aquel locutorio de triste memoria?

—Todo, menos las últimas palabras de mi desdichado padre. Recuerdo su rostro descompuesto, sus ojos desencajados, su ademan aterrador; veo á su espalda envuelto en un habito ó mortaja á un religioso que me pareció un gigante; le miro estender la mano..... pero sus palabras no puedo recordarlas, y sé no obstante que las siento aun, que resonaron en mi alma como el gemido de un moribundo, que pesan todavia sobre mi corazon y le aploman.

—Pues bien, Laura, aquellas palabras fueron, en efecto, la revelacion de un terrible secreto.

—¡Y bien!

—El estado de agitacion en que vd. se encuentra, no me permite revelárselo.

—Mendoza: es preciso que yo lo sepa: tengo derecho á saberlo: lo quiero, lo exijo.

—¿Qué nombre suele dar á vd. Leoncio?

—¿Qué nombre suele darme? ¿Y eso importa por ventura?

—¡Importa, Señora y mucho!

—Me llama Laura...

—No; no es eso; otro nombre de cariño...

—¡De cariño!... ¡Ah!... ¡pero no es posible, no es posible!...

—Sosiéguese vd., Laura, sosiéguese vd., se lo ruego por lo que mas ame en este mundo.

—Pero Leoncio me llama algunas veces, muchas, casi siempre me llama su hermana!!

—Y esa es la verdad; eso lo que dijo al morir don Simon de Valle-ignoto.

—¡Dios mio, Dios mio, tened misericordia de mí!

—«Leoncio de Monteflorito, tu eres mi hijo:» pronunció entonces Mendoza con acento grave y hondamente conmovido por el recuerdo de la escena del Locutorio.

—¡Esas fueron, esas fueron sus palabras!!! Exclamó Laura amargamente, y por mas de un cuarto de hora permaneció como absorta en su dolor inmenso. Mendoza, paseándose en el cuarto con vivísima agitacion, esperaba impaciente la terminacion de aquella crisis.

Laura era tan ignorante de las cosas del mundo, tan inocente de alma y pensamiento, que no habia extrañado cosa alguna en la conducta reservada de Leoncio, quien por respeto á la delicada posicion en que se encontraba, aun á las caricias lícitas entre parientes tan

inmediatos como él y su esposa lo eran, habia marcado estrechos límites, y sobre todo desde que la huérfana recobró el uso de la razon.

Por tanto en la conversacion referida comprendió por vez primera lo cruel del trance en que se encontraba; pero decimos mal que lo comprendió, pues en realidad no pudieron ofrecerse á su consideracion en aquel momento todas las consecuencias de su funesto destino. Sin embargo no podia ignorar que el matrimonio entre hermanos es ilícito y nefando segun todas las leyes divinas y humanas; y su dolor fué intenso, fué amargo, bien que no todo el que en persona menos cándida, produjera. Al cabo del tiempo que ya indicamos, recobrando sobre sí misma el imperio de costumbre dijo:

—Pero Mendoza; ¿cómo Leoncio puede ser mi hermano? ¿Y si lo es, como puede ser mi marido?

—Señora, contestó el Capitan, acercando un sillon al sofá en que Laura estaba, y sentándose delante de ella; Señora, Leoncio es su hermano de vd., es su marido, y no puede dejar de serlo en las apariencias á lo menos.

—¡Esto es cosa de volverse loca!

—Oigame vd. ya que lo ha querido, con la posible tranquilidad, y procedamos por partes. Su padre de vd., siendo jóven y soltero, estuvo en relaciones con una Señora unida á un anciano en matrimonio; de esas relaciones procede Leoncio. Don Simon le traia en un pliego todas las cartas de su madre, revelando los pormenores y consecuencias de su pasion, de manera que no dejan la menor duda. Leoncio es hijo de la duquesa de Montefiorito, pero no del duque, sino de su padre de vd.

—Entonces nuestro matrimonio es nulo.

—¡No Laura!

—¿Cómo no, Mendoza? ¿Pues no somos hermanos?

—Lo son vds. segun las leyes de la naturaleza, no lo son ante las civiles. La paz de las familias lo exige así.

—¡Pero la Iglesia al menos romperá esos lazos sacrílegos!

—La Iglesia como el Estado, ni ven, ni pueden ver en Leoncio mas que al hijo segundo del Duque.

—Pero esas cartas, esas cartas ¿No dice vd. que prueban?...

—Hasta la evidencia: moralmente no habrá quien, leido que las haya, se atreva á negar que son vds. hermanos: pero los Tribunales rehusarán hasta su exámen. Por otra parte. ¿Ha de hacer Leoncio pública la afrenta de su madre?

—Entonces no hay mas remedio que el de la muerte.

—Hay otro: vivir con Leoncio, como se vive con un hermano, puesto que lo es; cubriendo así con el mundo las apariencias y respetando al mismo tiempo las leyes de la naturaleza. Triste es, sin duda, que la mas bella de las mugeres, con la hermosura y el candor de un Angel, con un corazon henchido de ternura, con un alma digna de unirse á la del hombre de mas elevados pensamientos, haya de renunciar para siempre á ser esposa y madre: pero en la sombra del misterio puede el destino ofrecerle á Laura compensaciones.

—¡Ah, ninguna!

—¡Muchas; infinitas! ¡Laura puede inspirar, no un amor de esos vulgares y efímeros, sino pasiones volcánicas, abrasadoras, inextinguibles, en pechos hasta que la vieron cerrados á toda molicie. Laura tiene un claro y elevado ingenio que fácilmente comprender á las mas vastas combinaciones; Laura puede sentir la noble ambicion de regenerar la envilecida especie humana, y quizá recompensar con una sola de sus inefables miradas al que hasta ahora se consagró exclusivamente á esa grande obra y de hoy mas vivirá solo por Laura y para Laura!!!

Mientras Mendoza, con una vehemencia inexplicable, daba así rienda suelta á su hasta entonces comprimida pasion, sin acertar á contenerla; Laura absorta, conmovida, temerosa, le miraba de hito: y recordando entonces multitud de circunstancias en que hasta aquel momento no se habia fijado, acabó por decir para sí: «¡Mendoza me ama!»

Una muger, aun que esté en la agonía adivina siempre los afectos que inspira; una muger por inocente y virtuosa que sea, vé siempre con placer los triunfos de su belleza. La hija de don Simon, á mayor abundamiento, y esto conviene tenerlo muy presente, ignoraba del mundo lo bueno y lo malo, y si por su edad era adulta, si por la exquisita sensibilidad de su corazon estaba, por decirlo así, predestinada para las grandes pasiones, por su inocencia infantil estaba en la niñez, por su inesperiencia imaginaba que no podia haber riesgo en ser amada.

Mendoza, aunque dominado entonces por una gran pasion, se hallaba en circunstancias diametralmente opuestas: el corazon humano no tenía secretos para aquel hombre todo cálculo y observacion: la sociedad le era perfectamente conocida bajo todos sus distintos aspectos: por lo mismo era eminentemente peligroso para Laura.

Mas por entonces, habiendo ya ido mas allá de lo que la prudencia exigia, recobrado que hubo su serenidad, y tomando entre las suyas una mano del objeto de su amor, volvió á decir:

—En fin, señora: en Leoncio tendrá vd. un buen hermano, en mí un admirador, un amigo á toda prueba. Procure vd. resignarse con los inflexibles decretos del destino: oiga mis consejos, y ¿quién sabe? tal vez llegue un dia en que la felicidad luzca brillante para la mas hermosa de las mugeres.

—Veamos: oiga vd. el plan que he formado y si le aprueba se pondrá en ejecucion al momento.

Esta isla es rica, es grande, es poderosa, pero triste: jamás brilla sobre ella el sol radiante que campea en el sereno firmamento de la patria que nos dio el cielo y los hombres nos cierran: ¿cómo ha de desterrar vd. su melancolía, viviendo en esta atmósfera constantemente nebulosa; como ha de recobrar su juvenil alegría en un pueblo de aritméticos mercaderes, y de hipocondriacos suicidas? Viajemos pues, vamos á Francia, nacion que vive y muere cantando.

—No me pesaria ver la Francia, en efecto, pero, perdone vd. señor Mendoza; me siento fatigadísima.

Levantáronse ambos, el capitan clavó apasionadamente sus ojos en los de Laura: ella bajó la vista avergonzada y él al salir del cuarto, dijo para si:

—Mia serás ó de nadie, si me cuesta la vida.

Mes y medio despues de la referida escena estaban establecidos en París Leoncio Laura y Mendoza.

CAPITULO IV.

Don Angel de vuelta á España.

Cuando se escribe de sucesos y personas de una época de tanta agitacion y movimiento como la que hemos alcanzado los que hoy llevamos andado lo mejor de nuestra vida, forzoso es alternar en la narracion los acontecimientos que se suceden unos á otros; forzoso es tambien trasladarse con el pensamiento ya á este ya á aquel pais, como los hombres, á impulso de los trastornos sociales, corren todos la haz de la tierra, convertidos en árabes del desierto que nunca tienen hogar ni asiento fijo.

Nosotros, pues, habremos de trasladar la escena á España, y volver atrás la vista para enterarnos de sucesos que á su tiempo habremos de tener presentes en este relato.

Dejamos á nuestro don Angel, ó sea don Anselmo Fernandez embarcado á orillas del Támesis con direccion á las costas de Levante de la península, al mismo tiempo que, en distinto buque, lo hacian con el mismo destino algunos emigrados impacientes de regresar á su patria, y locamente persuadidos de que podian sublevar una tras otra todas las provincias de la Monarquía.

Aquella conjuracion, fraguada á voz en grito en las tabernas y plazas de Londres, por hombres cuya desdicha impone silencio á las reconvenciones que hacérseles pudieran, fué universalmente reprobada por cuantas personas en la emigracion sabian y valian alguna cosa. Los agentes de Fernando VII en Londres, que seguian de cerca los pasos de todos, y estaban al corriente de los planes y operaciones aun de los mas cautos y reservados, no pudieron ignorar la expedicion á que aludimos; y siendo asi la corte de Madrid, lejos de temerla la deseaba, como medio de proveerse de víctimas para el cadalso, le dejó franco el paso; quizá les facilitó el camino de la muerte á aquellos infelices.

El partido apostólico furibundo, es decir, la Democracia del realismo compuesta de la hez del pueblo y del clero, y capitaneada por ambiciosos fanáticos de buena ó de mala fé, dirigia entonces el timon de la nave del Estado. Fernando VII que no podia ser fanático porque nació escéptico, dejaba hacer, no obstante, á los apostólicos, porque en resumen padecian los liberales á quienes ciertamente no amaba, y se robustecia la autoridad soberana de su cetro, en tanto cuanto era deprimido el bando de los novadores. Sin embargo, personalmente se conducia con cierta tolerancia, que le preparaba las

vias del porvenir en el sentido conveniente y por eso se vió á tal personage proscrito por los Tribunales á quien el Rey recibia familiar y afectuosamente en su cámara, si bien de noche á solas y con misterio.

De esa manera al concluir la dominacion de los apostólicos, que como todos los partidos violentos, cuanto con mas rigor mandan, tanto menos tiempo imperan, pudo decir el Monarca, que la fuerza sola le obligó en un tiempo á consentir las proscriciones que deshonran los primeros años de la restauracion.

Con todo eso no era todavía llegada la época de la moderacion en el momento á que nos referimos: las comisiones militares sentenciaban sin misericordia, los verdugos eran pocos para su horrenda faena. Asesinábase judicialmente, y casi sin forma de proceso, por motivos de una iniquidad fabulosa: á éste porque se decia cantó el trágala dos años antes; al otro porque conservó en su poder una cinta verde. Llevábase al padre á presenciar el suplicio del hijo: no le era lícito á la madre informarse de la salud del fruto de sus entrañas, proscrito en tierra extrangera; una carta recibida de Londres comprometia la seguridad de una familia; y la delacion de un miserable arruinaba al mas acreditado servidor del trono mismo.

¿Qué habia de acontecer? La sangre de los mártires es siempre fecunda: las conspiraciones pululaban: los mismos liberales, que sin defensa se sometieron al ejército invasor, ora oprimidos por el Gobierno y los Tribunales, insultados cuando se les veia alegres, insultados si en su rostro se pintaba la melancolía; apaleados si salian de noche, apedreados si de dia se presentaban: presos por llevar bigotes; presos porque usaban melenas ó sombrero blanco; inseguros en la soledad como entre la multitud, conspiraban por desesperacion; y la mejor respuesta que puede darse á los extrangeros que de ferocidad acusan al pueblo español, es decirles que el presidente de la comision militar de Madrid, que cada dia enviaba una víctima, por lo menos al cadalso, se paseaba solo por las calles de la corte á todas horas, sin que nunca un puñal vengador amenazase si quiera su empedernido corazon.

En fin, cuando don Angel desembarcó en un puertecillo no lejano de Alicante, era preciso ser por lo menos voluntario realista para no estar en continuo peligro de muerte; y como aquel benévolo sugeto, no solo no lo era, sino que ademas procedia de Londres, ciudad maldita, Babilonia nefanda para los Apostólicos; apenas puso el pié en tierra, cuando un celador de policía, acompañado de tres ó cuatro voluntarios vestidos de Zaraguelles, gorra de cuartel puesta sobre la oreja derecha, una cinta blanca por banda y un trabuco naranjero por arma, se presentó á intimarle que se diese á prision, llamándole por salutacion: «¡Pícaro negro, judío, fracmason!» y otras lindezas por el estilo.

Don Angel, contestó quitándose el sombrero y presentando respetuosamente su pasaporte.

«Bueno, dijo el celador que era el zapatero del pueblo, allá veremos: entre tanto á la cárcel.»

Aquel funcionario que estaba muy poco al corriente en la lectura, habia menester tiempo para deletrear el pasaporte: su providencia no fué, pues, arbitraria; y don Angel, al parecer, se hizo cargo de la razon, porque sin replicar palabra siguió el movimiento que con un fuerte empellon le inició uno de los voluntarios.

En el camino fueron agregándose á la comitiva cantidad de pillos y curiosos que escoltaron á nuestro amigo hasta la cárcel, con grande estrépito de estornudos (delicada alusion al epiteto de *negros* que se daba á los liberales) voces de ¡muera el traidor! y algunas estrofas de una linda cancion realista, cuyo estribillo dice:

Pitita, bonita
Con el pio, pio, pón
Viva Fernando y la Religion!!

Todo ello amenizado con alguna que otra pedrada por via de entretenimiento.

Don Angel, sin embargo, iba como de costumbre, con paso mesurado y ademan modesto, pero sin dar la menor señal de turbacion ni miedo.

Así llegó á la carcel donde le sepultaron en un lóbrego calabozo despues de haberle despojado de cuanto encima llevaba, y echándole un par de grillos de razonable peso, por via solamente de precaucion, y salvo entregarle muy en breve á la comision militar que es como si dijéramos el brazo seglar.

¡Pues Señor; como ha de ser! esclamó Don Angel acomodándose lo mejor que pudo sobre la paja de su calabozo, y rogando al carcelero que le proporcionase algo de comer primero; y despues que suplicára al *Señor Celador*, tuviese la bondad de pasar luego, luego, á recibirle una importante declaracion. Y hecho eso, dió media vuelta y durmióse en breve.

Dos horas despues de la prision que acabamos de referir, los vigias de la costa señalaron en el horizonte un buque, que á la capa, parecia esperar señales de tierra para acercarse á ella, pues que siendo el viento favorable no lo hacia desde luego.

Previsto aquel acontecimiento por el Gobierno, habíanse dado las órdenes oportunas; y en efecto, apenas recibido el parte de los vigias, tocóse generala en toda aquella costa: acudieron tropas, tomaron las armas los voluntarios realistas, y dispusieron las cosas ni mas ni menos que en otros tiempos cuando se decia «los Moros vienen».

Esa circunstancia hubiera podido prolongar la prision de don Angel mas de lo que él quisiera, si por dicha suya el subdelegado de Policia, acudiendo con motivo del rebato al puerto en que se hallaba, y sabiendo su encarcelamiento por el celador, no creyera oportuno pasar en el acto á tomarle declaracion.

Menos ignorante que su subalterno, el subdelegado no pudo menos de conocer, visto el pasaporte que estaba perfectamente en regla, que se habia procedido de ligero con el que lo llevaba; y por otra parte creyó que acaso, pues de Inglaterra venia, pudiera darle

noticia de si el buque á la vista era ó no el que se esperaba.

Pasó, pues, inmediatamente á la cárcel: hizo sacar al preso del calabozo, encerrose con él en la habitacion del Alcalde y al cabo de una media hora de conversacion mandó que se le quitasen los grillos, se le devolviese en el acto cuanto le habian secuestrado, y dándole escolta de la tropa de línea que á él mismo le habia acompañado, le puso en el camino de Alicante.

—Sargento, dijo el subdelegado al que mandaba la fuerza que con don Angel iba á partir, vá vd. á las órdenes del señor en todo y para todo; desde donde él le despida regresará vd. á reunirse conmigo.

Y volviéndose al celador que atónito escuchaba, añadió:

—Otra vez sea vd. mas mirado en lo que hace, y respete un pasaporte dado por el Embajador del rey N. S. (todos los presentes se descubrieron) del Rey N. S. en Londres.

Don Angel, saludando cortesmente salió de la carcel, libre y triunfante, con el mismisimo ademan y porte con que en ella entró insultado y hecho el ludibrio del populacho.

El Subdelegado recogió la gente, y una hora despues se puso tambien en camino para Alicante, diciendo al celador que le pedia instrucciones para el caso de que el Buque sospechoso atracase en su jurisdicion.

«No atracará y si lo hiciese, será bien recibido.» No atracó, en efecto, en aquella parte de la costa, sinó en una playa despoblada donde echó á tierra á los enemigos expedicionarios, que vista la señal convenida con sus cómplices, desembarcaron con toda confianza á eso de la media noche.

Recibiólos el Subdelegado con doscientos hombres armados: tres dias despues la horca puso término á las ilusiones de aquellos desdichados y mas de cien familias fueron víctimas de su loca tentativa.

Don Angel estuvo solas veinte y cuatro horas en Alicante, saliendo al cabo de ellas para Madrid: centro entonces, como siempre, de todas las intrigas, de todas las conjuraciones de España. Mendoza le habia dado la comision de organizar, ó mejor dicho de reorganizar los elementos revolucionarios separados por el huracan de la reaccion, con encargo de hacerlo por medio del restablecimiento de las logias masónicas ó de las Chozas Carboneras.

Segun el plan convenido entre ambos, de ningun modo debia por el momento pensarse en la Península en otra cosa mas que en regimentar, por decirlo así el desecho partido liberal, organizándole en una sola y vasta sociedad secreta, cuyos miembros ligados por medio de un juramento escrito y firmado de su puño, supieran que no habia para ellos mas alternativa que el triunfo ó la muerte.

Por lo demas Mendoza opinaba que toda tentativa á mano armada era con evidencia temeraria, y que bastaba por el momento preparar los ánimos de manera que llegado el caso de la revolucion en Francia, en Italia, en la Bélgica y en Alemania, secundasen tambien los españoles el movimiento.

A ese plan, en verdad prudente, eran funestas las conjuraciones

de los entusiastas; porque en primer lugar privaban á la revolucion de tantos brazos útiles cuantas eran las víctimas del suplicio; y en segundo, alarmando á los realistas, hacian que estos estrechasen sus filas y redoblasen cada vez mas las precauciones de su exquisita vigilancia.

Aceptada la verdad de esa proposicion por dos hombres del temple de Mendoza y de don Angel, temple muy poco comun en los humanos, la lógica inflexible que presidia en todos sus actos, engendró en sus cabezas un sistema horrible, que pusieron en práctica sin misericordia, y de que los hechos irán sucesivamente enterando á los lectores. Baste por ahora decirles que Mendoza se reservó obrar en las altas regiones, dirigiendo; y don Angel con la gente vulgar, aplicando las teorias á la práctica.

El capitan era duro por fanatismo, su agente por impasibilidad, aquel tenia un corazon de fiera; este ninguno.

Como quiera, don Angel, á los tres dias de llegar á Madrid, fué de nuevo preso, y llevado á la Cárcel de Córte, donde durante un mes corrió diversos calabozos, todos habitados por presuntos reos políticos de alguna importancia. Cuando habian pasado ya dos, ya tres dias con uno; presentábase el Alcaide para mudarle de encierro, tratándole con gran desabrimiento. Doliase su compañero de prision, abrazábale tiernamente, y al oido solia decirle: «No desmaye vd.: ya sabe lo que le he dicho: antes de una semana....

—¡Dios lo quiera! respondia don Angel, suspirando hondamente; y salia del calabozo. ¿Para ir á otro? No: estas escenas eran siempre en las altas horas de la noche, las puertas de la cárcel se abrian para el supuesto don Anselmo Fernandez, el Alcaide en persona, destocado y con una linterna en la mano, le acompañaba y abria la portezuela de un coche; que no era de alquiler, y le estaba esperando frente á Santo Tomás: rodaba el carruage hasta la superintendencia general de Policia unas veces, otras hasta alguna secretaria del despacho, no pocas hasta Palacio; y á la mañana siguiente aparecia ya don Angel preso en un nuevo calabozo.

¡Tal vez era agente de los apostólicos! ¿vendia entonces á Mendoza? El tiempo solo puede darnos la clave de ese misterio.

Tal fué la vida del personage á quien ahora seguimos, durante meses: las prisiones, los despachos de los altos funcionarios, los cafés, las tertulias, el cuartel de voluntarios, las iglesias, los garitos, los lupanares, las solemnidades públicas, las logias secretas, todo lo recorria, en todas partes estaba, á nadie era sospechoso, de casi todos confidente. Sus cartas iban á Londres por medio de la Secretaria de Estado unas; por la embajada inglesa otras; en las legaciones del Norte tenia franca la entrada; y en los conventos seguro el chocolate y abierta la celda del prelado: nadie le conocia mas que Mendoza en el mundo, á Mendoza solo decia aquel hombre la verdad de sus opiniones, que sentimientos no los tenia.

Su correspondencia con este pasaba siempre por manos del Gobierno español á quien don Angel facilitó la clave de la cifra de que usaban ambos: pero aquella cifra, hábilmente dispuesta, era capaz

de una segunda combinacion que conocian exclusivamente los interesados, y á favor de la cual se escribian con tanta libertad como secreto por conductos de sus mismos enemigos.

La singular habilidad del don Angel consistia en ocultar á los ojos de todos su actividad prodigiosa; en aparecer insignificante teniendo una inteligencia privilegiada: y en eso estribaban tambien todos sus goces.

«Tengo engañado á todo el género humano» Solia decirse allá para sus adentros, y se henchia de orgullo repitiendo mentalmente esa reflexion.

«Solemne chasco van á llevarse, cuando ya muerto, me conozcan esos pobres idiotas.» Añadia despues, como por via de complemento, y en verdad que la razon le sobraba, por que tenia tomadas su medidas para que una vez él en la tumba, se corriese el veto que á todos le ocultaba.

Don Angel con no tener ni pasiones, ni ilusiones, ni siquiera vanidad, vivia y trabajaba incesantemente con la sola esperanza de que la posteridad habla, gracias á él, de escarnecer á todos sus contemporáneos menos á Mendoza.

Nacido en uno de los últimos peldaños de la escala social, criado en la miseria, y reducido á servir de doméstico en su juventud para ganarse la vida, habiase visto sometido á hombres de todas categorías, y en ninguna encontró persona que no le fuese inferior en inteligencia. Tan fácil halló el manejarlos á todos que desdeñó dominar á los más limitándose á usar de sus recursos lo indispensable solo para crearse una fortuna modesta pero independiente, lo que fué obra de no mucho tiempo, de bastante inmoralidad y no poca maña. Ya por los años de 16 ó 17, vivia de la usura, y por entonces tambien comenzó á mezclarse en negocios politicos.

Los liberales quisieron en 1820 recompensarle con un destino: rehusólo don Angel y aquella circunstancia llamó la atencion de Mendoza, con quien en breve estrechó relaciones. Una simpatía poderosa los atraia el uno al otro; ambos vivieron, por decirlo así, aislados hasta que el destino los puso en contacto; entonces se unieron y al parecer para siempre.

Pero el capitan era la poesía de lo que don Angel la prosa, sobresaliendo el primero en la invencion todo lo que el segundo en la habilidad: por eso, aunque en apariencia aquel mandaba y este obedecia, en realidad, eran el uno el complemento del otro; que es la circunstancia indispensable para que las amistades sean sólidas y verdaderas.

Así, pues, Mendoza pensaba mas en sus proyectos que en sí mismo: pero don Angel atendia á sus proyectos por el provecho que personalmente le resultaba; y, como dijimos, queria desquitarse con la posteridad del poco aprecio que de él hacian sus contemporáneos. Al efecto escribia puntualmente un diario razonado de su vida, donde al pormenor y con picantes reflexiones estampaba sus acciones, con la misma desenvoltura, mejor dicho cinismo, que si de un indiferente se tratara; y depositando los cuadernos en parage seguro, tenia to-

madas sus medidas para que á su muerte se publicara aquel singular manuscrito.

En cuanto al cuaderno corriente, que solia comprender un periodo de quince dias ó de un mes, segun la materia á que daban lugar los sucesos, llevábalo en una cartera que jamás se separaba de su persona, y escrito en la misma cifra de que se valia para corresponder con Mendoza.

Aun así fuera peligroso para otro llevar encima tal documento: mas su posicion especial de agente de todos los gobiernos, partidos y conspiradores, le aseguraba hasta cierto punto; y á mayor abundamiento la cifra solo era inteligible para el único hombre en quien don Angel tenia completa confianza.

Volvamos ahora á los sucesos que, por poco importantes durante algunos meses, hemos dejado un momento de la pluma.

Era llegado el año de 1826; el partido Apostólico estaba ya ebrio de sangre: los liberales intimidados, ó mejor dirigidos, ya no iban á ofrecerle expontáneamente sus cabezas al verdugo; con la reorganizacion del ejército, la preponderancia absoluta de las turbas armadas, flaqueaba por su base; los hombres sensatos del partido realista clamaban por un gobierno, en vez de un azote de la humanidad, que era lo que España entonces tenia; y el Rey conoció que hasta su trono peligraba por las demasías de los fanáticos.

Entonces los ojos de estos se volvieron hácia un príncipe que, si á sus virtudes de hombre privado, si á la rígida severidad de sus principios religiosos, uniera la ilustracion que el siglo requiere, sobre ser él mismo uno de los mas firmes sostenes del Trono de San Fernando, pudiera haber ahorrado á su patria torrentes de sangre, toda española por desgracia, y excusádola tal vez no solo los pasados trastornos sino los que por venir están.

Parécenos cierto que el Infante Don Carlos no quiso entonces tomar parte en una conjuracion contra su hermano, pues que no lo hizo mas tarde, cuando con mas plausible pretexto pudiera hacerlo: pero el hecho es que los que en Cataluña se sublevaron en 1827 contra la autoridad de Fernando VII, invocaron el nombre del Infante y que de entonces data el partido carlista.

Cierta sociedad secreta de fecha bastante anterior ó estos sucesos, y cuyo título es una definicion completa, llamábase *del Angel exterminador*, habia hasta la época á que nos referimos gobernado en realidad la Monarquía.

En ella estaban afiliados obispos, generales de las órdenes mendicantes y de las tropas del Rey, diplomáticos, hacendistas, clérigos, frailes, devotos, algunos, no muchos, gefes y oficiales del ejército, los corifeos de los voluntarios realistas, en fin todos aquellos que por interés ó por fé, que de todo habia, imaginaban necesario exterminar hasta la semilla del liberalismo.

Y mientras con los liberales se las hubieron, no hallaron en el resto del bando absolutista la menor oposicion, pero llególes su turno á los camaleones políticos, y en seguida á los prudentes, y luego á los moderados, y por último á los tibios; y clamaron todos, y el

Rey viendo que iba á quedarse solo, quiso poner coto á la matanza y proscriciones.

Ya desde 1823 habian hecho esfuerzos en el gobierno mismo los realistas moderados para templar las iras de los apostólicos, pero hasta muy entrado el año siguiente fueron completamente infructuosos; y aunque el ministerio procedió con cautela y prudencia en la reaccion, todavía no pudo excusar mas tarde la sublevacion de Cataluña.

Don Angel, ó sea don Anselmo, pertenecia á la sociedad exterminadora, en la cual contrajo íntimas relaciones con algunos de sus mas influyentes personages; y, en consecuencia, nada ignoraba de cuanto en ella se hacia.

Aquella escision del partido realista convenia sobre manera á los designios de Mendoza, por tanto su emisario en España trabajaba sin descanso en fomentarla.

Al gobierno del Rey decia don Angel lo bastante para irritar el odio entre ambas facciones, pero no todo lo que pudiera para que se evitase la sublevacion; y á los conjurados lo que convenia para tenerlos en continua zozobra y provocarlos á tomar las armas.

Pasando con el Ministerio por agente de Policia iniciado en la conspiracion solo para venderla, era con los apostólicos el servidor del gobierno que engaña á este en provecho de sus enemigos. Nadie sospechaba de él por consiguiente.

Si los liberales le veian en las misiones, devoto y compungido, ya sabian que era aquello apariencia para engañar á los fanáticos; si la policia conversando con los señalados por revolucionarios, alegrábase esperando descubrir sus proyectos.

¿Qué habia de verdad en todo ello? don Angel y Mendoza solos lo sabian. Entretanto el primero recibia de todos y de todos se burlaba.

Consiguiente á su sistema, introdújose entonces en los conciliábulos de los realistas moderados, cuyas miras eran asentar la monarquía absoluta en bases sólidas y aristocráticas, convirtiendo á la masa popular, armada á la sazon, en una cosa parecida á lo que en Roma fueron los clientes y libertos de los Patricios durante algunas centurias. Devolver al consejo de Castilla la autoridad que tuvo en sus primeros tiempos; resucitar los fueros de la alta nobleza, y los privilegios de la hidalguia; dar al clero una influencia ni tan escasa que apareciera deprimido, ni tan poderosa que dejenerase el gobierno en teocrático; y al mismo tiempo introducir en todos los ramos de la administracion pública algunas de las infinitas saludables reformas que el espíritu de la época reclamaba: tal era el pensamiento de los gefes de aquel partido, hombres en general respetables por su honradez y sanas intenciones, muchos de ellos dotados de buen talento y sólida instruccion, pero que obcecados por sus preocupaciones ó por sus intereses, no acertaron á comprender cuanto habia de imposible en su sistema, cuan poco era lo que á las necesidades del siglo concedian.

Temerosos con el exceso de la revolucion, que como se vió despues, la templanza en el mando y el órden en la administracion bas-

taban á sofocar, dejáronse mas de una vez arrastrar por los apostólicos á bárbaras crueldades: á su tiempo purgaron ese delito.

Pero volvamos á don Angel que tambien afiliado en ese bando y dueño de sus secretos, comprendió desde luego, cuan funesta á sus miras seria la dominacion de hombres que con sus paliativos pudieran adormecer á los que él y Mendoza quisieran siempre exasperarlos.

Hizo, pues, cuanto de su parte estuvo para estorbarles el triunfo, y ellos le tenian por su mas celoso agente: pero el triunfo de los partidos moderados es en ciertos momentos un suceso inevitable, por lo mismo que en épocas de exaltacion han de sucumbir sin remedio.

Dejando eso aparte, conviene decir aqui que en las reuniones de que íbamos hablando, trabó amistad don Angel con un comandante de Voluntarios Realistas, llamado don Rafael de Villaparda, de quien hicimos larga mencion en la primera parte y habremos de hacerla muy frecuentemente en lo sucesivo, absteniéndonos ahora de entrar con respecto á él en pormenores, porque la bella Laura de Valleignoto nos llama á París, donde, recien llegada, la dejamos al fin del capítulo anterior.

CAPITULO V.

La belle espagnole.

Londres es una ciudad gigante: todo allí respira grandeza, poder, opulencia, solidez, fuerza; pero París ha sido, es y será siempre la capital del placer, la morada del contento y de la disipacion, el paraiso de los viageros.

Al que á la metrópoli de Albion llega sin conocer el áspero idioma que en ella se habla, unos le vuelven brutalmente la espalda, otros le contestan flemáticamente: «Y dont understand yon.» No le entiendo á vd.; y prosiguen su camino; nadie hace el menor esfuerzo para comprender lo que el peregrino pide. ¿Se vá al teatro? El asiento pudiera hacerse de oro con lo que por él se paga, y es preciso ir vestido ademas como el ceremonial lo requiere, so pena de quedarse á la puerta. Todo cuesta mucho, nada es fácil de adquirir, ni las relaciones mas superficiales, y como hemos oido decir á persona de mucha gracia, para vivir bien en Londres son precisas tres circunstancias: primera, haber nacido inglés; segunda, ser lord inglés; tercera, ser lord inglés muy rico.

Sea esto dicho sin ofensa de aquel pueblo industrioso y en todos conceptos respetable, donde la familia generalmente hablando, es un modelo de moralidad, y donde en compensacion de esa corteza ruda, se encuentran corazones generosos, altas dotes de la inteligencia, amistades sinceras y á toda prueba.

Mas el viagero, volvemos á decirlo, solo en París está en su centro. Ora proceda del Cáucaso ó de Méjico, que llegue de Viena ó de Madrid, ya sea políglota, ya no hable mas lengua que la nativa y esa mal, mediante una cantidad razonable de francos, está

seguro de hacerse comprender y servir desde el primer momento. Y allí hay de todo para todas las fortunas: el palacio que cuesta doscientos francos al dia de alquiler y el camaranchon en que por veinte al mes se vegeta. La comida aristócrata en que campea la trufa, se sirve á los postres la piña americana y se beben á pasto el Chateau Margaut y el vino del Rin, y el Champagne frappé; y puesta de por medio la modesta pitanza del estudiante que por 50 sueldos (apenas seis reales) come, sabe el cielo que en realidad, pero al menos, platos que con sus altisonantes nombres engañan la imaginacion ya que estraguen el estómago.

¿Quién anda á pié teniendo el *omnibus* por seis sueldos, la *citadine á la course* por cinco reales, *le coupé á l'heure* por dos pesetas, la *remise* por cinco duros al dia, el magnífico carruage con blasones y libreas por quinientos ó seiscientos francos al mes?

¿Quién mal vestido, quién sin joyas ó adornos, cuando multitud de almacenes de todas clases unos mas brillantes que otros, le incitan sin cesar con sus elegantes muestras, pomposos anuncios y económicos precios?

El rico encuentra el buen gusto que embellece el lujo, el pobre la elegancia que disfraza la escasez.

El disipado aliciente de sobra para su voluptuosa condicion.

El gastrónomo, todos los elementos precisos para tener una indigestion diaria, sin menoscabo del paladar.

El frugal la baratura y buena calidad de los manjares indispensables.

El aficionado á espectáculos, mas de veinte teatros donde elegir entre la tragedia clásica de Corneille y de Racine, la comedia aristotélica de Moliere ó la de intriga de Merrivaux. Las óperas de Rossini y de Bellini, ó las de grande aparato de la Academia real, con sus bailes y sus decoraciones maravillosas; el drama de Bouchardy chorreando sangre, el de Dumas respirando interés, el de Victor Hugo estraviándose á fuerza de poesía, ó el de Casimir Delavigne suplendo con el buen gusto lo que en genio le falta, la artificiosa discreta trabazon y gracioso diálogo de Scribe, y una multitud, en fin, de piezas, sin mas mérito que la gracia, pero con tanta gracia que la risa acaba por ser, oyéndolas, una enfermedad. Todo eso se representa á la vez por actores, algunos escelentes, los demas medianos, ninguno malo; y la mayor parte de eso se goza por muy poco dinero.

Sobran espléndidos cafés, pasadizos soberbiamente iluminados, plazas y galerías donde el ocioso se divierte gratis, abundan las bibliotecas y véndense á poco precio los libros para que el amante del estudio satisfaga su pasion.

El estrangero es siempre bien recibido, los que no le entienden, le adivinan; y si es verdad que le sacan el dinero, tambien que goza cuanto gasta.

¿Qué mas tiene que pedir el viagero?

La traslacion á París contribuyó, pues, eficazmente á que Laura progresase en su convalecencia.

No queriendo ni ella ni su marido, ó mas bien, no conviniendo á Mendoza lanzarse desde luego á la sociedad, abstuviéronse de usar de las muchas relaciones que se les habian proporcionado para aquella capital, y pasaron los primeros meses como verdaderos curiosos, dedicados á conocer así el pueblo como sus cercanías. Leoncio sin embargo, fué presentado en el salon de los estrangeros, y de cuando en cuando solia desertar de la compañía de Laura y Mendoza, circunstancia que á este no le mortificaba en manera alguna.

Despues de la conversacion que tuvo en Londres con la esposa y hermana de su amigo, él y ella evitaron cuidadosamente toda ocasion de aludir á lo que él entonces habia revelado y ella á su vez comprendido.

Las atenciones de Mendoza eran siempre las mismas; constantes, delicadas, previsoras; pero tan respetuosas, que ni era posible dejar de admitirlas, ni tampoco de agradecerlas.

¿Deseaba Laura ir á la ópera? Mendoza le proporcionaba el mejor palco del teatro.

¿Lucia claro el sol, convidaba el tiempo á gozar del campo? El caballo de raza ó la elegante carretela estaban á las órdenes de la señora.

Las primeras y mas raras flores adornaban siempre su tocador: los frutos mas esquisitos se servian en su mesa.

Si el aire era fresco no entraba en su habitacion por un solo resquicio; si hacia calor, en ella no se sentia.

El diario de las modas, los anuncios de los teatros, la última novela, nadie los tenia antes que Laura, y todo era obra de Mendoza, porque Leoncio se contentaba con decir:

«Mira, que de nada te prives: gasta cuanto quieras ó dime lo que deseas.»

¡Pero Mendoza adivinaba lo que aquella niña deseaba!!!

El hábito y la gratitud iban así encadenándola insensiblemente á un hombre, acaso el mas peligroso de todos, y lo que es peor á un hombre á quien no podia Laura amar nunca de veras; porque entre aquellos dos séres mediaba un abismo.

Laura habia elegido para esposo á Leoncio, porque no veia mas hombre que él, y porque en el fondo el carácter del marqués era simpático; en el hecho hubo en resumen un error, lo que era afecto fraternal, ambos lo creyeron amor. Pero deshecha la ilusion, halláronse los dos como antes estaban: él con las inclinaciones de un hombre disipado, ella entregada á los estímulos de una organizacion poderosa y rica en fuerzas vitales, á los impulsos de un corazon vehementísimo, á las creaciones de una fecunda fantasía.

La naturaleza quiso que Laura tuviese para vivir una de esas grandes pasiones que absorben la existencia entera.

Era aquella muger como la hoguera, que ha de arder para existir, y ardiendo acaba por convertirse en un monton de cenizas. La superabundancia del sentimiento la sofocaba, y la espansion del sentimiento mismo habia de aniquilarla.

Tener, pues, continuamente á su lado á un hombre de no desagradable presencia, de gran talento, de perseverancia nunca desmentida, recibir de él continuas pruebas de un amor ilimitado, y no hallar ni en una frase, ni en una mirada, el menor pretesto para alejarle de sí, era una posicion verdaderamente difícil.

Y en el estado de Laura lo era infinitamente mas que en ningun otro de los imaginables.

Soltera, reducíase todo á consultar su corazon y resolverse ó no á unirse con su perseguidor: en el primer caso ambos estaban de acuerdo; en el segundo con provocar una escena de celos y desahuciarle entonces, el compromiso se deshacia en el acto.

Casada, el sentimiento de su obligacion le diera fuerzas para cortar el nudo, ya que desatarle no pudiese; pero Laura no estaba soltera ni tampoco casada.

Inhábil para ser en realidad esposa de otro, su conciencia y su corazon la decian de contínuo que con Leoncio no la unian mas vínculos que los del fraternal cariño.

Un amante impetuoso hubiera ofrecido menos riesgos, alarmándola desde luego, y provocando una defensa vigorosa como el peligro mismo; pero con aquel hombre que servia y callaba, que servia sin solicitar recompensa, y que servia sin rival, no habia recurso en lo humano.

Uno, sin embargo, le quedaba á Laura, que era el de abrir su pecho á Leoncio y solicitar su amparo y proteccion; y alguna vez se le ocurrió hacerlo, mas abstúvose de ello por varias razones.

La primera fué, que los sentimientos por nosotros, como historiadores esplicados con toda la claridad que nuestra pluma lo alcanza, estaban muy lejos de ser ideas distintas en el sentimiento de la interesada.

Necesitaba amar, y así lo sentia, mas no lo pensaba: á veces conocia que Mendoza era su amante, otras le juzgaba solo su amigo; el instinto le señalaba un riesgo, su razon no lo preveia, sin embargo.

Pero hay mas: alguna vez que Leoncio y Laura hablaron de su recíproca situacion, habia el primero esplicado su pensamiento siempre de la misma manera y casi con idénticas palabras.

«Lo que nos pasa, decia, es una gran calamidad para tí sobre «todo, hermana mia, que no siendo mi muger tienes que pasar por «tal á los ojos del mundo. Yo, como hombre, gozaré siempre de «mas libertad, tú tienes en tus manos mi honra, y al menor síntoma de fragilidad que en tí advirtiera, forzoso me seria lavar en tu «sangre mi afrenta.»

El hijo de la duquesa que nunca tuvo gran sensibilidad, y que contando ya mas de cuarenta años, habia llegado á la época en que la mayor parte de los hombres se hacen profundamente egoistas, se espresaba con tan cándido brutal cinismo, creyendo decir solo una cosa muy natural, muy justa, muy acomodada á las conveniencias sociales.

Pero aunque inocente su hermana, se revelaba interiormente

contra tanta injusticia y comprendia que Leoncio resuelto á buscar compensaciones mas ó menos poderosas á la desgracia que debiera ser comun á entrambos, pretendia que sobre ella pesase esclusivamente todo lo penoso de la situacion en que se encontraban.

Colocados los hermanos en tales posiciones relativas, la confianza era entre ellos imposible, la guerra inevitable mas tarde ó mas temprano, y por de pronto Laura estaba sola é indefensa, entregada á merced, por decirlo así, de Mendoza.

Este, calculadas detenidamente todas las dificultades de la empresa, halló que la mas grave consistia en la absoluta ignorancia en que Laura estaba de las cosas del mundo; porque si el candor es fácil de seducir cuando el seductor tiene medios de santificar las apariencias de sus designios, no era posible que muger tan inocente como Laura, comprendiese lo que el capitan llamaba compensacion á sus males.

Así, y aun que no se le ocultó el riesgo de que mil y mil rivales le disputasen la presa, se decidió á lanzar á Laura en el gran mundo, con la esperanza de que el expectáculo que iba á ofrecerse ante sus ojos, acabaria muy pronto con su inocencia.

La cosa era facil: Leoncio tenia recomendaciones para los principales Banqueros, y otras notabilidades de París; Mendoza mismo estaba ya en relaciones con las personas mas influyentes del partido liberal; y Laura temerosa, sin saber por qué, de hallarse siempre y frecuentemente á solas con el capitan, aceptó con gusto la proposicion de hacer las visitas hasta entonces diferidas.

Segun la costumbre francesa cada persona visitada correspondió con un convite, ya para comida, ya para baile ó tertulia. La galanteria francesa, acogió la fiera belleza de la jóven Mejicana con entusiasmo; las mugeres mas elegantes de París se disputaron el placer de introducirla en aquellos brillantes salones; los Lovelace de la época cayeron todos á sus pies; en la ópera, donde tomó palco, todos los anteojos se fijaban en ella; en los bailes se miraba como una dicha bailar con ella, la décima ó duodécima contradanza; en el bosque de Bolonia un escuadron, compuesto de elegantísimos ginetes, escoltaba siempre su carruage; en Tullerias su acompañamiento era una regia comitiva; los periódicos la ensalzaban hasta los cielos; y una modista que dió á cierto tocado de su invencion el título de *á la belle espagnole*, ganó diez mil francos en tres dias.

Durante las primeras semanas de aquella ovacion continua, de aquel entusiasmo de buen tono, de aquellos obsequios delicados, que los franceses, y los franceses solos saben y pueden tributar ensalzando á una persona cualquiera, sin rebajarse nunca ellos mismos; Laura, sin desvanecerse, por que la altivez de su noble espíritu, podia sin riesgo subir á mucha mayor altura, paladeó con delicia los triunfos de su hermosura y discrecion, tesoros hasta entonces escondidos como el oro en las entrañas de la tierra.

Su instinto de muger la puso bien pronto al corriente de las mil y una filigranas de la verdadera elegancia, la reveló ese secreto inexplicable de la aligacion de la opulencia con el buen gusto, del fausto

con la sencillez, de la cultura, con la naturalidad, que hace de la gran Señora parisiense, un ser aparte, todo de gasa y luz, de matices suaves y colores varios, pero tan delicado, tan impalpable, tan vaporoso que un soplo al parecer basta para deshacerlo.

La belle Espagnole, tuvo que aprender el primer mes: y al segundo era el modelo, la reina de la moda.

Presentóse un dia en el teatro italiano con la basquiña y jubon de alepin negro con cairceles, hombrillos y guarniciones de rojo y plata, el pelo detrás de la oreja, una rosa prendida al lado izquierdo de la cabeza, peinado alto, peine de plata, mantilla blanca; y en aquel teatro, donde no hay mano sin guante amarillo, donde se respiran aromas, donde nadie levanta jamás la voz, donde los pasillos y corredores están alfombrados, para que ni el ruido de los pasos turbe su aristocrático sosiego; á pesar de hallarse á la sazon presente en su palco una de las princesas de la real familia, levantóse expontáneamente la concurrencia al ver á Laura hecha una Diosa con el elegantísimo trage Andaluz, y los actores mismos suspendieron un instante la escena que cantaban.

Pasados tres dias, la princesa hizo convidar, por medio de su Secretario de órdenes, á Monsieur y Madame Montefiorito, para el baile que daba en su palacio una semana despues.

Hasta entonces Mendoza habia seguido siempre á Laura como su sombra, y gozádose en sus triunfos sinceramente, si bien algunas veces penetró en su corazon el dardo emponzoñado de los celos. Mas como los adoradores de la beldad á la moda, eran tantos cuantos los hombres que la veian, su mismo número neutralizaba el peligro, y por otra parte ella no daba muestras de preferir ni en lo mas leve á ninguno.

Mendoza, poniéndose bien pronto al nivel de los hombres del gran tono, hízose el oráculo de Laura, enterándola de lo que no comprendia á primera vista, llamando su atencion sobre la falsedad de las apariencias, haciéndola penetrar succesivamente en los misterios de la corrupcion social, para familiarizarla con ciertas ideas, peregrinas hasta aquel momento para ella.

Leoncio desempeñaba al natural su papel de marido, dejándose obsequiar como si por él lo hicieran; y si bien mostrándose tolerante cuanto el mundo lo exige, no tan descuidado que del extremo opuesto pudieran acusarle.

Lo que el amor no, los celos de la honra lo hacian, y el capitan su amigo cuidaba además de mantenerle en el estado de una prudente vigilancia, por que así cuadraba á su propio interés.

Así estaban cuando la invitacion inesperada de la princesa, vino á llevar á Laura, por primera vez sola, á una gran concurrencia; y cuando decimos sola entendemos sin Mendoza, que bien quisiera, mas no pudo impedirlo.

Cuando á su vista un galan almivarado ó un seductor cínico, se acercaban á Laura, mucho padecia, mas al cabo, era testigo de la escena que invariablemente concluia por que Laura, con una discreta chanza ó un altivo desden, desahuciase al uno ó humillase al otro: pe-

ro pasar una noche entera lejos de ella, sabiendo que la rodeaba un enjambre de adoradores, y no verlo, y no poder seguirla con la vista en la contradanza, ni echar sobre sus hombros el Sehal cuando acababa de bailar, ni darla el brazo para bajar la escalera, pareciale suplicio espantoso.

¿Quién sabe, pensaba, si la deslumbrará el brillo de la corte; si algun príncipe, algun cortesano...! ¡Primero la hago mil pedazos que verla en brazos de otro...!

No hubo remedio: Laura fué al baile de la Princesa sin Mendoza.

CAPITULO VI.

Gran baile en Tullerias.

De algunos años á esta parte las antiguas costumbres españolas, perdiendo su característica gravedad, van sucesivamente degenerando y confundiéndose con los usos de otros pueblos; y no han contribuido poco las revueltas políticas á ese fenómeno, del cual resulta que ya lo somos todo en la Península menos españoles.

Sin embargo, por mas esfuerzos que se hagan para destruirla de raiz, algo queda siempre en el fondo de todas nuestras acciones y pensamientos de la índole altiva castellana; algo hay que recuerda los tiempos del ceremonial compasado y austero de la corte de ambos mundos, hasta en las fiestas revolucionarias.

Así los saraos franceses se diferencian en gran manera, aun de aquellos españoles que la deplorable manía del estrangerismo, aspira á que sean copias fieles de los festines de allende el Pirineo.

Luis XIV desempeñaba un papel activo en los bailes pantomímicos de Versalles, cuando el último hidalgo aragonés apenas se dignaba danzar una mesuradísima zarabanda: las distancias se han estrechado desde entonces acá, pero aun no han desaparecido completamente.

El expectáculo, pues, que á Laura y Leoncio esperaba; aun para él era completamente nuevo, empezando por la inesperada invitacion que para asistir á él recibieron.

En su calidad de emigrado ninguna relacion directa ó indirecta tenia Montefiorito ni con la Embajada en París de Fernando VII, ni por consiguiente con la corte de Carlos X centro y tabernáculo del mas acendrado realismo: pero Laura en las sociedades que frecuentaba contrajo eso que entre las mugeres se llama amistad, sin ser apenas conocimiento, con la Baronesa de la Rochebleue, Dama de la princesa que daba la funcion que nos ocupa.

S. A. R. que ya habia oido hablar de la hermosura y gracias de la *belle espagnole*, hallando al verla en el Teatro italiano, que la fama no exageraba su mérito, y que la distincion de sus elegantes maneras correspondian en todo á los encantos de su rostro, quiso saber si

tambien por la nobleza de su alcurnia pertenecia á la alta aristocracia.

«Cette Dame, respondió la Baronesa, est, neé de Valleignoto, maision tres ancienne en Espagne; et son mari est un cadet de la famille des Montellorito.—Mais je connais beancop la famille des Montellorito, replicó la princesa; elle pent marcher de pair avec les Montmorency.»

Llenando, pues, Laura cumplidamente, como en realidad las llenaba, todas las condiciones aristocráticas que el canciller austriaco mas escrupuloso pudiera exigir para su admision en la corte, y siendo además la *Beauté à la Mode*, la Princesa creyó conveniente concederle la honra de un convite y dió al efecto las órdenes oportunas.

Algunas dificultades hubo por parte de la corte, pues en aquella eran admitidos sin obstáculo, y acogidos con la benévola cortesíaque á los franceses distingue, los extrangeros de distincion, mas precede su presentacion oficial á todo convite; y á mayor abundamiento Montellorito era un liberal emigrado.

La hija de Luis XVI, á quien los horribles sucesos de sus primeros años habian dado un carácter de áspera severidad y de acerva virtud, poco comun en Francia, y menos á propósito para la época que alcanzaba: censuró sin reserva ni consideracion alguna, el deseo de su augusta parienta, llamándolo en alta voz *Caprice de Jeune femme*, y oponiéndose á que un revolucionario español profanase con su presencia el recinto de las Tullerias.

Sin tan violenta oposicion la princesa cediera, quizá sin dificultad, pero irritado su amor propio, hizo de aquel negocio cuestion de ofendida dignidad, interesó en él á su marido; y la corte de resultas de tan grave asunto se dividió en dos bandos encarnizados el uno contra el otro.

En el de la duquesa de Angulema figuraban los restos del naufragio revolucionario, todas las viejas palaciegas, sin esceptuar una sola; y algunos de los personages de Montrouge, cuartel general entonces de los jesuitas ó apostólicos franceses.

Por parte de la Princesa militaba la juventud, los Gentiles-hombres, los gefes de los guardias de Corps y las bellezas del faux-bourg Saint Germain.

Carlos X se bañaba en agua rosada viendo reproducirse ante sus ojos una escena muy semejante á las infinitas que en sus primeros años presenció y aun promovió en la corte de Versalles; porque S. M. habia sido uno de los mas célebres galanes y hasta seductores del último periodo de la monarquia de Luis XIV.

Por esa razon, y por otras políticas, inclinábase no poco á complacer á la jóven princesa, que con sus gracias, afabilidad y discrecion, se cautivaba facilmente los corazones.

Sin embargo, no quiso el Rey, decidir por sí solo punto tan arduo como lo era saber si debia ó no figurar en una contradanza nuestra bella compatriota, y cometió la resolucion al ministro de Negocios estrangeros.

S. E. diera de buena gana cualquiera cosa porque no le pusieran

en tal compromiso «mais c' etait le bou plaisir du Roy;» y hubo de someterse velis nolis.

Una vez aceptado el encargo, escribió el Ministro al Embajador de España, sin enterarle del punto en cuestion, pero rogándole que le diese algunas noticias con respecto al emigrado don Leoncio de Montefiorito. Tambien al prefecto de Policia se le previno que comunicase al ministerio de Negocios estrangeros cuanto en el particular supiese.

El Embajador contestó: «Montefiorito fué durante los llamados tres años, liberal de bastante exaltacion, mas solo en palabras. Gentil-hombre de cámara de S. M., mostró celo por el real servicio y amor á la sagrada persona del rey mi amo (Q. D. G.) durante su cautividad en Cádiz. No se le ha formado proceso alguno, y es de creer que si solicitase la Real Gracia no le seria negada.»

La nota del Prefecto de policia estaba concebida en estos términos.

«Mr. de Montefiorito en Londres vivió segregado del resto de la emigracion, frecuentando los teatros, los salones de la aristocracia, los clubs no políticos y las carreras de caballos.

«Llegó á Paris hace seis meses: ha tomado un Palacio (Hotel) en la calle del Dominique, por el que paga veinte y cinco mil francos de alquiler anual. Su servidumbre es francesa toda, á escepcion de su Ayuda de cámara, y la doncella de su señora que son españoles. Vive con el fausto de un príncipe. Juega algunas veces en el salon de los estrangeros: pero no es jugador. Los placeres absorven su tiempo y jamás habla de política. De algunos dias á esta parte visita con frecuencia á Mademoiselle Zephierine, bailarina de la Academia Real de Música, á quien ha señalad › por ahora una pension mensual de tres mil francos. Su señora es la muger mas á la moda hoy en París: pero goza al mismo tiempo de escelente reputacion.

«Por si á S. E. conviene, no se pierde de vista desde este momento ni al uno ni al otro. Mlle. Zephierine está ya encargada de observar al marido; y por el amante de la costurera de la señora sabremos cuanto de esta fuere necesario.

«*N. B.* Vive en compañia de Mr. de Montefiorito, un capitan español llamado don Pedro Mendoza, que tiene relaciones con cuanto hay en París de revolucionario, y recibe voluminosa correspondencia de Inglaterra, Alemania, Holanda, Italia y España.

«Sobre esta correspondencia se ha llamado ya la atencion del Gobierno.

«Montefiorito ha sido coronel de Mendoza en la guerra de los seis años.

«Algun agente pretende que el capitan es mucho mas amigo de la Señora que del Señor de Montefiorito; mas esta noticia requiere confirmacion.»

En virtud de estos datos, y teniendo en consideracion tanto que el porvenir estaba por la Princesa, cuanto que el Monarca se inclinaba á complacerla, resolvió el ministro que podia convidarse á Montefiorito y á su muger, con tal que de ninguna manera se estendiese esta gracia á Mendoza.

El lector nos escusará los pormenores en que hemos entrado con respecto á ese convite, en gracia de la idea que pueden darle de la manera con que en la corte de Carlos X se trataban los negocios y se hacian negocios de frusterías, mientras que el edificio monárquico, minado por sus cimientos, se hundia bajo las plantas del Rey y de sus áulicos.

Mas por entonces pocos allí habian fijado la vista en la tempestad que al horizonte se iba preparando, y todo era saráos, todo festines, como aquel en que Laura se presentó ante la corte francesa.

El palacio de las Tullerías es un edificio de piedra ennegrecida por el tiempo y la humedad del Sena, á cuya orilla derecha se halla situado, perpendicularmente á su cauce.

Su planta es un paralelógramo tan prolongado que mas parece de nave de Iglesia que de palacio: en sus estremos y en el centro ensancha un tanto formando los tres pabellones, Marsan, de Flore y del Relox, de los cuales el último, que es el de en medio, contiene el vestíbulo y la escalera principal, y dá paso al jardin; este, siguiendo la corriente del Sena, se estiende hasta la magnífica plaza llamada un tiempo de Luis XV, despues de la Revolucion y hoy de la Concordia.

Enlázanse las Tullerías con el Louvre, palacio mucho mas antiguo, por medio de dos galerías perpendiculares á entrambos edificios y paralelas al rio, de las cuales está concluida la que cae sobre el espolon (Quai) del mismo, y por terminar la de enfrente, que separa la irregular plaza del Carrousel de la suntuosa calle de Rivoli, conjunto bellísimo de clásicas construcciones, mandadas ejecutar por Napoleon que deseaba convertir á París en una ciudad semejante á la antigua Roma.

Una gran berja de hierro que corre de Galería á Galería en la misma direccion que la magistral de Tullerías cierra delante de la fachada del palacio una basta porcion de terreno, que es rigorosamente hablando la verdadera plaza de armas, donde están los cuerpos de Guardias y otras dependencias de la corte, y donde tambien, desde los tiempos del imperio, suelen revistar las tropas los Monarcas de Francia.

Por su situacion, pues, entre una gran plaza á su frente, un magnífico jardin á la espalda; un rio navegable cuyas orillas están cubiertas de palacios suntuosos ó de establecimientos industriales, á un costado; y una Calle digna de Roma al otro, con poco que las Tullerías tuvieran de belleza artística pudieran pasar por uno de los primeros palacios de Europa, pero anduvo tan escaso de ingenio el Arquitecto, que hizo de aquel edificio un lóbrego macizo callejon y no otra cosa.

Sin embargo la noche del Baile en cuestion, plaza y jardin estaban profusamente iluminados y por las ventanas del palacio mismo, salia una masa de luz tan viva que de lejos pudiera confundirse con la llama de un incendio.

Solo los coches blasonados podian entrar en la parte reservada de la Plaza del Carrousel: la Gendarmerie Royale, d' elite, ó sea de reserva, estaba de servicio en las avenidas del Palacio: un enjambre

de agentes de policia, unos públicos y con uniforme (les sergeanti de ville) otros secretos, todos armados, recorrian incesantemente la curiosa multitud agrupada en torno de la regia mansion; la Guardia Real exterior francesa y suiza, de toda gala, daba el servicio en la plaza, jardin y puertas todas: desde el vestíbulo hasta las antecámaras, los cien suizos, cuerpo equivalente á nuestros alabarderos, compuesto entonces de hombres de talla colosal cubiertos de oro y con gorras de pelo que acrecentaban su estatura y marcial aspecto: en los cuartos de las personas reales solo entraban de faccion los Guardias de Corps, sino inferiores tampoco superiores en belleza y fausto á los que en España hemos conocido.

La servidumbre de etiqueta ó sean los personages, damas y caballeros del régio séquito estaban de grande uniforme, circunstancia, que de paso sea dicho, así como la de llevar calzon y media, era indispensable para ser admitido aquella noche en palacio.

Desde el ingreso comenzaban las alfombras y las macetas de flores las mas raras y exquisitas; un aroma suavísimo embalsamaba la atmósfera: numerosas y excelentes orquestas tocaban sin interrupcion, ya la música del inmortal Rossini, ya walses y contradanzas compuestas de intento para aquel baile; gran número de criados con la real librea y llenos de urbanidad y de atencion, adivinaban por decirlo así los deseos y necesidades de los concurrentes; en las antecámaras Ugieres ó Porteros de estrado atendian al buen órden y comodidad de todos los Gentiles-hombres, y otros palaciegos se consagraban exclusivamente al servicio de las Damas, con los Ayudantes de campo del Rey y de los Príncipes; y nada, en una palabra, de cuanto el mas refinado gusto puede hacer para recrear el ánimo y alhagar los sentidos, faltaba en el sarao.

Necesitaríamos volúmenes enteros para enumerar rápidamente siquiera las notabilidades de todos géneros hacinadas entonces en los salones de la Princesa, donde todos los lauros de la antigua Francia tenian sus representantes: lástima que al lado de los de Montmonceney, de la Rochefoucault, de Riviere, de Liancourt, de Chateaubriand, de Villele, de Martignac, de Concy, y de Polignac, solo figuraran muy pocos de los héroes del imperio, menos aun de los prohombres del liberalismo. Pero Carlos X negaba á estos la importancia que mas tarde hubo de conocer muy á su costa

Laura al presentarse en aquellos salones, vestida con la mas exquisita elegancia, y brillando aun mas por sus naturales atractivos que por la oriental riqueza de un aderezo, en que el ópalo y el rubí artificiosamente combinados con los diamantes, parecian astros de su cielo; Laura, decimos, al entrar en el sarao del brazo de Leoncio que sobre su uniforme de Coronel de caballeria, llevaba la roja espada de Castilla, recuerdo de eternas glorias, sintióse un momento deslumbrada por tanta magnificencia junta: pero en breve, sobreponiéndose á tan pasagera sensacion, y conservando solo en el rostro la expresion angélica de su pudor nativo, atravesó con planta firme, y cautivando corazones, salas y galerias hasta llegar al gabinete ó *boudoir* de la Princesa.

S. A. sin ser lo que se llama una hermosura tenia entonces la frescura de la juventud, y una expresion en el rostro, de talento, audacia y nobleza que suplia con ventaja la falta de otros atractivos mas brillantes pero tambien mas efímeros.

El Rey que la queria con paternal cariño, estaba cumplimentándola sobre la elegancia del rico trage que vestia, y el buen gusto de la corona que llevaba en la cabeza, cuando la Baronesa de la Rochebien haciendo una profunda reverencia se presentó en la puerta del gabinete.

Viólala la Duquesa, y diciendo antes al Rey con encantadora sonrisa, ¿Señor V. M. me permite que dé audiencia á mi primer ministro? A lo que el galan Monarca contestó besando la mano de su parienta ¡cómo si permito, Señora! Esta noche somos todos aqui, y yo el primero, vuestros humildes vasallos,» hizo seña á la Baronesa de que entrase.

—¿Y bien, como está el baile? preguntó la Princesa así que el rey se hubo retirado.

—Admirable, señora, respondió la baronesa; como cosa dispuesta por V. A.

—¡Lisongera! Pero supongo que no habeis venido solo á incensarme. ¿Quereis algo?

—Si V. A. me lo permite, me atreveré á suplicarla me conceda la honra de presentarle al Señor y á la Señora de Montefiorito.

—¡Cómo! ¿La belle espagnole ha venido yá? Librenos el Señor de que la vea nuestra amable hermana la Duquesa de Angulema.

—S. A. no se ha dignado aun presentarse en el baile.

—Ni se digna, Baronesa: está con jaqueca.

—¡Ah!

—¿Os sorprende? Pues á mí nó: es una jaqueca con que contaba hace dias, y es además una amabilísima Jaqueca.

—Pero ¿no deciais que la Española....?

—Ella y su marido esperan con ansia el honor de ponerse á los pies de V. A.

—Podeis traérmelos....Pero un momento, Baronesa... que dé un repaso á mi tocado, no vayamos á parecer horriblemente fea al lado de esa beldad de primer órden.

—V. A. sabe muy bien que sus encantos....

—Baronesa, Baronesa, basta de lisonjear: que vengan los españoles.»

La princesa, echando una ojeada al espejo, y despues de haber alisado con las puntas de los dedos la parte de sus cabellos mas inmediata á la frente, pareció satisfecha de sí misma; mas, sin embargo, fué á sentarse en un sofá colocado de manera que la luz de las bugias no iba directamente á caer sobre su rostro.

Leoncio y su muger entraron guiados por la Baronesa, y el uno y el otro empezaron por doblar la rodilla ante S. A. en actitud de besarle la mano.

—¡Ah!, dijo la princesa, levantándose á medias de su asiento y alzando á Laura del suelo; parece Coronel, que aunque liberal no

habeis olvidado los hábitos de sumision de vuestro pais, y tambien del mio.

—Los españoles, señora, replicó Leoncio, son siempre respetuosos con las personas reales, y la de V. A. aun sin esa circunstancia, inspira tan profunda veneracion!...

—¡Veneracion, coronel! Me hareis creer que soy ya vieja.... Pero esta señora tendrá celos si vé que prescindimos de ella.

Y en seguida la princesa dirigiéndose á Laura, la hizo algunas preguntas con grande amabilidad, quedando al parecer prendada de las modestas y oportunas respuestas de la hija del Indiano. Leoncio por su parte, como persona habituada al trato de la córte, estuvo respetuosamente galan y con discreccion lisongero, quedando así todos satisfechos unos de otros.

Al cabo de un cuarto de hora de conversacion, tiempo muy largo, favor muy señalado en palacio, la Princesa llamando á un General Ayudante de campo del Rey, se le dió por pareja á Laura, permitiéndola que bailase en la misma contradanza en que S. A. iba á hacerlo con el Embajador del Rey su padre. Al coronel Montefiorito se le dió por pareja la Baronesa, tambien en la misma contradanza.

Tan notables distinciones eran mas que mero capricho la ostentacion del triunfo conseguido por la princesa en el negocio del convite: pero como recaian al cabo en Leoncio y su esposa, la atencion general se fijó desde luego en ellos.

La Baronesa tuvo mil empeños de los cortesanos que solicitaban ser presentados por ella á la *belle spagnole*, y en el targetero de esta se inscribieron en poco tiempo hasta seis nombres ilustres para otras tantas contradanzas.

Pero entre el señorio francés no faltaban tampoco españoles que gozasen en el triunfo de su bellísima paisana; y entre ellos habia dos jóvenes en los cuales fijaremos un momento la atencion.

Era el uno de elevada estatura, talle esbelto, maneras de una elegancia inimitable, y un rostro que es preciso haber visto para comprender el género de su belleza.

Nada hab.a de afeminado en sus facciones que eran, sin embargo tan delicadas como las de una dama; todo era varonil en su fisonomia sin el menor rastro de aspereza.

Despejada y altiva la ancha frente; griega la nariz de clásica belleza; pequeña la boca, sombreada por un bigote negro y elegante; el cabello del mismo color, peinado pero sin afectacion; y sobre todo, unos ojos llenos de fuego, penetrantes, chispeando, por decirlo asi, la inteligencia, la audacia, la generosidad, componian un conjunto que como ya lo dijimos, es preciso haberlo visto para comprenderlo.

Ocupaba entonces un puesto no insignificante en la Diplomacia; sin dejar de pertenecer á la Carrera militar; una juventud borrascosa, aun á la sazon no completamente terminada, le habia hecho célebre y dado de su inteligencia y valor intrínseco una falsa idea á los que solo por las apariencias juzgan: pero los capaces de apreciarle, y Fernando VII en particular, sabian que dentro del calavera estaba un grande hombre.

Mientras vivió en las regiones subalternas, no pudo aquel hombre tener sosiego; y en las pasiones ó acaso en los vicios buscó pasto con que engañar, ya que satisfacer no pudiese la actividad de su corazon: fué gran calavera, como hubiera sido gran cenobita en los primeros siglos de la iglesia, por que habia nacido grande, y en cuanto pusiera la mano habia de imprimir el sello de su grandeza.

Mas tarde volveremos á encontrarle en nuestro camino; por ahora basta lo dicho.

Del brazo con aquel Diplomático, iba otro Español: don Luis de Ribera, que recien llegado á Europa desde la Habana, y usando de una real licencia, no quiso volver al servicio activo sin haber antes visitado la capital de Francia.

Jóvenes ambos y militares, intimaron bien pronto relaciones en la embajada; con el Embajador concurrieron al baile donde los hallamos, y estaban en el momento en que en escena entran, observando atentamente á Laura que bailaba delante de ellos.

—Magnífica muger, esclamó el Diplomático: vale lo que pesa.

—¡Es un Angel! respondió Ribera sin apartar de ella los ojos.

—En cuanto á eso de Angel, tocayo, todas lo parecen....

—Por amor del cielo que no venga vd. á turbar mis ilusiones con su máxima...

—Nada de eso: sea vd. feliz con sus creencias: lo que yo quisiera es tenerlas.

—Las tiene vd, como yo: sino que se empeña en persuadirnos y persuadirse de lo contrario.

—Puede ser que en América el bello sexo goce de mas virtudes: pero vd. no sabe lo que son las Europeas.

—Dejémoslo, tocayo, que ya sabe vd. que no estamos de acuerdo en la materia.

—Por lo menos lo estamos en que la paisana es deliciosa.

—¡Qué! ¡le gusta á vd.!

—¿Si me gusta? Infinito: pero no tenga vd. celos por eso; partiremos.

—¡Tocayo, por el cielo santo!

—¿Se habrá vd. enamorado de veras?

—No lo sé: pero esa muger me parece, vuelvo á repetirlo, un Angel.

—Vamos, una pasion súbita. ¿De dónde diablos sale vd. Ribera, que viene á enamorarse, como un novicio, de la primera muger que tropieza en un baile? No se me pique vd., y aprenda de mi generosidad: le cedo esa muger.

—¿Pues que vd?.... ¿Seria posible?

—La veo en este instante por primera vez de mi vida: pero es muger....

—¡Respiro! Eso ya es otra cosa.

—¿Por qué no se declara vd?

—Por que no la conozco.

—Pues yo le presentaré.

Terminábase en aquel momento la contradanza; Laura se sentó en una banqueta, al lado de la Baronesa; sus adoradores formaron círculo en derredor ambas.

Nuestro Diplomático, sin aguardar respuesta de Ribera y arrastrándole en pos de sí, encaminóse por la línea recta al asiento de la belleza, penetró intrépido la falange cortesana que la rodeaba, y con un saludo desembarazado y elegante, comenzó á decir:

—«¿Permitirá esta señora que dos compatriotas suyos que hace dos horas están admirándola en silencio, tengan la osadía de suplicarla que los favorezca bailando con ellos? El coronel don Luis de Ribera, mi amigo, mas corto que yó, anhelaba ese favor sin atreverse á pedirlo: yo, usando ó abusando de la franqueza española, me presento á mí mismo.»

Pronunciadas esas palabras con el tono mas exquisito de urbanidad, y sirviéndole de fiador el uniforme que vestia, Laura aunque un tanto sorprendida de que, habiendo hasta entonces llegado á ella todos los hombres á guisa de humildes suplicantes, aquellos dos se creyesen dispensados de toda formalidad, no pudo sin embargo darse por enojada y limitóse á preguntar con cortés frialdad:

—¿Y puedo yo saber á quien tengo el honor de hablar en este instante?

El diplomático dijo su nombre apellido y empleos, sin turbarse en lo mas mínimo.

La baronesa que entendia algo del Español, viendo á su amiga perpleja, le dijo al oido. «Aceptad; y no prolongueis una conversacion peligrosa.»

Aceptó, pues, la hermana de Leoncio; fueron inscriptos los dos amigos en la lista de los mortales favorecidos, y, dando las gracias, retiráronse con gran placer de Ribera que habia estado en brasas durante toda aquella escena.

Cierta Dama llamó al Diplomático, sin duda no muy satisfecha de haberle visto tan en conversacion con la *belle espagnole*, y excitando con sus reconvenciones la irritable bilis del que, á juzgar por las apariencias, era su amante, púsole en tal estado de cólera que para no dar un escándalo hubo desalirse del baile.

Mientras eso pasaba, la Baronesa habia explicado á Laura la mala reputacion de que en punto á mugeres gozaba el jóven Diplomático, y advertídole que era hombre con quien desaires y favores eran igualmente peligrosos.

Temblaba, pues, la hija de don Simon cuando oyó sonar los compases preliminares de la contradanza que le habia prometido: mas su temor se trocó en sorpresa, no viéndole llegar aunque con mucho era pasado el tiempo en que debiera hacerlo.

Los infinitos desahuciados ya, que solo confiaban en algun lance de aquella especie, se disputaron tenazmente la vacante, y Laura apenas tuvo tiempo para fijarse en el desaire recibido.

Llególe, en fin, el turno á Ribera, y presentóse con anticipacion, pero tan modesto, tan rendido que desarmó la cólera de la beldad española, á quien la Baronesa tuvo cuidado de hacer observar que el Diplomático se habia conducido con ella de una manera indisculpable.

En consecuencia Ribera fué recibido con tal frialdad que al lle-

var á Laura á ocupar su puesto en el Wals que iban á bailar, se creyó obligado á decir:

«Señora, la honra que vd. me hace en este momento es inmensa, pero, perdone vd. mi franqueza: temo que no voluntaria....

—No sé por qué lo diga vd. caballero, replicó la huérfana, como no sea para repetir el desaire de su amigo....

—Mi amigo, Señora, atacado de una dolencia súbita... (Ribera mentia, pero era forzoso.)

—Yo no pido disculpas.

—Yo debo darlas, por él, por vd. y por mí.

—Pues yo me doy por satisfecha, y no hablemos mas del asunto.»

Rompió la orquesta y lanzáronse las parejas á su acelerado compás; Ribera estaba en el quinto cielo.

Con el brazo derecho enlazaba el flexible talle de Laura, con la mano izquierda asia su mano; en su rostro sentia su embalsamado aliento; algunas veces de cabeza á cabeza no mediaba mas distancia que la absolutamente indispensable para que no se tocasen.

El wals debe de ser un excelente baile en las regiones del Norte: pero para el Mediodia acerca demasiado á las gentes.

En fin Laura valsaba como se hace á los diez y ocho años, con el cuerpo y con el alma, con la ligereza de una sílfide, con la velocidad de un ala.

Ribera iba ébrio de placer y de amor; cielo y tierra desaparecieron á sus ojos: Laura sola, y Laura en sus brazos era lo que unicamente veia.

¿Hay ó no magnetismo? Dispútenlo los sabios; nosotros en él creemos.

¿Qué es, si no, lo que acontece entre personas que á primera vista se prendan una de otra?

¿Porqué entre dos jugadores desconocidos nos interesamos siempre en favor de uno determinadamente?

¿Porqué tal fisonomia nos inspira confianza y tal otra aversion?

Negado el magnetismo, todos esos fenómenos se quedan sin explicacion.

Hay, pues, magnetismo y su fuerza inexplicable obraba simultáneamente sobre Laura y Ribera; cada vuelta que valsando daban era un clavo que remachaba la cadena que por el momento los unia.

El seno de la jóven palpitaba dulcemente agitado; sus negros ojos, lánguidamente entre abiertos, destellaban un fuego abrasador; abandonado el cuerpo á Ribera, moviase como si el viento la llevara y ella se estuviese queda; y el Coronel brotando llamas, respirando felicidad y amor, iba en un éxtasis de delicias inexplicables.

Todos los ojos de la galeria (los mirones) se fijaron en ellos; y la casualidad quiso que Leoncio tambien los viera y observase.

Estábamos ahora por preguntar ¿Hay casualidad? ¿Qué cosa es la casualidad?

Pero no faltaria, si tal hiciésemos, quien nos acusara de filósofos declamadores.

¡ Y qué importa esa acusacion ? Vamos adelante con nuestra pregunta y diga la crítica lo que quiera.

Lector ¿ hay casualidad ó no hay casualidad?

Si eres feliz , vas á decirnos que sí : pero desgraciado , la niegas seguramente.

El afortunado debe á la casualidad sus gozes : el de mala dicha á lógicas combinaciones sus desventuras. Juega el rico á la Loteria y gana el premio grande : ¡ feliz casualidad ! dice al cobrarlo; sale el pobre á paseo y un chaparron le estropea su flamante sombrero, es preciso, exclama , me pongo yo el sombrero nuevo : ha de llover.

¿ Luego hay casualidad para unos y para otros desgracias?..... Quizá sí , quizá no: tal vez lo cierto es que todo en el mundo sea lógico , aunque no siempre alcance el hombre á comprenderlo.

Todo esto se nos ha ocurrido á propósito de que Leoncio marido y hermano , observó con harta pena suya como valsaban Laura y Ribera ; observacion que á menos de ser ciego hiciera en su lugar cualquiera otro , aun menos versado que él en materias de mundo.

Frunció , pues las cejas involuntariamente ; juró en sus adentros que no volveria su hermana á dar vueltas á compás con aquel hombre ; y como si con los ojos pudiera poner remedio , túvolos en ellos clavados hasta que cesando la música cesaron ellos tambien de bailar.

Entonces Ribera , fijando la vista con entusiasmo en su bella pareja , mas sin proferir ni una sílaba , ofrecióla el brazo , que ella casi exánime aceptó , sin hablar tambien , apoyándose en él voluptuosamente. Los corazones de entrambos palpitaban con tal fuerza que podian oirse sus latidos : él , alta la cabeza , erguido el cuerpo, radiante la frente, fosfórica la vista , parecia paladear con delicia su triunfo ; ella roja como el carmin , vacilante el paso, medio desechos los abundantes rizos , velados los ojos, y palpitante el seno , proclamábase vencida.

Y no se habian dicho una sola palabra de amor , y ni él habia osado , ni ella concedido cosa alguna.

Cuando Laura llegó á su asiento apenas podia tenerse : Ribera al saludarla para darle gracias , se atrevió á oprimir su mano con una ligera presion y decirle : « No olvidaré nunca esta noche que decide del destino de mi vida.»

No le respondió Laura : pero lanzóle una mirada que con evidencia decia: «Tampoco yo podré nunca olvidar el wals que juntos hemos bailado!»

Negóse la hija del Indiano á tomar parte alguna en la danza durante el resto de la noche ; Ribera procuró colocarse en parage desde donde , sin llamar la atencion , pudiese tener siempre en ella clavados los ojos; Leoncio, advirtiendo que no se acercaba de nuevo á su hermana , tranquilizóse algun tanto.

A las tres de la madrugada retiráronse los esposos : en la escalera estaba el coronel , envuelto en una pelliza , y confundido entre otras personas: Leoncio no le vió , Laura sí , porque él tuvo cuidado de colocarse á la parte por donde ella iba.

Dejó la hermosa mejicana caer un guante ¿por casualidad?

Quizá sí, quizá no.

Recogiólo con ansia Ribera y besado, guárdólo cuidadosamente.

¿Casualidad tambien? no lo sabemos.

Acercóse el coche de Montefiorito, Mendoza que durante toda la noche habia rondado impaciente y celoso el palacio de las Tullerias, fué quien abriendo la portezuela antes que el lacayo, ofreció á Laura la mano para ayudarla á subir.

¿Porqué se estremeció al verle la hija de don Simon? Casualidad sin duda, si es que la casualidad existe.

CAPITULO VII.

Consecuencias lógicas de un Wals.

Rodaba velocísimo el coche por las calles de la gran ciudad, Laura envuelta en una capa de pieles y cubierta la cabeza con una capucha de seda entretelada, reclinábase muellemente en el asiento de preferencia: junto á ella iba Leoncio, entre distraido y preocupado; Mendoza al vidrio, inquieto sin saber la causa.

—Mucho ha bailado vd. sin duda, dijo el último dirigiéndose á Laura.

—¡Mucho! contestó ésta con distraccion; porque todavia valsaba.

—Demasiado; interpuso con acritud Leoncio, que no podia olvidar el azaroso wals.

Hubo un momento de silencio, despues del cual prosiguió el Capitan:

—La fiesta habrá sido magnífica.

—Verdaderamente régia, le contestó Leoncio; pero de todo ha habido.

—¿Y á vd. Laura; volvió á decir el Capitan que se curaba muy poco de la opinion de su antiguo Gefe; á vd. Laura, qué le ha parecido?

—¡Deliciosa! exclamó la interpelada, mas bien explicando lo que sentia que en respuesta á don Pedro, quien, poco satisfecho de que Laura lo estuviese tanto, puso término á la conversacion con un «Lo celebro»; muy secamente pronunciado.

A la mañana siguiente la Doncella anunció que la Señora no se levantaba ni recibia, porque una gran jaqueca la atormentaba.

La jaqueca se ha inventado precisamente para el wals ó mejor dicho para despues del wals.

Laura no se levantó, en efecto, de la cama, ni recibió en su cuarto á nadie; ni á su hermano siquiera.

En el fondo de una alcoba, si alcoba puede llamarse, la porcion de una sala no muy grande, separada del resto de ella por dos elegantes y sútiles pilares y una rica colgadura de muselina blanca de la India y raso color de lila; en el fondo de una alcoba, decimos, habia un lecho de formas griegas, lecho tan elegante como angosto, lecho virginal, respirando pudor por todas partes.

Pendiente del techo un gracioso cupidillo de bronce, con la una mano blandia su ponzoñoso dardo, y con la otra empuñaba un gran lirio, del centro de cuyo cáliz salia la colgadura de la cama, en todo semejante, á la que formaba la alcoba, y á la tapiceria del resto de la habitacion. Una colcha de raso sobre la cual resaltaba el magnífico encage de las sábanas de Holanda, caia sobre los relieves de los tableros laterales del lecho; á la cabecera, sobre una mesa en figura de pilastra, una elegante lámpara de porcelana del Japon iluminaba de noche la estancia; una piel de marta en el suelo reemplazaba á la modesta alfombra en que beldades menos opulentas suelen apoyar sus blancos pies; un pebetero de oro, ricamente esmaltado de cobalto, exalaba en torno el suave olor de orientales perfumes; en un retrete contiguo veíase un baño de alabastro; el piano, el bastidor de bordar, un dibujo empezado, algunos libros de entretenimiento, y no pocas prendas de trage y tocado, esparcidas sin órden por toda la estancia, completaban el cuadro.

La lámpara no ardia: entreabierta una ventana, daba al través de sus cortinas difícil paso á la luz del sol; la camarera, sentando apenas la planta en la mullida alfombra, recogia vestidos y adornos: Laura despues de haber tomado una taza de café, apoyando en la almohada el brazo izquierdo y sobre él la parte posterior de la cabeza, con la mano derecha se acariciaba los rizos que de una elegante gorra de dormir salian como fugitivos; y fijos los ojos en el techo, al parecer contaba los casetones del artesonado.

Pero ¿contábalos en realidad? Nó: valsaba: no habia dejado de valsar ni un solo instante desde la noche anterior.

Los acordes acentos de la orquesta de las Tullerias resonaban siempre en sus oidos, repitiendo los compases de aquella peligrosa danza, sea dicho sin ofensa de nadie.

En su cintura, entonces libre de otra presion que la de una almilla de lienzo sutil, pesaba constantemente un brazo, y cerca del seno derecho una mano ardiente y trémula.

Ante sus ojos veia los de un hombre jóven, de varonil semblante, de honrada y candorosa expresion en la fisonomía, animado en el momento por una ternura inefable.

Abrasaba su rostro el aliento de aquel hombre; palpitábale el corazon.....! En fin, valsaba sin descanso; valsaba siempre con Ribera.

Esa era su jaqueca: por eso no quiso ver á nadie aquel dia; por no dejar el wals ni un instante.

Pero Mendoza, que en vez de valsar habia rondado toda la noche en torno del baile, como el hambriento al rededor del festin, con la envidia, los celos, y la desesperacion en el alma, no tenia jaqueca,

sino la mas rabiosa ira que imaginarse puede, viéndose defraudado en sus esperanzas de contemplar á Laura todo aquel dia, en desquite de la pasada privacion.

Leoncio por su parte no dejaba de estar alarmado con el susodicho wals; pero Mademoiselle Zefirine, le esperaba para una expedicion de campo, y siquiera por no perder el dinero que ya tenia gastado, no quiso dejar de acudir á la cita.

El Capitan, por tanto, solitario en la casa ó mas bien palacio, iba y venia incesantemente, sin objeto, sin plan, moviéndose porque quieto se hallaba mal; sentándose porque andando peor; acercándose ahora á una ventana, refugiándose despues á una alcoba; desarreglando los muebles y reconviniendo á los criados por aquel desórden; en una palabra cebando en sí mismo y los que le rodeaban su saña.

Una muger producia en aquel ánimo, para todas las demas cosas del mundo incontrastable, tan profundo trastorno. ¡Muy débiles son los fuertes!

Habiase el Capitan colocado detrás de una vidriera, con la abrasada frente apoyada en los cristales: metidas ambas manos en los bolsillos de los pantalones, y silbando maquinalmente algunas notas que del baile, para él de mal agüero, habian llegado hasta sus oidos, mas que en alas del viento en las del maléfico genio de los celos, que sin duda quiso acrecer el suplicio de su víctima con aquellos acordes sonidos.

Un hombre envuelto en una gran pelliza y calado hasta las cejas el sombrero, pasó lentamente por la acera opuesta á la que en la larga y solitaria calle de Saint Dominique ocupaba la casa de Leoncio.

Mendoza le siguió con la vista, como pocos momentos antes habia seguido el vuelo de un insecto alado.

Cinco minutos despues volvió á pasar el de la pelliza, despacio tambien, por la misma acera; pero en direccion contraria.

«Tampoco ese, dijo para sí el Capitan, tampoco ese ha encontrado lo que buscaba.»

A poco el mismo hombre con idéntico paso, y mirando con grande atencion la casa, pasó de nuevo.

¿Qué buscará este pajarraco? Se preguntó Mendoza, asiendo con ansia aquella ocasion que la suerte le ofrecia de ocuparse en algo que de sus penas le distrajese.

Al cabo de un cuarto de hora, habia pasado dos veces mas el hombre de la pelliza, y ya Mendoza estaba en brasas y no sin causa.

Aquel paseante era el Coronel don Luis de Ribera, quien, como Laura, no habia cesado aun de valsar desde la noche anterior.

En pos de Leoncio y de su esposa salió del baile el Coronel y mandó á su cochero que, á la conveniente distancia para no perder de vista el carruage de la hermosa española, siguiese todos sus movimientos. De esa manera supo donde vivia la silfide con quien habia valsado.

No pudo reconciliar el sueño un solo instante; no pudo acallar la orquesta que en su cabeza tocaba sin tregua el wals famoso; á las diez de la mañana estaba de pie, á las once vestido; á las doce en la calle de Saint Dominique, á las tres le vió en ella el Capitan Mendoza.

Hay cosas en este mundo que suceden, pero que la razon no comprende, ni las palabras explican; es preciso tener lo que cierto filósofo inglés llama el sentido interno, especie de vehículo de los sentimientos, como los sentidos corporales lo son de las sensaciones, ó renunciar á tener idea de no pocos fenómenos sociales.

¿Qué conseguia Ribera, con pasearse durante horas en una calle sombria, solitaria, por delante de la casa de una muger con quien no le unian mas relaciones que las de haber dado con ella algunas vueltas á compás durante quince ó veinte minutos?

¿Era racional que habiéndose retirado del baile á las tres de la madrugada estubiese á las doce del dia al balcon, en un pais donde las señoras por regla general, jamás se asoman á él?

¿Qué placer le resultaba de la contemplacion al soslayo de un edificio construido en el pésimo estilo de la arquitectura del tiempo de Luis XV, ennegrecido ademas por la accion deletérea de la humedad?

Aquel hombre estaba loco ciertamente. ¿Qué son las pasiones mas que locuras? Pero él conseguia entretener la impaciencia de su alma con el egercicio del paseo: esperaba que una casualidad hiciese á Laura acercarse mas tarde ó mas temprano á sus vidrieras; gozaba con placer inefable contemplando las paredes que encerraban á la peregrina hermosura; para él, en fin, el pavimento, el edificio, el universo entero valsaba al compás de su amor.

Pero no habia contado con Mendoza cuya existencia ignoraba; Mendoza, si, con él, no en cuanto á la persona, pero sí en cuanto á rival.

Así al verle pasar la tercera ó cuarta vez por delante de la casa, exclamó el capitan: ¡Oh! ¡mis presentimientos, mis presentimientos! nunca me engañan. ¡Ya tengo un rival!

Cualquiera otro en tal posicion hubiérase llenado de ira, bajado tal vez á la calle, y provocado un duelo con el desconocido: en el alma de Mendoza la certidumbre del riesgo que hasta entonces no hiciera mas que temer, produjo efectos diametralmente opuestos.

Mientras la lucha fué, por decirlo así, con una sombra, la imposibilidad misma de herir á su adversario le irritaba y enfurecia: mas luego que vió frente á sí á un hombre, luego que ante sus ojos la fantasma tuvo cuerpo, entrando el peligro en las condiciones ordinarias de los de su especie, el capitan recobró súbitamente su serenidad toda; y preparóse á lidiar á muerte pero con calma.

Aun no sabia de quien y realmente de qué se trataba, y ya en su corazon habia jurado ódio eterno al de la pelliza. La conquista de Laura que hasta entonces, aunque resuelta, miraba como obra esclusiva del tiempo, se hizo para él asunto de vida ó muerte, cuestion de triunfar ó perderla en pocos dias.

Y no bajó á la calle, y no pensó en luchar cuerpo á cuerpo con su rival.... ¿Era por ventura cobarde? Ya hemos dicho que pocos militares le igualaban en bizarría.—¿Repugnábale el duelo? Su doctrina era que en la sociedad moderna solo gracias al desafío podia vivirse. —¿Por qué, pues, no acudió desde luego á tan cómodo y tan usual expediente?

—Porque Mendoza pensaba que lo importante era conseguir su objeto con la menor suma posible de personales sacrificios. Batirse con un rival era exponerse á recibir de su mano la muerte ó una herida, durante cuya curacion pudiese adelantar aquel la empresa; ó tal vez hacerle, con algun arañazo, mas interesante á los ojos de la muger disputada.

Por otra parte, el duelo y el escándalo van siempre juntos como hermanos; y Mendoza necesitaba para no perder su alta posicion entre los liberales, conservar intacta su fama de hombre de severas costumbres.

En virtud de tales consideraciones se resolvió á proceder por métodos que, á falta de otra palabra mas exacta, llamaremos diplomáticos, en todo aquel negocio; y en prueba de su resolucion empezó resignándose á ignorar por entonces quien fuese el de la pelliza.

Ribera, habiéndose paseado aunque inútilmente hasta las cinco de la tarde, retiróse á esa hora, precisamente la misma á que Laura pidió de vestir á su doncella.

Esta que al recojer el trage y adornos que su señora llevó al baile habia echado de menos un guante, y que de tales despojos hacia su agosto, mientras ponia sobre los hombros de Laura una elegante bata, atrevióse á decir:

—¿Señora, ha perdido V. S. un guante?

—No sé, replicó la dama ruborizándose: ¿por qué lo preguntas?

—Porque como V S. despues de ponérselos una vez tiene la bondad de regalármelos....

—Entiendo; toma seis pares nuevos de la caja.

—Doy á V. S. mil gracias.

—Bien. ¿Has encontrado uno de los de anoche, no es verdad?

—Si señora.

—¿Qué has hecho de él?

—Ahí está.

—Mételo en el cajon de mi tocador.

—¿Y para qué quiere V. S. un guante solo?

—¿De cuando acá acostumbro yo á darte cuenta de mis acciones?

—¡Señora!...

—Basta.

La camarera no habia valsado, y Laura sí, con el guante cuyo compañero llevaba religiosamente colocado sobre el corazon nuestro don Luis de Ribera.

Laura comió en su cuarto; Leoncio estaba en el campo; y Mendoza, huyendo de la soledad de la mesa doméstica pidió el coche, y fuése á la fonda de Berry, una de las mas elegantes del edificio llamado en Paris Palacio real.

Al entrar en un vasto salon, decorado con tanto lujo como buen gusto, y cuya iluminacion reflejándose en la multitud de espejos que mas bien lo entapizan que lo adornan, encontró ya Mendoza ocupados todos los sitios y no sin disgusto se disponia á salir de allí, cuando advirtió que un hombre vestido con elegancia, aunque sin pretensiones, estaba solo en una mesa capaz de mas cubiertos.

Encaminóse pues á él, y en francés bastante correcto aunque siempre con el acento meridional, le pidió permiso para ocupar parte de la mesa: concedióselo el otro con mucha cortesía, y don Pedro, escrita con un lápiz la lista de los platos que deseaba, tomó un periódico y púsose á leerlo.

A poco entró en la fonda un joven elegante que encaminándose en derechura al compañero de mesa del Capitan, le dijo en español:

—A Dios, Ribera. ¿Dónde diablos se ha metido vd. hoy todo el dia que hasta ahora no le he visto?

—He tenido ocupaciones, tocayo, respondió don Luis, que él era en efecto el de la mesa.

No paró mucho la atencion en aquel incidente Mendoza, ni quiso darse por entendido de que comprendia el diálogo, porque de vista le era conocido el diplomático, y atendida la diferencia de opiniones políticas, le pareció lo mas prudente no entrar en conversacion con aquellos sus compatriotas.

—¿Qué tal el baile? prosiguió diciendo entretanto el recien llegado.

—¡Oh! ¡delicioso! contestó Ribera; y ya entonces Mendoza, sin dejar el periódico de la mano, prestó atento el oido.

—¿Bailó vd. al cabo con la *belle espagnole*?

—Si, amigo mio: valsé con ella.

—¿Y nada mas?

—¡Qué mas!

—(Es vd. señor don Luis de Ribera, la perla del ejército, el coronel-doncella)

—Tocayo, ¿qué quiere vd? Dios me hizo así.

—Acabe vd., y vámonos: yo ya he comido, y hasta la hora de la ópera voy á llevarle á vd. á casa de ciertas damas.... No se me asuste vd., gente de forma: todas artistas.

—Amigo mio, no estoy de humor de bromas.

—¿No? pues vámonos á la Gaieté, y veremos el melodrama nuevo, que segun dicen es cosa espantosa. En fin, hagamos algo hoy que estoy libre.

—¡Cómo, pues!

—Desde anoche: una escena intempestiva de celos!... Pague vd. y vámonos á hacer ejercicio, cuando otra cosa no sea!

Pidió y pagó la cuenta Ribera: el mozo le presentó al marcharse la pelliza misma con que Mendoza le habia visto pasearse por la calle de Saint Dominique; y ya no le quedó duda á aquel de que tenia rival; ni de cuales fuesen su nombre y empleo.

Si el coronel Ribera no hubiese valsado con Laura, nunca Mendoza se atravesára en el hasta entonces pacífico curso de su existencia.

CAPITULO VIII.

Leoncio intrigante.

La tempestad política que densas nubes anunciaban hacia largo tiempo en el horizonte español, habia condensado singularmente sus vapores en Cataluña, país por su áspera topografía y por el belicoso carácter de sus habitantes, sobradamente á propósito para todo género de insurrecciones y teatro de ellas, en efecto, con harta frecuencia.

En el antiguo Principado, la montaña y la costa, son sin embargo dos regiones distintas que, si bien físicamente en contacto, solo tienen de comun su exagerado espíritu de provincialismo, y el valor tenaz con que acostumbran á sostener sus resoluciones todas.

El morador de la marina, activo, industrioso y honrado aunque hábil negociante, trabaja mucho, gana lo que puede y gasta lo que debe, pero ni un ochavo despilfarra. Aquellos hombres tenidos por avaros, no lo son en realidad, pues no se niegan á sí mismos, ni á los suyos tampoco, cuanto les puede ser necesario para pasar la vida cómodamente: lo que hay es que miran lo que gastan, que economizan de lo poco como de lo mucho, y que detestando la holgazanería se sublevan contra todo el que en la ociosidad quiere vivir á sus expensas. La dureza de su dialecto, la áspera naturalidad de sus modales, y el civismo de su ruda franqueza encubren virtudes y dotes estimables, y los hacen, sin justicia, poco aceptos á los demas españoles.

Fácilmente se comprenderá que la marina es y ha sido siempre liberal en Cataluña: los pueblos comerciantes y fabriles son por necesidad afectos á las instituciones democráticas.

Los montañeses por el contrario, condenados á luchar con el clima y con el suelo, disputándoles á las sierras palmo á palmo el solar para su choza, ó el abrigo para sus ganados, poseyendo siempre poco y careciendo con frecuencia de mucho, familiarizados con la intemperie y los peligros, sienten la necesidad de unirse para ser fuertes y de separarse para gozar; de un gefe que los dirija, y de una fé que los sostenga. Por eso en general son inclinados á la guerra, monárquicos, y religiosos hasta el fanatismo.

Tal era el caso el año de 1827 en Cataluña: los liberales de la costa subyugados por la fuerza de las bayonetas extrangeras, padecian contínuas persecuciones: los montañeses, soldados del ejército llamado de la Fé de 1821 á 1823, acogian ávidamente la ocasion que les deparaban los Apostólicos para volver de nuevo á las armas.

Treinta ó cuarenta mil hombres entre voluntarios realistas mas ó menos organizados, y somatenes mas ó menos anárquicos, se alzaron como por encanto en la Montaña á la voz de un clero fanático,

y bajo la direccion de gefes que dichosamente no tuvieron tanta inteligencia como osadía.

Pero, fenómeno digno de observarse, aquella insurreccion no tenia bandera, porque no podia proclamar principio alguno, porque no se hizo en defensa de una causa sino en provecho de un bando.

La Monarquía absoluta Fernando VII la representaba mas que cumplidamente; el Infante, pues, (declinaba toda participacion en los proyectos de los rebeldes) y el Infante no podia representar en ningun caso mas que las exageraciones de un principio, y las exageraciones se cometen pero no hay medio de proclamarlas como teorias.

Que en Madrid se hubiera conspirado, y que al Rey vencido se le obligase á que abdicára la corona en favor de su hermano, fuera un crímen, sin duda, mas un crímen de los que se explican y conciben: pero intentar en nombre de la Monarquía una insurreccion contra el legítimo Monarca, y presumir que el partido realista en masa desmentiria en un momento sus constantes é inmutables principios, fué un absurdo, ademas de ser un crímen de lesa Magestad.

Con todo, la rebelion se presentó con tales fuerzas y poder, que los ánimos se conmovieron á su aspecto dentro y fuera de España.

En la Península los realistas moderados estrecharon sus filas en derredor del trono, no pocos liberales tambien del bando de la templanza, temblando y no sin fundamento, que en caso de vencer los apostólicos la suerte de todo constitucional seria funesta, tambien ofrecieron sus servicios; y por un movimiento instintivo de conservacion, hasta las conspiraciones de los furibundos se aplazaron por entonces.

Los españoles en las ocasiones de riesgo eminente vuelven siempre sus ojos al trono, porque hasta los demócratas saben que de él depende la salvacion del estado.

El Gobierno por su parte tomó con actividad las disposiciones convenientes para atajar el mal en su origen, y la resolucion que Fernando VII llevó á cabo, trasladándose personalmente á Cataluña, dió en realidad por el pie á las esperanzas de los fanáticos.

Don Angel habia salido de Madrid para Tarragona como un mes antes del alzamiento; durante el tiempo que los rebeldes estuvieron con las armas en la mano, recorrió sus campamentos, y con alguna anticipacion á la llegada del Rey retiróse á Barcelona.

Por él estuvo Mendoza siempre al corriente de las noticias y lo estuvieron tambien los directores de las sociedades secretas de Francia, quienes con gusto vieron prender el fuego de la discordia en el bando monárquico, cuya fuerza principal estriba precisamente en la unidad dogmática de sus principios.

Por el momento en aquella cuestion, el papel natural del partido reformador era conservarse neutral, preparándose en tanto para aprovecharcualesquiera eventualidad favorable que los sucesos de la lucha pendiente pudiera depararles: eso resolvieron hacer y en tal sentido se comunicaron instrucciones á los adeptos.

La noticia oficial de los acontecimientos de Cataluña llegó á Pa

ris telegráficamente dos dias despues del baile de la Princesa, es decir, al siguiente de los sucesos narrados en el capítulo que á este precede, y por la embajada española la supo inmediatamente don Luis de Ribera.

Extraño hasta entonces el Coronel á las discordias políticas de su patria pero, como á su tiempo dijimos, profesando los mas severos principios en cuanto á la lealtad debida al Monarca y las estrechas obligaciones que sobre los militares pesan, creyó de su deber partir sin mas demora á Madrid no á ofrecer sus servicios, si no á solicitar como una gracia que se le emplease activamente. Aplaudiendo el Embajador tan honrada resolucion facilitóle un pasaporte y antes de veinte y cuatro horas salió don Luis en posta para la corte de España.

En verdad la memoria del wals bailado en Tullerias no se habia borrado de su imaginacion: el guante de Laura no se apartó de su persona; pero aun cuando aquella pasion naciente tuviese entonces toda la fuerza y preponderancia que con el tiempo era capaz de adquirir, todavia no hubiera bastado á contrapesar en la recta balanza de su conciencia el peso de las obligaciones sagradas del honor. En don Luis la honradez no era accidente ni conviccion, sino naturaleza; obraba bien porque no le era posible obrar mal, su corazon tenia horror á la maldad, su entendimiento no se prestaba á culpables transacciones entre el gusto y los deberes. Con tan dichosa índole, concíbese cuan natural aunque penosa, fué su conducta en la ocasion que nos ocupa.

Dejémosle ahora ir por su camino y ocupémonos algunos instantes, en Leoncio que desde su salida de España hasta la fecha en que nos encontramos, habia hecho todo lo posible para no tomar parte alguna directa en los negocios políticos y, habiéndolo hasta cierto punto conseguido, creíase tan hábil ó mas que Mendoza.

Conviene recordar aquí, por si el lector no lo tiene presente, que durante la permanencia en Cadiz del Rey Fernando VII, Montefiorito de acuerdo con los consejos de don Angel, habia desertado de la comunion liberal, y puéstose enteramente á disposicion del Monarca que le empleó mas de una vez en comisiones importantes y peligrosas. La entrada en el poder de los apostólicos así que el Rey estuvo libre, comprendió á Leoncio en la proscricion, sin embargo de sus recientes servicios, y como de ordinario acontece á los equilibristas políticos, llegó un momento en que el hermano de Laura se halló mal visto de todos.

Conocia Mendoza mejor que nadie la posicion de su antiguo gefe, cuyo caracter le inspiraba el mas alto desprecio: pero en el principio con la esperanza de utilizar las riquezas de aquel en provecho de la causa revolucionaria, y mas tarde encadenado á la belleza de la hija de don Simon, no solo se resignó á apadrinar hasta cierto punto el interesado egoismo de Leoncio, sino que ademas se constituyó en su público y acérrimo defensor.

Los restos de la sociedad secreta á que Montefiorito habia pertenecido en España, reorganizándose en la emigracion, y en su impotencia de reconquistar el poder perdido, convirtiéronse en una es-

pecie de tiránico tribunal, que examinando con espíritu inquisitorial la conducta de todos sus individuos presentes y pasados, fulminaba contra los que hallaba culpables las mas atroces sentencias, En verdad sus fallos rara vez llegaron á ejecutarse en la parte material, ninguna á cortar la vida del sentenciado, mas á muchos les dieron moralmente cruelísima muerte destruyendo para siempre su buena opinion y fama, marcándolos con el sello infame de la apostasia, designándolos á propios y extraños como miserables espias vendidos á los verdugos de su Patria y reduciéndolos, por tanto, á vivir en la emigracion comun, pobres, aislados, escarnecidos, solos, en fin, en medio de la muchedumbre.

Tal era la suerte á que Leoncio se habia hecho acreedor por su criminal debilidad en los últimos dias del Gobierno constitucional en Cadiz, y tal la que indudablemente le hubiera cabido sin la poderosa intervencion de Mendoza, que inflexible para todos los demas y mas al cabo de la traicion de su protegido, empleó no obstante para favorecerle todos los recurso de su ingenio, toda la firmeza de su alma.

Mientras se limitó, empero, á generalidades, no fué bastante la autoridad de sus discursos á contrarestar la influencia de los hechos que en globo, ya que no al pormenor, conocian todos los adeptos de la sociedad secreta, en Londres reunidos; y fuele por tanto necesario acudir á un engaño, para hacer frente á la tempestad. De otra manera él mismo llegara á ser sospechoso á los ojos de sus suspicaces compañeros.

Dijo pues que Leoncio de Montefiorito no habia cesado ni un instante de ser fiel á sus juramentos ni de servir la causa de la libertad contra la tirania, y que si en Cadiz obró como agente de Fernando VII lo hizo por mandato expreso del mismo Mendoza, quien creyó oportuno valerse de aquel medio para penetrar los designios del Monarca y seguir de cerca el hilo de todas sus tramas.

Declaracion tan terminante selló todos los labios en cuanto á lo pasado, y como por lo respectivo á lo entonces presente no pudo tenerse quejas del ex-Marqués, dejáronle vivir en paz y sosiego los emigrados.

Esa paz, ese sosiego, tenian sin embargo, mas de apariencia que de realidad: Mendoza era dueño, merced á don Angel, de toda la correspondencia de Leoncio con algunos apostólicos y gefes del ejército francés durante el sitio de Cadiz, y tenia suspendida sobre su cabeza la espada de Damócles, era árbitro y señor de su destino, porque tambien conservaba documentos fechados en los años de 21 y 22 que pudieran atraer sobre su antiguo gefe la animadversion implacable del partido realista.

De esa manera las relaciones entre el capitan y Montefiorito eran de señor á esclavo: en lo grande y en lo pequeño dependia el primero del último: y ni la honra misma del bastardo de Valleignoto estaba segura, mas del tiempo que á Mendoza le pluguiera respetarla.

Considéresele, en efecto, teniendo en sus manos las cartas de la Duquesa á don Simon, es decir, las pruebas de la flaqueza de la ma-

dre y de la ilegitimidad del hijo, y por tanto, las de la monstruosidad de su enlace con Laura; los documentos en que Leoncio, revolucionario, se mostraba enemigo del trono y del partido á la sazon dominante en España; y por último, las cartas recibidas de los Gefes realistas, con las minutas autógrafas de las por el mismo Montefiorito escritas de órden del Rey, que vale tanto como decir, los irrecusables testimonios de su traicion y apostasía; y se comprenderá hasta que punto era esclavo el rico, el opulento, el en apariencia feliz marido de Laura, del inflexible conspirador emigrado.

Leoncio no carecia de cierta fácil percepcion que suele llamarse talento, y especialmente en las cosas del mundo que habia cursado mucho, no era fácil engañarle. Así es que tardó poco en hacerse cargo de que Mendoza estaba enamorado de Laura. ¿Pero qué habia de hacer? Loca esperanza fuera presumir que razones ni ruegos apartasen al Capitan de su mal propósito: intimidarle empresa imposible; darse por entendido era empeorar el negocio y no otra cosa. Resignose Montefiorito, en consecuencia, á sufrir y callar, dándose por engañado, y confiando, ya que otro recurso no tenia, en la inocencia y candor de Laura. Entretanto sometiase á cuanto Mendoza exigia, sin la menor réplica, sin la mas leve señal de disgusto.

Los placeres de la disipacion, sus relaciones con mademoiselle Zefirine y otras ninfas de su especie, sino le consolaban, le distraian; sus riquezas eran tales que soportaban las sangrias de los planes revolucionarios; y por último, como carecia de elevacion en el alma, sufria con resignacion sus cadenas.

En tal estado se hallaba Leoncio cuando, precisamente el dia mismo en que salió Ribera de Paris para España, se le avisó de que aquella noche le recibiria en audiencia particular, segun lo tenia solicitado, nada menos que el Rey de Francia en persona.

A ruegos de la Princesa, empeñada en llevar el triunfo conseguido en el asunto del baile sobre la Duquesa de Angulema hasta sus últimas consecuencias, consintió S. M. cristianísima, no sin dificultad, en recibirá un emigrado español; porque sin embargo de la nota del embajador y de los informes de la policía, á no mediar el capricho obstinado de la Princesa, parece probable que no hubiera Leoncio pisado por entonces el palacio de las Tullerias. ¿Mas qué no puede una muger jóven y discreta? Lo que de veras no quiere.

Llegó la hora: Leoncio, cortesano práctico, hizo ostentacion de toda su flexibilidad y rendimiento; y el Monarca, al comenzar el coloquio harto tibio, acabó por mirarle con alguna benevolencia.

—¿Cómo es, dijo S. M. al cabo de algunos minutos de conversacion ¿Cómo es, Coronel, que un caballero (Gentil-home) de rancia nobleza, y al parecer de tan buenas ideas, ha podido ser revolucionario?

—Señor, respondió inmutándose sinceramente Montefiorito; aquello fué un vértigo de la juventud; fué una seduccion obra de un hombre á quien yo creia mi amigo, y que aun hoy..... Pero si toda mi sangre bastara á rescatar los pasados errores, crea V. M. que con gusto la derramaria.

—¿Y habeis hecho algun esfuerzo para conseguir vuestra gracia?
—No he osado, señor, temiendo.....
—¿Pero deseais hacerlo?
—No lo dude V. M. Conseguir el perdon de mi Rey y señor, es cuanto ambiciono.
—¿Estais en efecto, sinceramente arrepentido?
—Póngame V. M. á la prueba.
—¿A fé de caballero? (foi de Gentil-home?)
—Por Dios y por mi honra lo juro.
—Pues bien, Coronel: yo me encargo de este negocio.
—¡Ah! Señor, exclamó entonces Montefiorito, arrojándose á los pies del Príncipe y abrazando sus rodillas: Mi vida es desde hoy de V. M.
—No, Coronel, vuestra vida es del Rey vuestro amo. Venid á verme dentro de unos dias: encontrareis siempre franca la entrada. Diciendo así terminó el Rey la audiencia.

Quedose Montefiorito en la situacion del cautivo, que perdida ya la esperanza del rescate, vé y oye al Mercenario que, por espíritu de pura caridad evangélica, se encarga de ponerle en libertad: porque el marido de Laura tenia formado de antemano su plan, en virtud del cual, una vez en gracia del Rey Fernando, se prometia sacudir para siempre el yugo de Mendoza.

Este, entretanto, satisfecho con la partida de Ribera que no ignoraba, y esperando borrar pronto del corazon de Laura la huella, no profunda en su concepto, que en él hubiera podido imprimir, dedicose con mas afan que nunca á complacerla en todo y por todo.

Durante uno ó dos dias la hermosa mejicana, pretextando cansancio, se negó á salir de casa y estuvo casi constantemente distraida, acercándose con bastante frecuencia á los balcones que á la calle daban.

No la hubieran engañado los presentimientos de su corazon, sin los acontecimientos de Cataluña que se llevaron á Ribera á la Península.

Al tercer dia ella misma propuso un paseo á caballo al bosque de Bolonia, donde galopó en todos sentidos, examinando curiosamente las fisonomías de cuantas personas halló al paso, con un ardor, con una vehemencia que asombraron á Mendoza. Durante aquella mas bien carrera que paseo, estuvo Laura animada, decidora, coqueta, hechizando al Capitan mas que nunca; pero á la vuelta cayó en una profunda melancolia,

Despues de comer, sin embargo, hizo gran *Toillette* para ir á los Italianos; y en los quince dias siguientes fueron tales el movimiento y agitacion de su vida, tal el ansia con que corrió paseos, teatros y reuniones, que ya Mendoza apenas tenia fuerzas para acompañarla, y Leoncio se creyó obligado á advertirla que tanta fatiga podia serle perjudicial.

Laura valsaba todavia y cada vez con mas ansia: Laura buscaba lo que no podia encontrar en Paris.

Así las cosas, acababan una noche de regresar Mendoza y la hermana de Montefiorito de un concierto, y esperaban al lado de la chimenea la llegada de Leoncio, cuando súbitamente sonó con fuerza el aldabon de la puerta, y pocos instantes despues entró azorado un lacayo, anunciando que el comisario de Policía del Distrito con escolta de la Gendarmeria, preguntaba por el Capitan, y que toda la casa estaba cercada de tropa.

No esperaba don Pedro aquella visita intempestiva, mas recobrándose pronto de su sorpresa, y comprendiendo la imposibilidad de fugarse, salió al encuentro de los que le buscaban, no sin rogar antes se tranquilizase á Laura que, sobrecogida y trémula, no sabia que hacer de su persona en aquel lance.

La escena aunque desagradable no fué larga ni violenta.

El Gobierno francés usando de su autoridad discrecional en punto á extrangeros emigrados, y creyendo peligrosa la presencia en Paris de Mendoza, habia dado órden al Prefecto de Policía, para que se apoderase de su persona y papeles; y secuestrando estos, expulsase aquella sin demora del territorio de la Monarquía.

Encargado un comisario de la ejecucion de aquella providencia, hízolo conciliando con sus penosos deberes la cortesia y miramientos debidos á la desgracia. Mendoza era hombre demasiado cauto para no tener sus papeles importantes siempre á cubierto de un golpe de mano: por lo mismo puso á disposicion del magistrado civil, sin dificultad ninguna, los que en su cuarto habia todos tan insignificantes que el comisario solo por no apartarse del tenor literal de sus instrucciones se quedó con ellos. Un documento cuya pérdida le fuera terrible y que consigo llevaba, tuvo tiempo de ponerlo en manos de Laura sin que ni el comisario ni sus agentes lo advirtieran.

Aguardaba á la puerta de la casa una silla de Posta destinada á conducir al Capitan hasta Calais, puerto donde en el acto habian de embarcarle para Londres; pero no se le negó el tiempo necesario para arreglar su equipage, y aun, reconocidas las localidades y visto que la fuga era imposible, tuvo el comisario la atencion de dejarle á solas anunciándole que dentro de dos horas habia de ser la partida.

Leoncio no parecia; y Laura que con indiferencia viera hasta entonces que su marido se retiraba unas veces á la madrugada, otras muy de dia, en aquel momento deploraba semejante desarreglo, porque en su ignorancia creyó que la presencia de Montefiorito acaso pudiera aliviar la suerte de Mendoza.

Grande, era pues, su pena: tres años hacia que el Capitan se consagraba exclusivamente á complacerla, á cuidarla, á adivinar sus deseos para llenarlos en el acto; y ya que no enamorada, teníala por lo menos tiernamente agradecida. Nada mas natural.

Ocurriéndosele entonces que su amigo podria carecer de dinero, mandó al mayordomo que le entregase los cuatro ó cinco mil francos que para el gasto ordinario tenia aquel en su poder, y agregando á esa suma otra próximamente igual que ella guardaba en su tocador mas por lujo que por necesidad, fué en persona á llevársela á Mendoza que con algunos criados arreglaba su equipage.

Laura no queriendo ofender la delicadeza del capitan, hizo que se retirasen los criados, y una vez á solas prorumpiendo en sincero y copioso llanto, ofreció su don con breves pero sentidas palabras.

¡Mendoza la adoraba; ella llorando hubiera enternecido á las rocas; una separacion, cuyo término no era fácil preveer, iba á alejar al capitan de su ídolo!....

En tal estado la volcánica pasion de aquel hombre de hierro, exasperóse hasta un punto, que por un instante le sugirió la idea de conseguir de grado ó por fuerza lo que deseaba: mas tan descabellado proyecto pasó por su mente como el relámpago cruza las tinieblas. Era demasiado sagaz para no comprender que Laura no estaba aun viciada, y que si á sus ojos se rasgaba el velo que le encubria, para siempre le fuera forzoso renunciar á sus proyectos. Por otra parte Mendoza sabia de Laura mas que ella misma: es decir, sabia que estaba enamorada de Ribera, porque las idas y venidas de la bella mejicana, su afan de correr el pueblo en todas direcciones, y á todas horas, durante la última temporada, y aquel buscar de contínuo con los ojos entre la multitud, y aquel abatimiento inmotivado en medio de una exaltacion menos justificada todavía, eran síntomas evidentes de una pasion naciente. ¿Qué hacer, pues, en tal extremidad? Su génio maléfico le sugirió un diabólico expediente.

Laura, llorando y hondamente conmovida, estaba de pié apoyándose en una consola de jaspe; Mendoza frente á ella, la tenia asidas ambas manos con todo el fuego de un amor desesperado: mas reprimiéndose con sobrenatural energía, comenzó á decir:

«Laura, para que yo acepte de su mano de vd. el don que su generosidad me ofrece, es preciso que medie entre nosotros un afecto de.... de amistad, honda, indestructible, tan grande que ni el tiempo mismo alcance á destruirlo. Por mi parte ese afecto existe ilimitado, unido ya con mi existencia; por la de vd. me lisongeo de que un dia lo será tambien.

«Un golpe de fortuna nos separa. ¿Cuándo volveremos á reunirnos? Otro imaginaria que nunca: yo sé que quiero vivir al lado de vd.; y viviré pronto mal que le pese al destino.

«Pero entre tanto dejo á vd. sola en la mas peligrosa de las situaciones: sola, Laura, porque Leoncio... Leoncio es incapaz de comprenderla á vd. y aun de manejarse á sí mismo.

«Hermosa como el cielo en un sereno dia, inocente como un niño en la cuna, ¡cuántos peligros, cuántas seducciones la prepara á vd. la sociedad!

«Laura, voy á poner la mano en una llaga de su corazon de vd.: pero mi amistad lo exige.

«En el baile de Tullerías ha conocido vd. á un hombre jóven, elegante, con las mas seductoras apariencias: ese hombre con quien la casualidad puso á vd. en contacto, puede volver mañana á encontrarse en su camino, y ese hombre.... es indigno de Laura.

«En una fonda le he oido yo jactarse de que una mirada le sobró para postrar á sus pies á la *belle espagnole*; que un wals le habia he-

cho dueño de su corazon de vd.; y ese hombre ademas está casado en América, donde dejó abandonada á su esposa.»

Laura, en cuyo corazon se habia suscitado, al oir al capitan, un sentimiento de noble orgullo que le incitaba á rebelarse contra la brutal osadía con que aquel hombre profanaba, só pretesto de amistad, el santuario íntimo de sus afectos, santuario en que ella misma apenas se atreviera á penetrar: trocando en ira la expresion de ternura que poco antes animaba su fisonomía, iba ya á cortar el hilo de su discurso á Mendoza, cuando presentándose en la puerta el comisario de policía, anunció ser llegada la hora de la partida.

Mendoza imaginó destruir de raiz las esperanzas de su rival, y consiguió solo clavar un dardo emponzoñado en el corazon de Laura.

Veinte minutos despues de partir la silla de posta, Leoncio regresó á su casa. Laura regaba su lecho en lloro abundantísimo, en llanto de ira y desesperacion: la hermana pagaba, merced á la infernal astucia de Mendoza, la pena de la perfidia del hermano con su amigo.

Para que se nos entienda habremos de volver atrás con la narracion.

Un sentimiento de noble y régia compasion movió al Monarca francés á tomar por su cuenta la radiacion de Montefiorito de la lista de los emigrados españoles; y en efecto, manifestó al Embajador de Fernando VII que se interesaba vivamente en aquel asunto.

Leoncio hizo una exposicion al Rey confesando haber sido liberal exaltado por error de entendimiento; recordando sus servicios en Cadiz, y, por último, pidiendo humildemente su perdon. Esa solicitud, con una recomendacion al márgen de propio puño de Carlos X.... y acompañada de un excelente informe de la Embajada, se remitió á España; aprovechando la ocasion de un correo extraordinario. En Madrid, con las diligencias del ministro de Francia y la buena memoria que Fernando VII conservaba de su ex-gentil-hombre se despachó en la esencia favorablemente.

El Rey concedió indulto de toda pena, y permiso á Leoncio para regresar á España, con tal de que lo hiciese inmediatamente, fijando su residencia en Granada, y sometiéndose á estar bajo la vigilancia de la policía, hasta «que S. M., decia la Real órden, satisfecho del sincero arrepentimiento y leal proceder del agraciado, se crea en el caso de hacer uso de toda su Real clemencia, y devolverle los empleos, honores y condecoraciones de que justamente se halla privado en el dia.»

La gracia era harto mezquina: pero lo que Montefiorito deseaba sobre todas las cosas era sacudir el yugo de Mendoza, y romper para siempre con las sociedades secretas: aceptóla, pues, y con gratitud.

Sin embargo, no hallando en su alma resolucion bastante para sufrir la presencia y reconvenciones de su antiguo confidente, mantuvo secreto el negocio; y, de acuerdo con cierto agente de la Embajada, dispuso que la expulsion de Mendoza del territorio francés precediese á su propio regreso á España.

La Policía de París que tenia ya muy fija la vista en aquel revolucionario, auxiliada por las revelaciones aunque muy incompletas de Leoncio, pues este no se propuso mas que desembarazarse de un testigo formidable de su pasada vida, no en manera alguna causarle grave perjuicio, tomó la providencia cuya ejecucion hemos referido y que en dos extremos importantísimos no correspondió ciertamente á las esperanzas de Montefiorito.

Con respecto al uno, que era poner á Laura á cubierto de las seducciones de aquel hombre, ya hemos visto que solo consiguió hacer mas cruel la situacion de su infeliz hermana: del otro que era apoderarse de sus papeles, dijimos que se erró el golpe.

El obrar mal para que sea con fruto, requiere mucho talento; y aun con él pocas veces consiente la Providencia que por depravados medios se llegue á buenos fines.

LIBRO CUARTO.

LAURA EN GRANADA.

CAPITULO I.

La Caridad.

La observacion y el cálculo en los siglos modernos, han analizado, definido y hasta previsto todos, ó la mayor parte de los fenómenos naturales en los diversos órdenes de sus seres, y con respecto á las distintas y complicadas relaciones que entresí los unen. Todo lo que respecta al mundo físico, palpable é impalpable, se sabe, se sospecha ó se está en camino para indagarlo: los movimientos de los astros y las revoluciones del globo terráqueo; la estructura y manera de ser del cetáceo, la economía animal de los pólipos; la vida de los vegetales; las cristalizaciones de las sustancias minerales; todo eso se conoce ó se estudia; lo que hoy mal, mañana se comprenderá mejor; hay, repetimos, progreso visible, constante, innegable en lo que respecta á las cosas.

¿Por qué no sucede lo mismo en lo relativo al espíritu? ¿Porqué apenas hay filósofos, y los pocos que hay escasamente saben lo que Platon y Sócrates sabian?

Ello es cierto que el Creador ha limitado el entendimiento humano; y no nos lo parece menos que mas allá de esos límites providenciales, está la perfeccion de los conocimientos cuya escasez deploramos: pero no por eso podemos convenir en que no fuera asequible adelantarlos bastante con alguna perseverancia.

Por desdicha, en nuestro siglo el materialismo es un hecho mas bien que una creencia; nadie se toma la molestia de negar metafísicamente las eternas verdades de la moral; porque unos no tienen tiempo para ello, entregados como lo están de continuo al cuidado de su físico bienestar; y porque otros no se curan de lo que para nada les importa.

El idealismo ha pasado á los dominios de la imaginacion pura, porque el entendimiento lo desdeña; y ahora los poetas y los auto-

res de novelas, son los únicos moralistas, fuera de los ministros del altar que moralizan menos, y se cuidan de sus intereses mundanos mas de lo que debieran.

Decimos esto, benévolos lectores, porque tanto en los sucesos hasta aquí referidos, como en los que por referir nos quedan, acaso habreis hallado y hallareis un grano mas de metafísica de lo que esperabais; y no parece inútil apuntaros el porqué de ese fenómeno.

Si el Novelista no penetra en lo íntimo de los corazones, si no pone á descubierto sus flaquezas, y no ensalza sus virtudes; si no sigue paso á paso las huellas de las sensaciones, si no introduce la sonda en la sima de los efectos ¿Qué hace? Para qué sirve?

Y lo que para nada sirve es pernicioso.

En ese supuesto volvamos á la pendiente tarea.

Dos dias despues que Mendoza, salieron de París Laura y Leoncio: este ufano, como el esclavo emancipado; ella en una situacion de espíritu tan difícil de comprender como de explicar. Mendoza la habia revelado que estaba de Ribera enamorada. ¿Sería posible que aquel hombre de tan bello y sobre todo tan candoroso aspecto, fuese un libertino depravado hasta el punto de deshonrar con torpe lengua á una muger á quien apenas habia dirigido algunas palabras? ¿Sería posible que fuese ya de otra, y que, pérfido esposo, la dejase abandonada en el nuevo mundo, para venir á inmolar en el antiguo otras víctimas á su inmoralidad?

«¡Cómo! se decia Laura ¿No le basta á la suerte haberme privado de mi madre en la cuna, de mi padre cuando mas le habia menester; y enlazarme á un hermano, y privarme de ser esposa y madre; sino que cualquier mortal á quien mi corazon prefiera ha de ser forzosamente un malvado?»

«¿Qué delito he cometido para merecer tanto suplicio? ¿Qué justicia es la que rige el universo, que así me entrega inerme é inculpada á todos los rigores de la suerte?»

Nadie habia hablado aun de religion á la infeliz hermosura: algunas prácticas exteriores para cumplir con el mundo; algunas nociones incompletas y de las mas vulgares, eso era cuanto sabia de la inefable religion de Jesucristo, amparo de los afligidos, consuelo de los desgraciados, regeneradora de los culpables.

No tenia marido ni hermano porque Leoncio no podia ser lo uno, y no supo ser lo otro; no tenia madre, no tenia amigos; no tenia nada mas que un corazon para padecer, unos ojos para llorar, y eso á solas, donde nadie pudiera preguntarla, ¿Laura, porqué lloras?

Sus penas anteriores y el caracter entero que á la naturaleza debia, la dieron fuerzas para resistir el nuevo golpe por mano del cruel Mendoza recibido: pero reconcentróse dentro de sí misma: perdió para siempre el aspecto infantil: de entonces más fué ya la muger siempre bellísima, pero grave y melancólica.

Todo cuanto en su vida fuera hasta entonces para ella misma un misterio, lo vió Laura desde aquel momento con claridad funesta; su juventud malograda, su porvenir sin esperanzas: las penas, las

contradicciones que la aguardaban, se presentaron en tropel á su fantasía, no ya como recuerdos tristes ó como amenazas del destino, sino como una fatalidad de esas que parecen inevitables, y que es tan inútil temer como obstinarse en combatirlas.

Tomó, pues, una actitud soberbiamente resignada, envolviése, por decirlo así, en su desdicha, como los senadores romanos en sus mantos ante la espada de Breno; y, cubriendo con una coraza de aparente hielo su corazon, suprimió quejas y lágrimas, impuso silencio á los suspiros, y aguardó estóica los decretos de la suerte.

Leoncio echó de ver la revolucion acaecida en el carácter y maneras de su hermana: pero atribuyéndola al amor que Mendoza pudiera haberla inspirado, felicitóse mas que nunca de su propia resolucion, y esperó que el tiempo destruiria aquel, á sus ojos capricho de niña.

Así llegaron á Granada, precisamente cuando desecha por la presencia del Rey Fernando en Cataluña la tempestad apostólica que allí habia estallado; y pesando sobre el partido ultra-realista la mano de hierro de un general célebre, cuya trágica muerte puede pasar por castigo providencial, sin que por eso dejen de ser infames asesinos los que aquel crímen perpetraron, esperaban algunos de los liberales que un tanto se relajase la opresion en que hasta aquel instante vivieran.

Parecia natural, á primera vista que vencidos los perseguidores, y entronizados los hombres de la templanza, se moderasen las iras de la persecucion: mas los realistas, en verdad dispuestos á perdonar á los que, renunciando completamente á las doctrinas de la reforma, quisieran unírseles, no lo estaban, ni podian estarlo, á transigir con las doctrinas liberales.

Entre creer y confesar el principio de la soberanía por derecho divino, y negarlo como absurdo, no hay medio, no hay transaccion posible; y precisamente en aquel dogma estriba la fe de los monárquicos puros; en su negacion la del liberalismo.

Por eso las transaciones entre ambos partidos, si alguna vez la fuerza de las circunstancias y la debilidad de uno y otro las provocan y realizan, son de suyo efímeras, se terminan siempre en la opresion de alguno de ellos.

Los liberales, pues, estaban en un error creyendo que los sucesos de Cataluña podian tener en su suerte otra influencia beneficiosa que la de abrirles la puerta del perdon, para que por ella fuesen ingresando en la comunidad monárquica, mas á condicion de renunciar para siempre á sus antiguas ideas.

Y no alcanzaron otra cosa: los que, engañados por sus lisongeras esperanzas, se arrojaron ya á conspirar, ya simplemente á dar ensanche á sus quejas y opiniones, pronto recibieron un cruelísimo desengaño en las cárceles y en los suplicios. A la matanza de los carlistas siguieron las escenas de horrenda memoria en la ciudadela de Barcelona, y la Policía redobló su vigilancia en lo demas de España con respecto á los tenidos por revolucionarios, sin perjuicio de observar igualmente á los ultra-monárquicos.

En tal estado de cosas la prudencia aconsejaba, y el tacto de Leoncio no pudo menos de conformarse á sus prescripciones, vivir en completo retiro, evitando hasta la mas leve apariencia de mezclarse en negocios de gobierno.

Montefiorito, en consecuencia, habiéndose presentado así que llegó á Granada al capitan general, y demas autoridades, con mil protestas de su firme resolucion de hacerse acreedor á la Real benevolencia, tomó casa en barrio retirado; asistió puntualísimamente á los divinos oficios en su parroquia; inscribióse en dos ó tres cofradias; hizo limosnas de manera que llegasen á noticia de todos; y escogió para compañeros de paseo á un oidor de aquella Chancilleria, y á un padre jubilado de cierta comunidad religiosa.

No solo, pues, pasaba por inofensivo, sino que en breve se le tuvo por excelente vasallo; y los empleados del Rey dieron ya desde el tercer mes de su permanencia en Granada, los mas brillantes informes de su conducta.

Laura no vivia menos retirada que su hermano; pero, curábase poco de aparentar devocion, menos de figurar en cofradias. Su corazon inclinado á la beneficencia, odiaba sin embargo el fausto de esas gentes que humillan al que favorecen, haciendo resonar las cien trompas de la fama, cada vez que socorren con un maravedí á este ó al otro indigente. Hacia bien, mucho mas bien que Leoncio: pero sin saber el Evangelio, como el Evangelio quiere: de modo que la mano izquierda ignorase lo que la derecha daba.

La diferencia de vida y de carácter consumó la division entre los dos hermanos, que se veian solo en la mesa, y casi de ceremonia. Sus inmensas riquezas les permitian seguir cada cual su rumbo á parte, sin necesitar al otro: lo anómalo de su posicion, lo heterogéneo de sus caractéres, la distancia que en las edades mediaba, los recelos de él con respecto á Mendoza, la intensidad de las penas de ella, eran otros tantos elementos, cada uno de por sí muy fuerte, todos juntos casi irresistibles, que conspiraban á alejar á Leoncio de Laura, á Laura de Leoncio. Un mismo techo los cobijada; jamás una discusion acalorada, nunca un desabrimiento entre ellos; pero sí la mas completa indiferencia, sí el mas absoluto aislamiento.

Marido y muger, de esos á quienes la disparidad de los caracteres hacen conocer, ya tarde, que la naturaleza no los habia formado el uno para el otro, y que bastante juiciosos para evitar un escándalo perjudicial á entrambos, se convienen en conservar las apariencias de estar unidos y vivir, sin embargo, en realidad independientes, no pudieran hacerlo mas cumplidamente que los dos hijos de don Simon de Valleignoto.

Creíanlos sus criados en tal situacion, confiáronselo á los vecinos, estos á sus conocidos, y en breve corrió la voz por la ciudad de que Montefiorito y su esposa no hacian vida conyugal. Las almas devotas, que no suelen ser siempre caritativas y casi nunca son indulgentes, edificadas con la piedad ejemplar del marido, dedujeron piadosamente que la culpa estaria toda de parte de la muger; y de aquí resultó que la desdichada tuviese, aunque viviendo en claustral reco-

gimiento, una reputacion tanto peor, cuanto mas fácil les era á sus detractores sobrecargar las fábulas de su exclusiva invencion. Donde hay verdad en las faltas puede la malevolencia exagerarlas, mas al cabo quedan medios para presentar las cosas en su verdadero punto de vista; pero cuando no median hechos que oponer á la calumnia, su triunfo suele ser mas duradero.

Dichosa ó desgraciadamente Laura tenia causas positivas de afliccion y tormento, tan poderosas y en su mal tan eficaces que aun cuando supiera las habilillas del malicioso vulgo, no les diera grande importancia; y á mayor abundamiento ignorábalas.

Hemos dicho que Leoncio daba limosnas con grande aparato: valiole esto la fama de caritativo por excelencia, y que en su casa diluviaran memoriales, esquelas y peticiones de todos géneros, la mayor parte de gente estafadora; porque la pobreza digna suele perecer en un rincon por no tender la mano á la humillacion de la limosna. Esta regla, sin embargo, tiene como todas sus excepciones, y vamos á referir una que con nuestra historia se enlaza.

Serian las once de la mañana: Leoncio estaba en un sermon: Laura acababa de levantarse de la cama; y oyendo en la antesala voces descompasadas, contra su costumbre, salió á ver que ocurrencia alteraba el habitual silencio de su casa.

Era una muger alta, morena, no bonita; pero buena moza, mas que pobremente vestida, ojeroso y macerado el rostro, hundidos los ojos, y entonces pintada la desesperacion en la fisonomía, que con iracundos acentos, interpelaba al Ayuda de Cámara de Monteflorito.

—Vd. no le habrá entregado la esquela, le decia al entrar Laura en la antesala.

—Señora, replicaba el otro, déjeme vd. en paz y váyase con Dios. Su Señoría no quiere nada con *negros*.

—¿Cómo negros, bribon? replicó furiosa la muger ¡Y que lo sea! Vamos que lo sea! ¿Nó son prójimos los negros?

—¿Qué es esto? Preguntó entonces Laura, y al mirar su belleza la desconocida no pudo menos de bajar humillada los ojos.

—Es, contestó el criado, que esta buena señora ha traido tres esquelas, en ocho dias pidiendo limosna para un oficial impurificado; que Su Señoría me ha mandado otras tantas veces responderla que perdone por Dios, y ahora quiere.....

—Basta, repuso la hija de don Simon, ruborizándose de la villanía de Leoncio, que por no comprometerse dejaba de socorrer á un desgraciado; Basta. Señora, hágame vd. el favor de seguirme.

Diciendo así, encaminose á su cuarto y la muger de las esquelas siguló sus pasos humildemente.

Luego que estuvieron dentro de la estancia, hizo Laura sentarse á la desconocida que lo repugnó muchísimo; mandola traer en seguida algun alimento, porque era visible que no podia tenerse de pura debilidad; y despues con acento afable la rogó que la enterase de la desdicha que á tal extremo la conducia.

Como repetir literalmente las palabras de aquella muger sin edu-

cacion alguna, seria sobre prolijo, desagradable en esta ocasion, habrá de permitirnos el lector que ordenemos la narracion á nuestro modo, conservando, sin embargo, fielmente los acontecimientos, por ella referidos.

Manuela Fernandez, que así se llamaba, era natural de Madrid y sus barrios bajos, y tenia á la sazon unos treinta y cuatro ó treinta y cinco años de edad. Desde niña se habia egercitado con su madre en el oficio de prendera ambulante, corriendo los casas para vender y comprar las mil y una alhajuelas de escaso valor intrínseco que la moda crea hoy y destruye mañana; pero aquel comercio, generalmente productivo, no lo fué para Manuela ni para su madre que, instintivamente honradas, aborrecian la usura y á mayor abundamiento no se ayudaban con corredurías galantes. Salir del dia á duras penas es cuanto pudieron alcanzar; y al cabo la madre fué á morir en el hospital, dejando á Manuela á los veinte años de edad, huérfana, sola, pobre, y entregada sin defensa á la corrupcion de la corte.

Pero Manuela, que en teoría nada ignoraba, como se comprende fácilmente atendida su posicion, era de suyo virtuosa, y prefirió constantemente la miseria á la prostitucion. Su pecho no era sin embargo de mármol: un elegante sargento segundo, escribiente de la mayoría de su regimiento, se prendó de la airosa manola, que tardó poco en confesarse vencida, si bien antes de rendir pabellon quiso absolutamente que interviniese en el asunto el cura de la parroquia.

El sargento, hombre de bien á carta cabal, solicitó y obtuvo la competente licencia, y dió en efecto su blanca mano á Manuela, siendo padrino de la boda el Teniente Coronel mayor del regimiento, que en atencion á la buena conducta é inteligencia del novio se dignó hacerle tanta honra.

Desde entonces aquel Gefe, veterano de la Guerra de la independencia, soltero, y ya por su edad y achaques incapaz de contraer matrimonio, tomó bajo su proteccion á los recien desposados: alhajoles la casa á su costa, fuese á ella de huésped, y no hubo género de favor que no les dispensase.

Manuela puso tienda, su marido tomó la licencia y dedicose con afan á la prenderia, y sus negocios prosperaron durante algun tiempo.

Pero el ex-Sargento, que era, como su Gefe, liberal exaltadísimo, fué miliciano nacional, siguió á las Cortes á Cadiz, y en la salida que contra las tropas francesas hicieron las constitucionales el 16 de Julio de 1823, murió atravesado el pecho de un balazo.

El Teniente Coronel, indefinido poco despues, y careciendo de otros recursos para subsistir que su espada, de cuyo uso le privaban, refugiose á Madrid, con esperanza de hallar allí algun medio de ganarse la vida, á pesar de los decretos que á cuantos estaban en su caso se lo prohibian; y fué á pedirle albergue á Manuela á quien sus vecinas, á fuerza de insultos y malos tratamientos, habian por *Negra* obligado á cerrar la tienda.

La infeliz que ya lloraba la muerte de un marido tiernamente amado, y la ruina de su modesto comercio, al ver entrar por sus puertas hecho un mendigo á su respetable protector, sintió deshacérsele el corazon en mil pedazos: mas no perdiendo, ni en tal extremidad, su natural energía, dió de mano al dolor, y pensó exclusivamente en trabajar mas que nunca, para el cómodo sustento del que en otros tiempos la favoreciera.

Acaso á fuerza de constancia y laboriosidad lo consiguiera, si en Madrid, donde tenia relaciones adquiridas, pudiese continuar: mas la policía apostólica tardó poco en descubrir la guarida del anciano indefinido, y obligarle á salir de justicia en justicia para Granada, porque allí por casualidad habia nacido, como nacen todos los hijos de militares donde quiera que el destino lleva momentáneamente á sus madres.

A Manuela se le impuso una multa superior á sus medios pecuniarios, y para realizarla se vendió á pública subasta la mejor parte de sus no ricos muebles.

Ni ese golpe pudo abatirla: en ocho dias vendió ella como pudo lo que de las garras de la policía acertó á salvar, y tomando asiento en una galera, salió de Madrid para Granada, resuelta á no dejar abandonado á su bienhechor y amigo.

Al tomar tan heróica resolucion, Manuela, en su concepto, no hacia sino la cosa mas natural del mundo; ni remotamente se le ocurrió la idea de que se imponia voluntariamente un inmenso sacrificio; nada la sorprendiera mas que demostrarla la tierna sublimidad de su conducta. Dios la hizo buena, noble, generosa, y ella era todo eso, como la flor es bella, sin saberlo siquiera.

Durante algun tiempo el dinero que Manuela llevó consigo; alguna que otra prenda comprada por poco y vendida por algo mas; la costura de camisas ó pantalones de municion; y la asistencia á una ú otra casa, sostuvieron mal, muy mal sin duda, pero en fin sostuvieron la vida del ya tres veces impurificado teniente coronel, y la de su protectora.

Mas llegó al fin ese momento supremo de la miseria en que todos los medios cesan, todos los recursos se agotan, todos los expedientes son infructuosos, y la alternativa entre mendigar ó morirse es forzosa.

Si acudir á la limosna repugnaba al honrado veterano, ya en los últimos años de su vida, no menos á la generosa Manuela habituada á decirse á sí misma desde que recordaba su existencia: «Mientras yo tenga manos, no he de poner mi cara en vergüenza;» á la muger que habia pasado dias en el ayuno, noches sin techo, por no ceder á los ruegos de un seductor, ó á las infames sugestiones de esas mugeres que ya incapaces de prostituirse, provocan á las jóvenes á que lo hagan.

Pero carecian de todo: el anciano iba á espirar de inanicion á los ojos de Manuela: ya solo quedaban por vender los colchones; y no se hablaba de otra cosa en todo el barrio mas que de la caridad de Leoncio!

Manuela hizo sobre sí misma un esfuerzo sobre humano: un caritativo memorialista le escribió gratis las esquelas; y ella llevólas sucesivamente, aunque sin fruto, á la casa del marido de Laura.

Veinte y cuatro horas hacia que ni Manuela ni su protegido tomaban alimento alguno, cuando ocurrió la escena que dejamos referida; y en el camaranchon que habitaban no habia otra cosa mas que las mugrientas paredes, y el cuerpo casi exánime del impurificado.

Laura escuchó derramando lágrimas la animada relacion de Manuela, quien al concluirla, se vió con asombro acariciada y besada por aquella gran señora, tan bella y á primera vista tan altiva.

—¡Ah! exclamó la hija de don Simon, ¡qué generosidad, qué virtud, qué modestia! ¿Manuela, quiere vd. ser mi amiga?

—Yo, señora, respondió la pobre muger confusa. ¡Yo! vd. se chancea.

—No, Manuela, no: yo tambien soy desgraciada, muy desgraciada, aunque rica y muy rica. No tengo un amigo, no tengo un corazon que simpatice con el mio.... ¿Quiére vd. ser mi amiga?

—Pero señorita, si todavía no conozco á vd. ¿Cómo.. ?

—Es verdad, no me conoce vd.: pero me conocerá, porque yo deseo esa amistad, la pido como un favor.... En fin, de eso hablaremos mas tarde: ahora lo importante es socorrer al teniente coronel.

En esto tiró de la campanilla, y mandando á su doncella que le diera la mantilla, tomó del cajon de su tocador un bolsillo lleno de oro.

—Vamos, dijo á Manuela; luego que estuvo pronta.

—¿A dónde, señorita?

—A su casa de vd.

—¿A mi casa? ¿vd. á mi casa? Eso es imposible.

—¿No quiere vd. recibirme?

—Mi casa es un desván.

—Ese desván es el templo de la caridad, y yo quiero visitarlo. Vamos.

Manuela y Laura salieron juntas, y juntas llegaron, despues de andar algun tiempo por calles y callejuelas, al lóbrego desván, que no era otra cosa en efecto, donde tendido en el suelo yacía víctima de una implacable reaccion, un antiguo y constante defensor de la patria, que abundantemente regára con su sangre los campos de batalla.

Enjuto, excuálido, amarillo, hundidos los ojos, apenas cubierto con unos harapos que fueron vestidos, herizado el cano bigote, desordenado el raro y ya blanco cabello en su frente, que apoyaba en una de sus manos, el teniente coronel levantó la vista al entrar Manuela, y miróla con una expresion que significaba: «Ya lo sé: esta vez no hay remedio para nosotros.»

Laura, por delicadeza, no quiso entrar desde luego en el aposento: Manuela, dejando en el suelo, porque ya no tenia mesa, un puchero con caldo, un panecillo, y una botella de vino que al paso habia tomado en un figon, acercóse á su protegido y le dijo:

—Vamos, don Antonio, ánimo que Dios dá de comer hasta á los pájaros.

—Los hombres, contestó en voz sepulcral el anciano, niegan el sustento á sus semejantes.

—Los hombres sí; ¡mal rayo en ellos! ¡Pero las mugeres! ....

—¡Ah! Manuela! ¡si todas fueran como vd!

—Bueno, ¡bueno! Siempre lo mismo. Vamos, señor: tome vd. un poco de caldo, beba un trago, y luego hablaremos.

El instinto de la conservacion reanimó á don Antonio; en sus facciones se dejó ver una expresion de ansioso apetito que horrorizaba, y su primer movimiento fué avalanzarse con iracunda codicia á los alimentos que Manuela le presentaba: pero la razon recobró instantáneamente su imperio, y sin probar bocado. dijo: ¿Y vd. Manuela?

—Coma vd, respondió ella, que yo ya he comido. El cuervo, no el cuervo, no; el ángel, tropezó primero conmigo.

—¡Vd. me engaña!

—No, señor, á fé de Manuela, que he comido: coma vd.

Don Antonio entonces devoró lo que en las manos tenia.

Laura, por un resquicio de la puerta, presenciaba aquella horrible escena: la sangre se heló en sus venas al aspecto de tan profunda miseria: pero comprendió tambien que en medio de sus desdichas la quedaba un goce inmenso, el de socorrer á sus semejantes.

El don de la caridad, en los que tienen medio de ejercerla, debe hacerles probar anticipadamente algunas de las inefables delicias del Paraiso.

Terminada la comida, Manuela refirió á don Antonio lo ocurrido en casa de Leoncio, y al fin de su narracion introdujo á Laura diciendo:

—Y aquí tiene vd. á este ángel, que ha querido absolutamente venir á verle.

—Y á prometer, (exclamó la hermosa mejicana) que mientras yo pueda, no volverá vd. á sufrir privaciones.

—¡Es un ángel, en efecto; un ángel bajado del cielo! Fué cuanto á decir acertó don Antonio.

Desde aquel dia, merced á la tierna generosidad de Laura, cesó la miseria del veterano y de Manuela, que se establecieron en un arrabal de la ciudad en una casa cómoda y decente, gozando en ella de un mediano pasar, con no poca satisfaccion de entrambos, y mayor de su bienhechora, que con su misma suerte se reconciliaba, viendo á dos seres por ella salvados del precipicio.

CAPITULO II.

Caprichos de la fortuna.

Mientras que en España acontecian las cosas á Leoncio y á su hermana como de referir acabamos, Mendoza, procurando en vano adivinar de donde pudiese venirle el golpe que le separaba de Laura, supo no sin asombro, por uno de sus correligionarios políticos, que Montefiorito, recibido por decirlo así á noviciado de realismo, habia dejado la capital de Francia y trasladádose allende el Pirineo.

Ignoraba el de París en qué punto de la Monarquía pensaba el ex-Marqués de San Juan del Rio fijar su residencia, y Mendoza por tanto tuvo el nuevo disgusto de no saber en qué parage se ocultaba su víctima.

Acudió entonces á su ordinario, y hasta aquel dia, infalible recurso, es decir, á don Angel, dándole comision para que, abandonando cualquiera otro negocio por importante que fuese, se dedicára esclusivamente á descubrir el asilo de Leoncio, verificado lo cual no habia de perderle de vista, ni tampoco á Laura, hasta que recibiese nuevas instrucciones.

Dueño siempre de los papeles para Leoncio tan temibles, aunque sin desconocer Mendoza que su accion sobre aquel en España no seria nunca tan poderosa como en la emigracion, constábale, sin embargo, que en realidad le sujetaria así que averiguase su paradero: importábale, pues, infinito, descubrir el asilo de su antiguo gefe, y los encarecimientos de su carta á don Angel fueron consiguientes á la gravedad del asunto.

Despues de sabido el regreso á España de los dos hermanos, comprendió Mendoza sin dificultad que su expulsion de Francia era debida á pérfidos manejos de Leoncio; nada le fuera mas fácil que vengarse de tamaña ofensa: mas perder al marido era perder á la esposa, infamar al bastardo, infamar igualmente á Laura, y á mayor abundamiento cerrar para siempre la mina de las riquezas de Valleignoto á las sociedades revolucionarias.

Así el interés de la pasion de Mendoza y el de sus miras políticos, le aconsejaron de consuno la moderacion en aquel lance, reservando para ocasion mas oportuna descargar la furia de su venganza implacable.

Su impaciencia durante el tiempo necesario para recibir respuesta de don Angel, es mas fácil de comprender que de explicar; ni la actividad con que entonces se entregó á los negocios; ni lo numeroso y variado de su correspondencia con los revolucionarios de toda Europa; ni, en fin; la fuerza poderosa de su enérgica voluntad, bastaron á tranquilizarle.

Veíasele con frecuencia en las altas horas de la noche recorrer las

calles de Londres, sin rumbo, sin objeto, respirando con dificultad el aire denso de su opaca atmósfera, buscando en el cansancio un medio para reposar algunos instantes su angustiado corazon. Pero cuando despues de larguísimos paseos, caia postrado en el lecho, y el sueño cerraba sus párpados, en vez de la tranquilidad que anhelaba, en vez de ese paréntesis á la vida que todos en él buscamos, atormentábale la fantasia exaltada con recuerdos amargos, con horribles presentimientos.

Mendoza habia consagrado tres años de su vida á un solo objeto; durante ese tiempo estuvo, como Tántalo, abrasado de sed á la orilla del fresco manantial, sin que sus labios pudiesen gustarlo, y precisamente en el instante en que, equivocando la amistosa ternura de Laura con otro sentimiento mas vivo, imaginaba seguro y no muy lejano el triunfo, la suerte le hizo gozar momentáneamente la esperanza del supremo bien, solo para hacer despues mas horrible el tormento.

Crueldad exquisita, capricho inexplicable para el incrédulo, que se niega á ver la mano justiciera de la Providencia aun cuando siente el azote con que le castiga.

Pasaron quince dias: pasó un mes; dos meses eran ya transcurridos desde que Mendoza escribió á don Angel; y este no contestaba.

¿Me vende tambien? Se decia á sí mismo el capitan, casi frenético.

La desconfianza suele ser el suplicio de la inmoralidad.

Pero don Angel no le vendia, su silencio era tan forzoso como involuntario.

Hémosle dejado en Barcelona, donde hacia su vida de costumbre, mezclándose en todas las conspiraciones, siendo el confidente de todos los descontentos, y entendiéndose con los agentes del gobierno, asi como con los Gefes apostólicos, y los tribunos liberales.

Mientras duró la matanza de los carlistas que, fiándose en palabras de jesuítica ambigüedad, fueron por su pie á llevarle las cabezas al verdugo, navegó viento en popa el bueno de don Angel: pero aconteció que los liberales de Cataluña, viendo tan mal tratados á sus mayores enemigos, llegaron á persuadirse de que era llegado el momento propicio para sus planes, y algunos de ellos se apartaron de la prudente conducta que la situacion exigia. Eso unido á las tendencias ultra-realistas, y á la dureza cruel del caracter del hombre que entonces gobernaba soberanamente el Principado, atrajeron sobre el partido constitucional una persecucion mas atroz que cuantas hasta entonces habia padecido; y don Angel, que si bien era enemigo de los que no se sujetaban al sistema por él y por Mendoza imaginado, estaba muy lejos de poder prestarse al esterminio de toda la raza liberal, fin que, sin metáfora, ni exageracion se proponia el Tirano de Cataluña, se halló por primera vez de su vida, desbordado por los acontecimientos.

Sus revelaciones al Bajá eran por consiguiente incompletas y tardías: el terror y la corrupcion engendraban un sin número de delatores, entre las víctimas mismas los produjeron el miedo y la debilidad; en una palabra sobraban agentes á la tiranía.

En tal estado, á pesar del tino y habilidad con que don Angel salvaba los escollos, denunciando unas veces á los que ya sabia estar denunciados, otras delatando al que le constaba que en el mismo instante se fugaba; y aparentando, en fin, un celo fanático; llegó un dia en que cayendo el Capitan General en sospecha, ó no habiendo hallado en quien cebar su ira, dió con el confidente de Mendoza en un calabozo de la ciudadela, y mandó que en veinte y cuatro horas le juzgase la comision militar; Decreto equivalente á este otro:

Ahórquesele pasado mañana en el Glasis.

En situacion tan apurada, don Angel, sin desconocer el riesgo inminente que le amenazaba, conservó no obstante toda su sangre fria, persuadido y con razon, de que ó su serenidad le salvaba, ó cuando menos le ayudaria á morir dignamente. Ruegos, lágrimas, súplicas, todo eso era inútil entonces en la ciudadela de Barcelona.

A las doce de la noche le prendieron: á las seis de la mañana compareció ante el consejo de Guerra que verbalmente habia de juzgarlo: mas se negó á responder á pregunta alguna pretextando que solo al Capitan General en persona podia y debia hacerlo. El consejo le sentenció á muerte; y á las once estaba la sentencia puesta á la aprobacion del general mismo.

Es probable que en cualquiera otro caso hubiera prescindido aquel hombre de hierro de las protestas del reo, pero como habia tenido mas de una ocasion de notar cuan sagaz, cuan profundo era don Angel á pesar de su aparente insignificacion, imaginó que quizás poseia el hilo de alguna oculta y vasta conjuracion. que el miedo á la muerte le obligaria revelar.

Con tal persuasion aprobó la sentencia, mandando que se le notificase en el acto al paciente, y que se ejecutara al amanecer del siguiente dia; pero envió al mismo tiempo á uno de sus agentes á presenciar el acto de la notificacion, dándole las oportunas instrucciones.

Serian las tres de la tarde cuando el Fiscal, el escribano de la causa y el emisario del General, entraron con un capellan en el calabozo de don Angel.

Este, puesto préviamente de rodillas, oyó con serenidad tan imperturbable, la lectura de la sentencia, como si de otro se tratara; y despues dijo:

—Señor Fiscal; ahora ruego á vd. que oiga y mande escribir en el proceso mi postrera declaracion.

Queria el Fiscal que saliesen del calabozo todos menos él y su escribano: don Angel le dijo que no proferiria una sola palabra si todos los entonces presentes no le escuchaban.

Hízose, pues, como lo deseaba, y él dictó al escribano las siguientes palabras:

«Condenado á muerte, oida la notificacion de mi sentencia y antes de entregarme, como es mi ánimo, todo entero á reconciliarme con el Padre de las misericordias, debo declarar y declaro;

«Primeramente: que se me acusó sin justicia alguna y solo en virtud de engañosas apariencias.

«En segundo lugar: que se me ha juzgado sin oirme, siendo por consiguiente arbitraria la sentencia.

«En tercero: que por amor y fidelidad al Rey N. S. (Dios le guarde y proteja como yo se lo rogaré hasta expirar en el suplicio) no he debido responder cosa alguna ante el consejo; y sí suplicar, como lo he verificado, aunque en vano, que me oyese el Excmo. Sr. Capitan General de este Ejército y Principado.

«En cuarto y último; en fin, que protesto ante Dios y el Rey de los perjuicios que puedan seguirse al real servicio por la injusticia con que se me trata, y que revelaré á mi confesor, con encargo de comunicarlo á quien corresponda, lo que S. E. el Capitan General se ha negado á oir.»

Firmada esta declaracion, volvióse don Angel al sacerdote y díjole:

«Ahora, Padre Capellan, soy enteramente de vd. y de Dios.»

El Fiscal iba á retirarse dejando al Reo con su confesor; mas el emisario del General se opuso á ello, y don Angel volvió á quedarse solo en su calabozo, y entregado, sin duda, á la mas terrible ansiedad hasta las once de la noche.

A esa hora entraron á ponerle unas esposas ademas de los grillos que ya llevaba, y con una cadena le sujetaron de manera que no podia apartarse ni un solo paso de su lecho y asiento, en seguida colocaron dos bugias sobre la mesa, al lado de esta un sillon, y marchárонse, dejando abierta la puerta del calabozo, situado en el fondo de un corredor subterráneo, á cuyo extremo el fusil de un centinela de Granaderos de la Guardia Real de infantería, reflejaba la trémula llama de una lóbrega lámpara.

Un cuarto de hora despues el General entró en el calabozo y sentóse en el sillon. Inmediatos al centinela, con los ojos fijos en la puerta y en la actitud de mastines prontos á lanzarse sobre cualquiera á la voz de su dueño, quedáronse cuatro *Parrots*, especie de Miñones del pais que acompañaban siempre á tales expediciones al alto dueño y señor de vidas y haciendas.

—Por fin, exclamó don Angel, se ha dignado V. E. escucharme.

—¡Vivo! ¡vivo! contestó el tirano; diga vd. lo que tenga que decir; y entrará el confesor á reemplazarme.

—Si V. E. no me oye cuanto tengo que decir, mi confesor oirá el resto, y el resultado será siempre el mismo. Por mi parte sé que nací para morir, y por un dia mas pronto ó mas tarde no me apuro.

—¡Ah! ¡ah! Bravatas ¡eh! Conmigo son inútiles.

—Estas, señor excelentísimo, no son bravatas.

—Acabemos, Fut! Acabemos, miserable revolucionario! Declara ó me voy.

—Declaro, pues. Entre las personas á quienes V. E. ha fusilado, como ahora intenta hacerlo conmigo....

—Como lo haré mañana.

—Sea en buen hora; como V. E. piensa hacerlo mañana conmigo:

entre esas personas repito, ¿No recuerda V. E. á cierto General, celoso y afortunado defensor del Rey durante los tres años que imperó la constitucion de Cadiz?

—¡Canalla! ¿He venido yo por ventura, á sufrir un interrogatorio?

—Perdone V. E.; reconozco mi error: y lo enmendaré. Soy en efecto loco suponiendo que la memoria de la víctima á que aludo no persigue siempre á V. E.; pero en realidad no es de esto de lo que se trata. Aquel hombre fué engañado; aquel hombre creia que sublevándose prestaba un servicio eminente al trono, y no lo creia por inducciones, ni por cálculos, no: sino porque asi se le dijo de palabra y por escrito. Por eso V. E. le fusiló sin forma de proceso, para que hablar no pudiese.

—Ya conoces entonces la suerte que les espera á los que saben cosas que se quisieran ignoradas.

—Cierto: mas prosigo. V. E. que sospechaba, ó mejor dicho, tenia certidumbre de lo que dejo apuntado, al recibir *de palabra* la órden de arcabucear al General, donde quiera que pudiese ser habido, exigió para verificarlo que así se le mandase por escrito.

—Parece que estás bien enterado de todo.

—Y como era de la mayor importancia que la víctima no pudiese revelar los nombres de sus cómplices é instigadores, V. E. obtuvo la órden escrita que deseaba y de quien la pedia.

—¡Y bien!

—La Santa asociacion del *Angel esterminador*, que tiene la gloria de contar á V. E. entre sus primeros y mas celosos afiliados, sin embargo de ser en realidad autora de la sublevacion castigada en la persona de aquel General, agradeció á V. E. como gran servicio que le fusilase, considerando que el sacrificio de una sola vida salvaba entonces infinitas, dejando ademas abierto el porvenir á los proyectos de la congregacion.

—Acabemos.

—No se impaciente V. E. que en estas cosas es preciso proceder metódicamente. La órden escrita no fué por V. E. exigida en satisfaccion de su conciencia, sino para responder con ella á las reconvenciones de sus co-asociados, quienes, *pro-fórmula* á lo menos, debian pedirle y le pidieron cuenta de la vida del General. El obispo de *** encargado de esa comision, oyó las explicaciones de V. E. quien para robustecer el testimonio de sus palabras se dignó confiarle, por veinte y cuatro horas y prévio juramento de devolvérsela, la órden famosa. ¿Me engaño Señor Excelentísimo?

Nada respondió el Capitan General á esa interpelacion; pero fijó la vista en don Angel, asombrado de verle tan al corriente de negocios conducidos con la mayor reserva.

El preso advirtió la impresion que causaba en su juez, mas, no dándose por entendido, prosiguió diciendo:

—Hasta aquí he dicho á V. E. cosas que sabe, las que voy á decirle las ignora.

—¡Ah!

—Si señor, las ignora V. E.: Mas antes bueno será recordar cierta circunstancia notabilísima. Al pedir la órden escrita para dar muerte al General sublevado, protestó V. E, que lo hacia sin mas objeto que el de que la *Persona* á quien se la pedia, ¡no olvidase, por efecto de sus graves negocios, lo que entonces mandaba; pero que por lo demas, V. E. juraba y prometia bajo su palabra de honor la mas sagrada, no enseñar aquel documento á persona ninguna, no hacer uso de él fueran las que fueren las circunstancias en que se encontrase. Sin embargo, V. E. ha faltado á juramento y promesa.

—¡Calumniador!

—Y si el que escribió la órden llegara á saberlo, V. E. que le conoce, no necesita que yo le diga que suerte seria la del perjuro.

—Pero, miserable, aunque fuera cierto cuanto dices ¿Quién puede probarme que falté á mi promesa?

—Yo.

—¡Tú!

—Sí Señor yo.

—¡Bah! El miedo á la muerte le trastorna el juicio: Si esa órden de que hablas existe, la tengo yo en mi poder; y mañana antes de salir el sol, tú no podrás ya mover la lengua.

—Señor Excelentísimo; ni yo muero mañana en el suplicio, ni V. E. tiene en su poder la órden de que se trata.

—¡Infeliz! Estás demente.

—Yo sé que V. E. conserva cuidadosamente en parage seguro un papel que el obispo le entregó, antes aun de cumplirse el plazo por V. E. señalado para la devolucion de la órden.

—¡Pues entonces!

—Entonces y ahora V. E. se engañó y se engaña: aquel documento es un *facsímile* primorosamente sacado del original,

—¡Maldicion! ¿Será posible?

—Lo es.

—¿Y el papel original está en manos del obispo?

—Tampoco, Señor General.

—Mientes entonces en cuanto dices; si el ánimo de aquel hombre era perderme ¿cómo quieres que se haya desprendido del medio seguro para lograrlo?

—V. E. discurre perfectamente, mas lo que hay es que el obispo está engañado lo mismo que V. E. ni mas ni menos: lo que en su poder conserva es otro *facsímile*; y lo que ni el obispo ni el General, han observado es que falta en ambas copias una contraseña, casi imperceptible, que puso al original su sagacísimo autor.

—¿Pero ese original quién le tiene?

—El que hizo los facsímiles en sola una noche.

—¿Y quién fué?

—Un servidor humildísimo de V. E.

—¿Tú?

—Para servir á Dios y á V. E.

—¿Dónde?

—Ah Señor, ¿cómo quiere V. E. que se lo diga? No estoy yo tan mal con mi pellejo.

Te perdono la vida si me lo entregas.

—No señor, no es eso. Aquí la cuestion es saber que le interesa mas á V. E.: hacer fusilar á un pobre diablo como yo, que nada vale y nada significa, y que es ademas agente directo de S. M. en Cataluña, circunstancia fácil de probar con documentos feacientes; ó que se reserve la órden famosa. Si esta vuelve á poder del que la escribió, y volverá indudablemente apenas yo expire, porque media hora antes de que se me prendiera he tomado para ello las disposiciones oportunas; si vuelve, digo, la órden á su autor, V. E. me seguirá muy de cerca al otro barrio: si se me pone en libertad.....

—¿Me la entregarás á mí?

—No señor; porque entregarla y morir seria todo uno: y yo aunque no temo á la muerte, tampoco tengo prisa ninguna de salir del mundo. En libertad serviré á V. E, y al Rey, como hasta aquí lo he hecho, por inclinacion, por interés y porque no me conviene enemistarme con persona tan poderosa como el Capitan General de Cataluña; pero conservaré siempre ó mas bien la persona á quien se la he confiado conservará la órden en su poder, como garantia de mi existencia.

—¿Y cuál tendré yo de tu silencio?

—¿Cuál ha tenido V. E. antes de prenderme? Como he callado hasta aquí, callaré en adelante: las cosas serán lo que han sido y V. E. habrá ganado un amigo que le tenga al corriente de los intentos de la sociedad *del Angel esterminador*, en cuyo implacable odio ha incurrido por efecto de las ejecuciones de Tarragona. Señor Excelentísimo, V. E. lo sabe, los apostólicos no perdonan nunca mas que á los muertos y aun á esos rara vez: cualesquiera que sean los servicios que V. E. haya prestado, preste, ó pueda prestar á la causa del absolutismo, esos hombres, que ni el tiempo aplaca, han de tratar de vengarse lo mismo hoy que dentro de diez años.

«En conclusion, V. E. elegirá: yo por mi parte no tengo mas que decirle.»

Salió el General con la ira en el alma y el sobresalto en el corazon, del calabozo de don Angel: mas este no fué al dia siguiente pasado por las armas.

Tales fueron las causas que interrumpieron la correspondencia entre don Angel y Mendoza, mas como este ignoraba la prision de aquel, persuadióse á que le vendia su mas fiel agente, su único confidente y casi amigo.

En tanto recogia Leoncio el fruto de su aparente caridad y en las formas fervorosa devocion. Prendadas de esas dotes las autoridades realistas de Granada, tanto le recomendaron al gobierno, que auxiliadas por el Embajador francés á quien el Rey su amo tenia encomendado le protegiese en todo, lograron al fin que se le concediese una real licencia para pasar por dos meses á Madrid á besar la mano del Monarca. Aquella nueva gracia era con evidencia, precursora de un completo indulto; y Leoncio se apresuró conociéndolo así, á gozar del favor que se le concedia.

Laura, cuyo estado de salud no era muy satisfactorio, declaró que no se sentia con fuerzas para emprender aquel viage; y su marido, á quien no le pesaba quizá de ir solo á Madrid, partió en consecuencia, de Granada, cuando ya eran pasados cuatro meses y comenzaba el quinto despues de su salida de París.

Capricho parecia de la fortuna separar entonces á los dos hermanos; pero no fué sino disposicion misericordiosa de la Providencia, como lo probarán los hechos. Volvamos por un momento la vista á lo pasado, y veamos si Laura tenia ó no alguna culpa en sus propias desdichas.

Don Simon se habia negado á entregársela al ermitaño Pablo, á pretexto de que la soledad tenia graves inconvenientes para la juventud; don Simon era incrédulo, y no cuidó de la educacion religiosa de su hija; don Simon la crió en la mas completa ignorancia del mundo, despues de haberse negado á que otros la educasen en el recogimiento; y don Simon, en fin, por no revelar sus propias flaquezas dió lugar á que se consumase un matrimonio impío.

¿Qué hizo despues Leoncio? Gozar de sus riquezas, dejar á Laura en su completa ignorancia, en vez de ser su guia, y desenalarle al menos los escollos; tenerla de continuo expuesta á la mas peligrosa de las seducciones, solo por temores indignos de un pecho noble, solo por no acertar á ser fiel á lo pasado, ó á renunciar á ello declaradamente.

¿Y qué hizo Mendoza? Serpiente astuta y ponzoñosa, fascinarla ya que no pudo corromperla; lanzarla, con pleno conocimiento del riesgo, en medio de las seducciones del mundo; calumniar al hombre que su corazon amaba; hacerla creer que no habia virtud en ninguno. Cruel egoista, aquel hombre inflexible mataba á su víctima á fuego lento; osaba sin embargo decir que la amaba: y ella infeliz, inerme, santa, buena, sucumbia á tanto egoismo, á tanta incredulidad, á tanta bajeza, á tanta infamia, á tanta perversidad....!

Sino hubiera despues de esta otra vida, ¿Cómo concebir al autor de cuanto es y ser puede? Pero hay mas allá del valle de lágrimas un valle de justicia; lo hay, porque sino los ateos no serian, como son, los mas absurdos de los malvados.

Mas, reflexiones á un lado, y volvamos á nuestra narracion. Al separarse de Laura, Mendoza, temeroso de ser de nuevo registrado por la policía francesa, entrególa, como en su lugar dijimos, el único papel importante que consigo llevaba, que era la clave de la cifra de que hablamos al tratar de su correspondencia con don Angel, cópia de ella conservaba entre sus demas papeles depositados en Lóndres en un arca de hierro, y en poder de un banquero de probidad conocida. Mas obvio fuera haber quemado documento de tal importancia: pero el estado de agitacion exaltada en que el capitan se hallaba excusa ya que no disculpe completamente tamaño error. Mas tarde se verá por qué hacemos especial mencion de esa circunstancia, á la que la misma Laura no dió por el pronto valor ninguno, contentándose con guardar aquel documento en una cartera ó pupi-

tre de cuero de Rusia, que era la misma que el difunto Indiano llevaba consigo en todas sus espediciones ó viages.

Habíala conservado en memoria de su padre, usábala tambien siempre que en camino se ponia.

Desde poco despues de su establecimiento en Granada, la salud de Laura experimentó una profunda revolucion: un mal estar contínuo la aquejaba, porque no era posible que quien tanto padecia del espíritu dejase de padecer del cuerpo.

Manuela, que desde la escena referida al final de nuestro anterior capítulo, cada dia se hizo mas necesaria á la hermana de Leoncio, logrando cautivarse toda su confianza, por ser la primera persona en quien hallaba cordialidad y franqueza, aunque envueltas en la groseria é ignorancia mas crasas; Manuela, decimos, tardó poco en conocer que su bienhechora no solo era muy desgraciada, sino que á mayor abundamiento tenia ya síntomas de una enfermedad que es el azote de la juventud. La palidez mate de su rostro, y una tos seca, con mas el ardor contínuo de su piel revelaban la inminencia de una tísis pulmonar, que Manuela y don Antonio, sin tener nociones algunas de medicina, descubrieron en breve y con terror profundo.

En tal estado su única distraccion era irse por las tardes á casa de sus favorecidos, y sentarse á la cabecera del lecho de don Antonio, que impedido casi completamente rara vez se levantaba.

La conversacion de aquel hombre, que en su larga experiencia del mundo y en la amargura de sus desgracias halló un manantial fecundo de máximas filosóficas, y de piedad evangélica, que expresaba en lenguage sencillo y sin ningun género de pretensiones dogmáticas, era para el corazon de la hija del Indiano un bálsamo consolador.

La prendera, que con el bienestar habia recobrado su antiguo buen humor, mas de una vez hacia brillar en aquellos labios la casi olvidada sonrisa: pero todo esto no bastaba: porque el wals de las Tullerias, y las últimas palabras de Mendoza habian emponzoñado el alma de Laura.

Con terror, dicho queda, observaban Manuela y don Antonio, los progresos de la enfermedad de su bienhechora; mas en vano, sin revelarle la gravedad de los síntomas, la suplicaban de contínuo que se cuidase.

No tengo nada, solia contestarles, no tengo nada; y si tuviera, ¿qué importaria? ¿Tan feliz soy que deba atender con grande esmero á la conservacion de mi vida?

—¿Y los desgraciados que socorre vd., hija mia? Le replicó alguna vez don Antonio.

—¡Oh! repuso siempre Laura, ¿no dice vd. que la Providencia vela siempre por ellos?

Y no se cuidaba: al contrario, hacia, al parecer, lo posible para agravar su dolencia.

En tal extremidad, don Antonio creyó que era para él deber de conciencia revelar á Laura su verdadero estado, y una tarde en pre-

sencia de Manuela, que enterada de su proyecto hacia vanos esfuerzos para contener el llanto, comenzó á decir:

—Laura, hija mia, yo debo á vd. el descanso, el sosiego, el regalo de mis últimos años, y tan profundamente la estimo que sin rubor recibo sus contínuos beneficios.

—Por Dios, exclamó Laura, que no hablemos de esa materia.

—Perdone vd. replicó con gran conmocion el anciano, es preciso que hablemos de eso, es preciso que vd. me escuche, y es preciso ademas que siga vd. mis consejos, ó renuncio desde ahora á sus beneficios....

—¡Don Antonio!

—Laura, un hombre de bien, puede recibir el sustento de manos de un ángel, postrarse á sus plantas, adorar en él, como yo adoro á vd.: pero un hombre de bien no puede, no debe depender de quien comete el mayor de los crímenes!...

—¡Santo Dios! ¿Qué está vd. diciendo?

—Que la muger que yo crei un ángel, no es mas....

—¡Cielos! (exclamó Laura) ¿Quién le ha dicho á vd?...

Imaginaba que don Antonio habia sabido que Leoncio era su hermano.

—¿ Quién me ha dicho? prosiguió don Antonio; Mis ojos, Señora; vd. está enferma, lo sabe, y sin embargo no pone remedio.

—¿ No es mas que eso?

—Y eso es sobrado, porque es un suicidio premeditado, cometido á sangre fria, con lentitud horrenda, con crueldad espantosa!

—Pero amigo mio, si lo que yo tengo es un simple constipado.

—Lo que vd. tiene.....

—¿Qué va vd. á decir, Santo Varon? Gritó Manuela, prorumpiendo en amargos sollozos.

—¡Que esta Señora está amenazada de una tisis!

—Quizá se engaña, Señora; interrumpió de nuevo Manuela.

—¡Si se engaña, dijo con amarga sonrisa Laura; si se engaña, porque estoy ya tísica!

Algunos instantes de horroroso silencio sucedieron á tan inesperada declaracion. El anciano para no perder el sentido hubo de acudirá la oracion: Manuela hecha una estátua contemplaba con estupor á Laura; esta parecia la personificacion de la amargura.

En fin don Antonio, recobrándose el primero dijo:

—No me engañé Laura: vd. se deja morir porque quiere, y comete á sangre fria el mas horrendo de los crímenes ¿Asi paga vd. la celestial generosidad que la ha creado bella, noble, rica, generosa, con elevada inteligencia, que la ha dado el poder de cautivar los corazones; que la ha dispensado en fin hasta el don de la Caridad!

—¡Ah! respondió Laura, faltábales solo á mis desdichas perder su amistad de vd.

—Mi amistad, pobre niña, no la perderá vd. nunca, nunca. ¿Pero quiere vd. darme una prueba de que ve en mí un verdadero amigo? Confieme sus penas: quizá mi experiencia les halle el remedio que vd. no alcanza.

—Mis penas no admiten mas alivio que el de la muerte : pero no rehusaré satisfacer á vd. Va vd. á oir una triste historia que por vez primera sale de mis labios.

—Señorita, interpuso entonces Manuela , me voy á dar una vuelta por la cocina. Vd. me llamará cuando me necesite.

—No, Manuela, contestó Laura apreciando tanta delicadeza en todo lo que valia; vd. debe saber tambien mi secreto; que depositaré en los dos únicos corazones que hasta hoy he hallado capaces de comprender el mio.

En seguida refirió Laura á sus dos protegidos la historia de su casamiento, enfermedad y cura; y por fin la de su amor á Ribera, amor por Mendoza cruelmente emponzoñado.

En el semblante del enfermo veterano se pintaron durante el triste relato , ya la melancolia , ya el amargo conocimiento de las maldades que Laura , aun con padecer sus consecuencias , todavia no apreciaba en su justo valor ; pero Manuela la interrumpió veinte veces con enérgicas exclamaciones de ira ; porque su corazon generoso se rebelaba contra tanta desdicha.

Sin embargo , lo que mas triste le pareció en todo aquello , fué la absoluta ausencia de ideas religiosas que advirtió en Laura. La casualidad , el destino eran las causas á que la infeliz atribuia exclusivamente todas sus desdichas ; la oracion parecia serle un remedio desconocido : en una palabra , la naturaleza de Laura repugnaba la impiedad , pero estaba tan ignorante del Evangelio como si en un desierto de Norte América naciera y se criara.

Así hubo de limitarse don Antonio explicar humanamente los sucesos, y procurar con raciocinios mas ó menos especiosos, que en el corazon de su bienhechora renaciese la esperanza. No pudo, sin embargo , ocultársele que para la grave enfermedad que aquel espíritu padecia eran necesarios remedios heróicos que no estaban á su alcance ; y formó en consecuencia un proyecto de cuya ejecucion hablaremos antes de mucho.

La hija del Indiano , regresó á su casa , exaltada con el recuerdo de sus desgracias que la necesidad de referírselas á don Antonio y á Manuela habia renovado en su corazon ; y la que mas vivamente la afligia era la mala idea que Mendoza con sus palabras de despedida la habia hecho concebir de Ribera.

Por una contradiccion frecuente en el espíritu humano y , lo que es mas , lógica en sumo grado , Laura que suponiendo á don Luis un mónstruo , no podia dejar de amarle , detestaba á Mendoza que en su concepto , no habia hecho mas que señalarle el precipicio que la amenazaba.

Ribera habia sido la ilusion , cara siempre á su alma , aun despues de desvanecida : Mendoza el instrumento que deshaciéndola, destruyó en realidad la dicha de la hija del Indiano.

Ella , pues , entró en su cuarto brotando llamas de los ojos , respirando adversion á Mendoza , y por un capricho de la fortuna , lo primero en que fijó la vista fué en la cartera de piel de Rusia que contenia la famosa clave.

«¡No quiero, se dijo, conservar nada de aquel hombre sin misericordia!»

Y abriendo precipitadamente la cartera: comenzó á buscar el papel con ánimo de abrasarlo: pero su mismo afan hizo, que con tenerlo á la vista, no pudiese de ningun modo encontrarlo.

Llena entonces de impaciencia sacando todos los papeles, sacudió furiosa el pupitre, y puso por casualidad la mano en un resorte que en el fondo tenia, oprimido el cual saltó la tapa de un secreto, para ella hasta entonces desconocido.

Aquel secreto contenia dos pliegos, ambos cerrados con lacre negro, en él estampadas las armas de Valleignoto, en la cubierta del uno escrita de puño de don Simon, decia: «*Para Laura despues de mi muerte:*» en el del otro: *Papeles reservados de familia.*

Eran las dos de la tarde siguiente, y todavia Laura estaba leyendo aquellos papeles, cuyo hallazgo le deparó, no un capricho de la fortuna como ella lo creia, sino un decreto de la Providencia.

CAPITULO III.

Un rayo de luz.

Gibraltar que es el padron de España, el foco del contrabando, el refugio de los malhechores, y reducto en la Península del monopolio inglés, tiene ademas el inconveniente de ofrecer un punto de seguridad, un centro de accion á los emigrados políticos, raza infeliz de que, si bien con distintos nombres, no carecemos los españoles hace largos y tristes años.

En los momentos á que con nuestra historia hemos llegado, algunos de los liberales ya proscritos en el extrangero, otros á quienes el furor de la persecucion inducia á abandonar sus hogares; y, en fin, aquellos que por dicha lograban sustraerse á sus efectos, formaron en la plaza indicada, una junta revolucionaria que, alimentándose de esperanzas, tomando los ayes de las víctimas por voces de rebelion, y dando nombre de hechos á sus ilusiones, minaba ó creia minar los cuatro reinos andaluces.

Con tal motivo el Gobierno del Rey que á todas partes atendia, dispuso que algunas de sus fuerzas empleadas contra los carlistas de Cataluña, terminada su mision, pasasen á las Andalucías, y comunicó las mas severas órdenes á las autoridades de aquellas provincias, para que redoblasen su vigilancia y precauciones.

Hízose como se mandó, cosa que no es comun en nuestro país: algunos regimientos de infantería y caballería salieron á marchas forzadas de Cataluña en direccion á la costa occidental de la Península; artilláronse las baterías; reforzóse la guarnicion del Campo de San Roque; y la policía, rejuvenecida por la escuela del temor, volvió á desplegar aquel celo feroz del inolvidable año de 1824.

Residia á la sazon, confinado en Málaga, un eclesiástico de alta gerarquía, á quien llamaremos el Dean para entendernos en lo sucesivo, que siendo de los pocos afectos á las doctrinas liberales, aunque en verdad con moderacion extremada en las teorías, y evangélica dulzura en la práctica, no puedo menos de ser comprendido en la proscripcion general, si bien hasta sus mismos perseguidores tuvieron que respetar en él la virtud ejemplar de su conducta.

Vivia aquel digno sacerdote en Málaga en el mas absoluto aislamiento, aunque ejerciendo las funciones de su ministerio, porque su prelado se negó á recogerle las licencias, á pesar de que algunos furibundos lo solicitaban. La oracion y el confesonario ocupaban, pues, la mayor parte de su tiempo: las prácticas de una celosa, delicada y exquisita caridad el resto.

Raro era el pobre de su barrio á quien el Dean no socorriese, privándose para ello hasta de lo necesario; y rara tambien la noche en que no dejaba el descanso para acudir con el consuelo de la divina palabra al lecho de algun moribundo.

Docto pero sencillo: virtuoso, mas indulgente: creyente, sin fanatismo; confesor ilustrado; caritativo por naturaleza, ganóse pronto el afecto de las gentes del pueblo: y en buena lógica debiera creerse seguro de toda nueva persecucion. Nada recelaba en efecto. ¡Candidez extremada! Precisamente porque era bueno y amado, se le mandó salir de Málaga y pasar á Granada, bajo la vigilancia de la policía, á pretexto de que su popularidad misma le hacia peligroso en la primera nombrada Ciudad.

El hecho es que algunos clérigos, cuya desordenada conducta resaltaba mas puesta en inmediato paralelo con el santo porte del Proscrito, aprovecharon la ocasion que la conjuracion de Gibraltar les deparaba para desacerse de aquella su viviente y perpetua censura.

Nuestro Dean, se sometió resignadamente á la nueva tribulacion que la Providencia le enviaba: sensible le era y mucho abandonar *á sus pobres* pero ¡Ay, exclamaba, dondequier que existen hombres, encuéntranse tambien miserias! Por dicha no me faltarán en parte alguna desgraciados á quienes consolar.

Algunos dias antes de la conversacion que medió entre Laura y don Antonio, y que en el capítulo anterior hemos referido, llegó á Granada el baron apostólico desterrado de Málaga, y como lo primero en que pensó fué en inquirir calamidades que aliviar, á poco supo la residencia del veterano impurificado.

Ambos eran con corta diferencia de la edad misma: habíanse conocido en la juventud, y aunque interrumpidas en aquella ciudad sus relaciones por la diferencia de carreras y la diversidad de los destinos, conservaban en sus pechos el mas tierno recíproco afecto de amistad.

Así fué para uno y otro gran consuelo encontrarse en medio de la borrasca; así don Antonio en la efusion de su gozo, contó al eclesiástico todos los beneficios que á Laura debia, y juntos rogaron al Señor que bendijese á la bella mejicana.

Pero cuando Laura dió á entender que sabia padecer ya la tremenda enfermedad cuyos primeros síntomas se mostraban tan claramente: cuando don Antonio la vió resuelta á dejarse morir, comprendió que aquel espíritu angélico estaba todavía en las tinieblas de la ignorancia; y que entregada su bienhechora á las inciertas luces de la flaca razon humana exclusivamente, su ruina era casi inevitable.

Oida la relacion de los infortunios de la hermana de Leoncio, confirmóse en su primer juicio: la infeliz ignoraba qué cosa fuese la religion en que habia nacido.

En tal extremidad parecióle que, en satisfaccion de la deuda inmensa de gratitud que con Laura tenia contraida, estaba obligado á procurar por cuantos medios estuviesen á su alcance la salvacion del cuerpo y del alma de aquella desdichada, y formó el proyecto de valerse para ello de las luces del Dean.

Llamóle pues, y á solas le dijo:

—Lorenzo, tengo que reclamar de tí un servicio, ó mas bien, que ofrecerte un tesoro. Mi bienhechora es desgraciada siendo bella, rica, y virtuosa; y lo es, no porque sea incrédula, sino porque ignora lo que creer debe. Padece una enfermedad mortal, lo sabe, y no pone remedio.

—¡Se suicida!

—Sí, Lorenzo; porque es muy desgraciada, y al mismo tiempo ignora que no hay en esta vida un abrojo que en la otra no sea una palma. ¿Quiéres encargarte de su conversion?

—¿Si quiero, me preguntas? Lo debo, Antonio, lo anhelo.

—Bien, Lorenzo; bien; pero para que lo consigas es necesario que conozcas su verdadero estado.

—De su misma boca he de saberlo, ó de ninguna.

—Vé, pues, á verla de mi parte; dila que en nombre y gracia de los beneficios recibidos, reclamo de ella que te oiga y abra su pecho.

—Indiscreto puede parecer este paso á los ojos del mundo, Antonio: pero la caridad me ordena seguir tus consejos. A Dios.

—Manuela te enseñará la casa y te servirá de introductora. Lorenzo, Laura es el ángel que vacila.

—Como la gracia del Señor venga en mi auxilio, Antonio, nunca será tu bienhechora el ángel caido.

Cuando llegaron el Dean y Manuela á las inmediaciones de la casa de Leoncio, interrumpió su marcha un brillantísimo regimiento de caballeria ligera, que entrando en aquel momento en Granada, pasaba á lo largo de la calle á que se dirigian. A la cabeza de los escuadrones, y distante de ellos algunos cuerpos de caballo, iba su coronel, jóven, elegante, lujosamente equipado, sable en mano, oprimiendo el lomo de un potro cordobés negro peceño, que orgulloso con sus militares arreos y electrizado por el bélico son de las trompas, erguia el cuello, derribábase sobre el cuarto trasero, y levantando los brazos hasta las cinchas ostentaba su ancho pecho cubierto de blanca espuma.

Los balcones se llenaron de curiosos y mas de curiosas; y los ojos de estas se fijaban en el jóven coronel, que en medio de aquella especie de triunfo iba como distraido y preocupado.

Laura misma, que entonces terminaba la lectura de los papeles hallados en el secreto de la cartera, al oir los clarines y el estrépito de las herraduras en la calle, abrió maquinalmente el balcon de su cuarto y asomóse como todos á ver la tropa.

Acertó en esto á pasar el viático por la calle que, al salir de la que ocupaba, tenia que atravesar la tropa, y su coronel, como era natural, volviose á dar la voz de ¡*Columna, alto*! que repetida por los comandantes de escuadron, dejó fija en solo un instante aquella masa de hombres y caballos.

Tambien como era natural, levantó el coronel la cabeza, ejecutada que vió su voz de mando.

A un tiempo mismo se vieron Laura y él: ella pudo á duras penas contener un ¡ay! de sorpresa que en los labios tuvo; el coronel saludando militar y rendidamente con el sable, quedóse con los ojos clavados en la beldad que imaginó para siempre perdida.

—Mi coronel, dijo á poco un ayudante; su Divina Magestad está ya á la vista.

Este aviso fué necesario para que don Luis de Ribera volviese en su acuerdo, y mandára hacer al Rey de los Reyes los honores de ordenanza.

Laura hubiera querido retirarse: pero una fuerza superior á su voluntad la tenia como clavada en el balcon: Laura hubiera querido mirar á otra parte, pero sus ojos, mal que la pesára, no se apartaban del coronel.

¡Y Ribera! Con asombro de sus oficiales, en vez de darles, segun costumbre, ejemplo de compostura en aquel acto del servicio, ni al regimiento, ni á la calle, ni al viático miraba, sino á Laura, por quien tanto habia suspirado, con quien tanto habia soñado, y á quien tan inopinadamente hallaba en su camino.

¡Oh! entonces el mágico poder de la fantasía, levantaba ante Laura y Ribera, porque sobre ambos pesaba la misma fascinacion, el palacio de las Tullerías, radiante de luces y bordados, lleno de bellezas y personages políticos; y resonaban en sus oidos los acordes acentos de la orquesta repitiendo los inolvidables compases; y él á caballo, y ella en el balcon, valsaban, sin embargo, juntos.

Por segunda vez, se llegó el ayudante á su gefe diciéndole:

—Mi coronel, el paso está libre.

—¿Y bien, y qué?

Exclamó Ribera, con insólita aspereza.

—Nada, mi coronel, contestó asombrado el ayudante, lo decia por si vd....

—Bien, bien; gracias, interpuso don Luis, que recobrándose conoció toda la ridiculez de su conducta. «Columna de frente, guia á la derecha, al trote, marchen».

Pronunciadas esas voces mas con ira que con energia, metió espuelas al caballo que arrancó botando, y en breve desapareció de

la calle, no sin saludar antes de nuevo al volver la esquina á la que con no menos pena que él se iba, le miraba desde el balcon marcharse.

Ya no se oian ni las pisadas de los caballos, ni el eco de los clarines y todavia Laura estaba con la vista clavada en el parage que pocos minutos antes ocupára el único hombre que habia encontrado el camino de su corazon.

La llegada de Manuela con el Dean, que le anunció un criado, la arrancó, en fin, á tan peligroso estado, y diciéndose á si misma: «No es posible que sea un malvado ese hombre; no; Mendoza ha mentido:» salióles al encuentro á los que la buscaban.

—Señora, le dijo el Dean despues de saludarla y de tomar asiento; mi visita puede parecer á vd. intempestiva, su motivo extravagante: pero para el servicio de Dios nunca es demasiado pronto, y cuando la conciencia nos dice que obramos bien ¿las fórmulas del mundo ¿qué significan?

Tan singular exórdio hiciera creer á Laura que aquel eclesiástico estaba demente, á no haberle antes dicho Manuela que era un hombre de ciencia y virtudes singulares, amigo de don Antonio, y por este enviado, «A ver, señorita, (tales fueron las palabras de la viuda del sargento) si la convierte á vd.»

Nuestra huérfana solo habia oido hablar de la religion á su padre muy pocas veces, y esas con harta ligereza: tenia, pues, formada muy triste idea de los ministros del culto, juzgando que en todos ellos era oficio la que no debiera ser sino vocacion: pero, tanto porque el fondo inagotable de ternura con que el cielo la dotó la predisponia á los sentimientos religiosos, cuanto por complacer á Manuela y á don Antonio, y porque la evangélica fisonomía, la unccion de las palabras, la suavidad de los acentos del venerable anciano sacerdote, la inspiraron involuntario respeto, contentóse con hacerle seña de que podia proseguir. Ella entre tanto pensaba siempre en Ribera.

El Dean, despues de contemplar algunos instantes con profunda melancolía aquella hermosura que las penas y la enfermedad tenian marchita, anudó su interrumpido discurso diciendo:

«Pues que vd. lleva la indulgencia hasta dispensar mi groseria y atrevimiento, concédame tambien su atencion algunos instantes.

—Atiendo, replicó Laura; pero mentia, porque el coronel estaba siempre ante sus ojos. Advirtió el Dean aquella distraccion aunque ignoraba la causa, mas prosiguió como si no lo notara.

—Antonio me ha dicho que vd. sabe Señora, la enfermedad que padece.

—Sí: contestó ella con gran distraccion.

—Y que no pone nada de su parte para curarla, prosiguió el clérigo, á lo cual Laura nada quiso responder.

—Es decir, que sintiéndose sin valor para acelerar la muerte, ó para sufrir la vida, ¿se deja vd. morir lenta y dolorosamente?

—Cuando eso fuera, exclamó la huérfana con febril energia, cuan-

do eso fuera ¿sabe vd. que vida es y ha de ser forzosamente la mia?

—No tengo aun derecho á su confianza de vd.; y no la reclamo, ni la necesito. ¿Será vd. muy desgraciada, sin duda?

—¡Oh como nunca lo fué muger alguna!

—¿Sin Madre?

—No la he conocido.

—¿Sin Padre?

—Por mi culpa ha muerto.

—Dios seapia de de la hija que causó la muerte de su Padre.

—Ese crímen no tiene perdon.

—Uno solo es el que no le tiene: el de negar la misericordia del Redentor del mundo. Señora, si vd. es desgraciada no mas; si en sus afectos, si en sus esperanzas ha sido engañada; si obrando bien la calumnia manchó su buen nombre; si ha perdido lo que amaba, ó ha visto y vé infelices á los predilectos de su corazon; si desea lo imposible y se vé por lo que detesta abrumada: la resignacion, la conformidad durante esta vida, que pasa como el soplo del viento instantáneamente y sin dejar huella en el universo, bastan para convertir en un paraiso de inefables delicias, no solo esas penas, sino cuantos tormentos acierte á inventar el espíritu mismo que al mal preside.

«Tal vez tiene vd. parte en sus propias desgracias: culpas ó errores suyos pueden haberlas causado. Quiero ir mas lejos: aunque el crímen (y no lo creo) mancillara un alma en la apariencia tan pura como la de vd. ¿Qué importa eso, si el santo fuego del arrepentimiento prende en el corazon que fué perverso ó flaco.

«Vuelva vd., señora, la vista al universo, vea al pájaro débil, á la fiera poderosa, al mar bravo, á la montaña inmóvil, al viento volador, al bruto con instinto, al hombre con entendimiento, al cielo inmenso, á los astros brillantes, que no son sino elementos de un todo admirables obrando cada cual en su esfera, conspirando todos en armónico concierto á un fin que nuestra limitada inteligencia no comprende, mas tampoco acierta á negar.

«¿Piensa vd. que la mano poderosa creadora de tantas maravillas arroja los séres á la vida, como el niño inexperto al aire la piedra, sin ocuparse despues en su destino?

«No lo crea vd. Señora, no lo crea: el Padre comun vela incesantemente por sus criaturas: ellas son las que de él se apartan, ellas las que cierran los oidos á sus amorosas voces, ellas las que malgastan el tesoro de inteligencia y sensibilidad que de él recibieron.

«¿Dios e vd. la vida á sí misma? No por cierto. ¿Qué derecho tiene pues á terminarla? Va vd. á decirme que acepta la enfermedad que la suerte le envia ¿Porqué si tiene medios para combatirla? ¿Qué hago yo en el mundo (añadirá vd.) mas que padecer? Puede vd. hacer le responderé yo, mucho bien á los desgraciados porque es rica, puede vd. con el egemplo de su resignacion alentar á los que desmayen. Cuando no fuera mas que salvar de su ruina á un solo infeliz, ¿No merecería eso solo el sacrificio de vivir?»

A medida que el Dean iba adelantando en su discurso, su acento, ademanes, y semblante se animaban tambien sucesivamente.

Su porte digno y venerable; su gran cabeza en que pocas, pero limpias canas se agitaban con el movimiento mismo del discurso; su frente en que resplandecia la inspiracion divina; sus ojos encendidos por la caridad, produjeron en Laura un efecto mágico.

Verdad es que la lectura de los papeles del secreto la preparó hasta cierto punto para oir la expresion de ideas que hasta el momento le fueran poco menos que peregrinas; verdad tambien que haber acaecido en tan corto espacio de tiempo el hallazgo del secreto, la aparicion de Ribera, y la tentativa del Dean, fué circunstancia eminentemente favorable á esta.

Mas á mayor abundamiento el sacerdote comprendiendo desde luego que hablar del Dogma y misterios de la Religion á Laura fuera, en el primer momento, el medio seguro de alarmar su razon, y alejarla del camino en que convenia que entrase, abstúvose como hemos visto de tocar punto alguno doctrinal, y limitándose á generalidades de esas que hablan al corazon mas que á la cabeza, encontró la senda oportuna.

En resúmen, dijo Laura, despues de algunos instantes de meditacion. ¿Qué es lo que vds. exigen de mí?

—Que se cuide vd. señorita, exclamó Manuela, que se cure.

—Eso lo primero, añadió el Dean; despues yo suplicaria á esta señora que me permitiera hablar con ella algunos ratos sobre el estado de su alma. Mis años y mis canas son testimonio de que la experiencia debe haberme dado muchas de sus amargas lecciones, y quizá en ellas encontremos recursos para aliviar sus penas de vd. señora.

—¿No es mas de eso lo que vd. se propone? Preguntó Laura con alguna desconfianza.

—Mas es lo que espero, respondió sin vacilar el digno sacerdote: mas lo espero de vd. misma, de su corazon que me consta que es bueno, de su alma cuya sensibilidad estoy viendo. Si señora, si: vd. ha adivinado mi proyecto; yo anhelo ardientemente ver á vd. religiosa, como es caritativa y egemplar en su conducta; pero no me propongo atormentarla para conseguirlo. La Religion de Jesucristo no ha menester tales recursos.

—En buen hora, pues, replicó la hermana de Leoncio. Don Antonio me ha hablado ya de vd muchas veces; y no puedo ademas negar que esta conversacion me previene muy en favor suyo. Hay mas: necesito consultar con una persona de las prendas que en vd. supongo, señor Dean, sobre cierto asunto que me interesa muy de cerca, y de que hace muy poco tengo noticia; pero no ha de ser hoy ni mañana.

—Sea, señora, cuando vd. lo ordene, en mi encontrará siempre un celoso servidor.

—Si, si, eso está bueno, interpuso Manuela, mas la cura no debe retardarse, me voy á llamar al médico.

—¡Manuela!

—Nada, no escucho nada. Y en efecto marchose como una centella.

El Dean, tambien creyó oportuno poner término á su primera visita, y se retiró luego con buenas esperanzas para lo futuro.

Laura habia querido reservarse dos dias para meditar sobre su posicion antes de entrar en materia con el clérigo; y aun, si hemos de decir la verdad toda, parécenos que la llegada de Ribera no fué enteramente extraña á su resolucion.

De todas maneras recibió sin tardar mucho la visita del médico llamado por Manuela, quien dijo que, por fortuna, no era una tisis pulmonar la enfermedad que la aquejaba, sino una dolencia del corazon, grave si, y acaso mortal si se la descuidara, mas no incurable á la sazon todavia.

Prescrito el régimen que tuvo por conveniente y animando á la enferma con darle esperanzas de su pronto y fácil restablecimiento, retirose el facultativo , y volvió Laura á quedarse entregada á sí misma.

Hallábase grandemente perpleja la hermosa mejicana, á consecuencia del descubrimiento que hizo en la cartera de su padre, y de la inopinada simultánea aparicion del Coronel Ribera en el pueblo de su residencia.

En virtud de la lectura de aquellos papeles deseaba salir de Granada; por efecto de la venida de don Luis, lo contrario precisamente; porque el amor, ocultándose bajo la máscara de la curiosidad, la excitaba á indagar hasta qué punto fuesen ciertas ó falsas las acusaciones de Mendoza. Por otra parte la conversacion reciente con el Dean no dejaba de haberla impresionado hondamente; por manera que se hallaba, como dijimos, y con razon, grandemente perpleja.

Hasta aquel momento puede decirse que Laura habia en el mundo vivido con los ojos vendados , no dando un paso por si sola, cediendo siempre al impulso que recibia de las personas y circunstancias que la rodeaban : mas era llegado el instante de que hiciera uso del libre albedrio. Tocábale entonces á ella misma influir de una manera poderosa en su futura suerte. A la verdad la naturaleza dió á la hermana de Leoncio elevacion en el espíritu y fuerza en el carácter; mas aquellas dotes inertes por falta de ocasiones en que usarlas, eran para Laura como el Tesoro oculto en las entrañas de la tierra para el dueño de esta.

Así luchaban en el corazon de la hermosa su valor nativo con su meticulosidad accidental , su inexperiencia con su resolucion , y transcurrian las horas, y aglomerábanse las dudas, y confundíase su entendimiento en raciocinios cada mas intrincados, cada vez menos concluyentes.

En tal estado , y siempre con la imagen de Ribera fija en el corazon , abrió de nuevo la Mejicana el papel contenido en el pliego cuyo sobre decia «Para Laura despues de mi muerte » y fijó acaso los ojos en un párrafo cuyo contenido era el que sigue.

«Si alguna vez, hija del alma mia , atormentara tu corazon un deseo vehemente pero irrealizable ; si una pasion de las que juzgamos

invencibles se apodera de tí, y ni el tiempo, ni los obstáculos, ni la reflexion la entiblan: huye Laura, huye aunque sea hasta el fin del mundo. La fuga es el único medio de vencer las pasiones.»

—¡Ah Padre mio! exclamó Laura al concluir la lectura de esos renglones: no quiero que pueda inquietarte en la tumba mi inobediencia que á ella te condujo: no quiero cometer de nuevo tan horrenda culpa!

Y diciendo así, tomó la pluma, y con gran prisa, como si de sí misma desconfiara, escribió las cartas que literalmente copiamos á continuacion.

1.ª Carta. —Señor don Justo Herrero Procurador de número en Cádiz. Muy Sr. mio: en una caja de Ebano que mi difunto Padre don Simon de Valleignoto, depositó en poder de vd. pocos dias antes de su desgraciada muerte, se encuentra un pliego cerrado con lacre negro y el sello de las armas de nuestra familia, cuyo sobre escrito dice simplemente estas palabras «*Al Patriarca del Valle*» Ruego á vd. que mostrándose conmigo tan complaciente, servicial y discreto, como lo ha sido con mi infeliz Padre, se tome la molestia, sin pérdida alguna de tiempo, de poner al pliego indicado un segundo sobre con esta suscripcion.

«Al hermano Pablo ermitaño de Córdoba» y que personalmente, si le fuere posible, ó en otro caso por medio de sugeto que merezca toda su confianza, lo haga poner en manos del ilustre prelado de aquella Diócesis.

«Como del pronto y buen éxito de la comision con que á vd. molesto, depende no solo el bienestar, sino acaso la vida de esta desvalida muger último vástago de los Valleignotos, espero confiadamente que, vd. cuya familia, segun mi Padre, ha sido siempre fiel amiga de la nuestra, no dejará desairada mi súplica. Con este motivo etc.—Laura de Valleignoto.

2.ª —«Leoncio: por tu última he visto con satisfaccion, que abrigas fundadas esperanzas de que cese en breve el anatema político que te abruma. En esto, como en todo, mi anhelo es ver cumplidos tus deseos: que seas dichoso.

«Por lo que á mi salud respecta, su estado nada tiene de satisfactorio, si bien un facultativo que hoy, por fin me he decidido á llamar, me dá esperanzas de restablecerla á condicion de que siga escrupulosa y exactamente el régimen que me ha prescrito, entre cuyas condiciones se cuenta la de trasladarme al campo tan luego como la estacion lo consienta. Pienso, pues, hacerlo muy en breve, y aunque te avisaré en tiempo oportuno, no creo de mas anticipar este anuncio. Mantente bueno etc.—Laura.»

Escritas estas dos cartas, descansó Laura como acontece siempre que tras de una indecision nos resolvemos á tomar un partido y en efecto lo adoptamos, aunque sea á costa de sacrificio tan doloroso como para la bella Mejicana lo era el que á consumar habia comenzado.

Ahora dejémosla reposar un instante de sus fatigas mentales; y echemos una ojeada sobre los demas actores del Drama que referimos.

CAPITULO IV.

El cabo Martin.

Dejamos á nuestro don Anselmo Fernandez, es decir, á don Angel, en un Calabozo de la Ciudadela de Barcelona, condenado á muerte, y á merced de la despiadada voluntad del capitan general del Principado; quien por de pronto no se resolvió ni á mandar que se ejecutase la sentencia, ni á poner en libertad al reo, como pudiera hacerlo en virtud de sus omnímodas facultades, sin que nadie osara preguntarle el porqué de su conducta. La existencia de los hombres se estimaba entonces tan poco en España, que uno de mas ó de menos en el mundo, no parecia cosa digna siquiera de que se inquiriese la causa de su vida ó su muerte. Aquello sin embargo se llamó gobierno.

El amigo de Mendoza, poseia, sin duda, una serenidad de ánimo muy superior á la que á los mas de los hombres ha cabido en suerte, y como á mayor abundamiento conocia profundamente hasta el mas recóndito de los senos del corazon de los malvados, desde que tuvo con el general la conferencia que en su lugar dejamos referida, no temia de ningun modo el suplicio: mas para su natural actividad era irresistible tormento, el ocio solitario de un calabozo, bastante á excitar la bilis del mas flemático de los mortales. Desesperábase pues, viendo pasar las noches tras los dias, y las semanas y los meses, encerrado en el angosto recinto de las cuatro paredes de su prision, privado hasta del recurso de la lectura; y sin ver mas rostro humano que el del carcelero ó el del oficial de Guardia entrante cuando se presentaba con el saliente para hacerse cargo de su persona, lo mismo que del utensilio de aquella lóbrega mansion.

Pero Mendoza, que ignorando la prision de su confidente, porque no habia entonces en España periódicos que todo lo publicasen, ni en Barcelona quien se atreviese á escribir una carta que directa ó indirectamente aludiese á negocios políticos; Mendoza, decimos, que ignoraba las causas del forzado silencio de don Angel, y que habiéndose constante y exclusivamente valido de él para sus negocios en España, carecia de corresponsales seguros, y de medios establecidos para entenderse con los liberales de la Península, entregábase á contínuas y extravagantes conjeturas, ó para hablar con mas propiedad, á una cólera sin freno ni medida.

Parecíale que la suerte se obstinaba encarnizadamente en perseguirle; y que, robándole á un tiempo la muger que idolatraba, el hombre cuyas riquezas le eran indispensables para realizar sus colosales proyectos, y el único agente que por su inteligencia y completa despreocupacion estaba á la altura de sus elevadísimas especulaciones, el destino queria precipitarle en un abismo sin fondo, del cual no hubiera brazo bastante poderoso á sacarlo.

De esa persuasion resultó que el mismo hombre cuya frente impía rehusaba doblarse ante la grandeza inmensa del autor del universo, creara para su tormento una entidad indefinible é inexplicable, con el nombre de *Fatalidad*, fantasma sombrío, siempre con el puñal asesino levantado, siempre amenazando desdichas, siempre sembrando crímenes, é inspirando delirios.

¡Ah! se decia Mendoza; la fatalidad se empeña en perseguirme: me provoca, me insulta. Pues bien, acepto la lucha, recojo el guante; veremos quien lleva lo mejor de la batalla!

Y de ese modo engrandeciendo su pequeñez, dando un nombre pomposo y una entidad ficticia á la tiranía de sus propios afectos; negando la divina providencia y proclamando á la Fatalidad, Mendoza se creia el mas audaz de los hombres porque luchaba con el destino, es decir, con nada

Mas si la causa fué tan fútil como hemos procurado explicarlo, no así los efectos; porque Mendoza, débil en lo que lo serán siempre los temerarios espíritus que con respecto al cielo presumen de fuertes, era en todo lo demas una naturaleza privilegiada, tenia una voluntad de hierro, un valor á prueba de todo género de riesgos.

Resolvió, pues, acometer la mas temeraria empresa que á persona viviente pudiera ocurrírsele en aquellas circunstancias; empresa que á menos de locura declarada, no habia en la emigracion, fuera de él, un solo hombre que ni á imaginar se atreviese.

Nuestros lectores han adivinado ya que Mendoza resolvió, puesto que de España no recibia noticia alguna, pasar él en persona á buscarlas.

Recuérdese lo que hemos dicho del estado de nuestro país en la época á que ahora nos referimos, y bastará eso para comprender hasta qué punto era audaz semejante proyecto, cuánta debia de ser la vehemencia de la pasion de Mendoza para decidirle á arrostrar, no como quiera la muerte, sino la muerte en el suplicio, y en el suplicio acompañado de cuantas circunstancias pueden contribuir á empozoñar los últimos instantes de las víctimas.

Y no digamos que Mendoza se hacia ilusiones; porque no era así de ningun modo; pues el capitan estaba persuadido de los riesgos inmensos que á correr iba, exponiéndose á todos ellos con pleno conocimiento de causa y de buen grado, con la esperanza de que, pudiendo eludirlos, habia de ser dueño de Laura, ó de vengarse de Leoncio y don Angel si tal vez ambos fines á un tiempo no lograba.

Si la empresa era temeraria, los medios de ejecutarla muy difíciles, porque para cuantos le prestasen su auxilio habia de resultar un gran compromiso; y á mayor abundamiento la necesidad de proceder con cautela, exigia gran tino en la eleccion de confidentes.

Por eso hubo de consumir mas de tres meses en los preparativos, y de trasladarse desde Inglaterra á Holanda bajo un nombre supuesto y con pasaporte conseguido á peso de oro en cierta legacion italiana, cuyo idioma hablaba Mendoza con gran perfeccion.

En Holanda ya le fué menos difícil conseguir pasaporte para España, en calidad de mercader de lienzos; y embarcóse, por fin, para las costas del Mediterráneo en un bergantin pesado y de convexa forma, como lo son la mayor parte de los de la marina mercante holandesa.

Su rumbo era á Valencia, reino que gobernado á la sazon por el general Longa hacia notabilísimo contraste con el inmediato Principado de Cataluña. En este, en efecto, no era preciso tener nota de liberal, bastaba vivir para estar contínuamente temblando la horca; en Valencia, por el contrario, á condicion de no conspirar, todo el mundo vivia tranquilo.

Longa, procedente de la humilde clase de los Herreros, é improvisado militar de la guerra de la Independencia, era un hombre de claro entendimiento y corazon sano, sin pasiones políticas, sin fanatismo, naturalmente benévolo, por instinto justo, por inclinacion y hábitos generoso y lleno de munificencia.

A no ser por el *Trágala* tal vez fuera liberal, pero empeñáronse en hacerle realista y fuélo de veras ; mas sin saña, sin ese ódio implacable á todo constitucional, que era y es el carácter distintivo de los apostólicos.

Así, ni estos en 1827 osaron levantar la Cabeza en la Capitanía general de Valencia, ni los liberales tuvieron allí durante el mando de Longa que llorar una sola víctima.

Bastábale al proscrito, sobre cuya cabeza pendia la cuchilla del verdugo en Barcelona, pisar las playas de la ciudad del Cid, para estar á salvo de toda persecucion; y sin embargo ambos distritos eran de España, ambos generales servian á un mismo Rey, á una misma causa.

¡Singularidad notable! La monarquía absoluta en la Península ha sido tan enemiga de la centralizacion como los mas ardientes revolucionarios.

Volvamos á nuestra historia: el rumbo del bergantin en que Mendoza se embarcó en calidad de pasagero, con una pacotilla de lienzos bastante á justificar su aparente profesion, era directamente á Valencia.

La navegacion de suyo larga y penosa, pues que hubo el buque de correr todo el canal de la Mancha en su longitud, desembocar en el Occéano atlántico, y virando de bordo al Sud, doblar el cabo de San Vicente para entrar despues en el Mediterráneo por el estrecho Gaditano, y allí, variando de nuevo el rumdo al Norte, dirigirse al puerto de su destino, se hizo sin embargo, con toda felicidad casi hasta su término: mas al llegar á la altura del Cabo Martin, que es la mas oriental del reino de Valencia, un fuertísimo levante, viento que reina en aquellos parages con frecuencia y furia, sorprendió al bergantin mucho mas cercano á la costa de lo que debiera estarlo para su seguridad.

En vano se recogieron todas las velas: perdió el buque su palo mayor, é impelido por el viento como una boya, fué á encallar en la embocadura del rio Xaló, que yace en la ensenada ó concavidad de

los montes de la costa cuyos dos extremos son los cabos de San Antonio y Martin.

Dicha fué y no pequeña la de no estrellarse contra las enormes rocas perpendiculares que forman el último, cuyo erizado aspecto llenó de terror, aun pasado el riesgo, á los míseros náufragos, ante cuyos ojos se extendia la llanura de Xábea, pueblo situado en la costa á la orilla austral del Xaló.

Nace este rio en las raices occidentales del monte Faro, y por entre lomas y barrancos, aprisionado en estrecho cauce, corre hácia levante hasta entrar en la llanura y término de Xábea, donde libre y desatadamente se precipita al mar, inundando con frecuencia los campos, y arrastrando en pós de sí el fruto de los afanes de los labradores, en cambio del légamo con que deja cubiertas sus heredades.

Y no obstante, aquellos valencianos ingeniosos y trabajadores, tienen cubierto el campo de moreras, almendros y algarrobos; y sin desanimarse por los contratiempos que las avenidas del rio producen todos los años, forman deliciosos huertos que ellos llaman *senias*, y los riegan por medio de *zuas* ó *azudas*, especies de norias, muy en uso en toda aquella tierra.

Los holandeses, sin embargo de que para ellos no tiene prodigios el trabajo, en medio de su disgusto no acertaban á separar la vista del pintoresco cuadro que ante sus ojos presentaba aquel paisage variado, fértil, ameno y risueño.

Mendoza solo, sin que su ánimo sintiera el menor afecto de gratitud á la mano poderosa que le habia salvado del reciente gravísimo riesgo; sin que el aspecto encantador de la naturaleza bastase á conmoverle, estaba en la orilla del rio, cruzados los brazos, caida sobre el pecho la cabeza, y la vista torvamente fija en los blancos edificios del inmediato pueblo.

Por su frente que hondamente surcáran las pasiones, diríase que en aquel momento cruzaban horrendas memorias; la palidez de su rostro y la contraccion de los músculos del mismo, cuya expresion revelaba el terror eran síntomas evidentes del remordimiento, que no podia ser otra la acusacion que le atormentaba.

—Fatalidad, exclamó, fatalidad incomprensible! Al cabo de tantos años ¿quién me ha traido otra vez á orillas de este rio? Mi fatal destino.... ¡Ah, sí! veremos quien vence!!!

En esto, calmado el huracan, los vecinos de Xábea, que vieran el naufragio del bergantin holandés, acudieron presurosos á la costa con la esperanza y el deseo de ¡arrancarle á la tempestad algunas de sus víctimas.

Las averías del buque aunque no de gran monta, exigian gran tiempo para su reparacion y tanto mas cuanto en Xábea faltaban la mayor parte de los materiales para tales casos necesarios. Mendoza, pues, tuvo que optar entre la permanencia en aquel pueblo durante una semana, ó emprender por tierra el viage á Valencia. El primer medio, ademas del aburrimiento consiguiente á la estancia en una reducida poblacion, sin conocimientos ni objeto, y sobre el in-

conveniente de retrasar en sus proyectos al capitan, ofrecia para este peligros gravísimos; porque, recien terminada la guerra de la Independencia, habia estado destacado en persecucion de malhechores en aquel mismo distrito, y era harto probable que no faltára allí quien recordase su nombre y fisonomía. Decidióse, pues, sin vacilar por el segundo, esto es, á marcharse de cualquier modo á la capital del reino: mas el único caballo de alquiler que en Xábea existia se encontraba á la sazon fuera del pueblo y su regreso no se esperaba hasta dentro del tercero dia.

En consecuencia hubo Mendoza de aceptar la hospitalidad que cordialmente le ofreció el cura: y de resignarse á esperar el susodicho ausente Jaco.

Pretextando cansancio, pasó las primeras veinte y cuatro horas de su permanencia en Xábea encerrado en su cuarto: pero tal clausura era para su carácter insoportable; al segundo dia, tomando para que le guiase un muchachuelo sobrino y acólito de su huésped, salió á pasear al campo, so pretesto de visitar las famosas cuevas del cabo Martin, célebres en la comarca por su amplitud y mágico aspecto.

Antes, empero, de visitarlas, quiso subir á la *plana* ó llano de la cumbre del cabo mismo, que es un considerable espacio de terreno, circuido por los altos y erizados picos de las rocas mismas que componen aquella enorme masa. La disposicion del muro natural á que aludimos, tiene exteriormente un aspecto de continuidad absoluta, por manera que al considerarlo imagina el viagero ver un todo compacto, una roca inmensa de colosales proporciones. La verdad es, que detrás de aquellos irregulares muros, hay una meseta ó planicie de medianas dimensiones, en cuyo recinto, no sin trabajo y exposicion, puede penetrar el hombre por algunos parages. Cual sea la dificultad de esos ingresos se comprenderá con solo que digamos á nuestros lectores, que las aguas llovedizas que recibe la plana del cabo Martin, no hallando salida alguna, se filtran al través de su masa y forman un rio subterráneo que desagua en el mar cerca de la base de una de las puntas del cabo mismo que los naturales llaman *Negre*, sin duda en razon al color opaco de las rocas descompuestas allí por la accion deletérea del agua salada.

De esa disposicion resulta que la plana está generalmente inculta y abandonada, porque si bien su suelo se presta al cultivo por uno ó dos años, al cabo de ellos se hace estéril sino se le abona artificial y copiosamente, operacion de una dificultad y coste muy superiores á los rendimientos de las cosechas que producir pudiera.

A esa planicie subia Mendoza guiado por el sobrino del cura, sin dar pretexto siquiera para que se desahogase la locuacidad del muchacho comprimida por el ceño adusto y la dureza de la expresion de la fisonomía del capitan.

Al cabo de no poco tiempo, y fatigados por demas, llegaron ambos á emparejar con la plana, y poner el pie en una senda de cabras que, encaramándose hasta los dos tercios, de una cónica roca, bajaba despues con rápida pendiente, tortuosos giros y escabroso piso, al nivel del suelo del solitario recinto.

El muchacho explicó á Mendoza la dificultad del camino con grandes encarecimientos.

—¿Tienes miedo? le dijo el capitan con dureza.

—No señor, replicó el niño; pero es que....

—Dejémonos de conversacion, y marcha adelante.

—Es que, volvió á insistir el muchacho, es que si encontramos....

—Adelante, repitió Mendoza, que ni siquiera se habia dignado escucharle; con voz y acentos tan imperiosos, que el sobrino del cura, aunque con visible repugnancia, no osando mover el labio, comenzó á trepar por la roca arriba.

Mendoza le seguia con planta firme apreciando en todo su valor el riesgo que corria, pues si una vez sola tropezara, la caida fuera, de roca en roca, hasta el hondo seno del Mediterráneo; pero al verse suspendido, por decirlo así, en la atmósfera, al sentir el recio soplo de los vientos en su rostro, y al oir á sus pies el bramido del mar estrellándose contra la abrupta base del cabo, sentia su corazon henchido de orgullo, dilataba sus labios una sonrisa de vanidad y de satisfaccion que no es fácil de pintar.

Ya habian doblado el punto culminante del sendero; ya veian tenderse ante sus ojos la inculta superficie de la llanura, silenciosa, solitaria, melancólica hasta el extremo; y sin mas vegetacion que la espontánea de la tierra.

El sol llegaba entonces á su zénit y reflejaba sus ardientes rayos en la superficie de las rocas, y en la de un lago que pudiéramos llamar por analogía, fuente del rio subterráneo.

Algunas aves marítimas, alzando el vuelo, cruzaban entre la plana y la bóveda celeste; el silbo del viento y el rugido de las olas interrumpian solos el silencio profundo que en torno reinaba.

Cincuenta ó cien pasos les faltarian á nuestros paseantes para estar en la llanura, cuando el niño, arrojándose de un salto con ligereza verdaderamente valenciana, al pico de una roca que horizontalmente se destacaba de la masa principal, pocos pies á la derecha del sendero, y quedándose en él á caballo, con infantil orgullo exclamó resuelto.

«Esa es la plana», y con el brazo tendido indicaba á Mendoza la planicie.

Tenia el muchacho, sin duda, sus razones para no querer de modo alguno entrar en la llanura; y cumplida su obligacion de guia, creyó prudente tomar una posicion segura así de la cólera del capitan como de cualquiera otro acontecimiento, y esperar allí el resultado del en su concepto temerario paseo.

Mendoza le miró entre colérico y con desprecio: mas desdeñando entrar en cuestion con un niño, y revelándose contra la idea de toda dependencia, prosiguió tranquilamente su camino.

Complacíanle aquella soledad y aquel silencio; lo inculto de la tierra, lo singular del recinto, por ser cosas fuera del órden comun le halagaban; porque Mendoza era hombre á quien cuanto fuese vulgar le parecia malo, todo lo excepcional excelente. Los términos medios le eran insoportables, los extremos su natural elemento.

Absorto pues en sus meditaciones, cruzaba á paso lento la llanura, cuando súbitamente apareció ante su vista una figura entre humana y de fiera, y al mismo tiempo la voz atiplada del sobrino del cura resonó diciendo: «¡La loca, la loca!»

Era, en efecto, una muger envuelta en un saco de pieles, tendido el cabello, desnudos los brazos, descalzos los pies, ennegrecido el rostro por los rayos del sol y la accion de la intemperie, hundidos los ojos que debieron ser primitivamente muy bellos, y con un aspecto en conjunto, capaz de asombrar al hombre de mas sangre fria. Saliendo inopinadamente de una gruta formada por la naturaleza en las rocas del Norte de la Plana, presentóse á veinte pasos de Mendoza, y clavó en él la vista con expresion de estúpida feroz curiosidad. Retrocedió el capitan involuntariamente, mas luego, avergonzado de sí propio y considerando que el muchacho le observaba, ganó en el acto el terreno perdido y dirigiéndose á la loca, que á su vez se hizo atrás, le dijo con aspereza calculada para disfrazar su involuntario terror:

—Muger ¿qué quieres?

—¡Qué quiero! respondió la infeliz con ronco doloroso acento; ¿Qué quiero? Quiero á mi hijo; quiero mi inocencia; quiero mi honra perdida!!!

Mendoza escuchaba sin apartar sus ojos un instante de los de la loca que se enfurecia á medida que hablando iba.

El, perdida la color, la contemplaba; ella, sin verle, le miraba de hito en hito; el muchacho, siempre á caballo en el pico de la roca, atendia con ansia y curiosidad.

«Quiero que me devuelvan á mi hijo, eso es lo que quiero sobre todo (exclamó de nuevo la de la llanura, despues de una breve pausa.) Y tú vas á devolvérmelo, ó yo voy á arrancarte el corazon.» Y diciendo así, hizo un movimiento tan rápido como el del tigre cuando sobre su presa se arroja, y avalanzóse á Mendoza.

Por dicha suya este no habia perdido un instante de vista á la loca, por manera que antes de que ella pudiese, como era su intencion manifiesta, asirle con ambas manos la garganta y ahogarle, él la sujetó los brazos con hercúlea fuerza, quedándose el uno frente al otro y casi en contacto los cuerpos.

El muchacho que viendo desde su atalaya el movimiento del ataque, dió por perdido al capitan, lanzando un grito desesperado, arrojóse al sendero, trepó ligeramente á su cima, y gritando siempre: «¡Socorro! ¡Socorro! desapareció del cuadro, donde se quedaron solos Mendoza y la loca.

Esta en el primer momento, furiosa por habérsele frustrado su intento, hizo desesperados esfuerzos para desasirse de las manos del capitan que como dos tornillos la sujetaban: pero siendo inútiles sus gestiones, dejó caer la cabeza sobre el pecho; y quedóse muda, inmóvil, y como en estado de letárgico sueño.

Mendoza, que ya con el riesgo habia recobrado toda su habitual serenidad, la examinaba en tanto detenidamente, y bajo las arrugas por el dolor causadas, bajo la tosca máscara que empañaba aquel

rostro cadavérico, descubria facciones un tiempo modelo de hermosura, de expresion, de viveza, y sobre todo de apasionada vehemencia. Un resto de juventud existia aun en la fisonomía de la loca, resto semejante, á la llama de moribunda antorcha, pero al mismo tiempo indicio que confirmaba los sombrios recelos que en el alma del revolucionario comenzaban á formarse.

¡Si será, (exclamó) si será ella! A orillas del Xaló nos vimos por última vez! Probemos: esta incertidumbre es insoportable..... Probemos!

Sin embargo, todavia vaciló algunos instantes Mendoza, antes de intentar la prueba que hacer se proponia.

Arrastrando consigo á la Demente hasta la entrada de la gruta de donde ella habia salido, sentóla con la espalda apoyada contra las rocas, y soltándole los brazos, quedóse él en pie dándole frente.

La loca subyugada ya completamente, aunque libre, no pensó en hacer la menor resistencia ni movimiento y quedóse en la posicion en que su vencedor la habia colocado, sin atreverse ni á levantar los ojos para mirarle: y el capitan, cerciorado á su vez de que estaba sumisa, rompió en fin, el silencio diciendo con voz trémula:

—¡Con que has tenido un hijo Luisa!!!

Alzó la vista la infeliz muger con señales de grande asombro, oyéndose llamar por aquel nombre; fijóla un instante en su interlocutor, y volvió á bajarla, sin proferir un acento.

—¿Con que has tenido un hijo, Luisa!!! Repitió Mendoza, cada vez mas conmovido.

—Un ángel, respondió ella, un ángel!

—¿Y qué es de él?

—¿Qué es de él? Preguntádselo al torrente, preguntádselo á los precipicios de la Sierra.

—¡Luisa, Luisa! ¿Habrás sido capaz de dar muerte á tu hijo?

—Al hijo de mi seductor: (contestó entonces la loca, poniéndose de pie y dando apenas tiempo al capitan para sujetarla de nuevo) Sí; al hijo del hombre infame que me indujo á deshonrar á un marido que yo no merecia, si, al hijo del mónstruo que despues de habérmelo arrebatado todo, honor, inocencia, reposo, hasta el corazon mismo; y que siguiéndole yo como una esclava, me dijo á orillas del rio Xaló: « Luisa es preciso que te reunas con tu marido que consiente en perdonarte. Luisa yo ya no te amo. » Al hijo de ese Luzbel en figura humana, sin entrañas y sin lealtad, al fruto de un amor vilmente engañado, estas manos le exterminaron. Aquí me abandonó el seductor, y partió para Andalucia: los abismos de la Sierra Morena fueron la cuna de su hijo: yo misma lo expuse.... Mi hijo; vuélveme mi hijo, ó te arranco el corazon, mi hijo! mi hijo! esclamó cayendo súbitamente en un paraxismo de ira, y con feroces ahullidos; y al mismo tiempo hacia esfuerzos que con dificultad reprimia Mendoza.

Al nuevo acceso siguió una postracion todavia mas profunda que la primera: el capitan sentó otra vez á Luisa en el suelo, contemplándola con horrible ansiedad.

Luego que la vió mas tranquila, volvió á decirla: « Luisa si ya lo hiciste no tiene remedio. Mas ¿por qué no me avisaste? yo me hubiera encargado de aquella infeliz criatura.

—¡ Tú ! ¡ tú ! ¿ Y quién eres tú?

—¿No me reconoces Luisa? Mírame atentamente: mírame te digo.»

En aquel momento Mendoza y Luisa obraban y hablaban indeliberadamente; en uno y otro los sentimientos se habian sobrepuesto á las ideas: ni él era el revolucionario inflexible, el hombre todo cálculo, ni ella la demente insensata, la muger salvage de la Plana del Cabo Martin.

En él los recuerdos y los remordimientos habian por decirlo así, galvanizado el corazon, restituyéndole instantáneamente la sensibilidad de que el criador le dotara, y la corrupcion sola pudo sofocar; en ella la impotencia de la cólera y la exacerbacion del sentimiento habian tambien dádole vida artificial al entendimiento.

En resúmen, ni Mendoza estaba tan calculador, ni ella tan loca como cuando comenzaron su diálogo.

Luisa, pues, estudiaba, por decirlo así, el rostro de Mendoza: y su memoria, de largos años atras solo para recordarle sus desdichas útil, iba descubriendo las facciones que un tiempo le fueron harto familiares, mientras que el capitan espiaba con ansiedad las muestras que la loca daba de recobrar su inteligencia y de reconocerle simultáneamente.

Cinco minutos á lo menos duró aquella escena muda y solemne por la soledad y silencio de la llanura, tanto como por lo inesperado del encuentro, y la amarga situacion del espíritu de entrambos actores. Corto en la felicidad es el plazo de cinco minutos: mas cuando se padece son siglos los instantes: Luisa y Mendoza, cada cual segun su situacion, sufrieron en aquel tiempo tormentos inexplicables.

Ella á cada rasgo que en el rostro de su seductor reconocia, recordaba una ilusion perdida, mil agudos dolores soportados. Su imaginacion volando con rapidez incomensurable la traia á la memoria su estado de tranquilidad y de dicha en el hogar doméstico, bajo la proteccion de un hombre de bien, prosáico si, eminentemente prosáico, pero benévolo, complaciente, respetable por la sencillez de sus costumbres y la honradez de su vida. Luego aparecia un Capitan jóven, elocuente, apasionado, hablando en lenguage desconocido en la modesta villa de Luisa; despreciando las conveniencias sociales, burlándose de los celos del marido, fascinando en fin á la inexperta esposa. Un vértigo de amor, un sueño de felicidad, que pasara como el relámpago, tambien cruzó por la mente de Luisa, seguido del amargo recuerdo de aquel dia en que, abandonando el techo conyugal por seguir á su amante, en vez de gratitud ó al menos de compasion, halló en este severidad y reconvenciones, y se vió tratada con vilipendio y desprecio. Despues se veia delirante, casi moribunda en un alojamiento de Xábega, y al recobrar la razon encontraba una carta del seductor en que la *mandaba* reunirse á su marido, y para colmo de afrentas entregábanle de parte del Capitan cierta suma en

metálico. Pero ella, aunque en cinta, á pié mendigando seguia al ingrato y en medio de la Sierra Morena daba á luz el desdichado fruto de sus amores..... Aquí su memoria se confundia. ¿Habia asesinado á su hijo? ¿Habíale abandonado de propósito ó por efecto del extravío de su razon? Luisa no acertaba á responderse á esas preguntas. Un hospital del que, al cabo de algunos meses, la habian despedido un largo y penoso viage hasta la plana del Cabo Martin; y años y años de insomnio, de remordimientos, de delirio y privaciones en su gruta era cuanto ya despues de la época de su alumbramiento, recordaba. ¿Cómo, de qué, con cuáles medios vivia?

Los labradores de Xábea que, como sucede siempre á las gentes sencillas, laboriosas y pobres, no raciocinan la caridad, siempre que la loca bajaba al llano que era con frecuencia, se apresuraban á socorrerla con alimentos, y aun la muger de un pastor, cuidaba de que no la faltase nunca la tosca túnica de pieles que vestia. Diversas veces intentaron los mas acomodados recogerla en sus casas; pero la loca huia constantemente de tales asilos, y si se trataba de emplear la fuerza, poníase furiosa.

En general era pacífica y aun benévola: cuidaba del rebaño que un zagal negligente abandonaba; partia su escaso alimento hasta con los perros, y nunca importunaba ni acometia á los pasageros. Mas en determinadas épocas del año, bien por efecto de influencias atmosféricas, bien porque se exacerbasen las siempre abiertas heridas de su pecho, convertíase en una fiera temible, por cuanto la exaltacion nerviosa le prestaba fuerzas agenas de su sexo y estado. Dichosamente tenia la infeliz un presentimiento instintivo de tales crisis, y antes de que llegasen se recogia á su gruta, á cuyas inmediaciones cuidaban los caritativos labradores de llevarle cantidad de frutas secas y pan, únicos alimentos de que gustaba.

Tambien la fantasía de Mendoza estaba agitada con la memoria de aquel lance de su juventud, emprendido por via de pasatiempo, empeñado por efecto del carácter vehemente de Luisa; y en cuyo desenlace, partiendo con ella el dinero de que á la sazon era dueño, creia haberse conducido cual cumple á un caballero. ¡Como si una vez interesado el corazon de una pobre muger, pervertido su entendimiento, fascinada su voluntad y mancillada su honra con el escándalo, bastara decirla: «Me cansé de tí: toma dinero para que no te mueras de hambre y déjame en paz!»

En honor de la verdad nuestro Capitan no previó nunca el funesto resultado de su conducta, porque teniendo en vez de tiernos afectos, violentas pasiones, hubiera concebido que Luisa en su despecho tratase por egemplo de asesinarle, no le era posible imaginar que perdiera la razon y se condenase al espantoso género de vida en que la encontraba. No sabia á mayor abundamiento que cuando la abandonó estuviera en cinta, y ese instinto que hasta los tigres tienen, ese sentimiento innato en el hombre que le liga con los seres que produce, el amor paternal, en fin, alzaba la voz en el seno de aquel alma empedernida y la conmovia hondamente.

Al fin Luisa, acabando de reconocer al que algunas veces malde-

cia; pero siempre amaba, exclamó derramando amargas lágrimas, y arrojándose en los brazos del Capitan: «Mendoza, Mendoza mio; ¿Dónde está nuestro hijo?»

Estrechola el amante de Laura contra su pecho sin proferir palabra; porque no pudiera hacerlo si lo intentara, y no lo deseaba tampoco por el momento. ¿Qué habia de decirla en efecto? Hay ocasiones en que solo el silencio es elocuente.

Mientras lo referido ocurria en la plana, el sobrino del cura, siempre clamando: ¡socorro! ¡socorro! y corriendo cuanto la escabrosidad del terreno se lo permitia, llamaba la atencion de los labradores de la llanura, quienes acudiendo á sus voces y enterándose de que el imprudente forastero quedaba á merced de la loca, á la sazon en su estado de mas furiosa demencia, apresuráronse á socorrerle, aunque con pocas esperanzas de llegar á tiempo, pues era para aquellas buenas gentes una máxima recibida en autoridad de cosa juzgada, que cuando el espíritu maligno se apoderaba de Luisa (tal creia su ignorancia) no habia fuerzas humanas capaces de resistirla.

Con todo, reuniéronse hasta una docena de los mas resueltos y apresuradamente treparon hasta la cima del cabo Martin, penetrando en la plana por diferentes quebradas de la roca, precisamente en el momento en que la loca caia en los brazos de Mendoza y este la acogia en ellos amorosamente. Mas los labradores solo veian que estaban el uno en brazos del otro y creyendo lucha lo que era cariño, lanzáronse á la carrera con ánimo de separarlos. Llegaron pues, á donde estaban el Capitan y su víctima, él desencajados los ojos, pálido como la muerte, fuera de sí, en una palabra: ella.... ella no pudiendo resistir la emocion que el inesperado encuentro de su amante causó en su alma, habia dejado de existir en sus brazos.

Entonces los labradores que tan solícitos se habian mostrado para socorrer al forastero mientras que peligraba, hallando muerta á la loca, que estaba por decirlo así, bajo la proteccion y tutela de todo el vecindario de Xábea, figuráronse que el supuesto mercader de lienzos la habia ahogado entre sus brazos, y llenándole de injurias y denuestos resolvieron llevarle preso al pueblo.

La sangre, agolpándose al cerebro de la desdichada Luisa, habia originado una congestion cerebral instantánea y causádole la muerte: mas como en consecuencia tenia amoratado el rostro, y á mas los valencianos habian visto á Mendoza estrecharla con violencia, sus conjeturas no parecian destituidas enteramente de fundamento. Así es que el Alcalde mayor de Xábea, no pudo dispensarse de reducir á prision á Mendoza y de proceder á la consiguiente instruccion de una causa criminal.

Con imposible serenidad en la apariencia sufrió el Capitan aquel inesperado contratiempo: mas en el fondo de su corazon temblaba que la fatalidad (como él decia) trastornase todos sus planes y le hiciera naufragar antes de haber al menos comenzado á poner en planta sus proyectos para inquirir el paradero de Laura, de Leoncio y de don Angel.

A la verdad, aunque la disección del cadáver de Luisa, probablemente sería bastante á probar la inocencia del acusado, prescindiendo de que, por otra parte, no pudiendo justificársele que tuviera interés alguno en la muerte de aquella desdichada, cuya existencia misma en la plana del cabo Martin ignoraba, tampoco era de presumir que pasara todo aquello de una prision mas ó menos larga y molesta: la circunstancia de fijarse en su persona la curiosidad pública por efecto del desdichado lance, era en la particular posicion de Mendoza, emigrado proscrito, mas que suficiente para conducirlo al suplicio, sino como asesino como liberal conspirador.

Su inquietud, pues, era sobradamente fundada; el riesgo que corria gravísimo; y sus angustias, preludio del castigo que la Providencia tenia sin duda reservado al seductor sin entrañas.

CAPITULO V.

Complicacion.

El Coronel Ribera, apenas echó pie á tierra en Granada y llenó las primeras obligaciones de su empleo cumplimentando á los Gefes de la Plaza, despues de haber acuartelado su regimiento trató, como sin que nosotros se lo dijéramos se lo figurarian los lectores, de informarse de la posicion y vida de Laura en aquella ciudad. Érale indispensable enterarse muy al pormenor de todo antes de tomar partido alguno, pues en Paris apenas tuvo mas tiempo que el necesario para ver á la *belle espagnole* y prendarse de ella: mas su natural reserva y comedimiento le aconsejaron que procediese, como decirse suele, con pies de plomo en sus averiguaciones por no comprometer la reputacion de una muger principal, á quien amaba con respetuosa aunque intensa pasion. De ahí que resuelto á no emplear mas que medios indirectos para enterarse de lo que tanto le interesaba, pasaran mas de dos semanas sin que supiera, no la verdad, sino lo que la fama embustera habia esparcido por la sociedad granadina. Entre tanto, sin embargo, nuestro enamorado Coronel, paseaba la calle de Laura tantas veces cuantas eran las que sin llamar la atencion podia hacerlo: ella siempre le aguardaba detras de las vidrieras; saludábanse con gran cortesía y de eso no pasaban.

Mas llegó á oidos de Ribera la voz pública, proclamando que Leoncio era gran devoto y limosnero, su muger apenas católica; aquél egemplar en su conducta; ella extravagante por lo menos en sus procederes, el marido amigo de la sociedad de personas graves y entendidas, y la esposa no tenia mas amigas que una muger soez y liberal á cuya casa iba con frecuencia, «Dios sabe á qué» decian los mas caritativos.

¿Entibiaron esas calumnias la pasion del coronel?

No por cierto, el corazon le decia que, á pesar de todas las apariencias, su ídolo era tan perfecto moral como físicamente; la rectitud de su alma se revelaba contra acusaciones en cuyo abono no producian sus autores hecho alguno: pero como las pasiones son mas ingeniosas de lo que se imagina, dedujo de todas aquellas habilillas dos consecuencias para su objeto importantísimas, á saber:

Que Laura no amaba á Leoncio; y que lo que con ella directamente fuera temerario intentar, podia sin tanto riesgo acometerlo con la muger *soez y liberal, por añadidura.*

Hasta entonces Laura fué en la mente de Ribera una ilusion de felicidad; los enemigos de la hermosa mejicana convirtieron su deseo en esperanza; y bajo ese aspecto debia de estarles y les estaba el coronel muy agradecido.

Veamos ahora como se condujo en virtud de los datos adquiridos.

En primer lugar, observando que cuantas veces pasaba durante el dia por delante de la casa de su amada, la encontraba tras de los cristales, dedujo que hacia sus visitas á la casa sospechosa por la noche; y disfrazándose con una capa y sombrero calañés, instalóse de centinela en una esquina, apenas pasada la oracion. A poco tiempo Laura, á pie, aunque tenia carruage, y sin mas compañia que la de un lacayo, salió, en efecto, y encaminóse al arrabal y casa de don Antonio y Manuela. A las nueve y media de la noche se retiró por el mismo camino; y durante tres noches consecutivas observó don Luis siempre lo mismo.

El Dean, don Antonio, Manuela y Laura pasaban juntos las veladas, llevando ordinariamente el primero la palabra, apoyándole el segundo, y estando con ellos de acuerdo la última siempre que de principios morales en abstracto se trataba, no así en materias de fé que su entendimiento, desde la infancia emancipado, reusaba admitir sin exámen. Manuela que tenia por su señorita una verdadera pasion, opinaba constantemente lo mismo que ella, y no cabia en sí de gozo viéndola mejorar visible y diariamente de salud, gracias, creia la buena muger, á la ciencia del facultativo, cuando en realidad los continuos paseos de Ribera por su calle eran el medicamento mas eficaz para la hermana de Leoncio.

No se le habia ocultado al coronel que esta le miraba con buenos ojos, pero la timidez propia de todo amor sincero, le tenia indeciso, y no sin hacer sobre sí mismo un grande esfuerzo se resolvió al cabo á declararse por escrito, y aun así valiéndose de tercera persona, y escogiendo á Manuela para intercesora.

Ribera, juzgando por las apariencias, creia que la viuda del sargento ni tendria grandes escrúpulos, ni acertaria á resistirse á una decente gratificacion: y en tal concepto no vió riesgo alguno en abocarse con ella.

Recibióle, empero, de uñas la noble manola, tan de uñas que, si don Luis no estuviera muy sinceramente enamorado, renunciaria desde luego á la empresa; mas ¿qué no sufre, que no intenta un amante?

A las repulsas de Manuela oponia Ribera, con ejemplar paciencia una dulzura sin límites; á la salvaje expresion de aquel orgullo ofendido, prodigaba las mas delicadas lisonjas: rechazábanle el dinero y él ofrecia su gratitud, su amistad!.... A todo se resistia Manuela, á todo se mostraba insensible.

—Pues bien, señora, exclamó por fin el coronel casi desesperado: puesto que nada valen con vd. mis ruegos, puesto que se obstina vd. en llamar ofensas á mis súplicas, voy á dejar á vd.

—Ya lo podia vd. haber hecho hace una hora.

—Pero no será al menos sin pedirla un favor.

—¡Otra te pego!

—¿Tendrá vd. inconveniente en referir nuestra conversacion á Laura?

—¡Misté que Dios! Eso quisiera vd. para reirse.

—Pues al menos digale vd. que ha visto, que ha hablado al coronel don Luis de Ribera.

—¡Cómo! dijo con vehemencia Manuela; ¿vd. es don Luis de Ribera?

Para comprender esta exclamacion preciso es que recuerden los lectores que Laura habia referido su historia, sin reticencia alguna, á don Antonio y Manuela; y que esta al oir el nombre del coronel supo por consiguiente que hablaba con el amado de su señorita.

—¿Sabia vd. mi nombre? se apresuró á preguntar Ribera; ¿Laura, por ventura, habrá hablado de mí alguna vez con su amiga y confidente? responda vd, señora, por lo que mas ame en este mundo.

Mientras así con gran vehemencia se expresaba don Luis, habian en Manuela recobrado su habitual imperio los femeniles instintos y resolviendo no desesperanzar á Ribera, ni comprometer á Laura, contestó:

—Sé su nombre de vd. porque todo el mundo sabe que manda vd. el regimiento recien llegado.

—¿Pero Laura?

—Mi señorita, me parece que alguna vez ha dicho que le habia conocido á vd. en Francia....

—¿Y bien?

—Y nada.

—Pero en fin, ¿le dirá vd?....

—Que le he visto y le he hablado á vd.

—Que la amo, que la idolatro!

—¿Vuelta á empezar?

—Al menos permítame vd. que mañana vuelva á hablarla.

—¿Y para qué?

—Para ver si logro....

—Jonjavarme. ¿Verdad, mi coronel? Tiempo perdido.

—¡Oh! permítame vd....

—Por aquí paso todos los dias cuando voy á la compra; y ahora, buenos dias, que estoy de prisa.

La discreta manola queria ponerse de acuerdo con Laura antes de soltar prenda, y no cerrarle tampoco enteramente la puerta al coronel, como ya dijimos. Así pues, sin aguardar la noche, fuese

en derechura á buscar á la hermana de Leoncio, y palabra por palabra, le refirió la conversacion que con Ribera acababa de tener en aquel momento.

Que era amada sabíalo bien la mejicana sin que nadie se lo dijera: que amaba jamás se lo ocultó á Manuela: la cuestion pues era simplemente de moralidad y de conveniencia.

Por lo que al primer extremo respecta, en el foro interno de su conciencia, Laura se absolvia de su amor; porque á sus propios ojos y á los de Dios, indudablemente estaba tan libre como un dia antes de que se verificase su casamiento con Leoncio, union imposible segun las leyes divinas y humanas: pero al mismo tiempo ante el mundo aparecia muger casada, y si su pasion fuera conocida, sobre ella y sobre su hermano habian de pesar la infamia y el desprecio de las gentes.

Leoncio, no ya por vanidad, sino por decoro, se veia en la obligacion de castigar á su hermana por un amor, en el fondo inocente, con el mismo rigor que mereciera una pasion adúltera: y Laura, cediendo á los impulsos de su cariño, iba á comprometer la honra de su familia, iba á poner en riesgo su vida.

Tal era en realidad la situacion de nuestra heroina, mas ni ella ni su confidente la veian con tan negros colores. Ambas decian, que en estando tranquila su conciencia importaba poco el resto; y que por otra parte reducíase todo á salvar las apariencias, manteniéndose ademas dentro de los límites del mas ascético platonicismo, cosa al entender de Laura facilísima, y muy de acuerdo con las sú, plicas de su amante que se limitaba á solicitar como favor supremo, una mirada cariñosa; una palabra de afecto.

La dificultad del negocio estribaba para Laura y Manuela en el coronel mismo; porque Mendoza habia dicho que Ribera tenia esposa, y no era la hija de don Simon muger, que se podia declarar amante de un hombre que tenia legítimo dueño. En verdad la una y la otra dudaban del aserto del á la sazon preso en Xábea; la hermana de Leoncio por pasion, la viuda del Sargento porque de la relacion circunstanciada de la vida de su Señorita dedujo que Mendoza la amaba, y con eso sobraba para juzgar sospechoso su testimonio en la materia. Mas ello era que de una parte se encontraban con el terminante aserto del capitan, y de otra con sus dudas que carecian de fundamento, y por mucho que desearan lo contrario, siempre aquel pesaba mas en la balanza de su juicio que estas.

Tuvieron pues una larga conferencia en la que acordaron que Manuela, á su cuenta y riesgo, y dejando siempre á salvo á Laura de todo compromiso, entretuviese á Ribera con buenas esperanzas dando largas para poder averiguar en virtud de los datos que de él mismo se obtuviesen, que grado de certidumbre tenian las acusaciones de Mendoza. Acordado asi el plan de campaña restaba solo ejecutarlo, de lo cual se encargó valerosamente la viuda del Sargento.

Mientras habia llegado á manos de don Justo la carta de Laura, y como en su familia, era en efecto tradiccional el celo por la de Valleignoto, sin tomarse mas tiempo que el necesario para hacer sus

preparativos de viage, escribió á la huérfana de su cliente que salia en persona para Córdoba, y verificólo en efecto al dia siguiente. La existencia misteriosa de los Valleignotos era para el Procurador, familiarizado con ella desde su infancia, uno de tantos fenómenos cuyas causas ignoraba, sin negarlos ó pretender investigar su origen: y por tanto se puso en camino con tanto sosiego como si se tratase de un negocio ordinario, y con la resolucion de entregar su pliego al obispo de Córdoba y volverse á Cadiz sin entrar en mas averiguaciones.

Leoncio contestó á su hermana aprobando su proyecto de trasladarse al Campo; invitándola á comprar una Quinta ó Alqueria donde quiera que á su gusto la encontrase; y deplorando que el estado de sus negocios no le permitiese dejar por entonces la corte.

Fernando VII habia recibido en audiencia particular ó mas bien secreta á su ex-gentil hombre de cámara, y no solo dándole lisongeras esperanzas para un porvenir no muy lejano, sino á mayor abundamiento y en prueba de su benevolencia, dignándose conceder expontáneamente una prórroga de algunos meses á la Real licencia de que Montefiorito estaba usando; pero á mas de eso, que bastára y aun sobrára al hábil cortesano para no alejarse de la Imperial y Coronada Villa, mediaban razones de otra especie que en ella le retenian.

Diferentes veces hemos apuntado que el Bastardo de Valleignoto era sobradamente inclinado desde su juventud á los placeres sensuales: ahora añadiremos que con la edad la disipacion se hizo en él un hábito funesto de que ni acertaba á prescindir, ni quisiera tampoco hacerlo.

Cuando los extravios proceden de sobra de calor en el corazon, los años los corrigen con el hielo de las canas, ó una pasion legítima los compensa, purificando el espíritu: mas en aquellos seres en que la corrupcion procede exclusivamente de los apetitos sensuales suele la vejez misma ser asquerosamente viciosa. Tal era el caso con respecto á Leoncio de Montefiorito que en el año de 1828 á que con nuestra historia hemos llegado, contaba el cuarenta y tres de su edad; y que en frio, permitasenos la expresion, se entregaba en cuerpo alma á toda especie de goces puramente materiales.

Verdad es que su personal situacion y el estado de la sociedad madrileña en aquella época se prestaban de sobra á favorecer sus malas inclinaciones; por cuanto le convenia á Montefiorito vivir abstraido de todo negocio de Gobierno, y careciendo asi de amor al estudio como de instruccion, claro está que cuando no intrigaba habia de galantear ó cosa equivalente. A mayor abundamiento el réjimen del absolutismo exagerado producia en España, como en todas partes sus ordinarios frutos.

Sin perjuicio de presentar mas adelante á la vista del lector, por exigirlo asi la índole y sucesos de este relato, algunos cuadros del estado de la civilizacion en Madrid por los años á que nos referimos, bueno será decir ahora siquiera dos palabras á la materia relativas.

En Madrid comienzan todas las acciones y reacciones políticas,

y en consecuencia llegan antes á su apogeo, hacen primero crísis que en las provincias. Menos creyentes ó mas despreocupados los madrileños que el resto de los españoles, muéstranse en general y salvos raros y muy cortos periodos de exaltacion, mas tolerantes tambien que el resto de sus compatriotas: y á mayor abundamiento, en su calidad de habitantes de una corte, tienen cierta propension instintiva á los placeres que los distrae del fanatismo político.

Asi es que, mientras en Cataluña, por ejemplo, desplegaba la persecucion todo el lujo de crueldad, toda la pompa de su injusticia, en Madrid, comenzaba á renacer el sosiego, y á lucir al horizonte la aurora del órden material, por lo menos.

Los liberales excluidos aun de los destinos públicos, podian sin embargo dedicarse con alguna seguridad á diferentes profesiones: un célebre Banquero poblaba con ellos sus oficinas y aun las juntas de purificaciones iban poco á poco prestando la mano, á su rehabilitacion; por manera que de raza proscripta, lentamente pasaban á entrar en los goces del resto de sus compatriotas, si bien á la precisa condicion de renunciar á sus creencias.

Entre tanto el partido apostólico, que de hecho habia perdido el poder, conservaba sin embargo grande influencia en los negocios públicos, y una especie de veto ó derecho de exclusion, constante y celosamente ejercido contra los liberales, resultando de ese conjunto de circunstancias que la política era terreno vedado para el comun de las gentes, y en el cual solo podian penetrar con riesgo de la vida, los privilegiados que, ademas de pertenecer á la comunion realista, llegaron en ella á ocupar altos puestos.

El resto de los habitantes de la corte, y referímonos no mas que á la parte culta generalmente apellidada la buena sociedad, apartando la vista del gobierno en sus errores y aciertos, atendia exclusivamente, á los expectáculos, saraos, fiestas y galanteos: ocupacion de todos los cortesanos en las Monarquías absolutas, que aun cuando tienen algo de teocráticas, apadrinan ó toleran la disipacion, porque los hombres á ella entregados, nunca son temibles conspiradores.

Ademas de esas causas generales, ó mas bien producto y natural consecuencia de ellas, fomentaba singularmente la galanteria la permanencia constante en Madrid, de una numerosa division de la Guardia Real de todas armas, cuyos oficiales, por regla general jóvenes, hijos de familias nobles y acomodadas, vestidos con elegancia francesa y asiático lujo, y altamente considerados en la sociedad, dedicaban todos los momentos que el servicio les dejaba libres al obsequio y culto de la belleza.

La ópera, el baile, el paseo del Prado, y otras fruslerias por este órden, eran el único objeto lícito de conversacion; casinos, licéos, tertulias en fin de hombres solos, no existian ni podian existir bajo aquel régimen suspicaz, y como ni el comercio ni la industria no alcanzaban siquiera el no muy alto grado de prosperidad en que hoy se encuentran en España; no quedaba otro arbitrio que el de buscar en la sociedad de las mugeres un recreo y distracciones, cu-

yo término claro está que no podia ser otro que el de intimar las relaciones entre los dos sexos.

Agradar al bello sexo era pues condicion indispensable para vivir placenteramente en la corte; estar al corriente de las intrigas galantes, necesario para comprender los sucesos; amar y ser amado condicion casi precisa para no pasar por estúpido ó por enfermo.

Así la galantería fué no como quiera un accidente social, sino la esencia social de la sociedad misma; el duelo, su consecuencia legítima, el árbitro legislador de los salones; y los hombres de espada los que figuraban en primera línea.

Nuestro Leoncio de Montellorito se halló por tanto, en su elemento: á pesar de sus cuarenta y tres años, conservaba bien su elegante figura, merced al egoismo de su alma; vestia á la última moda; sus maneras eran de una elegancia exquisita; habia servido y no olvidado el manejo de las armas; su opulencia conocíanla todos; y por último una elocucion fácil, el uso del mundo, y lo que en sus viages aprendiera, compensaban hasta cierto punto lo que en juventud, en sensibilidad, y verdadero talento le faltaba que no era poco.

Con tales elementos desde que se presentó en casa de la Marquesa de Soto verde, beldad de treinta ó mas abriles, pero del gran tono, y dotada de un talento superior para defenderse de las injurias del tiempo y prolongar el imperio de sus ya maduros encantos, llamó Leoncio la atencion de las damas y excitó los celos de los galanes todos.

La Marquesa fijó sus miradas desde luego: un teniente de la Guardia que por el momento era el favorito de aquella dama, fué cortesmente despedido, y el hermano de Laura, no halló mas resistencia que la necesaria para que á sus ojos tuviese precio la victoria, y la gran señora pudiera decir, al arriar su pabellon que habia cumplido con las leyes de la Guerra. Verdad es que el desbancado no consintió que el lance terminase pacíficamente: pero se estipuló que el desafio fuera al sable y á primera sangre, y con una insignificante cuchillada cada uno de los rivales y una comida en Genieys, fonda entonces acreditada, se hicieron los mejores amigos del mundo. La reputacion de la Marquesa subió de punto con aquel nuevo escándalo; el Marques su esposo, nada quiso saber, y Montellorito quedó definitivamente declarado el amigo de la casa, ese amigo que cede su silla á todos, que cierra las puertas si hace frio, y abre los balcones cuando hace calor; ese amigo que averigua donde será el paseo, y toma el palco en la ópera, ó la grada en los toros; ese amigo que entra y sale á todas horas, y se encarga de todas las comisiones; ese amigo, en fin, de quien suelen decir á veces esposos cándidos: «¡Jesus, muger, qué caprichos tienes! Yo no sé como ese pobre fulano te aguanta!»

La Marquesa, pues, era el verdadero negocio que retenia en Madrid á Leoncio, quien con su acostumbrado egoismo y culpable negligencia, dejaba á Laura enteramente abandonada á sí misma y á los caprichos de la suerte.

Para decir verdad, sin embargo, es de presumir que su presencia en Granada, supuesto el punto á que las cosas habian llegado, no fuera de gran utilidad á la hija del Indiano; porque Leoncio habia perdido todo su influjo moral en el espíritu de su hermana, y ella, ya por carácter muy entera, hallándose dominada por una gran pasion, como lo estaba, no parecia natural que se plegase fácilmente á la voluntad del que en el nombre era su marido.

Manuela siguiendo el plan entre ambas convenido, y con grande habilidad, porque su natural despejo suplia lo mucho que en educacion le faltaba, iba entreteniendo á Ribera con esperanzas sagazmente calculadas para que, sin desanimarle en la empresa, le dejáran siempre en duda y le tuviesen en continua inquietud: pero si en esa parte llenó su encargo, en cuanto á la averiguacion de los hechos por Mendoza imputados al Coronel, no fué tan feliz ni era posible que lo fuese.

Don Luis, que en efecto no estaba ni jamás estuvo casado, no podia comprender las reiteradas indirectas y alusiones de Manuela á los malos maridos; y si bien no dejaron de llamarle la atencion, atribuyéndolas á una especie de monomania de aquella buena muger única esperanza de su amor, llevólas con paciencia, limitándose á esquivar con la posible dulzura, una conversacion á su entender impertinente.

A su vez la viuda del Sargento observando en el semblante de Ribera, sobrado franco para ocultar bien sus sensaciones, cierta expresion de mal reprimido disgusto siempre que se le tocaba aquel registro, y que, á mayor abundamiento, el coronel variaba luego de conversacion asi que sobre el punto delicado recaia, supuso que no tendria muy *limpia la conciencia*, pues que tan sensible se mostraba á la menor indicacion.

Era aquel un negocio de los muchos que, tratados desde luego con lisura y franqueza, se aclaran y terminan con brevedad y á satisfaccion de los interesados: pero que si la diplomacia se mezcla en ellos, se embrollan, confunden, y eternizan, precisamente porque en el fondo son obvios y sencillos. La desconfianza y el disimulo no son cosas tan útiles como el vulgo lo presume: la franqueza no es tan inhábil, tampoco, como la fama lo pregona.

Mas sea de esto lo que fuere, el hecho es que Laura, si consintió en recibir unos tras otros algunos apasionadísimos billetes, del Coronel, participando de la preocupacion de Manuela, ni quiso responder á ninguno, ni conceder á don Luis la gracia de admitirle á su trato.

Aquellos amores se limitaban en consecuencia á pasar Ribera dos veces al dia por delante del balcon, detras de cuya vidriera le esperaba Laura; mirarla con una ternura capaz de ablandar á las piedras, y proseguir su camino, despues de haberla saludado con gran cortesia; una ó dos veces á la semana escribia el coronel cartas que envidiaria Saint-Preux, cartas leidas con lágrimas en los ojos y corazon palpitante, cartas conservadas como reliquia, siempre en el pecho, pero que nunca recibian contestacion; en fin, todas las no-

ches iba Laura á visitar á don Antonio y todas las noches á la ida y á la vuelta, seguíala su amante, envuelto en su capa y el calañés calado hasta las cejas. Con eso y con la conferencia matutina con Manuela estaba el pobre Coronel siempre alcanzado de tiempo, pero sin adelantar cosa de provecho en su empresa.

Una circunstancia ignoraban ambos amantes, porque como todos los que de veras lo son, prescindian del resto del mundo, y es que los pasacalles del Coronel, los plantones en la vidriera de Laura, las visitas á don Antonio, y el acompañamiento del galan embozado, todo lo habian observado los criados y los curiosos, todo era público en la ciudad, y de todo se inferia que la muger de Monteflorito estaba en estrechas relaciones con Ribera.

Mas como Laura á nadie visitaba, y el Coronel apenas se presentaba una vez que otra en las tertulias, meramente por cumplir, ni como rumor llegó á sus oidos lo que para todos los demas en Granada era notorio. Grande inconveniente de las ciudades de provincia: que no solo se sabe todo, sino que ademas todo se abulta y desfigura.

Eran pues la fábula del pueblo sin saberlo, cuando cierta noche advirtió don Luis, en ocasion que en pos de Laura caminaba, que á corta distancia le seguia á él un hombre embozado, regulando el paso sobre el suyo.

Su primer impulso fué detenerse y obligar al curioso á que de grado ó por fuerza variase de direccion, mas reflexionando luego que pudiera un lance ruidoso asustar á su amada, ó tal vez comprometerla, resolvió aguardar á que ella entrase en casa de don Antonio, para habérselas despues con el desconocido.

Mas cuando ya Laura en seguro, buscó Ribera al embozado, este habia desaparecido, y fueron vanas todas las diligencias del Coronel para encontrarle.

¿Seria un rival; simplemente un curioso; tal vez un espia de Leoncio; ó en resúmen nada de eso, sino un cualquiera que por casualidad llevaba el mismo camino que los dos amantes?

Todo podria ser, pero en la duda eligió don Luis las dos hipótesis que peor le estaban, suponiendo que aquel hombre no podia menos de ser rival ó espia. Triste condicion de los enamorados exagerarlo todo.

El hecho es, que pasó las dos ó tres horas que entre el principio y fin de la visita de Laura mediaron, en la mas penosa ansiedad; y que, cuando ella salió de vuelta á su casa, mas miraba atrás que adelante. Pero el embozado no pareció, y con eso ya Ribera se tranquilizó algun tanto.

Sin embargo, desde la siguiente noche, contra su costumbre, tomó don Luis dos pistolas de bolsillo, y antes de que Laura saliese reconoció escrupulosamente la calle y sus avenidas. Ni entonces ni en el resto de su expedicion advirtió novedad, y sosegóse por completo.

Tres noches despues, cuando menos lo esperaba, siendo mas de las once, porque don Antonio estaba enfermo de gravedad, y su bienhechora no habia querido separarse de él sino lo mas tarde posible,

echó de ver Ribera que un embozado, á juzgar por el bulto el mismo de la primera noche, le seguia obstinadamente los pasos; y ya entonces no acertó á contenerse.

Volviéndose, pues, con gran presteza, arrojóse por decirlo así de un salto sobre el curioso impertinente y asiéndole el cuello con las manos, le dijo al mismo tiempo;

—Si profieres una voz, miserable, eres muerto. Pero á pesar de esa amenaza, el atacado no quiso ó no pudo contener un grito pidiendo «¡socorro!» que la presion de los robustos brazos del coronel no le dejó sin embargo articular con gran fuerza.

Laura que con su criado iba unos veinte pasos delante del Coronel, al oir el lamento del curioso, volvió como era natural la vista atrás, y á pesar de la oscuridad de la noche y de la calle angosta y extraviada, teatro de aquella escena, reconoció desde luego á su amante.

Una muger tímida huyera lo mas de prisa posible: una muger galante marchárase sin darse por entendida; mas una muger noblemente organizada y de veras amante, debia acudir á donde suponia en peligro al objeto de su cariño. Eso hizo Laura: sin acordarse del riesgo ni de las consecuencias, ni de que llevaba en su criado un censor de sus acciones todas, echó á correr hácia los dos contrarios, preguntando. ¿Qué es eso, Ribera?

—Nada señora; contestó el Coronel, que no sin dificultad sujetaba al curioso, chico de cuerpo; pero vigorosamente constituido: este pe- rillan me sigue de lejos y yo quiero verle de cerca.

Al acabar Ribera estas palabras emparejaba la hermana de Leoncio con él, y el incógnito, articulando con dificultad las palabras, decia:

«Suélteme vd., que me ahoga... Esa señora me conoce... Yo no le sigo á vd.

Voy á soltarte, miserable, replicó Ribera; pero ten entendido que si das un solo paso te levanto la tapa de los sesos.»

Soltole en efecto y sacudiose el desconocido, como un perro saliendo del agua, sin duda para cerciorarse de que era dueño de sus movimientos. Cayéronsele la capa y sombrero y mostró la levita que vestia, medio rasgada por los esfuerzos que en la lucha habia hecho. Laura á pesar de la oscuridad le reconoció desde luego, aunque solas dos veces en su sana razon le viera: una en la Luisiana: otra en el locutorio del convento de Cadiz.

Era aquel hombre don Anselmo Fernandez, antes don Angel, nuestro antiguo conocido á quien vimos la ultima vez en un calabozo de Barcelona.

—En efecto, dijo Laura, conozco al señor mas ignoro porqué me seguia.

—La razon, señora, [illegible] vd. no tengo inconveniente en decírsela; pero á solas, respondió don Angel ya sosegado.

—¿Y por qué no aquí? replicó Laura que quisiera, aunque indirectamente, dar satisfaccion al Coronel.

—Porque ni el parage ni la hora son á propósito; y porque (añadió

el confidente de Mendoza, acercándose al oido de la mejicana y aparentando querer que no le oyese don Luis, si bien no bajó mucho la voz); porque no debo confiar á un extraño la suerte de su marido, y de su amigo de vd. el Capitan.

Aquellas palabras fueron un dardo emponzoñado que se clavó en el alma del Coronel: Laura no pudo menos de responder á don Angel dándole las señas de su casa.

—Bien, vaya vd. á verme mañana.

—No faltaré, señora; contestó humilde el agente; digo, si este caballero me lo permite, añadió en tono de afectada sumision.

Ribera, sin dignarse contestarle, le hizo seña de que podia retirarse, y con mal reprimido enojo, trató de excusarse con Laura por haber promovido aquel lance: ella, pesarosa de que don Angel hubiera, por decirlo así, sorprendido ó poco menos el secreto de su corazon, respondiole en términos generales de cortesanía, y separáronse á cual menos satisfecho, partiendo la hermana de Leoncio la primera.

A poco echó Ribera tambien á andar, mas al mover la planta tropezó con una cartera de tafilete verde bastante abultada, que á don Angel se le habia caido en la refriega sin que lo advirtiese, y aunque por medio de ella pudiera fácilmente satisfacer la ardiente curiosidad que tenia de saber quien fuese el embozado, no queriendo exponerse á caer en la tentacion de violar agenos secretos, apresuró el paso y alcanzando á Laura puso en sus manos la cartera.

CAPITULO VI.

Prosiguen las complicaciones.

Mientras que Leoncio se entregaba á los voluptuosos placeres de la disipacion; Mendoza en la cárcel de Xábea era objeto de severos procedimientos judiciales; Laura luchaba con su amor á Ribera; Ribera hacia incesantes esfuerzos para triunfar de la entereza de Laura, y don Justo, le procurador gaditano, caminaba desde Cadiz á Córdoba, la fortuna, y usamos aquí de la expresion vulgar mas que de la que á nuestro pensamiento conviene, la fortuna no tenia olvidado á don Anselmo Fernandez. Para que claramente se entiendan los medios y causas que condujeron al singular personage hasta Granada, habremos de retroceder un tanto con nuestra narracion, y fijar la cronología de los sucesos referidos hasta el presente.

En primer lugar, recordaremos que la expulsion del Capitan revolucionario de París y el inmediato regreso de Leoncio y Laura á su patria, se verificaron al terminarse el año de 1827: por manera que la traslacion de Montefiorito á Mádrid tuvo lugar en mayo del próximo siguiente de 1828. Poco mas ó menos en la misma época se

embarcó en Holanda Mendoza, fué desterrado de Málaga el Dean, y entró en Granada de guarnicion el Regimiento mandado por don Luis de Ribera, acontecimientos próximamente simultáneos al hallazgo del secreto de la cartera por Laura, sus conferencias con don Lorenzo, y las cartas que en un momento de exaltacion escribió á su procurador y á su hermano. Era pues entrado el último tercio del vigésimo octavo año de este siglo, cuando ocurrió el lance al final del capítulo precedente relatado.

Durante ese tiempo, aunque la gran mayoria del partido liberal, desalentada por el mal éxito que constantemente tenian cuantas tentativas se hicieron para variar la forma del gobierno, y á mayor abundamiento satisfecha hasta cierto punto con el sosiego, que fuera de Cataluña, comenzaba en el resto de la Península á disfrutarse, acaso ni deseos de hacer una revolucion abrigase, no faltaban ánimos inflexibles, caractéres entusiastas y espíritus revoltosos, que de acuerdo con los emigrados hacian en silencio esfuerzos tan obstinados como inútiles para minar el poder omnímodo del Monarca.

Conspirar en un pais que se rige por el sistema representativo, bajo el amparo de las leyes cuyo objeto parece haber sido exclusivamente, el de dejar inerme al gobierno, protegiendo los designios de sus enemigos, no es cosa que supone grande audacia sino ambicion, hambre ó descontento; pero conspirar cuando bastaba un recelo, sobraba un indicio para poblar las cárceles hoy y vaciarlas mañana en el suplicio, eso era peligroso, eso suponia mucho valor ó cuando menos un grande infortunio. Eran, por lo mismo raros los conspiradores, y esos nunca hombres de poca valía; los agentes del absolutismo estaban por consiguiente muy despiertos, y no perdonaban medio ni fatiga para descubrir los planes de los liberales y arruinarlos sin pérdida de tiempo.

Ya dijimos que en Gibraltar estaba el foco de la conspiracion, y que desde allí se dirigian todos los esfuerzos de los emigrados á encender el fuego de la sublevacion en las Andalucías; con lo cual por de pronto consiguieron alarmar al Gobierno, llamar tropas al territorio andaluz, empeorar la suerte de los liberales que en él residian, y abrirle un tanto mas los ojos á la siempre vigilante policía.

Los proscriptos, sin embargo, habian con la práctica hecho notables progresos en el arte de conspirar; escribíase menos que en los primeros años, aunque siempre mas de lo necesario; no se iniciaba ya sin discernimiento, á todo el que decia ser enemigo del despotismo: fraccionáronse las reuniones ó logias primitivamente sobrado numerosas: los directores solos conocian á la totalidad de los conjurados, entendiéndose cada uno de estos con el que por quien fué iniciado, y con dos á quienes separadamente iniciaba á su vez el método al cual se llamó *trabajo por triángulos*; y á la correspondencia en cifra, en fin, se sustituyeron cartas en los caractéres usuales y versando al parecer sobre asuntos de industria y comercio, ó simplemente de familia. El secreto consistia en haberse convenido de antemano los corresponsales en llamar, por egemplo *Cosecha* á su

empresa, *Langosta* á la policía, *Segadores* á los conjurados, ó la tia *Manuela* al Rey, y el amigo *don Sempronio* á su logia. De esa manera en un juicio como los que hoy se usan, es casi imposible probar legalmente una conspiracion que no haya estallado; pero el Gobierno del Rey absoluto habia inventado para tal estocada su correspondiente quite, reducido simple y sencillamente, á enviar á la horca, con pruebas ó sin ellas, á todo aquel que presumia culpable. Parece que entre ambos extremos pudiera haber un medio racional, mas no se ha encontrado hasta el dia de la fecha.

Digresiones aparte, proseguimos diciendo que la policía absolutista a pesar de su mucha actividad, y no escrupulosa conciencia, se hallaba notablemente embarazada con el nuevo método por los conspiradores adoptado; pues que al prender, por egemplo, á tres ó cuatro personas, tenia la conviccion de que eran muchas mas las complicadas en la trama, careciendo al mismo tiempo de medios para indagar quienes fuesen.

En tal estado la sagacidad de los agentes podia solo contrarrestar hasta cierto punto las precauciones de los liberales; y los gefes de la policía conocieron cuan importantes les era enviar á los Reinos Andaluces, teatro en que se concentraban los esfuerzos del enemigo, emisarios, de superior inteligencia y práctica consumada en los negocios. Nuestro don Angel se llevaba notoriamente la palma en ambos extremos, y los que durante meses, creyéndole ocupado en Cataluña á las órdenes del mismo que le tenia preso y condenado á muerte en la Ciudadela de Barcelona, no le echaron de menos, entonces ya variaron de modo de pensar porque le habian menester.

Expidióse en consecuencia por el ministerio y via reservada de la primera Secretaria de Estado y del Despacho, una real órden dirigida al Capitan General del Ejército y principado de Cataluña, cuyo tenor literal era el siguiente.

«Es la voluntad soberana del Rey N. S. (Q. D. G.) que don Anselmo Fernandez, agente de la policía secreta, residente en ese Principado desde el año pasado de 1827, se traslade en posta á esta corte al recibo de la presente órden. S. M. me manda prevenir á V. E. que siendo de la mayor importancia para su real servicio la pronta ejecucion de cuanto aqui se le previene, la menor demora en su cumplimiento será muy de su soberano desagrado.—De real órden etc.»

Al recibir el Capitan General precepto tan terminante, vaciló algun tiempo entre cumplirlo ó mandar que se fusilase al preso; y remitir al Ministerio por contestacion su fé de muerto: mas prefiriendo el riesgo de quedar en cierto modo á merced de don Anselmo, al de que, si le ajusticiaba, se descubriese el secreto de la famosa órden reservada, decidióse á ponerle en libertad y verificolo, despues de haber tenido con él una larga y secreta conferencia, Don Angel ocultó en ella tan bien su odio y propósito de venganza, que el General, aunque de confiado no pecaba ciertamente, llegó no solo á persuadirse de que aquel hombre era uno de tantos como hay en el mundo que olvidan las injurias tan facilmente como las reciben, sino

ademas á creer en la promesa que nuestro benévolo amigo le hizo de volverle el original del peligroso documento asi que á la corte llegase.

Con esto y no poco júbilo tomó don Angel la posta para Madrid, donde solamente permaneció tres dias para recibir instrucciones, marchando en seguida, y tambien en posta, á Granada, ciudad en que se recelaba hubiese un foco de conspiracion, como en efecto lo habia y no de poca monta.

En la posicion en que se encontraba no tenia don Angel arbitrio para eximirse de tan difícil encargo; la menor omision de su parte fuera un arma terrible en manos de su feroz enemigo de Cataluña; y por otra parte, la correspondencia de Mendoza que recogió á su paso por la corte, era de fecha atrasada en cinco ó seis meses, y no le hablaba de otra cosa mas que del regreso de Leoncio y Laura á España y de la necesidad de averiguar su paradero.

Hallábase, pues, en la dura alternativa de denunciar sin misericordia á los liberales de Granada, exponiéndose quizá á contrariar los planes del único hombre á quien profesaba algun afecto ó de proceder moroso en el servicio del Gobierno y, como dijimos, perecer víctima del encono del General su enemigo.

Alentábale, sin embargo, la esperanza de eludir por algun tiempo ambas dificultades, poniéndose á la capa bajo el pretexto de que antes de obrar tenia necesidad de estudiar á fondo el terreno para él desconocido, en que á operar se le mandaba. «Entre tanto, decia para su capote, recibiré respuesta del Capitan á la carta que hoy le escribo; y una vez que yo sepa sus designios, lo demas ya lo arreglaremos.»

Sus cálculos flaqueaban por la base: Mendoza acusado de asesino y preso en un pueblecillo de la costa de Valencia, no podia recibir la carta que don Angel le dirigia á Londres.

En Granada don Angel, fué para todos, menos para las primeras autoridades, un liberal que despues de haber gemido largos dias y eternas noches en la ciudadela de Barcelona y salvádose del suplicio como por milagro, iba confinado á aquella ciudad ¿Qué mas títulos para grangearse la benevolencia y confianza de los conspiradores? ¿Cómo habian estos de recelar cosa alguna, cuando en realidad los hechos eran ciertos?

Pero al confidente de Mendoza no le corria prisa ninguna entrar en materia; y habiendo persuadido á las autoridades de la excelencia de su plan, pudo sin riesgo mantenerse algun tiempo en los límites de una prudentísima reserva, harto justificada á los ojos del público por la acerba persecucion de que parecia ser víctima. Huyendo pues, de toda Sociedad, recibiendo con meticuloso, encogimiento las visitas y obsequios de algunos liberales mas generosos que prudentes y haciendo vida solitaria y metódica, pasó á orillas del Darro y del Xenil algunas semanas, sin que llegase la carta de Mendoza que tanto deseaba.

Acertó por casualidad don Angel á alojarse no lejos de la casa de Leoncio, por delante de la cual le era casi forzoso pasar diariamen-

te; y haciéndolo una mañana momentos antes que el Coronel Ribera, vió y conoció á Laura que detras de la vidriera estaba como de costumbre, esperando á su amante.

Bendijo entonces mil veces á la fortuna que tan buen encuentro le deparaba, dando así á su necesidad de intrigar pábulo bastante á entretener por lo menos el tiempo, y á su deseo de complacer á Mendoza inesperado medio de conseguirlo.

Si el Capitan no le hubiera escrito que sospechaba, no sin fundamento, que Leoncio tenia gran parte en su expulsion de Francia, don Angel entrara desde luego en la casa del bastardo: pero como en el largo tiempo que mediaba entre aquel instante y la fecha de la última carta de su amigo, era natural que hubiesen ocurrido algunos incidentes notables, no quiso de ningun modo el benévolo personage exponerse á cometer una torpeza, y resolviose á permanecer en expectativa.

Formando esa resolucion, paróse maquinalmente en la esquina de la calle con la vista fija en la morada de Laura, y vió á Ribera, pasar, mirar, saludar, volver veinte veces la cabeza en medio minuto, revelar en fin que estaba enamorado.

Bastóle á don Angel lo visto para deducir que Laura tenia un amante y calculando que si le era posible adquirir de ello una prueba evidente, bastaria eso para poner á la hermosa Mejicana en absoluta dependencia de Mendoza, cuyo amor tampoco era para el diestro agente un misterio ni mucho menos; decidióse á seguirla los pasos y lo verificó con los resultados que referidos quedan.

De aquel lance empero, ninguno de sus actores tuvo motivo para salir satisfecho, ni en realidad lo quedó. Laura, sobre deplorar que Ribera hubiese en su acaloramiento comprometídola hasta cierto punto, veia con disgusto en Granada á un hombre que sabia ser amigo íntimo de Mendoza; por su parte el coronel que vista la figura de don Angel dejó de presumir en él un rival al oirle invocar, como un secreto, el nombre del *capitan amigo de Laura*, supúsole confidente de relaciones que no podian estarle bien á él mismo: y los que de ligereza quisieran acusarle por esa sospecha, recuerden que todo el mundo en Granada habia dicho á don Luis, que Leoncio y su muger estaban poco menos que divorciados, siendo de ella la culpa toda.

Ni don Angel tuvo grandes razones para felicitarse del encuentro antes por el contrario; pues si bien, en cierta manera habia adquirido la certidumbre de que Ribera amaba á Laura, ninguna prueba tenia que alegar contra ella; y amen de las sacudidas y conatos de estrangulacion del coronel en su persona, perdió con su cartera la parte corriente de su diario y notas que le importaba tener á la vista. Verdad es que en cuanto al último extremo, es decir, la pérdida de la cartera, le tranquilizaba la consideracion de que hallándose diarios y notas escritas en la reservadísima y complicada cifra cuya clave poseian exclusivamente él y Mendoza, de ningun modo podia comprometerle su contenido.

No era fácil que don Angel presumiera el aturdimiento, por no

decir otra cosa, de Mendoza que hizo dueña á Laura del secreto mas importante de la vida de entrambos cómplices ó amigos.

El hecho es que la hija de don Simon al entrar en su casa de malísimo humor en el acto de separarse de don Luis, arrojó sobre la mesa la cartera del importuno recien llegado, y desnudándose á toda prisa, dió consigo en la cama, no tanto en busca del descanso que no apetecia, como por despedir cuanto antes á la camarera y quedarse á solas.

Quiso dormir y no pudo: enardeciósele la sangre á fuerza de dar vueltas y mas vueltas, buscando en vano una postura cómoda, y al cabo, no pudiendo sufrir mas el lecho, calzándose unas babuchas y envolviéndose en una bata, levantóse, encendió una bugia en la lamparilla, tomó un libro y púsose á leer, apoyando los codos en la mesa.

A los diez minutos echó de ver que habia hojeado la mitad del libro sin fijar la atencion en su contenido, y arrojólo lejos de sí con despecho, quedándose en un estado de aburrimiento, de esos en que, momentáneamente paralizado el entendimiento, el mal estar es general y tan incomprensible como irremediable.

La cartera de don Angel estaba allí delante de sus ojos, al lado del candelero: tomóla en las manos, como hubiera tomado cualquiera otro objeto que en su lugar estuviese, y pasóla de una mano á otra durante un cuarto de hora. ¿Por qué despues, abriéndola, pasó la vista sucesivamente por todas las páginas de un libro de memorias abultado, y cubiertas de casi miscrocópicos caractéres?

Por hacer algo simplemente: mas una vez hecho excitóla su curiosidad lo incomprensible de la escritura y ocurriósele que tenia en su poder la clave de Mendoza. Buscóla, comparó cifras con cifras, vió que se correspondian, y púsose á interpretarlas.

De los descubrimientos que hizo hablaremos á su tiempo: baste decir ahora que por efecto de un presentimiento inexplicable, se determinó á conservar en su poder aquella cartera, como arma defensiva contra don Angel, sin darse con él por entendida del importante hallazgo.

Al dia siguiente se presentó en casa de Leoncio el confidente de Mendoza; y, con su acostumbrada amabilidad, dijo á Laura que perseguido por sus opiniones habia estado en grave peligro de muerte, y que confinado entonces á Granada, aunque con grandes deseos de renovar sus relaciones con personas para él muy queridas, habíase abstenido de hacerlo por no comprometerlas con la visita de sugeto tan sospechoso como él lo era.

Tenia, añadió, encargo especial del capitan Mendoza de ver á Laura y decirla de su parte que Leoncio, traidor á la amistad como á sus compromisos políticos, era quien promovió la expulsion de París de don Pedro; y que este conservaba en su poder documentos con los cuales fuérale muy fácil perder á quien con tanta iniquidad le tratara: pero que en consideracion al tierno, al sincero, profundo é invariable afecto que á la hija de don Simon profesaba Mendoza, guardaria silencio siempre que ella por su parte no fuese ingrata á tamaño sacrificio.

Escuchó Laura con suma atencion el pérfido discurso de don Angel, comprendiendo desde luego toda su trascendencia, y que los dos cómplices se proponian hacerla sucumbir á ella para salvar la honra ó acaso la vida de su hermano, de cuyo carácter débil y refinado egoismo, conocia lo bastante para no dudar que habria en efecto soltado prendas que gravemente le comprometiesen.

Su buen juicio la demostró desde luego que poner á la puerta al malvado mensagero, y contestar con el desprecio mas alto á las infames proposiciones de Mendoza, aunque en realidad fuese lo que uno y otro merecian, era sin embargo perder irremisiblemente á Leoncio que dejando en manos del Capitan, por decirlo así, su cabeza, tuvo la imprudencia de volver á España ó lo que es lo mismo, de entregarse á la discreccion de las personas que mas habia ofendido.

Hízose, pues, la engañada: disculpando á su hermano, afectando entender en el sentido mas inocente las proposiciones de Mendoza, y concluyendo por encargar á don Angel que le escribiese dándole de su parte mil seguridades de amistad y buena correspondencia.

Aparentó tambien creer que don Angel, siguiéndola no tuvo mas objeto que el de hablarla de aquellos negocios de noche y en la calle, evitando así que la policía le viera entrar en casa de Leoncio; y añadió, por último, que esperaba, merced al lance de la noche anterior, verse al fin desembarazada *de un necio* que habia dado en seguirla á todas partes y á todas horas.

Tambien don Angel, fingió darse por satisfecho y separáronse en la apariencia los mejores amigos del mundo; en realidad, él resuelto á que aquella muger fuese de Mendoza, ella á quebrantar el yugo con que el último pretendia agoviar á Leoncio.

Ribera, en tanto, á pesar de su descontento pasaba las horas de costumbre por la calle, mas no vió á Laura en su puesto, porque ella temiendo, con razon, que don Angel estuviese en contínuo acecho de sus pasos, trató de evitar cuantas apariencias podian comprometerla: pero como el desdichado amante no estaba en antecedentes, atribuia aquella conducta á motivos de otra especie, encendiéndose su corazon cada vez mas en ira y en furor celoso.

Empeoróse notablemente la salud del impurificado don Antonio: Manuela y el Dean por consiguiente, hubieron de consagrarse exclusivamente á su asistencia; la viuda del Sargento en particular no se movia ni un paso de la cabecera de la cama del enfermo; y por tanto cortáronse las comunicaciones entre el Coronel y su amada, pues aunque esta prosiguió visitando á su protegido, fué de dia y siempre á diferentes horas, por manera que hasta el temerario plan de arriesgarse á hablarla directamente se le frustró á nuestro malaventurado Ribera.

Mientras que así se complicaban los sucesos en Madrid y en Granada, proseguia en Xábea la causa criminal contra don Pedro Mendoza acusado de homicidio en la persona de la Loca del Cabo Martin, cuyo verdadero nombre solo él conocia; y de trámite en trámite, de prueba en prueba, llegó el alcalde mayor á convencerse de la ino-

cencia del presunto reo. Trataba por lo mismo de ponerle en libertad, pero el escribano de su juzgado, hombre de duras entrañas, larga fecha, y escelente memoria, desde el principio de las actuaciones estuvo jurando y perjurando que la fisonomía del acusado no era italiana, sino española y muy española, y que él la habia visto, si bien no podia asegurar donde.

Tales sospechas en otro pais para nada influyeran en la suerte del preso; pero el escribano era grande apostólico, tenia prestigio en aquella tierra, y el Alcalde-mayor, que no deseaba soltar su vara, no creyó deber indisponerse con él por un desconocido mercader de lienzos.

Absolvióle, pues de culpa y pena, en cuanto á la muerte de la pobre loca: mas dándole por sospechoso de liberalismo mandóle á Valencia con buena escolta, y acompañado por el escribano mismo, á quien dió encargo de ponerle á disposicion del señor Capitan General, como protector y juez nato de extrangeros.

Dióse Mendoza por perdido: era imposible que en Valencia no se hallase alguna persona que lo reconociese; y, ya lo hemos dicho, reconocido y muerto fuera todo una cosa.

En tal persuasion intentó un medio, imprudente si le quedaba otro, admisible solo por ser único; y ese medio fué ofrecer á su enemigo mismo una suma considerable que en su persona llevaba oculta, si fugarse le dejaba.

Confirmáronse como era natural las sospechas del escribano con las proposiciones del preso, y para conciliar la codicia con el realismo, apoderóse á viva fuerza de lo que como cohecho se le ofrecia, y amarrando á Mendoza codo con codo, prosiguió con él su camino á la capital de la provincia.

El capitan general que gustaba poco de que le pusieran en precision de molestar á persona alguna, recibió al apostólico valenciano de muy mal talante, diciéndole que debiera haberles bastado así á él como á su alcalde mayor, con la injusta prision por aquel hombre sufrida, sin causarle ademas nuevos disgustos: pero una vez sometido el supuesto mercader á su jurisdiccion, no pudo menos de tomar cartas en el negocio.

Adviértase que el escribano nada dijo del dinero que á Mendoza habia tomado, y que este sin dificultad le ofreció callar el robo, conociendo que desde el momento en que se supiese que él habia tratado de sobornar á un dependiente de justicia seria tratado como criminal.

Reclamar la proteccion del pabellon á que segun su pasaporte podia acogerse era lo natural: mas aquel pabellon era el de una potencia italiana absolutista, cuyo suelo nunca el capitan pisára, aunque hablaba con perfeccion su idioma: el pasaporte ademas lo habia conseguido corrompiendo á un agente subalterno de la embajada en Londres; y en resúmen el tal pabellon podia servirle mas bien de ruina que de amparo.

Resuelto, pues, á sufrir con denuedo la suerte que le deparaba su mala estrella, compareció ante el Capitan General quien por dicha suya le recibió á solas en su despacho.

Era un hombre alto, corpulento, barrigudo á la sazon, aunque en su juventud buen mozo, destruida la nariz por una enfermedad, y á pesar de eso de franca y jovial fisonomía. Sus maneras bruscas, sus modales sencillos, y su voz clara y enérgica, eran ciertos indicios de una condicion resuelta y nativa benevolencia que en Mendoza mismo produjeron buen efecto.

—Siéntese vd., le dijo Longa, y dígame sin rodeos, que hay en su negocio.

—Me han preso por un asesinato; respondió el capitan, en castellano claro y renunciando á todo disfraz: el General le miró entonces un instante de hito en hito, y se dió luego una palmada en la frente, diciendo: Si; pero de eso ya no se trata.

—Luego, prosiguió Mendoza, me han declarado sospechoso.

—¿Y sin razon? La verdad.

—¿Me lo pregunta el Capitan General, ó el caballero?

—El caballero, replicó Longa sin vacilar.

—Pues entonces, con razon: Soy español, soy emigrado: no pudiendo resistir al deseo de pisar mi patria, he comprado un pasaporte, me he supuesto italiano para venir á ella..... Lo demas V. E. lo sabe

—¿Y á qué venia vd.?

—A ver mi patria, á respirar el aire natal.

—Y á conspirar de paso; á perder á unos cuantos tontos de los que se dejan embaucar con esperanzas, á dejar sin hijos á unas cuantas madres. ¿No es eso? Pero, en fin, ¿ha servido vd?

—Fui capitan de caballeria.

—¿En el regimiento que mandaba el coronel Montefiorito?

—Si señor.

—¿Y vd. se llama... ¡pero Aguarde vd... Si; vd. se llama Mendoza?

—Si señor.

—En cuanto entró vd. por la puerta le he conocido; nos hemos visto en Campaña y en Madrid.

—Asi lo creo.

—¿Y sabe vd. cual seria su suerte si en vez de hallarse en Valencia estuviese en Cataluña?

—Me fusilarian indudablemente: aquel Gavacho derrama sin misericordia la sangre Española.

—¿Y qué espera vd. de mi?

—Todo ó nada.

—No lo entiendo.

—La libertad ó la muerte.

—Pues ni lo uno, ni lo otro. Mi obligacion seria entregarle á vd. á un consejo de Guerra.

—Sabré morir.

—En España pocos son los que no saben morir bien; pero no quiero, me repugna, y no lo haré. Dejar á vd. en libertad para que conspire contra el Rey, seria desleal, y en resúmen no mas que retardarle la muerte algunos meses, y tal vez contribuir á que se comprometiesen algunos desdichados. Lo repito, ni la muerte ni la

libertad en España. Mañana sale un buque francés del Grao para Marsella ; va vd. á ser conducido á su bordo, y custodiado con centinela de vista, hasta que se haga á la vela. Si algun dia vuelven vds. á mandar los liberales, que bien puede ser, acuérdese vd. que el general Longa le ha salvado la vida, y sea indulgente con los realistas. ¡ Ah ! Los golillas le habrán desplumado á vd....

—Mi General...

—Bien, bien ; yo me encargo de que no tenga vd. que pedir limosna al desembarcar en Marsella.»

Y sin dar tiempo á Mendoza para que le manifestase su gratitud, llamó á un ayudante á quien mandó condujese al preso á bordo del buque francés que, en efecto, levó el ancla al amanecer del dia siguiente. En alta mar ya dijo el patron á Mendoza que el Capitan General habia pagado su pasage, y entregádole, para poner á disposicion del pasagero, cuatro mil reales en oro.

Mendoza tuvo envidia á su generoso favorecedor.

CAPITULO VII.

Todos embrollados.

Si el lector ha tenido la benevolencia de seguir hasta aqui con atencion el hilo del pendiente relato, sabe que en el momento á que con él llegamos, cada uno de nuestros personages, ligados á los demas por intereses ó afectos, ocupaba á mayor abundamiento una posicion personal y esclusiva, que real ó aparentemente, tendia á imprimirle un movimiento peculiar y del de los demas distinto. De la combinacion de esas dos situaciones, que pudieran muy bien compararse á las fuerzas de gravedad y centrífuga, de las cuales la primera impele á los cuerpos hácia el centro de la tierra, mientras que la segunda en direccion de la tangente producia por resultante un estado de inquietud, zozobra é incertidumbre, que dejamos á la consideracion del entendido, porque intentar explicarlo, fuera lanzarnos, en la senda de la prolijidad que via recta conduce al fastidio.

Recapitulemos, sin embargo, en obsequio siquiera de la claridad. Leoncio en Madrid, preso en los lazos de una coqueta, dejaba de sentir sus remordimientos por el abandono en que á su hermana tenia ; Laura en Granada, amando á Ribera, pero dudando todavia de que fuese digno de su amor, comprometida por el paso que hizo dar á don Justo, alarmada con la aparicion de don Angel y el conocimiento de las tramas del mismo, fluctuaba entre su corazon y su conciencia ; Ribera apasionado y celoso ; tanto sentia de amor como de ira, inclinándose á sacrificarlo todo á su afecto, y á inmolar á este en aras de la razon, y huir de la peligrosa belleza ; Mendoza en Marsella, quisiera volver á Londres y entregarse todo entero á la

política, pero por terquedad y por pasion no acertaba á renunciar á su primero y frustrado proyecto; don Angel, en fin, don Angel mismo, á pesar de su impasibilidad natural, era presa de la incertidumbre, no sabiendo á que causa atribuir el largo silencio del capitan su amigo.

No obstante, el último de los nombrados no era hombre que pudiese permanecer largo tiempo en la inaccion, por otra parte incompatible entonces con su propia seguridad, pues las autoridades de Granada exigian con premura, alguna muestra de su habilidad al famoso agente que el Gobierno les mandara á guisa de universal Panacea.

El hecho era que existia en la antigua capital de los Zegríes y Abencerrages, como en la mayor parte de las ciudades de España que tuvieron universidad, un germen inextinguible de liberalismo, á pesar de todos los esfuerzos de los apostólicos para extirparlo; y que la correspondencia con Málaga, Gibraltar, y otros puntos del litoral, todos mas ó menos liberales, era activa y constante, mal que le pesara á la policía realista. Pero esa correspondencia verbal en el mayor número de casos, en otros conducida con exquisitas precauciones y quemada apenas leida, era como una especie de impalpable fantasma, de cuya existencia no les era lícito dudar á los agentes del Gobierno, si bien tampoco acertaban á sorprenderla.

Don Angel era el único que, por su especial posicion, podia penetrar en el laberinto revolucionario, asir el hilo de sus tramas, y ponerlo en manos de las autoridades ansiosas de cogerlo, por amor á sus propias cabezas comprometidas en caso de que triunfase, aun instantáneamente, cualquiera movimiento insurreccional, y por ambicion ademas de los premios que esperaban á cuantos contribuyesen á la ruina de los liberales.

Todo eso lo sabia don Angel; y ademas que el Capitan General de Cataluña, aunque de lejos, no le perdia un momento de vista, espiando la ocasion de clavarle el puñal á mansalva: por manera que, careciendo absolutamente de noticias de Mendoza, atúvose al antiguo plan que con él tuvo concertado, y resolvió atender antes que á nada á su personal seguridad. Lanzóse, pues, á la arena, sin mas que ceder paulatinamente de su primer sistema de reserva, y los conspiradores le dijeron en breve mas de lo que él saber queria, mucho mas de lo que por via de delacion repitió á las autoridades.

Bastaron, sin embargo, sus incompletas relaciones para asegurarle por entonces la benevolencia de los gobernantes de la provincia, y para que el Capitan General, ya con uno ya con otro pretexto tuviese casi continuamente sobre las armas la tropa de la guarnicion, é hiciera pasar la noche con frecuencia á los oficiales en sus respectivos cuarteles. En aquellas demostraciones se apoyaba don Angel, inventor de la mayor parte, para aconsejar á los liberales que procediesen con gran cautela; y asi lograba á un tiempo satisfacer al Gobierno, y por lo menos demorar la pérdida de los revolucionarios.

Pero, entre tanto, nuestro enamorado coronel era víctima de

tales manejos, pues ocupado incesantemente en las atenciones del servicio, habia por necesidad de desatender las de su afecto y dejar el campo libre á su presunto rival. Mas eso último, al cabo, no pasaba de ser infundado recelo, mientras que el verdadero perjuicio le provenia de que Laura, por efecto de su vida retirada, ignorante de lo que pasaba, advirtiendo la neglijencia de don Luis, persuadiase de que le faltó la perseverancia é inclinábase, por tanto, cada vez mas á seguir el camino en que dió el primer paso al escribir su carta al procurador de Cádiz.

La enfermedad de don Antonio cada dia mas grave: sus continuas exortaciones á su bienechora para que escuchase y siguiera los consejos del Dean: la elocuente uncion de las palabras de este; y en fin hasta los consejos de Manuela, que viendo aproximarse la hora de la muerte del impurificado teniente coronel, tambien se sentia dominada por las ideas religiosas, eran causas de no poca influencia para confirmar á Laura en la resolucion que formó al leer los papeles hallados en el secreto de la cartera de su padre, pero el contenido de las notas de don Angel la arredraba todavia. ¿Qué iba á ser de Leoncio á quien por razones que ahora no importa explicar, debia su hermana ocultar el *memorandum* del confidente de Mendoza, quedándose abandonado á merced de aquellos hombres sin conciencia ni misericordia? ¿Qué, de tantos desgraciados cuya vida dependia de una palabra del pérfido don Anselmo Fernandez? Eso se preguntaba Laura á sí misma; dejémosla meditar un momento la resolucion de tan difícil problema y trasladémonos tambien por poco tiempo á Madrid donde Leoncio nos llama.

A los tres ó cuatro meses de sus relaciones con la elegante marquesa, es decir, cuando ya esta se asombraba de su constancia, autojósele á un general cortesano, de esos favoritos del destino que truecan las fajas de la cuna por la que representa la mas alta graduacion del ejército, fijar los ojos en la Aspasia madrileña, que recibió sus miradas como persona mucho mas aguerrida en las campañas de Venus, que S. E. lo estaba en las de Marte. Y esto, entiéndase dicho sin lisonja, porque el bueno del General no habia oido silbar mas balas en su vida, que alguna que otra en el tiro de pistola.

Pero Montefiorito que no solo conservaba sus aires de antiguo calavera, sino que ademas tenia fija toda su ambicion en sostenerlos, conociendo que carecia de las dotes necesarias para brillar en cualquiera de los sentidos que á su edad y posicion fueran mas análogos, y decorosos, dió en la estravagancia de hacer el Otelo, y significó á la dama que si ella no desahuciaba cortés pero definitivamente á su rival, se encargaria él de hacerlo de una manera ruidosa.

El escándalo no era grande amenaza para la coqueta: al contrario, un lance de estrépito prolonga por algunos meses el reinado de una beldad ultra-equinoccial: pero entonces habia circunstancias especiales que era preciso tener en consideracion.

La marquesa ademas de liviana era intrigante: sus relaciones

con un ex-liberal habian ya comprometido su crédito en la corte, y enemistarse con un General palaciego, gran favorito de Palacio, era medio seguro de acabar de perderse en política.

Por otra parte la vanidad pueril y obstinada que constituia el fondo del carácter de Monteflorito, no era para la marquesa un misterio; irritarle, pues, con desprecios, fuera el medio seguro de provocar el lance que de evitarse trataba.

En tal conflicto aquella muger cansada de Leoncio en cuanto hombre, y deseando deshacerse de él en cuanto aun sospechoso de liberalismo, *sapiens hæresim*, ya que no puedo decir como Alejandro: « *tanto monta* »; y cortar el nudo, acudió á la intriga.

Redobló, pues, sus caricias, mostróse mas enamorada que nunca del hermano de Laura, y al mismo tiempo hizo saber secretamente al aspirante á sus favores, que el mismo dia en que Leoncio saliese de la corte, seria el de la felicidad (estilo corriente) del cortesano: mas con la precisa condicion de que hasta entonces habia el candidato de evitar todo escándalo.

Aquel hombre vestido de General, naturalmente mas aficionado al brillo de los uniformes que al de las armas; sabia que Leoncio era diestro tirador; y no creyó en consecuencia, que por semana de mas ó de menos, hubiese necesidad de exponerse á recibir una estocada ó cosa equivalente.

A los quince dias fué llamado á las once de la noche Monteflorito al despacho de cierto ministro.

—He llamado á vd., le dijo, para anunciarle que el Rey N. S. se ha dignado rehabilitarle en su empleo de coronel y devolverle su llave de Gentil-hombre.

—Señor Ministro, exclamó Leoncio pudiendo apenas hablar de gozo y de sorpresa, no encuentro palabras con que manifestar mi profunda gratitud al Rey, mi amo, y á vd...

—Nada de palabras; le interrumpió el Ministro: los hechos acreditarán su gratitud de vd., y sobre todo la sinceridad de su conversion.

—El Rey es dueño ya de mi vida y de mi hacienda, ofrecérselas.....

—No se trata de eso, señor Coronel. Oigame vd. y sabrá la voluntad del Rey.

Inclinóse profundamente Leoncio; y prosiguió el Ministro.

«Los liberales no cesan nunca en sus maquinaciones dentro y fuera de España: estamos al corriente de sus planes, sin embargo, y sabremos frustrarlos. La Italia es en este momento teatro de una vasta conjuracion, cuyo descubrimiento acaba el Gobierno de hacer en Granada, sorprendiendo una logia entera. Un extraordinario ha traido esta noche la noticia de la prision de los conspiradores, y los documentos que revelan connivencia con los revolucionarios, de Nápoles, de Piamonte y de los estados Pontificios. ¿Se ha hecho vd. cargo?

—Perfectamente.

—Así conviene. Ahora, así como los impios de todos los paises ha-

cen causa comun, preciso, justo y conveniente es que la hagan tambien los Gobiernos, ó mejor dicho los Tronos.

—Tal me parece.

—Y en efecto la hacen los soberanos de Europa. En ese supuesto comprenderá vd. sin dificultad, que avisar al Santo Padre, y á los Reyes de Nápoles y de Cerdeña del reciente descubrimiento, es negocio de suma urgencia.

—No admite duda.

—Pero no basta el aviso sino que es preciso darlo con seguridad completa de que llegue á su destino, y de que llegue antes de que apercibiéndose del peligro, los culpables puedan sustraerse al castigo que reclama la magestad ultrajada.

—Ciertamente: nada se escapa á la penetracion de vd.

—La costumbre y celo por el real servicio, me han hecho adquirir algun tino en los negocios: pero volvamos al nuestro. Hemos conocido que la mision de dar la alarma á los gobiernos de Italia, no puede confiarse á un simple correo de Gabinete; ni siquiera á un subalterno en la diplomacia; y que enviar un personage de los conocidos ya por su adhesion á los buenos principios seria llamar la atencion de la Europa, y sobre todo de los revolucionarios mismos. Asi pues el Rey N. S. cuya real benevolencia cree sinceras las protestas reiteradas de amor y fidelidad que vd. le ha hecho...

—Y que son sincerísimas, señor Ministro.

—Lo creo. El Rey, digo, se ha dignado elegir á vd. para confiarle esta mision importante.

—Y yo protesto aqui ante Dios y ante vd., que mi eterna gratitud...

—Bien, bien, los hechos lo dirán. Este es el pliego que contiene al pormenor sus instrucciones de vd. Sus credenciales; letras de cambio á la vista sobre todos los puntos importantes del tránsito; y los documentos relativos á la conspiracion. Pero entendámonos, ostensiblemente lejos de llevar carácter oficial, vd. sale desterrado de España.

—¡Cómo!

—Porque de esa manera, podrá con mas secreto desempeñar su cometido; y solo cuando lo haya verificado á satisfaccion del Rey, entrará en el público goce de sus emplos y honores.

—Comprendo.

—Va vd. de aquí á Barcelona; allí se embarcará para Marsella; y de ese puerto partirá para Italia, mas no solo, sino en compañia de un hombre que se le presentará con una credencial reservada, de que llevará vd. copia exactísima. Aquel hombre, digo, se embarcará en el mismo buque que vd., pero como pasagero y fugitivo. Es un agente de suma inteligencia, que enviamos á Italia para penetrar de todo punto el secreto de los revolucionarios, dispénsele vd. toda su proteccion, y válgase en los casos arduos de su consejo. S. M. y el ministerio tienen en él la mas completa confianza.

—Me conformaré en todo á las intrucciones que recibo ¿Cuándo debo marchar?

—Esta noche: ahora mismo.

—Voy, pues, á hacer mis preparativos.

—Nada, no es necesario: la silla de posta está á la puerta: dinero lleva vd.; de su casa le han traido de mi órden, una maleta con lo mas preciso. Va vd. á partir en el acto.

—Me permitirá vd. á lo menos escribir dos letras...

—Ni media.

—¿Ni á mi mayordomo?

—Desde Marsella.

—¿Ni á mi muger?

—A nadie.

Tocó el ministro la campanilla y entró el portero mayor.

—¿Ha venido la silla de posta?

—Hace media hora excelentísimo señor.

—Coronel Montefiorito buen viage. Acompañe vd. al señor.

Y en efecto, hasta ver á Leoncio dentro del carruage y cerrar la portezuela, no le perdió de vista el obediente portero.

El General cortesano resuelto, de acuerdo con la marquesa de Soto Verde, á deshacerse de su rival de una manera pacífica, creyó al principio que le seria fácil conseguirlo en virtud de los malos antecedentes de Montefiorito, con solo hacer alusion en Palacio á los compromisos por aquel contraidos durante la época constitucional: pero como esos compromisos no eran ya un misterio para nadie en la corte, de nada le sirvieron al diestro palaciego sus pérfidas sugestiones. El Rey queria á Leoncio en cuanto en su naturaleza de hombre y en su posicion de Monarca le era posible: los ministros que nada temian de un favorito exclusivamente dedicado á la galantería, lejos de oponérsele, fomentaban la inclinacion del soberano; y los aúlicos decian, como dicen siempre: «hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.»

Para perjudicar, pues, á un hombre en tal posicion era preciso en vez de hacerle la guerra, declararse su panegirista, ensalzando su celo, su talento, su lealtad; ponerlo en las nubes, proclamarlo el vasallo mas resuelto á sacrificarse por el trono; y establecer como axioma, que para cualquier encargo delicado, para cualquiera empresa peligrosa, la persona mas á propósito era Leoncio de Montefiorito. De todos los enemigos palaciegos los mas terribles son siempre los amigos.

El rival de Leoncio se declaró por tanto su apasionado admirador, y como era persona de influencia, poco tardó en tener su opinion en palacio autoridad de cosa juzgada, resolviendo los ministros *in pectore* destinarle á la primera comision difícil que ocurriese, tanto ó mas que por utilizar sus buenas dotes, por salir de él, pues se hablaba ya demasiado de aquel hombre para que con gusto le consintieran en Madrid los depositarios de la real confianza.

En tal estado recibió don Angel en Granada una carta que Mendoza le dirigió desde Marsella, por los medios de antiguo entre ambos convenidos, y á muerte ó á vida como suele decirse vulgarmente; porque á pesar de tan largo silencio, todavia el Capitan revolucionario no podia persuadirse de que le fuese infiel su confidente,

y por otra parte no le quedaba otro arbitrio que acudir á él para adquirir noticias de Laura.

Aquella carta, que por su volúmen pudiera llamarse memoria, escrita en la cifra de que tantas veces hicimos mencion, contenia un resumen de la vida, aventuras y contratiempos de Mendoza, desde que fué expulso de París, hasta su desembarco en Marsella, suprimiendo en el lance de la Plana del Cabo Martin la parte de sus anteriores relaciones con Luisa, y terminaba de esta manera:

«Es mas conveniente ahora que nunca seguir con perseverancia nuestro sistema: cualquier tentativa, sean los que fueren los elementos de que se disponga, será infructuosa, y lo que es peor perjudicial á nuestros fines. La Francia ya no puede con el yugo de los Borbones y está avocada á una gran revolucion, cuyas consecuencias, que necesariamente han de hacerse sentir en ese lado de los Pirineos, serán probablemente la abolicion del régimen monárquico y la ruina del poder clerical en el Occidente de Europa. ¿A qué, pues, precipitarnos, y malgastar las fuerzas que próximamente habremos menester para dar la grande y decisiva batalla? Sigamos, repito, nuestro sistema: los que se obstinen en contrariarlo que perezcan, y antes de que puedan comprometer á muchos de los infinitos necios que creen bastante ofrecerle sus gargantas al verdugo para decir que sirven á la buena causa.

«No deje vd. al mismo tiempo de la mano el negocio de Montefiorito, con quien un dia ú otro preciso es que saldemos cuentas.»

Leida y releida la epístola, no pudo don Angel menos de encogerse de hombros, en señal de sorpresa y lástima, considerando que á hombre de tan superior inteligencia le habia puesto á dos dedos de la muerte su indomable pasion á una muger.

«¡Como si no hubiera mas que una en el mundo! ¡Exclamaba el agente. ¡Como sino fueran todas una misma cosa!»

De todas maneras apresuróse á poner en conocimiento de Mendoza su encuentro con Laura, sin omitir ni la mas insignificante circunstancia; prometióle no perderla de vista en cuanto le fuese posible; y en fin, seguir en todo sus instrucciones fielmente: promesa que por desdicha cumplió al pié de la letra.

Dijimos ya que en Granada existia una conspiracion liberal, ahora añadiremos que los conjurados para mas asegurarse de su recíproca lealtad, se constituyeron en logia masónica, reuniéndose en ella hasta una docena de los mas comprometidos y resueltos á intentarlo todo por sacudir el yugo monárquico. Los demas trabajaban por triángulos bajo la direccion de la logia, que á su vez recibia órdenes de Gibraltar, y estaba en relaciones con los patriotas de todo el litoral de Andalucía.

Don Angel tardó muy poco en estar al corriente de esa organizacion, participar de los secretos de los conjurados, y formar parte de la logia directora; á la verdad siempre combatiendo ilusiones, siempre clamando que no era llegado el tiempo, siempre, en fin, calmando aquellos indomables espíritus. Pero todas sus razones se estrellaban contra el ardor entusiasta de la juventud, exaltado por la pa-

sion política, irritado ademas por la intolerancia del gobierno. No se dudaba de su buena fé, porque haber padecido bajo el poder del tirano de Cataluña, era una especie de beatificacion patriótica que imprimia carácter de liberal santidad: pero teniasele si por pusilánime, y no se le escuchaba cuando con harta razon pedia sosiego y espera.

Sucedió, pues, que al recibir la carta de Mendoza, hallábase don Angel entre la espada y la pared. De una parte le apremiaban las autoridades para que les entregase las cabezas de los conspiradores; estos por otra tenian resuelto alzar bandera, sorprendiendo á los agentes del gobierno, y con el auxilio de una parte de la guarnicion, ligeramente prometido por dos ó tres oficiales de opinion liberal, proclamar la famosa Constitucion de Cádiz. Esa misma ciudad, con las de San Fernando, Málaga y Algeciras, debian, segun los conjurados, secundar el movimiento: entonces los emigrados de Gibraltar, realizado un empréstito de algunos millones de reales que diversos comerciantes de la plaza tenian ofrecido para el caso de alzarse los puntos ya designados, entrarian en el territorio español; y el resto habia de ser no menos próspero que los principios.

Don Angel sabia que de cuatrocientos ó quinientos conjurados apenas puede contarse con la quinta parte para el primer golpe, que en tales empresas suele ser el decisivo; que la guarnicion lo mismo que el resto del ejército español estaba entonces harto subordinada para que se prestase á tomar parte, ni á consentir siquiera una rebelion; que el Gobierno del Rey era de sobra vigilante y activo para que se le cogiera de sorpresa; que la masa popular detestaba el liberalismo y sus secuaces, y sabia, en fin, que aun supuesto el buen éxito en Granada, el resultado definitivo se reduciria á nuevas víctimas inmoladas sin provecho alguno.

Con esa persuasion y las órdenes de Mendoza resolvió poner término al negocio, inmolando el menor número de víctimas posibles, no por humanidad, que no la tenia, sino por cálculo económico y en prevision de lo futuro. Para conseguirlo provocó una reunion de las cinco personas mas influyentes de la logia; préviamente apoderóse de las listas de los conjurados y de sus actas, poniéndolas á buen recaudo en paraje seguro; y en seguida denunció á los por él citados, designando la hora y parage, é indicando donde y como podrian emboscarse los agentes de las autoridades para sorprenderlos.

La casa destinada á la reunion fué de ciertas mugeres de vida mas que sospechosa, situada extramuros de la ciudad. Bajo pretexto de necesitarla franca para un galanteo, ajustóla por toda una tarde y parte de la noche uno de los conjurados; y sus dueñas fuéronse donde mejor les convino. Mas la policía penetró de antemano en un sótano de aquel albergue, y estaba en consecuencia dentro cuando llegaron con don Angel los cinco desdichados prohombres del liberalismo granadino.

Nada nos quedaria que decir, á no ser por una circunstancia que el agente de Mendoza no pudo de manera alguna preveer. Uno de

los conjurados que acababa de recibir noticias circunstanciadas de Italia, llevó consigo los papeles á ellas relativos, ansioso de enterar á sus compañeros del refuerzo que por aquella parte era de esperar, y precisamente los tenia en la mano, cuando los encargados del gobierno se arrojaron sobre los allí reunidos, incluso el mismo don Angel, y dieron con ellos en la cárcel pública.

Apresuróse el capitan general de Granada á enviar al gobierno un extraordinario con la nueva de la captura verificada, y los papeles relativos á Italia; y los ministros entonces acordaron primeramente el viage de Leoncio; en segundo lugar, que simulando un escalamiento de cárcel se embarcasen inmediatamente don Angel para Marsella, donde se le comunicarian instrucciones; y por último que parte de la guarnicion de Granada, inútil allí una vez descubierta la conspiracion, marchase al campo de San Roque, donde la proximidad de los emigrados requeria concentracion de fuerzas por parte del Gobierno.

Ya hemos visto salir á Leoncio de Madrid; don Angel tambien, muy contra su gusto, porque perdia de vista á Laura, se embarcó en Málaga para su nuevo destino, y en fin el desdichado don Luis de Ribera recibió la órden de salir en término de seis horas de Granada al frente de una columna compuesta de dos batallones de infantería y otros tantos escuadrones de su regimiento.

No pudo, pues, como lo deseara despedirse de Laura; y ella ignorando la causa creyóse olvidada.

CAPITULO VIII.

Incidentes.—Acontecimiento misterioso.

Casi al mismo tiempo llegaron á Marsella don Angel y Montefiorito, ambos enviados, como sabemos, por el gobierno español en auxilio de los absolutistas de Italia, de sobra seguros ya, merced á la influencia de las bayonetas austriacas, prontas siempre á sofocar, anegándola en sangre, cualquiera tentativa de los liberales para resucitar la independencia de su esclava patria.

Mendoza residia en aquella ciudad, emporio del comercio del Mediterráneo, desde su salida de España, siempre bajo el pendon mismo italiano que tomó al embarcarse en Holanda, y como siempre en relaciones con los revolucionarios del pais, que eran entonces casi todos los franceses jóvenes é ilustrados, incapaces de someterse al loco proyecto del Gabinete de las Tullerias, cuya tendencia era nada menos que á restablecer una tras de otra las instituciones de la antigua monarquía.

Carlos X y sus áulicos, cerrando los ojos á la evidencia, prescindian de los intereses, de las situaciones y hasta de la gloria que la

Francia debia á la revolucion y al imperio: mas el pueblo francés no queria, no podia, no debia prescindir de tales antecedentes. Tan imposible era y es restablecer en Francia el régimen aristocrático feudal, base orgánica de la sociedad antes de la revolucion, como darles á los franceses del dia los hábitos de los Galos por César conquistados. Desde el momento en que las leyes son la expresion de las costumbres de un pueblo, no hay fuerza humana capaz de destruirlas; y en el pais nuestro vecino, ciertas libertades políticas son ya costumbres hondamente arraigadas.

Por eso la corte iba siendo cada dia mas impopular: por eso los literatos, los comerciantes, los banqueros, los propietarios, los notarios, los abogados, los fabricantes, los jornaleros, los profesores y los estudiantes, los artistas y las mugeres eran ya en 1829 enemigos declarados del Gobierno, salvas contadísimas excepciones, y en el Ejército mismo habian hecho rápidos progresos las doctrinas revolucionarias. Quedábanle á la corte, los cortesanos, unos cuantos centenares de gentes de las que viven del presupuesto y como una docena de hombres que fieles á compromisos anteriores sostenian por lealtad pura un Gobierno cuyos desacuerdos conocian y reprobaban.

A mayor abundamiento un príncipe, cuyo talento y perseverancia respeta hoy la Europa y ensalzará mas aun la futura historia, viviendo, sin descender de su alta gerarquía en medio del pueblo de Paris como un simple particular; dando ejemplo continuo de generoso desprendimiento con los pobres, de discreta economía en sus gastos; de moralidad irreprensible en su conducta; de amor conyugal con su esposa; modelo de todas las virtudes; y de solicitud paternal con sus hijos, dignas ramas de tal tronco; cautivaba los corazones y fijaba las miradas de todos los franceses que anhelando el término de un Gobierno desacertado, no querian sin embargo lanzarse de nuevo en el sangriento piélago de las revoluciones democráticas.

La existencia de ese príncipe, quince años hace ya Rey de Francia, es uno de los mas señalados favores que el cielo dispensó á aquella dichosa nacion, hoy una de las primeras entre las civilizadas. A él le debe su patria la floreciente prosperidad de que goza, á él la Europa la paz que disfruta, y ante esos dos hechos solos, nada significan las acusaciones virulentas de sus enemigos.

Pero nos hemos apartado mas de lo que debiéramos de nuestro objeto, reducido por ahora á explicar al lector la detencion de Mendoza en Marsella, donde á su llegada solo se propuso detenerse lo necesario para recibir respuesta si tenerla debia, á su última carta á don Angel. Contestó este á vuelta de correo, mas como la carta fué primero á Madrid y de allí á Granada, el intérvalo fué mas que suficiente para que el Capitan entrando en relaciones con los liberales de Marsella, advirtiese los progresos que su causa habia hecho en pocos meses, y se resolviera á no salir por entonces de Francia. Pidió fondos á su banquero de Londres, libró sobre Valencia la suma de su generoso Capitan General recibida, y entregose segun

su costumbre con ardor inextinguible á las tareas revolucionarias.

Engolfado en ellas le sorprendió la llegada de don Angel, de quien supo todo lo acaecido en Granada, que Laura quedaba allí sola, que Ribera su pretendiente ya que no su amante habia salido para el campo de San Roque; y que los liberales italianos corrian grave riesgo de ser descubiertos. Ignoraba entonces don Angel quién fuese el personage á cuyas órdenes, al menos en la apariencia, debia obrar en Italia.

Circular avisos al Piamonte, Nápoles, y estados Pontificios fué el primer cuidado de Mendoza, que lo consiguió facilmente por medio de los emigrados de aquellos paises, y de los *Carbonarii* franceses cuyas chozas estaban en comunicacion con las italianas; por lo demas, como don Angel iba á ser inseparable compañero del enviado extraordinario español, contaba con la no pequeña ventaja de saber todos sus proyectos, pasos y operaciones.

Pero en el asunto á su corazon mas importante, que era el de Laura, ni Mendoza ni su confidente acertaban á discurrir medio conveniente, porque valerse de tercera persona era medio de suyo peligroso, y atendidas las distancias casi impracticable.

En esto llegó Montefiorito á Marsella, y siguiendo e tenor literal de sus instrucciones, mandó recado á la fonda en que se previno á don Angel se alojase: este acudió presuroso á presentarse al enviado..... Figúrese el lector la sorpresa de entrambos al mirarse y reconocerse.

Grande fué, en efecto, la de uno y otro: mas don Angel halló un golpe de propicia fortuna, donde Leoncio un contratiempo de primer órden. Los dos tenian razon sin duda alguna.

El amigo de Mendoza se hallaba, por decirlo así, con Montefiorito entre las garras cuando menos podia imaginarlo, y calculó en un solo instante que desde aquel momento volvia el Capitan á ser dueño de las riquezas de Valleignoto, y si no tambien de la persona de Laura, al menos á egercer en su suerte poderosa influencia. Esto en cuanto á Mendoza, que el bueno de don Angel, no olvidándose á sí mismo, se felicitó pensando en la buena vida que á costa del Gobierno y su agente principal iba á darse, en lo fácilmente que al último manejaria, y por último en lo obvio que le era desconcertar todos los planes en Madrid fraguados.

Por su parte Leoncio, que conocia la amistad estrecha que mediaba entre el antiguo Capitan de su regimiento y aquel ministro de Satanás, comprendió desde luego que de nuevo y sin defensa habia caido en un lazo que para siempre creyera desecho; y con esa idea renacieron todos sus terrores, todas sus angustias.

Con todo, disimulando el uno su tristeza y el otro su alegria, y entrando desde luego en materia sobre el objeto político del viage que á emprender iban juntos, evitaron aludir directa ni indirectamente á la parte secreta de sus relaciones anteriores; ni una palabra dijeron de Mendoza; y aquella entrevista primera pasó como si ambos fuesen dos sincerísimos y leales servidores de la Monarquia ab-

soluta. Mas al separarse pensó cada cual en formar su plan respectivo, para sacar partido de las circunstancias en todo lo posible.

Montefiorito, despues de largas y penosas reflexiones, hízose cargo de que á Italia no podia seguirle de ningun modo el Capitan revolucionario; y si bien don Angel de oficio iba á acompañarle, no parecia natural que tuviese interés en perder al Ministro de un Gobierno á quien con tanto celo servia. Advirtamos aqui que, careciendo el hijo de don Simon de la clave de las misteriosas relaciones entre Mendoza y su confidente, y ajustando ademas los hombres y las cosas á la medida harto limitada de su capacidad, unas veces se inclinaba á creer que don Angel era en realidad partidario de las doctrinas liberales, y otras, las mas, le juzgaba agente de buena fé de la Policía, aunque apasionado como hombre de Mendoza.

Fijándose, pues, en la última hipótesis decia: «mañana me embarco para Italia; en llegando allí estoy al abrigo de las asechanzas de Mendoza, lo mismo que en España, á donde regresaré directamente; y en resúmen, se quedan las cosas como estaban. En cuanto á don Angel, viene á mis órdenes: naturalmente querrá ponerse bien conmigo, y es cuestion de mil pesos mas ó menos hacerle entrar en mis intereses. No tengo motivo alguno para alarmarme.»

De otra manera calculaban Mendoza y don Angel que con mas copia de datos, mayor inteligencia, y una sangre fria inalterable, apreciaban en lo que valia el inesperado encuentro del Coronel Montefiorito.

—¿Y ese hombre (decia el Capitan) no se ha muerto de verguenza al presentarse á vd. como perseguidor de los liberales?

—¡De verguenza! replicó riéndose el confidente. ¿De veras cree vd. en la verguenza de ciertos hombres? Lo que tuvo fué un terror pánico que le hizo mudar en un segundo todos los colores del arco iris.

—Miedo, es verdad; miedo habrá tenido.... Y sin embargo, don Angel, yo le he visto conducirse valerosamente en el campo de batalla.

—¿Y eso que significa? Los militares imaginan vds. que con marchar muy derechos sobre un batallon ó una bateria enemiga, en compañía de centenares de hombres que hacen otro tanto, á la vista de dos egércitos y al so nde marciales intrumentos, ya pueden llamarse valientes, ¡cómo si en tales circunstancias no fuera mas difícil retroceder que avanzar!

—Tal vez tenga vd. razon, pero esto no es del caso. Tratemos de nuestros planes.

—Yo marcho mañana con Leoncio, y vd. sabrá dia por dia cuanto haga, diga y piense.

—Bueno es eso: pero no basta.

—Tambien evitaremos cualquier percance á los pobres liberales italianos.

—Lo supongo.

—Aun mas: los fondos que el Gobierno español y sus aliados des-

tinen á combatir nuestro proyecto, al menos en parte, se invertirán en favorecerlos.

—Perfectamente.

—De cuando en cuando les entregaremos á los absolutistas algun imprudente botafuegos de los que nos comprometen con su ridícula buena fé, para que en él se ceben y entretengan.

—Comprendo, y mientras en Francia marcha el negocio: madura, estalla la insurreccion; la Europa se incendia; caen los tronos, desplómase el poder de Roma; y triunfan en todas partes y para siempre los principios eternos de la libertad y de la igualdad. Entonces, don Angel, no habrá categorías.....

—Perdone vd., señor don Pedro: los tontos serán siempre tontos y manejados por los hombres de talento.

—Es decir, será mas el que mayor inteligencia tenga: mandarán los dignos: pero repito que ahora se trata de otra cosa. Leoncio es un traidor que merece castigo.

—¿Quiere vd. que Fernando VII vengue las injurias que su gentil-hombre le ha hecho á vd? Nada mas fácil: yo me encargo del negocio, y Laura estará viuda antes de dos meses.

—No, don Angel, no; todavía no es llegado el tiempo de la venganza; cuando llegue mi brazo sobra. Tengo por ahora mis razones para desear que Leoncio viva; y vivirá.

—Sea en buen hora: así como así no vale gran cosa.

—Vale y sirve como arma para sujetar á Laura; para hacerme dueño de ella.

—¡Su marido!

—Precisamente porque lo es. Supóngala vd. viuda y enamorada de otro hombre. ¿Qué hago yo en ese caso? Aun con las armas que en la mano tengo, considero sumamente peligrosa la libertad absoluta en que Laura se queda en España; y estoy por lo mismo resuelto á volar á su lado.

—¿Vsted?

—Yo.

—Vd. sueña, vd. delira. ¡Volver á España en este momento, cuando apenas acaba de salvarse milagrosamente de la muerte!... Vamos, Mendoza, amigo mio, le desconozco á vd.

—Don Angel, yo con vd. no disimulo: verdad es que mi pasion á esa muger á veces me precipita, pero en esta ocasion procedo á sangre fria, con pleno conocimiento de causa, y como las circunstancias lo exigen....

—¿Queriendo volver á España?

—Estando resuelto á volver á España; ya vd. sabe que no parto de ligero; escúcheme, pues, antes de juzgarme. El estado de los negocios políticos en Francia y en nuestro pais vd. lo conoce. Aquí los elementos de la revolucion están convenientemente organizados, la mina cargada, falta solo una chispa que la incendie, y Cárlos X ha tomado á su cargo producirla; allá hay mas chispas que hornillos, aquella gente abandonada á sí misma, ó se somete cobardemente, ó se lanza temeraria á luchar sin fuerza, ni mesura. A vd., única per-

sona en quien tengo y debo tener completa confianza, las circunstancias le obligan á alejarse de España por algunos meses; y por consiguiente es necesario que yo esté allí para evitar que los imprudentes nos comprometan, en el momento mismo en que miramos cercano el triunfo; porque, lo repito, mientras la nacion en que estamos no sacuda el yugo de los Borbones, cuanto en España se intente será infructuoso, y el dia en que la revolucion triunfe en Francia, de poco servirán los esfuerzos de los absolutistas en la península. Ahora bien, amigo mio. ¿Porque los intereses de mi pasion y los de la política estén de acuerdo, he de renunciar á un proyecto que aun cuando Laura no existiese en el mundo, fuera conveniente, poner en planta?

—Que la presencia de vd. en España seria conveniente, no necesito yo que se me demuestre: lo que no veo es medio de que vaya vd. allá y pase un dia sin que le ahorquen.

—La apostasía de Leoncio, nos le proporciona cumplidísimo.

—No alcanzo....

—Dígame vd. ¿No trae poderes ámplios?

—Sin restriccion.

—Es decir que viene autorizado para hacer cuanto crea conducente al logro de su objeto.

—Y con órden expresa para que todos los agentes diplomáticos consulares del Gobierno de S. M. le presten cuantos auxilios requiera.

—Perfectamente: vd. come hoy con él, y va á decirle que segun datos positivos presume que existen todavía en Granada documentos importantísimos relativos á la conjuracion italiana.

—Pero ¿no se hace vd. cargo de que nunca consentirá en que yo me vuelva?

—Lo sé y en eso estriba precisamente mi plan. Leoncio no puede desprenderse de vd. y vd. le propondrá que habilite con pasaporte á un emigrado italiano á quien ha corrompido en Marsella, diciéndole que ese emigrado es uno de los corresponsales granadinos.

—Querrá verle.

—Y le verá. Cualquiera de ellos se prestará de buen grado á hacernos este favor que el Gobierno de S. M. C. se servirá pagar á buen precio. Una vez obtenidos los documentos, yo los tomo, parto de aquí á Bayona para entrar en España por el Norte, á fin de no tropezar con el feroz capitan general de Cataluña, ni con el generoso de Valencia....

—Confieso que no se me habia ocurrido plan tan sencillo y factible.

—Pues manos á la obra y no perdamos tiempo.

Enterado ya el lector de los proyectos de Mendoza y de su cómplice, vamos á decirle algo de nuestros amantes á quienes hemos dejado en Andalucía asaz enojados el uno con el otro, aunque inocentes ambos, y ambos víctimas de una combinacion desdichada de circunstancias fortuitas.

Ribera antes de marcharse de Granada escribió á Manuela la siguiente carta.

«Obligaciones de mi empleo me fuerzan á salir en horas de esta

«ciudad, despues de no haber visto á vd. ni á su señorita durante un «mes ó mas dias. Mi conciencia está tranquila: no he cometido culpa «alguna que tanto rigor merezca; y por lo mismo me resigno con «lo que ordena la suerte. Sé que amé en vano y dejaré de amar, si «puedo: mas antes de separarme para siempre de la que fué mi vida «y mi esperanza, debo darla un aviso que conceptuo importante: «cuando su corazon no se interese por un hombre á quien de buena «fé vea á sus plantas rendido, que no le entretenga en sus ilusio- «nes, que le desengañe desde luego, y asi al menos evitará que «crezca el daño ya que no lo remedie. No todos los hombres tienen «generosidad bastante en el alma para inmolarse en silencio á la tran- «quilidad de L.... y del capitan su amigo. De vd., Manuela, y de su «señorita lo será siempre.—L. de R.»

Cuando estos renglones escritos en un momento de amoroso despecho llegaron á manos de Manuela, que no sabia leer, acababan los facultativos de declarar mortal la enfermedad de don Antonio y se hacian los preparativos necesarios para administrarle el viático. Echóse pues la carta en el bolsillo, y entre sus afanes y afliccion olvidó del todo que la habia recibido.

El Dean queá pesar de su santa y retirada vida, era contínuo objeto de la saña de los clérigos apostólicos, recibió á la cabecera del lecho de su moribundo amigo, la órden de salir desterrado nada menos que á la Coruña, en término perentorio de tres dias; pues con motivo del reciente descubrimiento de la logia por don Angel denunciada, descargaban su ira las autoridades sobre todos los liberales, sin hacer distincion entre culpables é inocentes.

Nuestro digno sacerdote, aceptó resignado la nueva calamidad que el cielo le enviaba, y aun dió gracias á la misericordia divina, porque otorgándole el plazo de tres dias, al menos su pobre amigo tendria el consuelo de exalar en sus brazos el último suspiro.

El indefinido extenuado por los años, los padecimientos, y en particular por los del tiempo de su atroz miseria, iba, como una lámpara, apagándose lenta y pacíficamente.

Laura, Manuela y el Dean, le rodeaban incesantemente, y él era quien de los cuatro manifestaba mas valor: sus últimos acentos fueron de gratitud á sus amigos, de piedad profunda.

«Lorenzo, mi buen Lorenzo, dijo, á tí nada te digo, sabes que al terminar esta vida miserable, comienza para el pecador arrepentido otra eterna de gloria y de ventura. A vd. Manuela, mi constante compañera, mi amparo en la desgracia, excuso exortarla á que sea siempre lo que hasta aquí ha sido. Pero á Laura, el ángel de hermosura y de virtud, el espíritu generoso, á quien, despues de Dios, le debo algunos dias de existencia tranquila y cómoda; á la hija de mi adopcion, en fin, quiero ántes de bajar á la tumba exigirla una palabra y darla un consejo.»

—«Diga vd. amigo mio, respondió entre lágrimas la hija de don Simon; y cuente con mi obediencia.»

«Bien, Laura, bien hija mia, prosiguió el moribundo. Su educa- «cion de vd. ha sido infeliz; la fé no ha penetrado en ese corazon que

«deblera ser el mas bello de sus templos. ¿Me promete vd. no cerrar «los oidos á las palabras del Evangelio; no atrincherarse en sus preo«cupaciones como hasta aqui, y estudiar esa religion de que solo «pueden con sinceridad decir mal los que la desconocen?

—Si lo prometo, amigo mio, si lo prometo; y lo juro por la memoria de mi desgraciado padre.

—«¡Oh! ¡no esperaba yo menos! Vamos al consejo, que me faltan «ya las fuerzas. Laura, en su pecho de Vd. se abriga una pasion en «su esencia inocente; sino quiere vd. ser para siempre desdichada, «ó sofóquela con mano fuerte, ó por lo menos no dé por satisfacerla «un solo paso que la rectitud de su conciencia repruebe. Una vez «puesta la planta en la senda de la culpa, la pendiente al precipicio «es tan rápida, que la mano de Dios sola puede salvarnos de caer en «su fondo.»

Pronunciadas esas palabras y orando con el Dean, entregó su alma al criador el noble perseguido veterano, entre las sinceras lágrimas de sus pocos pero buenos amigos.

Partió don Lorenzo á su destierro, Manuela fuese á casa de Laura, y durante quince dias, ni acertó á hacer otra cosa mas que llorar á su teniente coronel, como ella decia, ni la hermana de Leoncio tuvo la indiscrecion de hablarla de sus propios asuntos.

Y no dejaba por eso la hermosa Mejicana de pensar de continuo en Ribera, no dejaba tampoco de extrañar la súbita desaparicion de don Angel y el largo silencio de su hermano.

Sucesivamente fué saliendo hasta cierto punto de sus dudas todas y vamos á referir sucintamente como.

Desde Marsella escribió Leoncio diciendo á su hermana. «A con«secuencia del reciente descubrimiento hecho en esa por el Gobierno, «de una conspiracion, salgo de nuevo de mi Patria: pero no te alar«mes, Laura: mi ausencia será corta, y en todo evento persuádete «de que no corro riesgo alguno. Deseo, sin embargo, que realices «lo mas pronto posible tu proyecto de retirarte al campo y que es«peres en él mi regreso á España. Otra advertencia: oigas lo que «oigas, digante lo que te digan, nada bueno ni malo creas con res«pecto á mi, mas que lo que yo mismo te diga ó escriba.»

Enigmática era la epístola, mas bastábale á Laura saber que su hermano no corria peligro alguno, para tranquilizarse en la materia.

Por lo que á don Angel respecta, llamó la atencion de Laura, hasta entonces preocupada con la enfermedad y muerte de don Antonio amen de sus amores desdichados, la circunstancia de coincidir la partida de Leoncio y el descubrimiento de la lógia con la desaparicion del confidente de Mendoza. Acudió pues á la cartera y á la clave, y halló en la primera una nota que descifrada con auxilio de la segunda decia.

«Se han constituido en lógia contra mi dictámen: de estos hom«bres no se saca partido, ni sirven mas que para pasto del verdugo.»

Mas adelante.

«El capitan General me acosa: parece que el de Cataluña le ha «encargado esté conmigo muy sobre sí.

«Los de la Logia quieren saltar la valla ; si de todas maneras han «de perderse que me salveu á mí á lo menos.»

Luego en fin.

«Al cabo sé de Mendoza (la copia íntegra de la carta de este se en- «contraba despues) sigue en su mismo sistema. En caso de apuro de- «nuncio la Logia : todo lo que se perderá se reduce á media docena «de mentecatos entusiastas. No se pierde por eso la casta.»

Mas de tres veces tuvo Laura que repetir la lectura de los copia- dos fragmentos para persuadirse de que en efecto habia un hombre tan friamente cruel, tan cínicamente perverso, que de propósito deliberado inmolara así á jóvenes imprudentes, si se quiere, pero mo- vidos por un sentimiento noble y generoso.

No habia, sin embargo medio de dudarlo ; la hija de don Simon se estremeció al considerar que Mendoza y don Angel la perseguian, y que al mismo tiempo su único protector en el mundo era un hom- bre débil por caracter, y esclavo ademas del Capitan y de su digno confidente.

Para colmo de desdicha, Manuela hallando por casualidad la car- ta de Ribera, entregósela á la bella Mejicana para que la leyese, y vió la infeliz que su amado la creia amante de otro y acusábala de perfidia en consecuencia.

Tantas, tan continuas, y tan inmerecidas calamidades, hicieron en su ánimo la impresion que era natural : la mas negra melancolia se apoderó de ella, y ni á la misma Manuela hablaba á penas dos pa- labras al dia.

Tal era el estado de nuestra heroina, cuando inopinadamente llegó á Granada nuestro antiguo conocido el Procurador don Justo, á quien el obispo de Córdoba, entregó una carta para Laura previ- niéndole expresamente que la entregase en propia mano.

Veinticuatro horas despues, la hija de don Simon al salir de una prolongada conferencia con su Procurador, dijo á Manuela que sién- dole forzoso, por asuntos de familia, emprender sola un largo viage, la dejaba al frente de su casa durante aquella ausencia.

Los extremos de Manuela no son para escritos. « Yo no quiero, decia, separarme de vd. Estoy dispuesta á seguirla hasta el fin del mundo.

—Amiga mia, replicaba Laura, si fuera posible ¿á quién llevara yo con mas gusto que á vd ? Pero no lo es : la memoria de mi padre me exige este sacrificio: hagámosle entrambas con resignacion. Si vé vd. (añadió arrasándosele los ojos en lágrimas) si ve vd, Manuela, al coronel Ribera, si todavia se acuerda de mí... Dígale vd. que ha sido injusto, que me ha calumniado..... Pero no: nada le diga vd. quizá nunca vuelva á verle : hágale el cielo feliz.»

Al terminar esas palabras llamó Laura á todos sus criados para prevenirles que obedeciesen á Manuela como á ella misma durante su ausencia, advirtió á la viuda del sargento que don Justo la propor- cionaria cuanto dinero hubiese menester ; y entregando al Procura- dor una carta para Leoncio, entró en el coche de colleras que á la puerta la esperaba.

Tal de los Artistas

- María : aquí reposan los restos mortales de tu Padre Cremos por él.

El Barranco del Valle

LIBRO QUINTO.

CAPITULO I.

Revelaciones.

Desde que en el locutorio del convento de religiosas donde ocurrió el infeliz enlace de Laura con Leoncio, dejamos al ermitaño Pablo de rodillas á la inmediacion del cadáver de don Simon de Valleignoto, nada hemos vuelto á decir de aquel misterioso personage: ni siquiera dado cuenta del enterramiento del malaventurado padre, mas, lisongeámonos con la idea de que las aventuras de los vivos habrán entretenido á nuestros lectores lo bastante para que no hayan echado de menos ni el funeral del muerto, ni las nuevas del cenobita, sin embargo, ya es tiempo de que rompamos en la materia, el silencio.

Cuando Mendoza con Laura desmayada en sus brazos, y en pos de ellos Monteflorito salieron del locutorio, ya habia cundido la alarma en el convento, ya las religiosas, corriendo por los cláustros interiores desatentadamente, acudian al lugar de la escena, y era llegado de órden del gefe político uno de sus inmediatos subalternos, con objeto de oponerse en nombre de aquella autoridad á cualquier desacierto del padre irritado. Asi Pablo estuvo muy corto tiempo á solas con el cadáver de don Simon deValleignoto, y los chillidos de las buenas monjas, tanto como las preguntas del delegado de la autoridad civil, le obligaron en breve á suspender sus oraciones. Llamáronse médicos, que reconocido el cadáver, declararon natural su muerte: en seguida se depositó al difunto en la iglesia misma de las monjas, y el ermitaño pasó á verse en el acto con el prelado de la diócesis, quien á consecuencia de revelaciones ó súplicas de Pablo, escribió al gefe político á fin de obtener, como la obtuvo, su licencia para que permitiese embalsamar el cuerpo muerto de don Simon, y despues entregárselo al ermitaño mismo. Laura estaba á la sazon en el primer paroxismo de su larga demencia; Leoncio postrado tambien á impulso de una enfermedad aguda; Mendoza, consultado, respondió: ¿A mí que me importa? Hagan lo que quieran de ese cadáver;» y don Angel, apoderado general de Monteflorito, no era hombre que por muerto mas ó menos disgusta-

se á nadie. Hízose, pues, como lo pedia el obispo y lo deseaba Pablo, que al cabo de pocos dias, y valiéndose para todas las diligencias necesarias del celoso don Justo Herrero, se embarcó en Cadiz para Sevilla llevando consigo los restos mortales de don Simon, depositados en una caja de plomo dentro de otra de caoba guarnecida ricamente de oro y plata. De Sevilla á Córdoba caminó Pablo á pie, al lado del carro que conducia el féretro, que fué por último depositado en la iglesia ó capilla de las ermitas, librándose de ello la oportuna certificacion á don Justo.

Leoncio no osando nunca hablar de su infeliz padre, abstúvose de toda pregunta: no asi Laura que apenas recobrada en Londres su salud merced á la inteligencia superior del doctor Edwards, inquirió al momento el paradero del cadáver de don Simon, mas como le respondiesen que tenia digna sepultura en Córdoba, dióse en la materia por satisfecha.

En cuanto á Pablo era, como ya se dijo, un ermitaño de Córdoba, antigüo ya en tan ascética vida, cuando jóven se entregó á ella el mas anciano de sus hermanos en religion; conocido por tradicion en toda aquella tierra desde mucho antes que las ermitas se fundasen: anacoreta, en fin, inmemorial para decirlo todo en una palabra.

Por regla general era puntualísimo en el cumplimiento de las obligaciones de su órden, acudiendo al templo el primero, dejando la oracion el último: pero hacia frecuentes, y largas ausencias, con permiso indudablemente del hermano mayor que le mostraba en todas ocasiones una deferencia muy semejante al respeto.

Pablo no entraba nunca en conversacion con los demas ermitaños, pero si la campana de una ermita tocaba á socorro, rara vez, dejaba de acudir antes que otro alguno: los moribundos le veian constantemente á la cabecera de su duro lecho; y nadie le disputaba la palma del silencio, de la caridad y del fervor.

Y á esas circunstancias notables debemos añadir otras que tocan en los límites de lo extraordinario, para cuya inteligencia conviene dar antes sucinta idea del establecimiento religioso á que nos referimos.

Consiste este en cierto número de pequeñas ermitas independientes unas de otras, cada cual con su celda, y un pequeño cercado dentro del cual se hallan el huerto, jardin y cementerio de cenobitas que sucesivamente y uno á uno la habitan. Una misma cerca general abraza todas las ermitas parciales; y en el centro, próximamente, del arca cercada está la iglesia donde en comun oran los ermitaños, en horas por su regla previstas. La campana de la iglesia dá señal del rezo, corresponden las de todas las ermitas pues cada una tiene la suya, y un toque particular avisa cuando alguno de los cenobitas no puede por falta de salud, concurrir al llamamiento. Entonces el hermano mas inmediato acude á inquirir la causa y se procede segun el caso lo exige.

La vida de aquellos ermitaños, suprimidos desde los últimos trastornos políticos, lejos de ser puramente contemplativa, era por el

contrario activa y laboriosa, siendo uno de los principios morales de su observancia, que la ociosidad ofrecia graves riesgos á la salud del alma.

Asi pues, no solo se entregaban á las rudas faenas del campo, labrando por sí mismos las heredades de la comunidad, sino que cada uno en su ermita, además de cultivar su huerto, de atender á la conservacion de los naranjos, limoneros, y otros árboles frutales que lo adornaban, y de cabar su propia sepultura, dedicábase á un oficio manual cualquiera. Todo esto con silencio y recogimiento, todo sin perjuicio de dormir breves horas sobre un cañizo, con una teja por almohada, siempre con el burdo sayal á raiz de la carne; y de acudir al toque de la campana al templo en las horas canónicas, sin exceptuar la de maitines; y de salpicar con su sangre las paredes de la iglesia, tal era el rigor con que se disciplinaban.

Perdónenos el lector la digresion, y séanos lícito preguntar: ¿Porqué en el siglo en que incesantemente se proclama como principio fundamental la libertad del hombre en su pensamiento, conciencia y manera de vivir: porque cuando se dice, y se imprime un dia y otro y todos: que el espíritu de asociacion es para toda empresa el mas poderoso agente, no ha de ser permitido á cierto número de hombres desengañados del mundo ó llenos de amarguras, sino perseguidos por los remordimientos, retirarse á un monte y allí en comunidad labrar la tierra, y macerarse?

¿Entre la indiscreta proteccion de los siglos anteriores á las instituciones monásticas, y la guerra á muerte que hoy se les ha declarado; entre reconocer el elemento teocrático como preponderante en la sociedad, y proscribir hasta la vida ascética, será posible que la inteligencia humana no encuentre un medio proporcional admisible, útil, conveniente?

Al hombre engañado en sus ilusiones y esperanzas: al que sus amigos abandonaron, su esposa hizo traicion, la muerte arrebató los hijos, y la calumnia la honra ¿que recurso le ofrece hoy la sociedad? Uno solo: el suicidio.

No hay para la desgracia un asilo, ni para los remordimientos un lugar de expiacion, abandonado el que padece á sus propias fuerzas en medio del estrépito del siglo, ó sucumbe ó se endurece, y en el último caso se convierte en azote de sus semejantes.

La rehabilitacion moral en ciertos casos es ya imposible: repitámoslo otra vez, el suicidio es hoy mas el crímen de los legisladores que el de los suicidas.

Pablo, para volver de nuevo á nuestro asunto, era en resúmen el modelo de los ermitaños, y al mismo tiempo su asombro, ya por lo inmemorial de su fecha, ya por lo frecuente de sus ausencias, lo misterioso de su existencia, y sobre todo por el estraño privilegio de que gozaba, privilegio tan sin egemplo como contrario á reglas de la congregacion.

Los individuos de esta no podian hablar sin permiso especial del superior con las mugeres, ni ellas penetrar en el recinto de las ermitas mas que un solo dia en el año.

Sin embargo nuestro ermitaño todos los dias festivos presentábase en la iglesia á las horas de misa acompañado por un anciano venerable cuyo trage era talar, y una muger de no menos grave aspecto, que devotamente asistian de rodillas al santo sacrificio, sin levantar los ojos del suelo mas que para clavarlos en la imagen del crucificado. El primer domingo de cada mes, y en las solemnes festividades Pablo y sus acompañantes acudian con la anticipacion necesaria para estar confesados antes de comenzar la misa, y recibir la comunion al concluirse, verificado lo cual, despues del tiempo necesario para dar gracias al criador, retirábanse como siempre á la celda de Pablo, acompañándolos generalmente el hermano mayor, á quien se vió alguna vez postrarse y besar con señales de profundo respeto la diestra del anciano.

Quienes eran aquellos que parecian esposos; por qué gozaban el privilegio de asistir á los oficios divinos con los ermitaños; por donde y como penetraban en el murado recinto; cuando y porqué parte salíanse de él, Pablo sin duda, tal vez el hermano mayor tambien, lo sabian: los demas ignorábanlo y mas de una vez tentó á varios el demonio de la curiosidad, para que averiguarlo procurasen. Mas aunque la celda de Pablo estaba siempre abierta durante sus largas ausencias, y hubo entre los ermitaños mas de uno que, arrastrado por un deseo invencible de penetrar aquel misterio, penetrase en el huerto y celda, examinando cuidadosamente su ámbito, nada pudieron descubrir que le indicase lo que todos saber deseaban.

Por otra parte, ausente ó presente Pablo, todos los dias de precepto y algunos en que oir misa no es mas que devocion, los ancianos acudian al templo, y faltando el ermitaño nuestro conocido, no dejaba nunca de acompañarlos el hermano mayor.

Muchos años se pasaron del mismo modo, siendo los dos viejos la admiracion de los pobres cenobitas, hasta que uno de ellos, no pudiendo sobreponerse al inmoderado deseo de averiguar lo que en el lance habia, resolvió retirarse cierto domingo del templo así que el sacerdote pronunciara el «*Ite: misa est*;» y emboscarse en el huerto de Pablo á fin de ver por donde se retiraban el anciano y su compañera.

En ejecucion de su proyecto movia ya la planta el curioso para dejar la iglesia, cuando el incógnito, á cuyo lado le colocó la casualidad, le dijo: «*Estáte, hermano: Dios no quiere que sepas lo que ignorar debes.*» Oir el ermitaño aquellas palabras, y caer en un síncope que hubo de costarle la vida todo fué una misma cosa.

Al dia siguiente un eclesiástico de alta dignidad, enviado por el obispo, reunió á la congregacion, y dirigióla una larga plática contra la curiosidad indiscreta, concluyendo, en nombre de S. I., con la amenaza de excomunion mayor á cualquiera de los ermitaños que hablase de los misteriosos personages con seglar ó eclesiástico, fuera del caso de confesion penitencial, ó que intentara en cualquier forma penetrar aquel secreto para él mismo, añadió con verdad, incomprensible.

El asombro que causó en todos la circunstancia de haber adivina-

do el anciano los designios del curioso, el peligro que la vida de este corria de resultas del lance, y el temor de las censuras eclesiásticas fulminadas por el prelado, pusieron freno á la indiscrecion, y al cabo acostumbráronse tambien los ermitaños á aquel fenómeno, como nos acostumbramos todos á infinitos que no comprendemos.

La noche en que Pablo llegó á la iglesia de las ermitas á la hora de maitines con el cuerpo de don Simon de Valleignoto, al cual acompañaban sacerdotes cordobeses, pues los ermitaños no estaban generalmente ordenados in sacris, la congregacion reunida de antemano, aguardaba á la puerta del templo con cirios encendidos en las manos, y la campana doblaba tristemente, repitiendo su funeral sonido los ecos de los enriscados montes de la Sierra Morena. Ocho hombres robustos llevaban con dificultad el pesado atahud. La voz del preste resonaba solemnemente; el coro respondia en fúnebres acentos, y las aves nocturnas deslumbradas con el insólito brillo de las antorchas, revoloteaban desatentadas por aquel pacífico recinto.

Súbito aparecieron ante el lúgubre cortejo dos colosales figuras, vestidas de burda lana: los ermitaños involuntariamente fijaron en ellas los ojos, el coro se interrumpió, los sacerdotes se sorprendieron.... Mas todo fué obra de un instante que duró el primero é inevitable efecto de la sorpresa: luego volvió el preste á orar, á responder el coro, á su religioso recogimiento los cenovitas; los ancianos misteriosos, que él y ella eran, los aparecidos, colocáronse detrás del entierro y siguieron su marcha en actitud de resignada melancolía. La muger, sin embargo, llevaba inundados los ojos de lágrimas y oraba en voz sumisa; el hombre sereno el rostro, con una tinta de tristeza que realzaba su varonil apostólica belleza, repetia con firmeza y claridad las palabras del sacerdote y las respuestas del coro.

Durante el oficio, que fué solemne, permanecieron los dos ancianos postrados de rodillas: cuando los sacerdotes y los ermitaños se retiraron, ellos con Pablo quedáronse á orar en la iglesia á la inmediacion del atahud, que provisionalmente se colocó en el presbiterio al lado del evangelio. Era ya de dia cuando juntos salieron los tres, y no habia proferido ninguno de ellos mas palabras que las del rezo: mas al salir la muger dijo á Pablo:

—¿Y su hija?

—Demente; respondió el ermitaño, Dios tenga misericordia de ella y le devuelva la razon.

—Si ha de saber aprovecharla mejor que su padre, Marta; interpuso el anciano.

—¡Ah! ¿cuándo la veré yo en mis brazos? Esclamó Marta desentendiéndose de las severas palabras de Simon, que no era otro el anciano.

—¡Pronto: pero no todavia: pronto, mas nó para siempre! volvió á decir Simon, y en esto entrando en la celda de Pablo desaparecieron inmediatamente.

Con posterioridad á la escena que de describir acabamos ocurrieron todos los sucesos que han dado materia á los libros tercero y

cuarto de la presente historia, y durante los cuales Pablo una vez al año iba á Cadiz á informarse de don Justo sobre el paradero de Laura: mas como era muy poca cosa lo que esta y su marido tenian en España, el bueno del procurador apenas estaba al corriente de los continuos viages de los dos hermanos, nada sabia de los diferentes lances de su vida.

La matrona del Valle estaba inquieta como nunca en su larga vida, Laura era muger, sus penas por tanto mas simpáticas al corazon de la compañera del patriarca, que lo fueran las de un hombre: mas á sus reiteradas preguntas Simon contestaba solo.

—Marta, la voluntad de Dios lo dispone todo, resignémonos con ella. Esa hija de un desdichado, padece y padece mucho: terribles pruebas ha sufrido: mas terribles le aguardan aun. Dichosa ella si triunfa de las venideras como no ha sucumbido á las pasadas!

—Pero, Simon, tú me anunciaste su próxima venida.

—Si, te dije que vendria pronto y pronto vendrá.

—Cinco años van ya transcurridos....

—¿Y que son cinco años en tu vida y en la mia? Apenas cinco minutos en una existencia ordinaria. ¿Qué son cinco años en el órden y sucesion de los tiempos? Nada, Marta, nada: un punto en el espacio, un átomo impalpable en la inmensidad de lo creado. Tú que has visto desaparecer ante tus ojos obras de siglos; caer y levantarse los imperios; variar de aspecto la superficie de la tierra; yermo el campo que ayer fué ciudad populosa, y ciudad rival de Babilonia el árido desierto ¿te impacientas por que tus deseos no se realizan mientras cinco veces gira la tierra en derredor del sol, ó el sol en derredor de la tierra, que fué lo que en nuestra niñez nos enseñaron? Marta arrepiéntete y ora para que el Señor te perdone tu falta de esperanza.

Sin replicar postróse la Matrona en el suelo, y oró fervorosamente: Simon le abrió entonces sus brazos, estrechándola cariñosamente en ellos; y dijo.

«Esperaba en breve; ya se encamina hácia nosotros.

—Bendigamos á Dios que nos la envía.—Y roguémosle que la salve, amen, Simon.

—Marta, amen.»

Asi era como Simon lo decia; Laura estaba en camino para Córdoba con ánimo de retirarse del mundo por algun tiempo al menos.—Nosotros, mientras ella viaja explicaremos antecedentes que solo indicados tenemos, en cuanto sea necesario para la clara inteligencia de los sucesos,

Ignoraba la huérfana mejicana la existencia del valle y las misteriosas relaciones que con él enlazaban á su familia, hasta que, descubriendo fortuitamente el secreto de la cartera de su padre en Granada, halló los dos pliegos que á su tiempo dijimos, uno en cuyo sobrescrito decia: «*Para Laura despues de mi muerte*; y el otro con esta suscripcion: *Papeles reservados de familia.*»

A la sazon de aquel descubrimiento no nos pareció indispensable dar cuenta del contenido de ambos pliegos, ahora ya es preciso entrar en algunos pormenores relativos á la materia.

Cuando Don Simon se decidió á separarse por primera vez de su hija, á quien amaba mas que á sí mismo, depositándola en un convento de religiosas, su corazon presentia que los golpes que sobre Laura descargaba eran otras tantas heridas que le acortaban á él la existencia. Desengañado entonces de todas las ilusiones del mundo, y privado por efecto de su incredulidad, de los consuelos inefables que el alma religiosa encuentra en la esperanza de una vida eterna en las mansiones celestes, comprendia don Simon harto bien que su hija, á quien él en su primer afecto contrariaba tan sin apariencia de razon como sobra de ella en realidad, habia de acusarle de tirano caprichoso y ver de allí adelante en el autor de su existencia, no el padre amoroso y desvelado por su dicha, sino un déspota insoportable. Consecuencia natural de tal conviccion era la de que Laura dejase de amar á don Simon y este que por el amor de Laura esclusivamente estimaba en algo la vida, presintió, repetimos, que los amores de los dos hermanos le conducirian al sepulcro antes de mucho tiempo.

A mas de eso, preciso es añadir que en el corazon del indiano existió siempre como un gusano roedor, la memoria de la ruidosa aventura de su primera juventud que en el primer capítulo del segundo libro de nuestra historia, dejamos referida. Ciertamente la Duquesa de Monteflorito, muger liviana y en todos conceptos culpable, merecia castigo por sus estravios, mas ¿era el hombre á quién mas sinceramente amó en su vida el que imponérselo debia? ¿Fué justo inmolarla á un deseo no menos criminal y si mucho mas interesado que la pasion de aquella? ¿Nada debia pesar en la balanza el estado de la infeliz amante en el momento de la ruptura de aquellas relaciones?

¡Oh! con don Simon cruzaron los mares, á don Simon siguieron á todas partes sus remordimientos! Mas de una vez le amargaron los placeres de la mesa, las pompas del lujo, y el descanso del sueño; mas de una vez estrechando entre sus brazos á su bella y virtuosa consorte, ó besando con delirio el rostro angelical de Laura, se alzaron entre él y su dicha ya el sangriento cadáver de Crevecœurs, ya la figura livida y llorosa de una madre abandonada, de un hijo ni siquiera conocido.

¡Y en tanto el mundo, deslumbrado por el brillo de su opulencia, creíale feliz, envidiable sus goces! ¡Cuánto mas dichosos eran la mayor parte de los jornaleros que para satisfacer sus antojos, trabajaban incesantemente los dias y las noches!

En tal estado al regresar á España abstúvose completamente de hacer preguntas relativas á la familia de Monteflorito, ignorando por consiguiente que la duquesa habia espirado al dar á luz á Leoncio; que el hermano primogénito de este, fruto del primer matrimonio del duque, pasó á la muerte de su padre y de Cárlos III, acaecidas con corta diferencia simultáneamente, á establecerse en Nápoles donde por los años de 1820 murió dejando su título y estados á su hijo mayor, gran realista; y en fin que el mismo Leoncio educado en España, page primero del Rey, capitan de caballería á princi-

pios del siglo y coronel al terminarse la guerra fuese el marqués viudo de San Juan del Rio.

Mas al revelarle el amante de Laura su familia y la época de su nacimiento recibió el indiano un golpe mortal en lo mas sensible del corazon; un golpe tanto mas horrendo cuanto menos esperado. ¡Ya sin embargo no vió en él la mano vengadora de la Providencia, que pocas veces deja de castigar los vicios con los efectos de los vicios mismos! La casualidad, esa palabra vacía de sentido, que nada esplica como no sea la ignorante presuncion de los que á su ciego poder lo atribuyen todo, la casualidad sola fué autora de aquel lance para él funesto.

Pero si en la causa erró, los efectos veíalos con toda claridad, y presintiendo asi la inutilidad de sus esfuerzos, como el próximo fin de su vida, al retirarse en Cádiz á su casa despues de depositar á Laura en el convento pasó la noche arreglando sus negocios y papeles, y ya al romper el alba púsose á escribir el primero de los pliegos hallados en el secreto de la cartera; de cuyo contenido vamos á dar un ligero estracto.

Despues de resumir en breves y sentidas palabras los cuidados, mimo y regalo con que á Laura habia criado, decíale:

«Yo bien sabia, que al cabo un esposo me robaria parte de tu amor, y de antemano me resigné á un mal inevitable porque está en las leyes de la naturaleza. Asi cuando el marqués me pidió tu mano, ofreciéndose á no apartarte nunca de mi lado, creí ver el cielo abierto, me felicité mas que tú misma, de haber hallado para ti tal marido.

«Pero la suerte encarnizada en perseguirme convirtió pronto en el mas atroz de los suplicios, la que yo imaginé completa dicha.

«El que para esposa te pide, es mi hijo, Laura, es el fruto de unos locos amores de mi juventud, que me parecia haber purgado suficientemente con largos y penosos años de emigracion y fatigas. Me engañé, el destino es inflexible; era preciso que algunos instantes de juvenil delirio, me costasen mas que la vida; sí, Laura, mas que la vida, porque tu cariño lo es todo para tu infeliz padre. ¿Qué he de hacer sino lo que hago? ¿Consentir en que te enlaces con tu hermano seria horrible; revelarte el secreto profanar la casta inocencia de tu alma, marchitar en flor tus ilusiones de virtud, iniciarte yo mismo ¡oh mi ángel de pureza! en los misterios del vicio.

«¿Me comprenderias, por ventura cuando te dijese que la muger adúltera, que con su liviandad mancha el tálamo nupcial, deshonra al mismo que la dió su nombre y confió su dicha obligándole ademas á prodigar caricias al fruto espúreo de sus fragilidades y á privar á los legítimos herederos de sus bienes, de una parte de lo que es suyo, se presenta, sin embargo, con la frente erguida en el alcázar régio, en los salones del prócer, en los saraos del rico; y desdeña la compañía de la virtuosa pobre matrona; y reina como soberana en la sociedad, cómplice de sus escesos, pues que los tolera y apadrina?

«No, Laura, no será mi mano la que ante tus ojos corra

el velo que tanta hediondez encubre: no Laura, no será mi lengua la que te diga: «Tu padre fué tambien cómplice de tanta depravacion, tu padre no se avergonzó de tender su mano al hombre á quien infamaba, tu padre tuvo un tiempo crueldad bastante para ver por culpa suya en ridículo á un anciano venerable, tan cargado de títulos al comun respeto de canas y de años.

«Tú no verás estas líneas hasta que ya la tumba me encierre para siempre en su hondo seno, y sin embargo al trazarlas tiembla mi mano, la frente se me arde, el corazon quiere saltárseme del pecho ¡Tanto es mi rubor, tanta mi verguenza!»

Despues de esplicar asi las causas que le obligaban á guardar el fatal secreto, don Simon esponia su plan para lo futuro, reducido á trasladarse al nuevo mundo por segunda vez, con la esperanza de que el tiempo destruyese la pasion de Laura, é inspirándola otro amor; promoviese su enlace con persona digna de poseerla. Las dificultades que halló en Cádiz para su embarque y mas aun la negativa de los periódicos á tomar cartas en aquel negocio, dieron al indiano una justa idea de los resortes que contra él se habian puesto en juego: pero como ignoraba la parte que tenian en todos aquellos sucesos Mendoza y don Angel, atribuyendo su manejo esclusivamente á Leoncio, formó de él una idea hasta cierto punto equivocada. Asi es que si en realidad no se engañaba pintándole en su carta como mas apasionado de sus riquezas que de Laura, es decir, mas egoista que amante, al suponerle gran talento para la intriga, una firmeza de carácter inflexible, y una obstinacion en sus propósitos á prueba de todo género de obstáculos, hacia sin saberlo el retrato de Mendoza, y un servicio á su hija aconsejándola se guardase de caer bajo la dependencia de un hombre de tal manera organizado.

En las previsiones de don Simon no entraba lo que en realidad aconteció: sabiendo que el enlace entre sus dos hijos era inmoralmente absurdo, teniale por imposible; y por eso en el escrito de que tratamos no se hallaba ni una sola frase alusiva á tal suceso.

Copiamos ahora sus últimos párrafos, que seguian á otros llenos de excelentes consejos, humanamente hablando, para que su hija pudiera evitar hasta cierto punto los escollos del mundo.

Decia, pues, de esta manera:

«Si alguna vez, hija del alma mia, atormenta tu corazon un deseo vehemente pero irrealizable; si una pasion, de las que juzgamos invencibles, se apodera de ti, y ni el tiempo, ni los obstáculos, ni la reflexion la entibian: huye, Laura, huye aunque sea hasta el fin del mundo. La fuga es el único medio de vencer las pasiones.

«Mas yo, por el conocimiento que tengo de tu corazon, en el que se han refundido, con la exquisita sensibilidad de tu malograda inolvidable madre, la violencia, la impetuosidad, la perseverancia de mis sentimientos; temiendo, Laura de mi vida, que si una vez llegas á amar como puedes, nada signifiquen para tu pasion las distancias y las barreras, debo en mi presentimiento de ese crítico instante

aconsejarte que acudas á un recurso extremo y peculiar á nuestra familia, recurso de cuya eficacia dudo, recurso cuya existencia ni puedo negar, ni acierto á comprender. Sigue con grande atencion lo que por decir me queda, y concluye la lectura, aunque te parezca que delira el que escribe.

«Al cumplir los quince años, llevome mi padre desde Méjico á Cadiz, y el dia mismo en que los cumplí me entregó á un hombre vestido con el trage de los ermitaños de Córdoba cuyo nombre es Pablo; y dígote que es porque aquel hombre vive aun, sin señales ostensibles de haber en tantos años envejecido.

«Por él fuí conducido á un valle de la Sierra Morena, cercado de altísimas montañas que formando una impenetrable barrera, lo separan del resto del mundo. Nadie, ó al menos contadísimas personas conocen su existencia: los únicos mortales que lo han pisado somos los Valleignotos y Pablo.

«Allí reside un anciano del mas venerable aspecto que imaginarse puede, con su esposa digna de él en todo: la agricultura es su ocupacion, las prácticas religiosas su recreo; la vida de entrambos, juntamente con Pablo que pasa en el valle la mayor parte del año, es, para que me comprendas, la misma que segun la Biblia hicieron los primeros patriarcas.

«Apenas me atrevo á decirte mas: prefiero que, si á verlos llegases oigas de su boca lo que en la mia acaso te pareciera locura. En todo caso á esta acompañan en un pliego los papeles reservados de nuestra familia que te enterarán de lo que en la materia puedes saber sin ir tú misma al valle.

«Yo pasé en él un año: la monotonía, la laboriosidad, el ascetismo de aquel régimen de vida se me hicieron insoportables al mes: pero hube de completar mi noviciado, al cabo del cual declaré resueltamente, como en sus tiempos lo hicieron mi padre y abuelos que no podia ser feliz en aquel desierto y que preferia los azares del siglo á tan limitada existencia.

«El Patriarca Simon, que así llamábamos al anciano, Marta su esposa, y Pablo, ermitaño en el mundo, siervo en el valle, lloraron tan amargamente al oir mi determinacion, como si en la tumba me vieran: pero, insensible á sus lágrimas, exijí que en el momento me sacaran de aquel desierto, y por no dilatar mi partida juré solemnemente por Dios y por mi honra, por el eterno descanso del alma de mis antepasados y por la felicidad de mis sucesores, que en caso de tenerlos avisaria el dia de su nacimiento á Pablo por medio de nuestro agente en Cadiz, y al cumplir los siete años se los entregaria al mismo ermitaño. Quiso el Patriarca que fuera á los siete y no á los quince años la entrega, esperando que un niño de tan corta edad se acomodaria facilmente á la vida del valle.

«Tú sabes Laura, que de mi union con tu excelente madre sola tú me quedaste cuando ella me faltó: en cumplimiento de mis votos regresé á España cuando ibas á cumplir el sétimo año de tu vida: vino Pablo á buscarte: no tuve valor para separarme de tí; falté á mi juramento; y acaso te haya hecho infeliz para siempre. No lo quiera el cielo.

«Las culpas del padre, sin embargo, no recaerán sobre la hija; y yo espero que, si tanta es tu desdicha que en ninguna parte hallas reposo, no te cerrará sus brazos el Patriarca del valle. Siempre que de él quieras salir, pasado el primer año, te será lícito hacerlo: nada arriesgas por consiguiente en la prueba; y acaso, mas feliz que yo, aciertes á convenirte con aquel sosiego, tanto mas profundo cuanto mas monótono.»

Terminaba don Simon su carta con hacer mencion del pliego depositado en poder de don Justo, y explicar que bastaba ponerlo en manos del obispo de Córdoba, para que, por conducto de Pablo llegase á poder del Patriarca.

Si en la imaginacion de una muger tal como á Laura hemos procurado describir, produciria honda impresion la última parte del escrito de su padre, no hay para qué decirlo: menester era mucha insensibilidad ó un grado de escepticismo ageno de la índole de la hermosa mejicana, para permanecer impasible con tal lectura. Apresurose pues á abrir el segundo pliego, y hallando en él con documentos de fechas recientes unas, remotas otras, pero cronológicamente coordinadas por don Simon, no solo confirmado el relato de este, sino demostrada la existencia del Patriarca durante una série no interrumpida de cuatro á cinco siglos, creyose de repente trasladada á uno de los fabulosos paises de que hablan las Mil y una noches.

A la verdad la despreocupacion en que se habia educado, inspirábale grandes dudas en cuanto á la realidad de los hechos, aunque por veneracion á sus antepasados no se atreviese á negar la veracidad de sus testimonios. Aquel Patriarca, en vez de ser uno mismo durante siglos, ¿no podia explicarse por una sucesion constante de padre á hijo en idéntico género de vida? Esa hipótesis, entraba indudablemente en la categoría de los hechos extraordinarios, mas al cabo no en la de lo maravilloso, y por tanto fué en la que se fijó de preferencia la razon de Laura: pero su corazon daba, á pesar suyo, entero crédito á la que podemos llamar leyenda de familia. Nuestra heroina era por circunstancia ignorante en la religion, no irreligiosa: en lo íntimo de su alma, aunque incrédula á los misterios de la fé, tributaba culto al autor de todas las cosas, confesaba su omnipotencia; y eso era bastante para que no negase absolutamente el prodigio que la preocupaba.

De todas maneras su contrariado amor al Coronel Ribera, su repugnancia á Mendoza, y la indiferencia de Leoncio, la hacian desear, por algun tiempo al menos, el retiro; y asi fué como se decidió á escribir á don Justo primero, y á salir despues de Granada, cuando este fué á buscarla con una carta del Patriarca concebida en estos términos:

✠ «Los brazos del buen pastor están siempre abiertos para la oveja descarriada: los del padre amoroso para el hijo pródigo ¿cómo no han de estarlo los mios para la inocente víctima de los extravíos de su padre? Ven, hija mia, ven: asi el Señor haya acogido tan amorosamente al autor de tus dias, como á ti te acogerá.—Simon, siervo de Dios».

A su llegada á Córdoba, siendo la media noche, presentose Pablo en su posada y dijo:

—«En el nombre de Dios, sígueme María.» Vaciló Laura, pues aunque aquel era el primer nombre que en la pila del bautismo la habian puesto, nunca hasta entonces persona alguna la llamó por él.

—¿Dudas? preguntó el ermitaño: yo soy Pablo, siervo del Patriarca Simon: en su nombre vengo á buscarte».

—«Vamos, replicó Laurá, siguiendo resueltamente á su guia; vamos al valle.»

Sin que ni uno ni otro profiriesen una sola palabra ascendieron á la cumbre de la sierra en cuya cima están situadas las ermitas, donde á la sazon reposaban ya los ermitaños, despues de los egercicios de la hora de maitines. Sin embargo, Pablo condujo á Laura á la Iglesia y llevándola hasta encima de la losa que cubria las cenizas de don Simon, dijo:

—María: aquí reposan los restos mortales de tu padre, oremos por él.

Postrose, en efecto, la hermana de Leoncio bañada en llanto, y durante mas de un cuarto de hora estuvo abismada en su pena. Pablo oraba vecino á ella con fervor mas sin ternura; y jamás contraste fué tan notable como el que ofrecian á la vista aquellas dos figuras en todo y por todo, no solo desemejantes, sino heterogéneas.

Toda la femenil belleza de la muger, todos los refinamientos de la civilizacion, todos los delicados matices de la sensibilidad, se compendiaban por decirlo así en Laura, que abrumada entonces por los recuerdos y los presentimientos, sencillamente vestida de negro y echado á la espalda un velo del mismo color que cubria su cabeza, fuera el mejor modelo imaginable para pintar la afliccion mas profunda.

Por el contrario en Pablo se personalizaban la rudeza de la sociedad infante, y el estoicismo cristiano de un alma ruda pero creyente.

En fin salieron de la Iglesia; levantaron una trampa en el pavimento de la celda de Pablo, que antes trocó su trage de ermitaño en el de siervo; y siguiendo una escabrosa mina por la naturaleza practicada en las entrañas de la tierra, bajaron penosamente al valle ignorado.

Cómo fué Laura recibida, hémoselo dicho á los lectores en el prólogo de esta novela.

CAPITULO II.

Brillantes pesquisas.

En Marsella, donde órdenes del Gobierno y diversos preparativos para su político viage, le entretuvieron algunos dias mas de lo que calculaba, recibió Leoncio de Montefiorito carta de su hermana anun-

ciándole que exigiendo el estado de salud y el de su espíritu algun tiempo de absoluto retiro, habia escogido un asilo seguro, y resuelto trasladarse á él inmediatamente. Durante el tiempo de aquella ausencia quedaba Leoncio dueño absoluto de la mitad de todas las rentas de Laura, pues del resto habia dispuesto ella de acuerdo con don Justo, para bien de los pobres, sustentacion de su casa en Granada con Manuela al frente, y adquisicion de algunas propiedades. Como la totalidad de los bienes conyugales pertenecia en realidad á su hermana, racionalmente no podia quejarse de aquella disposicion Leoncio: mas chocóle, sin embargo, que por vez primera tratase Laura de asuntos de intereses, habiéndolos hasta entonces mirado con las mas completa indiferencia. La verdad era que don Justo, mirando con la misma solicitud que si fueran cosas propias, todas las de la familia de Valleignoto, y muy al corriente de la disipacion y vicios de Leoncio, vicios entre los cuales se contaba la funesta pasion del juego, se creyó obligado en conciencia á abrirle los ojos á su cliente, y lo hizo con la lisura y franqueza que él acostumbraba á usar en todos sus negocios. Laura, pues, no pudo mirar con indiferencia que las riquezas de su difunto padre, en vez de emplearse en bien de la humanidad en general, y lustre de su patria en particular, fueran á parar á manos de corrompidas rameras y asquerosos tahures; y como, á mayor, abundamiento sabia por la cartera de don Angel que este y Mendoza destinaban su dinero á promover y realizar sus constantes revolucionarios planes, dió oidos á los cuerdos consejos del Procurador, y antes de salir de Granada dispuso las cosas de manera que Leoncio, no pudiese durante su retiro, ni disponer del capital, ni de una suma superior á la mitad de sus rentas, con la cual quedaba todavía siendo uno de los hombres mas ricos de España.

Pero Monteflorito, no teniendo la clave de aquel misterio, ni acertando tampoco á comprender como Laura no le revelaba el lugar de su retiro, entró en gravísimos recelos de que durante su ausencia hubiese algun amante sorprendido el corazon de su hermana. Guardó empero, cuidadosamente dentro de su corazon aquella sospecha, que como un acero envenenado se lo traspasaba, y limitose á escribir á don Justo, preguntándole cual era el punto en que Laura residia pues ella, por *involuntario olvido sin duda* no se lo habia dicho. El buen Procurador contestó que tenia órden de no revelar lo que se le preguntaba, pero que daria conocimiento del deseo del señor don Leoncio, á la persona interesada: respuesta como se vé muy poco satisfactoria, y que Leoncio recibió ya en el curso de su viage por Italia.

Hablaremos luego de ese, pues ahora justo es tratar del capitan don Pedro de Mendoza, quien, conseguido por medio de don Angel cuanto quiso de Monteflorito, y verificada una completa metamorfosis en su persona, emprendió su marcha á Bayona, y pasando de allí á Irun, penetró en España por segunda vez despues de su emigracion.

Mucha audacia fué necesario para arriesgarse á tanto, pero, prescindiendo del carácter excepcional de Mendoza, debe tomarse en cuenta que le animaban á la vez dos pasiones, la ambicion y el amor,

cada una de las cuales basta por sí sola á precipitar á los hombres en las mas temerarias aventuras aun sin que se les añada el ir juntas y obrando de consuno en un espíritu de los mas atrevidos que el criador ha formado.

La ambicion, sí; porque si don Pedro desdeñaba las distinciones aristocráticas, si nunca deseó altos empleos, fué porque aquellas y estos eran á sus ojos instituciones caducas, honores efímeros. Por lo demás, dirigir los destinos de una gran nacion, sin mas títulos que la superioridad de su inteligencia, la actividad de su espíritu, el valor de su pecho y la fuerza de su brazo; manejar las masas populares por medio de su palabra elocuente como Neptuno excita ó aplaca las ondas furiosas con el tridente; combinar, en fin, en su persona la popularidad de los Gracos, la reputacion de Cincinato, y el poder de Cesar, esa fué siempre la quimera, la ilusion, el deseo, el móvil de todas las acciones del capitan revolucionario.

Por lo que al amor respecta, Laura le habia inspirado una pasion tan honda, sincera y vehemente como su índole y carácter lo consentian: pasion egoista de esas que buscan no la felicidad del objeto amado, sino la satisfaccion del propio deseo, y que sobre excitada por los celos, y con los obstáculos irritada, pasó á ser una idea fija en aquel cerebro á prueba de todas las influencias imaginables.

Sin embargo, el cálculo estaba por decirlo asi encarnado en Mendoza: su amor no le hizo olvidar la necesidad de tomar exquisitas precauciones, y gracias á los adelantos de la química aplicada á las artes pudo tomarlas y las tomó tales que dificilmente le conociera su propia madre, viéndole como estaba al pisar aquella vez la frontera española.

En efecto, el cabello, cejas, barba y bigotes que la naturaleza hizo castaños, un peluquero marsellés los convirtió en negros como el ébano, con perfeccion tan extraordinaria que no era fácil descubrir el artificio. El capitan que hasta entonces usara constante y esclusivamente el bigote cortóselo y dejo crecer corridas patilla y barba, y con un gran lunar que se añadió en la mejilla izquierda, la transformacion fué completísima. Quince dias duraba el tinte en buen estado; la receta y los ingredientes necesarios para renovarlo, acompañaban siempre á Mendoza. Un pasaporte dado por el cónsul de Marsella al Italiano don Leone de Romagna, una secreta credencial de Leoncio en nombre del Rey Fernando VII, cartas de don Angel ostensibles para los realistas y apostólicos mas furibundos, secretas para los conspiradores liberales; y en fin, abundancia de fondos en metálico y en letras de cambio, completaban las precauciones que en lo posible aseguraban de todo riesgo á nuestro capitan.

No se detuvo este en el pais vasco: aquellas provincias no eran terreno á proposito para sus trabajos revolucionarios, porque de tiempo inmemorial gobernadas por sí mismas, sus leyes y sus costumbres llegaron á confundirse, y cualquier trastorno en aquellas naturalmente habia de ser impopular pues que las últimas contrariaba. Por otra parte la nivelacion absoluta, sueño de los liberales en aquella época aun ciegos sectarios de las teorias francesas, significa-

ba para los vascongados nada menos que la pérdida de sus fueros, la introduccion en su territorio de las aduanas, el papel sellado, y las quintas; y fuera delirio pedirles que conspirasen á cargarse ellos de cadenas para que el resto de la península aliviase mas ó menos el peso de las suyas. Por último, la autoridad real en la porcion del norte de España á que aludimos, nunca quiso ó pudo hacer sentir sus excesos; y allí, en consecuencia, el sentimiento monárquico, se conservaba, como acaso se conserva hoy todavía, mas puro y acendrado que en ninguna otra provincia.

Tampoco la pacífica, obediente, leal y sesuda Castilla la Vieja estaba dispuesta convenientemente, para los fines de Mendoza, la influencia del clero y la natural apatía del pueblo, dificultaran cualquier movimiento revolucionario, aun cuando las ideas liberales tuvieran allí gran crédito; y lejos de ser así eran contadísimos los partidarios de la reforma y no muy populares por cierto.

Sin embargo, en Burgos viose con algunos milicianos nacionales á quienes encontró mas que dispuestos á conformarse con su plan de expectativa hasta que en Francia se diese la señal de alarma.

De allí prosiguió á Madrid, donde por una parte hubo de presentarse á los Gefes de la Policía, porque aparecia, como sabemos, en calidad de agente de Montellorito; y por otra de entenderse con todos aquellos que tan misteriosa como inútilmente conspiraban contra el Gobierno.

De los primeros fué bien recibido: de los segundos obtuvo dos distintas acogidas, entusiasta por parte de los prudentes, fría por la de los impetuosos, entre los cuales se contaba el jóven poeta Eduardo de la Flor, á quien presentamos en escena ya en el primer libro de nuestro relato.

Pero Mendoza que habia previsto, por haberlas otras muchas veces experimentado, todas las dificultades que el impaciente ardor de los jóvenes, habia de oponer á sus sensatos proyectos, dejolos primero exhalar su bilis sin contradecirles, aparentó luego vacilar en su propósito, y trayéndolos por ese medio á sosegada y detenida discusion, fuéles sucesivamente demostrando hasta la evidencia lo absurdo de unos de sus planes, lo irrealizable de otros, lo temerario de este y lo ridículo de aquel, hasta obligarlos á confesar ellos mismos que solamente lo propuesto por el capitan era razonable y hacedero.

Tranquilo, pues, en lo relativo á la capital de la monarquía, trasladose á Granada, pretextando con el Gobierno la necesidad de averiguar el paradero del resto de los papeles de la conjuracion Italiana y denunciándole al mismo tiempo á dos ó tres incorregibles liberales que á pesar de todos sus raciocinios se obstinaban en precipitar los sucesos y comprometer el éxito de la empresa.

Así Mendoza se desembarazaba de incómodos adversarios, asegurando al mismo tiempo mas y mas su persona; porqué ¿Cómo habia de recelar cosa alguna la policía realista de quien era delator de liberales?

La inmoralidad del hecho es tal y tan patente, que nos parece supérfluo detenernos siguiera á condenarlo.

En Granada estaba harto reciente la memoria de los desdichados á quienes don Angel sacrificó inhumanamente para que los vencidos no acogiesen bien los consejos de prudencia del amante de Laura; y la noticia de haber esta súbitamente desaparecido de la ciudad era tan pública, que á los dos dias de su llegada súpola Mendoza con tanta sorpresa como disgusto.

Decian unos que complicada en el asunto de la Logia, habia Laura huido con el único de los presos que se salvó de aquella catástrofe, es decir, con don Angel, á quien él, ó los inventores de tal fábula, hicieron amante de la hermosa Mejicana. Lo absurdo de tal rumor Mendoza lo sabia mejor que nadie, por lo cual se inclinó á dar crédito á otra version del suceso, no menos falsa y gratuita, pero no menos acreditada tampoco que la anterior. Segun la última, la esposa de Leoncio que, *como era público*, tenia amorosas relaciones con el coronel de caballeria don Luis de Ribera, no pudiendo resignarse á vivir de él apartada, habíase marchado en su seguimiento, y estaba de oculto en Algeciras, donde aseguraban algunas personas haberla encontrado por la noche en las calles, del brazo de su amante. El esposo ofendido, añadian, apenas supo tan funesta noticia, desapareció de la corte, ignorándose absolutamente su paradero, aunque era de presumir que estuviera en persecucion de los culpables.

A la verdad todo lo relativo á Leoncio, sabia Mendoza que era absolutamente falso: mas la primera parte del cuento referido tenia y debia tener á sus ojos grandes visos de probabilidad; porque, en efecto, constábale que Laura se enamoró en Paris de Ribera, y sabia por don Angel que el coronel la galantcaba en Granada. Nada mas fácil que el haberse puesto de acuerdo, nada mas natural en el vehemente apasionado carácter de la hermana de Leoncio, viéndose por este abandonada, que echarse en brazos del objeto de su cariño. Como para Mendoza la conveniencia personal y la utilidad del momento eran las esclusivas bases de la moral, no acertaba á comprender que amante y amada, se inmolase Laura á sus deberes sociales; y no siéndole posible sospechar si quiera la causa y lugar ciertos de su retiro, segun los cálculos de la humanidad depravada, su juicio era realmente atinado.

No necesitamos decir que una vez fijo en esa idea, resolvióse á salir inmediatamente de Granada para Algeciras como lo verificó, declarando á la policía que los papeles, pretexto de su viage, no se encontraban ya en aquella ciudad y que le era preciso para adquirir noticias de ellos aproximarse á Gibraltar.

Ribera, en el Campo de San Roque de guarnicion entonces, estaba muy lejos de sospechar que hubiese quien le acusase de raptor de la muger cuya ingratitud y ausencia deploraba, aunque en realidad ya tenia perdida la esperanza de volver á encontrarla, así como la de que el cielo fuese nunca propicio á sus votos.

Así recibió con indiferencia la órden que se le dió, ocho dias antes del arribo de Mendoza á Algeciras, para trasladarse á Madrid de guarnicion con su regimiento; porque ni allí ni en parte alguna esta-

ba para su corazon la felicidad, imposible á su entender sin el amor de Laura.

Pintar la ira del supuesto Leone di Romagna cuando, al llegar al campo, supo que la persona á quien buscaba habia tres dias antes emprendido su marcha á la corte, fuera obra larga, porque todas las furias del averno se apoderaron del alma de Mendoza, incapaz de soportar resignado las pequeñas contradicciones de la suerte, aunque inalterable en los grandes reveses.

De buena gana echára él tambien á andar á Madrid, pero prescindiendo de que fuera comprometerse con el Gobierno el abandonar entonces, sin razon aparente, el territorio andaluz, su presencia en él, y singularmente en la region litoral, era indispensable sopena de arriesgar el éxito de todas sus anteriores combinaciones, y perder el fruto de tan largos cuanto penosos sacrificios.

No era, ademas Mendoza un amante á lo Marco Antonio, ni perdiera la batalla de Accio por todas las Cleopatras habidas y por haber. A mayor abundamiento, que Laura estuviese en poder de Ribera, podia ser probable, mas nada tenia de seguro.

Resignóse, pues, no sin ira profunda, no sin prometerse á sí mismo compensarse en tiempo oportuno aquel sacrificio; pero resignóse á dejar á su rival, si es que lo estaba, en tranquila posesion del objeto amado; y haciendo un esfuerzo de los que él acostumbraba, impuso silencio á la pasion, obligó al entendimiento á dedicarse exclusivamente al desarrollo de sus planes políticos.

La fuerza de su voluntad lo consiguió tan completamente que, al verle de continuo aferrado en su negocio, nadie sospechara que en el corazon ocultaba un amor desesperado, que en la mente tenia siempre fija la imagen de Laura.

Despues de un viage á la Plaza, como por aquella tierra se llama á Gibraltar, y de ponerse allí de acuerdo con la junta de emigrados, regresó Mendoza á Algeciras; y visto que, si bien no faltaban en la guarnicion del campo oficiales del antiguo disuelto ejército constitucional, en el fondo de sus almas liberales, unos por desengaño, por lealtad muchos, y el resto por conviccion de su impotencia, ninguno estaba en ánimo de prestarse directa ni indirectamente á entrar en la conspiracion, aun con ser esta por entonces espectante; embarcóse para Málaga, donde era considerable el número de sus adeptos, y harto propensos los mas á lanzarse en las vias revolucionarias.

Advirtamos aquí, de una vez para siempre, que á todos sus viages servia de pretexto la averiguacion del paradero de los papeles de la conjuracion italiana, y que reducido en fuerza de las circunstancias el capitan á desempeñar entonces el papel secundario propio y peculiar de su amigo don Angel, dió en él inequívocas muestras de ser en la práctica no menos hábil, que en la teoría del doble espionage.

La policía realista fué para él no un embarazo, sino por el contrario un poderoso auxiliar, no solo en cuanto protegia sus continuos misteriosos viages, tomándose ella misma el trabajo de inventar muchas veces motivos que á los ojos del público los justificasen,

no solo tampoco porque le suministrabá fondos para atender á los consiguientes gastos sin perjuicio de su peculio, sino por hacerlo el importantísimo servicio de quitar de su camino á los díscolos, reduciéndolos á prision apenas Mendoza pronunciaba sus nombres. En medio de todo, de este pueblo salia desterrado, en el otro le obligaban á presentarse diariamente á la autoridad local; aquí se le prendia y allá se le multaba: no era por consiguiente posible ni sospechar siquiera su connivencia con los perseguidores; y el partido liberal, no menos engañado que el apostólico, era dócil instrumento de la voluntad enérgica de la inflexible dureza de Mendoza.

Presas unas personas, desterradas otras por sus denuncias en Málaga, y reducidas las restantes á su querer en fuerza de persuasiones; como le quedasen algunas dudas en el alma relativamente á la desaparicion de Laura, encaminóse á Granada, resuelto á no fiarse ya de la voz pública, sino por el contrario, á averiguar por si mismo cuanto fuese en el caso averiguable.

Lo primero que supo naturalmente fué que la hermana de Leoncio no habia levantado su casa, y que al frente de ella se encontraba nuestra buena amiga Manuela, de quien el público granadino no tenia la mas aventajada idea que digamos.

«Esa muger, pensó Mendoza, puesto que ha sido ya confidente de unos amores (los supuestos con Ribera) no se negará ahora á servir el mio.»

Bueno era el argumento, si por su base no flaqueara de dos modos esenciales, tanto porque lo que Mendoza entendia por amores nunca medió entre Laura y el coronel; tanto porque Manuela, confidente como amiga, no era muger de prestarse á serlo por interés, menos aun de vender los secretos de su señorita, dado que en aquel caso lo supiera; siendo lo cierto que ignoraba como Mendoza y como todo el mundo, á excepcion de don Justo, su paradero.

Mal recibido, pues, por la fidelísima viuda del Sargento, y sobornados en vano algunos criados que nada pudieron decirle, porque nada sabian tampoco, ya casi desesperaba Mendoza de adquirir dato alguno en la materia, cuando se le ocurrió compulsar los registros de la policía, sin mas objeto á la verdad que averiguar el dia fijo de la partida de Laura; y halló antes una nota que decia—Entradas: don Justo Herrero, Procurador de número de Cadiz, procedente en último lugar de Córdoba.—A diligencias propias. Se hospeda en casa de don Leoncio de Montefiorito.» Poco despues constaba la salida de Laura de la ciudad con pasaporte para Córdoba, y en la misma fecha la de don Justo con direccion á Cadiz.

Para persona tan habituada al cálculo como Mendoza lo era, resultaba con evidencia de aquellos datos que entre el viage de Laura y el de don Justo habia relacion íntima, dependiendo por decirlo asi, el uno del otro. La cuestion, en consecuencia, reducíase á elegir entre Córdoba y Cadiz: pero el capitan se determinó sin vacilar á partir al último punto, donde estaba seguro de encontrar á una de las personas que buscaba, mientras que en el otro era harto problemático que á nadie hallase.

Aquel nuevo viage, fué sin embargo, tan infructuoso como los anteriores; porque don Justo se negó rotundamente, no solo á descubrir el asilo de Laura, sino hasta á entrar en materia con una persona para él completamente desconocida. Espiarle los pasos no fué de ningun provecho: denunciarle á la policía por sospechoso y hacer que se le interceptára la correspondencia en el correo de nada sirvió tampoco; y en resúmen nunca secreto fué mejor guardado que el de la hermana de Leoncio.

En tal estado, cualquiera renunciára á la empresa: no así Mendoza que, amor á parte, solo por obstinacion fuera ya capaz de consagrar su vida entera á una empresa que le ofrecia el atractivo, para él irresistible, de una dificultad suma, de unos obstáculos tanto mas formidables cuanto menos conocidos.

Arreglando, pues, su plan de operaciones, á lo que en su entender exigian las circunstancias, dijo de oficio á los agentes del gobierno que los documentos de la conjuracion italiana que se buscaban, segun revelacion de un emigrado, en Gibraltar, existian en poder de la esposa de don Leoncio de Montefiorito, la cual, poco tiempo despues del descubrimiento de la logia desapareció de Granada, saliendo con direccion á Córdoba. Semejante calumniosa delacion hizo de gobierno un negocio hasta entonces puramente personal de Mendoza: don Justo, Manuela y los demas criados de Laura fueron presos; practicóse una pesquisa judicial en la ciudad de Granada; y á Mendoza se le mandó trasladarse á Córdoba, con plenas facultades para hacer y deshacer cuanto á la averiguacion del paradero de la hermosa mejicana le pareciese conducente. Al mismo tiempo se mandó de Real órden á Leoncio que dijese cuanto en el particular supiera.

Los resultados no correspondieron por el momento á tan eficaces medidas, sino en cuanto determinaron con evidencia el punto en que Laura desapareció.

Don Justo declaró que su cliente le habia escrito mandándole llevar un pliego cerrado al Illmo. señor obispo de Córdoba; que así lo hizo, y recibida, tambien en pliego cerrado, la respuesta del reverendo en Cristo, llevóla á Granada como era de su obligacion; que ignoraba el contenido de ambas misivas; y por último que Laura solo le dijo que se iba á Córdoba, sin expresar la razon el objeto de aquel viage.

Manuela y los criados juraban con verdad que de todo estaban ignorantes; y la pesquisa judicial dió por único dato saber, por el calesero, la posada de Córdoba en que Laura fué á parar. En esta última ciudad la posadera declaró que, en efecto, una señora de las señas que se decia, paró en su casa, cierto dia desde la mañana á la media noche, hora en que pagado el gasto, salió en compañia de un ermitaño, sin que desde entonces volviera á saberse de ella.

Mendoza al llegar á tal punto en sus averiguaciones pudiera muy bien exclamar con don Quijote: «Con la Iglesia hemos dado, Sancho.» Es decir, con la barrera ante la cual, la misma policía de Fernando VII tenia que humillar su cabeza, y cesar en sus pesquisas.

Acudieron pues al Rey, por medio del ministerio de Gracia y

Justicia, los encargados de aquella averiguacion, y el ministro á su vez al Prelado de Córdoba, rogándole en nombre de S. M. se sirviese decir lo que en el particular supiera. Mas S. I. se limitó á responder que con la persona de que se trataba no habia tenido mas relaciones que sacramentales, y que por consiguiente le era imposible hablar ni escribir relativamente al negocio. «Pero, (concluia), en Dios y en mi conciencia creo inocentes á todas las personas en este momento encausadas ó perseguidas por el negocio, en cuestion, y debo hacerlo asi presente al Rey N. S. cuya vida etc., etc.»

En consecuencia fueron puestos en libertad los presos y la policía abandonó el negocio hasta mejor ocasion, previniendo, sin embargo á Mendoza, que por su parte practicase las diligencias que le parecieran oportunas, sin perjuicio de atender, como hasta entonces, á la persecucion de los liberales españoles.

Por su parte Leoncio recibió con tanto sentimiento como sorpresa, estando en Nápoles, la comunicacion del Gobierno en que se le pedian esplicaciones sobre la desaparicion de su esposa, pues se veia en la dura alternativa de confesar que ignoraba su paradero, ó de parecer cómplice de una causa de Estado. En tal apuro acudió á don Angel, con quien nunca de la materia hablára hasta entonces, y que ya informado de lo que pasaba por su amigo, hízose no obstante de nuevas con gran naturalidad, segun su costumbre.

—¿Qué he de hacer? le preguntaba Leoncio.

—Difícil es la respuesta, replicaba él benévolo: pero diga vd. que nada sabe.

—No me creerán.

—Es probable: pero el hecho no deja de ser cierto.

—Cierto ó falso, me pierdo sino explico mi ignorancia.

—Una explicacion se me ocurre.

—Diga vd.

—Durilla es, pero al cabo....

—¡Por Dios! ¡que me tiene vd. en brasas!

—Supongamos, que no lo creo, pero en fin supongamos, que un cierto coronel llamado don Luis de Ribera....

—¿Le conoce vd.?

—Mucho: estaba últimamente de guarnicion en Granada.

—¡Ultimamente!

—Pues; mientras vd. en Madrid.

—¿Y visitaba mi casa?

—No señor, visitarla no: pasear la calle ya es otra cosa.

—¿Con que la paseaba?

—No mucho: diez ó doce veces al dia.

—¡Ay! ¡ay!

—Y seguir siempre á la señora lo mismo que un faldero: casualidad seria sin duda.

—Si, casualidad: pero en fin la explicacion....

—Pues á eso voy; supongamos, decia, que el coronel galantease á la señora....

—¡Don Angel!

—Señor mio, esto es suponer; pero si vd. se incomoda, servidor; allá se las haya.

—No, no; prosiga vd.

—Prosigo: si el coronel hubiese galanteado á la señora, y si la señora, vamos al decir, escuchado al coronel.

—Pero, don Angel.

—¿Tiene vd. que mandarme alguna cosa?

—No se vaya vd., no se vaya.

—Ya me quedo.

—¡Pero no dice v. nada!

—¿Y qué quiere vd. que diga? Mi plan no le acomoda á vd.: callo y aguardo.

—No digo, yo eso; concluya vd., que le escucho.

—En hora buena; si el coronel y su señora de vd. fuesen amantes, y se hubieran ido juntos, no parece probable que le avisáran á vd. donde pensaban establecerse.

—Pero si eso escribo, me declaro yo mismo....

—¡Bah! Preocupaciones: vd. y yo conocemos un millon de maridos á quienes acontece ese percance, y no por ello dejan de hacer figura en el mundo.

—Y á demas, deshonro á Laura sin tener datos.

—Mire vd., señor don Leoncio, en punto á datos, francamente, para presumir, nada mas que presumir que es vd. uno de tantos, me parece que no le faltan...

—¡Señor don Angel!

—Yo siento que vd. se alborote, y siento mas que se haya tocado esta conversacion, porque soy enemigo de indisponer las familias; pero la verdad es antes que todo. ¿Un hombre como vd., de talento, de mundo, corrido, en fin, puede creer de buena fé que una muger, jóven, bonita, rica, abandonada por su marido, y festejada por un militar jóven, de alta graduacion y relevantes prendas, se retira voluntariamente del mundo para encerrarse en un convento? Si así fuera por qué tanto misterio? La señora sabe muy bien que vd. no habia de oponerse á tan santa determinacion.

—Lo peor es que no sé contestar á ese argumento.

—Lo peor es que vd. dándole importancia á lo que no la tiene, quiere ahora comprometer su posicion política en gracia de escrúpulos que no son de la época, ó por respetos á una fama de que la interesada misma cuida tan poco como los hechos lo acreditan.

—Con que vd. cree que debo decir al Gobierno....

—Que la señora se ha ido con su amante el coronel Ribera, y que vd., sacrificándose á los intereses del Real servicio, ha desatendido sus propios negocios por acudir á donde el deber le llamaba. De esa manera este incidente en vez de comprometer á vd. le ensalza; y luego Dios dirá.»

El débil, el miserable Leoncio, siguió tan infame consejo, deshonrando él mismo á la muger que llevaba su nombre por no incurrir en el enojo del Gobierno. Tales son los efectos de la ambicion en las almas mezquinas.

Don Angel se habia propuesto al aconsejarle, primero hacerle daño al mismo Leoncio á quien ni él ni Mendoza perdonaban su perfidia de Paris; segundo, conservarle en una posicion que á los proyectos de ambos amigos convenia; tercero perjudicar al coronel Ribera haciéndole sospechoso; cuarto, en fin, hacer completo el descrédito de Laura, para que si algun dia llegaba á parecer no tuviese mas amparo que los brazos del capitan revolucionario.

El primero y segundo extremo consiguiólo sin dificultad; por lo que al postrero respecta en el transcurso de nuestra relacion verán los lectores el resultado; y en lo relativo al coronel Ribera vamos á referir en pocas palabras lo que le aconteció.

Llamóle el Ministro de la Guerra á su despacho; y despues de un exórdio en alabanza justa del jóven coronel, que era en efecto uno de los mas distinguidos del ejército español perfectamente organizado entonces, le dijo:

«Pero, señor mio, no le basta al Rey que sus oficiales tengan todas las dotes que en vd. me complazco reconocer; quiere S. M que ademas sean irreprensibles en su moralidad.

—No sé, mi General, respondió Ribera con respetuosa firmeza. No sé que motivo he dado para que se dude de la mia.

—Examine vd. la conciencia.

—Repito á V. E. que de nada me acusa.

—Sin embargo, en Granada....

—En Granada, mi General, como en todas partes he cumplido con mis obligaciones de gefe....

—¿Pero no tuvo vd. allí amores ningunos?

—V. E. me permitirá que le observe que si en asuntos del servicio estoy pronto á responder á cuanto tenga á bien preguntarme, en lo que respecta á los mios particulares no puedo, no debo hacerlo.

—¡Señor coronel! ¿Olvida V. S. que habla con el ministro de la Guerra?

—Excmo. señor, lo tengo muy presente.

—Respóndame V. S. pues, categóricamente. ¿Tuvo ó no amores en Granada?

—Mi confesor solo tiene derecho á hacerme esa pregunta.

—Responda vd. y no se obstine, sino quiere perderse. Sepa vd. que se le acusa de un rapto.

—Se me calumnia.

—¿Puede vd. probarlo?

—¿Puede V. E. ni nadie en el orbe probarme lo contrario? Mientras asi no sea estaré tranquilo.

—Pero en fin, el hecho es que una señora á quien vd. galanteaba desapareció de Granada, casi al mismo tiempo que vd. salió de allí para el Campo de San Roque. Hablemos como amigos, Ribera; aprecio á vd. porque sé lo que vale, y lejos de querer perjudicarle, daria cualquier cosa por deshacer este nublado. Aquí está la propuesta que iba á presentar á S. M. para darle á vd. el grado de brigadier: pero este maldito incidente lo ha trastornado todo. Con que veamos.

¿Qué hay en esto? Dígaselo vd. al amigo, al caballero, no al ministro.

—Pues bien, mi General, es cierto que yo estaba enamorado en Granada de una señora principal: pero tambien que ella no dió oidos nunca á mis ruegos.

—Mal gusto tiene.

—Mil gracias, mi General, pero en fin el hecho es que me desairó, que cuando el regimiento salió de Granada hacia mas de un mes que ni la veia siquiera.

—¿Tenia vd. algun rival?

—No lo sé.

—¿Ha tenido vd. noticia de su desaparicion?

—Si señor: una persona de Granada, que ignora mi amor, me escribió contándomelo entre otras habilillas del pueblo

—¿Y no sospecha vd. á donde ni con quien se haya marchado?

—Ni remotamente.

—¡Es singular!

—¿Por qué, mi General?

—Porque nadie habla de ningun otro amante de esa señora mas que de vd., porque la policía le designa á vd. constantemente como autor presunto del rapto; y porque el marido mismo acaba de escribirlo al Rey.

—¡Es posible! ¡el marido!

—Si, amigo, el marido se confiesa y llanamente, comprendido en el número de innumerables, y atribuye á vd. su desgracia.

—¡Miserable!

—¿Y qué le digo yo al Rey, que ha tomado este asunto con gran calor?

—Que si he tenido la desgracia de que S. M. preste oidos á esa calumnia, no solo resigno en este momento el mando del regimiento que se ha dignado confiarme, sino que puesto á sus pies, suplico que se me sujete inmediatamente á juicio.

—Se lo diré así.... Pero no: mejor será..... ¡Mi coche! Venga vd. conmigo á Palacio, y lo mejor es que vd mismo hable con S. M.»

La conducta del ministro acredita, sin que nosotros lo encarezcamos, cual era la opinion de que nuestro coronel gozaba con sus gefes, y hasta con el Monarca mismo, quien se dignó escucharle, y sino enteramente convencido, manifestóse al menos desenojado con sus explicaciones. Sin embargo el grado de brigadier se aguó por entonces.

¿Qué hacia Mendoza entre tanto? No dándose por vencido, aferrarse mas que nunca en su propósito de inquirir el paradero de Laura siquiera la escondiese la tierra en sus mas hondos y recónditos senos.

CAPITULO III.

El diablo ermitaño.

Nada de cuanto en el mundo ocurria llegaba á los oidos de los pacíficos cenobitas de Córdoba, menos aun á noticia de los moradores del Valle ignorado.

La presencia de Laura en el último lo embellecia á los ojos de todos sus habitantes, menos á los suyos propios. Simon procuraba templar la severidad de sus ascéticos principios en obsequio de la frágil hermosura por el cielo á su paternal solicitud encomendada; Marta, hallando en su compañera pábulo al afecto materno siglos hacia sin ejercicio en su corazon, rejuvenecíase por decirlo así; Pablo mismo se mostraba menos rudo, mas locuaz que de costumbre; y en resúmen aquella reducida sociedad, hasta entonces severamente cristiana, silenciosa é impasible, adquirió de Laura cierta tinta de ternura, cierto reflejo de poesía; dejó de ser triste para hacerse melancólica; entró, por decirlo así, algo mas en las condiciones, á la humanidad comunes. Mas con todo eso Laura echaba de menos el mundo: aquella uniformidad monótona, aquel levantarse con el sol para orar, y recogerse al comenzar las tinieblas orando tambien; y pasear ó rezar de continuo; y no oir nunca una voz humana que no fuese pronunciando una sentencia moral ó proclamando un principio del dogma, era tránsito demasiado violento para una persona educada en la mas completa indiferencia por lo que á los principios religiosos respecta.

Deista por instinto, pero al mismo tiempo acostumbrada á regirse exclusivamente por su razon, y á buscar por medio de esta en las causas naturales la explicacion de todos los hechos, claro está que se hallaba en perpétua disonancia con personas que, con fé viva, creian en la revelacion divina y en la flaqueza humana. Como la religion es obra mas del sentimiento que de la razon ó de la voluntad, sobre todo en las personas de imaginacion viva y corazon imprexionable, los argumentos de autoridad, eran con Laura perdidos; y en ese escollo se estrellaron ya en Granada los esfuerzos del Dean, en ese mismo se estrellaban en el Valle los del Patriarca.

Aun si Laura hubiese tenido crímenes de que arrepentirse, flaquezas que corregir, principios viciosos que abjurar, la santidad misma de la moral cristiana quizá la indujera á dar asenso á su parte maravillosa: pero como hasta entonces habia sido en el mundo martir inocente, sin apartarse jamás de las reglas de la virtud, no acertaba á persuadirse de la necesidad de los Dogmas.

El hecho es que cuando, por desgracia, no se han adquirido sólidos principios religiosos durante la infancia, se requiere poco menos que un milagro de la Divina Omnipotencia para hacerse creyente en la edad adulta; y que es tanto mas difícil conseguirlo,

cuanto mayor sea la intensidad del talento, cuanto mas pura la vida del Neófito.

En tal concepto la vida de Laura en el Valle, hubiera sido realmente un suplicio insoportable, sino hallára un objeto en que emplear la exuberante ternura de su corazon, un ser que recibiese sus caricias y se las devolviera, sin pretensiones dogmáticas, por sentimiento, en fin, puramente.

¿Habrán olvidado nuestros lectores un niño de corta edad que de paso mencionamos en el Prólogo?

Ese niño hacia las veces de pastor en el Valle; su edad, aunque se acercaba á los catorce años, parecia mucho mas tierna, por lo endeble de su constitucion física, por la femenil delicadeza de sus facciones, por la argentina suavidad de su voz, y por la timidez de acento, miradas y maneras.

Su rostro tenia la palidez mate del lirio salvage, y su cuello, como el vástago de aquella flor flexible y quebradizo, siempre inclinado sobre el pecho, prestábale un aspecto de humildad que interesaba desde luego. Añádase una cabellera blonda, naturalmente rizada: unos ojos de color azul celeste; húmedos y lánguidos; y un carácter dulce y melancólico, y se comprenderá fácilmente que Laura se sintiera arrastrada hácia el pobre niño por un afecto simpático indefinible.

Por su parte el pastorcillo que no recordaba haber visto mas tierra que el Valle, ni persona humana fuera de sus ordinarios moradores, al contemplar en la celestial hermosura de Laura una expresion de tierna benevolencia, hasta entonces para él desconocida, creyó en el primer momento, que alguna de las bienaventuradas cuya santa vida é inefables góces en el paraiso, solia Simon referir al amor de la lumbre en las veladas del invierno, descendiera de su eterna morada para amenizar aquel desierto.

Cuando mas tarde comprendió al fin que era Laura criatura humana, apegóse á ella como si su madre fuese, y haciéndola confidente de sus mas intimos secretos, reveló el inocente un sentimiento de que el Patriarca no le sospechaba por cierto, animado: el de una curiosidad sin límites de conocer el mundo. Escasas eran, en verdad, las nociones que del tenia: pero al instruirle de la religion se le habló del siglo, de sus atractivos pérfidos, de sus placeres peligrosos, de sus precipicios cubiertos de flores.... Y el niño ansiaba ver, experimentar todo eso.

Hallóse la hija del indiano entonces en un terrible conflicto; pues si fomentaba la pasion del pastorcillo, pagaba con ingratitud la buena acogida del Patriarca; y si se negaba á satisfacer la curiosidad de aquel, tambien era ingrata á su cariño.

Por tanto fuéle forzoso poner tasa aun en la inocente distraccion de conversar con aquel niño; y, como dijimos al principio, las horas corrian para ella con lentitud perezosa en el Valle ignorado.

Salgamos ahora nosotros al mundo, no sea que nos suceda otro tanto. Caminaba el año de 1829, á su término: á mediados de mayo,

el 17, habia muerto en Aranjuez Maria Josefa Amalia tercera esposa de Fernando VII, princesa alemana, de prosáica belleza y gran devocion, en extremo acepta á los apostólicos, tanto porque de buena fé, y sin duda ignorando el mal que á los pueblos resultaba, favorecia sus designios; cuanto porque, lo mismo que sus predecesoras en el regio tálamo, no dió sucesion directa al monarca.

Tiénese en general por ignorantes é imprevisores á los ultramontanos, mas tal idea es efecto de una preocupacion vulgar que confunde de ordinario á las masas de los partidos con sus directores. La verdad es que en los bandos cuyo principio fundamental es el fanatismo político ó religioso, el gran número ha de carecer y conviene que carezca de instruccion y luces: pero los prohombres ó gefes las han menester por lo mismo en gran cantidad: por lo menos en el partido apostólico, las tenian en la época á que nos referimos.

Por otra parte un asomo de razon natural bastaba para comprender que entre un sucesor directo de Fernando VII, aun por nacer, y el eventual que lo era el Infante don Carlos, el último conocido ya por su tenaz adhesion á los principios monárquico-teocráticos, era tambien para los hombres de que vamos hablando sumamente preferible.

Asi, pues, la muerte de Maria Josefa Amalia fué no sin causa, considerada por los apostólicos como una gran calamidad, y desde que ocurrió podemos decir que comenzaron á prepararse para la guerra, á los ojos de los previsores ya inevitable.

Dijimos que los ultra-realistas habian perdido la direccion inmediata de los negocios á consecuencia de los sucesos de 1827: ahora añadiremos que sucesivamente, y en especial en materias de hacienda, el Gobierno del Rey entró en vias de reforma lentas é incompletas sin duda, pero para los exagerados, sin embargo, poco menos que jacobínicas.

La guerra de intrigas cortesanas trabada tambien desde el año 27, habia ido encendiéndose y encarnizándose á medida que el Rey y sus ministros, considerados casi como liberales por los apostólicos, cicatrizaban hoy una y mañana otra de las llagas del pais Cada vez que se empleaba á una persona de las que habian figurado, aunque fuese en último término, en la época constitucional, alcanzaba el Gobierno un triunfo popular, abria una herida en el corazon de sus contrarios; y en una palabra, al acontecer el fallecimiento de la Reina, profunda era ya la division entre las dos fracciones del partido realista, como la que hoy existe entre las del liberal dominante.

Una y otra de aquellas se apresuraron á sacar partido de las circunstancias; la exagerada propalando mil especies alarmantes para los realistas; la moderada influyendo en el ánimo del Rey para que pasase sin demora á cuartas nupcias, y esto con tal celeridad que la exposicion que al efecto hizo el Consejo de Castilla lleva la fecha del diez de junio del mismo año del fallecimiento de Maria Amalia.

La razon de estado bastára sola en este caso á justificar á Fernando VII pero debemos añadir que si podia estimar y querer sinceramente á su difunta esposa atendido el caracter de esta, nos parece mas que dudoso que de ella estuviera enamorado.

Como quiera que sea el Rey á ruegos del Consejo Real de Castilla, de la Diputacion de los Reinos, y otros muchos cuerpos á quienes sin duda mandó indirectamente que le rogasen lo mismo que él deseaba, entabló desde luego negociaciones para obtener la mano de la Princesa doña María Cristina de Borbon, su sobrina, hija del Rey Francisco I de las dos Sicilias y de su esposa la Reina doña María Isabel hermana de Fernando VII.

¿Porqué tuvo España toda un presentimiento casi seguro de que aquella eleccion iba á inaugurar una época de radicales reformas? ¿Porqué se estremecieron al nombre de Cristina, de gozo y de esperanza los proscriptos liberales, y de ira y temor los apostólicos?

Sin acudir á causas de órden sobrenatural puede explicarse muy fácilmente ese fenómeno: la reforma era entonces tan indispensable como inminente. Un poder que estriba únicamente en la fuerza material, nunca es ni puede ser de larga duracion. Ciertamente los liberales estaban en minoría en la península, pero al cabo formaban un partido numeroso y relativamente ilustrado que yacia no como quiera excluido del mando, sino condenado al mas completo ilotismo por otro bando en realidad tambien en minoría, aunque mas acepto á las preocupaciones populares, por el apostólico queremos decir, cuyos prohombres oponian tenazmente á la marcha del siglo la barrera de sus anatemas apoyada en las cárceles y los suplicios; situacion tan violenta fruto de una invasion estrangera necesariamente habia de tener un término próximo.

La nueva Reina antes de ser en España conocida, contaba ya con el odio de los apostólicos, y por lo mismo con el amor de los liberales; aquellos la calumniaban llamándola revolucionaria; estos se anticipaban á los sucesos proclamándola libertadora. Así antes de que María Cristina pasara el Pirineo tenia ya en España amigos y enemigos; así se anunciaba la carrera política sembrada de azares y de palmas, de oraciones y de insultos, que luego ha corrido á vista de todos los contemporáneos con una firmeza de carácter nada comun en su sexo aunque no peregrina en las damas de su augusta familia.

Mas por ahora basta lo dicho para dar idea á nuestros lectores del estado político de España á fines del año de 1829, época en que los partidos, fija la consideracion en el real enlace, aplazaban, por decirlo así, el combate hasta el momento en que se supiera á que lado se inclinaba difinitivamente la balanza, pues lo que para nosotros, como ya ha sucedido, es claro, entonces era en grado sumo problemático.

Por aquel mismo tiempo presentóse una tarde, al declinar el sol al Occidente un hombre en las ermitas de Córdoba preguntando con grande afan por el hermano mayor, quien, avisado, acudió á la hospedería, edificio contiguo á la iglesia, donde le esperaba el desconocido.

Era este un hombre alto, de no mala presencia, enjuto de carnes, fruncido el ceño, penetrante la mirada, y aunque todo cano el cabello al parecer de buena edad. Saludólo cortesmente el ermitaño, y él correspondió con humildad afectada, diciendo, sin dar lugar á que le preguntasen:

«Soy un hombre á quien aflige la mano de hierro de la desgracia: aborrezco el mundo, y quiero retirarme de él por algun tiempo. ¿Puedo hacerlo aqui, sin que se me pregunte mi nombre, ni se me exija que pronuncie votos á que no estoy preparado?

—Bien puede, hermano (replicó el mayor) si mientras estuviere con nosotros se conforma á la regla.

—Me conformaré.

—Pues en ese caso una ermita hay vacante.

—Vamos á ella.

—¿Ahora mismo?

—¿Y porque nó?

—Vamos, pues que asi lo quiere.»

Y en efecto desde el momento vistió el hábito y ocupó una celda el desconocido, conformándose exactamente con la regla que al parecer habia de antemano estudiado.

Los demás ermitaños, habituados á ver entre sí con frecuencia caras nuevas, y á no inquirir la vida anterior de su compañeros, recibieron al de que tratamos con gran indiferencia; y él, por su parte, se mantuvo en los límites de la mas extricta reserva, si bien se le advertia cierto espíritu de excesiva curiosidad en lo detenidamente que consideraba las facciones de sus compañeros cuando la oracion reunia á todos en la Iglesia ó el trabajo en el campo.

En la última faena su inexperiencia era grande, tanto que el hermano mayor mandó en cierta ocasion á otro llamado Nicolás entre los ermitaños, que se acercase á él y le dirigiera. Hízolo en efecto el hermano Nicolás, llegándose al desconocido y diciéndole:

«Hermano, nuestro superior me envia á que le enseñe á dirijir la yunta, pues parece que no sabe.»

El incógnito se estremeció al oir la voz del ermitaño, como si le hubiera dicho palabras injuriosas; mudó el color, fijó susojos en los del hermano Nicolás, y sin responderle, rechazó con un ademan imperioso sus ofertas,

«No se ofenda, prosiguió entonces el ermitaño: sino sabe, razon es que se le enseñe.»

«Yo aprenderé; replicó bruscamente el desconocido ahuecando la voz con afectacion marcada.

Estremecióse el hermano Nicolás á su vez, y en sus pálidas maceradas facciones, en que hasta entonces se viera la expresion de la mas resignada melancolia, pintose en aquel momento la ira con tan vivos colores que si los demás ermitaños acertaran á verle, sin duda le desconocieran.

Durante algunos segundos ambos interlocutores permanecieron mudos é inmóviles; el desconocido volviendo el rostro á la parte opuesta á la que Nicolás ocupaba; este contemplándole de hito en hito con los ojos fijos, la respiracion difícil, y los puños nerviosamente contraidos. Sobreponiéndose, sin embargo, á sus agitados sentimientos, cayó de rodillas diciendo:

«Señor apartad de mí esta cruel tentacion.»

El desconocido entonces prosiguió andando con la yunta que guia-

ha y separáronse en consecuencia sin que otra cosa aconteciese por entonces.

Aquel incidente ocurrió en un extremo del campo que la comunidad labraba, y pasara de todos inapercibido, si la casualidad no llevase á sus inmediaciones al hermano mayor, conversando con Pablo que en aquel momento llegó del valle á las ermitas.

La escena que hemos descrito, aunque muda, fué tan espresiva que ambos espectadores cayeron desde luego en sospecha de que entre los actores debian de haber mediado en el siglo relaciones nada amistosas; y como el hermano mayor temiese, con fundamento sobrado, que de ellas resultara una perturbacion en el órden de la comunidad, entabló con Pablo el siguiente diálogo:

—¿Ha visto, hermano?

—Si, he visto: entre esos dos hombres hay un odio profundo, inextinguible.

—Así lo creo; y temo que produzca para todos malas consecuencias.

—Al Pastor toca velar por la paz del rebaño.

—Esa es mi obligacion; lo sé ¿pero como cumplirla en esta ocasion? Del hermano Nicolás ya sabe que en los catorce años que con nosotros lleva, ha sido un modelo de virtud y de humildad. Aun me parece que le estoy viendo llegar á mis pies con el rostro bañado en lágrimas y decirme: «Padre mio, soy el hombre mas desgraciado de la tierra: estoy á punto de dudar de la existencia de la virtud; dormido como despierto una sed insaciable de venganza me aqueja; mis palabras respiran sangre; mis pensamientos son de homicida. ¡Tened misericordia de mi; salvadme de mi propio furor!»

—Lo recuerdo, hermano; si, lo recuerdo.

—Y bien, desde entonces, solo con su confesor habla; ninguno es mas puntual que él en el cumplimiento de la regla; ninguno tampoco mas indulgente, mas caritativo con sus hermanos.

—¿Y quién es el otro?

—No le conozco: hace ocho dias solamente que está entre nosotros: no ha pronunciado votos ningunos; hasta su nombre ignoro.

—¿Qué ha podido traerle á este sitio?

—La desgracia, dice él.

—Todos son lo mismo: solo se acuerdan de Dios cuando el mundo los desecha.

—Pero, hermano Pablo, os confieso, y Dios me lo perdone, que no le he creido.

—No seria el primero que á la verdad faltase.

—En su tono, en sus ademanes, en sus miradas, hay una expresion indefinible de altaneria, de desden, de pasion, que desmiente toda idea de arrepentimiento.

—¿Tendriamos un lobo en el rebaño?

—Lo presumo.

—Velemos pues.

—Si, velemos, y aun yo puedo decir que ya he velado. ¡Despues

de Maitines sabeis que es la hora del reposo: ese hombre, sin embargo sale de su celda cuando todos duermen; y recorre el recinto de las ermitas, escudriñándolo todo, mas con ansia que con curiosidad. Acércase á las puertas de las celdas, entreabre las que solo están entornadas, y escucha ó mira por los resquicios de las que se cerraron!..... ¿qué puede buscar entre nosotros?

—Todo menos el reposo y la penitencia que es lo que darle podemos. Guardaos de ese hombre, un designio mundano le ha traido á este lugar de soledad y penitencia.

—¡Quizá sospeche la existencia del valle!

—No, hermano: eso es imposible.

—¿Qué busca entonces?

—En eso estriba el misterio.

—Pablo ayudadme á penetrarlo.

—Como hijo de la obediencia disponed de mí.»

Al llegar á este punto la conversacion, sonó la campana llamando á vísperas, y todos los ermitaños se encaminaron al templo.

La presencia de Pablo llamó la atencion del desconocido, en cuya fisonomía brilló como un relámpago de gozo al verle: mas por rápido, por instantáneo que fuese aquel movimiento, no se escapó á la penetracion del hermano mayor, que atentamente observaba al ya para él sospechoso personage.

—Ese hombre os conoce, Pablo (dijo al oido de este); y quizá vos sois lo que él busca.

Pablo, sin responder, examinó atentamente al incógnito: pero este se habia echado la capucha y fué imposible verle el rostro. El hermano Nicolás le seguia los pasos sin perderle de vista un solo instante.

Sin embargo despues de maitines nada ocurrió en las ermitas que referirse merezca. Los ermitaños todos acudieron á sus habituales ocupaciones; y el hermano mayor y Pablo, despues de una larga secreta conversacion, se separaron á las oraciones el uno del otro.

La noche era oscura, lluviosa y fria; el viento silbaba con furia, las ramas de los árboles, ya de hojas desnudas, crujian y rompíanse á su recio impulso; el silencio mas profundo reinaba en las ermitas, todas cerradas y oscuras á excepcion de una, la de Pablo, cuya puerta dejaba por un resquicio entrever la movible débil luz de la lámpara que la alumbraba. El ermitaño, tendido sobre el duro lecho, parecia dormir profundamente.

A las dos de la madrugada el desconocido, sin hábito, envuelto en una capa, y calado el sombrero hasta las cejas, abrió cautelosamente la puerta de su celda, y parose en el dintel á escuchar con atencion. Ningun rumor mas que el silbo del aquilon, y el crujir de las desgarradas ramas hirió sus oidos; y al cabo de poco mas de un minuto, echó á andar con gran tiento, mas como quien camina por el cuarto de un enfermo que por el campo.

Sin embargo, ya fuese guiado por el resplandor de la lámpara, ya porque de antemano hubiese estudiado el terreno, á pesar de la os-

curidad de la noche, marchó directamente sobre la celda de Pablo.

A su espalda, como veinte pasos, se abrió otra celda de la cual salió un ermitaño, que con mas precaucion todavia que el desconocido, echó á andar en su seguimiento; detrás de este apareció á poco tambien, otra tercera figura de ermitaño.

Medroso expectáculo en verdad el de aquellos tres hombres que en la cumbre de un cerro de la Sierra Morena, en las altas horas de la noche, expuestos al rigor de las inclemencias del invierno, y caminando uno en pos de otro, entre árboles y tumbas hácia la celda de un cenobita que al sueño se entregaba; ¡parecian tres asesinos explando la ocasion propicia de arrojarse sobre la víctima á sus puñales designada!

En fin, el desconocido llegó á emparejar con la puerta y tendió á ella la mano: en el mismo instante hicieron alto los dos que le seguian.

Alguna idea de temor ó de remordimiento debió en aquel crítico momento de cruzar por la mente del incógnito, porque su brazo temblaba, y sus plantas no acertaron á moverse del suelo con la soltura y rapidez que hasta entonces: mas poco duraron su miedo ó sus escrúpulos, pues sin tardar mucho abrió la puerta y penetró resueltamente en la celda de Pablo.

Una vez dentro el primer cuidado de aquel hombre fué tratar de cerrar la puerta, pero la cerradura estaba sin llave, cerrojo no lo tenia, y en derredor no halló cosa con que atrancarla. Volvió pues á salir; examinó las cercanias; y no viendo á nadie, porque los otros dos ermitaños se habian ocultado, cada cual detrás de un árbol, entró de nuevo en la celda, y esa segunda vez encaminose en derechura al lecho de Pablo, con ánimo de despertarle.

Trabajo inútil; nuestro ermitaño no dormia, é incorporándose con gran serenidad en su cama, dirigió la palabra al desconocido, diciendo:

—¿Qué buscas? ¿Qué quieres?

—¿Qué busco? réplicó el desconocido sin turbarse; te busco á ti; lo que quiero, ahora lo sabrás.

—Lo sé ya.

—¡Ola! ¡Quieres echármela de Profeta! Te advierto que pierdes el tiempo conmigo; tus mogigangas serán inútiles.

—¡Desdichado! Dígote que sé lo que buscas.

—Veamos, pues; y te agradeceré que me ahorres el trabajo de decírtelo.

—Buscas lo que el cielo te prohibe codiciar; buscas á la oveja, no como pastor sino como lobo; buscas á la esposa del que llamas tu amigo para seducirla y corromperla; buscas en fin, á Laura de Valleignoto.

—Todo eso será verdad ¿Pero con qué derecho la ocultas tú, ermitaño hipócrita? ¿Con qué derecho sustraes la *esposa*, como tú dices, á la autoridad de su esposo?... No perdamos tiempo: tú sabes donde está Laura y vas á decírmelo al instante.

—Te engañas; no te lo diré; y ademas de nada te serviria el saberlo.

—Te repito que vas á decírmelo. Puesto que al parecer me conoces, debes figurarte que al dar un paso en el cual arriesgo mi vida, y lo que es mas, mil proyectos para el porvenir, es porque la posesion de esa muger me interesa sobre todas las cosas de este mundo.

—Nunca será tuya, y esa pasion infernal te costará la vida. Quiera el cielo que no cause tambien la muerte de tu alma.

—Te he dicho ya que conmigo pierdes el tiempo, charlatan hipócrita. Escúchame, y antes mira bien este par de pistolas.

—No me asustan: la vida del hombre está solo en manos de Dios.

—Sin embargo, si en la cabeza te descargo una de ellas tu vida se acabará en el mismo instante; y estoy resuelto á hacerlo, si en el acto no me dices lo que saber deseo. Escúchame bien primero que resuelvas. Antes de venir aqui he intentado en vano todos los medios posibles para indagar el paradero de Laura: tú solo acaso lo sabes.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Nadie, pero yo lo he adivinado fácilmente; sin que por esto quiera como tú echarla de Profeta. ¿No recuerdas que te ví en un locutorio de Cadiz?

—Si; el dia de la muerte de Simon.

—Precisamente; pues yo no olvidé tampoco tu figura que me ha sido fielmente descrita por la dueña de la posada de Córdoba de donde á Laura sacaste. Tú sabes, repito, donde esta se encuentra; y cuando una Nacion entera se postra ante vuestra ropa, cuando un Monarca absoluto humilla su cetro ante al báculo de un obispo; yo no vacilo, sin embargo, se venir á arrancarte tu secreto; á arrancártelo, oyelo bien, ó á darte la muerte.

—No será ni lo uno ni lo otro.

—¿Sin duda imaginas que no tengo corazon ó que me faltan brazos?

—Sé que te sobra corazon, sé que tu brazo no vacila ni para cometer un crímen: pero Dios no quiere que por ahora sepas de Laura, ni que seas en mi persona homicida. Escúchame ahora bien tú: yo que te esperaba esta noche, y que para que entrases dejé de cerrar mi puerta, de temerte, ¿no hubiera tomado algunas precauciones? Una palabra sola dicha en Córdoba sobrára para perderte. Créeme, vuelve, vuelve al siglo, donde aun es larga tu carrera; vuelve y renuncia á tu inútil designio.

—¡Inútil! Seria este el único que lo hubiera sido de los de Mendoza!

—¡Mendoza! ¡Mendoza! Esclamó entrando en la celda y apareciéndose súbito como un expectro amenazador el hermano Nicolás, con los ojos fuera de sus órbitas, y lívido el semblante.

¡Mendoza! ¿Con que no me engañé, seductor infame! ¡Mal caballero, huesped traidor! ¡Eres tú! Al cabo de tantos años de

martirio te entrega el cielo á mi venganza. ¡Ah! esta vez no te me huirás impunemente!

Y diciendo así arrojóse sobre el capitan que en cada mano tenia una pistola, y con irresistible fuerza arrancóle una de ellas, exclamando:

—Defiéndete, ó te mato como un bandido cobarde. Defiéndete villano!

Aunque aterrado con aquella inesperada aparicion, Mendoza viéndose con la pistola al pecho, hízose atras cuanto la estrechez de la celda lo permitia, y dijo en voz firme:

—Yo tambien te habia conocido, y estoy pronto á darte satisfaccion; salgamos á lugar conveniente.

—No, replicó el otro, no: ha de ser aqui, ahora, sin tardarse un minuto. El raptor de mi pobre Luisa y yo, no debemos respirar ni un cuarto de hora el mismo ambiente.

El hermano Nicolás, que era en efecto el marido de la loca del Cabo Martin, habia por la tarde reconocido en la voz al autor de su deshonra y luchado desde entonces en vano para sofocar en su corazon la ardiente sed de venganza que le aquejaba. Dominado pues por su harto justificada cólera, esperó impaciente la hora en que era de suponer ya dormido el resto de la comunidad, é iba á salir de su celda, cuando Mendoza pasaba por delante de ella encaminándose á la de Pablo. Lo demas ya nuestros lectores lo saben; prosigamos ahora la narracion de la pendiente escena.

Desde la entrada del hermano Nicolás, Pablo se habia arrojado de la cama al suelo, y seguia constantemente los movimientos de entrambos, resuelto á emplear sus fuerzas hercúleas, para ponerlos á la razon asi que á vias de hecho quisieran pasar; por manera que cuando el marido de Luisa pronunció sus últimas referidas palalabras, apuntando al mismo tiempo al pecho de Mendoza, que le correspondió de la misma manera, el siervo del valle, tendiendo con extraordinaria rapidez sus brazos, arrancó á un tiempo las armas de mano de los dos iracundos adversarios.

En el instante mismo entró en la celda el tercer ermitaño, que era el hermano mayor, quien de concierto con Pablo espiaba los movimientos de Mendoza, y consiguientemente los del hermano Nicolás, del cual al penetrar en el teatro de la accion se apoderó sujetándole entre sus brazos.

Pablo arrojando á un rincon las pistolas despues de haberlas descebado, asió con sola la mano izquierda á Mendoza, y mal su grado sentóle en el lecho.

Nicolás, brotando llamas por los ojos, luchaba con su superior sin conocerle, y clamando: « Dejadme que le mate; ese hombre me ha robado la felicidad; ese hombre me ha cubierto de oprobio » Mendoza miraba con asombro á Pablo, contra cuya fuerza conoció ser inútil la resistencia; y nuestro ermitaño contemplaba con dolorosa atencion aquel cuadro de la demencia y brutalidad de las humanas pasiones.

Por fin las exortaciones y ruegos del hermano mayor lograron

calmar un tanto la irritacion del ultrajado esposo, y en el alma de este fueron lentamente recobrando su imperio los sentimientos de piedad y cristiana resignacion con catorce años de continua penitencia adquiridos y fortificados.

Luego que á Nicolás vió mas pacífico, Pablo, de antemano puesto de acuerdo con su superior, dijo á Mendoza:

—Tú has venido á turbar la paz santa de nuestro retiro: tú has venido á provocar las pasiones del penitente contrito; tú has venido en fin, á pronunciar en la celda del cenobita palabras de escándalo y de muerte, todo sin mas objeto que perseguir á una muger que nunca, nunca será tuya. Sírvate este aviso de castigo, hasta que la providencia divina ponga término á la carrera de tus crímenes. Ahora sígueme que voy á arrojarte de un recinto en que nunca penetrar debiste.

—Ermitaño, contestó Mendoza: no te engañes, entre nosotros ya la lucha ha de ser á muerte.

—Entregadle á la justicia, esclamó Nicolás: ese monstruo no tiene entrañas.

—Quizás seria mas prudente, interpuso el hermano mayor.

—No, insistió Pablo, que se vaya. Dios se sirve de él como de un instrumento para sus impenetrables designios; quizá se sirva un dia como de azote para la persecucion de los fieles: respetemos sns altos juicios. Vamos insecto orgulloso, vamos; vuelve al siglo y conspira contra el altar; cuando imagines haberlo minado él renacerá de sus propias ruinas.

Diciendo asi asió á Mendoza por la cintura, sacólo de la celda primero, y despues del recinto de las ermitas,

Mientras el Capitan humillado, iracundo, rebosando despecho y respirando ira; bajaba la pendiente del monte, como Adan al salir del paraiso terrenal con la muerte en el alma, Pablo oraba en el dientel de la puerta por la salvacion de aquella alma pecadora, como tal vez lo hizo en los confines del Eden el angel ministro de la justicia del Altisimo.

CAPITULO IV.

Una noche en el teatro.

Aunque, por la parte que en los acontecimientos políticos del siglo que corre tomaron varios de los principales personages del complicado relato que tenemos pendiente, nos ha sido forzoso hasta ahora, y nos lo ha de ser constantemente en adelante, mezclar la narracion de los sucesos históricos con los de aquellos particulares que á nuestro propósito conducen, sentiriamos haber persuadido al lector de que tenemos pretensiones de historiadores, ni mucho menos. Lo que hay es en realidad que tratándose de personas y acontecimientos contemporáneos en España, pais por continuos é incesantes trastornos trabajado en nuestra era, precisamente nos hemos

de encontrar á la política en el camino ; y de no esplicar si bien sumaria y rápidamente la índole de las causas de ciertos hechos resultaria oscura é incoherente la narracion. Tal es el caso en que nos hallamos , tales las razones que nos obligan con frecuencia á penetrar en los dominios de la historia : pero , repitámoslo , sin pretensiones que quizás no tuviéramos fuerzas para sustentar , y positivamente son agenas de una novela.

Hecha esa , tal vez , no innecesaria salva , y prosiguiendo la interrumpida narracion donde al final del capítulo anterior la dejamos , diremos que Mendoza humillado , y absorto con la escena ocurrida en la celda de Pablo, bajó en medio de las tinieblas de la noche la áspera pendiente del monte de las ermitas , dominado por sus sensaciones hasta un punto tal , que de su propio ser puede asegurarse que no tenia conciencia en aquel momento. Y en verdad no debe extrañarse que así fuera , pues no solamente la aventura en sí tuvo bastante de maravillosa solemnidad para asombrarle , y sobrado de cruel para que su amor propio se resintiese hondamente, sino que el haberse puesto en ella un hombre de tal temple no parecia en realidad posible , á él mismo debia de asombrarle.

Considerándolo bien , sin embargo , la explicacion de aquel hecho podria encontrarse fácilmente. Mendoza , en su egoismo tan profundo como inmoral , no habia mirado hasta entonces á la muger mas que como á un ente frágil , puesto por su debilidad á merced del hombre , y mal protegido por ideas religiosas ó preocupaciones sociales , contra la fuerza poderosa del sexo su fatídico tirano. El oro ó la seduccion le habian á poca costa hecho dueño de algunas mugeres : otras ni aun tanto exigieron para rendirse ; y finalmente, fuera de Laura , ninguna le pareció digna de fijar su atencion , de merecer que emplease para conquistarla los recursos de su vasto ingenio.

La hija de don Simon , bella como ninguna , entendida como pocas , valerosa mas que el comun de los hombres , y colocada ademas en una posicion excepcional y misteriosa , abrió , sin pretenderlo , quizá por lo mismo que no lo deseaba , abrió , decimos una brecha en aquel corazon de acero ; y luego la ausencia ; y despues los celos ; y en último lugar los incomprensibles obstáculos , la insuperable fantástica barrera que de ella le separaban , acabaron la obra de la exaltacion de Mendoza , convirtiendo en contra de él sus propias armas.

Porque su valor, su energía, su firmeza de carácter, su perseverancia, en fin; dotes singulares que le distinguian, haciéndole superior á la mayor parte de los hombres, exacerbándose en aquella ocasion, se convirtieron en la temeridad indomable que le puso al borde del precipicio.

Ahora los antecedentes del lance de las ermitas cualquiera los comprende, sin que nos molestemos en explicarlos largamente. Mendoza, apurados todos los recursos ordinarios, y combinando sus recuerdos del locutorio de Cádiz, con la descripcion del ermitaño con quien, segun la posadera de Córdoba, salió Laura de su casa, creyó

que el último era la misma persona que al lado del cadáver de don Simon dejó orando; y sin hacerse ilusion en cuanto al riesgo á que se exponia resolvió trasladarse en persona á las ermitas en busca de Pablo y arrancarle de grado ó por fuerza el secreto que tanto le interesaba. La única precaucion que tomó fué la de ponerse una peluca perfectamente tegida en Marsella, que con otros diversos adminículos para variar de trage y fisonomía llevaba consigo siempre; y por lo demas, abandonándose al destino, acometió la empresa como á su tiempo se ha visto.

Su encuentro providencial con el marido de Luisa y la simultánea llegada de Pablo á las ermitas le decidieron á precipitar el desenlace; porque una vez reconocido por el hermano Nicolás, no le era posible permanecer mas tiempo en aquel retiro sin grave riesgo. Asi, pues, entró en la celda de Pablo ya desatentado, y resuelto á darle muerte sino le revelaba el secreto asilo de Laura: mas el cielo lo habia dispuesto de otro modo, para mortificacion de su satánico orgullo.

En tal estado, y mas por vergüenza que por temor á las consecuencias de su malhadada aventura, salió de Córdoba en direccion á Madrid el dia siguiente á la noche para él funesta, apenas comenzaban los rayos del sol esparcirse desde Oriente sobre la faz de la tierra, atravesando pálido las opacas nubes que su disco velaban.

Mendoza al apartarse de Córdoba llevaba en su memoria hondadamente grabado el recuerdo de Pablo, de Nicolás, del Hermano mayor, y de las ermitas; la sombra de Luisa, expirando á su vista demente, le afligia con su contínua presencia; y la imágen de Laura en brazos de un rival imaginario completaba su suplicio.

Porque el amigo de don Angel no suponia, ni remotamente, que el objeto de su frenético amor se hubiese retirado del mundo para hacer vida ascética en algun santo asilo; no pasaba siquiera por su imaginacion que Pablo pudiese tener en aquel negocio la parte que á sus años y profesion convenia, antes por el contrario, Laura, segun Mendoza, entregada á vergonzosos placeres, se valia del ermitaño como de un ministro infame de sus vicios.

De entonces mas el amor del Capitan convirtiose en una pasion de tigre, de esas en que la lubricidad y la sed de venganza combinadas, engendran siempre torpes deseos y bárbaros crímenes.

Tales sentimientos le animaban cuando el dia 11 de diciembre de 1829 dió vista á Madrid á cosa de la una de la tarde.

En aquel momento tocaban á vuelo todas las campanas de la monarquía española, los sonoros ecos del bronce retumbaban en el valle del Manzanares; numerosos batallones y escuadrones de la Guardia Real, uniformados con lujo y buen gusto, regimientos tambien del ejército, y los voluntarios realistas formados todos en dos filas paralelas, cubrian la prolongada carrera que empezando en la puerta de Atocha se terminaba en Palacio; las autoridades civiles y militares, cubiertas de cruces y bordados, acudian apresuradamente á los términos de la jurisdiccion madrideña, un gentío inmenso y gozoso

inundaba las calles; los edificios públicos, transformados en Templos, en Palacios, en jardines de caprichoso variado gusto, y hasta las mas humildes habitaciones en fin adornadas con paños vistosos y opulentas colgaduras, anunciaban una gran fiesta, una solemnidad nacional.

Y no era aquel dia uno de tantos como antes y despues hemos visto, en que un partido solemnizó su triunfo sobre las ruinas del otro, en que á cada *¡viva!* sucedia un *¡muera!* en que cada regocijo supuso un mar de lágrimas. No: aquel gozo, aquel regocijo, aquel entusiasmo, algo de ficticio pudieron tener en mas de un cortesano, pero en el pueblo y sobre todo en la clase media, sinceriísimos fueron, del corazon partian. Mendoza, que con un criado caminaba á caballo, por convenirle mas á la libertad de sus irregulares movimientos, hacerlo así que en Diligencia, tuvo que detenerse cuando ya por la puerta de Atocha á entrar iba, porque precisamente entonces salia por ella, tambien á caballo, precedido por los batidores de Guardias de Corps, acompañado por los Infantes de España, y llevando en pos de sí numeroso y lucido cortejo de Generales, Fernando VII con el rico uniforme de Capitan General del Ejército, el Toison de oro, entre otras muchas condecoraciones al pecho, el pantalon rojo de granza, prenda de gala en los cuerpos de casa Real y guantes azules, en fin, esto es, del color ya llamado de Cristina; que en efecto, á recibir á su esposa salia el Monarca.

Al verle erguido y elegantemente cabalgando, porque era gran ginete; al verle alegre con la seguridad de enlazarse aquel mismo dia á una princesa jóven, bella, llena de indefinible gracia, al verle en fin en medio de su corte, aclamado con entusiasmo, quizá no hubo una sola persona que predijese su próximo aciago fin, quizá tampoco quien adivinara que de aquel consorcio iba á salir una guerra civil espantosa, en definitivo resultado tal vez útil al porvenir de nuestra patria, pero que tanta sangre, tantas lágrimas ha costado á la generacion presente.

Como quiera que sea, Mendoza vió desfilar impasible por delante de sí el real acompañamiento, y tuvo lástima de mas de un liberal á quien vió correr entusiasmado á esperar á la nueva Reina, porque en sus ideas nada que de los tronos procediese podia ser á los pueblos provechoso.

Sin embargo, todavia la llegada de María Cristina favorecia sus proyectos en cierto sentido, pues por una parte enfrenaba el ardor de los conspiradores, que aguardaban de aquel matrimonio grandes cosas; y por otra, abatiendo el poder de los apostólicos le preparaba las vias para su emancipacion al bando liberal.

Apenas Fernando VII habia salido de la puerta de Atocha, entró por ella nuestro Capitan, dirigiéndose á la casa de huéspedes que habitó últimamente en la corte: pero no halló á nadie en ella; la patrona y sus criadas habian salido á ver la entrada de la Reina. Otro tanto le aconteció en varias posadas secretas de que tenia noticia, y por fin, hubo de resolverse á buscar alojamiento en la fonda de Europa, que estaba entonces en la calle del Arenal no lejos de la plazuela de Celenque.

Para un viagero acostumbrado á la opulenta comodidad de las fondas inglesas y al lujo y buen gusto, de los *Hotels* de París, ciertamente la hospederia á que aludimos no ofrecia grandes atractivos; porque desde su portal inmenso y descuidado, comenzaban á notarse sintomas harto evidentes de negligencia y desaliño.

Por de pronto costole no poco trabajo á Mendoza tropezar con un mozo que, dormido como un tronco con los brazos apoyados sobre una mesa y la cabeza en ellos reclinada, despertose de malísimo humor, y contestó con tan poco agrado á la ordinaria pregunta de ¿Hay algun cuarto desocupado? Que no pudo colegirse de su respuesta otra cosa mas que la ignorancia y groseria del que la daba.

Dichosamente el Capitan conociendo el terreno que pisaba, le interpeló vigorosamente, ofreciéndole media docena de puntillones, si luego luego no se informaba de lo que él saber queria; y entonces el amable mozo se dignó trasladarse á la ordinaria estancia del Gefe de la casa, y que tampoco estaba en ella, habiendo salido como todos á la fiesta de aquel dia.

Sin embargo, al cabo de una hora de pesquisas se averiguó que en el piso segundo habia un cuarto interior vacante, y de él se apoderó Mendoza poco menos que á viva fuerza. Verdad es que la habitacion valia la pena, porque era una salita de cuatro varas de largo por tres de ancho, con una alcoba en que apenas cabian el angosto tablado de la cama, una silla, y el aguamanil de pino pintado de color de caoba, vulgo chocolate. Las paredes en un tiempo blancas teniau cierto color amarillento capaz de producir ictericia en el mismo inventor de la alegria.

Seis sillas de haya, de las que llaman de Vitoria, su correspondiente sofá, una mesa de nogal antiquísima, una cómoda cuyos cajones bailaban en sus respectivos huecos, y un cuelga-capas mugriento, componian el mueblage. Cortinas no habia mas que una y angosta de Indiana en la puerta de la alcoba; y por todo adorno unos cuadros de Matilde y de Malek-Adel iluminados chillonamente.

Para obtener en un brasero de hierro con caja de pino, dos docenas de carbones á medio encender, fué menester encolerizarse tres veces, y aguardar hora y media; y hasta las cinco de la tarde no pudo el pobre caminante conseguir una comida, cuyas cenicientas salsas y éticos pollos, causaran náuseas al menos delicado de los gastrónomos. Aquel dia tambien el cocinero andaba de bureo, y los comensales de la fonda hubieron de contentarse con lo que el buen hombre quiso darles.

Tal era entonces sobre poco mas ó menos, y con muy contadas excepciones, el estado de las hospederias de la corte, tolerables apenas para la proverbial frugalidad castellana; y para los extrangeros signo inequívoco de atraso y barbarie. Mucho hemos adelantado en la materia, pero mucho mas nos queda todavía que adelantar para ponernos al nivel de las naciones extrangeras.

Hallándose en tal hospedaje, no se admirarán nuestros lectores de que Mendoza, á pesar del cansancio del camino, saliera al ano-

checer á la calle y recorrerse la poblacion por recurso, como en efecto lo hizo, llegando á las inmediaciones del teatro del Príncipe pocos minutos antes de que comenzase la funcion.

«Entremos, se dijo, con eso llegaré á casa con bastante sueño para no reparar en las sábanas.»

Pero en el despacho no habia ya de venta un solo asiento; y el capitan se resignaba á recogerse á su inmundo Tugurio, cuando oyó decir á su espalda:

«Dos lunetas tengo, si vd. las quiere un doblon le cuesta cada una.»

Volviendo Mendoza la cabeza para enterarse de quien fuese el usurero negociante en billetes, vió que era un galopin de chaqueta y garrote, que á pesar de los bandos que la policía repite inútilmente desde tiempo inmemorial hasta el dia de la fecha, explotaba la ociosidad ó la aficion al teatro de un jóven y elegante coronel de caballería ligera.

«Dos duros te doy por una, replicó el oficial.

—«Ni un ochavo menos del doblon;» contestóle el Manolo volviéndole la espalda.

Nuestro Mendoza que habia reconocido en el coronel á su rival de Paris, acercóse entonces á los dos interlocutores y dijo:

—«Partamos la diferencia: si das cada luneta en cincuenta reales, y el señor toma una, yo me quedaré con la otra.

—En hora buena, añadió Ribera.

—¡Vaya! concluyó el revendedor alargando los asientos con una mano y recibiendo el dinero con la otra. Doce reales y ocho maravedises costaban entonces aquellos asientos en el despacho: por consiguiente no puede decirse que hubo usura en revenderlos por mas del cuádruplo.

Mendoza y Ribera entraron juntos en el teatro, departiendo sobre la carestía de sus asientos, y halláronse al ocuparlos el uno al lado del otro.

El coliseo estaba iluminado, y aunque aquella noche, con motivo de celebrarse en Palacio los reales desposorios, faltaban algunos personages, con todo era grande el número de personas distinguidas que á la representacion asistian, singularmente en los palcos bajos llenos de bellezas elegantemente adornadas.

Ribera sacó su anteojo y recorrió con él toda la circunferencia del teatro simplemente por curiosidad, pues aunque, persuadido ya de la inutilidad de su amor á Laura, mas de una vez habia buscado distraccion en cortesanos galanteos, no le fué nunca posible interesarse en ellos, jamás le llegaron al corazon aquellas relaciones de puro pasatiempo.

Sin embargo, al llegar en su exámen al segundo palco bajo de su izquierda, contando desde el escenario, advirtió Mendoza que de vista no le perdia, que el anteojo se detuvo algunos instantes, y que una hermosa matrona, en correspondencia á tal distincion, tambien fijaba el suyo en la persona del coronel. Al mismo tiempo cierto General que de grande uniforme y con una gran cruz estaba de pie

á espaldas de la silla de la dama tambien dirigió á Ribera sus miradas aunque de soslayo.

La pantomima no podia ser mas clara: el coronel *hacia telégrafos*, como se dice en el lenguaje técnico de la galantería, á la belleza en cuestion: la dama correspondia; y el General, amante titular ó marido por lo menos, estaba ya sobre aviso.

Gran descubrimiento para Mendoza que en el acto, calculando las ventajas que un dia pudieran resultarle de estar iniciado en los secretos y galanteos de Ribera, se resolvió á entablar con él relaciones desde aquel momento.

No le fué difícil conseguirlo: don Luis, como todas las personas generosamente organizadas, era confiado, de fácil trato, y bondadoso carácter. Mendoza, dándose por extrangero y curioso, le preguntaba sin cesar sobre cosas y personas; y en consecuencia la conversacion desde luego casi contínua, acabó por ser íntima.

«Mil perdones, coronel, le dijo ya en el último acto nuestro capitan, pero es vd. tan amable....

—Dejemos eso, amigo mio; vd. no conoce el pais, nada mas natural que su curiosidad; y para mí es un placer el satisfacerla.

—Pues bien. ¿Quiere vd. tener la bondad de decirme quién es aquella dama tan bella que con un vestido de terciopelo azul y una diadema de diamantes, está ahora hablando con un General? Mendoza señalaba el palco bajo y la señora de que ya nosotros hicimos mencion.

«Aquella dama, contestó el coronel, es la marquesa de Sotoverde, una de las mas elegantes de la córte, y acaso una de las mas bellas, aunque ya se sospecha que frisa en la cuarentena. En su casa se reune la sociedad de mayor tono, y es por decirlo asi el centro de la galantería madrileña.

—¿Y el General?

—El baron de Peñahonda, un amigo de la casa.

—¡Vea vd! Yo hubiera dicho que es el *cavalier Sirvente*.

—Asi dicen malas lenguas.

—Paréceme que está algo inquieto.

—No he reparado en ello.

—Ya. Sino temiera ser indiscrèto, diria...

—Diga vd. lo que guste.

—En fin, entre hombres todo pasa. Diria, pues, que la marquesa muestra esta noche mas aficion á los galones que á los bordados, y que el baron lo ha echado de ver.

—¡Ola! ¡ola! ¡Y que malicioso es vd! exclamó Ribera, al llegar aquí, con cierto aire de fatuidad de que ni el mas cuerdo se exime cuando le alhagan el amor propio.

—¡Malicioso! prosiguió Mendoza: con tener ojos basta para verlo.

—Entre nosotros, y sin murmuracion sea dicho: la marquesa es un tanto coqueta, y ahora parece que me ha escogido á mí para hacer rabiar al baron de Peñahonda, de quien por otra parte es de presumir que ya esté cansada. Por lo demas es muger que solo pue-

de tener ó inspirar caprichos.... Pero.... cielos, es él.... Sí, es él»

Para que se comprenda esta exclamacion de Ribera, es preciso que digamos que un momento antes de proferirla, abriéndose la puerta del palco de la marquesa, dió entrada á un personage vestido con el grande uniforme de Gentil hombre, y que ese personage era nada menos que Leoncio de Montellorito, á quien ninguno de los autores de nuestro drama esperaba ver en aquel instante.

Gracias á la habilidad de don Angel, habia Leoncio desempeñado su encargo en Italia á satisfaccion del Rey y su Gobierno, que de ella le daban inequívocas muestras en cuantos despachos recibia. Concedióselo, pues, sin dificultad la gracia que en tiempo oportuno solicitó de agregarse á la embajada extraordinaria de don Pedro Labrador en demanda de la mano de la Princesa María Cristina, y tuvo el anhelado gusto de figurar ya en las ceremonias consiguientes, que con gran pompa se celebraron en Nápoles, con el uniforme de Gentil-hombre de Cámara y sus antiguas cruces, á las cuales añadió S. M. siciliana la de San Genaro. Pero no le bastaba aun eso al hermano de Laura. Madrid era el blanco de su ambicion, la marquesa el objeto de sus deseos: y aprovechando la ocasion del enlace del Rey, sin decir palabra ni á don Angel mismo, escribió directamente á Fernando VII en solicitud de su permiso para asistir á las reales bodas. Con ellas estaba tan de buen humor el Monarca que concedió desde luego lo que se le pedia, y por medio de un correo extraordinario, se le remitieron sus pasaportes á Leoncio que á la sazon se hallaba en Turin. Recibiólos, tomar la posta, y caminar sin descanso hasta Madrid, donde llegó horas despues que la Reina, fué todo uno: y de esa manera ni don Angel tuvo tiempo para avisar á Mendoza, ni la marquesa, ni el baron conocimiento de su presencia en la córte, pues desde su casa pasó Leoncio á Palacio, asistió á los desposorios, y de allí al palco de su infiel amada.

Esta, no obstante, le recibió como si el dia antes le hubiera visto, acariciándole con los ojos y tendiéndole graciosamente la mano que él besó con humildad cortesana. Desconcertóse en los primeros momentos el baron de Peñahonda, mas rápidamente se hizo dueño de sí mismo, y echándole los brazos al cuello al recien llegado, le llenó de enhorabuenas y parabienes, sin perjuicio de jurar allá en sus adentros que no tardaria Montellorito en salir de nuevo de Madrid.

Al mismo tiempo que Ribera y con no menos sorpresa, habia reconocido Mendoza á Leoncio, mas dominándose sin dificultad le dijo:

—¿Conoce vd. á aquel caballero, segun parece?

—Sí, contestó don Luis, ó al menos creo conocerle

—Y yo tambien : juraria que le he visto en Nápoles hace poco.

—¿En Nápoles, dice vd?

—Sí señor, á él ó á otro caballero español que se le parece muchísimo.

—¿Recuerda vd. su nombre?

—No muy bien, pero si mal no me engaño tiene un apellido italiano.

—¿Montefiorito?

—Precisamente.

—Pues entonces es el mismo.

—Si ; alli tenia familia.

—¡Ah ! ¿ su muger tal vez ? ¿ La ha establecido alli?

—No señor ; tiene en aquella capital un sobrino que lleva el título de la casa. En cuanto á su muger nadie la ha visto en Nápoles: él decia que estaba en España : pero....

—¿Pero?

—Pero alli la voz comun , quizá con injusticia... En fin rumores...

—¿En fin?

—¿Vd. conoce á esa señora?

—De vista. Con que en Nápoles decian....

—Parece que á vd. le interesa...;

—No , curiosidad pura.

—¡Ya ! observe vd. como le mira la marquesa.

—¡Y qué me importa ! Hablemos de la muger de Montefiorito.

—Sentiria haber tocado á vd. en la llaga.

—Nada de eso : lo que hay es que por esa señora , á quien apenas he saludado dos veces , he tenido ya graves compromisos , y naturalmente deseo saber.....

—¿Con qué ha tenido vd. compromisos?

—Hasta el punto de acusárseme de ser su raptor.

—Eso es ya serio.

—Por consiguiente vd. comprende mi curiosidad ; y va á satisfacerla.

—Pues señor, en Nápoles se decia que esa señora habia desaparecido de Granada.

—Eso es cierto , demasiado cierto.

—Con un amante.

—¡Ah!

—Pero lo singular es que segun el vulgo ese amante era un clérigo.

—¡Laura amar á un clérigo!

—Eso decian, pero será mentira.

La impresion que el diálogo que de estampar acabamos produciria en don Luis facilmente se adivina. Por una parte en su corazon la imágen de Laura se dibujaba bella y pura como la de la virtud misma ; mas por otra las apariencias todas la condenaban , y érale imposible resistirse al poder de los hechos.

Ribera que personalmente no conocia al Dean, amigo de don Antonio , sabia, sin embargo , que un eclesiástico concurria diariamente en Granada á casa de Manuela , y que allá tambien iba su amada todos los dias. Todos en aquella ciudad tenian de Laura malísima opinion ; su marido mismo , segun el ministro de la Guerra le dijo, no vacilaba en acusarla; y por último un Italiano , un hombre que no podia tener interes alguno en la materia , confirmaba con su deposicion, tan casual como expontánea , todos los rumores públicos.

Confesemos que debia de ser muy honda , muy sincera la pasion

del coronel para resistir á tal concurso de circunstancias contra ella conjuradas, y que cediendo alguna vez á las seducciones que le rodeaban, era mas digno de lástima que de censura.

Precisamente en los momentos en que mas preocupado se hallaba con sus amargas dudas, la marquesa que hallándose con Leoncio y el baron mano á mano en el palco, porque su marido desde el principio de la representacion pasó á otro de visita, no sabia como manejarse, le hizo una seña tan cariñosa, tan seductora, para que á verla fuese, que Ribera, diciendo para sí: «olvidemos á la pérfida belleza que en vano amamos» se decidió á complacer á la que lejos de atormentarle, procuraba por el contrario conquistar su corazon.

Despidióse, pues, del supuesto Leone di Romagna, dándole una targeta con las señas de su casa, y subió al palco de la aristocrática Aspasia, quien dejando iguales al baron y á Leoncio, se dedicó exclusivamente á ser agradable á los ojos de don Luis.

El, por desesperacion, tambien se dejó querer como vulgarmente se dice, y sus dos rivales vieron el lance tan mal parado, que por no hacer tan en público un ridículo papel, salieron juntos del palco dejando el campo libre á su dichoso contrario.

Ambos, cada cual segun su carácter, iban furiosos: Leoncio rojo como la grana, mortificado como un niño recien salido del colegio; el general cortesano con la sonrisa en los labios y el alma llena de hiel.

—Parece, dijo el baron tomando el brazo de Montefiorito, que el coronel Ribera es un seductor irresistible, un Lovelace en toda la fuerza de la palabra.

La flecha llegó á su blanco, penetrando en él mas hondamente de lo que el cortesano creia, porque en concepto de Leoncio el mismo hombre que en aquel momento le desbancaba con la marquesa, le habia ya robado á su muger. Asi es que replicó con iracundo acento:

—Es carrera azarosa la de seductor, y pudiera no ser larga la del coronel.

—¡Oh! Dicen que es gran tirador.

—¡Bah! ya encontrará un dia con la horma de su zapato.

—¡Oh! si á mí me interesara la marquesa, mas que como amiga, yo le aseguro.... Un amante no puede tolerar la insolencia con que el tal coronelito se ha presentado esta noche.

—¿Sabe vd. donde vive?

—Aguarde vd... Si: en la calle del Caballero de Gracia núm. 40.

—Gracias, Baron, hasta mas ver.

Al concluir esas palabras Montefiorito bajó la escalera para tomar su coche que le esperaba: el General palaciego, mirándole bajar, se restregaba las manos diciendo:

—Perfectamente. ese majadero desafiará al Coronel, y de todas maneras salgo de uno: el otro tendrá que huir, y entonces me quedo solo. ¡Marquesa, Marquesa! De mí no has de burlarte facilmente.

La representacion se habia en esto terminado, y el baron vió pasar á su dama muellemente apoyada en el brazo de Ribera, en cuyos ojos fijaba ella los suyos con una expresion tan tierna, tan inequívoca; que ni á un ciego dejara dudar.

El Marqués corria presuroso en busca de su consorte, dejando á otras señoras en cuyo palco estuviera hasta entonces.

—No dejes á esas señoras, Joaquin, le dijo la Marquesa, digo, si el Coronel tiene la bondad de acompañarme hasta casa; añadió apoyándose con mas fuerza que nunca en su brazo.

—¡Señora! esclamó confuso don Luis, devolviendo presion por presion.

—Como quieras, Matilde; concluyó el marido; y fuese dejando tranquila á la bien avenida pareja que junta entró en el coche de la inconstante hermosura.

CAPITULO V.

Por ellas y siempre por ellas.

El dia siguiente á las ocurrencias que dieron materia á la última parte del anterior capítulo, amaneció claro y sereno aunque tan frio como el rigor de la estacion lo requiere al mediar diciembre. Diáfano y puro el firmamento, tendia su azulado rico manto sobre la Capital de España, cuyas elevadas torres, dibujándose en la atmósfera graciosas y esbeltas, reflejaban en sus capiteles los dorados rayos del rey de los astros, que con su presencia, no frecuente en el invierno, parecia solemnizar tambien las bodas de Fernando VII, esposo de nuestra ilustre princesa, y de una de las mas hermosas mugeres de su tiempo.

Todavia respiraban pueblo y poblacion contento y alegria por do quiera: veianse los preparativos para las luminarias de la segunda noche, que en todo habian de ser iguales á las de la primera; y próceres y magnates, y empleados y palaciegos, y simples ciudadanos se agolpaban desde muy temprano en los salones, en las antecámaras, en las galerias, en las escaleras, en los patios y en las plazuelas del real palacio.

El doce de diciembre, en efecto, fué el dia destinado á las velaciones de los Reyes, y si deber era de los cortesanos y funcionarios públicos acompañar á SS. MM. desde su alcazar hasta el convento de Atocha, donde aquella ceremonia se verificó, el pueblo por amor, ó por curiosidad, quizás por ambas causas, acudia con ansia á gozar del expectáculo, distinguiéndose entre la muchedumbre por su curiosidad multitud de forasteros, atraidos de cerca y lejos de la capital, por la fama de las fiestas y las esperanzas de novedades.

Mientras al raso se impacientaba el comun de los fieles, en palacio, ya lo dijimos, la real servidumbre y otros personages esperaban en cámara, antecámara y otros salones, cada cual segun su gerarquia, divididos en pequeños grupos, pisando quedo, hablando poco, observando mucho, y con la sonrisa en los labios, porque el gozo ó al menos su apariencia, formaba parte del trage de etiqueta en aquel dia.

Esto podrá parecer una paradoja y es sin embargo un axioma dog-

mático entre palaciegos: Dios ha dado al hombre la fisonomía y la lengua, para expresar, no lo que siente, sino lo que le conviene ó lo que expresar se le manda.

¿Está el soberano melancólico? pues todos los semblantes han de llevar el sello de la tristeza y aun de la letiricia si á mano viene. ¿Alegre? Pues regocijados han de aparecer sus áulicos, siquiera padezcan de incurable hipocondría. Nadie sabe en aquellas regiones si tiene frio ó calor, si el tiempo es húmedo ó seco, hasta que el amo decide lo que haya de ser.

¿Y ahora, se nos preguntará, complace mucho á los monarcas verse rodeados de autómatas que se mueven solo segun el resorte que se les toca? ¿No conocen SS. MM. que tan completa y absoluta conformidad con sus inclinaciones, gustos, caprichos, y aun dislates, procede sólo de adulacion servil, y que en servidores tales poca es la confianza que tener deben?

Como nunca hemos sido Reyes, ni mucho menos, no nos es posible dar satisfaccion á tales dudas: lo único que apuntaremos es que segun dicen, en Palacio vale mas agradar que servir, y que es constante, que por desgracia suele ser un gran medio la adulacion para hacerse grato cualquiera á los ojos de otro hombre ya sea monarca ó ya vasallo.

Pero, volviendo á nuestro asunto, entre los diferentes cortesanos que esperaban en la cámara la salida de los Reyes estaban el baron de Peñahonda y Leoncio de Montefiorito, ambos de calzon y media con el grande uniforme de Gentiles hombres, y asidos del brazo como dos amigos íntimos, aunque hasta entonces fueran siempre sus relaciones harto superficiales.

El baron habia formado un plan que el llamaba estratégico, sin comprender gran cosa del significado de esa palabra técnica de su aparente profesion; plan que consistia simplemente en lo que se llama en estilo familiar, sacar el asena del fuego con la mano agena.

Ya se dijo en tiempo oportuno que S. E. no era muy aficionado á pendencias, propias, decia, de gente estúpida que no conoce mas razon que la fuerza brutal, por eso en vez de disputarle á Leoncio francamente el usufructo, que no posesion, de la Marquesa de Sotoverde, prefirió proporcionarle una mision diplomática que de Madrid le alejase; por eso tambien en la ocasion presente, juzgaba mas cuerdo deshacerse de Ribera por mano de Montefiorito, ó de este por la de aquel, que entrar en lucha con ambos á la vez. El bueno del General habia errado la vocacion: quiza eligiendo carrera con mas tino, fuera un mediano diplomático, en vez de ser un ridículo militar.

Leoncio con su acostumbrado dón de errarlo todo, cayó en la red, ó mejor dicho salióle al encuentro; porque tal era su enojo por el triste acogimiento que la Marquesa le hiciera, que apenas vió al baron en Palacio, cuando él mismo entabló la conversacion.

«¿Que quiere vd. que le diga? esclamó el General despues de oir una furibunda diatriba de Montefiorito contra la *groseria* conque la coqueta los habia tratado á entrambos: «Lo que es á mí me importa poco; trato á esa muger como ella trata á todo el mundo.

—Dichoso vd. que tiene tanta sangre fria yo no puedo tolerar sus caprichos.

—¡Oh si yo fuera su amante...!

—¿Y bien, que haria vd.?

—¿Que haria? Con ella nada: pero con el coronelito....

—Si, con el coronel ¿que haria vd.?

—¿Que se hace con un hombre que mete la hoz en mies agena? Digo á menos que medie la prudencia y se abandone el campo.

—¿Pero vd. cree, que Matilde, quiero decir, la Marquesa....?

—Nada, amigo mio, yo ni creo ni dejo de creer, nunca creo nada en las cosas que no me importan.

—Importarme, á mi tampoco: pero en fin, aun que solo sea por curiosidad, quisiera saber.

—¿Y qué diablos quiere vd. saber mas de lo que ha visto? El se está muy quieto en su luneta; ella le hizo seña para que subiese. El entabló la conversacion general, ella la hizo particular. Despues ambos prescindieron heróicamente de nosotros...

—¡Cierto!

—Luego salieron juntos del palco.

—¡Juntos!

—Y solos entraron en el coche de la Marquesa.

—¡Solos!

—Pues; el Marques acompañó á la Duquesa viuda, y se estuvo allá jugando al tresillo hasta las dos de la mañana.

—¿Y el coronel?

—Amigo ya tanto no sé: él es como anoche se lo dije á vd., seductor irresistible.

—¿Qué quiere vd. decir con eso, General Peñaonda? exclamó furioso Leoncio al llegar á ese punto, creyendo encontrar una alusion personalísima, en aquella frase, dicha sin tanta malicia como él sospechaba, aunque no con poca, en verdad.

—Quiero decir, replicó rindose al baron..... Silencio, oiga vd. las palmadas, el Rey viene.»

En efecto la ceremonia comenzaba; Leoncio y el baron se pusieron la máscara del dia, esto es la del gozo; y el real cortejo se puso en marcha.

Aquella noche asistieron los Reyes al teatro de la Cruz, donde hubo himnos, versos, y melodrama, alegóricos á las circunstancias; al siguiente dia besamanos general, y funcion que tambien honraron con su presencia el Monarca y su esposa; en el coliseo del Príncipe; el 14 por la mañana besamanos del Consejo, por la noche salieron S.S. M.M. á ver las iluminaciones. Ni paró en esto, pues el 15 y 17 hubo corridas de toros, el 16 gran parada en la plaza del sur de Palacio, por la cual desfiló la guarnicion entera estando los Reyes en el balcon principal; las dos noches fuegos artificiales en la plaza de Oriente; y en la del 19 fué la Reina con su esposo á oir la opera de Rosini titulada el Sitio de Corinto.

Durante todo ese tiempo la nueva Reina, sin mas que mostrar en público su rostro en que la naturaleza depositó tan singular como

poderoso hechizo, adquirió una popularidad inmensa, preludio de la que algunos de sus actos políticos la valieron despues por algun tiempo, aunque en resúmen fueron harto mal pagados; y á medida que los indiferentes, la clase media y los liberales se apegaban á su soberana, desprendianse de ella los realistas fanáticos, propalando ya desde entonces calumnias horrendas contra la augusta princesa, en lo cual tambien preludiaron á las que otro partido extremo fulminó mas adelante contra la misma Señora.

Leoncio y el Baron, que por obligacion en unas ocasiones, y por deseo de figurar en otras, casi constantemente, de mas cerca ó de mas lejos, acompañaron á los Reyes, ó por lo menos acudieron á donde ellos iban, dejaron todo aquel tiempo tranquilos á la marquesa de Sotoverde y al Coronel Ribera, mas bien su amado que su amante.

En efecto, en don Luis aquel galanteo procedia de ociosidad, despecho y cortesanía. La marquesa era bella, mas no bastante jóven que pudiese enamorar á un hombre tan poéticamente templado como nuestro coronel, platónico por su sentimiento, aunque militar y no gazmoño. Recibió, pues, los avances de Matilde, sin pesarle de ellos, con gratitud, con rendimiento si se quiere, mas no con entusiasmo, no sin dejar ver, á través del velo de su galantería, que sin costarle ni un dolor de cabeza pudiera romper las cadenas de rosas con que la marquesa le enlazaba. Ella, por lo mismo que no se dejaba engañar por las apariencias, hizo empeño en rendir condicion tan exenta; y poco á poco fué envolviéndose en los propios hilos de la trama que urdia, de tal suerte que, como el gusano de seda, llegó á construirse una cárcel de que á salir no acertaba.

Duraban sus manejos ya de mucho tiempo cuando Mendoza y Ribera se encontraron á la entrada del teatro, pero aquella noche el inopinado Leoncio que la puso en el conflicto de optar entre dos rivales que ambos ya la empalagaban, hizo crisis en el lance, y la resolvió á dar el golpe decisivo, como le dió en efecto, llamando á don Luis á su palco cuando él no parecia inclinado á ir allá segun otras veces lo acostumbraba.

Quiso la suerte que entonces nuestro coronel, mal dispuesto contra Laura por las calumnias que contra ella le acababa de decir Mendoza, estuviese buscando medios para desasirse de una pasion imposible de satisfacer, y en su opinion entonces mal empleada. La ocasion la fortuna se la ofrecia; un clavo saca otro clavo, dice el vulgo; amor con amor se cura, dirian Lope ó Calderon: «La que adoro, pensó Ribera, no es digna de mi cariño, ni me corresponde: paguemos pues la aficion que la marquesa me muestra.»

En la gran parada del 16 llevaba nuestro coronel sobre el guante un anillo de oro con un magnífico solitario; y en lo interior de ese anillo estaban grabadas estas letras: *My L. 11 de diciembre 1829. Para siempre.* La Marquesa en carretela abierta se encontró tres veces al paso del Regimiento en la carrera: vió las iluminaciones del brazo del Coronel; acudió á la misa del cuerpo; no dejaba pasar ni una tarde por delante del cuartel á la hora de lista; y en resúmen, tan á

banderas desplegadas se proclamó de aquel hombre, que hasta los soldados que don Luis mandaba, al verla pasar se decian uno á otro: «Chico: la Coronela: mírala que guapetona.»

Quiso Ribera moderar tales extremos; recomendó la prudencia, hizo presentes los riesgos... todo fué en vano: las mugeres galantes cuando se enamoran, sobre todo si es ya en el equinocio de la vida, no están satisfechas si el mundo entero no sabe que aman y son amadas.

Con lo dicho formará el lector idea de cual seria el depósito de amarga hiel acumulado en el corazon del General Peñahonda, cuan grande y violenta la saña del orgulloso Montefiorito, su inseparable compañero por entonces.

Pasados los dias de los festejos, y almorzando cierta mañana en casa del Coronel en su compañía don Rafael de Villaparda, comandante de Voluntarios realistas que acaso recuerde el lector haber hallado en el primer libro de esta historia, y el italiano don Leone de Romagna, es decir Mendoza que no se habia descuidado en cultivar la amistad del coronel, anunció el ayuda de cámara que el General baron de Peñahonda, y otro caballero deseaban ver á don Luis de Ribera.

Hízolos este entrar en su gabinete, y aunque sorprendido de ver asi al General como á su acompañante, que era el Brigadier don Gerónimo Cantarrana, Mayordomo de semana de S. M., de riguroso uniforme militar, ofrecióles cortesmente asiento, sin manifestar alteracion alguna, y aguardó á que se explicasen.

—Coronel, dijo el General, vd. se sorprenderá con esta visita, y á mi me pesa el hacérsela: pero ¿qué quiere vd., amigo mio? Son compromisos inevitables.

Ribera comenzaba á comprender de que se trataba, si bien se figuró que el General queria empeñar el lance por su cuenta, sin embargo guardó silencio; y viendo el Brigadier que el asunto iba despacio, tomó la palabra diciendo:

—El señor don Leoncio de Montefiorito nos ha comisionado para entregar á vd. este billete (poniendo uno en manos de don Luis): y para arreglar en seguida el negocio de que trata.»

—Con permiso de vds., contestó Ribera abriendo la carta, que asi decia:

«Señor coronel: un hombre que desea saber si es vd. tan diestro en las armas como en las artes de la seduccion, espera que se sirva vd. darle una cita para lo mas pronto posible y con las condiciones que estipulen dos amigos de vd. de acuerdo con los señores General baron de Peñahonda y Brigadier Cantarrana, que pondrán esta en sus manos de vd.»

«Que en este lance no hay transaccion posible lo comprenderá vd. con decirle que el hombre que le reta es

L. Montefiorito.»

—Ignoro, dijo el coronel despues de leido el billete, en qué he ofendido á ese caballero; mas segun los términos en que está con-

cebida su carta infiero que la mejor respuesta será probarle que tengo mas de militar que de seductor. Justamente dos amigos me hacian el honor de acompañarme á la mesa cuando vds. han venido; si, como lo espero, me dispensan tambien el de acompañarme al campo, dentro de muy pocas horas estará mas que satisfecho el señor don Leoncio.

Salió con esto del gabinete, para enterar á Villaparda y al supuesto italiano de lo que ocurria; y rogándoles que se entendiesen con los padrinos de Montefiorito, púsose entre tanto con gran tranquilidad á despachar algunos papeles de su regimiento, sin perjuicio de mandar que le ensillasen los caballos y requiriesen las armas.

Entre tanto los cuatro padrinos debatian solemnemente las condiciones del próximo duelo, graduándolas cada cual segun su particular manera de considerar aquel lance.

—¡Qué diablo! (decia don Rafael de Villaparda) ¿no son los dos oficiales de caballeria? Pues que se batan á caballo y con los sables. De esa manera se desahogarán y el resultado nunca puede ser funesto.

—Me parece bien, contestó el Brigadier: asi como asi la cosa no vale tampoco la pena.

—Sin embargo, observó Mendoza, permítanme vds. que les haga una observacion. El último párrafo del billete del retador indica, á mí á lo menos tal me parece, que median para este desafio, ademas de las aparentes, razones secretas de la mas alta importancia.

—Este caballero, dijo á su vez el Baron, tiene muchísima razon. Las palabras de Montefiorito son terminantes: «*Que en este lance no hay transaccion posible lo comprenderá vd. con decirle que el hombre que le reta es:—Leoncio de Montefiorito.*»

—¡Bah! exclamó el brigadier, que obraba de la mejor fé del mundo; todo ello es nada. Amoríos que no valen seis maravedis.

—Cierto, añadió Villaparda; bueno fuera que dos hombres de honra se matasen porque la marquesa de Sotoverde tiene los cascos á la Gineta....

—Ese modo de hablar, interrumpió el General, me parece....

—Oh, si al señor General le disgustan mis palabras, no tengo inconveniente en que antes ó despues de la fiesta principal, ejercitemos nosotros el brazo.

—Señores, exclamó Mendoza, no compliquemos el negocio.

—Mi ánimo, dijo el baron un tanto alarmado, no ha sido provocar al señor....

Don Rafael le miró de una manera harto significativa: pero como el cortesano no se diese por entendido, terminóse sin mas consecuencias aquel incidente. En cuanto á la cuestion principal el Brigadier y Villaparda, ambos conocidos en la córte por su valor, destreza en las armas y prácticos en lances de aquella especie, inclinábanse, como hemos visto, á que el combate se realizase de manera que, sin peligro de las vidas, pudiesen no obstante Ribera y Montefiorito saciar su enojo: pero el baron y Mendoza, por causas que el lector conoce, tenian por el contrario empeño en que el desafio fuese, sino precisamente á muerte, á lo menos con tales condiciones que uno de

los combatientes quedase muy mal parado, y el otro en consecuencia tuviese que huir de la córte y quizá de España.

Los de la opinion moderada sostenianla, sin embargo, con grande empeño, hasta que el supuesto don Leone di Romagna dijo al fin:

—Señores: puesto que es preciso decirlo todo para convencer á vds., sepan que tengo motivos para sospechar que mi ahijado galanteó en sus tiempos á la muger de Montefiorito!

—¡Ah!!! Exclamaron á un tiempo Villaparda y el Brigadier, expresando en los semblantes que variaban de opinion.

El baron que nada sabia en la materia hasta entonces, repuso no obstante en tono solemne y misterioso:

—Lo mismo sospechaba yo: la marquesa es aqui el pretexto y no otra cosa.

—Entonces, dijo don Rafael, me rindo: soy del mismo parecer qne vds. Deben batirse seriamente.

—Hasta que uno de los dos quede fuera de combate, añadió Cantarrana.

—¿Con floretes? preguntó Mendoza.

—Es la mejor arma; respondió el General, extremeciéndose á pesar suyo.

—Sea: pronunció con gravedad don Rafael.

—Convenido; » concluyó el Brigadier.

Aplazóse el duelo para dentro de dos horas, señalándose para que se verificase la ermita de San Isidro del Campo; y los padrinos de Leoncio se marcharon á buscarle.

Ribera oyó impasible, ó mas bien con satisfaccion, lo que en su nombre habian estipulado sus amigos: sin poderlo remediar abrigaba en el corazon un sentimiento de ódio contra el hombre que era dueño de la belleza que le era imposible dejar de amar aun en los brazos de otras; y satisfecha su conciencia con no ser él quien el lance provocaba, dábase el parabien de que la suerte le proporcionase ocasion tan propicia para satisfacer su cólera.

Montefiorito, por su parte, aunque en realidad mas interesado y con mucho por la marquesa de lo que ella merecia, buscaba en aquel duelo una manera indirecta de vengarse del hombre que en su concepto le habia deshonrado, seduciendo á su hermana; á los ojos del público su esposa.

Por consiguiente el Baron y Mendoza, obrando como á sus propios intereses convenia, sirvieron sin embargo completamente los de sus respectivos clientes, al menos en cuanto dejaron satisfechos los deseos que aquellos tenian de batirse encarnizadamente.

Con tales antecedentes no era el desafio de que tratamos uno de los infinitos que por sucesos de poca monta, generalmente por galanteos, se verificaban entonces en Madrid: menos aun de la especie de los modernos duelos, de los cuales, cuando por casualidad llega á dispararse una pistola y silba su bala á diez varas de cualquiera de los campeones, se habla despues en la córte y se escribe en los periódicos durante dos meses, produciendo su narracion ataques de ner-

vios. Ribera y Leoncio iban á batirse con ánimo resuelto de matarse; de sus padrinos todos lo sabian y algunos lo deseaban; y por tanto caminaron hasta el parage señalado con gravedad y compostura, hicieron en el terreno los preparativos indispensables con gran solemnidad.

En mangas de camisa los dos adversarios, desnudos los brazos hasta el codo, descubierta la cabeza, desabrochado el cuello, y el pecho sin defensa alguna, colocáronlos sus padrinos el uno frente al otro con los floretes en las manos; y tirando tambien ellos sus espadas, adelantándose el comandante Villaparda y en voz sonora, aunque visiblemente conmovida dijo:

—Señores, ¿dudan vds. el uno del valor del otro?

Los preguntados respondieron negativamente con las cabezas.

—En ese caso respondió Villaparda, bien pueden sin nota de cobardia transigir sus diferencias, si es que hay medio»...

—¡Eso es imposible, contestó iracundo Leoncio.

—Por mi parte, interpuso con gran sosiego Ribera, soy el retado y cumplo con hallarme aquí.

—Dejémoslos batirse; exclamó el brigadier; está visto que no hay transaccion posible.

Mendoza y el Baron guardaban profundo silencio: el primero temiendo con razon que su voz, de Leoncio muy conocida, hiciese inútil su disfraz, el palaciego porque á pesar que el riesgo no era para su persona, enmudecia al contemplarlo.

«En guardia, caballeros, clamó Villaparda; y á su voz levantaron simultáneamente los combatientes sus armas, y cruzaron las hojas.

Montefiorito, cuyo valor consistia en el orgullo simplemente, brotaba fuego por los ojos: Ribera, en quien todo era sentimiento y verdad, ostentaba una serenidad admirable, un contento, permítasenos la palabra, que desde luego hicieron creer á los padrinos que la victoria seria suya.

En cuanto á destreza Leoncio gozaba con justicia de gran reputacion; y á don Luis, el comandante Villaparda que era entonces el primer tirador de Madrid en todas armas, confesaba respetarle. La partida era, pues, bajo ese aspecto perfectamente igual. En caso de reconocerse ventaja por una ú otra parte, pudiera decirse que el hermano de Laura tenia la de haber desde luego tomado la iniciativa, atacando á su contrario; y este la de conservar sus fuerzas intactas, pues que á parar se limitaba por el momento, es decir á parar teniéndole siempre á Leoncio la punta del florete fija delante de los ojos.

Es de advertir á los que dichosamente lo ignoren, que semejante inmediata perspectiva obra en la sangre mas acalorada como un salutífero calmante; porque, digan lo que quieran, nadie gusta de sentir en el pecho el frio contacto de la empuñadura de la espada de su contrario, percance que infaliblemente ha de acontecerle á quien en circunstancias tales se descuide un momento.

Por tanto Leoncio, despues de haberse tirado una vez á fondo so-

bre su antagonista con harta imprudencia, consiguiendo solo herirle al soslayo en el antebrazo, pero á costa de un pinchazo en el pecho, que si el Coronel quisiera terminára el duelo, pues pudo meterle el florete hasta la guarnicion; despues, decimos, de ese percance, comprendió la necesidad de reportar su ira teniendo al frente tan temible adversario.

Los padrinos intervinieron, suspendiendo el combate algunos instantes, para reconocer y vendar las heridas, y para que los campeones tomasen algun aliento: pero no osaron los que lo deseaban, proponer todavia que se terminase.

Téngase en cuenta que Villaparda y el Brigadier asistian de cerca á los combatientes; que el baron desde la esquina de la ermita, á cuya espalda tenia lugar la escena, observaba las avenidas de la córte; y que Mendoza, en fin, sobre un cerrillo que dominaba el terreno de la lucha, guardaba la parte del campo.

En el segundo asalto á los ojos de quien no entendiese el manejo de las armas, el ardor del combate pareciera entibiado: pero los testigos inteligentes que lo presenciaban, advirtiendo que ambos contrarios reconcentraban sus fuerzas, se observaban cuidadosamente, y no tiraban estocada sin profunda intencion, presintieron que el momento de la catástrofe se acercaba.

Era en efecto visible la resolucion de Leoncio y de Ribera; sin hablarse una palabra se habian entendido: la existencia de uno de ellos era incompatible con la felicidad del otro; y en consecuencia lejos de procurar herirse sin discernimiento, evitaban todo golpe que pudiera terminar el combate sin acabar al mismo tiempo con una vida.

Mendoza desde su altura contemplaba aquel espectáculo con satánico gozo; el Baron en su esquina, impacientábase por lo prolongado de la lid; Villaparda y Cantarrana, deploraban que uno de aquellos dos valientes hubiese de perecer víctima de la ligereza de una muger, porque en su concepto no habia otra razon para el duelo.

Tres minutos, algo menos, duró aquel segundo acto del drama que procuramos describir: al cabo de ellos, creyó Leoncio ver en descubierto á su enemigo y tirándole con rapidez una media cinta de cuarta á tercera, arrojóse á fondo lanzando al mismo tiempo un grito de victoria: mas Ribera que habia previsto la estocada y tenia muy firme la muñeca, parando el golpe con velocidad increible por medio de una vigorosa contra de cuarta, varió la direccion del hierro de Leoncio, que le pasó rasante al cuerpo, y presentando al frente su florete, Montefiorito, arrastrado ya por la velocidad adquirida, clavóse de parte á parte.

Veláronsele los ojos, perdió el conocimiento, su pecho se inundó de sangre, y por pronto que los padrinos acudieron, ya él estaba en el suelo con apariencias de cadáver.

El baron hizo seña á un cirujano que en su coche aguardaba para que acudiese á reconocer la herida que dichosamente penetró uno ó dos dedos mas baja del corazon, pero que sin embargo declaró el facultativo peligrosa.

Ribera, depuesta ya toda saña, no quiso de ningun modo separarse del campo del duelo, hasta que se curó al herido, y este recobrando la razon, pudo oirle.

Entonces le dijo: «Señor de Montefiorito, la grave ofensa que vd. cree haber recibido de mí, juro por Dios y por mi honra que yo no se la he hecho, y que jamás su esposa...

—Basta, exclamó lánguidamente Leoncio tendiendo su mano al Coronel, basta; estoy satisfecho.

—En cuanto á Matilde, prosiguió don Luis....

—No me importa, replicó el enfermo estrechando segunda vez la mano de su vencedor.

—Señores, interpuso el cortesano, basta de conversacion, transportemos al paciente á su cama.

—Sí, llevémosle á su casa, dijo el baron.

—Pues no perdamos tiempo, insistió el cirujano, y en efecto acomodaron á Leoncio en un coche que con él, sus dos padrinos y el facultativo, echó á andar al paso hácia Madrid.

Ribera, Villaparda y Mendoza se fueron, como habian ido á caballo, no satisfechos, sino pensativos, por lo menos el Coronel lo estaba; porque el resultado de un duelo no se sabe para quien es mas triste, si para el vencido ó para el vencedor, cuando este es un hombre de moralidad y de tan honrados sentimientos como lo era el amante infeliz de Laura.

Al despedirse de él en Madrid le dijo Villaparda:

—Luis, que sea en hora buena, de esta salimos con bien.

—Confieso contestó Ribera, que me tiene inquieto la herida de Montefiorito.

—Curará; interpuso Mendoza, como si le pesára de su propia profecia.

—Sí curará; añadió alegremente el comandante: pero es mucha desgracia que ha de esponerse un hombre todos los dias á morir ó ser homicida, nada mas que por ellas y ¡siempre por ellas!»

CAPITULO VI.

Aciertos y errores de cálculo.

Todo el mes de enero de 1830 lo pasó Leoncio en la cama en su casa del barrio de Afligidos; el Brigadier Cantarrana, y el Baron de Peñahonda fueron sus enfermeros; y diariamente acudia el ayuda de cámara del Coronel á preguntar en nombre de su amo por la salud del enfermo.

La Marquesa misma de Sotoverde enviaba sus targetas de cuando en cuando; el Marqués fué personalmente una ó dos veces; y en general las personas mas distinguidas de la corte dieron muestras á Montefiorito de sentir su desgracia.

En cuanto al Coronel, persuadida Matilde, de que ella y ella sola habia sido la causa del duelo, no encontró mejor medio de recom-

pensar su hazaña, que profesarle, sin rebozo alguno, un amor de esos frenéticos, incesantes, y exigentes, que no dejan respirar un solo minuto al paciente: que le ponen como se dice de ordinario, en berlina á todas horas; y que, á mayor abundamiento, le hacen esclavo. Cuando los sentimientos son recíprocos, unísonas las aspiraciones, y conformes los deseos, se han visto casos en que tales amoríos exagerados duran hasta seis meses, de los cuales tres, á lo menos, se pasan en un infierno de disputas, disgustos y celos; ahora, si hay una de las partes que se monta en el diapason del inseparabilísimo, y la otra, por el contrario, se contenta con querer como Dios manda, es decir, tranquila y sosegadamente, una y otra se divierten lo que es fácil de presumir, y el desenlance no suele hacerse esperar largo tiempo.

Por dicha para la Marquesa que, despues de haber sido toda su vida mas inconstante que la Mariposa, empeñábase con el Coronel en ser una verdadera Artemisa: Ribera, mas desesperado que nunca de conseguir el único deseo vehemente de su corazon, prestóse sin dificultad al papel que se le quiso hacer representar, y ya que no completamente satisfecha, estuvo Matildè por algun tiempo en situacion tolerable.

Mientras tanto la correspondencia entre Mendoza y don Angel, quien despues de haberle dejado Leoncio pasó á Marsella, fué extremadamente activa; tanto porque asi lo exigia la marcha de los negocios políticos, cuanto por requerirlo igualmente los particulares de entrambos.

A nuestro Capitan pedíale incesantemente el Gobierno los prometidos papeles relativos á la conjuracion italiana; á don Angel que revelase los planes de los revolucionarios de Francia. So pena, pues, de perder las inmensas ventajas de sus respectivas posiciones, hubieron de ponerse de acuerdo para satisfacer en lo posible aquellas exigencias, sin comprometer al mismo tiempo los graves intereses políticos del porvenir.

Restaba, aun zanjado ese punto, la averiguacion del paradero de Laura, con respecto al cual cuanto sabian era negativo: no la habia robado Ribera: no tenia Leoncio noticia de su paradero: no daba con ella la policía.

Sin embargo, Mendoza nunca perdió la esperanza y vamos á ver como aprevechaba aquel hombre inflexible las circunstancias en su provecho.

Por de pronto, insistió en que los papeles que se le pedian ó á lo menos los mas importantes, al parecer obraban en poder de la esposa de Leoncio; aunque esperaba descubrir algunos en Madrid, si se le concedia para ello el tiempo necesario. Don Angel, de órden suya extendió una memoria en términos generales sobre el estado político del reino de Francia, en la cual, anunciando en términos positivos el movimiento revolucionario que allí era inminente, evitó cuidadosamente comprometer á personas determinadas. Aquel documento, comunicado por nuestro Gobierno al de Cárlos X, no fué mas atendido que los discursos de los diputados de la oposicion

en la cámara, ó los artículos diarios de los periódicos, ó los consejos de realistas ilustrados y celosos; al contrario, cada vez mas firme el partido *ultra* en su propósito reaccionario, inferia de los avisos que se le daban, la necesidad de apresurarse á realizar sus planes, no la de renunciar á ellos, que fuera lo mas cuerdo.

Pero don Angel llenó su objeto cumplidamente con aquella su memoria, y pudo regresar á Madrid á mediados de enero que era lo que entonces deseaba él y á Mendoza convenia.

En efecto, nuestro benévolo personage fué sin ceremonia á hospedarse en la casa-palacio del barrio de Afligidos, y Leoncio, á quien durante el viage que juntos hicieron por Italia logró persuadir don Angel de dos mentiras clásicas sin duda, mas á sus intentos muy importantes, viole llegar no solo sin disgusto, sino quizá con satisfaccion; porque aquel hombre le era en ocasiones utilísimo realmente.

Expliquemos como el hermano de Laura llegó á tener fé en el confidente de Mendoza, para lo cual en primer lugar bueno será que el lector recuerde la gran diferencia que en punto á talento, astucia, y conocimiento del mundo media entre el noble Gentilhombre y el oscuro agente de la policía; diferencia, como sabemos inmensa y en todo favorable al último. Asi es como; supuestas la cortedad de los alcances del gran Señor y su credulidad de una parte, y de otra la travesura y la impudencia de su contrincante, se comprenderá que este le narrase y aquel creyera la fábula que á referir vamos, y es como sigue.

Don Angel (decia él mismo) cándido y de buena fé en todas sus cosas, habia durante largos años creido que Mendoza, si tomaba parte en manejos revolucionarios, era con el exclusivo objeto de inutilizar ó por lo menos, de paliar sus resultados: mas tarde, fascinado por aquella serpiente, llegó á contaminarse con las ideas anárquicas; pero habiendo tenido la dicha, á su regreso desde Lóndres á España, de encontrar con un confesor celoso é ilustrado, abrió sus ojos la luz del desengaño, siguiéndose una abjuracion sincera de los pasados errores, y solemne voto de consagrar el resto de su vida al servicio del Trono, en expiacion de los males á que pudo contribuir antes como fautor de los liberales.

Algo dudó Leoncio en cuanto al móvil de la conversacion de don Angel, atribuyéndosela á miras mas metálicas y positivas: pero, juzgando al ageno por su propio corazon, persuadióse de que quizá era mas sólido el cimiento de los intereses que el de las convicciones. En esto, por regla general: es lastimosamente cierto que no se engañaba.

Mas vamos al segundo engaño. Era preciso tranquilizar á Leoncio con respecto á Mendoza, dueño de papeles que en todo tiempo podrian serle fatales, pues amen de revelar que era marido á sabiendas de su propia hermana, probaban que sucesivamente habia sido traidor á los bandos liberales y realista.

Don Angel y el mismo Mendoza habian calculado que mientras Leoncio viviese en continua alarma y recelando de todo el mundo, se-

ria muy difícil hacerle dar cuando conviniese un mal paso : y á efecto de tranquilizarle le enseñó el primero una carta del segundo , fecha en Lóndres el año de 27, en la cual le decia que pocas horas despues de escrita iba á embarcarse para los Estados Unidos , y para siempre renunciaba á su Patria. Algo era esto , mas no bastante todavia ; por lo cual á expensas de un corto sacrificio pecunario se hizo insertar en un número del Times del año 1829 , el párrafo siguiente.

«Nueva York 13 de marzo—No se habla desde anoche en esta ciudad de otra cosa que de la catástrofe ocurrida en una fonda de las mas notables. Un emigrado español , el capitan don Pedro Mendoza, que residia hace dos años en los Estados de la Union dedicado al comercio , hallándose próximo á quebrar á consecuencia de especulaciones desgraciadas se ha suicidado en su habitacion á las nueve y media de la noche. Al estampido del pistoletazo con que se abrasó los sesos , acudieron las gentes de la casa que le hallaron ya cadáver en su propio lecho. En la chimenea se encontraron pavesas y cenizas de muchos papeles que , sin duda , incendió el suicida , poco antes de terminar su existencia. Una carta muy lacónica , que dejó sobre la mesa de cabecera , declara que Mendoza, no pudiendo tolerar la idea de verse en quiebra , iba á quitarse la vida.»

Noticia tan circunstanciada, que copiaron varios periódicos franceses , y que don Angel tuvo muy buen cuidado de hacer llegase á conocimiento de Leoncio , persuadió á este , como hubiera persuadido á cualquiera , de la muerte de su formidable enemigo.

En tal estado de cosas, ya se concibe que don Angel con su buena maña lograra captarse el afecto y confianza del hermano de Laura; y que Mendoza estuviese seguro por su medio de que el último no pudiera dar un solo paso de que no llegara á él inmediatamente la noticia.

Explicados asi los indispensables antecedentes, prosigamos refiriendo los sucesos segun ocurran.

La primera conversacion que á solas tuvieron don Angel y Leoncio, que fué despues de haberse aquel puesto ya de acuerdo con el capitan, versó como era natural sobre el reciente desafio, sus causas y consecuencias.

Montefiorito se inclinaba á dar asenso á las protestas que Ribera le hizo en el campo mismo, sobre hallarse inocente en el rapto de Laura, sin embargo de convenir con su confidente en que las apariencias estaban todas en contra del Coronel; porque no parecia probable que espontánea é innecesariamente faltase á la verdad don Luis en momento tan crítico y solemne.

—El hecho es, replicó don Angel, que la señora no parece, y que no se conoce, no se sospecha siquiera que exista otra persona interesada en ocultarla mas que ese hombre, su declarado amante.

—Cierto, dijo Leoncio; por eso no puedo acabar de convencerme.... Si hubiera algun medio de salir de la duda.

—Quizá.

—¿Se le ocurre á vd. alguno?

—Tal vez; y no ahora precisamente.

—¿Pues por qué no lo ha dicho ya, por qué no lo dice vd?

—Porque mientras viajamos por Italia no me pareció ocasion oportuna; y ahora acabo de llegar.

—Bien, bien: pero explíquese vd.

—Voy allá, señor, voy allá. En este negocio sucede una de dos cosas: ó la señora está, en efecto, retirada en algun monasterio; ó se fugó con un amante.

—Precisamente.

—En la hipótesis de que lo segundo sea lo cierto, no veo manera de descubrir su asilo; ó el tiempo y la casualidad lo hacen, ó para siempre lo ignoramos.

¡Ah! ¡sí!

—Pero, si por casualidad fuese lo primero.....

—¿Entonces?

—Es de presumir que su ascetismo no haya despojado completamente á la señora del afecto que debe tener á vd., que al cabo es su marido.

—Si en eso estriba el proyecto, temo que fracase: Laura me miraba hacia mucho tiempo con la mas completa indiferencia.

—Convengamos en que vd. no hacia méritos para otra cosa.

—Como quiera que sea, ella no me amaba.

—Podrá no amar y sin embargo conservar algun cariño. Las desgracias interesan siempre; y en fin, ¿en probar que se pierde?

—Nada, ¿pero qué vamos á probar?

—Si la noticia de hallarse vd. gravemente herido arranca á la señora de su retiro.

—La dificultad está en comunicársela.

—Escríbale vd. una carta, remítasela á su Procurador de Cadiz; y Dios dirá.

Don Angel estuvo siempre en la persuasion de que el bueno de don Justo, por mas que callaba, sabia donde se ocultaba Laura, ó por lo menos tenia medios de comunicar con ella. Leoncio por su parte no hallando inconveniente alguno en el proyecto, prestose á su ejecucion aunque sin grandes esperanzas de obtener resultado favorable. Mendoza y don Angel calculaban mejor que él en todo y por todo.

No así el Baron de Peñahonda que habia contado como vulgarmente se dice, sin la huéspeda al calcular entre las consecuencias seguras del duelo, en parte por él provocado, el destierro, prision ó fuga del vencedor.

Viviendo la Reina Amalia, implacable enemiga de los desafíos sin duda alguna hubiérase visto el Coronel Ribera encarcelado, so pena de abandonar su patria, pero las circunstancias eran entonces muy distintas.

—Fernando, esposo y amante de una muger que le hechizaba, concebia perfectamente que por rivalidad amorosa se batiesen dos caballeros; y la Reina en su deseo natural y lícito de conquistar los corazones de los españoles, aprovechaba con ansia cuantas ocasiones

se le presentaban de alcanzar perdon para los delincuentes é indulgencia para los culpables.

Por otra parte Leoncio, provocador, estaba harto castigado con su herida; don Luis, provocado, si faltó á las leyes escritas, fué solo por cumplir con las de la honra hondamente grabadas siempre en pechos nobles; ambos eran militares; el uno favorito en palacio, el otro citado como ejemplar de los Coroneles del ejército. Tantas y tan poderosas causas hicieron que la justicia cerrase los ojos, dándose por único castigo á los honrados delincuentes, segun la feliz expresion de Jovellanos, privarles de toda participacion en las gracias que profusamente distribuyó el Monarca para solemnizar su feliz enlace. Montefiorito se quedó sin la gran Cruz de Isabel la Católica que el Rey le habia ofrecido; y por segunda vez volvió á la cartera del Ministro de la Guerra el Real despacho de Brigadier de Ribera.

De lo expuesto resulta que el castigado fué en realidad el Baron, que si bien tuvo el infernal placer de ver atravesado de parte á parte á uno de sus rivales, al mismo tiempo tambien que ser testigo del público doble triunfo del otro, perdiendo en resúmen no solo el amor, sino lo que él mas sentia, la alianza de la Marquesa de Sotoverde, hasta entonces su poderoso auxiliar en la córte. A mayor abundamiento su conducta cobarde y rastrera le hizo la fábula de la sociedad madrideña, y hasta en palacio mismo comenzaron las gentes á mirarle por encima del hombro, sin tomarse la molestia los mas de disimular el desprecio que les inspiraba.

El menguado se equivocó en sus cálculos de medio á medio; y el público, que asi como humilla la frente hasta hundirla en el polvo, ante los hábiles intrigantes y profundos malvados, es duro y hasta cruel con los torpes que á ser perversos no aciertan, revelose en el acto contra él.

Ya los Espartanos que intrínsecamente no condenaban el hurto, eran implacables con el ladron que sorprenderse dejaba; la moral de la sociedad ha variado poco de entonces acá: todo se perdona con tal que un éxito brillante dore la infamia de los medios, nada al que no acierta á conseguir su objeto.

Y lo peor es que la censura y animadversion públicas son de una naturaleza, se egercen de tal modo que en vez de corregir empeoran.

El hombre cuya primera debilidad se descubre, persuadido de que está sin apelacion condenado, se hace cobarde primero, luego bajo, en ultimo término infame.

La muger sorprendida en una fragilidad, si esta llega á hacerse notoria, raro es que no se prostituya.

Y el hombre infame y la muger prostituida, ya no se corrigen, ya no se enmiendan, al contrario, de lodazal en lodazal, van al cabo á sumirse en los abismos del crimen.

¿Por qué? Por una razon sola: porque al sentimiento religioso ha reemplazado en todo y por todo el raciocinio escéptico; porque se terminó el reino de la caridad y ha comenzado el de la beneficencia.

No es lo mismo por mas que se pretenda lo contrario llegar el pecador contrito al templo y postrarse á los pies del sacerdote que lo recibe con los brazos abiertos, y le llama hijo, y llora con él, y en perspectiva le muestra el cielo abierto á los arrepentidos; no es lo mismo decimos, aceptar la penitencia sacramental en el silencio del cláustro ó en la soledad de las ermitas; que sufrir la humillacion del patronato profano de una asociacion pseudo-filantrópica, compuesta de personas á quienes ningun sentimiento comun enlaza entre si ni pone en contacto con el culpable, y cuyo objeto, friamente calculado, es sacrificar una pequeña parte de lo supérfluo, para que la miseria no obligue á robarles sus tesoros á los infelices á quienes mas se humilla que se protege.

¿Pero á dónde vamos? ¿Qué decimos? Nuestras imprudentes reflexiones van á sublevar contra nosotros un ejército innumerable de enemigos. Primeramente los filósofos á la moda del siglo pasado van á llamarnos retrógrados, cuando lo que pedimos es libertad y tolerancia hasta para los creyentes; en segundo lugar vemos esa falange voraz de mercaderes de filantropía, que convirtiendo á los pobres en máquinas de hilar y coser, y no sabemos de cuantas cosas mas, empiezan siempre sus humanitarias elucubraciones por enriquecerse y andar en coche; luego las mugeres que pasaron de los cincuenta, si es que en efecto las hay y no son entes fabulosos, como por no haber hallado ninguna que los confiese sospechamos, los jóvenes enciclopédicos que, flor y nata del siglo, nada encuentran bueno que de mas antiguo date, se lanzan tambien á la pelea; y, lo que es peor el público, nuestro público, ese público benévolo de los novelistas, que lee sin pretensiones, solo para matar el tiempo, nos dice: «no es eso lo que yo busco, sigue tu cuento ó interrumpo la suscricion.....» ¡Horror! ¡horror!

No mas digresiones hasta que otra nos ocurra, y prosigamos, en efecto, nuestro cuento.

El baron de Peñahonda, General *in nomini*, Gentil-hombre de Cámara *in facto*, al peso de una grande y muchas pequeñas cruces, que ya tenia, tuvo que agregar el de una nueva y pesadísima, cuyos dos maderos eran el ridículo y el desprecio del público.

Para rehabilitarse fuérale necesario segun las ideas dominantes, ensangrentar la escena; es decir, dar ó recibir unas cuantas estocadas, trocando asi su reputacion de cobarde, por la muy envidiable de insolente pendenciero: mas S. E., aunque en honor de la verdad tuvo ya dos ó tres veces la idea de desafiar al coronel Ribera, recordando lo que hacer le habia visto, resolvió con mejor acuerdo, resignarse por entonces á las consecuencias de su error de cálculo; y acudiendo á aquella máxima italiana que dice, si mal no recordamos:

«Con arte é con inganno
«Si vive mezzo il anno:
«Con inganno é con arte
«Si vive l' altra parte,»

hizo á mal tiempo buena cara, y presentóse como si nada hubiera ocurrido, hasta en la sociedad de la marquesa.

Ribera no le concedió siquiera la honra de mostrarse celoso; al contrario, cuando á su dama le veia acercarse, íbase luego á otro corro para dejarle en completa libertad: pero Matilde, la primera vez que el pobre baron osó comenzar cierta plática recriminatoria que estudiada llevaba, le lanzó una mirada altanera de desprecio y lástima que le sacó los colores al rostro, fenómeno que no se viera en él ya muchos años habia.

Y de ese conjunto de circunstancias resultó un ódio mortal entre los dos cortesanos, y el propósito firme en el General palaciego de perder á su rival, que inocente de tales manejos, quizá le diera gracias si le libertára del sofocante amor de la marquesa; porque tambien Ribera se engañó en sus cálculos.

Creyó el pobre coronel que un amor como el suyo á Laura expontáneo, simpático, puro, sin mezcla de sensualidad alguna; que una pasion vehemente é inextinguible; que un cariño semejante al de nuestros héroes de Teruel del cual ha dicho elegantemente un poeta contemporáneo que parecia

«Recuerdo de otro cariño
«Tenido antes de nacer.»

que ese afecto, en fin, tan raro como profundo, que enlaza dos corazones desde el dia en que se adivinan, estamos por decir que hasta el de la consumacion de los siglos, porque en el cielo tambien se ama, habia de ceder y plegarse ante un capricho de sociedad, ante el antojo de una cortesana con título ó sin él. ¡Pobre Ribera! Sus esfuerzos eran como los del ciervo en cuyo pecho se clavó la flecha; cuanto mas se agita y afana, mas penetra y ahonda el hierro la herida, mas acerbos son los dolores.

¡Qué importa que Matilde fascinára algunos instantes sus sentidos, y aun conmoviese su corazon! Cualquiera puede, por acaso, herir las cuerdas de la lira; la mano sola del Bardo inspirado hacerlas sonar con armónico melodioso acento, y exaltar con ellas los ánimos y producir grandes resultados.

A si tambien una sola muger en el mundo poseia el don de enamorar al Coronel: las otras podian por mas ó menos tiempo distraerle, pero si la misma se obstinaba en prolongar su cautiverio, entonces el corazon de don Luis, rebelde á lazos que repugnaba, sacudíalos violentamente, ó si la consecuencia le encadenaba sufria horribles martirios.

Porque tener la imágen de Laura identificada con su existencia, y hallar incesantemente ante sus ojos, otra muger, por bella que fuese, era y debia ser un suplicio.

Pensar en Laura y haber de pronunciar precisamente el nombre de Matilde; desear la soledad y hallarse siempre acompañado; ambicionar un tesoro, y verse dueño de una beldad vulgar, tormentos son mas para sentidos que para descritos.

Sin embargo don Luis se decia: «Yo he puesto á esta muger en escena; yo la he persuadido de que participaba de sus sentimientos; por mí, en fin, es el escándalo de la córte. ¿Con qué pretexto he de separarme de ella, cuando lejos de darme motivo para abandonarla, por mí vive, para mí respira, y solo en complacerme piensa?»

Entre amar y no ser correspondido, ó por el contrario hallarse en el caso del coronel, difícil es la eleccion; y sin embargo si forzosamente nos obligasen á elegir suplicio, optaríamos por el primero, porque al cabo al desdeñado le queda la libertad de desear lo mismo á que no alcanza, puede quejarse y maldecir á su sabor á la suerte, es lícito huir ó quedarse en fin: pero al que no amando es frenéticamente amado, y por consecuencia no acierta á romper la coyunda, le comparamos al parricida cuando, segun las leyes antiguas, se le arrojaba al agua en un saco de cuero con una serpiente y otras alimañas en él encerradas. La serpiente le destrozaria lentamente sin que ni morir pronto, ni defenderse estuviese en su mano.

De los tormentos de nuestro coronel fué confidente Mendoza con el nombre di Leone de Romagna, pues intimadas las relaciones á consecuencia del desafio, hiciéronse los dos muy amigos.

La sinceridad y nobleza del alma de Ribera hubieran cautivado á cualquier hombre medianamente organizado: Mendoza estimando aquellas dotes como un químico los quilates del oro, sin apasionarse, permaneció impasible y firme en su propósito. Cuanto mas valia moralmente don Luis, tanto mas temible era como rival: algunas veces el capitan, observando la conformidad de naturales instintos y de sentimientos generosos que entre Laura y su amante habia, estremeciase al pensar, que si una vez llegaban á unirse, la muerte solo podria separarlos.

La naturaleza (solia decirle á don Angel) parece haberlos formado el uno para el otro. Yo no me hago ilusiones: Laura con él seria feliz, conmigo desgraciada.

—No diga vd. tonterias, replicaba el confidente: las mugeres son como los niños; en teniendo cuatro trapitos y un juguete ya están contentos.

—Don Angel, vd. no conoce á Laura, es una excepcion de la regla.

—Si tanto la estima vd. ¿por qué no se deshace de su rival? Nos sobran medios para conseguirlo.

—Lo sé: mas no quiero emplearlos. ¡Darle una estocada! Aunque tira bien y es valiente estoy seguro de dársela.

—No es eso lo que yo digo: vd. al instante echa mano á la espada.

—Tampoco quiero valerme de estos recursos: mi proyecto es otro.

—¿Puedo yo saberlo?

—¿Por qué no? Si Laura se ha perdido para nosotros, que ese hombre viva ó muera poco me importa.

—Estamos de acuerdo.

—Pero si parece, si le ama, como lo sospecho.

—Entonces, cuantos menos bultos....

—No, don Angel: ella no me ama, quizá me detesta; y el siglo de los raptos á mano armada paso para siempre. ¿No comprende vd. que su amante mismo puede ponerla en mis brazos?

—Confieso que no.

—Suponga vd. que ese hombre, cuya confianza poseo ya, se vea en grave riesgo, en peligro de muerte, y que yo, yo solo pueda salvarle. Si me presento entonces y digo á Laura: «Elige: ó eres mia, ó el que amas perece.»

—Perfectamente: pero ese riesgo....

—Amigo hoy está vd. imbécil. A ese riesgo se le lleva, ese peligro se prepara, se fragua!...

—Vamos: estoy al cabo; pero es preciso tomarlo con tiempo.

—Desde ahora.

—Manos á la obra.

—Venga Laura primero y luego veremos: quizá no sea necesario tanto. Tales eran los cálculos de Mendoza; de su acierto ó de su error, el tiempo y solo el tiempo puede respondernos.

CAPITULO VII.

Una velada en el Valle.

Era de noche; en un vasto salon á cuyo testero se elevaba á manera de estrado, un hogar espacioso cubierto por la inmensa campana de su chimenea, se veia sentados en derredor de la lumbre á los moradores de nuestro ignorado recondito valle. En el escaño de la derecha Simon, con el báculo en la mano, llevaba la palabra; á su lado Marta, cruzadas las manos y baja la cabeza, escuchábale atentamente; enfrente de Simon, en el escaño de la izquierda, Laura oyéndole con la expresion de quien ni á negar ni á creer se atreve lo que escucha: á los pies de esta en el suelo, y mirándola mas á ella que á nadie, el pastorcillo; por último Pablo al lado de Laura y frontero á Marta.

Meses llevaba Laura en aquel retirado apartamiento del mundo, y sin embargo, poco se habia adelantado en el negocio de su conversion, esto es, poco en cuanto á persuadirla de la evidencia de la revelacion; mucho en realidad, pues se destruyeron en su alma hartas preocupaciones de la despreocupacion filosófica que confunde la hipocresía y el fanatismo con la devocion y el cristiano celo.

Simon, no obstante, aunque sin perder la esperanza, desconsolábase, atribuyendo á culpa de su ignorancia ó falta de uncion apostólica, efectos que tenian por causa la particular educacion de la hija del Indiano, y la inevitable influencia en su espíritu de las ideas del siglo, ideas de que el anciano prescindia completamente.

Todos sus conatos se dirigian al entendimiento de Laura, cuando lo conveniente fuera encaminarse al corazon: los prodigios, los mila-

gros, los misterios eran, en el lenguage del Patriarca, fundamentos de las sublimes máximas de la moral evangélica, y lo que decir debia era lo contrario; esto es, en vez de argumentar así. « La moral es cierta porque quien la predicó hizo milagros » para conseguir su objeto le convinlera decir: « Los milagros son ciertos, porque los refieren y testifican los mismos que por vez primera predicaron esta moral celeste, esos hombres no pueden mentir. »

Pero Simon apartado del mundo, conociendo sus progresos solo en relacion, detestando la mayor parte de ellos, y familiarizado con los prodigios, porque su existencia así como la de Marta y Pablo lo eran ya de primer órden; Simon, monumento humano de los siglos que pasaron; Simon, en fin, que fué testigo de la predicacion vehemente, apasionada, tribunicia, de los Apostoles; y asistió como actor al tránsito de la especie humana desde el materialismo epicúreo á que las poéticas creencias paganas la condujeran, al ascético platonicismo de la religion del Ungido, no concebia otra manera de catequizar que la que entonces fué excelente y en nuestros dias de nada sirve.

Así, pues, fué con Laura todavia mas infeliz que con la mayor parte de sus antepasados; por que á excepcion del padre de esta, todos los demas, ya que prefirieron el siglo al desierto, por lo menos vivieron y murieron creyentes; y aun el mismo indiano solo con el trato del mundo perdió la fé que al salir del valle abrigaba en su pecho.

Pero la hermana de Leoncio habia ido ya á la morada del Patriarca con la incredulidad encarnada en el alma: y la cura de tan grave enfermedad, en caso de ser posible, requeria un tino especial, un tacto delicado de que el venerable anciano carecia indudablemente.

El excepticismo de la bella mejicana llegaba hasta tal punto que con ver y tratar durante cerca de un año á Simon, Marta y Pablo, sino dudaba de su existencia, porque fascinacion tan larga de ningun modo se concebia, por lo menos si dudaba, ó por mejor decir, allá en su foro interno negaba su no interrumpido vivir durante siglos, fenómeno que, en efecto, contradecia todas las leyes de la naturaleza, y aun excedia en cuanto á longevidad, á cuantos ejemplos refieren los libros sagrados, como no sea en el caso del Profeta Elias.

Grande fué su esmero, sin embargo, en ocultar cuidadosamente aquella su incurable incredulidad, mas no alcanzó á lograrlo á los ojos de Simon, y ese era el tema de su discurso en el momento en que acabamos de presentarle en escena con los demas habitantes del Valle.

—Desdichada eres, Maria, pues cuando tus ojos ven duda sin embargo tu corazon, se resiste tu entendimiento á la evidencia.

A estas palabras del anciano, Laura, ruborizándose, bajaba la cabeza, pues ni osaba confesarse crédula, ni faltar á la verdad de sus sentimientos. Marta miraba á su esposo en son de pedirle indulgencia para su protegida; el pastorcillo á esta como diciendo. «¿Será posible que tú sola niegues lo que todos creemos? » Pablo solo permanecia impasible.

—«¿Qué Marta, Pablo y yo, proseguia el Patriarca, traspasando los límites ordinarios de la vida humana, hayamos atravesado diez y nueve siglos, te asombra? ¿Porqué, María, porqué? Aquel Señor que creó la luz y los astros, y la tierra y los seres que la pueblan, el que todo lo hizo de la nada. ¿Imaginas tú que no podrá prolongar la existencia de tres individuos de la especie humana ó hacerla inmortal si á sus designios conviene? Pero asi somos, en vez de humillarnos ante la divina omnipotencia, hemos osado alzar los ojos al trono de Jehová, hemos querido comprender lo incomprensible, explicar lo inexplicable, acotar lo ilimitado, medir lo infinito!!! Cuánto es desusado nos parece maravilloso, cuánto sobrepuja los escasos alcances de nuestra inteligencia de absurdo lo calificamos!—Y sin embargo tenemos de continuo á la vista prodigios que debieran habituarnos á humillar la cerviz ante el poder del Santo de los Santos! ¿Quién dió al sol su fúlgida aureola, y á la luna su melancólica luz? ¿Qué mano tiene en el espacio suspendidos millares de globos que en maravilloso concierto, y con variedad de mesurados movimientos, giran segun leyes eternas aunque muchas ignoradas? ¿Porqué la mar no rompe la frágil barrera que en sus límites la contiene, para inundar la faz de la tierra? ¡Ah María, María! Vuestro siglo que duda de todo, cree por eso saberlo tambien todo; y quizá sea su incompleta orgullosa ciencia mil veces peor que la absoluta humilde ignorancia!

—Padre mio, respondió modestamente aunque con firmeza Laura; perdonadme si os contradigo, pero cuando me acusais de incrédula, supongo que me será lícito defenderme.

—Di María, di, replicó el Patriarca, ya te escuchamos.

—Pues con vuestro permiso digo, padre mio, que no soy yo tan ciega que no hieran mis ojos y ni conmuevan mi espíritu las infinitas maravillas de lo creado. Gracias al cielo, veo, siento y confieso que desde el mas imperceptible tallo de yerba hasta el cedro del Líbano, desde la guija menuda del arroyo hasta la gigantesca mole de los Andes, desde el gusano informe al hombre mismo, todo dá testimonio, todo proclama solemnemente la existencia de un ser increado, omnipotente, eterno, suma, compendio y tipo de santidad, belleza y perfeccion, causa universal, único principio, ordenador supremo y árbitro inconcuso del Universo. A su poder todo es posible, nada difícil: lo que hoy hace, mañana puede aniquilarlo, y un instante despues animarlo.

—¿Por qué, pues, negar sus maravillas?

—Negarlas nunca: dudarlas padre mio, es lícito puesto que él mismo ha establecido leyes generales que nos sirvan de tipo y norma para juzgar de la verdad de los hechos. En la imperfeccion de las cosas humanas se concibe que á la regla acompañe la excepcion: pero el creador divino ¿Qué necesidad tiene de ellas?

—Ninguna, María, mas, acomodándose en ocasiones á nuestra pequeñez, para que podamos comprenderla, nos hiere la imaginacion con milagros, á fin de que abjuremos un error; ó una verdad confesemos. Sobrára, si, sobrára un destello de su celestial pensamien-

to para hacer que fuésemos dóciles instrumentos de su querer ¿Mas qué seria entonces el hombre? Seria una máquina y nada mas que una maquina. El libre albedrío que el Señor nos concedió; la facultad de elegir entre el bien y el mal; el discernimiento para juzgar; el corazon para sentir, esas son las dotes que nos elevan y engrandecen hasta la esfera y categoría de los ángeles, cuando bien empleadas; y esas ¡ay! tambien las que, cuando de ellas mal usamos, nos precipitan de abismo en abismo hasta el de la perdicion eterna.

—Pero, Simon, exclamó Marta, osando mas que nunca en gracia y por amor de su hija amada: pero, Simon, María ignora hasta hoy por qué y cómo vivimos. ¿Qué mucho que dude?

—¿Qué importa el por qué, qué importa el cómo? exclamó Simon.

—Quizá replicó la Matrona, quizá oyendo de tus labios...

—Te comprendo, Marta: y aunque temo no será de gran provecho referir á María nuestra historia, sea como lo quieres.»

Quedose en silencio profundo el Patriarca durante algunos minutos, como recogido en sí mismo para traer á su memoria sucesos de tan larga fecha, cuales eran los que Marta le rogaba que refiriese, y en tanto sus oyentes todos aguardaban suspensos á que comenzase su relacion, por curiosidad los que de su contenido se hallaban ignorantes; por el natural deseo que tiene el hombre de oir la historia de su propia vida en agenos labios, los restantes.

Laura y el Pastor, sin embargo, eran los que con mas impaciencia aguardaban las explicaciones del Patriarca, quien con sosegado continente y sonora voz comenzó á decir de esta manera:

«María, tú y antes que tú tus ascendientes todos, sois como mis descendientes, ramas de un tronco tan antiguo como ilustre segun las preocupaciones mundanas. Mi bisabuelo, Septimio Severo, de la familia de los Cornelios, patricia y senatorial en Roma, siendo jóven aun pasó á España mandando en calidad de Legado una legion romana, destinada á la Bética. Era esto cincuenta ó mas años antes de la venida al mundo de su Redentor divino. En Ecija, entonces Astigis, tambien llamada la Ciudad del Sol, enamorose Septimio de una noble española, á quien hizo su esposa: de su ayuntamiento nació mi padre; y del consorcio de este con otra señora, tambien española procedo yo que fuí el único fruto de aquella union. Gozábamos todos en la familia del derecho de ciudadanos de la ciudad reina entonces del orbe conocido: enviáronme á ella apenas vestí la toga viril, imperando Tiberio Neron, tercero de los tiranos que concluyeron con la libertad de Roma, preparando así su futura ruina. Mi vida fué allí la que era entonces la de todos los jóvenes ricos y nobles; ociosa y afeminada; el libertinage y el circo eran nuestras únicas ocupaciones; las cortesanas consumian nuestros tesoros; y las virtudes antiguas de los Horacios, los Scevolas y los Catones, habian cedido el lugar á lo mas depravado de la corrupcion oriental. Todo se compraba, todo se vendia en Roma; los caprichos del emperador eran la única ley vigente: los siervos favoritos, los libertos ambiciosos, las

rameras intrigantes disponian de los destinos de la Patria; las provincias se entregaban á saqueo á sus Gobernadores; las rentas públicas se malversaban; los vicios de Nínive, de Sodoma, de Gomorra, las pompas sacrílegas de Babilonia, todo se repetia, todo se exageraba en la ciudad de Rómulo. Un tiempo la religion gentílica, aunque falsa, sirvió de freno á las pasiones; en el de mi juventud para nada era útil: los ídolos estaban en los altares, su fé habia salido de los corazones; y dos Augures, decia Marco Tulio Ciceron, no podian hallarse en la calle sin reirse el uno del otro. ¡Ah! si aquel hombre viviera algunos años mas, quizá habria sido una de las mas claras lumbreras de la Iglesia de Cristo.

«Ya el hijo de Dios era nacido cuando yo pasé á Roma, su Pasion Santa ocurrió en el XVIII año de Tiberio, hallándome en la ciudad: pero no me juzgó el Señor digno de iluminarme con una inspiracion semejante á la que hizo exclamar al santo Areopagita, viendo el sol cubierto con un denso velo, y sintiendo estremecerse á sus pies la tierra: ¡O el Universo se desploma, ó muere en este instante su autor supremo!!! No, María, no amigos, aquel espantoso cataclismo fué para mí, fué para cuantos ciegos con ojos abiertos lo presenciamos, un fenómeno excepcional, un capricho de la naturaleza. ¡Cómo si hubiera en esta efecto sin causa! ¡Cómo si hubiese causa sin razon lógica!

«En fin, el Salvador, nació, predicó, padeció, murió, bajó á las regiones del castigo, resucitó entre nosotros, y volvióse á los cielos, sin que de ello tuviésemos apenas noticia en Roma.

«Algunos años despues la muerte de mis padres me obligó á dejar á Roma, con gran sentimiento, y á regresar á mi ciudad natal para el arreglo de mi patrimonio, todavia considerable á pesar de la prodigalidad con que habia yo vivido en la metrópoli del imperio.

«Era mi ánimo residir en Astigis muy breve tiempo: reducir á metálico mis haberes y regresar á Roma, donde muertos ya Tiberio, y su sucesor Calígula, comenzaba á imperar Claudio Neron, tio del último. Habíame prometido un asiento en el senado, pero mas que la ambicion de ocuparlo, influian en mi ánimo el deseo de movimiento, el ansia de los placeres que en la reducida esfera de una ciudad subalterna no me era posible satisfacer cumplidamente.

«No obstante, el arreglo de mis negocios exigia tiempo: amigos y parientes combatieron mi propósito; considerábanme el Pretor de la provincia y los demas funcionarios romanos, como á tal mas bien que como español; en aquel distrito no habia persona que en riquezas y en influencia me superase, y aunque no tanta como en la capital, la corrupcion era bastante en la Bética, para que mis torpes apetitos hallasen pábulo que los alimentase, almas deprabadas que los saciasen. Decidime pues á residir en mi patria.

«Llamábanme entonces Probo, y nunca nombre mintió mas al sugeto; porque en mí se compendiaban todos los vicios de aquel siglo, vicios de que hice larga penitencia y aun hoy la hago; y han menester sin embargo toda la inmensidad de la divina misericordia.

«Yo tenia esclavos, y con ellos introduje en la provincia los sangrientos juegos del circo. Aquellos infelices se adiestraban durante semanas y meses para servir despues de espectáculo á un pueblo feroz, que se regocijaba al ver la arena teñida con su sangre; ¡y yo gozaba tambien, Maria, al verlos expirar en la lid cruenta!

«El Señor tenga piedad de mi alma cuando á sí la llame.

«No profanaré tus oidos, no mancharé mi boca con la relacion de mis extravíos carnales: estremecianse los padres al oir mi nombre, las Matronas ocultaban bajo su manto á las Doncellas al verme pasar.

«Hasta la edad de treinta y cinco años viví de esa manera en la crápula y en la disipacion: las enfermedades que á consecuencia de mis vicios contraje me pusieron entonces á las puertas de la muerte; y horrorízome al considerar qué fuera de mi alma, si en aquella época la llamara el Señor á juicio.

«En fin, su bondad infinita no lo quiso: despues de largos y horribles padecimientos entré en convalecencia, y tanto por hastío cuanto por temor á una recaida, dediqueme entonces al estudio de ciencias y artes, á las especulaciones de la filosofía, y a la administracion y engrandecimiento de mis bienes.

«A los cuarenta años, gracias á la buena educacion que recibí en la infancia, y al pingüe patrimonio que heredé de mis padres, era Probo el hombre mas sabio y mas rico de la Bética: su orgullo no tenia límites.

«Erame forzoso perpetuar mi nombre y descendencia, tener una compañera que atendiese á los cuidados domésticos, impropios de mi sexo y condicion; y por otra parte asediábanme los parientes con la esperanza de heredar un dia mis bienes, Resolví, pues, elegir esposa, y mi eleccion, inspirada sin duda por el cielo recayó en una doncella, hermosa, honesta, de noble familia, y buena fama, que entonces se llamaba Xantipa, y hoy Marta.»

Al llegar aquí con su relacion el Patriarca, interrumpiola un instante, y asiendo una mano de Marta la estrechó con ternura entre las suyas; la secular Matrona correspondió con una mirada dulce y cariñosa á tal muestra de amor; y los ojos de Laura se llenaron de lágrimas, porque en sus oidos resonaron entonces algunos compases del inolvidable Wals de las Tullerías.

El Patriarca prosiguió diciendo: «Sí, el cielo, me inspiró la eleccion de mi Xantipa, porque desde que á ella me uní comienza en realidad la época de mi reforma y enmienda. Aunque Gentil como yo, aunque ciegos sus ojos entonces á la luz de la revelacion que ignoraba; ya en su claro espíritu brillaba la aurora de la verdad; ya su entendimiento y su corazon rechazaban los ritos del paganismo, la multiplicidad de sus dioses, la sensualidad de sus fabulas. Sí, Maria, sí: Marta, por sentimiento habia llegado al mismo punto á que á Sócrates condujo la Filosofía: á creer y confesar un solo y verdadero Dios autor de cuanto existe y existir puede.

«Debile, primero, sacudir de mi hasta la memoria de los pasados vicios; despues el amor de mis siervos, la veneracion de mis clien-

tes, el respeto del pueblo. Debíle la tranquilidad del espíritu, el hábito de la caridad, el despego á las riquezas, el amor á las virtudes. Debíle, en fin, mi conversion moral, que me preparó convenientemente á la religiosa.

«Y en tanto que lo referido sucedia, asi como el sol anunciándose al oriente por el resplandor de la incierta luz del crepúsculo, va alzándose magestuosamente del seno de las aguas, y primero colora con sus fulgentes rayos las regiones del Este, y luego, á medida que al Cenit se acerca, difunde su claridad inmensa sobre todo un hemisferio, asi tambien desde Salem la Santa, el sol de verdad y de justicia, comenzaba por el universo á difundirse.

«Los discípulos del Crucificado, por el espíritu de la Caridad animados, salieron de Jerusalen á predicar el Evangelio por todas las regiones de la tierra; á poco Saulo, convertido por un milagro de perseguidor implacable en Apóstol celoso, tomó parte en sus trabajos; y el cielo le inspiró la idea de traer á nuestra España la semilla de la salvacion de las almas.

«En largos años, sin embargo, no pudo realizar tan santo propósito: la iglesia naciente hubo menester la eficacia de su elocuente palabra, el vigor de su celo, la energía de su carácter, ya en derredor del teatro mismo en que acababa de representarse el sublime divino drama de la redencion; ya en Roma, predestinada á ser un dia la metrópoli del orbe cristiano, como del gentílico lo era entonces.

«Hasta despues de romper milagrosamente los hierros que allí le aprisionaban no pudo, vuelvo á decir, no pudo el Apóstol cumplir su santo propósito: mas hízolo entonces embarcándose en Italia con su discípulo Sergio Pablo, á quien luego le envió de prelado á Narbona, ciudad de la Gália meridional.

«Sesenta y un años hacia ya que en Belen diera á luz la inmaculada María al unigénito del Señor de cielo y tierra; cincuenta iban pasados de mi vida, cuando el Apóstol de los gentiles pisó la tierra española.

«No voy á referiros la historia de su rápida predicacion en España, que hubo de comenzar por la provincia Tarraconense donde instituyó obispo á Rufo su discípulo, hoy uno de los bienaventurados que la iglesia venera: no os hablaré tampoco de sus milagros; lo que saberte importa, María, es que llegó el santo predicador á Ecija, despues que ya la fama de su doctrina y elocuencia era notoria en la Península y mi Xantipa tenia de ella larga noticia.

«Por mi parte confieso que no dí grande importancia al suceso, y que cuando mi esposa me pidió permiso para llamar á nuestra casa al varon santo, concedíselo por mera complacencia.

«Xantipa, pues, fué en busca suya y postrada ante sus plantas rogóle con fervorosas palabras que se dignase visitar nuestra morada. Recibióla Saulo con gran mansedumbre en palabras, y ademanes, condescendiendo desde luego á lo que se le pedia.

«Ni tú, María, ni otro alguno de los que viven, puede formar nunca cabal idea de la impresion que en nosotros produjo el venerable aspecto del Ministro de Dios, que errante sobre la haz de la

tierra, sin techo que le cobijase, sin fuerza que le protegiera, sin mas arma que su fé, sin otro escudo que su esperanza, alzaba su voz tronando contra los ídolos, contra los vicios, contra la depravacion de la especie humana entera. Doce hombres, salidos la mayor parte de la hez de un pueblo oscuro y casi desconocido, acometieron y llevaron á cabo tan vasta empresa; y luchando contra cuanto existia, y sufriendo inauditas persecuciones y sangrientos martirios, al fin trastornaron la faz del universo. ¡Y á vista de tan patente prodigio, habrá todavia quien dude!

«En el rostro de Saulo resplandecian la fé, la esperanza, la caridad; en su frente la llama del Espíritu divino; en sus ojos la sed del martirio: era imposible verle sin estremecerse, sin que un fuego desconocido circulase por las venas, y penetrara hasta la médula de los huesos; sin que el hombre sintiera su pequeñez inmensa.

«¡Oh! ¡Y cuándo su voz sonaba! ¡Qué acentos aquellos de paz y de inefable ventura, al pintar la bienaventuranza de los elegidos! ¡Qué pavorosos ecos los de sus palabras al presagiar el castigo de los réprobos!

«Su ciencia era inmensa: nuestros mas afamados filósofos y doctores eran ignorantes con él comparados, y necesario para resistir á su elocuencia, estar poseido invenciblemente del espíritu del mal.

«La conversion de mi Xantipa estaba casi hecha, la mia no fué difícil; y Pablo, el mas amado de mis siervos, siguió nuestro ejemplo. A los tres nos regeneró en un mismo dia el agua Santa del Bautismo, administrados por manos del Apóstol, y desde entonces trocamos nuestros antiguos profanos nombres por los que hoy llevamos.»

Detúvose el anciano entonces como para tomar aliento: Laura que, sin apartar de él la vista, le escuchaba con indecible asombro, no pudo menos de exclamar para sí:

—Hay un tono de verdad y de candor en lo que refiere, que si media engaño, ese hombre se engaña á sí mismo primero que á nadie.

A poco volvió Simon á tomar la palabra diciendo:

«Y no fuimos solos nosotros los que entonces entramos en el gremio de los fieles, no: el Pretor mismo de la provincia, y muchos españoles de todas gerarquías renunciaron á los errores del paganismo y abrazaron la fé de Cristo: mas, llamado el Apóstol á poco á Oriente por los juicios del Altísimo, y luego á Roma donde terminó su gloriosa carrera coronándola con las Palmas del martirio, no fué tan grande el fruto de su predicacion en la Bética como de esperar fuera.

«Domiciano Neron, martirizador del Apóstol, decretó una persecucion contra la iglesia en todos sus dominios. Nosotros hubimos de huir á los montes con otros muchos cristianos, cuyo número disminua diariamente el hacha de los Lictores por una parte, la miseria, y los rigores del clima por otra.

«A nuestra vez caimos en poder de los perseguidores, y fuimos sepultados en un mismo calabozo; donde, esperando de un momento

á otro que se nos llamára para ser arrojados á las fieras de aquel mismo circo que yo en los tiempos de mis locuras hice á mis expensas construir, nos entregábamos de continuo á la oracion, ó á pláticas sobre las cosas santas, y el deplorable estado del siglo.

«Una noche en que yo, sin causa positiva, creia sin embargo mi fin cercano, y confieso que se me herizaban los cabellos con la idea de los tormentos que antes de espirar habian de hacerme padecer mis verdugos; Márta, advirtiéndolo, llegóseme y dijo.... Mas ella, puesto que está presente, puede referíroslo.»

La esposa del Patriarca, obedeciéndole, tomó de esta manera la palabra.

«Preguntéle á Simon cual era la causa de tan gran tristeza; explicómela, y repliqué: «No flaquée tu corazon, esposo y señor mio; algunos instantes de padecer, ¿qué significan comparados con la eterna gloria que te espera, si valerosamente los soportas confesando el nombre de Cristo?»

—Verdad es, contesté yo (volvió á decir el Patriarca) verdad es, pero la carne es flaca. Si se tratára de morir no mas, pronto estoy. ¡Dios mio, vos que penetrais en mi corazon bien lo veis! Pero el fuego, pero el hierro, y las cuerdas, y las garras de las fieras.... ¡Señor, si es posible, no apure yo ese cáliz! Tal era mi flaqueza, tal mi cobardía. Una débil muger me alentaba, Pablo, mi siervo, me daba ejemplo de fortaleza; y yo, María, yo español, yo ciudadano romano, yo descendiente de un Cornelio, temblaba como el último de los mortales!

«¿De qué nos sirviera vivir, me decia Marta; en un siglo corrompido, en medio de contínuas tentaciones? Quizá un dia sucumbiéramos. El martirio es cruel, yo te lo confieso; pero el Señor nos dará fuerzas para sufrirlo, y tras la breve tempestad, llegamos á seguro puerto.—Marta, contesté, si el Señor nos sacára con vida de este calabozo, tú, Pablo y yo, nos retiraríamos para siempre del mundo y viviríamos en el Desierto, entregados al trabajo y á la oracion. Si el cielo nos concediera un hijo, criaríamoslo en el santo temor de Dios, y en llegando á edad de razon, daríamosle á escoger entre nuestra vida y la del siglo, porque no nos es lícito forzar su libre albedrío; mas quizá lográramos, en medio de la ruina universal, salvar una tabla del naufragio, quizá nuestra descendencia se conservára intacta y pura, como vivo ejemplo de los perfectos cristianos. ¡Ah! Marta, el afan de movimiento es el que á los hombres precipita; si cada cual, contentándose con el lugar en que nació viviera sin ambicion de mudanzas y engrandecimientos, sino se estudiase mas que el arte de vivir santamente, no se perdieran tantos.—¿Y quién, Simon, me replicó Marta, quién limitará, ó mas bien quién ahogará como tú pretendes, en el corazon del hombre ese deseo insaciable de movimiento de progreso que le aqueja desde que entra en la cuna hasta que desciende al sepulcro?—¿No le hemos ya ahogado nosotros? pregunté. —Quizá, me respondió: pero, ha sido porque durante largos años le hemos satisfecho.—¡Ah! Si yo viviera, exclamé entonces, y tuviese un hijo, tú verias como le criaba de modo»....

«En aquel momento inundó nuestra prision un resplandor insólito y sobrenatural, y apareciéndosenos un varon divino, vestida una túnica de deslumbradora blancura, ceñido un áureo cíngulo, con una verde palma en las manos, y la cabeza ceñida de fúlgida celestial aureola.

«Caimos los tres con la faz en el suelo, aterrados y conmovidos mas allá de toda expresion; mas el Apóstol, porque él era quien se dignó aparecérsenos, nos mandó con angélica dulzura, alzarnos del suelo y dijo:

—Simon; tu cobardia os priva á los tres de la corona del martirio que ya os estaba preparada: mas tus votos serán cumplidos; vivirás: tendrás descendencia; podrás hacer la prueba que deseas.

—Apostol santo, clamé, muera yo mil veces antes que prevaricar en mi fé.

—Ya la tienes, repuso la celeste aparicion; conservarla es tu obligacion. Ahora seguidme.

Las cerradas puertas del calabozo se abrieron por sí mismas: nuestras cadenas se nos cayeron; y siguiendo al Apostol pasamos invisibles por medio de los soldados que nos custodiaban.

Al llegar á este punto con su revelacion el Patriarca, oyeron los ecos de una campana: levantóse Pablo y dijo:

—Simon: en las ermitas me llaman.

—Parte, le contestó el anciano: mañana terminaré mi relacion.

Y en efecto Pablo tomó el camino de la mina, y los demas moradores del valle recogiéronse á sus estancias.

CAPITULO VIII.

Vuelta al mundo.

Pablo habia reconocido el són de la campana; en efecto le llamaban en las ermitas, y aquella era la señal convenida para tales casos; porque el hermano mayor, como hemos dicho, estaba en el secreto del valle y de la milagrosa existencia de todos sus ordinarios moradores. Estos, sin esa circunstancia, viéranse en la alternativa de renunciar á todo ejercicio espiritual, ó de revelar su secreto mas tarde ó mas temprano.

Antes de la fundacion de la comunidad que ha dejado de existir en nuestros tiempos, sucedióronse en el mismo terreno que aquella ocupaba, durante los siglos que separan el presente de la época primitiva del cristianismo, unas veces cenobitas, otras monasterios que sirvieron al Patriarca y á su reducida familia para el objeto indicado, sin que el milagro de su existencia se divulgase. Porque en los primeros tiempos de la Iglesia la observancia del secreto natural entre cristianos se miró como cumplimiento de obligacion piadosa, como deber de caridad, pues con frecuencia el solo hecho de profesar la fé de Jesucristo bastaba para correr peligro de muerte en su-

plicio ; y por lo que respecta al secreto sacramental de la confesion, dicho sea en honor debido al clero católico , rarísimos son los casos en que sepamos haberse quebrantado , solo uno recordamos en este momento y ese en circunstancias tales que pudieran disculparlo, aunque no eximieron al culpable de las censuras eclesiásticas ni del castigo de los hombres.

Asi pues, ya los ermitaños aislados, ya los superiores de las comunidades religiosas á quienes tuvo que confiarse sucesivamente en el discurso de tantas generaciones el Patriarca Simon , conservaron ileso el depósito del secreto , asombro de todos ellos , y para el mayor número incomprensible.

Las demas personas con quienes forzosamente tenia que hallarse en contacto Pablo , que era por decirlo asi el eslabon de la cadena que enlazaba con el resto de la especie humana á los moradores del valle , sobre ser en corto número en cada generacion, porque el siervo del Patriarca , tanto por deber como por instinto , evitaba toda relacion inútil , apenas le conocian sino de vista ó de haber rara vez y durante muy corto tiempo con él conversado.

De esa manera los pocos que pudieran penetrar aquel misterio, al menos en lo relativo á Pablo , ni tenian entre sí relaciones , ni datos en que apoyarse para formar conjetura alguna: no pudo establecerse tradicion de ningun género sobre su prolongada existencia; era en fin , aquel hombre como ciertos cometas, que apareciendo á largos intérvalos , sin periodo fijo en su marcha , ignoran los astrónomos si son astros diversos ó uno solo que repite sus apariciones.

Aparte, pues , de las causas sobrenaturales las hubo humanamente hablando bastantes á explicar que ignorado fuese el secreto á que aludimos , en la fidelidad con que le guardaron los que de el eran depositarios , en la reserva y prudente conducta de los interesados, en la taciturnidad y economía de palabras de Pablo, y en el aislamiento é ignorancia de los extraños al negocio que con el tuvieron algun contacto.

A mayor abundamiento durante la dominacion Romana , España no estuvo en general muy poblada agrupándose sus habitantes de preferencia en las ciudades notables ; la monarquía Goda apenas tuvo en tres siglos tiempo de sentar los reales de su conquista ; y durante la lucha subsiguiente de siete siglos con los árabes , lo resuelto y azaroso de los tiempos no dió lugar ni á unos ni á otros para fijar su consideracion en un eremita á quien rara vez se veia entre las gentes.

Luego el sentimiento religioso predominante en la sociedad española , puso naturalmente al abrigo de toda pesquisa la persona de Pablo ; y cuando la época comenzó á ser , en principios de este siglo difícil y peligrosa , ya las ermitas de Córdoba cubrian con impenetrable manto el misterio del valle.

Desde que se fundaron aquellas precisamente en la cumbre del cerro horadado por la mina por cuyo medio se comunicaba el valle con el mundo externo , estableciόse Pablo en la celda que su boca superior ocultaba : el obispo de Córdoba supo entonces en el confesonario la milagrosa existencia de Simon , de Marta y de su siervo,

y bajo juramento, con autorizacion de los interesados, comunicóselo el hermano mayor.

Hasta entonces los Valleiguetos del siglo, descendientes todos en línea recta del Patriarca, para comunicar con el gefe y tronco de su familia, acudian al monte, y buscando la boca de la sima, de ellos solo conocida, descendian á la morada del sosiego.

La mayor parte, todos ellos menos los que en tiempos de Guerras hallaron el término de su vida en los combates, desengañados en edad provecta del mundo, desvanecidas sus ilusiones, quizá burlados en sus mas caras esperanzas, fueron á concluir sus dias en aquel retiro piadosa y cristianamente, pero confesando al expirar en brazos de sus venerables ascendientes, que ni en la soledad durante su primera juventud, ni luego en el bullicio del mundo hallaron la felicidad que buscaban; que solo en la religion encontraron consuelo, y que aun al morir les acompañaba la amargura de dejar en este mundo, expuestas á innumerables riesgos, las mas dulces prendas de su corazon.

Detras del edificio del valle, contiguo á los muros y cercado por un seto vivo de espinosas pitas, se veia un espacio cuadrilongo de tierra inculta, cubierta sin embargo de frondosa yerba. De trecho en trecho, y á intérvalos regulares repartidas, habia considerable número de losas rectangulares, sobre cada una de las cuales alzábanse sendas cruzes de tosca encina, leyéndose un nombre y una fecha, grabados al pie de cada cual de ellas. Era, en resumen, el cercado á que aludimos un cementerio, mejor dicho, un verdadero panteon de familia.

Todas las sepulturas tenian grabado el mismo nombre encima: «*Simon*» siempre Simon: pero habia Simon, Tribuno militar; Simon Pro-pretor, Simon Sacerdote, soldado, hombre de armas, Caballero, Infanzon, Rico-hombre, en fin Simon en todos los estados y situaciones de la vida. Los últimos eran el bisabuelo, abuelo y padre del Indiano: este era el único de quien, segun los datos de don Justo, se sabia en el mundo el lugar de su muerte, de los pocos cuyas cenizas no reposaban en el valle. Pablo les abrió á todos la huesa; todas las sepulturas fueron por mano del Patriarca cerradas.

Réstanos decir, para completar la exposicion que hemos creido necesario hacer con un detenimiento que tememos frise ya en los límites de lo prolijo, que desde el establecimiento de las ermitas, y la consiguiente incorporacion de Pablo en la comunidad de ermitaños de Córdoba, Simon que, con dolor profundo, advirtió que la fé santa, en su pecho conservada pura é intacta durante tantos siglos, iba sucesivamente debilitándose en sus degenerados descendientes, creyó necesario adoptar con respecto á ellos precauciones hasta aquel momento ni usadas ni imaginadas.

Y, en efecto, á quien extrañe la observacion del Patriarca, diremos que si relativamente á nosotros, en cuyo siglo hasta no hacer declarada mofa de las cosas santas, sobra mostrar algun respeto al culto divino, para pasar por religioso ó quizá por preocupado, la generacion que nos ha precedido inmediatamente fué devota, la an-

terior de fé ardiente, y la que antes fué fanática; á los ojos del cristianismo primitivo, del que habia oido la predicacion de los Apóstoles, y presenciado los suplicios de los mártires, la decadencia de la Iglesia data y datar debia de muy larga fecha.

¿Tenian, por ventura, derecho á llamarse cristianos, los hombres de armas de la edad media, por mas que confesasen el dogma, cuando ricos de robo y ébrios de sangre iban á profanar los templos con su presencia y supersticiones?

De generacion en generacion pudiéramos ir asi señalando los pasos de la decadencia no del cristianismo, que es inmortal, sí de la moralidad de los cristianos; decadencia que Simon no pudo menos de advertir, y que le inspiró recelos harto fundados. Si en vez de una hija tuviera don Simon un hijo legítimo á quien revelase la existencia del Valle, es lo racionalmente probable, que burlándose de la credulidad de su padre, hiciera público el secreto de su familia, y comprometiera la existencia ó por lo menos el sosiego del Patriarca.

Cuerdamente, pues, dispuso este que solos el obispo de Córdoba y el hermano mayor de los ermitaños supieran la entrada exterior de la mina, y que al primero hubieran de dirigirse en adelante sus descendientes cuando alguna cosa tuvieran que comunicarle.

Entonces se colgó una campana en la mitad de la longitud del camino subterráneo, la cual, por medio de un registro secreto en la celda de Pablo, se tocaba por el ermitaño mayor cuando era necesario que los moradores del Valle acudiesen al mundo.

La hora señalada para la entrada de los descendientes de Simon á los dominios de este era pasada la media noche; desde la Iglesia de las ermitas debian llevar la cabeza cubierta con un velo que no les permitiera ver el camino hasta llegar al fin de su viage; y como la salida de la mina, en su parte inferior estaba cerrada con un gran peñasco giratorio, sin poseer el secreto del mecanismo era tan imposible salir del Valle, como entrar en él no estando de acuerdo con los que exclusivamente conocian su ingreso.

En tal estado de cosas, Leoncio de Montefiorito, siguiendo los consejos de don Angel, instrumento en aquella ocasion del Capitan Mendoza, escribió á don Justo Herrero, una carta en la cual le incluia otra cerrada para Laura, con encargo de remitírsela á la misma con toda urgencia.

Nuestro buen Procurador estaba todavia todo apesadumbrado con el percance de la prision y proceso que debió á los pérfidos manejos del perseguidor de Laura, prision que le costó no poco dinero, proceso del que todavia no acertaba á creerse libre; porque siendo como era curial de oficio sabia de memoria un apotegma que dice: «que nombre envuelto en papel sellado dificilmente se deslia» Y en realidad á no mediar el obispo de Córdoba en el negocio, pasáralo mal, aunque inocente, el pobre de don Justo.

Gato escaldado... lo que sigue: el Procurador se apresuró á contestar á Leoncio, devolviéndole su carta para Laura «cuyo paradero decia, ignoro, segun judicialmente lo tengo declarado, en lo que me

afirmo y ratifico por ser así la verdad, y á cargo del juramento prestado.»

Si el interesado y don Angel sentirian el mal éxito de su tentativa, ya se deja conocer, sin que nosotros lo encarezcamos. El primero, sin embargo, se resignó fácilmente con este contratiempo; mas el segundo, instigado por Mendoza, le sugirió la idea de entenderse directamente con el obispo de Córdoba.

A la verdad S. I. se habia negado á responder aun al Rey mismo, cuando fué sobre el particular preguntado: pero como la Iglesia reconoce y acata la autoridad del esposo sobre su esposa, era de presumir, decia don Angel, que acaso al marido se dijese mas que al monarca.

A semejante raciocinio contestaba Leoncio: que pues S. M. y sus ministros se dieron por satisfechos con la respuesta evasiva del ilustre prelado, en asunto que interesaba nada menos que á la salud del Reino, no le sentaba á él mostrarse mas difícil de contentar; ni fuera cuerdo emprender por sí en particular averiguaciones á que la Policía renunciaba, teniéndolas por peligrosas é imposibles. Ultimamente, aunque era de presumir que Laura no estuviese comprometida en el asunto de la malograda conjuracion granadina, con todo eso, pesaban sobre ella sospechas, y no era cosa de que se echara el mismo Montefiorito encima, todo el peso de una causa de lesa Magestad.

La Superintendencia general de Policía del Reino, de órden del Rey, habia puesto á Leoncio al corriente de cuanto con respecto á su esposa constaba en aquella tenebrosa oficina; y el prudentísimo cortesano, aun con tocarle tan de cerca y directamente el asunto, procuró abstenerse todo lo posible de tomar cartas en él.

Ante la barrera, pues, de su cobardía política, de su ambicion palaciega y de su egoismo sin límites, estrellábase la habilidad insinuante, la lógica seductora y la perseverancia incansable de don Angel.

La mitad de las rentas de Laura eran todavía una fortuna opulenta, su ausencia un freno de menos; y por tanto Leoncio no tenia en realidad grande interés en que su hermana volviese al mundo: si cedió la vez primera á las indicaciones de su confidente, escribiendo á don Justo, fué porque para ello tuvo razones puramente personales.

Esto requiere alguna explicacion y daremosla sumariamente.

Montefiorito contaba cuarenta y cuatro años cumplidos á principios del trigésimo del corriente siglo; habia, pues, y con mucho pasado de la edad en que hacer de la galantería poco menos que profesion exclusiva, puede ser, ya que nunca bueno, por lo menos disculpable. Sin embargo, tanto en virtud de la frivolidad de su espíritu, cuanto por hallarse nulo de todo lo que no eran fruslerías, Leoncio, no acertaba á resolverse á vivir como sus años lo requerian. Por otra parte, si el sentimiento que la Marquesa de Sotoverde le inspiraba todavía no puede, sin profanacion, llamarse amor, era no obstante bastante vivo para tener algunos de los caractéres de las verdaderas

pasiones; y aunque ya dos veces reemplazado, aunque sabiendo el delirio de su ingrata por el hombre que á las puertas del sepulcro le habia puesto, el bastardo de Valleignoto ardiendo por ella, abrigaba la esperanza de volver á poseerla algun dia.

Con esa quimérica idea fija en la cabeza, pasaba largas horas durante su penosa convalecencia meditando para reconquistar á la inconstante mil insanos proyectos, entre los cuales ocurriósele uno, que en realidad tenia visos de racional, pues se fundaba en el gran resorte del corazon de las coquetas, si es que corazon tienen, en la vanidad, decimos, á la cual todo lo sacrifican de ordinario las mugeres galantes. El raciocinio de Leoncio era este: «mi hermana, que pasa y ha de pasar siempre por mi muger, es una de las mas bellas y seductoras criaturas que imaginarse puede; si yo logro que vuelva á mi lado, si la presento en la sociedad, no tiene duda que ha de eclipsar aun á la misma Matilde. Pues ahora bien, declárome el amante de mi esposa, hago correr la voz de que si una vez fuí adorador de la Marquesa, hícelo solo por distraerme durante la ausencia de Laura, y ofendida la vanidad de la pérfida; ¿qué duda tiene que hará esfuerzos desesperados para encadenarme de nuevo á su triunfante carro? Resístome entonces; truécanse los papeles; y triunfo al cabo; Ribera sucumbe: Matilde es mia para siempre.»

En virtud de tales consideraciones decidióse Leoncio á escribir á don Justo, mas vista la negativa de este, no osó, como hemos visto, comprometer su existencia política en servicio de su pasion, porque en él las pasiones mismas eran siempre bajas, óbraban sometidas á las sugestiones del interés villano.

Por el contrario Mendoza, todo lo sacrificaba constantemente al servicio de la llama que el corazon abrasaba, y en aquella circunstancia, como en todas resolviose á no desistir de su empresa por mas que las dificultades y los obstáculos parecian crecer y multiplicarse indefinidamente.

En consecuencia dispuso que don Angel, dueño de la carta escrita por Leoncio y devuelta por don Justo, escribiera al obispo de Córdoba, remitiéndosela, en estos términos:

«Ilmo. señor: don Leoncio de Montefiorito, esposo de la señora doña Laura de Valleignoto, segun consta de la partida de casamiento, cuya copia legalizada acompaño, postrado en la actualidad en el lecho del dolor, por efecto de una grave enfermedad que segun el parecer de los facultativos pone en peligro su vida, me manda acudir, como su apoderado general que soy, á V. S. I. para suplicarle humildemente en su nombre, que apiadándose de su lastimosa situacion, tenga á bien dar curso á la carta para su consorte que tambien es adjunta.

«El moribundo, señor Ilmo., respetando como buen católico apostólico romano que tiene la dicha de ser, la alta dignidad que S. I. ocupa en la iglesia; se abstiene de hablar de sus derechos de marido, confiando el buen éxito de su pretension, á la caridad cristiana del sucesor de los apóstoles en Córdoba: pero no puede menos de recordar á V. S. I. que los instantes de su vida están ya contados,

y que la menor demora pudiera hacer inútiles los resultados de los caritativos oficios de V. S. I. etc. etc.»

Recibir esta carta el digno prelado y dar la órden al hermano mayor de las ermitas de Córdoba, para que inmediatamente hiciese comparecer á Pablo á su presencia, fué todo una misma cosa; y á su vez el superior de las ermitas apresuróse tambien á cumplir la órden del diocesano, dando con la campana de la mina la señal que interrumpió al Patriarca en la pendiente relacion de los sucesos de su maravillosa vida.

Pablo con su habitual agilidad y obediencia pasó del valle á las ermitas y de estas al palacio episcopal, donde el prelado le entregó las cartas que de recibir acababa, invitándole á enterarse del contenido de la de don Angel, como en efecto lo hizo el siervo del Valle.

—Señor ilustrísimo, dijo terminada su lectura, mi obligacion es servir y obedecer y la cumpliré....

—Señor, siento que Laura salga del Valle antes de cumplirse el año de su estancia en él.

—Si su esposo la llama. ..

—¡Oh! ¡la llama sin duda!

—En ese caso debe acudir á la voz de aquel á quien para siempre está ligada ante la faz de la iglesia, con un lazo indisoluble.

—Ese lazo, señor, ese lazo....

—¿Y bien?

—¿Me será lícito revelar un secreto?

—Si á otros atañe exclusivamente, no, hermano.

—Mas interesándose, acaso, la salvacion de un alma.

—Aconsejadle al pecador lo que mejor os parezca en el interés de su eterna salud: pero respetad siempre sus secretos; revelar los agenos es y será siempre, hermano Pablo, un abuso de confianza indigno de un cristiano, mucho mas de un sacerdote. Nunca se llega á buen fin por malos medios.

—Pastor santo, exclamó el siervo postrándose enternecido á los pies del obispo, dignáos absolverme de mi mal propósito, de que me arrepiento.

—Andad, Pablo, respondió el prelado levantándole del suelo cariñosamente: la intencion fué buena: pero guardaos siempre de tentaciones tanto mas peligrosas, cuanto el enemigo comun las encubre mas cautelosamente con el velo de la santidad.

Dió con esto el obispo su bendicion al siervo, quien con paso diligente volvió al punto de donde habia salido, es decir, al Valle, cuyos moradores estaban á su llegada aun entregados á esa breve muerte que llamamos sueño y nos reposa de las fatigas de la vida.

Al amanecer levantóse el Patriarca segun su costumbre, y Pablo que en expiacion del pecado que conocia haber cometido resolviéndose á revelar al obispo un secreto que la santa discrecion de aquel rehusó escuchar, pasó la noche orando, puso en sus manos las dos cartas recibidas, con lo cual quedó descargada su conciencia y cumplido su encargo.

La lectura del escrito del supuesto don Anselmo Fernandez, que

con aquel pseudónimo firmaba don Angel, hizo concebir á Simon las mismas sospechas que á su siervo en el palacio episcopal asaltaron: aquella carta, en concepto de entrambos, era un lazo que, ya de concierto con Leoncio, ya ignorándolo este, tendian á Laura sus perseguidores, de cuyos manejos tenian hasta cierto punto idea los moradores del valle.

Sin embargo, Leoncio era hermano y para el mundo esposo de Laura; esta, ademas, no tenia obligacion ninguna contraida de permanecer en aquel retiro; y por lo mismo fuera hasta criminal ocultarle los papeles, á ella dirigidos, y que á ella mas que á nadie interesaban.

A mayor abundamiento ni Simon, ni Pablo podian engañarse á sí mismos: la hija del Indiano soportaba con dificultad un género de vida absolutamente contrario á sus ideas y á sus hábitos. Lejos de entibiarse con la soledad, sus pasiones adquirieron en ella nuevas fuerzas, y no era muy raro encontrarla ya en el bosque, ya orillas de la fuente, suspirando hondamente ó derramando copiosas lágrimas.

En tal situacion era evidente que solo su deseo de no disgustar al Patriarca la detenia en el Valle hasta que se cumpliese el año de su estancia en él, plazo no ya muy distante á la sazon; y por tanto ocultarle la carta de su hermano fuera cometer una accion mala en sí misma, para solo diferir el inevitable riesgo de su vuelta al mundo, no para evitarlo por completo.

Al contrario, no oponiéndose en aquel momento á que dispusiera Laura de su persona como mejor le pareciese, quedaba siempre abierto el camino á su regreso, y quizá un dia ella expontáneamente volviera á los brazos de los que solo su bienestar anhelaban.

Por moralidad, pues, y por conveniencia decidióse en el acto el Patriarca á poner las cartas en manos de Laura; y no pudo sorprenderle que esta, sin vacilar le respondiese, despues de leidas:

—Padre mio, mi obligacion es volver al mundo: Leoncio, en realidad mi hermano y en el nombre mi esposo, me llama á la cabecera del lecho en que yace moribundo, y estoy segura de que si viviera mi buen padre, me mandaria no tardar un solo instante en acudir á su llamamiento. Dadme, pues, vuestra bendicion, y rogad al Omnipotente que me proteja.

—Maria, hija del alma, exclamó llorando Marta; ¿con que nos dejas tú nuestro tesoro y alegría? ¡Ay! ¿Qué vá á ser de mí, sin tu presencia?

—Maria, gritó tambien el pastorcillo; no es posible que me dejes abandonado, no; yo no puedo separarme de tí; yo te sigo á donde quiera que vayas.

Y diciendo así el pobre niño abrazaba convulsivamente las rodillas de la hermosa Mejicana.

—¿Tú tambien dijo el patriarca con profunda melancolía y dirigiéndose al pastor; tú tambien, ingrato, quieres abandonarnos, y lanzarte á ese mar proceloso de vicios y de crímenes? ¡Señor, apiadáos de mí, y poned término á mi larga vida!!!

—María, interrumpió Marta; ya lo ves: al solo anuncio de tu partida la desolacion y el llanto reinan entre nosotros. Quédate, hija, quédate con aquellos de quienes en la tierra eres el consuelo y la alegría.

—Madre y señora, pronunció balbuciente Laura. ¿No conoceis que mi obligacion me llama á otra parte?

—Pues yo voy contigo, insistió enérgicamente el niño. Yo voy contigo, María.

Algunos minutos de silencio siguieron á esa primera explosion de afectos que ninguno de los actores de la escena acertó á contener en su pecho; algunos minutos de silencio, decimos, siguieron á las palabras referidas que fueron en el valle una verdadera y completa revolucion.

Porque Marta reveló que Laura de tal modo habia cautivado su corazon que sin ella iba á vivir infeliz donde tantos siglos habitára tranquilamente hasta entonces; el niño que, á pesar de haber abierto los ojos á la luz en un desierto, abrigaba en su corazon un sentimiento innato de curiosidad y ánsia de movimiento que le devoraba; Laura su resolucion de volver al mundo; y el Patriarca, en fin, á centenares de escarmientos experimentados insensible, el Patriarca mismo comenzaba á vacilar en sus convicciones relativas á la vida retirada y solitaria.

Sin anticiparnos á revelaciones que tendrán su lugar adecuado mas adelante, podemos decir, porque ya nuestros lectores lo habrán deducido de lo hasta aquí escrito, que Simon creia posible, ó mejor dicho creyó un tiempo posible, sustraer á sus descendientes de la ley comun de cuanto existe animado, es decir, de la ley constante del movimiento ascendente ó descendiente. En su opinion el ascetismo, la vida solitaria, una educacion religiosa bastaban á preservar al hombre de la curiosidad, móvil del estudio y creadora de las ciencias; del deseo de locomocion, signo y consecuencia de la fuerza; de la ambicion del dominar, prueba de la superioridad moral de la raza humana sobre todos los seres de este mundo sublunar. A la verdad hasta el lance cuya relacion tenemos interrumpida, todos los Valleignotos habian, despues de un año de noviciado, elegido de nuevo el siglo y renunciado el desierto: pero el patriarca decia siempre: «Vinieron ya inficionados por las pompas mundanas ¡Qué mucho que tras ellas se vuelvan!»

En Laura era el caso distinto: ella misma expontáneamente habia ido á buscar en el Valle un refugio contra las tempestades del mundo; y ni el gérmen de un solo vicio se advertia en su corazon inmaculado. No obstante, asía con ánsia la ocasion de salir del retiro; aprestábase gozosa á correr peligros que no negaba, so pretexto de acudir á la voz de un hombre que la habia hecho infeliz y sin mas esperanza que la fortuita de encontrarse quizá alguna vez en contacto con otro á quien amaba, sí, pero de quien la separaban obstáculos insuperables, tanto por su naturaleza, cuanto porque ella misma no queria atropellarlos.

Sin embargo, mediaba el cariño fraternal, mediaba un amor muy

arraigado en aquel espíritu vehemente; y hasta cierto punto eran ambos sentimientos causa bastante á explicar el hecho, sin destruir por los cimientos el sistema del Patriarca: pero ¿Qué decir del pastorcillo? Una tarde que Pablo regresaba á las ermitas viniendo de visitar otro santuario de las cercanías de Córdoba, oyó á un lado del camino los débiles lastimosos vagidos de un niño, que yacia abandonado en medio del campo. Acercóse el ermitaño y vió con asombro una criatura enfermiza que al parecer contaba apenas un mes de existencia, envuelta en unos harapos de paños que en su tiempo fueron finos, y con un relicario al cuello, pendiente de una cadena de oro. Estaba el pobre infante aterido de frio, amoratado, casi exánime. Pablo movido á compasion recogiólo, y sin demora condújolo al Valle donde Simon y Marta lo adoptaron, criándole la última por medio de una cabra de las de su rebaño.

Tal es la sencilla historia del pastorcillo que bautizado en la iglesia de las ermitas recibió en la pila el nombre de *Pedro*, por razones que á su tiempo diremos; y que criado sin salir jamás de su retiro, no tenia del resto del mundo mas ideas que las vagas é incompletas que alcanzó á deducir su fantasía, de frases sueltas por el Patriarca intercaladas en sus cristianas pláticas.

Con sobrado fundamento esperaba, pues, Simon que al menos aquel ser desvalido, desde que nació víctima de la crueldad de sus semejantes, quizá de un crimen de su propia madre, y criado desde que abrió los ojos en los principios del mas severo ascetismo, viviria contento en el valle, contento y sin desear lo que no conocia: pero, si el primer hombre perdió las delicias del Paraiso terrenal por satisfacer su curiosidad, si viéndose dueño de cuanto le rodeaba menos de una manzana, por apropiársela, se condenó á sí mismo y á todos sus descendientes á muerte ¿Cómo habia de eximirse de flaqueza semejante el niño ya en pecado concebido?

Aun antes de que Laura fuese al Valle, ya Pedro, con saber que la tierra era mas grande, anhelaba verla, correr su ámbito, trepar á sus montañas, surcar sus rios: pero cuando vió á la hija del Indiano, y la oyó decir modestamente que habia millares de seres tanto ó mas bellos que ella en el mundo, hirviendo en sus venas la levadura del antiguo Adan formó el propósito de romper sus cadenas en la primera ocasion que para ello se le presentase; y en efecto, hízolo como queda referido.

A tan concluyente argumento no acertaba el Patriarca en su conciencia á oponer razon alguna: su sistema flaqueaba por la base, y érale forzoso confesarlo. Sin embargo por entonces abstúvose de tocar la materia, y despues de haber orado fervorosamente, como lo tenia de costumbre, en todo trance difícil y antes de tomar cualquiera resolucion de importancia, dijo al fin con reposado continente y voz entera:

—Tú, María, pues lo deseas, puedes partir cuando te plazca: yo ruego al cielo que un dia no te arrepientas de habernos dejado: ruego al Santo de los santos que en tí no se verifiquen las palabras del Espíritu divino: «El que busca el peligro en él perece.» Parte, pues,

vuelve al lado de Leoncio, cumple con él como buena hermana; y á la cabecera de su lecho, cuando por él ruegues, ruega tambien por tí que padeces en el alma una enfermedad mucho mas grave que la que su cuerpo aqueja.

«Tu corazon y tu entendimiento permanecen insensibles á las verdades sublimes de la revelacion; en vano fuera de ellas, en vano sin ellas buscarás la dicha. ¡Tenga el Señor misericordia de tí!

«Pablo, en la hora que tú señales, guiará tus pasos; mi bendicion te acompañe.»

Laura recibió de rodillas la bendicion del anciano y al levantarse viendo abiertos los brazos de Marta, arrojóse en ellos, siendo recibida con sin igual ternura.

«Tú, Pedro, eres un niño todavia, y tus caprichos son como las nubes de verano: permanecerás con nosotros.»

El niño al oir aquellas palabras levantó súbito la cabeza, á su su palidez habitual reemplazaron vivos colores; en sus ojos, de ordinario lánguidos brilló una expresion de insólita energía; y con voz harto viril, dijo:

—Padre mio: perdonadme: pero yo sigo á Laura: si, la sigo, ó me dejo morir....

—¡Desdichado! le interrumpió Simon; ¿A tanto llegaria tu ingratitud con los que te han servido de padres? ¿A tanto tu impiedad?

—Os engañais, padre y señor, replicó el niño animado por un sentimiento que dominaba entonces su timidez nativa: os engañais. Mi corazon no es ingrato á vuestros beneficios: mi corazon no se rebela contra el Dios que adora. Pero ese mismo Dios, vos me lo habeis dicho, dió al hombre la tierra para que de ella usára como su dominio: ese mismo Dios le mandó amar á sus semejantes y vivir con ellos. ¿Por qué, pues, quereis encerrarme en un solo rincon del mundo? ¿Por qué privarme de la sociedad de mis hermanos? Dadme vuestra licencia, padre mio, dádmela para seguir á Maria, que, es un modelo de virtud: yo imitaré su ejemplo, yo la rogaré que imite el mio adorando al crucificado; yo la protejeré contra esos riesgos que decís la amenazan! ¡Padre mio, dadme vuestra licencia ó dejadme morir!»

Absortos escucharon todos los presentes las razones del niño; mas absorto que ninguno el Patriarca que no suponia ciertamente en su hijo adoptivo tanta vehemencia, menos tanta y tan buena lógica.

—En fin, exclamó, es llegado el tiempo en que el mancebo ignorante asombre y suspenda al centenario docto. Dios quiere mortificar asi mi vanidad: yo acepto humilde y resignado esa leccion de su sabiduria. Partirás, Pedro, si Maria consiente....»

—Consentid, señora, dijo el niño, postrándose á los pies de Laura.

—Pobre criatura, dijo ella, consiento, si me juras mirarme y obedecerme, como si fuera tu propia madre.

—Si, lo juro; respondió Pedro poniendo la mano sobre su corazon palpitante.

—Simon, exclamó Marta dolorosamente, nos dejan: vamos á quedarnos solos!!

—¡Volveremos! dijeron á un mismo tiempo enternecidos Laura y Pedro.

—Y Dios queda con nosotros repuso el Patriarca.

—Y vuestro siervo, añadió Pablo, que sin pronunciar una sola palabra habia presenciado aquella escena.

Al siguiente dia, porque el resto de aquel fué necesario emplearlo en los preparativos del viage, Laura y Pedro, guiados por Pablo, salieron al monte de las ermitas; de allí bajaron á Córdoba; y sin entrar en la ciudad subieron á una silla de posta que á Madrid los condujo.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE

DE LOS CAPITULOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO.

Pág.

Prólogo. 1

LIBRO PRIMERO.

LA NOCHE DEL 29 DE SETIEMBRE DE 1833.

CAPITULO I. La Cita. 11
CAP. II. Mina y Contramina. 16
CAP. III. El cuerpo de Guardia. 24
CAP. IV. Otro cuerpo de Guardia. 30
CAP. V. Don Angel, la Desconocida y el Comandante. 37
CAP. VI. La plazuela de Oriente. 45

LIBRO II.

DON SIMON DE VALLEIGNOTO.

CAPITULO I. El Indiano. 51
CAP. II. Genealogia. 59
CAP. III. El Cumpleaños. 65
CAP. IV. Una heredera millonaria. 67
CAP. V. Antecedentes.—Crisis 72
CAP. VI. El padre y la hija.—El amante y su confidente. . . . 81
CAP. VII. Catástrofe. 88

LIBRO III.

LA EMIGRACION.

CAPITULO I. La invasion francesa. 99
CAP. II. Cura de Laura. 105
CAP. III. El Conspirador amante. 117
CAP. IV. Don Angel de vuelta á España. 126
CAP. V. La belle Espagnole. 134
CAP. VI. Gran baile en Tullerias. 140
CAP. VII. Consecuencias lógicas de un Wals. 151
CAP. VIII. Leoncio intrigante. 157

LIBRO IV.

LAURA EN GRANADA.

	Pag.
CAPITULO I. La Caridad	167
CAP. II. Caprichos de la fortuna	176
CAP. III. Un rayo de luz	187
CAP. IV. El Cabo Martin	196
CAP. V. Complicacion	207
CAP. VI. Prosiguen las Complicaciones	217
CAP. VII. Todos embrollados	226
CAP. VIII. Incidentes.—Acontecimiento misterioso	234

LIBRO V.

LAURA EN EL VALLE.

CAPITULO I. Revelaciones	243
CAP. II. Brillantes pesquisas	254
CAP. III. El diablo ermitaño	266
CAP. IV. Una noche en el teatro	276
CAP. V. Por ellas y siempre por ellas	286
CAP. VI. Aciertos y errores de cálculo	295
CAP. VII. Una velada en el Valle	304
CAP. VIII. Vuelta al mundo	313

PLANTILLA

DE LAS LÁMINAS QUE HAN DE COLOCARSE EN ESTE TOMO PRIMERO.

	Pag.
Toda la oficialidad y no pocos soldados habian acudido en torno del preso y del coronel.	11
¡Oye, Leoncio de Montefiorito, tú eres mi hijo....!	51
¡Ah, señor.... Mi vida es desde hoy de V. M!	99
¡Es un angel, en efecto, un angel bajado del cielo!	167
Maria, aqui reposan los restos mortales de tu padre, oremos por él.	215

MARTIN GUERRA.

CRÓNICA DEL SIGLO DECIMO SESTO.

Solemos admirarnos por lo regular cuando vemos dos fisonomías parecidas, y precisamente deberia suceder todo lo contrario. Con efecto, nada hay tan digno de admiracion como el poder infinito que sin cesar produce combinaciones, siempre distintas, con los mismos elementos. Mientras mas se reflexiona acerca de esta prodigiosa fecundidad de las formas, tanto mas se aumenta el asombro. Obsérvase desde luego, que cada pueblo posee su tipo distinto y bien caracterizado que lo separa de la raza de los demas hombres; los españoles se diferencian de los alemanes por la fisonomía, asi como los alemanes de los ingleses, y estos de los cosacos. Aun entre los individuos de un mismo pueblo hay familias que se distinguen por ciertos rasgos particulares muy pronunciados, al paso que los individuos de estas familias varian entre si debilitándose la marca que los separa de la generalidad. ¡Qué multitud inmensa de fisonomías! ¡Qué prodigiosa multiplicacion de rasgos impresos en el rostro de la especie humana! Existen miles de originales sin encontrarse una cópia. A vista de semejante espectáculo siempre nuevo, ¿qué debe inspirarnos mayor admiracion, la eterna diversidad de rostros, ó la semejanza casual de algunos individuos? ¿Es cosa imposible que de un estremo á otro del globo puedan encontrarse, por acaso, dos personas cuyas facciones tengan un parecido idéntico? No: asi que, lo que debe sorprendernos no es la semejanza de dos individuos, sino que estos se reunan en un sitio dado y que se nos presente á la vista poco acostumbrada á semejante espectáculo. Muchas fábulas se han inventado sobre este hecho desde Anfitrion hasta nuestros dias: la historia ofrece tambien algunos egemplos, tales como los del falso Dimitri en Rusia y de Perkins Warbek en Inglaterra, con otros varios impostores; pero la aventura que vamos á contar ni es menos curiosa ni menos estraordinaria que esta.

El dia 10 de agosto de 1557 fué bien funesto para la Francia, y todavia se conserva la memoria de la batalla de San Quintin: las tropas francesas fueron destruidas por las españolas é inglesas reunidas, al mando de Manuel Filiberto, duque de Savoya. Pereció toda

la infantería, el condestable de Montmorency y otros muchos generales cayeron prisioneros, el duque de Enghien quedó herido mortalmente y la nobleza pagó el diezmo en aquella memorable batalla: la Francia se cubrió de luto y la corona de Enrique II se tambaleaba, y no cayó gracias al duque de Guisa, que supo al año siguiente reconquistar lo perdido.

En un lugarcillo situado á un cuarto de legua del campo de batalla, oíanse con horror los gemidos de los moribundos y de los heridos que trasportaban: los habitantes se habian ofrecido á conducir las angarillas: dos ó tres cirujanos-barberos recorrian las casas convertidas en hospitales, mandaban hacer operaciones, que confiaban á sus ayudantes, y echaban á algunos fugitivos que habian conseguido introducirse con los heridos, con el objeto de proporcionar socorros á amigos ó á parientes. Habian espulsado ya gran número de aquellos infelices, cuando abrieron la puerta de un cuartito donde estaba echado sobre una estera un soldado bañado en sangre, y otro examinándolo con estraordinaria curiosidad.

—¿Quién eres? dijo uno de los cirujanos al herido: ¿tú no eres francés?

—¡Ay! socorredme por Dios, contestó el paciente: Dios os lo pagará.

—Segun los colores del vestido, replicó el cirujano, este hombre debe ser un caballero español: le habrán traido aquí por equivocacion.

—Por caridad, dijo el desgraciado: mirad que sufro mucho.

—¡Aparta, esclamó el último interlocutor empujándole con el pie: púdrete como un perro!

Aquella accion á que contestó un gemido sordo conmovió al otro barbero.

—Bien considerado todo, es un hombre, un herido que reclama nuestra asistencia; dejáme con él, Renato.

Este salió refunfuñando, y su compañero se puso á examinar la herida, causada por una bala de arcabuz que le habia atravesado el hueso de la pierna, y era necesaria la amputacion.

Antes de proceder á ella el cirujano, se dirigió al otro soldado que se habia retirado al rincon mas oscuro del cuarto, y le dijo:

—Y tú ¿quién eres?

Aquel á quien esto preguntaba no tuvo necesidad de dar otra respuesta que salir á lo claro. Se asemejaba tanto á su compañero que no solo podian ser considerados como hermanos sino como gemelos.

Ambos tenian una estatura mas alta que la ordinaria, tez cobriza, frente despejada, ojos negros, nariz aguileña, barba partida, el labio inferior algo mas saliente que el superior; eran un poco cargados de espalda pero sin deformidad: todo el conjunto de sus facciones anunciaba fuerza y robustez y no carecian de varonil hermosura. Nunca se habia visto una semejanza tan perfecta, hasta en la edad, pues ambos representaban unos treinta y dos años: la única diferencia que podia notarse entre ambos era, ademas de la estremada palidez del herido, que este estaba bastante flaco, al paso que el otro era de mas que me-

dianas carnes, y una cicatriz que el paciente tenia sobre la ceja derecha.

—Cuidad del alma de vuestro hermano, dijo el cirujano al soldado que estaba de pié, porque se encuentra en tanto peligro como su cuerpo.

—¿No queda ninguna esperanza?

—La herida es demasiado profunda, para que pueda cauterizarse con aceite hirviendo, con arreglo al método antiguo: *delenda est causa mali*: es necesario estirpar la causa del mal, como dice maese Ambrosio Parra: por consiguiente lo mejor será *secrae ferro*, esto es, cortarle la pierna. Quiera Dios que sobreviva á la operacion.

Mientras buscaba sus instrumentos, añadió mirando al supuesto hermano del enfermo.

—¿Y cómo es, que servis en distintas filas? por los colores conozco que sois de los nuestros, mientras que ese desgraciado peleaba en el ejército español.

—¡Qué querels! contestó el otro meneando la cabeza: la historia es larga: yo he seguido voluntariamente la carrera que me propusieron, y senté plaza bajo las banderas de nuestro rey y señor Enrique II: por lo que respecta á ese hermano mio, habiendo nacido en Vizcaya se unió á la casa del cardenal de Burgos, y por consiguiente á la del hermano del cardenal, quien le obligó á seguirle á la guerra: le he encontrado en el campo de batalla en el momento mismo en que acababa de caer: le desenterré de entre un monton de cadáveres y le conduje á esta habitacion.

En la cara del personage que asi hablaba era fácil notar una especie de agitacion, pero el cirujano no cayó en ello: no encontrando los instrumentos que necesitaba esclamó: ¡apuesto á que se los ha llevado mi compañero! continuamente me está jugando estas pasadas; pero yo le encontraré. ¡Son tan buenos mis instrumentos! capaces de operar por sí solos é infundir habilidad á un ignorante como él.... Dentro de una ó dos horas estaré de vuelta. Cuidad que descanse, que duerma, que no reciba impresiones fuertes capaces de inflamar la herida, y luego que esté echa la operacion.... Cúmplase la voluntad de Dios!

Marchóse en seguida, dejando al herido al cuidado de su fingido hermano, y diciendo al salir: como no haga Dios un milagro, difícil será que escape.

Luego que salió el cirujano, el soldado bueno examinó cuidadosamente el rostro del enfermo.

—Si, dijo entre dientes, tenian razon en decirme que en el ejército enemigo habia un hombre que se me parecia como un huevo á otro.... Seria muy fácil equivocarse.... Ese es un espejo que refleja mis facciones. He hecho bien en buscarle en las últimas filas de los tercios españoles; y gracias á mi compañero que le derribó tan á tiempo de un arcabuzazo, me he sustraido á los peligros del combate trayendo á este lugar el cuerpo de mi semblanza.

Y aun no he hecho bastante.... continuó observando siempre el rostro del desgraciado herido: no basta con haber escapado: yo no

tengo nada en el mundo; no poseo nada. Carezco de asilo y de recursos: pobre de nacimiento, aventurero sin fortuna, he sentado plaza; me he comido el importe del enganche confiando en el botin, y héme aquí que estamos derrotados. ¿Qué debo hacer? ¿Tirarme á un pozo? no, en tal estremo es preferible morir de un cañonazo. ¿Y no pudiera sacar partido de la casualidad para crearme una condicion estable, aprovechar esta estraordinaria semejanza y servirme de este hombre que el cielo interpone en mi camino y al que apenas quedan algunos instantes de vida?

Haciendo estas reflexiones se inclinó sobre el cuerpo del herido, riendo con una risa sardónica: hubiera podido comparársele con la de Satanás, espiando el momento en que el herido exhalara el alma, para que no pudiera escapársele.

—¡Ay!. ay!... esclamó el paciente. Tened, Señor, misericordia de mí: conozco que es llegada mi última hora.

—¡Bah!, compañero, desecha esas tristes ideas... ¿te duele la pierna? luego la cortaremos y asunto concluido.

—¡Tengo sed!... por favor dadme un poco de agua.

Acababa de declararse una calentura ardiente. El enfermero miró á su alrededor y vió un cántaro lleno de agua, hácia el cual estendia el moribundo sus desfallecidos brazos. Una idea verdaderamente infernal le pasó por la cabeza. Echó agua en una cantimplora que llevaba colgada y la aproximó á los labios del herido, retirándola en seguida.

—Tengo sed!.. agua... por piedad, dame, dame!...

—Pero con la condicion de que me contarás toda tu historia.

—Si; pero dame.....

El otro le dejó beber una buchada: despues le preguntó por su familia, por sus amigos, por su fortuna y le obligaba á responder, teniendo suspendido el brebaje que debia apaciguar el fuego que le abrasaba las entrañas.

Despues del interrogatorio muchas veces interrumpido el moribundo quedó casi privado de conocimiento.

Su compañero no estaba satisfecho todavia: imaginó que para reanimarle bastaria hacerle tragar algunas gotas de aguardiente: aquella bebida escitante avivó la calentura y puso su cabeza en un grado de exaltacion conveniente para que pudiera responder á nuevas preguntas. La dósis de licor espirituoso se renovó con frecuencia poniendo en eminente riesgo la vida del desgraciado. Ya estaba casi delirando y sentia abrasada la cabeza con un fuego devorador: sus padecimientos cedian á la violencia de una irritacion febril que le transportaba á otro lugar, á otros tiempos, á la época de su juventud y á su pais natal. Pero todavia se resistia su lengua á ciertas revelaciones anteriores: los pormenores secretos de su vida pasada no habian salido aun de sus lábios; y una crísis podia ocultarlos para siempre en el sepulcro. Urgia el tiempo: empezaba á anochecer, y el desapiadado pregunton tuvo la idea de sacar partido de la oscuridad. Despertó con algunas palabras las creencias religiosas del herido: hirió su imaginacion de terror hablándole de las penas de la otra vida y de las

llamas del infierno, y secundado por la exaltacion que le habia producido, apareció á los ojos del moribundo como un juez cristiano que iba á entregarlo á las eternas llamas, ó á abrirle las puertas del Paraiso. Por último, solicitado, atormentado por el ascendiente de aquel hombre cuya voz tronaba á su oido como la de un ministro de Dios, el moribundo le reveló todos sus secretos..... todos! se confesó con él.

Algunos minutos despues, el verdugo, porque este es el nombre que puede dársele, se inclinó sobre su víctima, le desabrochó la ropilla, y le robó varios pergaminos y algunas monedas: hizo en seguida un movimiento como para sacar su daga, pero se contuvo, y empujando desdeñosamente el cuerpo con el pié, como habia hecho el primer cirujano dijo:

—Pudiera matarte, pero seria un asesinato inútil: solo adelantaria algunas horas tu último suspiro y mis derechos á tu herencia: y añadió con voz burlona.—A Dios, hermano!

El moribundo exhaló un débil gemido, y el aventurero se alejó de la casa.

Cuatro meses despues de la escena que acabamos de contar, veíase delante de la puerta de una casa situada á los confines del lugar de Artigues cerca de Rieux, á una muger sentada jugando con un niño de nueve á diez años. Jóven aun, tenia la tez morena de las mugeres del Mediodia. Sus hermosos cabellos negros, caian en ondulantes bucles al rededor de su cabeza: el fuego oculto de las pasiones se traslucia algunas veces en la brillantez de sus miradas; pero una languidez habitual parecia cubrir aquel hogar medio apagado y la debilidad de su cuerpo revelaba alguna pena secreta. Era fácil adivinar una existencia incompleta, una felicidad marchitada, y un alma destrozada por el dolor.

Su trage era el de una persona rica, aunque simple particular. La casa á cuya puerta estaba sentada le pertenecia con el terreno y jardin inmediatos.

En el momento en que nos ocupamos de ella, dividia su atencion entre los juegos de su hijo y las órdenes que comunicaba á una criada, cuando de repente, un grito del niño la hizo estremecer:

—Mira, mamá, dijo, mira.... allí vá!

Siguió con la vista la direccion que le indicaba con el dedo, distinguió á un jóven que doblaba la esquina de la calle.

—Si, continuó el niño, es el mismo que ayer, mientras estaba jugando con los demas muchachos del lugar, me ha insultado diciéndome cosas muy feas.

—¿Pues qué te ha dicho?

—No he podido comprenderlo, pero debia ser una injuria, porque los demas me abandonaron señalándome con el dedo,—llamóme bastardo.

El rostro de la jóven se puso encendido de indignacion.

—Cómo esclamó..... se han atrevido?.... que infamia!

—¿Qué quiere decir esa palabra tan fea, mamá? preguntó el niño á quien habia llamado la atencion la cólera de su madre. ¿Llaman así á los muchachos que no tienen padre?

La madre apretó á su hijo contra su corazon.

—¡Oh respondió: es una mentira infame! esas gentes no han conocido al que lloro: solo hace seis años que estoy establecida en el lugar, y va para ocho que tu padre ha partido: su calumnia es absurda: la iglesia presenció nuestro matrimonio: la casa que recibí en dote se abria para recibirnos despues de la ceremonia, y mi pobre Martin ha dejado parientes, amigos que no consentirán que insulten el honor de su muger.

—De su viuda, interrumpió una voz grave.

—¡Ah tio mio! esclamó la jóven volviéndose hácia un anciano que salia de la casa.

—Si, Beltrana, contestó el recien llegado: es necesario que te familiarices con esta idea. Mi sobrino no existe: estoy seguro: de otro modo no hubiera sido tan loco que nos tuviera sin noticias suyas durante tan largo tiempo. Partido de repente á consecuencia de una desazon doméstica, cuyo orígen nunca has querido revelarme, no hubiera podido conservar rencor por espacio de ocho años: no era tal su carácter. ¿Donde ha ido? ¿qué hace? nada sabemos ni tú, ni yo, ni nadie: luego no hay duda que ha muerto, y descansa en tierra santa lejos de estos lugares. Dios haya recibido su alma!

¡Beltrana hizo la señal de la cruz y lloró con la cabeza inclinada.

—Hola, Sansi, dijo el tio tocando en la megilla al niño á quien no agradó el alhago.

El aspecto de aquel hombre no tenia nada que previniera en su favor: los niños poseen el instinto que les hace apartarse de las personas falsas y cautelosas, y cuyas torvas miradas desmienten sus cariñosas palabras.

—¡Beltrana! esclamó: tu hijo tan indócil como su padre corresponde mal á mis caricias.

—Perdonad, contestó la madre, es muy niño todavia y no conoce lo que debe al tio de su padre: ya procuraré instruirle para que sepa agradecer el esmero con que le conservais su corto patrimonio.

—No hay duda, contestó el viejo esforzándose para sonreir: ya te rendiré cuentas, porque contigo tendré que entendérmelas desde hoy... Pero ¿por qué te afliges de esa manera? tu marido no es digno de tanto sentimiento.

Dichas estas palabras se alejó dejando sumergida á la jóven en tristísimas ideas.

Beltrana de Rolls, dotada por la naturaleza de un temperamento ardiente, que habia podido dominar gracias á la escelente educacion que recibiera, se casó con Martin Guerra cuando apenas tenia doce años, que contaba la misma edad poco mas ó menos. Tan precoces matrimonios eran entonces muy frecuentes en el mediodia: las mas veces se consumaban por consideraciones é intereses de familia, secundados por el desarrollo prematuro de la pubertad en ciertos climas. Los jóvenes esposos vivieron algun tiempo como hermanos. El

alma de Beltrana, encamina la desde temprano hácia las ideas de un amor legítimo, se unió enteramente al que le habian dado por compañero de toda su vida: á él consagró todos sus afectos, todos sus pensamientos; él solo fué el objeto y el centro de su existencia, y cuando se realizó sériamente su himeneo, el nacimiento de un hijo acabó de estrechar el lazo bastante fuerte ya por el tiempo y la costumbre. Pero como han dicho algunos filósofos, la felicidad uniforme que satisface á las mugeres, cansa muy luego á los hombres, y esto fué lo que aconteció á Martin Guerra. Vivo, aturdido, impaciente, cansado de un yugo á que le habian sujetado tan jóven, ardiendo en deseos de ver el mundo y saber lo que significaba la libertad, se aprovechó un dia de un pretesto frívolo, de una ligera disputa, que Beltrana confesó despues haber empezado la primera, para salirse de su casa y abandonar el lugar. Le buscaron inútilmente: Beltrana pasó el primer mes esperando la vuelta de su marido, hasta que desengañada se entregó á la oracion. El cielo permaneció sordo á sus ruegos; quiso partir tambien en busca de su fugitivo; pero el mundo era muy ancho, y ella no conservaba ninguna huella para seguirle. ¡Cuántos tormentos para aquel corazon tan tierno; cuantos disgustos para aquella alma sedienta de amor: cuantas noches sin sueño, cuantas vigilias sin descanso! Pasáronse los años, su hijo iba creciendo y nada le daba noticias de aquel á quien habia amado tanto. Hablaba de él con frecuencia á su hijo que no la comprendia: queria reconocer sus facciones en las del jóven Sansi y algunas veces procuraba concentrar todos sus afectos en su hijo; pero esperimentaba penas que el amor maternal no bastaba á mitigar y derramaba lágrimas que tampoco agotaba aquel amor: devorada por el mismo ardor de los sentimientos que encerraba en su corazon, la infeliz se consumia entre los recuerdos de lo pasado, los vanos deseos del presente y la perspectiva solitaria del porvenir.

Mediando estas circunstancias acababan de ofender su honor, herir su susceptibilidad de madre, y el tio de su marido, único que hubiera podido defenderla y sostenerla, solo tenia para ello palabras frias y desconsoladoras.

El anciano Pedro Guerra, era ante todo, un egoista: habíanlo acusado de usurero en su juventud, y el hecho es que se desconocian los medios por los cuales se habia enriquecido, mediante á que el pobre comercio de lienzos á que se dedicaba no podia reportarle grandes beneficios. Cuando desapareció su sobrino era muy natural confiarle el cuidado de hacer valer el patrimonio de la familia, é inmediatamente se ocupó en aumentar sus productos, pero sin creerse obligado á dar cuentas á Beltrana. Así que, no es estraño que cuando se persuadió que Martin no volveria, muy bien pudiera suponérsele el deseo de prolongar una situacion de que sacaba partido.

La noche estendia pausadamente su velo: llegó el momento en que el crepúsculo confunde los objetos lejanos y hace desvanecer las formas: era á fines de otoño, estacion melancólica que despierta tantas ideas siniestras, y recuerda tantas esperanzas perdidas: el niño habia entrado en la casa: Beltrana seguia sentada á la puerta

con la cabeza apoyada en una mano, reflexionando acerca de las últimas palabras de su tio y revolviendo en su imaginacion lo pasado que ellas habian dispertado; las escenas de su infancia, cuando casados ya, pero demasiado jóvenes aun, solo eran compañeros de juegos, preludiando con inocentes fruiciones los graves deberes de la vida: luego su amor creciendo con la edad hasta que la costumbre de la felicidad se cambió, para ella en pasion, para él al contrario en indiferencia: creia verlo aun tal como era la víspera de su partida, jóven y hermoso de vuelta de una caceria, sentado junto á la cuna de su hijo; recordaba tambien con amargura las celosas sospechas que habia formado, la cólera con que se las habia dado á entender, la ofensa que le habia hecho y la desaparicion de su marido ultrajado, seguida de ocho años de ausencia y duelo: lloraba por su abandono; por el desierto en que se agotaba su existencia, no viendo á su alrededor mas que almas frias, caractéres avarientos, viviendo solo para su hijo, porque le recordaba aunque imperfecta, la imágen de su perdido esposo. ¡Perdido! si, perdido para siempre se decia suspirando y dirigiendo una mirada hácia las campiñas que habia visto tantas veces á la misma hora del dia á puestas del sol antes de recoger la familia.

Todas las tardes acostumbraba recorrer con una ojeada las apartadas colinas que dibujaban los negros perfiles bajo el encendido fondo del cielo de occidente, y despues fijaba la vista en un olivar plantado al otro lado de un arroyuelo que lo separaba de su casa. Aquella tarde todo estaba tranquilo: aproximábase la noche oscura y silenciosa: era el espectáculo que mas agradaba á Beltrana, y aun cuando le costaba trabajo dejar de presenciarlo, iba á levantarse para entrar en la casa cuando cierto ruido que oyó entre los árboles llamó su atencion: al principio creyó que se engañaba; pero las ramas crugieron al apartarse y una forma humana apareció del otro lado del arroyo. Beltrana tuvo miedo y quiso gritar; pero el esceso mismo de su emocion paralizó su voz como acontece cuando se esperimenta un ensueño horroroso. Pareciale en efecto que soñaba; porque á pesar de las densas tinieblas que rodeaban á aquella forma, creyó reconocer las facciones de una memoria querida. ¿Era juguete de una ilusion? ¿Sus ardientes meditaciones le habian exaltado hasta aquel punto? Temió haber perdido el juicio y se arrodilló para implorar á Dios. Pero la ilusion no se borraba, y la sombra permanecia delante de ella, con los brazos cruzados contemplándola atentamente..... Entonces creyó que la vision era una hechicería ó encanto del demonio, y supersticiosa, como no podia menos de serlo en aquella época, se abrazó á una cruz que llevaba pendiente del cuello y cayó desmayada. La fantasma atravesó el arroyo de un salto y se colocó á su lado.

—¡Beltrana! le dijo con voz conmovida. Levantó ésta la cabeza, dió un grito penetrante y se encontró en los brazos de su marido.

En la misma noche todo el lugar se instruyó del suceso. Los habitantes se agrupaban á la puerta de Beltrana: los amigos, los parientes de Martin quisieron volverle á ver despues de su milagrosa vuelta: los que nunca le habian conocido, no fueron tampoco los últimos

en dar testimonio de su curiosidad, y de tal modo exigian verlo, que el héroe de esta aventura, antes de retirarse con su muger, se vió precisado á manifestarse al público en medio de la calle. Sus cuatro hermanas, atravesando por entre la multitud se le colgaron al cuello derramando lágrimas: el tio miró á su sobrino con sorpresa, le examinó con atencion y en seguida le tendió los brazos. Todos le reconocieron, empezando por la vieja criada Margarita que habia entrado á servir á los esposos el mismo dia de su matrimonio: solo observaron que la edad habia afirmado sus facciones, dando mas austeridad á su fisonomía y desarrollado sus miembros. Observaron tambien que tenia una cicatriz en la ceja izquierda, que cojeaba. Eran dos heridas que habia recibido, decia, y que no le incomodaban nada.

Mostraba Martin Guerra grande impaciencia de retirarse con su muger y su hijo; pero la multitud que se habia reunido exigia que le contase cuanto le habia ocurrido desde su voluntario destierro: tuvo necesidad de satisfacerla. Dijo que el deseo de ver mundo le habia asaltado en medio de su felicidad doméstica, y que una tarde salió inopinadamente arrastrado por su inclinacion. Que por un instinto muy natural se habia dirigido á Vizcaya donde abrazó á los parientes que aun tenia en su pais natal. Que en él se unió al cardenal de Burgos, quién lo agregó á su servicio, prometiéndole adelantos y cuchilladas y gran copia de aventuras. Que á poco pasó á servir al hermano del cardenal, quién muy á pesar suyo, le obligó á que le siguiera á la guerra contra Francia: que por esta razon le hallaron en las filas españolas en la batalla de San Quintin, donde le dieron un balazo que le atravesó la pierna: que trasladado á una casa de un lugar inmediato cayó en poder de un cirujano que queria amputar el miembro herido; pero que afortunadamente, habiéndolo abandonado por un momento no volvió á presentarse, y que una vieja habiendo tenido compasion de él le curó la herida, asistiéndole con tal esmero, que logró restablecerle en pocas semanas, dirigiéndose en seguida al lugar de Artigues, considerándose dichoso por haber vuelto á encontrar su casa, sus bienes y sobre todo su muger y su hijo á quienes se proponia no volver á abandonar.

Terminada la historia, apretó la mano á todos los vecinos maravillados de tan singulares sucesos. Llamó por sus nombres á muchos aldeanos á quienes habia dejado muy jóvenes, y que oyéndose llamar, acudieron y manifestaron su satisfaccion por aquel amistoso recuerdo. Devolvió caricia por caricia, pidió perdon á su tio por los sentimientos que le habia causado su bulliciosa juventud, recordó sonriéndose las correcciones que le habia administrado algunas veces, y citó á un fraile agustino que le habia enseñado á leer, y preguntó por un reverendo capuchino, cuya desarreglada conducta habia ocasionado notables escándalos en el lugar. En una palabra, despues de tan prolongada ausencia, manifestó que habia conservado en la memoria á las personas, á los sucesos y á los parages en que se habian efectuado. Los honrados lugareños le colmaron de felicitaciones: todos bendijeron al que le habia inspirado el pensamiento de su regreso: todos dieron testimonio del sentimiento de Beltrana y de su

virtud sin mancha. Se enternecieron, lloraron y se vaciaron muchas botellas de la bodega de Martin Guerra. Separáronse, por último, no sin contar muchos sucesos imprevistos de la fortuna, y cada cual se retiró á su casa conmovido, absorto y satisfecho, si se esceptúa el viejo Pedro Guerra, á quien una palabra de su sobrino respecto á intereses tuvo desvelado toda la noche.

Ya eran las doce cuando se encontraron solos ambos esposos dueños de entregarse á su ternura. Beltrana no acertaba á recobrarse: no podia creer el testimonio de sus ojos ni de sus oidos: veia allí, á su lado, en la alcoba nupcial, al esposo á quien habia perdido ocho años antes, á quien habia llorado y al que hacia un momento juzgaba muerto!...

En la súbita revolucion producida por tanto júbilo sucesor de tantas penas, no se sentia con energía suficiente para demostrar lo que esperimentaba. Sus sentimientos mezclados y confundidos con dificultad podian revelarse, no encontraba espresiones, porque era tal su turbacion que habia perdido el uso de la reflexion y de la voz. Sin embargo, cuando empezó á calmarse, cuando vió claro en el fondo de su alma, se admiró de no esperimentar al lado de su esposo, aquella amorosa sensacion, que aquella misma tarde iba á buscarle en el inmenso espacio del mundo.

Era él, eran sus facciones, era el hombre que habia elegido, aquel á quien habia concedido voluntariamente su mano, su corazon, su persona, y con todo le parecia al volverle á ver, que una barrera de frialdad, de verguenza y aun de pudor la separaba de él. El primer beso que la dió no la hizo feliz: se ruborizó y sintió tristeza en el fondo de su corazon.

¡Estraordinario efecto de una ausencia prolongada! No acertaba á definir el cambio que el tiempo habia producido en el aspecto de aquel hombre: su fisonomía habia adquirido un carácter mas áspero: las líneas del rostro, la cubierta esterior, el hombre físico, apenas habia cambiado; pero el alma era de distinta naturaleza: sus ojos no dirigian las mismas miradas. Beltrana habia reconocido á su esposo y sin embargo titubeaba. Del mismo modo, Penélope, despues del regreso de Ulises, esperaba que una señal evidente confirmase el testimonio de sus ojos, y necesitó que el ausente marido le refiriera los secretos de que ella era única depositaria.

Y él como si leyéra en el pensamiento de Beltrana, como si hubiera adivinado su secreta desconfianza, empleó las espresiones mas tiernas y afectuosas, y le repitió los cariñosos nombres que en otro tiempo habian sido comunes entre ambos.

—Reina mia, la dijo, dulce paloma, ¿no podrá borrar mi presencia tu resentimiento? ¿Es tan vivo aun, que mi arrepentimiento no logrará merecer tu perdon? Beltrana, Beltrana... ¡ó mas bien Beltranilla mia!....

Quiso ella sonreirse pero se contuvo: las espresiones eran las mismas, pero no asi la voz.

Apretó entre las suyas las manos de su muger.

—¡Qué manos tan lindas! esclamó: ¿has conservado mi anillo?

Oh, sí.... aquí está al lado de la otra sortija de zafiro que te regalé el dia del nacimiento de nuestro Sansi.

Beltrana no respondió, pero cogió al niño con cuidado y le puso en brazos de su padre.

Martin hizo mil caricias al niño, hablando del tiempo en que le levantaba, pequeño y débil, á la altura de los árboles del jardin, para que alcanzára las frutas; recordó que cierto dia se rozó la pierna con unos zarzales, cuya señal deberia aun conservar.

Conmovieron á Beltrana tantos recuerdos tiernos y afectuosos: se impacientó de sus dudas, y acercándose al padre de su hijo, dejó caer su mano entre las de Martin, mientras este la decia:

—Mi partida te ha llenado de angustia: me arrepiento. Pero qué quieres!....era tan jóven, tenia tanto orgullo, y tus reconvenciones fueron tan injustas!...

—Ah!.. esclamó: ¿te acuerdas aun del motivo de nuestra riña?

—Rosita, nuestra vecina, á quien tu pretendias que yo hacia el amor, fué la causa, porque una tarde nos encontramos con ella junto á la fuente del bosquecillo. Te espliqué que nuestra reunion era debida á la casualidad: además Rosa era una niña; pero tú no quisiste escucharme, y en tu cólera....

—Ah! perdon... perdon amigo mio! interrumpió Beltrana confusa.

—En tu cólera cogiste lo primero que hallaste á mano, y me lo tiraste á la cara. Hé aquí la señal, añadió sonriéndose y señalando la que tenia sobre la ceja derecha.

—Cielos!.... esclamó Beltrana: ¡podrás perdonarme!

—Ya lo ves, contestó Martin abrazándola.

Conmovida y trémula, separó los cabellos de la frente de su esposo, y contempló la herida.

—Ah! dijo con acento de temor y sorpresa: esta cicatriz parece reciente....

—Si, replicó Martin algo confuso... no hace mucho tiempo que se renovó la herida.... Pero no recordemos semejante acontecimiento: no quiero tener presente nada que pueda hacerte desmerecer á mis ojos.

La puso sobre sus rodillas, y ella se defendió con dulzura.

—Toma tu hijo; mañana le daré pruebas de mi ternura; pero hoy á ti, Beltranilla, á tí primero.....

Abrazó el niño á su padre y ambos esposos quedaron solos.

Beltrana se sentó sobre las rodillas de su esposo, y lo miró fijamente con una sonrisa mezclada de inquietud: tan prolijo exámen no agradaba á Martin.

—¿Qué tienes? dudas aun? Porqué me examinas con tanto cuidado?

—No lo sé, amigo mio..... ah!....perdona, la felicidad de volverte á ver ha sido tan inesperada! me parece un sueño y no puedo acostumbrarme á ella tan pronto: déjame tiempo para que me confie, y consiente que pase esta noche entregada á la oracion. Dios debe ser el primero en recibir mi júbilo y mi reconocimiento.

—No, contestó el esposo, rodeando con su brazo el cuello de Beltrana y jugueteando con sus cabellos: no, á mí es á quien debes dirigirte primero; despues de tantos trabajos, mi descanso consiste en ver-

te, mi felicidad despues de tantas pruebas es tu amor. Hé aquí la esperanza que sostenia mis fuerzas, y tambien quiero yo apresurarme á convencerme, de que no es esto una ilusion.

Y quiso levantarla.

—Oh, dijo ella á media voz; déjame; te lo suplico!

—¡Cómo! esclamó encolerizado: ¿es ese tu amor, Beltrana? es esa tu fé? No debo dudar mas bien del testimonio de mis amigos? No debo temer que la indiferencia ó algun otro sentimiento?.....

—¡Oh! señor no me injuries! dijo la jóven levantándose.

Estrechóla entre sus brazos.

—No, no, no creo nada que pueda ofenderte, hermosa reina mia, confio en tu fé, como antes de mi primer viage: cuando me escribias aquellas cartas tan tiernas: aquí las tengo: miralas.

Dicho esto sacó varios papeles y Beltrana reconoció su letra.

—Si, prosiguió: mil veces las he leido y releido. Mira, entonces me hablabas de tu amor, de tus penas... ¿porqué manifiestas ahora esa turbacion, ese miedo? Estás trémula, como el dia en que te recibí de manos de tus padres... Aquí fué, en este cuarto... Sola conmigo, me conjurabas como hoy para que te dejára pasar la noche en la oracion... Pero yo insistí, bien te acordarás, y como ahora te estreché contra mi corazon.

—¡Oh!... dijo ella débilmente, por piedad!..

Pero un beso ahogó sus palabras. Los recuerdos de lo pasado, la dicha presente recobraron todos su imperio, desaparecieron los quiméricos temores, y se corrieron las cortinas del lecho nupcial.

El dia siguiente fué de fiesta para el lugar de Artigues. Martin fué á hacer visita á todos los que le habian felicitado la víspera: los abrazos y recuerdos no tenian fin. Los jóvenes se acordaban que cuando eran pequeños jugaba con ellos; los ancianos que habian asistido á sus bodas cuando solo tenia doce años. Las mugeres repetian que habian tenido envidia á Beltrana, y entre ellas, la mas linda la hija de maese Marcelo el boticario, Rosa, que tantos celos habia escitado en el corazon de la pobre muger, sabia que no eran infundados; porque Martin le hizo la corte, y así fué que esperimentó cierta turbacion al volverle á ver: estaba casada con un rico hacendado, viejo, feo y celoso, y comparaba, suspirando, su triste suerte con la de su dichosa vecina. Las hermanas de Martin le retuvieron en su casa y le hablaron de los juegos de su infancia y de su padre y su madre, muertos ambos en Vizcaya. Martin enjugó una lágrima producida por estos recuerdos de lo pasado, y despues solo se trató de diversiones. Diéronse y devolviéronse comidas. Martin reunió en su mesa á sus parientes y á sus antiguos amigos, reinando en sus convites la mas franca y cordial alegría. Observaron sin embargo, que el héroe de aquellas bacanales se abstenia de beber vino y le reconvinieron por ello: contestó que á consecuencia de sus heridas, le habia sido recomendado evitar todo género de escesos. Tuvieron que contentarse con esta escusa, y las precauciones que adoptaba Martin le evitaban perder la cabeza mientras que sus húespedes se entregaban á toda clase de locuras.

—¡Ah! esclamó uno de los convidados que habia leido algunos libros de medicina: tiene razon Martin en abstenerse de bebidas espirituosas; las heridas mas bien cicatrizadas pueden abrirse de nuevo é inflamarse á causa de la intemperancia: para los recien heridos el vino es un mortífero veneno: se ha visto en los campos de batalla morir algunos en el término de dos horas por haber bebido un poco de aguardiente.

Martin Guerra palideció, y entabló una conversacion animada con la bella Rosa su vecina. Notólo Beltrana, pero no manifestó inquietud alguna; habia sufrido un castigo demasiado duro por sus primeras sospechas para alimentar nuevos celos, y ademas, su marido la manifestaba tanto amor, que debia estar satisfecha.

Pasados los primeros dias trató Martin de enterarse del estado de sus negocios. Su fortuna descuidada por su prolongada ausencia exigia un viage á Vizcaya. La justicia se habia apoderado de sus bienes hasta averiguar su paradero. Tuvo que emplear muchos meses y hacer algunos sacrificios para recobrar la herencia de sus padres. Luego que lo consiguió volvióse á Artigues para tomar posesion de los bienes de su muger. Con este objeto, una mañana, á eso de las once, se presentó en casa de su tio Pedro.

Este esperaba la visita y estuvo atento en estremo: le rogó que se sentára, le abrumó á cumplidos aunque examinándole con atencion para sondear sus pensamientos y frunció las cejas luego que se convenció que su sobrino habia adoptado una resolucion definitiva. Martin fué el primero que rompió el silencio.

—Tio mio, le dijo: vengo á daros gracias por el esmero con que habeis cuidado de los bienes de mi pobre muger durante mi ausencia: ella no hubiera podido mejorarlos. Vos habeis percibido las rentas para conservarlas á la familia; proceder honrado y digno de elogio; pero ya que estoy de vuelta y no tengo otra cosa mejor que hacer, arreglemos cuentas.

El tio tosió, tomó aliento antes de empezar á hablar y despues dijo con lentitud y estudiando las palabras.

—Todo está arreglado, mi querido sobrino, y á Dios gracias nada te debo.

—¡Cómo! esclamó Martin estupefacto: las rentas....

—Se han empleado bien y debidamente en la manutencion de tu muger y tu hijo.

—¿Mil libras se gastaban en ello? Pues no vivia Beltrana sola, retirada, sin fausto? Vamos, no es posible!

—El sobrante, contestó el impasible tio, se ha empleado en los gastos de sementera y recoleccion.

—Estando los jornales tan baratos!...

—He aqui mis asientos, dijo Pedro.

—Esos asientos son una falsedad, contestó el marido de Beltrana.

A Pedro le pareció conveniente y oportuno encolerizarse: el sobrino exasperado por tan evidente mala fé, levantó la voz y amenazó á su tio con un pleito: Pedro á su vez amenazó diciendo, que arrojaria de su casa al insolente que venia á insultarle en ella, y uniendo

la accion á la palabra, le cogió por un brazo para hacerle salir: Martin enfurecido levantó la mano.

—¡A tu tio, desdichado!

Martin se contuvo, pero al salir murmuró algunas reconvenciones mezcladas de injurias, entre las que Pedro distinguió estas palabras:

—¡Sois un falsario!

—No se me olvidará, esclamó el vengativo anciano, cerrando la puerta con violencia.

Entabló Martin Guerra el pleito en el tribunal de Rieux. A poco tiempo recayó sentencia declarando inexactas las cuentas presentadas por Pedro y condenando al infiel administrador á pagar á su sobrino cuatrocientas libras por cada año. El dia en que la suma salió del cofre del anciano exhaló este un grito de venganza: pero hasta que pudiera satisfacer su encono, tenia que disimular, y respondió con una amigable sonrisa á las insinuaciones de conciliatorios que se le hacian. Seis meses despues con motivo de un acontecimiento feliz, Martin Guerra, volvió á pisar los umbrales de la casa de su tio. Las campanas anunciaban el nacimiento de un niño: habia funcion en casa de Beltrana: todos los amigos reunidos en el cuarto de la parida, solo esperaban la presencia del padrino para llevar al recien nacido á la iglesia, y mil gritos de alegria resonaron por todas partes cuando el anciano Pedro, conducido por Martin, se acercó con un ramillete prendido en el ojal, y tomó de la mano á Rosa, su linda comadre. Beltrana se regocijó de aquella reconciliacion entregándose á las mas risueñas ideas. Era tan feliz!... Amaba á su marido quizas aun mas que antes: él la manifestaba el mayor afecto que ella le agradecia con toda su alma.

La misma tarde del bautismo una cuadrilla de saltimbanquis y músicos pasaron por el lugar. Los convidados se mostraron liberales con ellos. Pedro interrogó á algunos: el gefe era español é inmediatamente le hizo entrar en su casa. Observaron que permaneció mas de una hora encerrado con aquel hombre, quien se alejó en seguida provisto de una bolsa bien herrada. Dos dias despues, anunció Pedro á su familia que un negocio de comercio le llamaba á Picardia para ver á uno de sus consocios. Partió, con efecto, ofreciendo dar pronto la vuelta.

El dia de la vuelta del anciano, fué bien fatal para Beltrana, estaba sola, junto á la cuna de su hijo mas pequeño, velando mientras dormia: la puerta se abrió de repente y apareció Pedro. Luego que le divisó Beltrana, retrocedió sobrecogida de un miedo instintivo, porque la fisonomía del anciano revelaba á un mismo tiempo alegria y maldad: era la espresion del encono satisfecho, la rabia unida al triunfo: su sonrisa causaba terror. No se atrevió á preguntarle cosa alguna, indicándole por señas que tomára asiento; pero él se dirigió á su sobrina directamente, y alzando la cabeza la dijo con voz de trueno:

—De rodillas, señora, y pedid perdon á Dios!

La jóven fijó en él una penetrante mirada.

—Pedro, ¿estais loco? Yo pedir perdon!... y de qué?

—Del crimen de que sois cómplice.

—Un crimen!.... esplicáos.

—Si, respondió Pedro con tono irónico: una muger se considera inocente cuando oculta sus pecados á los demas. Juzga que la verdad no lucirá nunca, y la conciencia se adormece en el olvido de sus faltas. He aquí una que creia las suyas muy ocultas: la casualidad la favorecia, un marido ausente y tal vez muerto.... y luego otro hombre semejante en el cuerpo, en el rostro y en los modales, tan bien impuesto en su papel que todos debian engañarse!... ¿Qué tiene de estraño que ella se deje engañar tambien, siendo como es, sensible, débil, estando cansada de la viudez?...

Beltrana escuchaba sin comprender: quiso interrumpir á Pedro, pero este continuó.

—Podia sin tener que avergonzarse á los ojos del mundo, acoger al estrangero, concederle el nombre de marido, y aun los derechos de tal; podia apellidarse honrada siendo criminal, aparecer constante en medio de su veleidad, conciliando á la par, bajo el velo del misterio, su felicidad, sus deberes y... tal vez su amor.

—¿Pero qué quereis decir? esclamó la jóven con la mayor ansiedad.

—Que estais favoreciendo la impostura de un hombre que nunca fué marido vuestro.

Acometida de una conmocion violenta tuvo Beltrana que apoyarse en un sitial: recobrando en seguida las fuerzas contra tan estraordinario ataque se acercó al anciano.

—¿Quién? él? mi marido..... vuestro sobrino un impostor?

—¿No lo sabiais?

—¡Yo!

A este grito, que salió del alma, conoció Pedro que era inocente y que le habia dirigido un golpe imprevisto. Entonces continuó con mas tranquilidad:

—¡Con que á vos tambien, Beltrana, á vos tambien ha engañado!

—¡Ah Pedro! vuestras palabras me dan la muerte: me estais martirizando sin piedad. Nada de oscuridad, nada de misterios!... ¿Qué suponeis? qué sabeis? decidmelo sin rodeos.

—¿Tendreis valor?

—Si, lo tendré, contestó temblando la desgraciada esposa.

—Dios me es testigo que hubiera deseado ocultaros la verdad: pero era necesario que la supiérais, aun cuando no fuera mas que por salvar vuestra alma de un lazo infame... aun es tiempo si seguis mis consejos. Escuchadme: el hombre con quien vivis, el que ha tomado el nombre de marido vuestro, ese pretendido Martin Guerra, es un trapacero, un falsario...

—¿Os atreveis á decir....

—Lo que he descubierto. Si, tenia una sospecha vaga, un presentimiento indefinido á pesar del prodigio de una perfecta semejanza, dudaba involuntariamente, me costaba trabajo reconocer en él la sangre de mi hermana, y desde el dia en que se atrevió á levantarme la mano.... ah!.... desde aquel dia le condené en el fondo de mi corazon. El acaso me sirvió en mis investigaciones. Un vagabundo español, un

antiguo partidario que pasó cierta noche por el lugar, se habia hallado en persona en la batalla de San Quintin: en ella vió á Martin Guerra gravemente herido en una pierna por un tiro de arcabuz. Despues de la accion, habiase dirigido el herido á un lugar cercano, donde oyó decir al cirujano que aquel desgraciado tenia que sufrir una amputacion á la cual probablemente no sobreviviría. Abrióse la puerta, vió al enfermo y conoció á Martin Guerra. Esto fué lo que me contó el español. Guiado por esta luz, pretesté un negocio y me dirigí al lugar que me habia indicado; pregunté á los habitantes que pudieran conservar recuerdos antiguos, y he aquí lo que descubrí.

—¿Qué? preguntó Beltrana pálida y llena de angustia.

—Supe que habian cortado la pierna al herido.

—¡Cielos!

—Y segun lo habia pronosticado el cirujano, murió algunas horas despues, porque no volvieron á verle mas.

Quedó Beltrana como anonadada bajo el peso de tan terrible revelacion pero rechazando tan lúgubres ideas:

—No, no! esclamó, es imposible! Es una fábula inventada para perderle, para perdernos á todos.

—¡Cómo! no lo creeis?

—No, nunca!

—¡Ah!... decid mas bien que aparentais no creerme: la verdad ha penetrado en vuestra alma, pero la quereis rechazar aun. ¡Pensad os digo, en vuestra salvacion!

—¡Desgraciado! ¡callad!... No, Dios no habrá querido hacer esta prueba: ¿Con cuál indicio podeis apoyar vuestras palabras?

—Con el testimonio de las personas con quienes he hablado.

—¿Y no teneis otros?

—Por ahora no tengo mas.

—No dejan de ser fuertes, con efecto: la relacion de un vagabundo que habrá lisongeado vuestra venganza para sacaros algun dinero, los dichos y rumores de un lugar, los recuerdos de ahora diez años, y por último vuestra palabra, cuando obrais asi por venganza, cuando habeis jurado hacerle pagar muy caro el castigo que ha impuesto á vuestra avaricia.... No, Pedro, no puedo creeros, ni os creeré nunca.

—Otros serán tal vez menos incrédulos, y si acuso al impostor...

—Os desmentiré.

Y acercándose á él con energía, brillando sus ojos de santa indignacion:

—¡Salid de mi casa, salid!... añadió, ¡por que el impostor sois vos!

—¡Ah! yo haré por convenceros á todos, y conseguiré que confeseis, dijo el anciano enfurecido.

Marchóse, y Beltrana se dejó caer abrumada, sobre una silla.

¿Qué pasó en el alma de aquella pobre muger? todas las fuerzas que la habian sostenido contra Pedro le abandonaron luego que se vió sola: apesar de la resistencia que oponia á la sospecha, una claridad horrible, la de la duda, penetraba hasta su corazon y reemplazaba la

pura antorcha de la confianza que la habia guiado hasta entonces, y aquella duda ¡ay! combatia al mismo tiempo su honor y su amor; por que amaba con todo el tierno afecto de una muger. Así como el veneno se desliza poco á poco, vá circulando por todas las venas, corrompiendo la sangre, hasta que estalla en fin la desorganizacion del cuerpo humano, del mismo modo la sospecha, que es tambien un veneno mortal, estiende sus estragos por el alma que la concibe. Recordó Beltrana con espanto, la primera impresion que le causó Martin Guerra á su regreso, su repugnancia interior é involuntaria, su admiracion de no sentir simpatias por el esposo á quien tan ardientemente habia llorado. Recordó tambien como si cayera en ello por la primera vez, que Martin aturdido y bullicioso en otro tiempo, estaba totalmente cambiado. Al principio atribuyó este cambio á la edad y á la esperiencia, pero despues se estremeció de que no fuera esta la verdadera causa. Otras circunstancias sueltas se ofrecieron á su imaginacion: olvidos, distracciones de su marido en pormenores casi insignificantes, como por ejemplo, el no haber respondido al nombre de Martin, ó equivocar el camino al ir á una ermita, bien conocida en otra época de su esposo, ó no recibir contestacion cuando le hablaba en vascuence, sin embargo de haberla él enseñado lo poco que sabia. Ademas nunca habia consentido desde su vuelta escribir en su presencia; ¿temia acaso, que se notára alguna diferencia entre la letra que formaba ahora, con la de entonces?

Todos estos hechos, á los que habia prestado poca atencion adquirieron reunidos una importancia terrible. Apoderóse de Beltrana una horrible turbacion. Deberia permanecer en la incertidumbre ó buscar una luz que acelerára tal vez su pérdida. ¿Y cómo asegurarse de la verdad? ¿interrogando al culpable? ¿arrancarle una confesion? Pero hacia dos años que aquel hombre vivia con ella y era el padre de su hijo: no podia envilecerle sin envilecerse á sí propia: una vez obtenida la esplicacion, no podia castigarle, sin perderse, ni perdonarle sin avergonzarse. Reprocharle su impostura para callar en seguida y guardar el secreto era destruir la felicidad y la paz de toda su vida: promover un escándalo y hacer recaer el castigo sobre la cabeza del criminal, era atraer el deshonor sobre la suya y sobre la de su hijo. Sorprendióla la noche en tan horrorosa perplegidad: demasiado débil para resistir á ella le entraron calofrios, y tuvo que meterse en la cama: declaróse una violenta calentura, y por mucho tiempo estuvo en peligro de muerte. Martin Guerra le prodigó durante su enfermedad los mas afectuosos cuidados. Conmoviôle este proceder, porque su ardiente corazon, asi agradecia los beneficios como sentia las injurias. Cuando estuvo un poco mejor y empezó á recobrar la razon recordó confusamente cuanto habia pasado, y creyó que habia tenido un sueño horroroso. Se informó si Pedro habia venido á verla, pero este no se presentó. La conducta de su tio solo podia esplicarse por la escena que la habia precedido: entonces todo lo recordó: la acusacion de Pedro Guerra, sus propias observaciones que la confirmaban todos sus padecimientos, toda su agonia. Informóse de los rumores que circulaban por el lugar. Pedro nada habia

dicho. ¿Y por qué? ¿Habia reconocido que sus sospechas eran injustas? ¿O mas bien esperaba otras pruebas? Volvió á caer en tan cruel incertidumbre, pero antes de creer en el crímen ó en la inocencia de Martin, se propuso examinarle por sí misma con atencion.

Sin embargo, ¿cómo suponer que Dios hubiese creado dos rostros tan parecidos, dos personas tan semejantes, y que los hubiese arrojado juntos en el mundo por el mismo camino para perder á una pobre muger? Una idea terrible se apoderó de ella, idea que nada tenia de estraño en aquel siglo supersticioso; y era que el enemigo del género humano habia podido revestir la forma de un hombre y aparecer bajo las facciones de un muerto á fin de conquistar un alma para el infierno. Exaltóse su cabeza con esta idea: corrió á la iglesia, pagó misas y rezó con fervor. Esperaba de un momento á otro ver al demonio salir del cuerpo del que habia amado: sus votos, sus ofrendas, sus oraciones fueron inútiles. Pero el cielo le envió una inspiracion que se admiraba no haber recibido antes. Si es el tentador, se dijo, el que ha tomado la forma de mi esposo querido, como su poder no tiene límites en el imperio del mal, ha revestido su exacta figura y ninguna diferencia debe manifestarse por ligera que sea; pero por el contrario, si es un hombre que se le parece, sin duda Dios le habrá marcado con alguna señal por donde pueda ser reconocido.

Entonces recordó que su marido tenia en el hombro izquierdo una señal imperceptible de esas que nunca se borran, y como llevaba los cabellos muy largos, una noche se los separó mientras dormia, y buscó la señal... ésta habia desaparecido!

Convencida Beltrana de la impostura pasó por una agonía inesplicable. Aquel hombre á quien durante dos años habia respetado y querido, aquel á quien habia recibido en sus brazos como á un esposo llorado con sinceridad, era un impostor, un infame!.... y ella era criminal sin saberlo ni quererlo... Su hija debia el ser á un comercio ilegítimo y el cielo deberia maldecir tan sacrílega union. Para colmo de desgracia llevaba en su seno otro fruto de la misma. La infeliz deseaba darse muerte; pero la religion y el amor que á sus hijos profesaba la contenian. Arrodillada ante la cuna de su hijo y de su hija, pedia al padre del uno perdon para el padre de la otra. Ella no podia decidirse por sí misma á declarar su infamia.

—¡Oh! dijo: tú que ya no existes, á quien he amado, bien sabes que jamás ha penetrado en mi corazon un sentimiento criminal. Cuando ví á ese hombre, creí volverte á ver: cuando fuí tan dichosa, creí deberte mi felicidad: tú eras á quien yo amaba en él, y no exigirás sin duda que por medio de un funesto escándalo cubra de vergüenza á los hijos y á la madre!

Se levantó mas tranquila: le pareció que una inspiracion celeste acababa de marcarla su deber. Callar y sufrir, tal era el sistema que adoptó, sistema de abnegacion y de sacrificios que ofrecia á Dios como en espiacion de su falta involuntaria. Pero ¿quién podrá comprender los afectos del corazon humano? Aquel hombre á quien deberia aborrecer, que la habia arrastrado en la complicidad de un crímen,

aquel falsario desenmascarado á quien debería mirar con desprecio era amado de ella!... Una prolongada costumbre; la autoridad que sobre ella habia llegado á adquirir, el amor que le habia manifestado, en fin, mil simpatías cuyo secreto solo conoce el corazon, habian operado sobre aquella muger tal influencia, que en vez de acusarle y maldecirle, buscaba una escusa en el esceso de una pasion á la cual habia obedecido cuando usurpaba el nombre de otro. Por último, temia mas el castigo para él que la vergüenza para ella, y aunque resuelta á no cederle mas los derechos comprados con un crímen, temblaba á la idea de perder su corazon. Hé aquí, sobre todo, lo que la obligó á ocultar su descubrimiento en el fondo de su corazon: una palabra, una sola palabra que hubiera indicado, su conocimiento habria levantado entre ambos una indestructible barrera.

Pero no pudo sin embargo evitar que se le conociera su pesadumbre. Derramaba en secreto abundantes lágrimas, de las que sus ojos conservaban las señales. Muchas veces la preguntó Martin la causa de su tristeza: procuraba sonreirse al escusarse pero en seguida tornaba á su preocupacion; atribuyólo Martin á caprichos mugeriles: observó que perdia su frescura, que sus megillas se hundian, y creyó que el desmejoro de su belleza era el estrago prematuro del tiempo. El ingrato fué desde entonces menos obsequioso, sus ausencias mas frecuentes y prolongadas: manifestó incomodidad y fastidio de verse vigilado, porque Beltrana tenia siempre la vista fija en él, observando con dolor aquel cambio y aquella frialdad. Por manera, que la pobre muger que lo habia sacrificado todo, para conservar á lo menos el amor de aquel hombre, veia que poco á poco el amor desaparecia.

Otro lo observó tambien, Pedro Guerra, que desde la escena que representó con Beltrana, no habia podido adquirir ningun indicio nuevo. Pedro no se atrevia á manifestar sus sospechas sin apoyarlas en una prueba positiva: no perdió por lo tanto ninguna ocasion para espiar los pasos de su pretendido sobrino, confiando en que el acaso le conduciria á algun nuevo descubrimiento. Tambien adivinó por la tristeza de Beltrana, que esta sabia la verdad y que habia resuelto ocultarla.

Por aquel tiempo trataba Martin de vender una parte de su herencia: tales negocios exigian frecuentes conferencias con los curiales de la ciudad inmediata: dos veces por semana iba á Rieux, y para hacer los viages con mas comodidad, salia á caballo á las siete de la tarde, pasaba fuera la noche, y no volvia á su casa hasta el dia siguiente despues de las doce. Esta costumbre no se ocultó á su enemigo, quien no tardó en convencerse, que parte de las horas empleadas en los negocios, se dedicaban á otros asuntos.

Una tarde, á eso de las seis, que estaba bastante oscuro, la puerta de una casa solitaria situada á un tiro de escopeta del lugar, se abrió con tiento dando salida á un hombre envuelto en una capa y á una jóven que le siguió bastante trecho por el campo. Luego que llegaron al parage donde debian separarse, se dieron un tierno beso de despedida y pronunciaron algunas palabras amorosas. El amante desató su caballo de un árbol; montó en él y se lanzó á galope hácia la

ciudad. Cuando ya no se oia nada, la jóven pensativa se dirigió silenciosamente á su casa; pero cuando se acercaba á la puerta, se apareció de repente un personage que la interceptaba el paso: asustada quiso gritar, pero él la agarró por un brazo y la mandó callar.

—Rosa, le dijo en voz baja, todo lo sé, el hombre que sale de tu casa es tu amante; para recibirlo sin peligro, adormeces á tu anciano marido con unas drogas escamoteadas á tu padre Marcelo. Hace un mes que se anudó la intriga: dos veces á la semana, á las siete de la tarde, abres tu puerta al galan, y este sale á las diez para dirigirse á la ciudad. Conozco al hombre, soy su tio.

Rosa aterrada con lo que oia, se arrojó á sus pies implorando perdon.

—Si, continuó Pedro, tienes razon para temer, porque tu secreto me pertenece, puedo divulgarlo y perderte en el concepto público.

—¡No lo hareis! esclamó la muger culpable cruzando las manos.

El viejo continuó:

—Puedo decirlo á tu marido, asegurarle que está profanado su lecho, decirle que se aprovechan de su pesado sueño para deshonrarle.

—¡Me mataria!

—Ya lo sé: es celoso, es italiano, sabria vengarse..... ¡cómo yo!

—Pero yo nunca os he hecho mal, replicó la jóven desconsolada: ¡perdon, perdon!

—Con una condicion.

—¿Con cuál?

—Ven conmigo.

Desesperada, llorosa, se dejó conducir por él.

Beltrana terminaba sus oraciones de la noche é iba á meterse en la cama, cuando varios golpes que resonaron á la puerta de la calle la hicieron estremecerse; pero reflexionando que pudiera ser algun vecino que necesitára alguna cosa, se apresuró á bajar á abrir; mas cuál fué su sorpresa al encontrarse con Pedro Guerra, y con una jóven desgreñada á quien sujetaba por un brazo diciéndola:

—¡Hé aquí á tu juez! esa es Beltrana, esa es, á la que debes confesárselo todo.

Beltrana no conoció desde luego á la muger, que cayó á sus pies aterrorizada con las palabras de Pedro.

—Dí aquí la verdad, prosiguió, ó voy á contarlo todo á tu marido.

—¡Ah, señora!..¡matadme! contestó la desdichada ocultando su rostro: prefiero mas bien morir á vuestras manos que á las suyas.

Beltrana estupefacta, no comprendia nada aun de aquella escena, pero habia reconocido á Rosa.

—¿Qué quiere decir esto, señora? ¿Por qué habeis venido á mi casa á estas horas, pálida y llorosa? ¿Por qué os ha traido Pedro hasta aquí?..... ¡Yo vuestro juez!..... ¿cuál es vuestro crímen?

—Si estuviera aquí Martin, dijo Pedro, él responderia.

Estas palabras hicieron penetrar los celos en el alma de Beltrana; despertáronse en su interior todas sus anteriores sospechas.

—¡Cómo!..... ¡qué decís!..... ¿mi marido?

—Acaba de salir de la casa de esta muger: va para un mes que se ven en secreto: os engañan... yo los he visto, y no se atreverá Rosa á desmentirme.

—¡Ah señora! esclamó esta continuando de rodillas.

Este grito equivalia á una confesion: Beltrana se puso tan pálida como una muerta.

—¡Oh cielos! dijo entre dientes; engañada, vendida por él!

—Hace un mes, replicó el anciano.

—¡Oh infame! añadió con una cólera que se aumentaba por instantes: toda su vida es un puro engaño: se ha burlado de mi credulidad y ahora se burla de mi amor!..... cree poderse burlar de mí de quien depende su suerte, su honor, y su vida!..... Y tú desdichada ¿con qué indigno artificio has grangeado su amor? ¿con cual sortilegio, con cual envenenado filtro preparado por tu padre?

—Ay, señora, mi debilidad es mi único crímen y tambien mi única disculpa! En otro tiempo, cuando era mas jóven, le amaba, y aquellos recuerdos me han perdido.

—¡Recuerdos! ¿Con qué tu has creido tambien amar al mismo hombre? ¿has sido víctima de la impostura? ¿ó es que finges para disculparte por ese medio?

Rosa á su vez no comprendia una palabra.

—Si, prosiguió, animándose siempre: no le bastaba al traidor usurpar los derechos de esposo y padre: necesitaba para representar mejor su papel engañar tambien á la querida con su semejanza ... ah!... ah!... ah!... es muy gracioso, ¿No es verdad? ¡Vos tambien, Rosa, vos tambien habeis creido volver á ver á vuestro amante! Yo tengo disculpa entonces, pues me he creido fiel á mi marido.

—¿Qué significa ese lenguage? preguntó Rosa estremeciéndose.

—Significa, que ese hombre es un impostor, y que yo le arrancaré la máscara. Oh!... venganza!... venganza!...

Pedro se acercó entonces.

—Beltrana, le dijo: en tanto que os he creido dichosa, en tanto que pude temer turbar vuestra felicidad, he callado: he refrenado mi justa cólera, he guardado consideraciones al usurpador del nombre y de los bienes de mi sobrino: ahora ¿puedo hablar?

—Si, respondió con voz sombria.

—¿No me desmentireis?

En vez de responder se sentó á una mesa, y con mano trémula escribió apresuradamente algunos renglones entregando el papel al anciano. Apoderóse de él resplandecientes de alegria sus ojos.

—Si, venganza contra él, mas para ella.... ¡compasion! Sirvale de castigo su humillacion: en cambio de sus revelaciones la he ofrecido guardar silencio ¿me lo concedeis?

Beltrana hizo un movimiento de cabeza afirmativo y desdeñoso.

—Idos sin temor, dijo Pedro á la muger culpable.

Esta salió y tambien Pedro abandonó la estancia.

Luego que estuvo sola Beltrana cayó abrumada por tantas emociones: la indignacion dió lugar al abatimiento. Reflexionó acerca de

lo que acababa de hacer y el escándalo que iba á traer sobre su cabeza. En aquel momento despertó su hija, la tendió los brazos sonriéndose y pronunció el nombre de su padre. Su padre! un criminal! ¿Pero le correspondia á ella perderle, provocar la accion de las leyes y entregarle á la muerte despues de haberle estrechado en sus brazos? ¿A la infamia cuando la afrenta recaeria sobre ella y sobre el hijo que sentia en su seno? Si era criminal ante Dios, á Dios correspondia su castigo; si era criminal para con ellá, su desprecio era suficiente para abrumarle; pero acudir á los hombres para que laváran aquella ofensa, iniciarlos en todos los misterios de su vida, profanar el santuario del lecho conyugal; por último, convidar á todo un pueblo á presenciar aquel fúnebre escándalo.... ¡qué habia hecho! Arrepintióse de su loca precipitacion y trató de evitar las consecuencias; á pesar de la noche y del mal tiempo, corrió inmediatamente á casa de Pedro con objeto de recogerle la denuncia á toda costa; Pedro no estaba en su casa; habia ensillado un caballo y partido á Rieux. La queja de Beltrana se hallaba en poder de los magistrados.

Al amanecer, la casa donde habitaba Martin Guerra durante su permanencia en la ciudad, se vió cercada de alabarderos. Presentóse á ellos tranquilo, y les preguntó qué querian. Cuando supo el objeto de la acusacion, perdió el color, pero se repuso al instante y se dejó conducir sin resistencia ante el juez. Leyéronle la demanda de Beltrana que le declaraba impostor diciendo que *falsa, temeraria y traidoramente la habia engañado, tomando el nombre y suponiéndose la persona de Martin Guerra: solicitaba que fuese condenado á pedir perdon á Dios, al Rey y á ella.*

El acusado escuchó la lectura con calma y seguridad: solo manifestó una profunda sorpresa al saber el paso dado por su muger, que despues de haber vivido mas de dos años con él desde su regreso, le habia ocurrido disputarle el nombre que por tanto tiempo le habia dado. Como ignoraba á la vez tanto las sospechas de Beltrana, cuanto la certidumbre que habia adquirido, y por último la esplosion de los celos que habia determinado la queja, su admiracion fué natural y nada tenia que ver con el papel que representaba. Achacólo á las sugestiones de su tio Pedro Guerra: ese anciano, dijo, guiado á la vez por la avaricia y la venganza le queria disputar su nombre y su estado para despojarle de sus bienes que ascendian á unas diez y ocho mil libras: y para lograr este objeto, el miserable no habia temido sobornar á Beltrana, é inclinarla á una acusacion calumniosa, horrible, inaudita en boca de una muger legítima, y acusacion que por otra parte la deshonraba.—¡Ah! no es á ella á quien acuso, esclamó: debe sufrir mas que yo si realmente ha penetrado en su corazon semejante duda; pero deploro la facilidad con que ha dado oidos á las estrañas calumnias de mi enemigo.

Tanta seguridad impuso al juez. Conducido á un encierro, no volvió á salir de él el acusado hasta dos dias despues para ser interrogado en forma.

Empezó esplicando la causa de su prolongada ausencia, producida por una querella doméstica bien conservada en la memoria de

Beltrana: contó en seguida la vida que habia tenido durante ocho años: vagabundo al principio, recorriendo los paises por curiosidad, por aficion á los viages, despues atravesando la frontera volviendo á ver á Vizcaya, su pais natal, entrando al servicio del cardenal de Burgos, y despues tomando partido con las tropas del rey de España: herido en el campo de batalla de San Quintin, transportado al lugar inmediato y curado á pesar de la amenaza de la amputacion. Entonces fué cuando ardiendo en deseos de volver á ver á su muger, á su hijo, á sus parientes, á su segunda patria, habia vuelto á Artigues, donde habia tenido la dicha de haber sido reconocido por todos sin distincion incluso el mismo Pedro Guerra su tio, que ahora tenia la barbárie de querer desconocerle. Con efecto ¿no habia sido colmado de caricias por aquel hombre hasta el dia en que le pidió cuentas de su administracion? Si hubiera consentido bajamente en sacrificar su fortuna y la de sus hijos, no le harian hoy pasar por un impostor. —Pero, añadió Martin, insistió y se siguió una violenta disputa, en la que tal vez me dejé arrastrar demasiado; Pedro como hombre rencoroso y vengativo calló y esperó. Se tomó tiempo y medidas para urdir la trama de esta acusacion, esperando por ella conseguir mejor sus fines, asociando la justicia á su avaricia, y obtener por una condena sorprendida á la religion y á los magistrados, los despojos que codiciaba y la satisfaccion de sus injurias. A estas esplicaciones que no carecian de verosimilitud, el acusado añadió las protestas de su inocencia, y pidió con altivez careo con su muger, asegurando que no podria sostener en su presencia el papel que le habian enseñado, y la verdad triunfaria en un corazon que no participaba de la ciega pasion de su enemigo. Pidió por último que prestasen testimonio á su sinceridad, y que para dar fé de ella, condenáran á sus calumniadores á las mismas penas que habian pedido contra él, que Beltrana de Rolls, su muger, fuese depositada en una casa fuera del alcance del soborno, y que se le absolviera con costas, abonándole daños y perjuicios.

Despues de estas declaraciones hechas con calor y con visos de la mas completa sinceridad, satisfizo sin turbarse á cuanto le preguntó el juez: he aquí con corta diferencia las preguntas y las respuestas segun se han conservado.

—¿En qué parte de Vizcaya habeis nacido?

—En el lugar de Aymes, provincia de Guipúzcoa.

—¿Cómo se llamaban vuestros padres?

—Antonio Guerra y María Toreada.

—¿Viven aun?

—Mi padre murió el 15 de junio de 1550, y mi madre solo le sobrevivió tres años y doce dias.

—¿Teniais hermanos ú hermanas?

—He tenido un hermano que solo vivió tres meses: mis cuatro hermanas Inés, Dorotea, María y Petra, vinieron conmigo á establecerse á Artigues donde permanecen aun: todas me han reconocido.

—¿Qué dia os casásteis?

—El 10 de enero de 1559.

¿Quién asistió á la ceremonia?

--Mi suegro y mi suegra, mi tio, mis dos hermanas, maese Marcelo, Rosa su hija, el vecino Claudio Persin, que se emborrachó en la comida de boda y el poeta Giraud que compuso versos en nuestro obsequio.

—¿Qué sacerdote os casó?

—El anciano cura Pascual Guerin, á quien no he vuelto á ver á mi regreso.

—¿Qué circunstancias particulares señalaron el dia de la boda?

—Catalina Boëre, nuestra vecina, vino á media noche á traernos la colacion llamada de *media-noche*: esta muger me ha reconocido como tambien la anciana Margarita que desde el mismo dia habita en la casa.

—¿Qué dia nació vuestro hijo?

—El 16 de febrero de 1548, nueve años despues de mi matrimonio; yo no tenia mas que doce años cuando me casé con Beltrana, y hasta algunos despues no dejé de ser niño.

—¿En que época salisteis de Artigues?

—En el mes de agosto de 1549. Al salir del lugar encontré á Claudio Perrin y al cura Pascual; me despedí de ellos. Dirigíme hácia el Beauvais, pasé por Orleans, Bourges, Limoges, Burdeos y Tolosa. ¿Quereis saber los nombres de las personas á quienes he visto y hablado? Os los diré: ¿qué mas puedo hacer?

Nunca se dió con efecto, una declaracion mas conforme á la verdad: no podia trazarse mas facilmente toda la conducta de Martin Guerra, y era preciso que fuera él mismo para hablar asi de sus propias acciones; porque, como observa muy bien el historiador aludiendo á la fábula de Anfitrion, Mercurio no recordó á Sosie todos los hechos, gestos y palabras mejor que el falso Martin Guerra los de el verdadero.

Segun como lo pedia el acusado, se depositó á Beltrana de Rolls, para evitar las sugestiones de Pedro Guerra. En tanto no perdió este el tiempo, y durante el mes empleado en interrogar á las personas citadas por Martin, su activo adversario, guiado por algunos vagos indicios emprendió su viage del que no regresó solo.

Todos los testimonios concordaban con las declaraciones del acusado: este lo supo en la prision y se felicitó por ello esperando su próxima libertad. Un dia, con efecto, fué conducido á presencia del juez quien le declaró que su deposicion estaba confirmada por el testimonio de cuantos habia invocado.

—¿No conoceis otros? añadió el magistrado: ¿no teneis mas parientes que los que habeis designado?

—No tengo mas, respondió el acusado.

—¿Y este? dijo el juez abriendo una puerta.

Un hombre de edad salió, se abalanzó al cuello de Martin y esclamó: ¡sobrino mio!

Estremecióse el acusado, pero fué instantánea esta afeccion, se repuso al momento, y considerando con la mayor sangre fria al recien llegado le preguntó tranquilamente:

—¿Quién sois?

—¡Cómo! dijo aquel hombre ¿no me reconoces? ¿Tendrás valor para renegar de mí tu tio materno, Carbon Barreau, antiguo soldado: á mí que te he tenido sobre mis rodillas cuando eras pequeño: á mí que te he enseñado despues á hacer el ejercicio, á mí, á quien has encontrado durante la guerra en una posada en Picardia de donde huiste sigilosamente? Desde entonces te he buscado por todas partes, he hablado de tí, he dado tus señas, hasta que por último, un digno habitante de este pais se ofreció á conducirme aqui, donde no esperaba ver al hijo de mi hermana aprisionado como un malhechor. ¿Cuál es su crimen, señor juez?

—Pronto lo sabreis, contestó el magistrado. ¿Reclamais al acusado como sobrino vuestro? Afirmais que se llama...

—Arnoldo de Thill, alias *Pancita*, porque su padre se llamaba Jacobo Panza: Teresa Barreau mi hermana, fué su madre: ha nacido en el lugar de Sagias.

—¿Qué teneis que responder? preguntó el juez al acusado.

—Tres cosas, contestó este con una tranquilidad estraordinaria: que este hombre está loco, ó está pagado para mentir, ó se equivoca.

El tio se quedó mudo de admiracion.

Pero el primer movimiento del pretendido Martin Guerra no habia escapado á la penetracion del juez: tambien le chocó el tono franco de Carbon Barreau. Dedicóse á nuevas pesquisas; citáronse á varios habitantes de Sagias: todos convinieron en reconocer en el acusado al mismo Arnoldo de Thill que habian visto nacer y hacerse hombre. Muchos de entre ellos depusieron que desde su infancia habia manifestado inclinaciones perversas; que el latrocinio y la mentira le eran familiares, que no le importaba blasfemar del santo nombre de Dios para corroborar sus atrevidas proposiciones. Segun estas declaraciones dedujo naturalmente el juez que Arnoldo de Thill era capaz de representar el papel de impostor y que la impudencia que afectaba era propia de su carácter.

Observaba ademas, que el acusado que se decia nacido en Vizcaya apenas comprendia algunas palabras del vascongado que colocaba sin órden ni concierto en sus discursos. Oyó tambien á otro testigo que depuso: que el verdadero Martin Guerra era muy diestro en la lucha y en la esgrima, al paso que el acusado, habiendo querido hacer pruebas, no habia demostrado ninguna habilidad.

Por último se interrogó á un zapatero, y su testimonio no fué el menos atenuante.—Martin Guerra declaró, calzaba doce puntos; ¡cuál no fué su sorpresa cuando el nuevo Martin solo calzaba nueve! —En vista de todos estos indicios y aun de pruebas acumuladas, el juez de Rieux, despreciando otros testimonios que en su concepto eran hijos de la credulidad pública fascinada por una perfecta semejanza, considerando tambien la queja de Beltrana, aunque no la habia confirmado obstinándose en guardar silencio, pronunció sentencia por la cual *declaraba á Arnoldo de Thill convicto de impostura, y como tal condenado á ser decapitado: despues de lo cual su cuerpo se dividiria en cuatro cuartos para ser espuestos en los cuatro estremos de la ciudad.*

Luego que se supo en la ciudad la decision del juez, produjo diversas impresiones de distinta naturaleza. Los enemigos del sentenciado ponderaron la sagacidad del juez: las imaginaciones menos ardientes vituperaron su temeridad, porque era permitida la duda entre tantos testimonios opuestos. Ademas existia un estado, se trataba de la suerte de sus hijos, ¿y no era necesaria mucha prudencia para anular en un instante el pasado de dos años, sin contradiccion de ninguna especie?

El condenado apeló de la sentencia al parlamento de Tolosa. El tribunal juzgó oportuno proceder con mas madurez que el juez de Rieux. Procedió mandando que se carcarán Arnoldo de Thill con Pedro y Beltrana de Rolls.

¿Quién será capaz de esplicar lo que pasa en el alma de un acusado, cuando sentenciado una vez, tiene que someterse á nuevas pruebas? Vuelven á reproducirse las pasadas angustias: atenuada la esperanza por la primera derrota, ejerce sin embargo todo su poderío sobre la imaginacion, de la que se apoderó, por decirlo asi, con ansiedad. Tiene que empezar de nuevo los esfuerzos ya agotados; es la última lucha que se emprende, lucha tanto mas encarnizada, cuanto que se tiene menos fuerza para sostenerla. Pero en el caso presente, el atleta, no se dejaba vencer con facilidad: reunia toda su energía, toda su firmeza para quedar victorioso en el nuevo combate que iba á dar.

Los magistrados se reunieron en el salon del parlamento, y fué introducido el acusado. Primero se careó con Pedro: mostró serena frente en su presencia y le dejó hablar sin conmoverse; pero adoptando en seguida un tono indignado, le abrumó á reclamaciones, le recordó su avaricia, sus vengativos juramentos, las seducciones que habia empleado con Beltrana, los manejos secretos empleados para lograr sus fines, y el encarnizamiento sin ejemplo con que habia aglomerado contra él acusaciones falsas y presentado calumniadores. Desafió á Pedro á que le probase que no era el verdadero Martin Guerra, cuando le habia reconocido y abrazado delante de todos, sin manifestar la menor sospecha, hasta el dia en que riñeron. El lenguage del acusado fué tan enérgico y vehemente, que Pedro turbado no supo que contestar. Esta entrevista fué del todo favorable al acusado: dominó á su adversario con el ascendiente de la inocencia injustamente perseguida, y le dejó desconcertado como á un vil calumniador.

Luego que se vió en presencia de Beltrana, la escena fué del todo diferente: la pobre muger pálida y abatida, debilitada por tantas penas, se acercó al tribunal vacilante y próxima á desmayarse: procuró sin embargo reunir todas sus fuerzas; pero luego que vió al acusado bajó la vista y se tapó la cara con ambas manos. Aproximóse á ella, y con el mas dulce acento la escitó á que no persistiera en una acusacion que debia perderle, que no se vengára de este modo por las faltas que pudiera haber cometido, aun cuando no recordaba ninguna de importancia.

Beltrana se estremeció, y murmuró estas palabras: ¡Y Rosa!....

—¡Ah! esclamó el acusado, iluminado por aquella revelacion.

Y tomando inmediatamente su partido, se dirigió á los jueces.

—Señores, dijo: esta muger está celosa: cuando me separé de ella hace diez años, sus sospechas se habian manifestado y dieron márgen á mi voluntario destierro. Hoy me acusa de culpables relaciones con la misma persona, ni las niego ni las confieso; pero afirmo que los celos, esa ciega pasion, es la que ayudada por las sugestiones de mi tio, ha guiado la mano de Beltrana al estender la demanda.

Beltrana no respondia.

—¿Os atreveriais, dijo dirigiéndose á ella, os atreveriais á jurar delante de Dios que no han sido los celos, los que os han inducido á perderme?

—¿Y vos, replicó ella, os atreveriais á jurar que me he equivocado en mis sospechas?

—Ya lo veis, señores, esclamó el acusado con aire de triunfo: la pasion se revela á vuestros ojos. Que yo sea criminal ó no de la falta de que se me acusa ahora, no es de lo que teneis que juzgar: otra es la que se somete á vuestras conciencias: saber si podeis admitir el testimonio de esta muger, que despues de haberme reconocido públicamente, de haberme recibido en su casa, despues de haber vivido conmigo durante dos años en una armonia perfecta, ha creido en una hora, guiada por la cólera y la venganza, poder desmentir todas las acciones y palabras. ¡Ah Beltrana! añadió: si solo se tratase de mi vida creo que os perdonaria un estravio hijo de vuestro amor; pero sois madre, meditadlo bien: mi suplicio recaerá sobre mi desgraciada hija, que ha nacido despues de nuestra reunion, y sobre el hijo que llevais en vuestro seno y al que condenariais anticipadamente á maldecir la union que le ha dado el ser. Meditadlo bien, Beltrana: tendreis que responder ante Dios de lo que vais á hacer.

La pobre muger cayó de rodillas sollozando.

—Ahora, añadió con solemnidad, os conjuro, á vos, Beltrana de Rolls, mi muger, á que presteis juramento, aqui, sobre el crucifijo, que soy un impostor y un falsario.

Pusieron la imágen de Cristo delante de Beltrana: hizo un movimiento para rechazarla, quiso hablar y esclamó con débil voz: No!... cayendo desmayada. La sacaron fuera de la sala.

Esta escena debilitó fuertemente la conviccion de los magistrados. No podian suponer á un impostor de ninguna especie tanta audacia y presencia de espíritu, para burlarse de tal modo de cuanto existe de mas sagrado. Entablóse un nuevo procedimiento que en vez de ilustrar embrollaba mas el asunto. Se oyeron treinta testigos; las tres cuartas partes convinieron en reconocer en el preso la identidad de Martin Guerra. La perplegidad era grande, como estraordinarias las apariencias. La semejanza era tal que destruia todos los razonamientos. Unos sostenian que era Arnoldo de Thill y otros lo contrario: aquellos se apoyaban en que no entendia el vascuence apesar de haber nacido en Vizcaya; ¿y qué tiene eso de estraño contestaban estos, si salió de su pais á la edad de tres años? Era el mas diestro en la lucha y en la esgrima: la falta de ejercicio se lo habrá

hecho olvidar. El zapatero que le calzaba en otro tiempo aseguraba no ser hoy la misma horma, pero pudo engañarse entonces ó equivocarse ahora. El acusado se defendia aun especificando la circunstancia de la primera entrevista con Beltrana despues de su vuelta, los mil pormenores de que habian hablado y cuyo conocimiento á él únicamente pertenecia: era ademas dueño de las cartas que solo debian encontrarse en poder de Martin Guerra. El ausente habia sido herido junto á la ceja izquierda y en la pierna: el presente lo estaba tambien. ¿Y cómo la vieja criada de la casa, sus cuatro hermanas, su tio Pedro y otras infinitas personas á quien habia recordado los juegos de su infancia le habian reconocido sin dificultad? ¿Y no decian nada aquellos amoríos, origen de los celos de Beltrana, amoríos que si existian antes y se habian renovado de nuevo, probaban la identidad de la persona, puesto que la querida debia de ser penetrante é interesada en reconocer á su antiguo amante como la otra á su esposo legítimo? ¿Todas estas pruebas no eran suficientes? Supongamos un impostor que por primera vez se presenta en un parage donde todos los habitantes le son desconocidos: que se le ocurre el criminal pensamiento de representar á un personage que ha vivido entre ellos, que haya tenido relaciones de todas clases representando un papel en mil escenas diversas, confiando secretos á sus parientes, á sus amigos, á personas indiferentes: que haya tenido una muger, esto es, una persona bajo cuya vigilancia ha pasado la mayor parte de su vida, con la cual ha multiplicado sus conversaciones hasta lo infinito sobre todos los objetos imaginables: ¿cómo podrá este impostor sostener un dia tan solo el papel que ha ensayado sin esponerse á mil contradicciones? En la imposibilidad física y moral de semejante ejemplo era indispensable convenir en que el acusado que lo representaba por espacio de dos años era el verdadero Martin Guerra.

No habia, en efecto, otra razon si se conocia tentativa semejante coronada de un feliz éxito, á menos que no se formulase una acusacion de mágia. Aun se trató de esto, pero se necesitaban pruebas y los magistrados vacilaron. Es un principio de equidad, convertido en máxima de derecho, que en caso de duda debe ser favorable al acusado; pero en la época que nos referimos estas verdades no se reconocian aun: el crímen se presumia mas bien que la inocencia, y la tortura, inventada para arrancar confesiones á los que no se podia convencer de otro modo, no podia esplicarse sino por la conviccion de los jueces acerca de la culpabilidad de los que estaban sujetos á su juicio, porque no hubiera podido ocurrir á nadie la idea de imponer castigos á un hombre que podia estar inocente; los jueces de Martin Guerra ni se atrevian á condenarle por sí mismos, como un falsario, ni hacer intervenir á la iglesia en el proceso. En el conflicto de los testimonios opuestos, que parecian revelar la verdad para obscurecerla en seguida, en aquel caos de razonamientos y de conjeturas que despedian relámpagos que se sepultaban en las tinieblas, el interés de la familia prevaleció. La buena fé de Beltrana, el porvenir de los hijos, parecieron motivos suficientes para no proceder sino con cierta

precaucion: la posicion adquirida no debia ser sacrificada sino á la evidencia; por manera que el parlamento aplazó la sentencia, mandando que se ampliara el sumario quedando las cosas en el estado antiguo. En tanto el acusado, por quien respondieron varios parientes y amigos, fué puesto en libertad, señalándole por residencia en lugar de Artigues, aunque vigilado muy de cerca.

Beltrana le volvió á ver á su lado, en el interior de su casa, como si ninguna sospecha hubiera concebido contra la ilegitimidad de su union. ¿Qué pensamientos podian ocupar su alma durante sus conferencias? Habia acusado á aquel hombre de impostura, y ahora, apesar de la conviccion secreta que habia adquirido, necesitaba afectar que no conservaba sospecha alguna, que fingiera haberse equivocado, que se humillára ante el impostor para obtener el perdon de su loca tentativa; á esta conducta la obligaba la abjuracion pública que habia hecho de sus sospechas, negándose á prestar el juramento. Debia en adelante, para sostener su papel y para salvar el honor de sus hijos, tratar á aquel hombre como á su marido, manifestarse con él sometida y confiada: era el único medio para rehabilitar y adormecer la vigilancia de la justicia.

Un dia, á la caida de la tarde, estaba sentada á su lado en el parage mas retirado del jardin: su hija jugueteaba sobre sus rodillas, mientras que el aventurero, preocupado por algun pensamiento sombrío, acariciaba como distraido la rubia cabellera de Sansi; ambos callaban cuando de repente un ruido inesperado interrumpió el silencio de su retiro.

Eran esclamaciones de muchas personas, gritos de sorpresa mezclados con acentos de cólera: oíanse pasos precipitados, la puerta del jardin se abrió con estruendo, y la anciana Margarita se presentó pálida, trémula, sin poder casi respirar. Beltrana admirada corrió hácia ella, siguiéndole su marido; pero cuando estuvieron bastante cerca de ella para interrogarla, no pudo responder sino por sonidos inarticulados, señalándoles con medroso aspecto hácia el patio de la casa: ambos tomaron aquella direccion, y vieron un hombre de pié en el umbral: se aproximaron. Aquel hombre dió un paso para colocarse entre ambos: era alto, moreno: sus vestidos estaban hechos pedazos; llevaba una pierna de madera: su fisonomía era adusta. Dirigió una mirada sombría á Beltrana: esta dió un grito y cayó desmayada.... habia reconocido á su marido.

Arnoldo de Thill quedó como petrificado mientras que Margarita, mas muerta que viva, procuraba hacer volver en sí á su señora: los vecinos atraidos por el ruido se introdujeron en la casa, y se quedaron estupefactos al notar tan completa semejanza: eran las mismas facciones, las mismas formas, el mismo aire: era uno solo con dos cuerpos. Ambos se miraron con asombro: era imposible, que en un siglo supersticioso la idea del sortilegio ó de alguna intervencion infernal no preocupára á los asistentes: todos se santiguaron, esperando cuando caia el fuego del cielo para consumir á uno de aquellos hombres, ó cuando se abria la tierra para tragárselo. Nada de esto sucedió, solo la justicia enterada de lo que

pasaba, se apoderó de ambos para descubrir tan singular misterio.

El hombre de la pierna de palo, interrogado por los jueces, contó que venia de España, donde la necesidad de curarse por un lado y la falta de medios por otro, le habian retenido hasta entonces. Habia hecho el viage á pie, casi mendigando. Dió por razon de su salida de Artigues las mismas razones que el otro Martin Guerra tenia alegadas: una riña doméstica por consecuencias de celos, el deseo de ver tierras y una especie de aficion á correr aventuras. Habiendo visitado el lugar de su nacimiento en Vizcaya, entró al servicio del cardenal de Burgos, y en seguida al de su hermano que le habia llevado á la guerra con los tercios españoles: que en la batalla de San Quintin una bala de arcabuz, le habia herido en una pierna. Hasta aquí, su declaracion estaba en todo conforme con la ya prestada por el primer acusado. Pero he aquí en lo que diferian: Martin Guerra añadió, que habiendo sido trasportado á un cuarto por un hombre cuyas facciones apenas habia podido distinguir, conoció que se moria, y que pasó muchas horas sin que pueda dar cuenta de lo que le ocurrió, porque le abrasaba una fuerte calentura que le hacia delirar: en uno de aquellos momentos esperimentó un dolor atroz, y cuando volvió en sí se encontró con que le habian cortado la pierna herida. Estuvo mucho tiempo entre la vida y la muerte, pero que unos aldeanos le cuidaron con tal esmero que consiguieron salvarle: su convalecencia fué larga. Se encontró con que le habian robado sus papeles, pero no podia acusar de esta sustraccion á los que le habian asistido en su enfermedad. Despues de su restablecimiento, privado de recursos, aguardaba la ocasion de poder entrar en Francia para volver á ver á su muger y á su hijo: habia esperimentado toda clase de privaciones, soportado los mayores trabajos, y por último estenuado por el contento al tocar el término de su viage, habia llegado hasta su casa sin desconfianza, y en ella, el susto de su criada, algunas palabras sueltas le hicieron adivinar una desgracia: el aspecto de su muger y de un hombre que se le asemejaba tanto le habian llenado de asombro; y ahora que se hallaba enterado del resto, deseaba haber muerto del tiro que solo le llevó una pierna.

Todo este relato tenia el carácter de verdad; pero interrogado de nuevo el otro prisionero se encerró en sus anteriores respuestas, sostuvo la exactitud y se afirmó de nuevo que él era el verdadero Martin Guerra y que el recien llegado no podia ser otro que aquel Arnoldo de Thill, el hábil impostor, que segun decian, tanto se le asemejaba y que los habitantes de Sagias habian creido reconocer en él.

La confrontacion de ambos nada cambió las pretensiones del primero, que mostró la misma seguridad y el mismo continente firme y atrevido: el segundo ponia á Dios y á los hombres por testigos de su sinceridad, deplorando su desgracia en los términos mas patéticos.

La perplegidad de los jueces era grande: la situacion se complicaba cada vez mas, la cuestion era mas árdua é incierta que nunca: las apariencias, los indicios se combatian mútuamente: se hallaban probabilidades en favor del uno; se esperimentaban simpatías hácia el otro; pero se carecia siempre de pruebas.

Uno de los miembros del parlamento, Mr. de Coras, propuso como última prueba antes de la aplicacion del tormento, este supremo medio de instruccion de los tiempos bárbaros, colocar á Beltrana entre los dos rivales, fiándose en caso semejante, decia, al instinto adivinatorio de una muger para discernir la verdad. En su consecuencia, los dos Martin Guerra fueron conducidos á la sala del parlamento y algunos instantes despues se introdujo á Beltrana, pálida, débil, desconcertada por sus padecimientos y por el adelanto de su embarazo, pudiéndose sostener á penas: su aspecto inspiraba compasion y todos estaban pendientes de sus movimientos. Luego que dirigió una mirada á los dos hombres colocados á los estremos de la sala, se apartó de aquel de quien estaba mas cerca, y fué á arrodillarse delante del que tenia la pierna de palo, y juntando sus manos como implorando gracia empezó á sollozar. Esta accion tan sencilla conmovió á los asistentes. Arnoldo de Thill palideció, y todos creyeron que Martin Guerra, gozoso por haberse lavado de la sospecha de impostura por aquel reconocimiento público iba á levantar á su muger y á abrazarla; pero se mantuvo frio é impasible.

—Señora, la dijo con tono de desprecio: dejad el llanto: no esperels que me conmuevan vuestras lágrimas: en vano procurareis escusar vuestra credulidad con el egemplo de mis hermanas y de mi tio: una esposa tiene mas discernimiento para reconocer á un marido, y lo que ahora haceis es la prueba de ello: no se engaña sino porque aprecia el error. Vos sola sois la causa del desastre de mi casa, y á vos sola lo imputaré siempre.

Aterrada con estas palabras la pobre muger no tuvo fuerzas para responder, y fué preciso que la condujeran á su casa casi moribunda.

La dignidad del lenguage del ultrajado marido fué una prueba mas que tuvo en su favor: compadecieron á Beltrana, víctima de una atrevida impostura; pero todos convinieron en que el verdadero Martin Guerra no podia haber hablado de otro modo. La prueba verificada por Beltrana, se repitió por las hermanas y los demas parientes, quienes dieron las mismas muestras de simpatías, y en su vista el tribunal despues de un maduro exámen, pronunció la siguiente sentencia que trascribimos testualmente.

«Vista la causa instruida por el juez de Rieux contra Arnoldo de «Thill, llamado Pancita, fingido Martin Guerra, preso en la Con«sergería y que ha apelado de la sentencia de dicho juez, etc.

«El tribunal desestima la apelacion interpuesta, y para castigo y «reparacion de la impostura, falsedad, suposicion del nombre y de «persona, adulterio, rapto, sacrilegio, plagio, latrocinio y otros de«litos que el dicho Thill ha cometido, y resultan de dicho proceso, el «tribunal le ha condenado y condena á hacer pública retractacion de«lante de la iglesia del lugar de Artigues, de rodillas, en camisa, con «la cabeza descubierta y los pies descalzos, con un dogal al cuello y «llevando en la mano una vela de cera encendida, á que pida perdon «á Dios, al rey, á la justicia, á los dichos Martin Guerra y Beltrana de «Rolls, casados; y hecho esto, será el dicho Thill entregado a

«ejecutor de la alta justicia, que le hará atravesar las calles y plazas «públicas del dicho lugar de Artigues, y con el dogal al cuello lo lle«vará delante de la casa de Martin Guerra para ser ahorcado en una «horca levantada á este efecto; y despues quemado; y por ciertas «causas y consideraciones que el tribunal ha tenido presentes, adjudica todos los bienes del dicho Thill á su hija habida de Beltra«na de Rolls bajo el pretesto de matrimonio falsamente supuesto por «él, usurpando el nombre y persona del dicho Martin Guerra, en«gañando por este medio á la Rolls, deducidas las costas; y ademas «absuelve á los dichos Martin Guerra y Beltrana de Rolls, en union «con Pedro Guerra tio de Martin, y remite al dicho Arnoldo de Thill «al juez de Rieux para que se ejecute esta sentencia en todas sus «partes. Pronunciada jurídicamente el duodécimo dia de setiembre «de 1560.

Con arreglo á esta sentencia, se sustituyó la horca á la decapitacion decretada por el primer juez, atendido que esta última pena estaba reservada para los criminales nobles, sirviendo la primera para los plebeyos.

Luego que Arnoldo de Thill vió fijada su suerte, perdió toda su audacia. Conducido á Artigues declaró en su prision, ante el juez de Rieux confesando toda su impostura. Dijo que habia concebido la primera idea, cierto dia que de regreso de la Picardía, muchos amigos íntimos de Martin Guerra le habian tomado por él: entonces se informó del género de vida, costumbres y relaciones de aquel hombre: que luego habiendo hallado medio para acercársele, le habia observado durante la batalla, viéndole caer, y entonces puso en práctica los medios conocidos del lector para apoderarse de sus secretos.

Esta declaracion bastó para desvirtuar las sospechas de mágia que se habian concebido. Arrepentido y penitente, imploró la misericordia divina, y se dispuso á sufrir resignado su condena.

A la mañana siguiente, mientras que todo el pueblo y los habitantes de los alrededores se reunian delante de la iglesia mayor de Artigues y que el penitente se retractaba con los pies descalzos, en camisa, con una vela encendida arrodillado en el pórtico, otra escena no menos dolorosa se representaba en casa de Martin Guerra. Abrumada por tantos padecimentos que habian adelantado el término de su preñez, Beltrana estaba tendida en el lecho del dolor: pedia perdon á aquel á quien inocentemente habia engañado é imploraba de él algunas oraciones para el descanso de su alma. Martin Guerra, sentado á la cabecera estrechaba sus manos y la daba su bendicion. Apoderóse de aquella mano y la acercó á sus labios, pero no podia articular una palabra. De repente se oyó un gran ruido en el esterior: era el sentenciado que iba á sufrir la pena delante de la casa de Martin Guerra. Cuando subian á la horca dió un grito espantoso: otro grito le respondió desde el interior de la casa. Por la tarde quemaban en una hoguera el cadáver de un hombre, y conducian al campo santo el cuerpo de una muger y el de un niño.

EL NEGRO CIMARRON.*

San Vicente, llamado el jardin de las Antillas por la hermosura y fertilidad de su suelo, es una pequeña isla perteneciente á la Inglaterra desde el año 1765, que corre de norte á sur; tiene seis y media leguas de larga y poco menos de ancha. La atraviesa por el centro una alta cordillera de montañas á las que dan el nombre de el Garú: al norte de esta existe hace medio siglo, una tribu de caribes negros que están constantemente en guerra con blancos y negros sin distincion. En la costa meridional de la isla, habitaba un colono llamado Daurik, conocido por su humanidad y dulzura. Sin embargo de que sus esclavos se tenian por dichosos en tener un amo tan bueno, uno de ellos acababa de fugarse. Francisco que así se llamaba, habia sido cuando jóven, un negro de los mejores, pero de repente aquel genio alegre y trabajador se cambió en una obstinada indolencia que le valió repetidos latigazos. El castigo despertó en él deseos vehementes de emancipacion, y no queria seguir sujeto al yugo de la esclavitud. Por lo comun los negros cimarrones bajan de sus guaridas durante la noche y penetran arrastrándose como serpientes en las casas de sus antiguos compañeros, donde siempre encuentran con que satisfacer el hambre que pasan en las montañas. Francisco habia dejado entre los esclavos de Mr. Daurik, una muger de su raza con la que estaba casado desde jóven y con la que siempre habia vivido en la mejor armonia.

En una tarde sombría y nebulosa, era la estacion de las lluvias, Mr. Daurik volvia á su finca, cuando de repente percibió una violenta agitacion en el cañaveral en que acababa de entrar. Como está prohibido andar por semejantes sitios en aquella hora, el ginete paró su caballo y llamó á un guardiero, que con el machete á la cintura y un chuzo en la mano vino corriendo al lado de su amo.

—Luciano, mira quien anda entre esas cañas; dijo el colono.

El negro se lanzó hácia el punto que le fué designado.

—¿Quién vá? gritó blandiendo el chuzo; contesta ó te arrojo el pincho.

La persona á quien Luciano se dirigió, sin respirar siquiera, corria como alma que lleva el diablo.

—Hola, camarada, repitió Luciano, á pesar de la ligereza de tus pies, verás si te hago parar clavándote contra la tierra.

Diciendo esto le arrojó el chuzo con suma destreza é hirió la pierna del fugitivo que exhaló un grito lastimero.

—¡Dios mio! ¡Me han muerto! ¡Tengo la pierna atravesada! ¡Amo

* Esclavo que se huye de la casa de su amo.

mio! gritó Francisco separando un poco las cañas á unos cuarenta pasos de donde estaba el colono; míre su mercé como me tratan, soy desgraciado, pero me iré á las montañas. ¡Ah! ¡ah! que vengan los negros de su mercé á ver si me alcanzan.

Sin embargo de dar á entender Francisco que tenia la pierna bastante mal parada, no por eso dejó de trepar con menos rápidez una cuesta arenosa en cuya cima desapareció al momento. La herida le debia rendir y hubiera sido cogido bien pronto por Luciano, si Daurik que habia reconocido al fugitivo, no hubiese mandado á su guardiero no seguirle, creyendo que él mismo se volveria al ingenio inmediatamente.

Medio saltando como pudo, el cimarron atravesó el valle de Mariaca y se paró al pie de la montaña mas alta de el Garú; en cuya cúspide habia fabricado una choza de ramas y césped.

Habia llovido todo aquel dia, y Francisco acostado en la tierra húmeda estaba temblando. Lejos ya de toda habitacion humana y en la concavidad de aquellas gargantas profundas, trató de encender lumbre, para lo cual empezó á recoger leña menuda. Cuando hubo hecho su provision, instaló la hoguera en el hueco de una roca. Al momento se alzó la llama, envuelta en una humareda atroz, el calor y la claridad dispertaron bien pronto á los habitantes de aquellas soledades: los buitres batian estrepitosamente sus alas en aquel horizonte oscuro y tenebroso; se sentia el vuelo de las águilas invisibles cruzarse en todas direcciones: las serpientes é innumerables reptiles que abundan en los bosques tropicales se acercaron arrastrándose por entre la yerva. Francisco tímido y supersticioso, como todos los negros, tiritaba de miedo. Sufria mucho por el dolor de la pierna, y la debilidad consiguiente á veinte y cuatro horas de ayuno le hacian ver delante de sí una legion de espectros que le helaban de pavor.

—¡Dios mio! gritaba con espanto, no puedo estar aquí; tengo miedo, tengo miedo!.....¡Dejadme! ¡Dejadme! Creia ver, sentir al diablo que venia á apoderarse de él; no tenia fuerza para soportar aquel tormento infernal..... Aterrorizado de este modo, pensó ir en busca de Tintí (Vicenta).

Levantóse con precipitacion y tomó el camino del ingenio con paso receloso. Cuando hubo descubierto las habitaciones de los negros, se paró un momento á contemplar con los ojos bañados de lágrimas su sencillo bohio (1), en el que no volveria á disfrutar la felicidad de sus pasados años. Estas ideas cruzaron por su mente con mucha rapidez sin dejar rastro alguno de tales sensaciones. Atravesó con cautela los cañaverales, lanzando continuamente en torno suyo miradas de lince. Pocos minutos despues estaba ya á la puerta de su bohio.

—Tintí, balbuceó tocando ligeramente á la ventana.

—¿Quién es? preguntó la negra.

—Yo, Pancho, ábreme.

Tintí se apresuró á abrir á su marido al que tuvo largo rato entre sus brazos.

(1) Casucha de los negros.

—Quiero comer, dijo Pancho, me muero de hambre, me ahogo de sed!..... ¡Mi pierna! mi pierna! ah! mi pierna!!

—Tu pierna, ¿que la ha pasado?

—El negro Luciano la ha herido.

Despues de haberlo traido su muger pescado saladoy frutas, se sentó á sus pies y le curó la herida. Dos chicos que dormian en un especie de pesebre, dispertaron al ruido que hacian sus padres y saltando al suelo se fueron hácia ellos gritando «¡Papa! ¡Papa!»

—Hijos mios, ¿creeis que he venido para estar con vosotros? pues os engañais; pronto volveré á las montañas. Escúchame César; ya te llegará tu san Martin; con razon ó sin ella, el mayoral te mandará dar un boca-abajo (1), y aquel chasquido del látigo lacerará tus carnes. Entonces César, y tu tambien Pompeyo, huir en seguida y vivir cimarrones como vuestro padre, en medio de los bosques; allí nadie podrá encontraros, nadie os castigará: Dios cuida del pobre negro.

Luciano vivia al lado de Pancho; relevado de su obligacion algunas horas antes de amanecer, entró en su bohio y se acostó en seguida. Empezaba á dormirse, cuando le pareció oir algun ruido en el bohio inmediato al suyo, y habiéndose puesto á escuchar reconoció la voz de Pancho que decia á su muger.

—Mañana iré hácia el rio Chatobeler.

—¿En donde está?

—Tú no le conoces; es el mas grande de la isla y casi de todo el mundo: tiene una legua de largo: aunque andes mucho, mucho, no encuentras el fin.

Al momento se levantó Luciano, cogió su machete y fué á llamar á el esclavo Siah para que le ayudase á prender al negro cimarron. Antes que Siah y su compañero llegasen al bohio de Tintí ya se habia escapado Pancho.

Luciano era un buen operario de la finca; razon por la cual le trataba su amo con consideracion, y vivia contento y satisfecho de su suerte. No habia sido empero, nuestro Luciano siempre lo mismo; perezoso cuando jóven, se llegó á familiarizar con el cuero é hizo tambien sus escapadas. Como el mejor perseguidor de un ladron es otro ladron, el administrador de Mr. Daurik, Mr. William, conociendo esta verdad, habia hecho del pecador arrepentido, su polizonte de confianza, el que gracias al conocimiento que tenia de los escondites de la montaña, no faltaba á la confianza que de él hacian, conduciendo á la finca los cimarrones cuya captura le estaba encomendada.

Al salir el sol, Mr. William delante la puerta de su casa, pasaba revista á los negros que con la piocha á la espalda iban á su trabajo. Al descubrir á Luciano le llamó y dijo:

—Si coges á Pancho y me le presentas vivo y sano, te daré un rollo de manteca, una botella de rom y una medida de cebada.

—Bien, mi amo, haré lo posible para traérosle. Luciano se puso

(1) Castigo que dan á los negros poniéndoles boca-abajo y chasqueando un látigo de cuero sobre sus espaldas, de modo que no toque en la carne mas que la punta.

en marcha aquella misma tarde: pasó muchos dias registrando el pais y muy particularmente los alrededores del rio Chatobeler, sin que sus pesquisas tuviesen el menor resultado.

—Como una semana despues de ocurridos los sucesos que acabamos de contar, Mr. Daurik asomado á una ventana de su cuarto, respiraba la fresca brisa de la mañana, mirando á algunos negros que trabajaban allí cerca, cuando de repente un ruido confuso le llamó la atencion hácia unos cuantos negros que se dirigian á donde él estaba. Entre ellos venia Luciano conduciendo á un hombre atado, en el que reconoció al momento el colono á su negro cimarron. Pancho era pequeño de cuerpo, su piel sumamente negra y reluciente, tenia barba larga y espesos bigotes; su ancho pecho cubierto de una especie de lana rogiza; su musculatura robusta; su pescuezo de toro y su cabeza de un tamaño nada comun entre los negros. Estaba el desertor medio desnudo y sus ojos brillaban como ascuas.

—Si apeteces tu bien estar, le dijo Mr. Daurik, te aconsejo que renuncies á esa vida vagabunda y te ocupes voluntariamente en tu trabajo. Obedece á Mr. William, y todo se compondrá amistosamente.

—No, mi amo, dijo Pancho, en no estando aqui Mr. William prometo servir á su mercé con gusto y trabajar cuanto pueda; de lo contrario jamás mudaré de vida.

—No tienes razon, eres injusto Pancho: Mr William no abusa nunca de su autoridad; y los castigos que él pueda imponerte no son nada en comparacion de los padecimientos á que te condenas tú mismo en esas montañas. Si tropezases con los caribes, te darian una muerte horrible.

—No temo á los caribes, mi amo, ¿yo temer?... jamás. Aborrezco á Mr. William y me espondré á todo lo mas malo, por no estar obligado á obedecerle.

—Muy bien, contestó el colono, al momento van á conducirte á su presencia para que te trate como tenga por conveniente.

—¡Ah mi amo! oigame su mercé, gritaba Pancho; el mayoral de su mercé vá á zurrar al pobre negro, hará una carniceria en sus espaldas á fuerza de tanto latigazo. Mañana, mi amo, mañana sabrá su mercé que el negro Pancho se ha vuelto á la montaña.

Con la ayuda de otros esclavos, pudo Luciano conducir á Pancho á la habitacion del administrador Mr. William; estaba tendido sobre una hamaca: dos negros provistos de enormes abanicos, los agitaban para suplir con el arte el aire de que están privados los habitantes de aquellos clímas en ciertas horas del dia. Un criollo con una bandeja en la mano, presentaba al administrador un vaso de bombó (1) Mr. William alargaba el brazo para tomar su bebida favorita, cuando se presentó Luciano, con su sombrero de paja en la mano.

—Mi amo, le dijo, he atrapado el pájaro ¿qué hago de él?

—Entrégasele á Gaspar el guardiero y que le aplique un boca-abajo, en seguida le meterás en el cepo donde estará todo el dia.

(1) Especie de ponche de rom, aromatizado con nuez moscada.

—Bien mi amo. ¿Nada mas?

—Dí tambien á Gaspar, que mañana le haga trabajar en el campo hasta la noche y despues seis horas en el trapiche. Pasado mañana si no cumple con su obligacion, otra racion de cuero, ¿entiendes?

Esta severidad no sirvió sino de exasperar mas y mas á Pancho, que pocos dias despues se volvió á escapar. A pesar de la vigilancia de Luciano y Siah salió una noche de su bohio arrastrándose á cuatro pies y sin ser visto ni oido de nadie llegó hasta el cañaveral donde fué herido anteriormente. De allí se dirigió al valle de Mariaca, atravesó despues bosques casi impenetrables, encontrándose de nuevo tan libre como el águila de las montañas; y por último se fué al pais de los Caribes donde ganaba el sustento trabajando en los plantios y jardines unas veces, otras haciendo de pastor.

Seis meses despues de su emigracion fué invadida y saqueada la vivienda del administrador de el ingenio de Rabaca. Este previno á todos los negros, que si no le entregaban al ladron les privaria de sus conucos (1) por espacio de seis meses. Al oir esto, un tal Juan Colo que era el culpable y que habia vendido el botin á los caribes, son quienes estaba en estrechas relaciones, se dirigió al administrador Mr. Seymour y le dijo:

—Mi amo, Pancho es el ladron.

—¿Pancho el que guarda los carneros? dijo Mr. Seymour.

—El mismo.

Apenas habia salido Juan Colo, cuando Luciano entró en la habitacion. Buscando á Pancho, supo se hallaba este en las cercanias de Rabaca.

—Podria su mercé decirme, preguntó al administrador, si tiene su mercé en la finca un negro llamado Pancho?

—¿Qué le quieres? .

—Soy un comisionado de Mr. Daurik, dijo Luciano enseñando un papel, y traigo órden de prender á Pancho que se ha escapado por segunda vez del ingenio de mi amo.

En este momento sonó la campana que llama á comer á los negros; Mr. Seymour llamó á varios esclavos y les mandó ir con Luciano á apoderarse de Pancho. Le encontraron comiendo en medio de su rebaño, en las márgenes de un risueño arroyuelo de los muchos que hay en San Vicente.

—¡Hola camarada! dijo Luciano. Se conoce que te hallas aquí perfectamente, pero ahora es preciso me acompañes al ingenio de Mr. Daurik. Ademas, aquí dice un negro, que eres ladron.

En cuanto Pancho descubrió á Luciano trató de huir, pero fué en vano. Los negros despues de haberle cogido le ataron los brazos á la espalda.

—Haced conmigo cuanto querais, sois dueños de ello, mas os advierto que jamás sacareis partido de mí..... Pero..... ¿quién me llama ladron?

—He dicho la verdad, tartamudeó Juan Colo, como escondiéndose.

(1) Corto pedazo de tierra, que dan los amos á sus negros para que lo labren y se utilicen de sus productos.

—Acércate miserable, tu mentira va á costarte cara.

Pancho tenia desgraciadamente bastante mala fama, y á pesar de sus negativas no pudo probar su inocencia. Juan Colo persistia en declarar que le habia visto entrar en la casa del administrador. El pobre negro fué condenado á cepo y á ser marcado con un yerro ardiendo á la espalda por ladron, con una L. Mientras se ejecutó esta sentencia, Pancho fumaba un tabaco, sin dar muestras de dolor, sin quejarse una sola vez. De vuelta ya en casa de su amo trató de ahorcarse de uno de los postes de la caballeriza, pero le descubrieron á tiempo y le salvaron la vida; mas á fin de prevenir alguna otra tentativa de suicidio, le encerraron estrechamente, habiendole quitado antes cuanto pudiera servirle de instrumento mortífero. De resultas de este castigo, se puso desconocido; su única idea era la de vengarse de Juan Colo y mas de una vez le oyeron decir que *no se habia de escapar sin su merecido.*

No pudiendo vivir marcado con el sello de la infamia entre sus compañeros de esclavitud, se escapó por tercera vez á las montañas. Algunas semanas despues de su fuga, Tintí que sabia las guaridas de Pancho decia una mañana á su hijo:

—César, es preciso que vayas al pais de los caribes mas allá de Bayabú, ¿lo entiendes hijo mio?

—Si, mamá.

—Bien, en llegando á Bayabú, seguirás la costa hasta Mariacan, luego te diriges hácia el rio Masarican, y cerca de alli encontrarás á tu padre, en un pais deshabitado é inculto donde no hay negros, ni caribes, ni blancos. Esto es lo que tienes que llevar.

Diciendo esto, Tintí dió á su hijo un canasto lleno de honino, casaba, pescado salado y otras provisiones. César partió al mediodia con su hermano Pompeyo; llegaron al pais de los caribes y encontraron á su padre en el sitio que su madre les habia indicado. Asi que Pancho divisó á sus hijos corrió á abrazarlos, despues de lo cual se apresuró á preguntar á César si tenia un cuchillo.

—Si, papá, contestó el negrito, tomadle. Y sacó al mismo tiempo del canasto un cuchillo grande que su padre se apresuró á coger y guardar entre su vestido.

—Ahora César, vuelve á casa y dí á tu mamá que esta noche, su esposo dará la muerte á Juan Colo; ¿estás hijo mio?

—Si, papá, contestó César sollozando.

Asi que se marcharon sus hijos, partió hácia las rocas de la costa. Habia encontrado aquella mañana á su enemigo que iba solo á Bayabú á vender pescado, y se puso en acecho á fin de verle pasar cuando volviera de espender su mercancía.

La luna brillaba en todo su esplendor, cuando Juan Colo volviendo de Bayabú, atravesaba las cuestas que hay entre los rios Abiama y Jarabaca; á su derecha se agitaban las olas de un mar sereno, y á su izquierda se estendia un terreno árido dominado por altas montañas. Caminaba con rapidez por una senda sombría y no muy segura, entonando para ahuyentar el miedo una cancion del pais.

De repente Pancho saltó al camino desde lo alto de una roca; ver

al formidable cimarron, Juan Colo, y quedarse como herido de un rayo, fué una misma cosa. Se arrodilló temblando y dejó caer el canasto, que fué á parar á un lado del camino.

—De nada te sirven esas pantomimas: no se trata de que pidas perdon al pobre negro que has ofendido con tus palabras, siendo tu el culpable. Vas á morir, ¿lo oyes, Juan Colo? Voy á darte la muerte, dijo Pancho, haciendo brillar su largo cuchillo delante los ojos de su enemigo.

—¡Dios mio! piedad, gritó Juan Colo.

—No temas, dijo Pancho con marcada ironía, trato solo de evitar el que por tus calumnias lleve nadie la marca del hierro ardiendo: mis espaldas han sentido la impresion de ese instrumento terrible, recibe el premio de tu impostura, miserable. Pancho no es ladron... asesina.

Al pronunciar esta última palabra, agarró á Juan Colo por el cuello y le cosió á puñaladas. Permaneció un momento Pancho contemplando el cadáver de su víctima, y despues, como si no pudiese resistir mas tiempo su vista, le arrastró á la orilla del camino, y levantándole en sus brazos, le arrojó por cima de un matorral, detrás del cual habia un hondo precipicio. Saltando de peña en peña el cuerpo aun caliente de Colo, rodó por el abismo hasta que se detuvo en el tronco de un robusto tamarindo.

—Anda á los infiernos, murmuró el asesino, asi no volverás á calumniar al pobre negro: ahora vamos á las montañas donde nadie me incomodará; y arrojando lejos de sí el ensangrentado cuchillo emprendió su marcha lentamente.

Apenas hubo llegado al medio del bosque, cuando oyó por el camino ruido de personas, mezclado con el de las pisadas de caballos, viendo aparecer en seguida en el ángulo que formaba el bosque una tropa de caribes. Chatogerin que era el gefe de ellos, vestia un uniforme de oficial, y montaba un caballo bastante bueno. A su derecha é izquierda venian los dos hermanos Pondú y Valdú en mulas muy llenas de cintajos; el resto de los caribes venia á pié, armado de grandes arcos y los carcax bien provistos de agudos dardos. Al pasar por el sitio donde habia sido asesinado Juan Colo, Chatogerin vió á la claridad de la luna un cuchillo ensangrentado y un canastillo boca abajo en el suelo. Reparó al mismo tiempo en las huellas de una persona que llegaban hasta los matorrales de la orilla del camino, y que estos estaban recien tronchados.

—Aqui se acaba de cometer un asesinato, dijo Chatogerin, y seguido de los suyos bajó al precipicio en donde no tardó en encontrar un cadáver cuyas facciones reconoció como asustado.

—¡Juan Colo! esclamó.

En este mismo tiempo, algunos caribes habian descubierto á Pancho, agazapado en el hueco de un viejo tronco de palmera.

—El asesino de nuestro amigo, gritaban conduciéndole á la presencia del gefe que le mandó atar en seguida. Despues de tomada esta precaucion le montaron en el caballo, siguiendo todos la marcha hasta llegar á un gran arenal que linda con el bosque del que

acabamos de hacer mencion; alli dejaron al pobre prisionero amarrado á una céiba, desapareciendo todos al momento por distintas direcciones. Volvieron al amanecer del dia siguiente y el gefe intimó á Pancho la órden de que se preparase á morir. El desgraciado negro fué conducido en medio de los gritos y algazara de aquellas fieras á un montecillo inmediato; alli le clavaron de pies y manos al tronco de un árbol muy grande, que se llama del pan, dejándole de este modo hasta que pereciese de hambre y de dolor. Sus quejidos se confundian con el murmullo que formaba al viento en la hoja de los árboles; mientras el infeliz se revolvia convulsivamente en su cruz, los caribes bailaban á su alrededor.

—Todas las tardes nos reuniremos aqui, hermanos mios, dijo Chatogerin á sus camaradas, hasta que no queden ni aun restos de su cuerpo.

Cuando se marcharon sus verdugos, á Pancho no le quedaba ya fuerza para luchar contra su destino. Reclinó la cabeza sobre el pecho, un sudor frio empezó á correr por su frente y solo alguna ligera convulsion de nervios daba á conocer que aun vivia. Tres horas hacia que no cesaba de invocar la muerte, por último, creyó que el cielo se habia compadecido de sus tormentos, pero aun no habia apurado todos los suplicios de su larga agonía. Tres puntos negros aparecieron en la atmósfera, que al aproximarse á la tierra se convirtieron en otros tantos buitres; despues de arremolinarse encima de la cabeza del negro, como para convencerse de su impotencia, se arrojaron sobre él.

El desgraciado Pancho lanzó un grito lastimero, que ahuyentó por un momento á aquellas aves de rapiña; pero hubieran vuelto á celebrar su festin, á no haberse sentido un ruido de caballos al trote, hácia el lado del camino que atravesaba el bosque. En aquel mismo instante se oyo la detonacion de un tiro y uno de los buitres cayó atravesado por una bala á los pies del negro crucificado.

Una pequeña cabalgata compuesta de un blanco y cinco negros, se dirigió al momento hácia el sitio donde habia visto caer su presa.

—¡Pancho! gritó uno de los negros que se adelantó á coger el buitre. ¡Oh! mi amo, venga su mercé, venga niño, á ver lo que han hecho con el pobre Pancho.

El hombre blanco era Mr. Daurik, que iba á la casa de un colono situada al otro lado del pais de los caribes.

—Gran Dios, esclamó Daurik al ver á su negro de aquel modo. —Pancho, ¿quién te ha puesto asi?

—Los caribes, mi amo, tartamudeó la víctima, hace tiempo que deseo morir.

—Con razon te decia que desconfiases de los indios, pero no quisistes creerme.

—Es verdad, mi amo, merezco mi suerte.

—Animo, Pancho, gracias al cielo aun podemos salvarte.

Daurik mandó á sus negros desenclavarle y formar unas parihuelas de ramas, para conducirle á la habitacion mas próxima que hubiese en aquella cercanía. No teniendo valor para presenciar aquella

triste operacion, siguió solo el camino encomendando á sus negros el cuidado del pobre Pancho. Dos horas despues fué alcanzado por sus esclavos, entre los cuales no iba el cimarron.

—¿Y vuestro compañero? ¿qué habeis hecho de él? ¿así se ejecutan mis órdenes?

—Los caribes, mi amo, los caribes, respondieron los negros temblando.

—Y bien, ¿qué hay con los caribes? hablad.

—Se han arrojado sobre nosotros, eran muchos, muchos, todos llevaban arcos y flechas. Los pobres negros no podian defenderse.

—¡Desgraciados! habeis abandonado á vuestro hermano!

—Mire su mercé, mi amo, dijo uno de los negros enseñando su brazo ensangrentado: han herido al pobre negro... Si nos hubiéramos resistido mas, su mercé no hubiera vuelto á ver á sus esclavos.

En este intermedio, los caribes se habian reunido al rededor de un cadáver atravesado por una flecha.

—Ahí está, ahí está, no late ya su corazon decia el gefe indio.

—¿Te arrepientes de su muerte? le preguntó Valdú.

—Me aflijo, sí, contestó Chatogerin, pero es de que haya durado tan corto tiempo nuestra venganza.

Los indios vistieron á Pancho con la ropa que le habian quitado antes, le sentaron sobre una estera y empezaron á saltar y brincar en derredor de su cadáver. En cuanto anocheció, el gefe dió la señal de partir, y todos se dirigieron á la costa, llevando en triunfo los restos inanimados del negro. Así que llegaron á una roca muy elevada, batida constantemente por las olas, dos caribes cogieron el cuerpo de Pancho y lo precipitaron en el mar.

UNA VISION

DE CARLOS ONCENO DE SUECIA.

Nos burlamos de las apariciones sobrenaturales: algunas, sin embargo, han sido tan bien justificadas por los sucesos, que rehusando darlas crédito es necesario negar todas las pruebas históricas.

Un espediente autorizado con las firmas de cuatro testigos dignos de fé, garantiza la autenticidad del hecho que vamos á referir. Debemos añadir, que la prediccion contenida en el espediente, era conocida y se citaba hacia mucho tiempo antes de que los acontecimientos de nuestra época hubieran podido cumplirla.

Cárlos XI, padre del célebre Cárlos XII, fué uno de los monarcas mas despóticos, pero al mismo tiempo mas sábios de cuantos ha tenido la Suecia. Puso coto á los monstruosos privilegios de la nobleza, abolió el poder del senado é hizo leyes por su sola voluntad: en una

palabra, cambió la constitucion del pais, que antes de su advenimiento era una oligarquía, y obligó á los Estados á que le discernieran el poder absoluto. Era hombre de luces, valiente y afecto á la religion luterana; pero de un carácter inflexible, positivo, frio y desprovisto de imaginacion.

Su muger, Ulrica-Eleonor, acababa de morir. Apesar de que se le achacaba que su despego era causa de la prematura muerte de su esposa, manifestó mucho mas sentimiento que era de esperar de un corazon como el suyo. Desde esta catástrofe se mostró mas taciturno que anteriormente, y se dedicó al trabajo con una aplicacion tal, que demostraba la necesidad imperiosa que tenia de distraerse.

A la caida de una tarde de otoño se hallaba en bata y chinelas sentado delante de una gran chimenea en su gabinete del palacio de Stockholmo. A su lado estaba su gentil-hombre conde de Brahé á quien honraba con su afecto, y el médico Baumgartem, hombre que se tenia por un sábio, y que sea dicho de paso, queria que se dudase de todo escepto de la medicina. Habíale llamado el rey para consultarle acerca de una ligera indisposicion.

Prolongábase la velada y el monarca, contra su costumbre, no lo hacia conocer dándoles las buenas noches para advertirles que era tiempo de que se retirasen. Con la cabeza inclinada y la vista fija en los tizones guardaba un profundo silencio, fastidiado de la compañia, pero temiendo al mismo tiempo sin saber por qué, quedarse solo. El conde de Brahé conocia que no era muy agradable su presencia, y por lo tanto habia manifestado que S. M. tendria necesidad de descansar: pero un gesto del rey le retuvo en su asiento. El médico á su vez observó que las vigilias perjudican á la salud: el rey contestó entre dientes: «Esperad: no tengo sueño todavia.»

Entonces se entablaron varias conversaciones que se estinguian á la segunda ó tercera frase. Era evidente que S. M. estaba de mal humor, y en semejante circunstancia la posicion de un cortesano es muy delicada. El conde sospechando que la tristeza del rey provenia de los recuerdos de la pérdida de su esposa, miró por algun tiempo el retrato de la difunta colgado en el gabinete, y esclamó en seguida suspirando:—«¡Cómo se parece ese retrato!... Tiene aquella espresion magestuosa y dulce á la vez...

—Bah!... respondió bruscamente el rey, que creia le era dirigida una reconvencion, siempre que pronunciaban en su presencia el nombre de la reina: «En ese retrato la han hecho demasiado favor: la reina era fea.» Y como incomodado consigo propio por su dureza, se levantó, dió una vuelta por la estancia á fin de ocultar una emocion que le ruborizaba, y se detuvo ante una ventana que daba al patio: la noche estaba oscura y sin luna.

El palacio en que residen en la actualidad los reyes de Suecia no estaba acabado entonces, y Cárlos XI que lo principió, habitaba en el antiguo situado en la punta del Bitterhohn que mira al lago Mæler. Es un inmenso edificio en forma de herradura. El gabinete del rey caia en una esquina casi en frente del salon donde se reunian los Estados cuando debian oir algunos mensages de la corona.

Las ventanas de aquella sala parecia que en aquel momento se hallaban iluminadas por una viva claridad, lo que no pudo menos de llamar la atencion del rey. Supuso desde luego que la luz seria efecto de alguna bujía llevada por un criado; pero ¿qué iban á hacer en aquella sala que no se habia abierto en tanto tiempo? la luz ademas despedia demasiada claridad para provenir de una sola bugía. Un incendio no era probable porque ni salia humo, ni estaban rotos los cristales, ni se oia ruido alguno: tenia mas bien apariencia de una iluminacion.

Cárlos miró por algun tiempo á las ventanas sin hablar; pero el conde de Brahé estendió la mano hácia el cordon de la campanilla para llamar á un page que fuera á informarse de la causa que producia aquella claridad: el rey le detuvo: «Quiero ir yo mismo.» Dichas estas palabras se puso pálido, marcándose en la fisonomía el aspecto de un terror religioso. Salió con paso firme, sin embargo: el gentilhombre y el médico le siguieron llevando una palmatoria encendida.

El conserge que tenia las llaves se habia acostado, Baumgarten fué á despertarle, mandándole de parte del rey abrir inmediatamente, el salon de los Estados. Fué estremada su sorpresa, y se levantó al punto, cogió un manojo de llaves y se unió al rey. Abrió la puerta de una galería que servia de antecámara ó sala de descanso al salon. El rey entró; pero cual no fué su admiracion viendo las paredes cubiertas de paños negros!

—¿Quién ha dado la órden de entapizar asi esta sala? preguntó encolerizado.—Nadie, señor, contestó temblando el conserge... al menos, yo no lo sé: y la última vez que estube en ella para barrerla, estaba cubierta de madera de encina como siempre.... estas colgaduras, no proceden del guarda-ropa de V. M.»—El rey se adelantó con rapidez llegando á atravesar las dos terceras partes de la galería. El conde y el conserge le seguian de cerca: el médico Baumgarten se habia quedado algo rezagado, participando del temor de quedarse solo ó esponerse á las consecuencias de una aventura que se anunciaba bajo tan estrañas formas.

—Señor, esclamó el conserge: no vaya V. M. mas adelante: aqui hay algun hechizo... en estas horas... desde el fallecimiento de la reina... dicen que vienen á pasearse á esta galería. ¡Dios nos asista!

—Detenéos, esclamó á su vez el conde. ¿No oye V. M. el estraño ruido que se percibe dentro de la sala de los Estados? ¿Quién sabe los peligros á que se espone V. M.

—Señor, añadió Baumgarten, á quien una ráfaga de viento habia apagado la luz; permítame V. M. que vaya á buscar veinte soldados de la guardia.

—Entremos, dijo el rey con voz entera deteniéndose á la puerta del salon: «¡conserge! abre aprisa» dió una patada á la puerta y el eco repetido por el embovedado de la galería, resonó á lo lejos cual si fuera un cañonazo.

El conserge temblaba en términos que le fué imposible hacer entrar la llave en la cerradura—«¡Un soldado viejo tiembla! dijo Cárlos encogiéndose de hombros, vamos, conde, abre tú.

—Señor, contestó el conde retrocediendo: si V. M. me ordena presentarme ante la boca de un cañon danés ó aleman, obedeceré sin titubear: pero no me es posible desafiar al infierno.

El rey arrancó la llave de manos del conserge: «Ya veo, dijo con tono de desprecio, que este asunto me concierne á mí solo. Y antes que su séquito pudiera impedírselo, abrió la puerta de encima del salon, diciendo! «¡Con la ayuda de Dios!» Sus tres acólitos, arrastrados por una curiosidad mas fuerte que el miedo, y tal vez avergonzados de abandonar al rey, entraron con él.

El salon estaba iluminado por infinidad de bugías. Un paño negro habia reemplazado la antigua tapicería de paisages. Las banderas alemanas, danesas y moscovitas, trofeos de Gustavo Adolfo, ocupaban los puestos que tenian anteriormente, pero en el centro se veian los estandartes suecos cubiertos de fúnebre crespon.

Ocupaban los bancos multitud de personas: las cuatro clases del estado sentadas por su órden y gerarquía, estaban vestidas de negro, y aquel considerable número de cabezas humanas que se destacaban luminosas de un fondo sombrío, deslumbraban de tal modo la vista, que los cuatro testigos de tan estraordinaria escena no pudieron distinguir ninguna fisonomía conocida: del mismo modo que un actor frente á un numeroso público, solo vé una masa confusa sin que sus ojos puedan distinguir á un individuo en particular.

Sobre el trono en que el rey tenia por costumbre dirigir la palabra á las Asambleas, vieron á un sangriento cadáver revestido con las insignias de la dignidad real: á su derecha estaba un niño de pié con la corona en la cabeza y el cetro en la mano: á su izquierda un anciano ó mas bien una fantasma, apoyado sobre el sillon del trono: vestia el trage de ceremonia que llevaban los antiguos administradores de la Suecia antes que Wasa la erigiera en reino. En frente del trono, muchos personages, de aspecto grave y austero, revestidos con largas túnicas negras y que parecian jueces, estaban sentados al rededor de una mesa cargada de in-folios y pergaminos. Entre el trono y la mesa, en medio del salon, habia un tajo cubierto de bayeta negra y una hacha apoyada en él.

Ninguno de los individuos de aquella reunion sobrenatural, hacia caso de la presencia del rey ni de la de sus compañeros. A su entrada, oyeron un confuso murmullo, pero sin poder distinguir las palabras: en seguida, el mas anciano de los jueces vestidos de negro y que parecia ejercer las funciones de presidente, dió tres palmadas sobre el libro abierto que tenia delante. Reinó un profundo silencio. Algunos jóvenes de agradable aspecto, lujosamente vestidos y con las manos atadas á la espalda, entraron por una puerta opuesta á la que habia abierto Cárlos XI: andaban con la cabeza erguida y firme continente. Venia detrás un hombre vigoroso, cuyo trage consistia en una ropilla ajustada de cuero, llevando cogido por el estremo la cuerda que servia de ligadura á los jóvenes. El primero de estos, que parecia ser tambien el de mas consideracion, se detuvo en medio de la sala mirando al tajo con orgulloso desden. En el mismo instante se agitó el cadáver con un movimiento convulsivo

y saltó de su herida un chorro de sangre fria y encendida: el jóven se arrodilló, apoyó la cabeza sobre el tajo, brilló el hacha en el aire y cayó sin causar ruido.—Un rio de sangre corrió impetuoso hácia el trono, mezclándose con la del cadáver, y la cabeza, saltando repetidas veces sobre el enrogecido mármol, rodó hasta los pies de Cárlos, salpicando sus chinelas.

Hasta entonces, la sorpresa le habia impedido hablar; pero aquel horroroso espectáculo desató su lengua: dió algunos pasos hácia el trono, y dirigiendo la palabra al espectro vestido con el trage de administrador, pronunció sin miedo la siguiente conocida fórmula: «Si eres Dios, habla: si eres el otro, déjanos en paz.»

La fantasma le respondió lentamente y con solemne acento: «Rey Cárlos; esa sangre no se derramará en tu reinado»..... (la voz no pudo distinguirse dichas estas palabras; pero continuó)... sino cinco años despues. ¡Desdichada, desdichada, desdichada sangre de Wasa!»

Las formas de los personages de aquella sorprendente reunion empezaron á ser menos visibles é iban asemejándose á pálidas y desleidas sombras: desaparecieron al fin completamente, las fantásticas luces se apagaron, y las de Cárlos y su séquito solo alumbraron los viejos tapices ligeramente movidos por el viento. Oyeron aun por algunos instantes un ruido bastante melodioso, uno de los testigos lo comparó al susurro de la brisa entre las hojas, y otro al sonido que suelen hacer al saltar las cuerdas de un arpa al tiempo de templarlas: todos convinieron en que la aparicion habia durado diez minutos.

Las colgaduras negras, la cabeza cortada, los regueros de sangre que manchaban el suelo todo desapareció con las fantasmas: solo la zapatilla de Cárlos conservó una mancha encarnada, que bastaba para recordarle las escenas de aquella noche sino se hubiera gravado tan fuertemente en su memoria.

Volvió el rey á su gabinete donde hizo estender una relacion de cuanto habia visto, la hizo firmar á sus compañeros y añadió á la de estos su propia firma. Apesar de las precauciones que se adoptaron para ocultar el contenido de aquel documento público, no tardó en traslucirse durante el reinado del mismo Cárlos XI: existe aun, y hasta ahora nadie ha dudado de su autenticidad: el final es notable: «Y si lo que acabo de referir, dice el rey, no es la pura «verdad, renuncio á toda esperanza de mejor vida que pudiera «haber merecido por algunas buenas acciones, y especialmente por «mi celo en trabajar para la felicidad de mi pueblo y para sostener «los intereses de la religion de mis padres.»

Si recordamos la muerte de Gustavo III y el castigo de su asesino Ankarstroën: se hallarán muchos puntos de contacto entre estos sucesos y las circunstancias de la estraordinaria profecía.

El hombre decapitado en presencia de los Estados debia ser Ankarstroën: el cadáver coronado Gustavo III. El niño su hijo y sucesor Gustavo Adolfo IV, y por último el anciano, el duque de Surdemanie, tio de Gustavo IV, que fué regente del reino, y finalmente rey despues de la deposicion de su sobrino en 1809.

REVISTA DEL MES.

Como es la primera vez que salimos á la palestra, nuestros lectores, ó mejor dicho, nuestras lectoras, á quienes está principalmente dedicada esta seccion de la *Abeja*, no llevarán á mal que les demos algunas esplicaciones acerca del modo y forma como nos proponemos desempeñarla; recomendándoles que en el caso de que nuestro plan no les agrade, se sirvan avisárnoslo al instante por medio de una cartita, aunque sea con muy mala ortografía, pero franco el porte, por supuesto, y al punto nos enmendaremos porque nuestro único y esclusivo deseo es el darles gusto, conquistándonos su aprecio. En primer lugar no hablaremos de política ni de nada que se le parezca, y esto no tanto porque tenemos antipatía á la política, sino porque comprendemos que no es género del consumo del bello sexo, y el sexo feo hartos periódicos tiene donde enterarse de lo que pasa no solo en cada pueblo y hasta en cada casa de España, sino en el Mogol, en Tetuan y en las Californias. De modas diremos algo, pero solo lo que sea aplicable á nuestros usos y costumbres: lo demas es salirse de la cuestion. De teatros poco, porque no interesa á muchos y queremos hacernos leer de todo el mundo. Donde cargaremos algo mas la mano será en la parte *chismográfica*, en las aventuras y anécdotas, que sin ofender á nadie puedan divertir á todos; aventuras interesantes y aun frecuentes que encierran á veces un tratado completo de moral y que casi siempre pasan desapercibidas por falta de un cronista que las inmortalice; nosotros contamos con buenos elementos para cultivar este género de *literatura social* (permítasenos la frase) y presumimos hacer algo nuevo, ya que nuestras fuerzas no alcancen á hacerlo bueno. Vaya una muestra por via de aplicacion práctica á la teoría que acabamos de sentar que en esto como en todo «obras son amores.»

Una noche de novios. No hay que asustarse del título, que nada tiene de inmoral y cualquiera madre de familia puede dejar leer la anécdota á su hija con la misma seguridad que un tomo de *la Pamela* ó de las *Soledades de la vida y desengaños del mundo*. —Es el caso que cuantos han paseado estas ferias por la calle de Alcalá de una á tres, y cuantos se han sentado en las sillas para ver y criticar á los que pasaban, han fijado la atencion en un caballero alto, de mas que mediana edad, bien parecido, de elegantes y finos modales, que llevaba siempre del brazo una jóven como de diez y ocho años, al parecer su esposa, linda como una Venus y ligera como una Sílfide. Este caballero, que es en efecto marido de la jóven, hace poco que se ha casado, y he aquí lo que nos refirieron en un corro, relativo á la noche de novios.

La alcoba nupcial estaba alumbrada por la opaca luz de una lamparilla; la novia dormia profundamente y á lo lejos se oia por intérvalos el ruido de la música y de los bailarines. A las cuatro de la mañana

el marido que para hacer la partida á los amigos que se habian dignado acompañarle en esta noche, acababa de perder veinte onzas al *ecarté*, entró en la alcoba y pisando de puntillas vió con la mayor complacencia que su jóven esposa yacia en profundo letargo; entonces tomando la *Gaceta* que el criado tenia órden de ponerle todas las noches sobre la cómoda; se sentó en su sillon y se puso á leer con mucha calma. Desde aquellos tiempos en que no se públicaban en España mas periódicos que la Gaceta y el Diario de avisos, tenia nuestro héroe la costumbre de leer antes de acostarse una y otro, y acaso uno de los motivos porque habia permanecido soltero hasta los cincuenta años, era esta costumbre, que no hubiese abandonado por la reina Pomaré, y que sin embargo temia que le hiciese pasar por ridículo al lado de una muger. Puede calcularse cual seria su gozo al ver que la suya dormia.

Por lo demas, ésta habia despertado con el ruido que hizo la puerta; pero picaresca como todas las hijas de Eva, fingia dormir y observaba á su marido de reojo. De que lo vió ponerse á leer con tanta parsimonia; «Dios de mi vida! esclamó: ¡me he casado con un gabinete de lectura!!!» Abrió los ojos, respiró un poco fuerte, estendió los brazos y dió en fin muestras de despertar. El marido avergonzado trató de ocultar el periódico.

—Estaba soñando, dijo la jóven restregándose los ojos.

El marido creia que no habia visto la *Gaceta*.

—¿Soñabas? querida ¿pues quién era el dichoso objeto de tus sueños?

—Soñaba con Mon.

—¡Con el ministro de Hacienda!... Pues no sé...

—Yo tampoco comprendo como ha sido eso; sin duda como está una oyendo hablar todo el dia del sistema tributario... y apropósito... ¿quieres decirme que se ha contado hoy de bueno?...

—Muger, ocupado de nuestra boda, hoy no he visto á nadie ni he pensado siquiera en...

—¡Calla! ¿no es esa la Gaceta?...

—¡Soy perdido! me ha visto leer, esclamó el marido.

—Mira si es la de hoy, bien mio, y veamos que dice en el artículo oficial.

—¡Que capricho! á estas horas...

—Sé amable, siquiera el primer dia.

—No hay remedio, me ha visto, murmuró el esposo y tomó la Gaceta y leyó el parte anunciando que SS. MM. y AA. continuaban sin novedad en San Sebastian tomando baños.

—Ahora bien, continuó la novia, no querrás leer las Instrucciones y tarifas de ese sistema tributario que he oido decir que vienen en la Gaceta de hoy?

—¡Pero muger, si cogen ocho columnas de letra metida!

—No importa; quiero conocer ese famoso sistema que tanto dá que hablar.

—Pero tú no entiendes de hacienda, ni estas son cosas de las mugeres.

—Sin embargo te confieso que es asunto que despierta toda mi curiosidad ¿no querrás darme ese gusto?

El marido se resignó y leyó todo el sistema tributario en cuerpo y alma.

—Si no temiera molestarte, esclamó la novia con el acento mas dulce del mundo, aun me atrevería á suplicarte que me leyeras las providencias judiciales.

—Eso es una locura ¿qué te importa á tí lo que se vende á pública subasta?

—¿Y á tí que te importa complacerme?

—Es una ridiculez.

—¿Te enfadas? Mas sencillo es decir que no quieres darme gusto.

—No es eso, sino que tales exigencias...

—Yo no exijo, suplico; pero si no es tu voluntad....

—Sea, puesto que tú lo quieres.

Y tomó de nuevo el papel que ya habia dejado, para contentar á su preciosa y vengativa mitad. El infeliz cayó rendido de sueño al llegar á los anuncios de las obras que se hallan de venta en el despacho de la Imprenta Nacional.

A media mañana despertó sobresaltado cuando su muger estaba ya en el salon recibiendo las visitas, y recordando la escena de la víspera llamó al criado para dar órden de que no le llevasen mas la Gaceta. Pero uno de los del corro aseguró que le habia oido decir que ya se habia suscrito de nuevo por todo lo que queda de año y el primer trimestre del venidero.

A cincuenta años no se cambia de costumbres ni por una muger de diez y ocho.

Esposicion de pinturas: Muy pocas son las obras de nuestros artistas que se han presentado este año á la esposicion; casi todos los cuadros han sido retratos de personas conocidas, ejecutados los mas por los señores Madrazo (don Federico) y Esquivel.

Férias: Los primeros doce dias el tiempo se mantuvo hermoso y han estado por demas concurridas y animadas; despues empezó á llover, el tiempo se ha resfriado y la concurrencia desapareció de la calle de Alcalá; no obstante haberse prorrogado por dos veces hasta el 11 del corriente, los vendedores no han podido sacar gran partido de este beneficio.

Teatros. La novedad de mas bulto ha sido la representacion de *El hombre de mundo*, comedia original de don Ventura de la Vega que ha obtenido el mas brillante y merecido éxito. Repetidas noches ha sido el autor llamado á la escena, donde ha recibido coronas y aplausos innumerables.

LOS CINCO RAMILLETES

DEL CABALLERO DORAT.

El caballero Dorat, antiguo mosquetero, como todos saben, y poeta, no solo era el mas ardiente compositor de su época, sino que se vanagloriaba de ser el mas intrépido conquistador de corazones, un Atila de los gabinetes, un Alejandro de los pasillos ocultos. Segun él, Richelieu, á pesar de haber tomado á Mahon, no era á su lado mas que un niño de teta; y Mademoiselle, jamás se hubiera casado con Lanzun, si hubiera tenido la dicha de conocerle antes. Tambien decia, que estaba saciado de caricias, abrumado de declaraciones, y que no podia mas.... qué hombre tan amable!

Al caballero Dorat, jamás le pasó por la imaginacion que se dudára de sus brillantes conquistas, ni que se burlaran de su petulancia; tan sólida era la dósis de orgullo que fermentaba en su pecho. Con la sonrisa del triunfo se presentaba como hombre de buena estrella, contaba á cualquiera sus hazañas, y cuando se cansaba de hablar de sus victorias, cogia la pluma para ocuparse de ellas de nuevo. Mas afortunado que Alejandro, serviase á sí mismo de Homero.... ¿y qué Homero, santo Dios! un hombre que todos los dias, lloviera ó hiciera sol, fabricaba de ciento cincuenta á doscientos versos. Sola su fatuidad, podia correr parejas con su vena poética; y para medir la profundidad de su fatuidad, baste decir que fué el único poeta del tiempo de Luis XV que no compuso elegias. Con esto está dicho todo.

Cierto dia, en un esceso del mas violento orgullo, le ocurrió componer un madrigal de diez versos intercalando cinco nombres de mugeres diferentes. Estas, el autor no lo ocultaba, le honraban con sus favores, y él, príncipe equitativo, distribuia entre ellas una particula de su amor, reservándose sobre la totalidad la parte correspondiente á Dios. En esta ocasion, Mr. Dorat habia esplanado una idea superior á sus esperanzas. ¡Cinco mugeres á la vez! A muger por cada dos versos!.... Nunca un poeta, aun contando la cualidad de mosquetero, habia manejado la hipérbole hasta un punto tan elevado, y Mr. Dorat hablaba de sus cinco mugeres con la preciosa ingenuidad que le caracterizaba, como de una cosa muy natural, muy lógica, dispuesta por la providencia desde la creacion y necesaria para el equilibrio del mundo. Y si al menos hubiera seguido el precepto de Alceste de Moliere que dice: *pueden hacerse malos versos, mas conviene no enseñarlos*, pase; pero Mr. Dorat que no creia hacerlos malos, leyó los suyos á un amigo, y aun hizo mas; le dió una

cópia y no exigió el secreto. Esta conducta equivalia á distribuir de puerta en puerta un anuncio concebido en los términos siguientes:

«El caballero Dorat tiene el honor de comunicar á vd. que en la actualidad son sus queridas, Glicere, Iris, Cloé, Tisbe y Amarilis.

N. B. Por consideracion hácia las señoras que le honran con sus favores, el caballero Dorat oculta sus nombres verdaderos.—Para obtener mas ámplias noticias, dirigirse á su portero.»

El amigo de Mr. Dorat, hizo de la confianza de este el uso que todos los amigos hacen de las confianzas. Fuése al café Procope, y leyó en alta voz el discreto madrigal. Casualmente los literatos pululaban en el café: Voltaire cambiaba epígramas con Piron; Marmontel hablaba con Gretry de la *Ami de la Maison* que iba á representarse; d' Alembert se quejaba de la imprudencia de un poetastro llamado Gilbert; y Diderot fulminaba sin piedad sus paradojas, y casi toda la Enciclopedia estaba tomando café.

El manifiesto erótico del caballero Dorat, cayendo entre aquella turba sedienta de escándalos, produjo un efecto increible: cesaron las conversaciones particulares; se aproximaron al lector, agrupándose á su alrededor; le hicieron repetir la lectura, dos, tres, cuatro veces seguidas, y á cada repeticion se oian unas carcajadas universales y frenéticas: en seguida llovieron las pullas, los equívocos, los epígramas: se hizo la anatomía de Mr. Dorat, se le desolló, se le mechó, se le friyó, y con sus cinco queridas le comieron en escurtidos. Tambien Voltaire dejó escapar su pulla, porque en materia de orgullo, el gran hombre del siglo XVIII no podia tolerar que ningun otro le sobrepujara. La vanidad de Mr. Dorat humillaba la suya.

Solo Piron, el sarcasmo ambulante, el equívoco hecho hombre, no hablaba una palábra. Dejó que se adelantáran los que tenian mas prisa, contentándose con sorber á puñados el tabaco por sus insaciables narices. Luego que dejó limpia la caja, fué á sentárse junto á una mesa apartada, pidió al mozo un lápiz y un pliego de papel, y se puso con una seriedad imperturbable á trazar líneas y figuras. Terminó su trabajo, y hé aqui lo que representaba.

Un corazon enorme, sostenido en el aire por guirnaldas de rosa; en el centro estaba escrito: *Corazon de Mr. Dorat.* Alrededor de esta figura simbólica se agitaban cinco monitas, prensadas en sus corpiños y ostentando abultados tontillos: Las cinco monas de rodillas y haciendo gestos, clavaban enfurecidas sus dientes en el corazon del caballero, pronunciando estas palabras, que Piron habia escrito al pie como título de su obra:

YO QUIERO UN PEDAZO.

Acercóse Piron al círculo de los zumbones y exhibió triunfante su caricatura. ¡Oh!... Todos los epígramas quedaron vencidos, todos los chistes borrados por el epígrama puesto en accion: la caricatura corrió de mano en mano y Piron obtuvo un éxito completo.

Voltaire no desdeñó comentarle como si se hubiese tratado de una tragedia del gran Corneille.

—Ciertamente, dijo, me lastima el corazon de Mr. Dorat, pero me causan mucha mas lástima las monas que lo comen.

¡Pobre Dorat! En un pais donde el ridículo mata, hele ya sin duda alguna difunto. Una caricatura de Piron y un epígrama de Voltaire, bastaba para privarle de dos vidas si las tuviera; así que fué escarnecido y vilipendiado, no solo en el café Procope, sino tambien en todos los círculos que tenian alguna fisonomía literaria. Tiráronse quinientos ejemplares de la caricatura de Piron y del comentario de Voltaire; encontró millones de comentadores. No se encontraban dos literatos sin preguntarse: ¿Conoce vd. alguna de las cinco queridas del caballero Dorat? Durante un mes fué la fábula de la ciudad y de la córte, y lo que es mas, le dirigieron anónimos, en que le contaban sin compasion lo que habia pasado. Por último, aburrido, encolerizado, juró vengarse sacudiendo una buena paliza á Piron, autor principal de tanto escándalo.

La aventura tenia visos de parar en tragedia. Piron que era muy valiente en epígramas, tomó la amenaza á risa al principio, y despues tuvo miedo. Decíanle que Dorat le buscaba por todas partes, y nunca salia sin baston. Piron no pareció por el café Procope, durante quince dias, ni tomaba café, ni abria la puerta de su cuarto á alma viviente. El baston de Dorat, se le representaba como la espada de Damócles, con la sola diferencia de que la una estaba suspendida sobre la cabeza y el otro sobre sus costillas. Semejante estado no podia durar. Era necesario tomar un partido: arrostrar francamente el peligro, ó renunciar á París y á la libertad. Atrincherado en su casa de campo, Voltaire podia decir que se burlaba de la cólera de Mr. Dorat, y que su baston ademas era tan grueso como el del caballero; pero el pobre Piron vivia en un encierro. El café Procope era su elemento: ¿Se veria precisado á abandonarlo? Vamos á ver como se desenredó esta aventura, que durante algun tiempo tuvo en espectacion al público y divididos á los enciclopedistas.

Cierta mañana el caballero Dorat, envuelto en una bata de ramos, un poco usada, y que ponia en graves compromisos las pretensiones de elegancia de su dueño, leia con énfasis un trozo de poesía que habia compuesto el dia anterior.

El cuarto en que se encontraba y que con una alcoba formaba toda su habitacion, ofrecia el mismo aparato de lujo que la bata. Era bastante pequeño, bajo de techo, y estaba amueblado medio á lo gabinete, medio á lo despacho. Veíase delante de un escritorio cargado de libros y papeles, un canapé que obstentaba orgullosamente la usada tela de Persia que lo cubria. En otro lado, junto á un estante de pino pintado que contendria doscientos volúmenes, se notaba una elegante mesa con embutidos, cubierta de dorado polvo: las cortinas, tambien de telas de Persia, hubieran impreso á la habitacion cierto tono magestuoso, sin algunas picaduras ó estrechas claravoyas que dejaban libre paso á los rayos del sol.

Al dirigir una mirada á la chimenea, se notaba la ausencia de un

reloj, á pesar de que el amo de la casa habia procurado suplirle con otro de plata de bolsillo que brillaba cuanto le era posible sobre una muestra de carton pintado. Cuatro sillas y dos sillones cubiertos con sus fundas (las fundas son á los sillones lo que los velos á las mugeres) completaban su menage con mezquinas pretensiones aristocráticas, como sucede en general al de todos los literatos, al de los que tienen mejores deseos que posibilidad, y mas inteligencia que patrimonio. Me olvidaba al cerrar el inventario de un mueble capital, de un mueble que representa por sí solo mas que todos los otros reunidos y que merece párrafo aparte.

Este mueble era un magnífico baston con puño de figura de pico de cuervo que bien valdria sus tres pesetas, y que proyectaba junto á la chimenea una sombra amenazadora. Baston sólido, nudoso, triunfal, tal como al desgraciado Piron se le aparecia en sus sueños, y eso que no tenia noticia del puño.

Luego que el caballero Dorat terminó su lectura, abrió la ventana y se sentó con las piernas cruzadas á alguna distancia de ella, la vista fija en el cielo y en actitud de un trabajador, que despues de haber terminado su tarea, da gracias á Dios y bendice á la naturaleza. El cielo estaba azul, brillaba el sol, y los gorriones piaban en el tejado. Erale permitido á un poeta entregarse á las dulces influencias de una mañana de primavera. Embebido en un voluptuoso éxtasis, se abandonaba á los sueños de su imaginacion, cuando un campanillazo le despertó por decirlo así, sobresaltado.

El campanillazo era sin embargo humilde, trémulo: como el que da una jóven que se aventura por primera vez á pisar el cuarto de un soltero, y á correr el riesgo de una conversacion á solas en pais enemigo. Dorat se levantó, fué á abrir la puerta, y retrocedió bruscamente al ver ante él la fisonomía angustiada de su enemigo íntimo, del epigramático Piron.

Con efecto, era Piron, que despues de maduras deliberaciones se habia decidido á correr el riesgo de la entrevista, por grande que fuera el peligro. Tambien él habia visto al levantarse la brillantez del sol, habia oido el canto de los gorriones, habia aspirado con delicioso placer como poeta, las emanaciones de la brisa primaveral, y se habia dicho:—No puedo vivir prisionero con tan hermoso tiempo: no puedo permanecer en mi jaula al retorno de la primavera, cuando luce el sol, cuando los gorriones cantan: feliz ó desgraciado, debe cumplirse mi destino: iré á esplicarme con Dorat: le preguntaré si quiere condenarme á una prision perpétua, le hablaré con ingenuidad con el corazon en la mano: procuraré hacerle reir, y si lo consigo; mia es la victoria.

Tal era el plan concebido por Piron, y sin embargo, cuando su mano agarró el cordon de la campanilla, un ligero calofrio entorpeció el movimiento de sus dedos, y se deslizó por sus hombros.

Pasada la sorpresa del primer momento, Dorat estuvo á punto de dar con la puerta en los hocicos al impudente visitador; pero cambió de parecer y le dijo con la mayor sangre fria:

—Pase vd. adelante.

Piron entró con la cabeza baja y cuando oyó cerrar la puerta, una impresion de debilidad se manifestó por un suspiro.

—¿Qué me quiere vd? le preguntó Dorat con acento desapacible y dirigiéndose hácia el baston que ya habia Piron descubierto con el rabo del ojo.

Ya no era posible titubear. Piron tomó una resolucion enérgica, y levantando los ojos, arqueando las piernas, poniendo una mano sobre el pecho con un aire de nobleza enfática robado á las tradiciones de la Comedie-Francaise, pronunció estas palabras, tan célebres en boca de otro hombre:

—Como Temistocles, vengo á sentarme al hogar de mi enemigo y á pedirle de almorzar.

Esta parodia, aunque ridícula en estremo, no produjo las consecuencias que su autor esperaba. Dorat mas encolerizado que antes, y dando un paso hácia el terrible baston, dijo:

—¡Es vd. un mal farsante, señor Piron! ¡Ah! vd. cree que se borra una broma por otra broma, y que los asuntos sérios se tratan como los de bastidor?... No señor; le he prometido á vd., que no es nada, ni siquiera *académico*, le he prometido unos cuantos palos, y los llevará. Este es el desayuno que voy á ofrecerle.

Dorat estendió el brazo hácia la chimenea; pero Piron á quien la perspectiva de tal desayuno le parecia espantosa, se apoderó del brazo de Dorat, y le dijo, riéndose para ocultar que temblaba:

—¡Pega!... pero escucha!

—Posee vd. perfectamente las bellezas de la historia griega, contestó Dorat. Pues bien escucharé: hable vd... pero como un espartano, no como un ateniense: pronto y lacónico. No puedo perder el tiempo.

—Proclamaré por todas partes, que efectivamente tiene vd. cinco queridas, diez, veinte, añadió precipitando las cifras. Diré que las conozco, que las he visto: probaré su existencia con la mia. ¿Es bastante? ¿Está vd. contento? Creo que esta es una satisfaccion completa.

El caballero se detuvo á reflexionar, y ya sea por consecuencia de lo que oia, ya por el resultado de sus reflexiones interiores, su cólera disminuia poco á poco. Dirigió una mirada á Piron, y su trastornado semblante, labios temblorosos y aspecto asustadizo, le hicieron prorumpir en una carcajada.

—¡Se ha reido! ya está desarmado, esclamó Piron para sí respirando con libertad.

—Pues bien, dijo Dorat, le concedo á vd. mi perdon, sin exigir el testimonio de existencia de mis queridas que vd. me ofrece. Por lo comun se asegura mal aquello que no se cree.

—¡Si yo lo creo todo!... contestó Piron, feliz por el desenlace pacífico que le proporcionaba su libertad. Creeré en Dios, si á vd. le agrada. Y supuesto que está firmada la paz, permítame vd., no que le pida sino que le ofrezca de almorzar. Hoy he vendido á Babin por cien libras mi tragedia, el *Gustavo*, y podemos pasar veinte y cuatro horas como si contáramos cuatro mil libras de renta. Vamos, vamos, añadió cogiendo del brazo á Dorat.

—Tengo precision de permanecer en casa, contestó este, con un guiño particular que le era familiar y que anunciaba siempre una segunda intencion. Ademas, que en nuestra posicion respectiva es mas natural que yo obsequie á vd. ¿Cuenta la historia que Temístocles llevára á Darío á almorzar á la hostería? Lo único que siento es, que mi criado y mi cocinera están enfermos.

Regla general: el cocinero y la cocinera de Mr. Dorat estaban siempre enfermos; pero su enfermedad no era mortal, en atencion á que nunca habian existido. Todos los criados de Mr. Dorat se reducian á una criada. Piron lo sabia, pero en aquel instante habia comprometido su palabra de creerlo todo: asi que se contentó con decir con el aire de la mayor inocencia:

—Entonces, voy á llegarme á la primera hostería para que nos traigan el desayuno.

—No faltaba otra cosa, contestó Dorat con su significativa guiñada. Yo mismo iré: sírvase vd. sentarse que al instante vuelvo.

El caballero Dorat cambió la bata por una levita, y salió. Su rostro habia adquirido definitivamente su serenidad habitual, y bajó con tal ligereza la escalera, que apenas sentaba los pies en los escalones. Mientras duró su ausencia, Piron examinó con una curiosidad religiosa el terrible baston cuyo juego habia estado á punto de conocer, del mismo modo que el marino entrado en el puerto despues de una tempestad, examina el espumoso mar que ha estado á punto de tragarle. Sentóse en seguida, miró al cielo por la ventana y se dijo á sí propio:

—Ya estoy libre: libre y sin herida. He escapado mejor de lo que esperaba, y mi desgracia de Beaune, no tendrá por esta vez compañera.

Sabido es que Piron tuvo en cierta ocasion una contienda bastante fuerte con los beauneses la cual se habia terminado con una cencerrada y algunas demostraciones enérgicas. El recuerdo de tan fatal suceso, perseguia sin cesar al autor de la *Metromania*, y procuraba devolver en epígramas, siempre que podia á los beauneses, lo que bajo otra forma mas dura habia recibido de ellos.

II.

Al cabo de un cuarto de hora, volvió Dorat acompañado del criado de la hostería que traia en una bandeja, tres botellas de vino, un pastel, un budin llamado á la Richelieu, y una lonja de jamon de Lorena: frioleras todas, segun se vé, que prueban que los poetas tienen tan buen apetito como los demas mortales, sobre lo cual me guardaré muy bien de hacerles cargo alguno. El mozo colocó sobre el bufete las botellas y los comestibles, despues de haber apartado los papeles que le cubrian, y ambos campeones se sentaron en frente uno de otro.

—Márchate, dijo Dorat al mozo: nosotros nos serviremos. ¡Ah!... añadió dirigiéndose á Piron luego que salió el mozo, pido á vd. mil

perdones: habiame olvidado que por razones particulares, vd. debe aborrecer el vino de Beaune, y lo he traido sin embargo.

—Probemos, contestó Piron con una sonrisa; el aborrecimiento no me hace injusto. Detesto á los beauneses, pero hago justicia á su vino, y aun me atrevo á asegurar que todo su talento le sepultan en sus toneles segun lo bestias que son.—¡A vuestra salud! añadió tocando su vaso con el de Dorat, y olvidemos lo pasado.

—¡Sea! dijo Dorat: no mas rencor, no mas epígramas, no mas caricaturas. A tu salud.

Dorat y Piron trincaron cordialmente y por consecuencia de esta pacífica demostracion, la conversacion se animó con mil chistes y agudezas, tomando el giro brillante y alegre que correspondia á dos hombres de talento, aun al lado de Voltaire. Dorat tuvo la sensatez de desprenderse de su fatuidad y de no hablar de sus queridas. Piron glosó un poco sobre todo: la comedia nueva, las actrices de moda, la academia particularmente, asunto de su predileccion y que hacia inagotable su sátira: charló como una hurraca, manifestó el ingenio de un mono, y bebió como un soldado. Daba el tercer ataque al interior del pastel cuando sonó un campanillazo.

—¡Lleve el diablo los importunos! esclamó Dorat.

—¿Por qué no has prevenido al portero que dijera no estabas en casa?

Un segundo campanillazo anunció que la persona que llamaba no estaba dispuesta á desandar lo andado.

—Esta es la manera de llamar de un acreedor, dijo Piron, que habia hecho estudios particulares acerca de la armonia comparada: no abras, amigo mio.

—¡Chis!... dijo Dorat: me parece que han hablado.

Con efecto una voz de muger, dejó pasar á través de la cerradura estas palabras:

—Abra vd., caballero, si está vd. en casa.

—Me parece que conozco la voz, dijo Dorat á Piron: ve á abrir.

Piron se levantó, abrió la puerta y vió una jóven vestida de ramilletera, que al reconocerle mostró una especie de confusion natural ó fingida.

—¡Toma! si es la ramilletera que tiene el puesto en la esquina de la calle... ¿qué me quieres, niña hermosa?

La muchacha no contestó; tenia ambas manos á la espalda como si ocultára alguna cosa, y hacia ciertas señas á Mr. Dorat que este fingia no comprender.

—Pero habla ¿qué quieres?

—No se lo puedo decir á vd. contestó titubeando... si estuviera vd. solo...

—¡Misterio!... ¡aventura!... me retiro, dijo Piron.

Iba á entrar en la pieza inmediata, cuando Dorat le detuvo con una seña.

—¡No faltaba mas! Vamos, háblame sin temor: este caballero es discreto.

La ramilletera se decidió por fin á romper el silencio, y sacando

un lindo ramo de rosas atado con una cinta blanca se lo presentó á Dorat diciéndole:

—Esto me han dado para vd.

—¿Quién? preguntó Dorat.

—¿Si, quién? repitió Piron *han* es todo el mundo: *han* no es nadie: *han* es un personage desgraciado, á quien los hombres atribuyen todas las simplezas y todas las mentiras, *han*...

—Si vd. no me deja meter baza, difícil será que me esplique, interrumpió la ramilletera. La verdad es, continuó dirigiéndose á Dorat, que la persona que me ha encargado que entregue á vd. este ramillete, es una muger.

—Una muger, dijo Dorat con la mayor ingenuidad, ¿Y qué tal es? ¿Es alta ó baja, rúbia ó morena, fea ó bonita?

—Es baja, rúbia y linda: me ha preguntado con una voz muy dulce: ¿Conoces al caballero Dorat, autor del poema la *Declamacion*?

—Si señora, la respondí, ¿quién no le conoce? Se sonrió y dándome un luis me dijo: Pues llévale este manojo de rosas, y dile que Amarilis le felicita en su dia.

—Con efecto, esclamó Dorat, hoy son mis dias: lo habia olvidado. Y aplicó el ramillete á sus narices.

—Ya he desempeñado mi comision: que vd. lo pase bien, caballero Dorat.

Durante esta corta escena, Piron pudo observar á su placer los movimientos con pretensiones de respeto de la ramilletera, y la petulancia graciosísima de Dorat.

—¿No comes? dijo este último al primero, aspirando los perfumes del ramillete.

—Deja que te admire un poco, contestó Piron. Una muger rúbia y linda que te envia un ramillete el dia de tu santo... ¡magnífico! Dime, ¿es esta la primera de las cinco del madrigal? ¿El número uno, no es verdad?

—Es una muger encantadora, respondió Dorat balanceándose con la silla y acariciándose la barba; solo hace tres meses que llegó á Paris con su marido, estantigua descomunal que sirve en el regimiento de Subisa, y á quien no se le cae nunca un enorme espadon de dos varas de largo.

—¡Cáscaras!... ¿Y cómo has entablado relaciones con esa maravilla?

—Muy fácilmente. Estaba en las Tullerías con uno de mis amigos y hablábamos en voz alta, al tiempo que pasaba del brazo de su estantigua conyugal: oyó pronunciar mi nombre, y dijo á su esposo... ¿Oyes? Ese es el célebre autor del poema la *Declamacion*.—Ya comprenderás que el marido me dirigiria una furiosa mirada, contestando con desabrimiento á su muger.—¡Eres una necia!... y la arrastró con precipitacion hincándole el codo en el costado. Esta conducta dió motivo á que á la mañana siguiente recibiera una carta de la hermosa dándome una cita para vengarse del codazo de la víspera.

—Está visto, querido mio, que eres el mas feliz de los mortales, dijo Piron arremetiendo al pastel, mientras Dorat colocaba sobre la

chimenea el ramo de rosas: y supuesto que son tus dias, permiteme que brinde por tus triunfos en el teatro y en amor.

Dorat aceptó el brindis, y ambos antagonistas que se aborrecian un momento antes, empezaron á departir con la mayor la cordialidad.

Oyóse un segundo campanillazo.

—¿Si nos dejarán en paz? esclamó Dorat de mal humor; pues esta vez no quiero abrir.

—Si tal, amigo mio: ¿quién sabe?..... puede venir otro ramillete.....

—Pues tú lo quieres, sea. Pero si es un acreedor ó un importuno á ti te lo endoso.

¡Cosa rara! Quien acababa de llamar era la ramilletera: Dorat hizo un gesto de admiracion, mientras que Piron saboreaba un pedazo de pastel.

—Si incomodo... dijo la ramilletera... pero no es culpa mia: me han dado otro encargo para vd.

—¡Otro nuevo encargo! interrumpió Piron. Vamos despáchate, habla!

—¿Debo hacerlo? preguntó la muchacha, que como la vez primera tenia sus manos á la espalda. ¿Me permite el señor Dorat que hable?

—¿Pues no? respondió este con una espresion de impaciencia marcada.

La ramilletera descubrió las manos y presentó al caballero un ramo de violetas.

—¡Otro! esclamó Piron.

—¿Y quién te ha mandado traerlo? preguntó Dorat frunciendo las cejas y estregando el ramillete entre sus dedos.

—Una muger.

—El número dos, añadió Piron: en llegando al diez cruz y raya.

—Lo que no puedo asegurar á vd. continuó la ramilletera, es si es bonita ó fea, jóven ó vieja, porque no la he visto, venia cubierta con un espeso velo negro.

—¿Pero qué te ha dicho?

—Lo mismo que la otra; me ha comprado un ramito de violetas, y me ha dicho con una voz muy dulce, que al traspasar por el velo se dulcificaba mas aun. —¿Conoces al caballero Dorat autor del bello poema la *Declamacion*?—Si señora.—Pues bien, llévale este ramillete de parte de Glicere, y se marchó arrojándome en la falda una moneda de veinte y cuatro libras.

Luego que se marchó la ramilletera, hubo un momento de silencio, durante el cual Dorat exhaló dos ó tres melancólicos suspiros, mientras que Piron le contemplaba con una admiracion con visos de ironía

—Está decidido: eres un gran hombre, un mortal privilegiado.

—Un mortal digno de compasion, contestó Dorat con un acento de fatuidad plañidera, que hubiera hecho honor á un héroe de Crebillon hijo, ¿Cómo quieres que trabaje con formalidad, que dé á mis obras

la última mano que asegure su brillo y su existencia, cuando me veo diariamente sitiado, asaltado de esta manera? Si es cierto que Racine no ha tenido otro amor que el de la Champmeslé, lo creo un hombre favorecido delos dioses y se esplica como ha podido componer la *Athalie*.

—En ese caso cierra la puerta á las mugeres, y compon un *Athalie*.

—¿Y cómo? continuó Dorat. Veinte veces he formado propósito de renunciar á nuevos lazos, de retirarme á la soledad, y de despedirme de todas las quimeras que me persiguen y me matan. ¡Vanas resoluciones! ¡Temerarios proyectos que un soplo destruye como el humo! Pasa una muger á mi lado, me dirige una mirada, pierdo la cabeza, palpita mi corazon, y mi imaginacion se inflama. ¡Somos muy desgraciados los poetas! ¡Las mugeres nos pierden y nosotros las perdemos!

—¿De modo, dijo Piron, que la muger del velo que te envia un ramo de violetas, está perdida por causa tuya?

—Desgraciadamente es asi: á no ser por mí, se hubiera casado con su primo, jóven oficial de mosqueteros que la ama con delirio. Ahora viviria tranquila en su casa, y no le amenazaria el incierto porvenir que le ha abierto su loco amor.

—¿Pero dónde has conocido á esa muger?

—¡Oh Dios mio! La historia de un conocimiento, es siempre la misma, y nada se asemejá tanto á una vuelta en las Tullerías como otra vuelta en las Tullerías. Vuelve á leer los versos de que te has mofado, y encontrarás el retrato de mi heroina:

«Ojos negros, labios bermejos,
Nariz formada por el amor, etc.

—Pero dejemos esta conversacion. Bebamos: prefiero Rabelais á Tibulo, y hoy elijo por héroe á Pentagruel.

Terminado este discurso, Dorat se bebió un vaso de beaune con la mayor sangre fria. En cuanto á Piron, estaba literariamente absorto: desmenuzaba con una curiosidad infantil las facciones ajadas de su amigo, sus pequeños ojos hundidos, rostro prolongado y seco que anunciaba ya los síntomas de la enfermedad de que debia morir. Cualquiera hubiera creido que procuraba tomar la medida de un hombre afortunado en amores, y resolver aquel sistema sin solucion, á propósito del cual acababa de publicar Voltaire un lindo cuento titulado: *Lo que agrada á las mugeres*.

Se hallaba aun sumergido en sus observaciones cuando volvió á sonar la campanilla.

—¡Número tres! Esclamó Piron. Está visto: recibiremos los cinco ramilletes de tus cinco queridas.

En efecto, era la ramilletera. Esta vez traia un ramillete en cada mano: uno era de esas florecitas azules llamadas *No me olvides*, y el otro lo formaba una hermosa camelia rodeada de clavellinas blancas.

La ramilletera colocó ambos ramos sobre la chimenea y se marchó diciendo: al autor del poema la *Declamacion*.

—Sin duda, dijo Piron, todas las mugeres que te conocen aprecian en tí al autor de la *Declamacion*. Ignoran tus comedias, tus

madrigales, tus cartas, todas tus obras. Es singular que sólo las seduzca tu poema la *Declamacion*.

—¿Y por qué es singular? ¿no es la *Declamacion* mi obra maestra? Por mi parte estoy de acuerdo con mis queridas.

—Sea enhorabuena, contestó Piron, que empezó á conocer se estaban burlando de él.

Con la mayor naturalidad, el caballero cogió los dos últimos ramilletes, y aspiró su fragancia, y sentándose en seguida frente á su huésped empezó á deshojar una por una las de un clavel, cuya hojas llevadas por la dulce brisa que entraba por la ventana, fueron á caer en el vaso de Piron. Este cuadro que apenas bosquejamos, era digno de un pintor de aguadas. En primer término, Dorat, con los ojos entreabiertos, la cabeza inclinada sobre el hombro derecho, lanzando de cuando en cuando una ojeada oblícua para observar si Piron le miraba: en segundo término el autor de la *Metromanía*, moviendo los ojos á la manera de un pachon que olfatea la caza, y embutiendo en sus narices enormes polvos de rapé. Habia en aquellas dos aptitudes, en aquellas dos fisonomías, en la lucha de la fatuidad sincera y la incredulidad irónica un contraste digno del mas egercitado pincel.

—Estoy esperando, dijo Piron, que me cuentes las dos historias. No te hagas de rogar. Primero la de la Camelia. ¿Cómo la llamas? ¿es blanca ó morena, alta ó baja?

—¿Cómo quieres que adivine á la simple vista de un ramillete el nombre de la que me lo envia? Aunque bien considerado, tienes razon; las mugeres se descubren en la eleccion de los colores que adoptan, en las flores que mas aprecian, en la música que mas les agrada, y en los pájaros que prefieren.

—Ellas prefieren los gurripatos, interrumpió Piron.

—Apostaria, continuó Dorat, sin hacer caso de la intempestiva interrupcion de su interlocutor, que la Camella blanca, es don de la presidenta. Una muger singular, añadió sin levantar la vista y como si hablase consigo mismo: muger que hasta ahora solo habia amado á Dios, á la Vírgen Santísima y á los Angeles; una devota en toda la estension del término, que desde el confin de su provincia no habia soñado otra felicidad, que una silla en la iglesia en este mundo, y un rincon del paraiso en el otro. ¡ Lo que puede el destino ! Su marido viene á Paris á pretender, y se le ocurre traer á su muger....

—Basta, basta, interrumpió Piron: es Tisbe: la he sacado por la pinta; miradas discretas, aire tímido ... ¿no es eso? Veamos como llamas á la del *No me olvides*: pintame el número cuatro.

El caballero Dorat reconoció que no era justo resistir á tales instancias, y levantando la vista, dijo con aire desembarazado:

—El número cuatro se llama Cloé, bajita, vivaracha, alegre, miradas provocativas, que siempre tiene una respuesta á tiempo, y á quien no agradan las conquistas sino por asalto. Yo no hubiera dado el último á no haber sido por el marido, boticario de la buena ciudad de Paris. Figúrate un hombre de cuatro pies, con voz atiplada y saltarin: una caricatura del dominio de Moliere. Te juro, bajo mi pa-

labra de honor, que he embestido á la muger para reirme del marido.

Piron habia escuchado este discurso sin pestañear, pero formulando en su interior un apóstrofe que decia:

—A fé mia, que si mientes, por Apolo patron de los poetas, que mientes á la perfeccion. Tu semblante se halla de acuerdo con tus palabras y tal vez tú mismo crees las mentiras que te forjas, porque indudablemente son embustes. En seguida añadió en alta voz:

—Ya solo tenemos que esperar el número cinco, y me figuro que no hará aguardar mucho tiempo, pues hete aquí que llega.

El sonido de la campanilla justificaba al parecer la opinion de Piron: impaciente levantóse para abrir la puerta, pero se engañó. En vez de la ramilletera se presentó un actor de la comedia francesa, quien despues de saludar á ambos poetas, pidió á Dorat un momento de conversacion particular. Se trataba de hacer varias correcciones que el cómico exigia, antes de tomar á su cargo el desempeño de una comedia que iba á repartirse.

—Dispénsame que te deje solo, dijo Dorat á Piron entrando con el cómico en su alcoba.

—Estás dispensado, contestó Piron, sorviendo un enorme polvo, que tenia como todos su significacion particular.

La de este queria decir.

—Me alegro mucho que me dejes solo: si la ramilletera vuelve á la carga, la recibiré, observaré, preguntaré, y muy caro te habrá costado el secreto, sino arranco la esplicacion del diluvio de flores con que me has regalado durante la mañana.

Terminado este razonamiento fué á situarse al lado de la puerta que el cómico dejó abierta al entrar, y con la cabeza inclinada hácia la escalera, abrazando con una mirada los cinco pisos que se perdian en espiral bajo sus pies, esperó con la ansiedad de un centinela que vé moverse entre las sombras un objeto misterioso, que se presente el enemigo.

III.

Algunos instantes despues, sintió pasos en la escalera; el roce de un guardapies sobre los escalones.

—¡Atencion! esclamó retirando la cabeza: ya tenemos al enemigo en campaña.

El enemigo, como se deja conocer, era la ramilletera. Piron la recibió en el umbral de la puerta, y vió con satisfaccion que traia un ramo de jacintos.

—La farsa, es completa: *rosas*, *violetas*, *camelias*, *no me olvides*, *jacintos*: nada falta; está lleno el azafate.

—¿Ha salido Mr. Dorat? preguntó la jóven dirigiendo una mirada al sillon que el poeta habia dejado vacío.

—Si, dijo Piron con frialdad.

—¡Es posible!... pues si debia esperarme para recibir el quinto ramillete que le traigo.

—Pues ha salido, repitió Piron, fijando en la ramilletera una mirada, al observar el cambio repentino de sus facciones.

—Le esperaré.

—Tómelo vd. con despacio: porque mi amigo no volverá en todo el dia.

—¡Seria una infamia! ¡un robo! esclamó la muchacha.

—¡Chist! dijo Piron, que temia no oyera su amigo aquella esplosion de cólera: y poniendo la mano en la boca de la ramilletera añadió: confiame tu secreto; ¿No dices que te han robado? ¡habla!

—¿Quién me pagará mis ramilletes?

—Pues que, ¿no te los han pagado? ¿y las señoras?

La ramilletera hizo un gesto espresivo que queria decir: ¡no son malas señoras!...

Acaba, insistió Piron: dime cuanto ha pasado y te pago tus ramilletes: pero habla bajo, muy bajo.

Con la esperanza del próximo pago, la ramilletera respiró y fijando sus ojos en los de Piron que brillaban con una maligna curiosidad

—El hecho es, dijo, que yo estaba en mi puesto, cuando un señor se acercó, escogió cinco ramilletes y me dijo: yo me llamo el caballero Dorat: vivo en la calle Taranne, número 19; me llevarás estos cinco ramilletes uno por uno, y de cuarto en cuarto de hora, diciéndome: caballero, una señora me ha encargado que le entregue á vd. este ramillete. Despues de esta recomendacion, añadió muchas señas é instrucciones, me hizo repetir los nombres que deberia citar, y me dictó las respuestas que deberia dar á las preguntas que se me hicieran: trazóme en fin, mi plan de conducta, ni mas ni menos que si se tratára de una escena de comedia. Marchóse dejándome sorprendida cuanto habia oido. Pero despues de haber reflexionado, dije: yo no conozco á este Mr. Dorat: el pedido es considerable y no me lo ha pagado: ¿si será algun caballero de industria? Fuí á verme con el tendero de la esquina, y le pregunté si conocia al caballero Dorat. Si, me respondió: es el autor del poema la *Declamacion*; ayer compré cuarenta ejemplares al peso.

—¿Y se le podrá fiar?

—¿Por que nó? sin embargo, yo no pondria las manos en el fuego... es un literato, un poeta, y nada mas.

—Por último, dijo Piron que habia escuchado este relato sin pestañear.

—Por último, continuó la ramilletera, me decidí á traer los ramos; y ya que los he traido, no saldré de aqui sin mi dinero.

En este momento, olvidando la recomendacion de Piron levantó de nuevo la voz, de modo que tuvo aquel que poner en práctica la medida coercitiva de que ya habia hecho uso, pronunciando ademas estas palabras:

—No grites, si quieres ser pagada.

Produjo la frase el efecto de un calmante. Calló la ramilletera y Piron se encolerizó á su vez. Encolerizarse no es término bastante exacto: esperimentó aquel despecho que siente un hombre de talento, cuando conoce que le han tomado por monote.

—¡Ah Dorat, cachorro mio! dijo entre dientes: has querido que

sirva de heraldo de tus glorias! Quieres que mi boca te proclame el Benjamin de las damas! Quieres que vaya á contar al café Procope, que las hermosas te persiguen, que eres la segunda edicion de Cupido, y que existen real y efectivamente tus cinco queridas? Pues has echado la cuenta sin la huéspeda: voy á publicar que erés el mayor necio que hay sobre la tierra, y si me das de palos, yo... yo te los haré devolver por mis amigos!

Mucha deberia ser la rabia de Piron para llegar á tener valor. Al final del monólogo anterior, su fisonomía adquirió una espresion tal, que la ramilletera lo tuvo por loco, y esclamó:

—¿Pero... y mi dinero?

—Ahora, contestó Piron haciendo con la mano el movimiento de osear una mosca importuna que zumba á los oidos. A poco, sus facciones se estremecieron de placer.

—¡Ah! caballerito mio: ¿queria vd. burlarse de mí? Veremos quien á quien.

Tomó medio pliego de papel: escribió unos veinte renglones: lo dobló y cerró y dirigiéndose á la ramilletera, la dijo:

—Aqui tienes veinte libras por tus ramilletes, y un escudo que te regalo, con la condicion que llevarás esta carta al lugar que voy á indicarte. En la rinconada de la calle de la Ferronerie, hay una taberna donde se reunen los criados sin acomodo, truanes, vagabundos y rateros: entras en la casa y preguntas al tabernero por Gerónimo Pichut, alias Trancherlad: fácil te será reconocerlo; es vizco, tiene el pelo rojo y voz de perro dogo: le darás esta carta con los dos luises de oro que van adjuntos: ¿te conviene el partido?

La ramilletera por toda respuesta cogió el dinero y la carta.

—Pues no te detengas, corre. Y la empujó para que saliera con mas precipitacion.

Ya era tiempo, porque en el mismo instante salia Dorat de la alcoba con el cómico del teatro francés. Piron apretó la mano al actor al salir, y dijo con hipocresía á Dorat.

—Me parece que no volverán á incomodarnos, y por si alguno viene he dejado la puerta entreabierta: con eso no tendremos que levantarnos.

—Bien hecho.

Y ambos poetas, empezaron de nuevo á trasegar el vino de Beaune. Concluido el pastel, asaltaron el boudin á la Richelieu, y despues del boudin el jamon de Lorena. Piron tenia trazas de tomar un entripado, pues comia de todo sin hartarse, dirigiendo maliciosas miradas á los cuatro ramilletes puestos en fila sobre la chimenea y diciendo para sí:

—Aun falta el ramillete de los ramilletes: pronto vendrá.

En cuanto á Dorat, satisfecho por el resultado de su astucia y adormecido por el licor beaunes, habia olvidado que le faltaba el número cinco.

Poco mas de media hora habia transcurrido despues de la partida del actor; cuando la puerta fué empujada con violencia y se presentó á su vista un estrambótico personage cuya catadura y vestido eran á la vez grotescas y amenazadoras.

Era uno de esos tipos escepcionales, que inventa cada siglo para su uso particular, y que al siglo siguiente reemplaza por otro tipo nuevo, pero siempre escepcional. Llevaba un sombrero de fieltro muy puntiagudo, sombreado por una pluma negra que caia sobre el hombro: su casaca de paño muy estrecha, desiguaba una vigorosa musculatura; llevaba ceñido un cinturon de cuero, apretado con una hebilla y del cual colgaba un desmesurado espadon que le llegaba á los talones: bocabotin que le subia por cima de las rodillas y botas con espuelas en proporcion con la espada, completaban el atavio del perdonavidas. Tenia los ojos torcidos, el pelo cortado á cepillo como los truanes de la córte de Cárlos IX, la nariz larga y sepultada en la espesura de un tosco vigote, que recorriendo la curva de los labios, se elevaba en retorcidas puntas hasta los ojos en forma de tirabuzon; los lábios partidos de un sablazo, los dientes sucios y ennegrecidos por el humo del tabaco, y las orejas largas y velludas. Este bello ideal de los valentones, era algo menos que un oficial de fortuna, y algo mas que un maton.

—¿Cuál de los dos se llama el caballero Dorat? preguntó el recien entrado con voz de trueno y dirigiendo á ambos poetas una desdeñosa mirada:

—Yo soy, caballero, contestó Dorat levantándose, para lo que vd. guste mandar.

—¡Para lo que guste mandar!... contestó el matachin mirando al caballero, y acompañando estas palabras con una cáfila de interjecciones... ¡Vaya en gracia! Yo me llamo Torticolo, ¿está vd? he nacido en Córcega, y soy capitan del regimiento de Subisa... ¿Me ha entendido vd?

Seria imposible pintar las sensaciones multiplicadas y complexas que esperimentaron las facciones del caballero Dorat al oir estas palabras: procuró penetrar en el fondo de la fisonomía de aquel demonio que le miraba cara á cara, puesta la mano en la guarnicion del espadon: pero nada mas vió que unos ojos amenazadores, un espeso bigote y una boca que no ofrecia síntomas de risa.

Volvióse hácia Piron, que conservando la mayor sangre fria, escuchaba ó parecia escuchar admirado, dejando caer el tenedory suspendiendo el desayuno. Fuéle preciso al caballero Dorat aceptar la aventura tal como se le presentaba, y se decidió á responder al capitan del regimiento de Subisa, en estos términos:

—Que vd. se llame Torticolo y que sea capitan del regimiento de Subisa, no me esplica el motivo de su visita.

—En lo que dice mi amigo tiene razon, añadió Piron levantándose.

—¡Silencio! esclamó el capitan, dirigiendo al último una mirada terrible. Métase vd. en sus negocios, si no quiere vd. salir por la ventana. Con vd. es mi pleito, caballero, añadió volviéndose á Dorat. Muy duro de cabeza debe vd. ser para no comprenderme, y ganas me vienen de tirarle de las orejas para ampliarle las entendederas. ¿Quiere vd. que recordando los hechos renueve mis heridas? Pues bien, sea. Yo soy un marido, y por vd... por vd. soy un verdadero marido. Pero no crea vd. que yo consienta que me roben impune-

mente el corazon de mi muger, despues de haberla traido desde el sitio de Mahon; ¡no por San Cosme! ¡Lo veremos!

Delicada era la posicion de Mr. Dorat: ó tenia que creer como realidades las mentiras que él mismo habia forjado, ó confesarse víctima de una burla. El caballero se fijó en esta opinion. ¿Pero quién era el autor? Aqui empezaban de nuevo las dudas. Habia referido á distintas personas, ademas de Piron la historia del capitan, del primo, del presidente, del boticario: para sostener su reputacion de hombre de buena estrella, forjaba cada mes nuevas historias, y las que hemos referido eran las que correspondian al mes actual. Por manera que el autor de la broma no podia ser otro que Piron, máxime militando en favor de este consideraciones de importancia. En un cuarto de hora que habia estado solo y sin moverse de la estancia, ¿cómo habia de haber dispuesto la intriga y preparado los medios de ejecucion? Segun todas las probabilidades Piron era inocente.

Pero ¿qué partido deberia tomar? ¿Proclamar la impostura y arrojar al capitan por la escalera? Esto seria confesarse embustero y entregarse sin defensa al sarcasmo y al ridículo. Para salvar su honor en presencia de su amigo, el caballero reflexionó que lo mejor era sostener su papel hasta el último estremo: haciendo una cortesía al capitan, le dijo con calma:

—Por las esplicaciones de vd. comprendo lo que desea: estoy á las órdenes de vd.

—Me alegro... ¡Canario! Veo que es vd. un valiente.... pero tenga vd. entendido que sino se defiende bien, le meteré seis pulgadas de acero en el pecho. ¿Dónde nos batiremos?

—Donde vd. guste.

—Pues dentro de una hora, en la puerta Muette.

—Corriente.

—Adios, señor caballero Dorat.

—Beso á vd. la mano señor capitan Tortícolo.

Este salió como habia entrado, retorciéndose el bigote y acariciando el puño de la espada. Llegaba al piso segundo, y aun se oia el ruido producido por sus botas y largas espuelas.

IV.

Despues de la partida del capitan, ambos poetas guardaron silencio por un rato; Dorat ocupado en discurrir quien seria el autor de la broma, y Piron satisfecho del resultado de su astucia y diciendo entre sí:

—¡Perfectamente! Mr. Dorat se dejará ahorcar antes que confesarme la mentira, y de este modo el chasco irá adelante hasta el fin.— En buen berengenal te hallas metido, dijo en voz alta dirigiéndose á Dorat: ¿sabes que el oficio de cortejante tiene tambien sus quiebras?

—¡Cómo ha de ser! contestó el caballero mordiendo de despecho la punta de la servilleta: á cada uno le tocará su vez.

—¿Lo dices por ese estafermo que se produce con tanta insolencia, y habla del sitio de Mahon sin haber estado quizá? Harás bien en escarmentarle: pero si antes de ir á la cita quisieras repasar tus principios de esgrima..... Mira, yo te serviré de muralla y podrás darme botonazos á tu placer.

Estas últimas palabras disonaron á Dorat, quien creyó descubrir en ellas un sentido irónico: así que se limitó á contestar con sequedad:

—¡Gracias! no es menester.

Pero en aquel momento, su vista que buscaba la de Piron se fijó en un personage que se habia deslizado con tanta suavidad, que el ruido de sus pasos no pudo revelar su presencia. Era un jóven de veinte á veinte y dos años, rubio, colorado y fresco como una muchacha, y aunque llevaba uniforme de mosquetero, se asemejaba mas bien á un page de alcoba ó á un querubin de amor que á un matasietes ó un mariscal de Francia. Sus empolvados cabellos, delicada cintura y cortedad de genio, indicaban á primera vista un jóven de buena familia, cuya espada no era todavia mas que un adorno á sus ojos.

—Tengo el honor de saludar al autor del poema la *Declamacion*, dijo inclinándose hácia Dorat con voz suave y atiplada. Ya he tenido la satisfaccion de haberle visto en algunas sociedades y me debe el concepto de hombre de talento.

Dorat miró con atencion á su interlocutor; pero apesar de mil esfuerzos le fué imposible aplicar un nombre á aquella fisonomía.

—Nada tiene de estraño, que Mr. Dorat no me reconozca, respondió el jóven oficial: en los salones donde la multitud se agrupa, las medianias se confunden y solo brillan las notabilidades. Yo he podido observar á vd.: pero no merezco igual atencion de su parte. Ademas que aun antes de ver á vd. ya le conocia de nombre: sabia que habia llevado mi mismo uniforme y portádose siempre como valiente y atento mosquetero. Por lo mismo siento que no sea otro el motivo que me impele á esta visita.

—¿Y cuál es ese motivo, caballero? interrumpió Dorat cuya impaciencia no podia contenerse.

—Vengo á suplicar á Mr. Dorat, que tenga la bondad de elegir lugar, armas y hora para una esplicacion.

—¡Tambien este! murmuró Dorat entre dientes.

—¿Acaso tendré la desgracia de no haber sido el primero? Mucho lo sentiré, mucho, respondió el jóven; porque si otro que yo le atraviesa á vd. con su espada, me moriré de dolor. Tenia una prima, caballero, añadió dirigiéndose á Piron, como para tomarle por testigo de su angustia: mi prima era hermosa, jóven, rica y viuda.... la amaba y creo que me correspondia. Ya estaba todo dispuesto para nuestro matrimonio: los contratos firmados, fijado el dia, y el placer me tenia fuera de mí, cuando ¡fatal destino! mi prima encuentra á Mr. Dorat, y todo se descompuso. ¡Adios matrimonio, adios amor, adios sueños é ilusiones, placeres y porvenir!.. Un hombre no puede sufrir tanto ultraje sin exigir una reparacion de sangre que lave su afrenta.

Por lo tanto, creo que el caballero Dorat tendrá la bondad de concederme la satisfaccion que le pido.

—Vaya vd. con dos mil demonios! gritó Dorat, exasperado por la sangre fria del mosquetero, y arrastrado por el despecho mas allá de los límites diplomáticos á que se habia concretado.

—¿Con que vd. rehusa un lance de honor? dijo el jóven con mas altaneria de la que habia mostrado hasta entonces.

—No digo tal precisamente, respondió Dorat, que al dirigir una mirada á Piron y viéndole impasible, se habia situado en su antiguo terreno.

—Entonces ¿á qué hora y en que parage tendré el honor de encontrar al caballero Dorat?

—Dentro de dos horas, en la puerta Maillot. Beso á vd. la mano.

Estas últimas palabras las pronunció con la vivacidad y mal humor de un hombre, que viéndose martirizado, desea concluir cuanto antes. El jóven mosquetero le hizo una graciosa reverencia al retirarse, diciéndole con voz suave:

—¿Pero es posible, Mr. Dorat, que el domador de las hermosas de la córte y de la ciudad, no haya podido dejarme á mi prima? ¿Qué podia importarle á vd. un corazon mas ó menos?

Hubo un momento de silencio. Piron fué el primero á interrumpirle.

—Está decidido, esclamó, que debes purgar hoy todas tus aventuras amorosas: á desafío por ramillete.

Dorat estaba tan trastornado que no oyó esta reflexion y hasta olvidó cerrar la puerta que el mosquetero dejó abierta al salir. Gruesas gotas de sudor corrian por sus megillas, atravesaba á zancajadas su gabinete, rechinaba los dientes y hacia los mayores esfuerzos para retener las maldiciones que á pesar suyo se le escapaban.

—¡Como llegue á descubrir al autor de esta infame comedia, como lo descubra!....no le daré de palos, no; es poco castigo, le mataré, le despedazaré con las uñas y con los dientes. Infame!...malvado!...verdugo!

—Cálmate, tranquilízate, amigo mio, le decia Piron: vas á enfermar; y si no mueres de una estocada te acabará una inflamacion de pecho.

Dorat no respondia nada: continuaba paseándose con precipitacion de un estremo á otro de su cuarto, cuando á la tercera vuelta se vió frente á frente, no con uno, sino con tres nuevos personages que habian entrado al mismo tiempo y colocádose en fila.

El primero era seco, huesoso, rostro macilento y tez morena: llevaba frac negro, calzon negro, medias negras, chaleco negro, peluca negra, todo él era negro de los pies á la cabeza.

El segundo alzaria cuatro pies y cuatro pulgadas cuando mas, sus formas, sumamente pequeñas, tenian toda la flexibilidad de la goma elástica, y su busto colocado sobre dos piernas sin pantorrillas se asemejaba á un ovillo de algodon sostenido por dos agujas. Y como si tratára de hacer resaltar la flaqueza de un cuerpo sin superficie y de un perfil sin contornos, á la ropa que le cubria, le sobraba de an-

cho el doble de lo que á su cuerpo faltaba, y se componia: primero, de una poblada peluca de bucles, bajo la cual, desaparecian casi del todo la frente que se asemejaba á la décima parte de un cuarto de luna, y dos ojos apagados y mústios, como los de un mochuelo: segundo, un frac gris de anchos faldones, cortados en cuadro por detrás, y á los que si hubieran dejado toda su latitud pudieran compararse con dos velas latinas: tercero y último, un par de sacos con infundadas pretensiones de calzones y sujetos por encima de la rodilla.

Con este equipage el hombrecillo ofrecia la cara mas estraña que puede darse, inclusa la de las caricaturas inglesas: era un chiquillo envuelto en el leviton de su abuelo, ó una cáscara de nuez nadando en un agitado estanque.

En cuanto al tercer personage, la única particularidad que se notaba en él era no tener ninguna. Ni era ni feo ni bonito: su ropa ni era ancha ni estrecha: pudiera calificársele de mercader, escribiente ó empleado.

Antes que Dorat hubiera podido examinar los tres nuevos personages, le dijo el primero:

—Desde tiempo inmemorial, es conocida mi familia en la magistratura: todos los d'Haubazac, han nacido en el Perigord y vestido la toga de padres en hijos. El rey Luis XIII concedió á mi abuelo cartas de nobleza: mi padre fué canciller, y primo por casamiento, de Mr. Colbert. Yo tambien soy presidente y espero solo la borla.

Despues de una ligera pausa, durante la cual la irritacion de Dorat se comprimia con trabajo mientras Piron ahogaba una carcajada, el presidente continuó así:

—Mi muger, caballero, es de muy buena familia de Gascuña, y cuenta entre sus abuelos un marqués y seis barones. Una de sus primas tiene asiento en la córte, y madama de Pompadour es casi su tia. Siendo esto asi como lo es, no debe vd. estrañar...

—¿El qué? interrumpió Dorat: ¿se trata de un desafío? acepto. Está dicho: ¿qué hace vd. aqui?

—¡Un desafío! .. ¿Qué está vd. diciendo? contestó el presidente con un tono de soberbia indignacion. No señor, la toga no se bate. El parlamento no es duelista; pero entablaré un buen pleito contra vd. y tendré de mi parte á todos los jueces; porque defendiendo mi honor, defiendo el de todo el cuerpo; y vd. aprenderá á su costa, señor perturbador de matrimonios, lo que vale la virtud de una presidenta.

Terminado este alegato, el presidente saludó á Dorat con gravedad, y se marchó á pasos contados.

—Ahora me toca á mí, dijo con voz nasal el hombrecillo cuyo retrato hemos bosquejado. Nuestra conversacion no será larga.

Con efecto, en vez de exordio, cerró los puños, y acercándolos á las narices de Mr. Dorat, esclamó con rabia concentrada:

—¡Elija vd!

Esta pantomima singular, cuyo resultado era difícil de preveer, acabó de exasperar á Dorat.

—¿Qué he de elegir? gritó separando los dos puños del hombrecillo.

—En una mano tengo una píldora envenenada, y en la otra, otra que no lo está. Elija vd..... y Dios tenga compasion de su alma si elige mal. ¿Qué quiere vd? añadió mientras que Mr. Dorat luchaba con su furor; cada cual venga su honor á su manera; yo no manejo espadas ni pistolas: mis píldoras son mis armas..... soy boticario.

Dorat dió un salto para coger el baston de que hemos hablado al principio de esta historia; pero la voz de Piron que le recomendaba calma y sangre fria, le contuvo aun.

—¿Y vd. qué es lo que me quiere? preguntó al que no habia esplicado el motivo de su visita.

—Vengo á pedirle á vd una satisfaccion.

—¿De qué?

—De los ultrages que vd. me ha hecho en la persona de mi muger.

—¿Pero quién es vd?

—¡Ah!..... eso es lo que yo no sé, y espero que vd. me lo diga. Vamos, despáchese vd. ¿Mi muger es blanca ó morena, es rubia ó pelinegra? ¿Yo soy comerciante ó labrador? porque todo lo ignoro, todo absolutamente, solo sé que yo soy el número cinco.

Esta frase pronunciada con la mayor sangre fria, era la bomba con que terminan los castillos de fuegos artificiales.

Piron no pudo contenerse mas tiempo, y abriendo una boca descomunal, arrojó una risotada frenética que hizo retemblar los cristales en sus marcos.

—¡Ah! ¿con que eres tú, miserable? gritó Dorat observando su desmesurada alegría ... ¿Has perdido el miedo á los palos? ¡Ahora lo veremos!

Cogió el baston y enderezándolo primero contra el boticario fingido y el marido anónimo,

—¡Fuera canalla! esclamó: fuera, gritó con voz de trueno.

Esta enérgica demostracion produjo un rápido efecto. El marido anónimo dió á correr seguido del boticario, que en su fuga arrojó la peluca, dejando descubierta la cara mas interesante de pilluelo que ha trazado el lápiz de un dibujante.

—¡Ahora á tí! dijo á Piron despues de cerrar la puerta y levantando el baston.

A pesar de la amenaza, Piron no se desconcertó, y mirando fijamente á su antagonista le contestó:

—Pega si quieres; pero mátame en el acto, porque si salgo de aquí con un soplo de vida, me haré conducir en litera al café Precope y allí contaré á toda la literatura reunida del siglo XVIII, la historia de los cinco ramilletes del caballero Dorat.

Esta amenaza hizo palidecer al caballero: á pesar del furor que le animaba, dejó caer el baston, y quedó pensativo, considerando que solo un asesinato podia libertarle de un ridículo eterno.

—¿Y de qué te quejas? añadió Piron: tú has inventado las mugeres y yo los maridos; estamos en paz.

Dorat no respondió; se hallaba en la posicion de un estudiante sorprendido in fraganti por el rector, y tenia demasiado orgullo para resignarse á solicitar el perdon.

—Vamos, sé amable; convídame á tomar café, y te ofrezco guardar silencio.

—Vamos á tomar café, respondió Dorat.

La leccion que acababa de recibir el caballero Dorat no produjo todos los buenos resultados que era de esperar. Hasta los últimos dias de su vida, siguió siendo lo que era, fátuo y hablador. Diez años despues, leia á un amigo suyo un madrígal que habia compuesto el dia anterior, y que principiaba por este verso:

¡Pasó el tiempo de diez queridas!

—¡Diez! es demasiado y no lo creerán.

—Pues pongamos cinco, dijo Dorat, despues de haber titubeado y con el tono del que hace una ámplia concesion.

Y el verso corregido y rebajado, ha llegado á la posteridad. Por el anterior relato podemos atenernos á la exactitud de Mr. Dorat en este punto, y formar un cálculo sobre la veracidad de gran número de poetas en achaque de conquistas amorosas.

UN CASAMIENTO SECRETO.

Sofia Augusta Federica de Anhalt Zerbst-Dornhburg, que reinó en Rusia bajo el nombre de Catalina II, era hija del príncipe Cristino Augusto, mayor general al servicio del rey de Prusia y gobernador de la ciudad y fortaleza de Stettin. En la época del nacimiento de Sofia, es decir, en 1729, la Prusia no era todavía una nacion guerrera; pero los vastos estados que la rodeaban principiaban á inquietarla, y ya preparaba esa vigorosa organizacion militar que debia darla en su dia un lugar preferente entre las primeras potencias de Europa. Todos los jóvenes se dedicaban á la carrera de las armas, y la nobleza prusiana, en vez de entregarse á los placeres que corrompian entonces las diversas cortes de Alemania, formábase en silencio en el arte de la guerra, y en la vida de los campamentos. Sofia educada en medio de estas costumbres rudas y altaneras habia adquirido necesariamente un carácter varonil y decidido que no poco contribuyó á pervertir en ellas las virtudes naturales de su sexo. Una sola muger de toda aquella sociedad, compuesta casi esclusivamente de soldados, habia llegado á conquistar su cariño y amistad. Elena de Corvidof, que así se llamaba, era una de esas lindas y sentimentales hijas del norte, aficionadas naturalmente

á las escenas románticas y misteriosas. Elena poseia toda la confianza de la princesa, la acompañaba sin cesar y recibia el precioso depósito de todos los sentimientos que la naturaleza despertaba en su corazon de niña imperfectamente trasformado.

Entre los oficiales de la guarnicion de Stettin habia un jóven teniente, llamado el baron de Berkef, que habiendo salido de la escuela militar de Berlin apenas hacia dos años, conservaba aun toda la gracia de la adolescencia, unida á una elegancia que realzaba singularmente su uniforme. La princesa Sofía, que en aquella época rayaba en los catorce años, habia reparado en él muchas veces durante la parada; pero la impresion que producia en la princesa era muy pasagera y desvaneciase tan pronto como Berkef se apartaba de su vista. Este fué nombrado al fin ayudante del gobernador, y desde entonces sus funciones le obligaron á tomar una habitacion en el interior del castillo. Apenas habia podido Sofía apreciar el talento y las brillantes cualidades de este jóven cuando sintió despuntar en su corazon un sentimiento nuevo para ella: sus miradas, poco acostumbradas al recato y al fingimiento, no tardaron en descubrir su secreto. Berkef afectado á su vez por estas pruebas nada equívocas de afecto, esperimentó tambien desde luego una turbacion desconocida; pero como temiese ser despreciado y fuera ademas demasiado modesto para dirigir tan alto sus esperanzas, combatió vigorosamente su naciente pasion y correspondió friamente á las muestras de ternura de que no se atrevia á creerse objeto. Sofía tenia ya el corazon de Catalina; en vez de lisongearla esta timidez modesta y respetuosa irritó altamente su carácter orgulloso. Al salir un dia el baron del comedor la encontró que salia de su cuarto para entrar en el de su padre.

—Señor baron, le dijo la princesa al pasar por su lado, no exijais que se os den mas pruebas.

Estas palabras sumergieron al baron en una sorpresa profunda; ya no le quedaba duda alguna de que era amado, y desde aquel momento desaparecieron su recato y timidez, y tanto como habia procurado hasta entonces refrenar los ímpetus de su corazon, asi se abandonó á sus fogosos transportes. Perdido, fuera de sí, trastornado por esta revelacion inesperada, que satisfacia á la vez su vanidad y su amor, se retiró precipitadamente á su cuarto para entregarse con mas libertad á sus esperanzas de ventura. Absorto en sus reflexiones permaneció largo tiempo, y cuando llegó la noche aun no habia salido de su alegria y sorpresa.

La oscuridad penetraba ya en la habitacion y arrojaba sobre los objetos una tinta melancólica y sombria; de repente ábrese la puerta y aparece en ella un brazo blanco como la nieve; dejó caer una carta sobre el suelo y desapareció. Berkef, rápido como el relámpago, se levantó y corrió tras el misterioso mensagero; pero á nadie encontró ni oyó el menor ruido en la escalera. Volvióse entonces á su cuarto, recogió el billete y leyó temblando lo que sigue:

«Amais y sois amado; pero sed prudente; amad siempre, hablad poco y esperad.»

Este nuevo incidente por poco vuelve loco al baron; besó la carta una y mil veces y se echó vestido sobre su cama, á fin de hallar en la libre divagacion de los sueños la dicha que la realidad rehusaba concederle todavia.

Al siguiente dia se levantó Berkef muy temprano y lleno de una impaciencia facil de comprender, salió como un loco á pasearse debajo de las ventanas de la princesa, aunque sabia perfectamente que faltaba todavia mucho tiempo para que ella se levantase; llegó al fin el momento apetecido: Berkef entró en el castillo y subió á la antecámara del gobernador, cuyas órdenes iba á tomar todas las mañanas. La princesa tenia tambien costumbre de entrar á ver á su padre todos los dias; el baron debia, pues, esperar verla, y en la disposicion en que se hallaba su espíritu, esta felicidad era una de las mayores que él podia esperimentar. En efecto, no tardó en presentarse Sofía en la antecámara; dirigió al jóven oficial una sonrisa que le penetró hasta el fondo del alma, y desapareció sin detenerse un momento. Berkef tampoco pedia mas; se le habia encargado la prudencia, y era natural que la que le habia prescrito esta virtud, fuese la primera en observarla y aun en darle el ejemplo. Por otro lado, esta sola sonrisa, ¿no equivalia á todos los discursos del mundo?

Algunos instantes despues llamó el mayor al ayudante de servicio. El baron entró precipitadamente; pero Sofía ya no estaba allí: Recibió las órdenes del gobernador y bajó á la plaza de armas donde los oficiales se reunian todos los dias para la parada. Ya los regimientos estaban alineados en batalla al rededor de la plaza, y los oficiales agrupados en medio de sus batallones, hablaban ruidosamente de las noticias del dia.

Berkef tenia demasiada alegria en el corazon para que no reflejára en su semblante.

—¡Ah! ¡ah! baron, dijo un oficial de los del grupo al que se habia aproximado Berkef, ¿parece que estais hoy muy contento; sabeis ya la buena nueva?

—Es natural, dijo un capitan, que Berkef la haya sabido antes que nosotros, pues vive en el castillo.

—¿Qué nueva es esa, mi coronel? preguntó el baron admirado.

—Pardiez, la hija de nuestro gobernador se casa, ¡cómo! ¿no lo sabeis?

—¿La princesa Sofía se casa? dijo el baron temblando como un azogado.

—Todo Stettin lo sabe, y vos solo lo ignorais.

—Y con quién, replicó el baron que casi habia perdido el juicio.

—Con el gran duque de Rusia. El príncipe y la princesa salen mañana para San Petersburgo.

A esta noticia Berkef quedó herido como de un rayo; palideció súbitamente, sus piernas tambalearon y su sangre circuló penosamente por sus venas; pero temiendo que su emocion revelase el secreto de su dolor, se retiró precipitadamente á un sitio apartado á fin de recoger sus desfallecidas fuerzas y poder desempeñar su servicio sin inspirar la menor sospecha de su sufrimiento. Pronto el re-

doble de los tambores prolongándose de batallon en batallon anunció la salida del gobernador del castillo. Los soldados se alinearon; se restableció el órden y el silencio en las filas; los oficiales corrieron á sus puestos, rompieron las músicas, sonaron los clarines y los tambores batieron marcha: pero ni este ruido ni la presencia de su gefe pudieron sacar al desgraciado jóven de su estupor: antes bien permaneció distraido y triste durante toda la parada; y cuando los regimientos desfilaron para volver á sus cuarteles, el baron en lugar de reunirse segun costumbre con sus compañeros de armas, entró precipitadamente en su cuarto para entregarse á su justa desesperacion.

En efecto, asi como en el principio de su pasion creyó Berkef deber usar de la mayor reserva y moderacion en sus esperanzas, asi tambien, despues de la esplícita confesion de Sofía, no tuvo inconveniente en dar rienda suelta á su ambicion, y aun en su delirio entusiasmábale la posibilidad de llegar á ser algun dia el esposo de la princesa. Las miradas de Sofía, sus sonrisas, sus cartas, todo concurria para confirmarle que este era el solo objeto, el único desenlace probable de un amor al cual se hubiera avergonzado de dar distinta interpretacion. Cierto que la union de un simple baron del imperio con una princesa, era una monstruosidad política que todas las preocupaciones germánicas condenaban: ¿pero qué son las preocupaciones, qué los obstáculos, cuando uno está sostenido por el amor y sabe que es correspondido? Y sin embargo Sofía iba á casarse! ¿Habria querido tal vez engañarle y burlarse de su credulidad, ó bien una voluntad mas poderosa que la suya la obligaba á este matrimonio? Hé aquí lo que era preciso averiguar; en uno ú otro caso Sofía era víctima ó pérfida.

Atormentado el baron por estas tristes reflexiones se quedó en actitud pensativa con los codos apoyados en la mesa y oprimiendo con entrambas manos su abrasada frente. No tardó en descubrir un nuevo billete colocado delante de él; y apoderándose de esta carta, la abrió y leyó lo que sigue:

«Conozco que estais triste; sin embargo nada temais. Los sucesos pueden pareceros contrarios, pero hay un medio de conjurarlos todos, á saber; anticiparse á ellos. Si sois digno del amor que habeis inspirado, si os sentís con bastante valor para arrostrar los peligros que frecuentemente el amor acarrea, atad vuestra banda en el balcon de vuestra ventana; á su tiempo sabreis todo lo que queda que hacer.»

Este billete colmó de alegria al baron, á quien no le fué difícil descifrar su verdadero sentido, apesar de las restricciones que contenia. En un momento desaparecieron todos los dolores y sospechas del jóven oficial, que ya no dudaba que Sofía continuaba amándole, y que él solo era el objeto de su pasion. Creia asi mismo que Sofía rechazaba con todas las fuerzas de su alma el enlace á que la querian obligar y en medio de su afliccion la pobre niña apelaba á su valor. ¿Pero de qué se trataba? ¿de un rapto, ó de un matrimonio secreto? Una y otra cosa ofrecen grandes dificultades que vencer y grandes

peligros que correr. Sin reparar en ellos, Berkef ató su banda como se lo habia encargado y esperó con la mayor impaciencia.

Pasó aquel dia sin ocurrir un nuevo incidente, pero la inquietud empezó á apoderarse del baron con mas fuerza que nunca. Verdad es que los momentos eran preciosos, y solo quedaba una noche para el instante designado á la partida de la princesa; nada, pues, justificaba la tardanza con que se llevaba á efecto la promesa con que terminaba la carta. Pero á la caida de la tarde, en esa hora de misterio y amor tan grata á los enamorados, Berkef creyó oir pronunciar su nombre. Se levantó presuroso; una voz le ordenó que no se moviese y guardase el mayor silencio: Berkef permaneció inmóvil con el oido atento y la boca abierta; entonces la voz añadió:

—A la una de la noche se presentarán dos personas en vuestra habitacion; tened cuidado de despedir antes á vuestros criados y de apagar las luces. La tercera persona hablará; en cuanto á vos y á mi no tenemos mas que hacer sino responder sí, á una sola pregunta que nos será hecha. No concibais ninguna inquietud por lo que veais suceder despues.

Sea que esta voz fuese disimulada á propósito, sea que estubiera alterada por el obstáculo desconocido que habia tenido que vencer para llegar hasta él, Berkef no pudo reconocerla; pero esta particularidad le inquietó poco, y lo que acababa de oir le absorvió completamente los sentidos. En efecto, séase que desde el origen de su intriga con la princesa hubiese concebido los proyectos mas estravagantes y atrevidos; séase que la última carta hubiese justificado en parte sus pretensiones, este enlace rápido é imprevisto le sumergió en una admiracion indecible; tan pronto se regocijaba con sus esperanzas, como le espantaba su realizacion. Por lo demas esta impresion fué muy pasagera; pero poco á poco recobró su espíritu y solo pensó en la dicha que le esperaba.

De repente la campana del reloj que daba la una le sacó de sus reflexiones. Apagó apresuradamente las bujías, y todo quedó sumergido en la oscuridad mas completa. Casi al mismo tiempo se abrió la puerta; dos personas entraron en la habitacion; Berkef se adelantó hácia ellas; una mano fina y temblorosa tomó la del jóven oficial y la apretó tiernamente. En seguida, la tercera persona pronunció la fórmula del matrimonio. En su voz era fácil reconocer al capellan de la princesa. El baron respondió lo que se le habia encargado que respondiese; la jóven desposada murmuró la misma palabra, y un instante despues Berkef se halló solo en su cuarto. Creia salir de un sueño. Este casamiento misterioso, celebrado en la oscuridad y en el silencio con la rapidez del pensamiento, ninguna huella habia dejado en su alma, si bien de toda esta ceremonia le habia quedado una sensacion particular de que no acertaba á darse cuenta; creia sentir todavia sobre su mano la dulce opresion de la de la jóven con quien acababa de enlazarse. Asombrado todavia de tan estraña aventura, volvió á encender las bugías, y vió brillar en su dedo un anillo magnífico. Ya no le era lícito dudar, que Sofía era su muger y que sus deseos habian sido cumplidos. Pero la aventura aun no estaba con-

cluida y el baron recordaba las últimas palabras de la princesa: «Cualquier cosa que suceda en seguida no os asuste, ni concibais ninguna inquietud por lo que veais.»

Efectivamente, despues de lo que acababa de pasar era imposible que Sofía partiese para San Petersburgo. Convencido Berkef de que se tramaba alguna cosa en la que no se le habia querido iniciar, creyó que debia estar dispuesto á todo evento y esperó el dia con impaciencia.

Apareció al fin el dia, pero nada de particular sucedió, muchas horas se pasaron asi, durante las cuales el jóven oficial se entregó á una mortal inquietud. Pronto oyó rechinar las cadenas del puente levadizo; el castillo acababa de abrirse. Casi al mismo tiempo oyóse el chasquido de los látigos y muchas sillas de postas entraron en el patio. Indudablemente se aproximaba el momento crítico. Berkef se paseaba en su cuarto entregado á la mas viva agitacion. Oyóse de repente cierto tumulto; el baron corrió á la ventana; eran los criados que llevaban baules y maletas que otros colocaban simétricamente sobre los carruages. Al ruido que formaban hablando era fácil adivinar que todo el mundo, á escepcion de los criados, dormia aun en el castillo. Esta señal tranquilizó poco al jóven oficial, porque estos preparativos indicaban por otro lado que nada habia cambiado hasta entonces en el proyecto del viage del mayor-general y de la princesa. El baron volvió á pasearse, sintiendo la necesidad de luchar por medio de los movimientos del cuerpo contra la agitacion estrema que despedazaba su alma. Finalmente, el hierro de las ruedas resonó sobre el pavimento. Berkef, que acechaba el menor incidente, volvió á asomarse al balcon. Lo que en este momento vió le llenó de asombro en términos de faltar poco para que cayéra al suelo sin sentido. El primer coche se aproximó á las gradas; dos lacayos con libreas abrieron la portezuela y se colocaron en seguida respetuosamente á los lados. No tardaron en presentarse el príncipe y su hija; Elena de Corvidof los seguia asi como algunos criados, todos en trage de camino. Mientras que Sofía bajaba la escalera, levantó maquinalmente los ojos hácia la ventana del baron, y como le viera asomado al balcon, fijó en él por un instante sus miradas de una manera estraña. Persuadido Berkef que nadie le veia, la contestó con otra mirada espresiva y apoyó vivamente su mano izquierda sobre su corazon, pero Sofía volvió bruscamente los ojos encogiéndose de hombros y subió inmediatamente en el coche; Elena y el mayor la siguieron: los criados se colocaron en la segunda berlina, y un momento despues no quedaron mas que los lacayos en el patio.

El baron se esplicó á sí mismo el gesto de la princesa; sin duda se decia, habrá querido reprender mi imprudencia; pero entre tanto la impresion que le habia producido esta partida fué tan sensible, que momentos despues de la desaparicion de Sofía, un sudor abrasador inundó la frentre del enamorado oficial; un temblor nervioso agitó sus miembros, desfallecieron sus fuerzas y no tardó en declararse la fiebre.

Cerca de quince dias trascurrieron sin qué mejorase el estado

del baron y una mañana cuando dormia dulcemente á consecuencia de una crisis terrible que le habia tenido agitado toda la noche, despertó sobresaltado al oir un ruido formidable; todas las vidrieras y paredes del castillo temblaron al mismo tiempo. Berkef se incorporó en la cama asombrado de lo que podia ser; pero bien pronto volvió á oir el mismo ruido que continuó por intérvalos.

—¡El cañon, dijo Berkef; qué habrá sucedido!

—Señor, respondió el criado que le cuidaba durante su enfermedad: es en celebridad del casamiento de la princesa Sofía con el gran duque de Rusia.

—¿Se ha casado?

—Si señor, esta mañana llegó la noticia.

Berkef no pronunció una palabra; permaneció un instante mudo é inmóvil como anonadado; pero en su interior se verificaba una revolucion profunda. De repente levantó la cabeza; sus ojos brillaron con una claridad maravillosa, sus lábios pálidos y lívidos se agitaron convulsivamente; pero no era ya la enfermedad, pues habian desaparecido el delirio y la fiebre, si no la indignacion y la cólera las que tal trastorno producian en su naturaleza.

—Me ha engañado indignamente, murmuró.

Despues levantando la voz,

—Fritz, dijo, una silla de posta; dentro de una hora salimos para San Petersburgo.

En efecto, al llegar Sofía á Rusia habia abrazado la religion griega, y en esta ceremonia recibió el nombre de Catalina. Al siguiente dia de su llegada se habia casado con el gran duque.

Ocupado Berkef esclusivamente de su proyecto, tomó todas las precauciones posibles para no ser conocido en San Petersburgo; se separó de su criado, se alojó en un barrio estraviado y no contrajo relaciones con nadie. Todas las tardes, embozado en una gran capa que le ocultaba la mitad del semblante, rondaba al rededor del palacio espiando un momento favorable, porque su intencion era penetrar secretamente hasta la misma habitacion de la gran duquesa, y pedirla la esplicacion de su conducta á riesgo de todo lo que pudiera sobrevenirle. Pero esta aparicion frecuente y misteriosa de un desconocido y á tales horas, fué notada por algunas personas del palacio, y con este motivo se dió órden á la guardia para que le vigilára. Berkef se apercibió de ello, y despues de varias tentativas inútiles creyó prudente suspenderlas por algun tiempo, para hacerse olvidar. Cuando creyó que estarian disipadas todas las sospechas, volvió á ensayar sus tentativas con mas precaucion que antes, hasta que consiguió penetrar un dia en la antecámara de la gran duquesa á tiempo que no habian encendido todavia las luces.

Agazapado en un rincon estubo esperando el momento propicio; cuando creyó que habia llegado, se dirigió hácia la puerta del cuarto de Catalina y disponiéndose á entrar, pero de improviso se abre la puerta y sale un hombre; Berkef tropezó con él.

—¡Quién va! esclamó el desconocido.

Previendo Berkef las consecuencias que podia traer la indiscre-

cion de este hombre, se arrojó sobre él, é intentó sofocar su voz. Pero este logró rechazar á su adversario y pidió socorro. No tardaron en acudir varios soldados y criados con hachas encendidas; era el gran duque! Pedro era celoso hasta el estremo, asi es que la primera idea que concibió de este encuentro estraordinario, fué que un amante misterioso habia intentado introducirse en la habitacion de la gran duquesa, Dirigió su ávidos ojos en torno suyo á fin de descubrir al atrevido; pero no vió mas que á sus criados y sus soldados.

Justamente sorprendido de una desaparicion tan estraordinaria, dió órden para que se registrase la antecámara, pero no encontraron en ella á nadie. Temiendo entonces dar él mismo, ruido á un asunto de esta naturaleza, fingió haberse engañado y mandó á los criados que se retirasen, entrando en su habitacion receloso y agitado.

Berkef entre tanto habia logrado su objeto, pues aprovechándose de la confusion que habia seguido á la entrada tumultuosa de la guardia y de los criados, se deslizó por detras del gran duque y penetró por la puerta que habia quedado entreabierta en la habitacion de Catalina. Habia tenido que atravesar muchas salas largas y oscuras, en medio de las cuales se detuvo mas de una vez á fin de no perderse. Al cabo de un rato descubrió una luz en el fondo de un largo corredor; y entonces no vaciló un instante en seguir resueltamente su marcha; algunos minutos despues se halló en medio del retrete de la gran duquesa.

A la vista de una persona estraña, Catalina no pudo contener el primer movimiento de terror; pero luego que hubo reconocido al jóven oficial:

—¡Señor baron de Berkef! dijo con tono seco y frio.

—Si, señora, respondió gravemente el oficial, el baron de Berkef.

—¿Y qué venis á hacer en Rusia? replicó la gran duquesa.

—¡Ah señora, y sois vos quien lo preguntais!

—Pero vuestra esposa ya no está aquí.

—¡Mi esposa! replicó el baron estupefacto.

En este momento se oyeron tres golpecitos en uno de los tableros que cubria la pared.

Este ruido hizo estremecer á Catalina.

—Es verdad, continuó la gran duquesa, que me acompañó hasta San Petersburgo; pero al dia siguiente de mi casamiento se volvió á Stettin. Baron, debeis ir á uniros con ella.

Berkef estaba aturdido, se creia el objeto de una amarga burla y tanta impudencia habia anonadado sus facultades.

Volvieron á sonar los tres golpecitos.

Basta, señor baron, replicó la gran duquesa abriendo apresuradamente una puerta que daba á una escalera escusada. Bajad por aqui, ireis á parar á la gran plaza de palacio.

Berkef estaba aturdido y obedeció maquinalmente á la invitacion que se le hizo, pues ni aun fuerzas tenia para espresar su indignacion.

Entonces Catalina corrió al parage donde habian sonado los gol-

pes, tocó un resorte oculto detras de una colgadura y apareció un hombre en el retrete. Este hombre era Soltikof, el primer amante de la gran duquesa.

Cuando el baron se vió en la plaza, se refrescó un poco, cobró aliento y pudo apreciar el atrevimiento de la burla de que acababa de ser objeto. Profundamente herido en sus afecciones y en su dignidad, juró un ódio profundo á la pérfida Catalina y abandonó inmediatamente á San Petersburgo para volverse á Stettin. Cuando llegó todavia era de noche. Tristemente apoyado sobre su mesa en la que ardia una mariposa, maldecia interiormente el funesto estravio de su corazon; cuando de repente le pareció ver abrirse lentamente la puerta; en seguida entró en la habitacion una muger ó mas bien un espectro, cubierto con un larguísimo velo blanco; Berkef sorprendido hasta el último punto se levantó bruscamente.

—¿Quién sois? preguntó.

—Baron de Berkef, respondió una voz dulce y trémula, yo soy tu esposa.

—¡Mi esposa!

—Si, replicó la fantasma, ¿me perdonarás? tú amas á la princesa y yo te amo á tí; hé aquí mi crímen.

—Si, si, te perdono, respondió el baron vivamente conmovido al oir esta dulce voz que hacia renacer todo su amor. ¿Pero quién eres?

A estas palabras el ser misterioso se echó el velo atrás: era la confidenta de la princesa Sofia, la bella, la romántica Elena de Corvidof.

ESCENA DE NOCHE EN UN MONASTERIO.

Es media noche, lo conozco por el sentimiento de terror que esperimento y por un sudor frio que cubre mi frente. Medio siglo ha pasado y esta horrible imágen me persigue aun.

En el mes de junio de 1778, me hallaba á las siete de la tarde cerca de la iglesia de los Capuchinos y entré á rezar. Me senté en un rincon de una capilla y me dormí, cerrándose las puertas del templo, sin que nadie reparase en mí.

Acababa de despertar y conté las doce que sonaban en el reloj del convento, cuando repentinamente ví abrir una puerta secreta por la que salieron dos religiosos con una linterna, una barra de hierro y una escala en la mano: en medio de la iglesia, levantaron una piedra sepulcral y colocaron la escala para descender.

Yo empezaba ya á arrepentirme de mi imprudencia, y estaba lejos aun de sospechar lo que iba á ver.

Cantos lúgubres se dejaron oir, y las puertas del coro se abrie-

ron con estrépito; los religiosos se adelantaron en dos filas precedidos del signo augusto de la redencion, entonando los rezos de los agonizantes. Un hombre venia en medio de ellos; hubiérase dicho que era un criminal; traia las manos átadas con una cuerda: se tendió en el suelo, le taparon con un paño funerario y entonaron el oficio de difuntos. A este canto solemne á este aparato siniestro, la sangre se me heló en las venas, y casi me faltó la respiracion. El agua lustral se roció sobre aquel ser viviente como sobre un cadáver.

Terminada la fatal ceremonia, el paciente se levanta y sin exhalar un suspiro; sin proferir una queja, elevando los ojos al cielo, toma la escala y lleno de resignacion, desciende á la noche de la tumba.

Pero habria andado la mitad del espacio que para siempre debia separarlo de sus verdugos, cuando se oyó un espantoso ruido: el viento silba, las luces se apagan, brilla el relámpago y resuena el trueno; solo la lámpara del presbiterio conservando su pálida luz, venia con sus reflejos á aumentar lo horroroso de esta escena.

A tan siniestros augurios aquellos fanáticos se espantaron y pintándose el miedo en sus rostros, les ví dudar un instante. En cuanto al desgraciado, estaba sereno en medio de la tempestad como en presencia de las pasiones humanas, y dejando escapar una sonrisa como si hubiese comprendido que el cielo se dignaba tomar interés por su suerte, se volvió al altar; se inclinó delante de la imágen de Dios y desapareció á la vista de los hombres.

La última oracion se ha pronunciado; la piedra que debia sepultar para siempre este crímen abominable está colocada en su sitio; aplican el oido, y escuchan en silencio para asegurarse que no se pueden oir los gemidos de la víctima y cuando hubieron adquirido la evidencia de que el secreto de la tumba es impenetrable, se retiraron los miserables con la misma calma que si acabasen de hacer una ofrenda al Ser supremo.

Yo no respiraba....un minuto mas en tan violento estado y dejo de existir; los cabellos se me erizaban; estaba inmóvil como una estátua evitando hacer el menor ruido que pudiera descubrirme: el sueño habia desaparecido de mis ojos, y el miedo y el espanto estaban apoderados de mi alma. Allí, á mi lado habia un ser viviente encerrado en una tumba. ¿Qué crímen habia cometido? ¿Por qué este suplicio, el mas tremendo de todos? Creia oir los gritos de aquel desgraciado, me figuraba su desesperacion y presenciaba en mi mente su larga y cruel agonía. El sufre el mas horrible martirio, decia entre mí, sus hermanos reposan tranquilos sin pensar que acaban de cometer el mas odioso delito.

En tanto que tan sombríos pensamientos me tenian absorto y que meditaba la dicha de socorrer á la víctima en cuanto pudiese salir de la iglesia, un ligero ruido se dejó oir en el fondo del santuario; la puerta secreta se abre segunda vez y veo aparecer un religioso que llevaba en la mano una palanca, una cuerda y una linterna; las lágrimas corrian de sus ojos y la desesperacion estaba pintada en su frente; se aproximó á la sepultura y consiguió no sin gran trabajo, levantar la piedra; llamó y nadie le respondia. «¡Anselmo! ¡Anselmo!

dijo con una voz interrumpida por los sollozos, es tu amigo, es Ambrosio, soy yo, responde. ¿Podias creer que te olvidase? El tiempo urge, no tenemos mas que un instante; ¿ves la cuerda que te he echado? ¡Ah! ¡pueda yo estrecharte aun entre mis brazos!»

Apenas acabadas estas palabras, cuando el padre Anselmo habia franqueado el abismo de la muerte; sus ligaduras se rompieron y estos dos hombres se arrojaron uno en brazos del otro; no hablaban pero lloraban, y el lenguage de las lágrimas en las ocasiones solemnes es el mas elocuente.

Se arrodillaron é hicieron oracion; «¡Dios todo poderoso, Dios clemente, esclamaban, este espectáculo es digno de tí! Acepta el tributo de nuestro amor y las lágrimas de nuestro reconocimiento.»

—«Querido amigo, interrumpió vivamente el padre Ambrosio, es preciso no abandonarnos á estas dulces emociones; tu salvacion y la mia lo exigen. No pienses que trato de separarme de tí; en adelante tu destino será el mio, y contigo partiré los peligros. Feliz ó desgraciada tu suerte será la mia. Doy un eterno adios á estos mónstruos que han ahogado el mas dulce sentimiento de la naturaleza; me inspiran demasiado horror para poder vivir entre ellos. Ven amigo, levántate y marchemos; la tormenta y la noche nos favorece. La tempestad que se levanta en los aires es mucho menos temible que la que se forma en el corazon de los malvados.

No hablaron mas, y huyeron; solo entonces me senti mas tranquilo; el dia tardó muy poco, las puertas del templo se abrieron, y yo pude volver á mi casa y dar á Dios sinceras gracias.

A la mañana siguiente el prior vino á decirnos que el padre Ambrosio y el padre Anselmo habian cambiado de residencia. Lo examiné atentamente mientras hablaba, y ví retratada en su figura, la hipocresía, la mentira y la crueldad.

Tal es la relacion que delante de mí ha hecho el testigo de tan estraño acontecimiento. Desde aquel dia á la hora misma en que tuvo lugar la escena, la agitacion de sus miembros, la palidez de su rostro y lo estraño de sus miradas revelan de una manera horrible la sensacion que esperimentó.

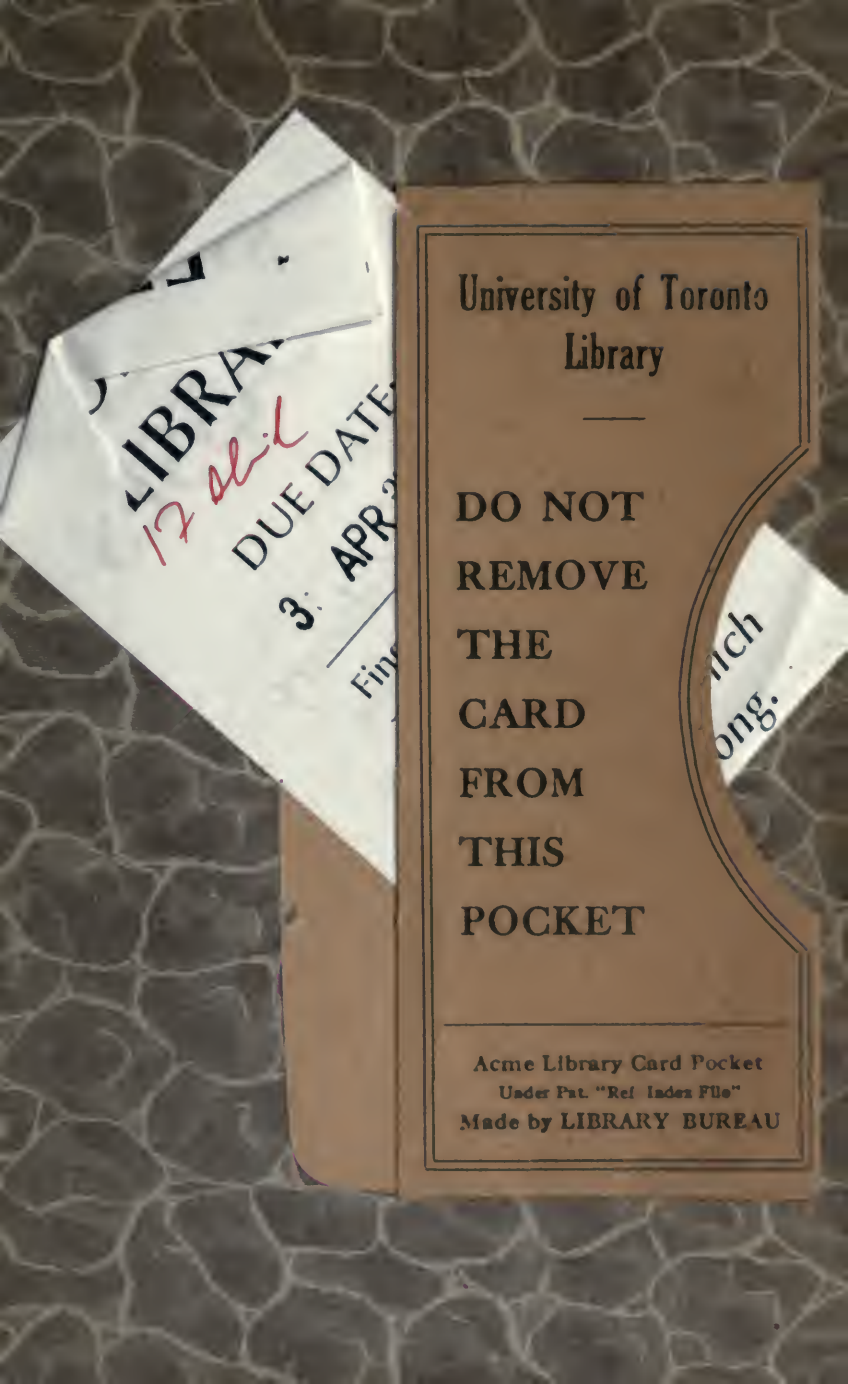
ANECDOTAS CONTEMPORANEAS.

UN ESCELENTE AMO. En una de las principales calles de esta coronada villa, vive en el cuarto tercero de una casa recientemente construida, el baron de C., viejo solteron que hace ya diez años despidió su ama de gobierno que le habia servido veinte, y la reemplazó con dos criados á quienes llama, segun el estilo francés *sus gentes*. Hace dos semanas que un amigo nuestro que se hallaba de visita en casa del baron, oyó el siguiente diálogo entablado entre el amo y *sus gentes*,

al traves del ojo de la llave de la puerta de su gabinete: «¿Estás ahí, Pedro? —Si señor.—¿Qué estás haciendo?—Nada, señor. —¿Y Juan está contigo?—Si señor.—¿Y qué haces?—Ayudo á Pedro, señor.—Pues cuando concluyais, venid cualquiera á darme las botas.»

Un anuncio. Cuando la Rachel, la célebre actriz del teatro francés estuvo en Bruselas, la empresa del teatro de esta ciudad la contrató para algunas representaciones, y he aqui de que manera uno de los periódicos anunció el acontecimiento. Por último mad. Rachel, esta magnífica intérprete de Melpomene que nos cede un instante la comedia-francesa, vá á comenzar sus representaciones el viernes próximo, con la tragedia *los Horacios*. Sale en el primer acto y recita 107 versos $^{1}/_{6}$; en el segundo dice 33 $^{1}/_{2}$; en el tercero 59 $^{1}/_{2}$ y 100 $^{5}/_{6}$ en el cuarto; sabido es que no sale en el quinto porque su hermano Horacio la asesina al fin del acto cuarto; en todo 291 versos, incluso un ¡Ah! de la tercera escena del primer acto, dos medios hemistiquios de las escenas sestas del segundo y tercer acto, y otro ¡Ah! de la escena segunda del cuarto, de manera que siendo 1500 francos lo que se paga á la Rachel por esta representacion, resulta que viene á salir á razon de 5 francos por verso. ¡Cinco francos por recitar un verso!! es indudable que se pagaria muchisimo menos al autor por escribirlos.

Un pleito. Con fecha 22 de octubre escriben de Nantes á un periódico francés lo que sigue «Un proceso de los mas estraños está á punto de fallarse; hace algunos dias que un individuo por el que celebraban en su parroquia el oficio de difuntos, empezó á dar gritos desde el atahud en que estaba colocado. Pasada la primera impresion de terror que produjo este incidente en todos los circunstantes, acudieron á su socorro y pronto se halló restablecido; pues como se infiere no estaba muerto sino aletargado. Conducido á su casa recibió las felicitaciones de sus parientes y amigos; pero al siguiente dia el cura envió á cobrar la cuenta del entierro que asciende á 219 francos. El ex-muerto ha respondido que no se cree obligado á pagar, puesto que no ha llegado el caso de que le entierren, y que en último resultado quien paga es quien manda trabajar, cosa que no ha podido él hacer por hallarse difunto; que reclame la iglesia de los parientes que dispusieron el obsequio. El cura por su parte persiste alegando que si el entierro no se ha verificado no es la culpa suya, sino del muerto que resucitó inoportunamente y que por lo tanto no renuncia á su derecho. Los parientes se disculpan á su vez diciendo que en calidad de herederos del difunto, por llenar un deber social, habian dispuesto el entierro, que como es consiguiente pensaban pagar con el producto de la herencia, pero que habiendo vuelto al mundo el dueño de los bienes, este es quien debe pagar ó morirse otra vez para que queden las cosas en el estado en que estaban. No habiendo podido el juez de paz avenir á los litigantes, ha pasado el proceso al tribunal superior de cuya resolucion depende ahora.»


University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref Index File"
Made by LIBRARY BUREAU